

Nelson DeMille

«Nelson DeMille es el maestro
del thriller inteligente»

Los Angeles Times

UNA NOVELA DE
JOHN COREY



El Juego del León

CON UNA INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

Lectulandia

Desde un puesto especial de observación en el aeropuerto JFK de Nueva York, miembros de la Brigada Antiterrorista esperan la llegada de un pasajero desde París: Asad Khalil, un terrorista libio conocido como «El León» que va a pasarse a Occidente. Todo se está desarrollando conforme a lo previsto; el avión con sus centenares de pasajeros, incluido Khalil y sus escoltas del FBI, llega puntual a su destino. Sin embargo, pronto queda claro que algo marcha mal, terriblemente mal, y que lo ocurrido en este vuelo es sólo un preludio del terror que se sucederá a continuación.

John Corey, que sobrevivió a tres heridas de bala mientras fue miembro de la policía neoyorquina, sabe que ha agotado su cupo de buena suerte. No obstante, se alista como agente contratado al servicio de la Brigada Antiterrorista del gobierno federal y es asignado a la peligrosa sección de Oriente Medio. Kate Mayfield, su compañera en esta misión, tiene mayor graduación que John y menos edad, lo que constituye una combinación desastrosa para ambos. Aun así, ella consigue mantenerse firme frente al estilo temerario de John. Ahora, Corey y Mayfield deberán unir sus fuerzas y enfrentarse a un ser sin escrúpulos, un asesino cuya maldad no tiene límites.

Lectulandia

Nelson DeMille

El juego del león

John Corey - 2

ePub r1.0

Titivillus 26.01.16

Título original: *The Lion's Game*
Nelson DeMille, 2000
Traducción: Adolfo Martín
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*En amoroso recuerdo de mi madre,
miembro de la Gran Generación*

Nota del autor

La imaginaria Brigada Antiterrorista (BAT) representada en esta novela se basa en la Brigada Terrorista Conjunta (BTC), aunque me he tomado ciertas libertades dramáticas y licencias literarias cuando lo he considerado necesario.

La Brigada Terrorista Conjunta es un grupo de hombres y mujeres inteligentes, trabajadores y plenamente entregados a su labor que luchan en la vanguardia de la guerra contra el terrorismo en Norteamérica.

Los personajes de este relato son totalmente ficticios, aunque algunas de las actividades de las agencias gubernamentales representadas se basan en hechos reales, como es el caso de la incursión aérea norteamericana en Libia en 1986.

Primera Parte

Estados Unidos, 15 de abril, el presente

*La muerte lo teme porque tiene el corazón de un león.
Proverbio árabe.*

Capítulo 1

Uno pensaría que cualquiera que hubiese recibido tres balazos y se hubiera convertido casi en donante de órganos en el futuro procuraría evitar situaciones peligrosas. Pues no, yo debo de tener el deseo inconsciente de excluirme del fondo genético común o algo así.

En cualquier caso, soy John Corey, exmiembro de la policía de Nueva York, sección de Homicidios, y en la actualidad agente especial contratado de la Brigada Antiterrorista Federal.

Yo iba sentado en el asiento trasero de un taxi amarillo circulando desde el 26 de Federal Plaza, en el bajo Manhattan, rumbo al aeropuerto internacional John F. Kennedy con un conductor suicida pakistaní al volante.

Era un hermoso día de primavera, un sábado, había un tráfico moderado en la carretera costera, también conocida como carretera de circunvalación y rebautizada recientemente como autovía POW/MIA, para más claridad. Atardecía, y las gaviotas procedentes de un terraplén próximo —lo que antes se llamaba un vertedero— arrojaban sus excrementos contra el parabrisas del taxi. Me encanta la primavera.

No me iba de vacaciones ni nada parecido. Me disponía a trabajar con la antes mencionada Brigada Antiterrorista. Se trata de una organización cuya existencia no conocen demasiadas personas, lo que me parece perfecto. La BAT está dividida en secciones que centran su atención en grupos específicos de agitadores o terroristas, como el Ejército Republicano Irlandés, el Movimiento por la Independencia de Puerto Rico, los radicales negros y otras organizaciones cuyos nombres pasaré por alto. Yo estoy en la sección de Oriente Medio, que es el grupo más grande y quizá el más importante, aunque, para ser sincero, no sé gran cosa sobre terroristas de Oriente Medio. Pero se esperaba que fuese aprendiendo sobre la marcha.

Así que, para practicar, entablé conversación con el pakistaní, que se llamaba Fasid, y que yo estaba seguro de que era un terrorista, aunque hablaba como un tío legal y lo parecía.

—¿De dónde es usted? —le pregunté.

—De Islamabad.

—¿De veras? ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Diez años.

—¿Le gusta esto?

—Claro. ¿A quién no?

—Bueno, a mi excuñado, Gary, por ejemplo. Siempre está despotricando contra Norteamérica. Quiere irse a Nueva Zelanda.

—Yo tengo un tío en Nueva Zelanda.

—¿En serio? ¿Queda alguien en Islamabad?

Se echó a reír y me preguntó:

—¿Va a recibir a alguien en el aeropuerto?

—¿Por qué lo pregunta?

—No lleva equipaje.

—Vaya, muy agudo.

—¿O sea, que va a recibir a alguien? Podría quedarme rondando por allí y llevarlo de vuelta a la ciudad.

El inglés de Fasid era bastante bueno, con sus modismos, argot y todo eso.

—Ya tengo con quien volver —respondí.

—¿Seguro? Podría quedarme rondando por el aeropuerto.

En realidad, yo iba a esperar a un supuesto terrorista que se había entregado a la embajada de Estados Unidos en París, pero no creía que ésa fuese información que debiera compartir con Fasid.

—¿Es usted hincha de los Yankees? —le pregunté.

—Ya no. —Y se lanzó a una diatriba contra Steinbrenner, el Yankee Stadium, el precio de las entradas, los sueldos de los jugadores, etcétera. Estos terroristas son listos y saben hacerse pasar por ciudadanos leales.

De todos modos, dejé de prestar atención a aquel tipo y pensé en cómo había ido yo a parar allí. Como ya he dicho, yo era detective de homicidios, y uno de los mejores de Nueva York, si se me permite decirlo. Un año antes, estaba jugando a esquivar balas con dos caballeros hispanos de la calle 102 Oeste en lo que probablemente era un caso de identidad equivocada, o de tiro al blanco, ya que no parecía haber ninguna razón para el ataque. La vida resulta graciosa a veces. De todos modos, los tipos estaban todavía en libertad, aunque yo no les quitaba el ojo de encima, como pueden imaginar.

Después de la experiencia que me tuvo a las puertas de la muerte, y tras ser dado de alta en el hospital, acepté el ofrecimiento de mi tío Harry de instalarme en su casa de verano de Long Island para pasar la convalecencia. La casa está situada a unos 150 kilómetros de la calle 102 Oeste, lo que resultaba estupendo. El caso es que mientras estaba allí me vi implicado en el doble asesinato de un hombre y su mujer, me enamoré dos veces y estuve a punto de que me mataran. Y una de las mujeres de las que me enamoré, cuyo nombre es Beth Penrose, todavía continúa más o menos en mi vida.

Mientras todo esto sucedía en la parte oriental de Long Island, se consumó mi divorcio. Y como si no estuviera atravesando ya un período bastante malo, en el caso del doble homicidio acabé entablado relación profesional con un tipejo de la CÍA llamado Ted Nash. Yo le tomé en seguida una fuerte aversión y él, a cambio, me detestaba con toda su alma y, mira por dónde, ahora formaba parte de mi equipo de la BAT. Vivimos en un mundo pequeño pero no tanto, y yo no creo en las coincidencias.

También había otro tipo ocupado en aquel caso, George Foster, un agente del FBI,

del que no se podía decir nada malo pero que precisamente no era tampoco mi ojito derecho.

De cualquier modo, resulta que aquel doble homicidio no era un caso federal, y Nash y Foster desaparecieron, solamente para reaparecer en mi vida unas cuatro semanas después, cuando me asignaron a este equipo de Oriente Medio de la BAT. Pero no hay problema, he solicitado el traslado a la sección de la BAT que se ocupa del Ejército Republicano Irlandés, y probablemente me lo concederán. No es que el IRA me atraiga especialmente pero al menos las tías del IRA tienen mejor palmito, los tíos son más divertidos que el tipo medio de terrorista árabe y los *pubs* irlandeses son súper. Podría hacer algo bueno en la sección anti-IRA. De veras.

La cosa es que después de todo aquel jaleo en Long Island me ofrecieron la gran alternativa de elegir entre comparecer ante el consejo disciplinario de la policía de Nueva York o coger la baja por incapacidad médica y largarme. Así que cogí la baja pero negocié también una plaza en el Colegio de Justicia Criminal John Jay de Manhattan, donde vivo. Antes de ser herido, había impartido un curso en el John Jay como profesor adjunto, de modo que me la concedieron.

En enero comencé a trabajar en el JJ. Daba dos clases nocturnas y una diurna, me estaba volviendo loco de aburrimiento, y entonces mi antiguo compañero Dom Fanelli me habló del programa de agentes con contrato especial con los federales, en el que reclutaban a expolicías para trabajar con la BAT. Presenté la solicitud, me aceptaron, probablemente por un montón de razones equivocadas, y aquí estoy. El sueldo es bueno, los extras estupendos, y los federales casi todos unos tontolabas. Como la mayoría de los polis, yo tengo ese problema con los federales, y ni siquiera la terapia de grupo sirve para solucionar la cuestión.

Pero el trabajo parece interesante. La BAT es un grupo extraordinario y, podría decir, de élite (a pesar de los tontolabas) que sólo existe en Nueva York y alrededores. Está formado en su mayor parte por detectives de la policía neoyorquina, que son unos tíos estupendos, agentes del FBI y varios tipos cuasi civiles, como yo, contratados para completar el equipo, por así decirlo. Y, en caso necesario, en algunos equipos hay también grandes personajes de la CÍA y algunos miembros de la Agencia Antidroga, que saben hacer su trabajo y están al tanto de las conexiones entre el narcotráfico y el mundo del terrorismo.

El equipo está formado también por gente de la Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego de Waco, Texas, así como por policías de los condados suburbanos circundantes y agentes del Departamento de Policía de Nueva York. Hay otros tipos federales de agencias que no puedo mencionar y finalmente —pero no por ello menos importantes— tenemos unos pocos detectives de la Autoridad Portuaria asignados a ciertos equipos. Estos tipos de la Autoridad Portuaria son útiles en aeropuertos, terminales de autobuses, estaciones ferroviarias, muelles, algunos puentes y túneles sujetos a su control y otros sitios, como el World Trade Center, adonde se extiende su pequeño imperio. Lo tenemos todo bastante cubierto pero, aunque no fuera así, la

verdad es que suena de maravilla.

La BAT fue uno de los principales grupos que investigaron el atentado con bomba contra el World Trade Center y la explosión del 800 de la TWA frente a Long Island. Pero a veces nos vamos de gira. Por ejemplo, enviamos un equipo para ayudar en el asunto de los atentados contra las embajadas africanas, aunque el nombre BAT apenas si se mencionó en las noticias, que es como a ellos les gusta. Todo esto era antes de mi época, y las cosas han permanecido tranquilas desde que yo estoy aquí, que es como *a mí* me gusta.

Por cierto, que la razón por la que los todopoderosos federales decidieron unirse a la policía de Nueva York y formar la BAT es que la mayoría de los agentes del FBI no son de Nueva York y no distinguen un *sandwich* de pastrami del metro de Lexington Avenue. Los de la CÍA son un poco más refinados y hablan de cafés de Praga y del tren nocturno a Estambul y esas cosas, pero Nueva York no es el centro de sus preferencias. La policía de Nueva York tiene grandes conocedores de los barrios bajos, y eso es lo que uno necesita cuando tiene que seguirle la pista a Abdul Salami-Salami y a Paddy O'Bad y a Pedro Viva Puerto Rico y gente de ese tipo.

El federal típico es Wendell Wasp, de West Wheatfield, Iowa, mientras que la policía de Nueva York tiene muchos hispanos, montones de negros, un millón de irlandeses y ahora incluso unos cuantos musulmanes, por lo que se da en ella esa diversidad cultural que no será políticamente correcta pero sí realmente útil y eficaz. Y cuando la BAT no puede agenciarse policías neoyorquinos en activo contrata a expolicías como yo. A pesar de mi supuesta invalidez, estoy armado y soy peligroso y brusco. Bueno, pues eso es lo que hay.

Nos estábamos acercando al JFK, y le dije a Fadi:

—¿Y qué hizo usted durante la Pascua?

—¿La Pascua? Yo no celebro la Pascua. Yo soy musulmán.

¿Ven qué listo soy? Los federales lo habrían sometido a duro interrogatorio durante más de una hora para hacerle confesar que era musulmán. Yo se lo saqué en dos segundos. Bueno, es broma. Pero, ya saben, tengo que largarme de la sección de Oriente Medio y pasarme al grupo que se ocupa del IRA. Soy medio irlandés y medio inglés, y podría trabajar en los dos lados de la calle.

Fasid salió de la carretera de circunvalación costera POW/MIA y entró en la autopista Van Wyck, enfilando hacia el sur en dirección al JFK. Sobre nuestras cabezas pasaban enormes aviones que parecían flotar, al tiempo que emitían gemebundos sonidos.

—¿Adónde va? —me preguntó Fasid.

—Llegadas Internacionales.

—¿Qué compañía?

—¿Hay más de una?

—Sí. Hay veinte, treinta, cuarenta, no sé...

—¿En serio? Siga conduciendo.

Fasid se encogió de hombros, como cualquier taxista israelí. Yo estaba empezando a pensar que quizá fuese un agente del Mossad haciéndose pasar por pakistaní. O quizá era sólo que me estaba obsesionando con aquel trabajito.

Había toda una serie de carteles con números y colores a lo largo de la carretera. Dejé que el taxista continuara hasta Llegadas Internacionales, una enorme estructura con los logotipos de todas las compañías aéreas una detrás de otra. El tío me preguntó otra vez:

—¿Qué compañía?

—No me gusta ninguna de éstas. Siga.

Volvió a encogerse de hombros. Le dirigí hacia otra carretera, y ya estábamos llegando al otro extremo del enorme aeropuerto. Es un buen truco profesional para ver si alguien te está siguiendo. Lo aprendí en alguna novela de espías, o quizá en una película de James Bond. Procuraba ponerme a tono con el asunto antiterrorista que me traía entre manos.

Hice que Fasid enfilara el coche en la dirección adecuada y le dije que parase delante de un gran edificio, aparentemente destinado a oficinas y situado en el lado oeste del JFK, que se utilizaba para diversos fines. Toda esa zona está llena de heterogéneos edificios y almacenes para uso de los servicios aeroportuarios, y la gente no se fija en las idas y venidas de nadie, además de que hay sitio de sobra para aparcar. Pagué al taxista, le di una propina y le pedí un recibo por el importe exacto. La honradez es uno de mis pocos defectos.

Fasid me dio un taco de recibos en blanco y volvió a preguntarme:

—¿Quiere que me quede por aquí?

—Yo, en su lugar, no lo haría.

Entré en el vestíbulo del edificio, una muestra de la ramplona arquitectura de los sesenta, y en vez de un centinela armado con una Uzi como tienen en todo el mundo, hay solamente una placa que dice: «Zona restringida. Sólo personal autorizado» Así que, suponiendo que uno sepa leer, sabe en seguida si es bienvenido o no.

Subí una escalera y recorrí un largo pasillo flanqueado de grises puertas de acero, unas con letreros, otras con números y otras sin ninguna de las dos cosas. Al final del pasillo había una puerta con una preciosa placa blanca y azul que decía: «Club Conquistador. Privado. Sólo miembros».

Había un escáner de tarjetas electrónicas junto a la puerta pero, como todo lo demás del Club Conquistador, era de pega. Presioné con el pulgar derecho sobre la superficie traslúcida del escáner, y unos dos segundos más tarde, el genio metabiótico se dijo a sí mismo: «Vaya, si es el pulgar de John Corey, abrámosle la puerta a John».

Y se abrió, pero no girando sobre ningún gozne, sino deslizándose en el interior de la pared hasta que el falso picaporte chocó contra la jamba. A veces me pregunto: ¿son realmente necesarias estas tonterías?

También hay una cámara de vídeo en lo alto, por si tienes la yema del pulgar

manchada de chocolate o algo así, y si te reconocen te abren también la puerta, aunque en mi caso puede que hicieran una excepción.

Así que entré, y la puerta se cerró automáticamente a mi espalda. Ahora me encontraba en lo que parecía ser la zona de recepción de un club de viajeros de línea aérea. Por qué tenía que haber un club semejante en un edificio que no se hallaba próximo a una terminal de pasajeros es una pregunta que yo ya me había hecho, pero todavía estoy esperando una respuesta. Aunque la respuesta ya la conozco, y es que cuando se halla de por medio la CÍA siempre aparecen este tipo de rebuscados artificios. Esos payasos derrochan tiempo y dinero en parafernalias, como en los viejos tiempos, cuando trataban de impresionar al KGB. Lo único que la puerta necesitaba era un simple letrero que dijese: «Prohibido el paso».

Detrás del mostrador estaba Nancy Tate, la recepcionista, una especie de señorita Rothenmeyer, modelo de eficiencia y sexualidad reprimida. Por alguna razón, yo le caía bien y me saludó alegremente:

—Buenas tardes, señor Corey.

—Buenas tardes, señora Tate.

—Ya han llegado todos.

—Me he retrasado por culpa del tráfico.

—En realidad, llega usted con diez minutos de antelación.

—Oh...

—Me gusta su corbata.

—Se la quité a un búlgaro muerto en el tren nocturno a Estambul.

Ella soltó una risita.

La zona de recepción era toda ella de cuero y madera chapeada y lujosa moqueta azul, y en la pared, justo detrás de Nancy, había otro logotipo del ficticio Club Conquistador. Y, en mi opinión, la señora Tate era un holograma.

A la izquierda de la señora Tate había un pasillo con la indicación «Zona de conferencias y negocios» que, en realidad, conducía a las salas de interrogatorios que supongo que podrían denominarse Zona de Conferencias y Negocios. A la derecha, un letrero anunciaba «Salón» y «Bar». Ojalá fuese cierto. En realidad, aquél era el camino para ir al centro de comunicaciones y operaciones.

—Centro de Operaciones. Hay cinco personas, incluido usted —me dijo la señora Tate.

—Gracias.

Crucé la puerta, atravesé un corto pasillo y entré en una sala cavernosa y sin ventanas que contenía mesas, consolas de ordenador, cubículos y otras cosas por el estilo. Sobre la pared del fondo había un enorme mapamundi en color hecho por ordenador que podía ser programado para mostrar un mapa detallado de lo que uno quisiera, como el distrito central de Islamabad, por ejemplo. Como es típico de la mayoría de las instalaciones federales, aquel lugar tenía todo tipo de requilorios. El dinero no es problema para los federales.

En cualquier caso, aquel local no era mi lugar de trabajo, que está en el antes mencionado 26 de Federal Plaza, en el bajo Manhattan. Pero allí era donde yo tenía que estar aquel sábado por la tarde para recibir y saludar a un tipo árabe que estaba cambiando de bando y al que había que transportar sano y salvo al centro de la ciudad para que se pasara unos años suministrando información.

Hice como si no viera a mis compañeros de equipo y me dirigí al bar, que, a diferencia del que teníamos en la policía, es pulcro, limpio y bien provisto, cortesía de los contribuyentes federales.

Me dispuse con toda cachaza a ponerme un café, que era mi forma de evitar unos minutos más a mis colegas.

Preparé el café y me fijé en una bandeja de donuts en la que figuraba el nombre de la policía de Nueva York, una bandeja de *croissants* y *brioche*s en la que ponía CÍA y otra de pastas de avena en la que ponía FBI. Alguien tenía sentido del humor.

El bar estaba en el sector de operaciones de la amplia sala y el sector de comunicaciones estaba un poco más alto, sobre una pequeña plataforma. Una agente de servicio permanecía allí arriba controlando toda una serie de chismes electrónicos.

Los miembros de mi equipo, en el sector de operaciones, estaban sentados en torno a una mesa vacía, y conversaban animadamente. Componían el equipo los ya mencionados Ted Nash, de la CÍA, y George Foster, del FBI, más Nick Monti, de la policía de Nueva York, y Kate Mayfield, del FBI. Americanos típicos, todos ellos.

Kate Mayfield se acercó a la barra y empezó a prepararse un té. Se supone que Kate es mi mentora, sea lo que sea lo que eso signifique. Mientras no signifique socio.

—Me gusta esa corbata —me dijo.

—Una vez estrangulé con ella a un guerrero ninja. Es mi favorita.

—¿De veras? ¿Y qué tal te va por aquí?

—Dímelo tú.

—Bueno, es demasiado pronto para que lo diga. Dime tú por qué has solicitado la sección del IRA.

—Pues porque los musulmanes no beben, no logro escribir bien sus nombres en mis informes y no hay manera de seducir a las mujeres.

—Ésa es la observación más racista y sexista que he oído en muchos años.

—No alternas mucho.

—Esto no es la policía de Nueva York, señor Corey.

—No pero yo sí soy policía de Nueva York. Acabé acostumbrándome.

—¿Ya hemos terminado de intentar sorprender y asustar?

—Sí. Mira, Kate, gracias por tu entrometimiento, quiero decir, por tu asesoramiento, pero dentro de una semana estaré en la sección del IRA o fuera del puesto.

Ella no respondió.

La miré mientras se ocupaba en exprimir un limón. Tendría unos treinta años,

supongo, y era rubia, de piel clara, complexión atlética, dientes blancos y perfectos, sin joyas y con maquillaje suave. Wendy Wasp de Wichita. No tenía ni un defecto que yo pudiera ver, ni un grano en la cara, ni una mota de caspa en su chaqueta *blazer* azul marino. De hecho, parecía como si la hubieran barnizado. Probablemente practicaba tres deportes en la escuela superior, se daba duchas frías, pertenecía a un club cívico juvenil y organizaba reuniones para hacer acopio de ánimo antes de las competiciones. La odiaba. Bueno, no realmente, pero casi. Lo único que teníamos en común era varios órganos internos, y ni siquiera todos.

Además, su acento era difícil de identificar, y recordé que Nick Monti decía que su padre era agente del FBI y que vivían en lugares distintos del país.

Se volvió y me miró, y yo la miré a ella. Tenía los ojos penetrantes, color tinte azul del número dos.

—Vienes muy recomendado —me dijo.

—¿Por quién?

—Por alguno de tus antiguos colegas de Homicidios.

No respondí.

—Y también por Ted y George —añadió, moviendo la cabeza en dirección a los dos mamones.

Casi me atraganto con el café. ¿Por qué aquellos dos tipos habrían de hablar bien de mí?

—No te tienen mucha simpatía, pero los impresionaste en aquel caso de Plum Island.

—Sí, yo mismo quedé impresionado.

—¿Por qué no pruebas a ver qué tal te va en la sección de Oriente Medio? Si Ted y George son el problema —añadió—, podemos cambiarte a otro equipo dentro de la sección.

—Adoro a Ted y a George, pero la verdad es que tengo puesto el corazón en la sección anti-IRA.

—Lástima. Es aquí donde está la verdadera acción, donde realmente se puede hacer carrera. El IRA se comporta muy pacíficamente en este país —añadió.

—Estupendo. De todos modos, no necesito una nueva carrera.

—Los palestinos y los grupos islámicos, por el contrario, son potencialmente peligrosos para la seguridad nacional.

—Nada de «potencialmente» —repliqué—. Recuerda el World Trade Center.

No respondí.

Había descubierto que en la BAT esas palabras eran como «Recuerda Pearl Harbor». Los servicios de inteligencia fueron sorprendidos entonces con el culo al aire pero se rehicieron y resolvieron el caso, que se convirtió así en un motivo de estímulo.

Ella continuó:

—El país entero tiene mucho miedo a un ataque terrorista con armas biológicas o

un ataque químico o nuclear. Tú lo viste en el caso de Plum Island, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Entonces? Todo lo demás en la BAT es un remanso. La verdadera acción está en la sección de Oriente Medio, y tú pareces un hombre de acción —sonrió.

Yo también sonreí.

—¿Qué importancia tiene para ti lo que yo haga? —pregunté.

—Me caes bien. —Enarqué las cejas y entonces ella añadió—: Me gustan los neanderthales de Nueva York.

—Me dejas sin habla.

—Piénsalo.

—Lo haré. —Volví la vista hacia un monitor de televisión cercano y vi que el vuelo que estábamos esperando, el 175 de Trans-Continental procedente de París, se hallaba próximo a llegar con toda puntualidad. Le pregunté a Mayfield—: ¿Cuánto crees que tardará esto?

—Dos o tres horas quizá. Una hora de papeleo aquí, nos vamos a Federal Plaza con nuestro supuesto desertor y luego ya veremos.

—¿Qué veremos?

—¿Tienes prisa por ir a alguna parte?

—Más o menos.

—Lamento que la seguridad nacional afecte a tu vida social.

No tenía una buena respuesta para aquello, así que dije:

—Soy un auténtico hinchado de la seguridad nacional. Soy todo tuyo hasta las seis.

—Puedes marcharte cuando quieras. —Se tomó el té y volvió a reunirse con sus colegas.

Así que me quedé allí con mi café y consideré la opción de largarme. Al mirarlo ahora retrospectivamente, yo era como un tipo metido en arenas movedizas, observando cómo éstas me cubrían los zapatos y con curiosidad por ver cuánto tardarían en llegarme a los calcetines, sabiendo que podía marcharme en cualquier momento. Por desgracia, la próxima vez que miré ya me llegaban hasta las rodillas.

Capítulo 2

Sam Walters se inclinó hacia adelante en su silla, se ajustó el casco de auriculares y micrófono y miró la verde pantalla de radar de un metro de diámetro que tenía delante. Fuera hacía una hermosa tarde de abril pero eso nunca se sabría allí dentro, en la sala sin ventanas y débilmente iluminada del Centro de Control de Tráfico Aéreo de Nueva York en Islip, Long Island, a ochenta kilómetros al este del aeropuerto Kennedy.

Bob Esching, supervisor de turno de Walters, se detuvo junto a él y le preguntó:

—¿Problemas?

—Tenemos un vacío de radio, Bob. Vuelo Uno-Siete-Cinco de la Trans-Continental procedente de París.

Bob Esching movió la cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Nadie ha podido comunicar con él desde el paso por las proximidades de Gander, en el Atlántico Norte. —Walters echó un vistazo a su reloj y añadió—: Unas dos horas.

—¿Algún otro indicio de problemas? —preguntó Esching.

—No. De hecho... —Miró la pantalla de radar y dijo—: Viró hacia el suroeste en la intersección de Sardi, luego bajó por la ruta Treinta-Siete, conforme al plan de vuelo.

—Llamará dentro de unos minutos, extrañado de que llevemos tanto rato sin hablarle —respondió Esching.

Walters asintió con la cabeza. Un vacío de radio no era nada raro, sucedía con frecuencia entre el control de tráfico aéreo y el avión con el que trabajaban. Walters había tenido días en que se daba dos o tres veces. Invariablemente, al cabo de un par de minutos de transmisiones repetidas, algún piloto respondía: «Oh, lo siento...», y explicaba que tenían el volumen bajo o mal sintonizada la frecuencia... o algo menos inocuo, como que todos los tripulantes se habían quedado dormidos, aunque eso se lo callarían.

—Quizá el piloto y el copiloto tienen cada uno una azafata sobre las rodillas —dijo Esching.

—La mejor explicación que he oído en una situación de vacío de radio fue la de un piloto que admitió que, al dejar la bandeja del almuerzo sobre el pedestal, entre los asientos de los pilotos, ésta había accionado un conmutador que los había dejado fuera de frecuencia —dijo Walters, sonriendo.

Esching se echó a reír.

—Una explicación profana para un problema de alta tecnología.

—Desde luego. —Walters miró de nuevo a la pantalla—. Se lo va siguiendo bien.
—Sí.

Era cuando desaparecía el destello cuando surgía el verdadero problema, pensó Walters. Él estaba de servicio la noche de marzo de 1988, cuando el *Air Force One*, con el presidente a bordo, desapareció de la pantalla de radar durante veinticuatro largos segundos, y todos los controladores de la sala quedaron petrificados. El avión reapareció del limbo en que lo había sumido el fallo del ordenador y todo el mundo empezó a respirar de nuevo. Pero estaba también la noche del 17 de julio de 1996, cuando el vuelo 800 de TWA desapareció para siempre de la pantalla... Walters nunca olvidaría aquella noche. Pero aquí —pensó— tenemos un simple vacío de radio... Y, sin embargo, le invadía una vaga inquietud. Era demasiado tiempo en silencio.

Sam Walters pulsó unos cuantos botones y luego habló a través del canal de intercomunicación por el micrófono incorporado a sus auriculares.

—Sector Diecinueve, aquí Veintitrés. Ese Uno-Siete-Cinco de TC en vacío de radio va hacia vosotros y os pasaré el control dentro de unos cuatro minutos. Sólo quería que le prestaseis atención por si tenéis que hacer algún ajuste.

Walters escuchó la respuesta en sus auriculares y añadió:

—Sí... Desde luego, el tío la ha armado buena. Todo el mundo a lo largo de la costa atlántica lleva dos horas llamándolo por VHF, HF y me parece que también por banda ciudadana y mediante señales de humo. —Soltó una risita y continuó—: Cuando haya terminado este vuelo, el fulano va a tener que escribir tanto que se creerá que es Shakespeare. Bueno, te llamaré más tarde.

Volvió la cabeza y miró a Esching.

—¿De acuerdo?

—Sí... te diré lo que vamos a hacer... Llama a todo el mundo a lo largo de la línea y diles que el primer sector que establezca contacto informe al capitán de que cuando aterrice debe llamarme a mí al centro. Quiero hablar personalmente con ese tío para poder decirle el follón que ha organizado por toda la costa.

—Y en Canadá también.

—Exacto.

Esching escuchó cómo Walters transmitía el mensaje a los controladores siguientes, que se irían haciendo cargo del vuelo 175 de Trans-Continental.

Otros varios controladores y ayudantes se habían acercado durante la pausa del café a la consola de la sección 23. Walters sabía que todos querían ver por qué el supervisor Bob Esching estaba tan lejos de su mesa y en la sala. En sarcásticas palabras de sus subordinados, se hallaba peligrosamente cerca de una situación de trabajo real.

A Sam Walters no le agradaba tener a toda aquella gente a su alrededor, pero si Esching no los echaba, él no podía decir nada. Y no creía que Esching fuera a decir a todo el mundo que se largase. La situación de silencio de radio del Trans-Continental

era ahora el foco de la atención general en el centro de control, y aquel pequeño drama constituía al fin y al cabo un buen entrenamiento para los jóvenes controladores que habían terminado su turno del sábado.

Nadie hablaba pero Walters percibía una mezcla de curiosidad, desconcierto y quizá una pizca de inquietud.

Walters encendió la radio y probó de nuevo.

—Vuelo Uno-Siete-Cinco de Trans-Continental, aquí Centro de Control de Nueva York. ¿Me copia?

No hubo respuesta.

Walters volvió a transmitir.

No hubo respuesta.

Reinaba en la sala un silencio sólo turbado por el zumbido de los aparatos electrónicos. Nadie hacía ningún comentario. Era imprudente en aquella clase de situaciones decir algo que pudiera volverse en contra de uno.

Finalmente, uno de los controladores le dijo a Esching:

—Métale un buen puro a ese tipo, jefe. Por su culpa voy a llegar tarde al café.

Varios controladores se echaron a reír pero las risas se extinguieron rápidamente.

Esching se aclaró la garganta y dijo:

—Muy bien, que todo el mundo busque algo útil que hacer. ¡Largo!

Los controladores se alejaron, dejando solos a Walters y a Esching.

—Esto no me gusta —dijo Esching en voz baja.

—A mí tampoco —respondió Walters.

Esching cogió una silla con ruedas y la puso junto a Walters. Estudió atentamente la gran pantalla y se centró en el problema del avión. El rótulo identificativo de la pantalla indicaba que era un Boeing 747, perteneciente a la nueva Serie 700, el más grande y moderno de los 747 de Boeing. El aparato continuaba desarrollando con absoluta precisión su plan de vuelo, rumbo al aeropuerto internacional JFK.

—¿Cómo diablos pueden haber dejado de funcionar todas las radios? —dijo Esching.

Sam Walters reflexionó unos instantes y luego respondió:

—Es imposible, así que o bien el control de volumen está bajo, o se han estropeado los selectores de frecuencia o se han caído las antenas.

—¿Sí?

—Sí...

—Pero... si se tratara del control de volumen o de los selectores de frecuencia, la tripulación se habría dado cuenta hace tiempo.

Walters asintió con la cabeza y respondió:

—Sí..., de modo que quizá es un fallo total de antena... o, ya sabes, éste es un modelo nuevo, así que quizá tiene algún defecto electrónico que ha desbaratado por completo el sistema de radio. ¿Es posible?

Esching asintió.

—Posible.

Pero no probable. El vuelo 175 había permanecido en absoluto silencio desde que llegó a la costa. El Manual de Procedimientos Anormales abordaba esta remota posibilidad pero recordó que el manual no expresaba con claridad lo que había que hacer. Básicamente, no se podía hacer nada.

—Si sus radios están bien —dijo Walters—, cuando tenga que empezar a descender, se dará cuenta de que no tiene sintonizada la frecuencia adecuada o que el control de volumen está bajo.

—Cierto. Oye... ¿crees que están todos dormidos?

Walters titubeó unos instantes y luego respondió:

—Bueno... a veces ocurre, pero ya debería haber entrado en la cabina algún ayudante de vuelo.

—Sí. Ya ha pasado demasiado rato.

—Está resultando un poco largo... pero, como he dicho, cuando tenga que empezar a bajar..., ya sabes, aunque no le funcionara ninguna radio, podría utilizar el transmisor de datos para cursar un mensaje a la sección de operaciones de su compañía, y ya nos habrían llamado.

Esching ya había pensado en eso.

—Por eso estoy empezando a pensar que se trata de un fallo de antena, como tú has dicho —respondió. Luego reflexionó unos momentos y preguntó a Walters—: ¿Cuántas antenas tiene este avión?

—No estoy seguro. Muchas.

—¿Podrían fallar todas?

—Tal vez.

Esching meditó unos instantes y luego dijo:

—Bien, pongamos que sabe que le falla por completo la radio... podría utilizar uno de los teléfonos aire-tierra de la cabina y llamar a alguien que nos llamaría a nosotros. Es algo que se ha hecho más de una vez; se podría utilizar un teléfono.

Walters asintió con la cabeza.

Ambos observaron el blanco destello del radar, con su rótulo alfanumérico de identificación siguiéndolo en su lento desplazamiento de derecha a izquierda.

Finalmente, Bob Esching dijo lo que no quería decir.

—Podría ser un secuestro.

Sam Walters no respondió.

—¿Sam?

—Bueno... mira, el avión está siguiendo el plan de vuelo, el rumbo y la altitud son correctos y continúan utilizando el código de localizador de posición para la travesía transatlántica. Si estuvieran secuestrados, se supone que enviarían un código de localizador de posición para casos de secuestro, con el fin de alertarnos.

—Sí... —Esching comprendía que la situación no se ajustaba a ninguno de los perfiles de un secuestro. Lo único que tenían era un silencio sepulcral de un avión

que, por lo demás, se comportaba con toda normalidad. Sin embargo, era posible que un sofisticado secuestrador estuviese enterado de lo referente al código del localizador y dijese a los pilotos que no lo tocaran.

Esching sabía que se encontraba en una situación difícil. Se maldijo a sí mismo por haberse ofrecido voluntario a cubrir el turno de aquel sábado. Su mujer estaba en Florida visitando a sus padres, sus hijos estaban en el colegio, y había pensado que ir a trabajar sería mejor que quedarse solo en casa. Error. Necesitaba un *hobby*.

—¿Qué más podemos hacer? —preguntó Walters.

—Tú sigue haciendo lo que estás haciendo. Yo voy a llamar al supervisor de la torre de control y luego llamaré al Centro de Operaciones de Trans-Continental.

—Buena idea.

Esching se puso en pie y dijo, para que constase:

—Sam, no creo que tengamos ningún problema grave, pero pecaríamos de negligencia si no hiciéramos algunas notificaciones.

—Es cierto —respondió Walters, mientras traducía mentalmente las palabras de Esching: «No queremos parecer inexpertos, asustados o demasiado incompetentes para manejar la situación, pero sí queremos cubrirnos las espaldas».

—Bien —dijo Esching—, pues adelante y llama al Sector Diecinueve para pasarle el control.

—Perfecto.

—Y llámame si hay algún cambio.

—Lo haré.

Esching dio media vuelta y se dirigió hacia su acristalado cubículo, al fondo de la amplia sala.

Tomó asiento ante su mesa y dejó transcurrir unos minutos, con la esperanza de que Sam Walters lo llamara para anunciar que habían restablecido el contacto. Pensó en el problema y luego pensó en lo que iba a decirle al supervisor de la torre del Kennedy. Su llamada al Kennedy, decidió, sería estrictamente para informar, sin el menor indicio de irritación o inquietud, sin opiniones ni conjeturas, nada más que hechos. Su llamada a Operaciones de Trans-Continental tendría que mantener un adecuado equilibrio entre irritación e inquietud.

Descolgó el teléfono y marcó primero el número de la torre del Kennedy. Mientras sonaba la señal se preguntó si no debería decirles lo que realmente sentía en lo más profundo de su ser... *algo grave está pasando aquí*.

Capítulo 3

Ahora estaba sentado con mis colegas: Ted Nash, superagente de la CÍA; George Foster, *boy scout* del FBI; Nick Monti, chico bueno de la policía de Nueva York; y Kate Mayfield, chica de oro del FBI. Habíamos cogido varios sillones giratorios de algunas mesas que estaban desocupadas y estábamos todos sentados, tomando café en tazas de cerámica. Yo me moría de ganas de comerme un donuts —un donuts con azúcar—, pero por alguna razón la gente siempre encuentra gracioso eso de los polis y los donuts, así que no iba a comerme un donuts.

Nos habíamos quitado la chaqueta, de modo que podíamos vernos las pistoleras unos a otros. Después de veinte años en las fuerzas del orden, me he dado cuenta de que esto le hace bajar la voz a todo el mundo, incluso a las mujeres.

El caso es que todos estábamos hojeando nuestras carpetas sobre el supuesto desertor, que se llamaba Asad Khalil. Por cierto, que lo que los policías llaman «carpeta» mis nuevos amigos lo llaman el «*dossier*». Los polis ponen el culo en la silla y hojean sus carpetas; los federales toman asiento y repasan sus *dossiers*.

La información contenida en la carpeta se llama «el libro sobre el sujeto»; la información del *dossier* se llama, creo, «la información». Lo mismo, pero aún tengo que aprender el vocabulario.

De todos modos, no había gran cosa en mi carpeta, ni en su *dossier*, salvo una foto en color transmitida por la embajada en París, más una breve biografía y un corto informe del tipo «esto es lo que creemos que se propone el fulano» compilado por la CÍA, la Interpol, el MI-6 británico, La Sûreté francesa y otros policías y agentes secretos de toda Europa. La biografía decía que el supuesto desertor era un libio de unos treinta años, sin familia conocida, ni otros datos importantes, salvo que hablaba inglés, francés, un poco de italiano, menos de alemán y, naturalmente, árabe.

Miré mi reloj, me desperecé, bostecé y paseé la vista en derredor. El Club Conquistador, además de ser un local de la BAT, servía también como oficina de campaña del FBI y refugio de la CÍA y quién sabe qué más. Pero aquel sábado por la tarde los únicos que estábamos allí éramos los cinco componentes del equipo de la BAT, la agente de servicio, que se llamaba Meg, y Nancy Tate. Las paredes, dicho sea de paso, están revestidas de plomo, de modo que nadie puede oírnos desde fuera por microondas, y ni siquiera Superman puede vernos.

—Tengo entendido que vas a dejarnos —me dijo Ted Nash.

No respondí pero miré a Nash. Vestía como un figurín, y uno se daba cuenta de que todo lo que llevaba estaba hecho a medida, incluidos los zapatos y la pistolera. No era mal parecido, tenía la piel bronceada y el pelo entrecano, y recordaba perfectamente que Beth Penrose sentía debilidad por él. Me había convencido a mí

mismo de que, naturalmente, no era por eso por lo que no me caía bien, pero lo cierto es que eso acrecentaba mi latente resentimiento.

—Si dedicas noventa días a esta misión, se considerará detenidamente cualquier decisión que tomes —me dijo George Foster.

—¿De veras?

Foster, en su calidad de veterano del FBI, era una especie de jefe de equipo, lo que estaba muy bien para Nash, que no pertenecía realmente al equipo, pero tenía sus más y sus menos si la situación exigía la participación de la CÍA, como en aquellos momentos.

Vestido con su horrible traje de sarga azul que delataba a la legua su condición de federal, Foster añadió, con cierta brusquedad:

—Ted se va dentro de unas semanas a una misión en ultramar. Entonces sólo seremos cuatro.

—¿Por qué no puede marcharse ahora? —sugerí sutilmente.

Nash se echó a reír.

A propósito, el señor Ted Nash, aparte de echarle los tejos a Beth Penrose, había incrementado su lista de pecados amenazándome durante el asunto de Plum Island, y yo no soy de los que perdonan.

—Estamos trabajando en un caso importante y muy interesante relacionado con el asesinato de un palestino moderado a manos de un grupo extremista aquí, en Nueva York —me dijo George Foster—. Te necesitamos para eso.

—¿De veras? —respondí.

Mi instinto me decía que me estaban haciendo la pelota, luego, Foster y Nash necesitaban un tipo que cargara con algún muerto, y, fuera lo que fuese, me estaban dorando la píldora. Me daban ganas de quedarme sólo para ver qué se proponían, pero la verdad es que allí estaba fuera de mi medio, y hasta aquellos cretinos podían buscarme la ruina si no me andaba con cuidado.

Qué coincidencia que fuese yo a parar a ese equipo. La BAT no es muy grande, pero sí lo bastante como para que este arreglo resultara un tanto sospechoso. La pista número dos era que Schmuck y Putz pedían que yo estuviese en el equipo por mi experiencia en homicidios. Tenía que preguntarle a Dom Fanelli cómo se había enterado de aquel asunto de agente con contrato especial. Le confiaría mi vida a Dom, y lo he hecho más de una vez, así que tenía razón en eso, y tuve que suponer que Nick Monti estaba limpio. Los polis no hacen la puñeta a otros polis, ni siquiera por el gobierno federal, especialmente no por el gobierno federal.

Miré a Kate Mayfield. Mi frío y duro corazón se despedazaría si descubría que ella estaba conchabada con Foster y Nash para jugarme una mala pasada.

Ella me sonrió.

Yo correspondí a su sonrisa. Si yo fuese Foster o Nash y quisiera pescar a John Corey, utilizaría a Kate Mayfield como cebo.

—Se tarda algún tiempo en acostumbrarse a esto —me dijo Nick Monti—. Y,

sabes, algo así como la mitad de los policías y expolicías que firman se quedan aquí. Es como si todos formásemos una gran familia, pero los policías son como los chicos que no fueron a la universidad, viven en casa, trabajan de vez en cuando y siempre quieren tomar prestado el coche.

—Eso no es cierto, Nick —dijo Kate.

Monti se echó a reír.

—Sí, tienes razón. —Me miró y añadió—: Podemos hablar de ello mientras nos tomamos unas cervezas.

—Mantendré una disposición abierta —dije, dirigiéndome a todos los reunidos, lo que significa: que os den morcilla.

Pero uno no quiere decirlo porque prefiere que sigan balanceando el cebo. Resulta interesante. Otra razón para mis malos modales es que echaba de menos el Departamento de Policía de Nueva York —el tajo, como lo llamábamos— y supongo que sentía un poco de lástima de mí mismo, y también un poco de nostalgia por los viejos tiempos.

Volví la vista hacia Nick Monti, y nuestras miradas se encontraron. No le conocía del tajo pero sabía que había sido detective en la Unidad de Inteligencia, lo cual resultaba perfecto para esta clase de trabajo. Supuestamente me necesitaban para ese caso de homicidio del palestino y supongo que también para otros casos de homicidio relacionados con el terrorismo, que era por lo que me hacían un contrato. La verdad es que ahora creo que con ese contrato me tienen completamente pillado.

—¿Sabes por qué a los italianos no les gustan los Testigos de Jehová? —le pregunté a Nick.

—No... ¿por qué? —respondió.

—Porque a los italianos no les gusta *ningún* testigo.

Nick soltó una carcajada, pero los otros tres pusieron la misma cara que si me hubiera tirado un pedo. Hay que comprender que los federales son muy políticamente correctos y analmente retentivos y le tienen un miedo cerval a la policía del pensamiento de Washington. Están totalmente acobardados por las estúpidas directivas que salen de Washington como un chorro continuo de diarrea. Quiero decir que, al cabo de los años, todos nos hemos vuelto un poco más cuidadosos con lo que decimos, pero los federales tienen un miedo terrible a ofender a alguien de algún grupo étnico, así que se oyen cosas como: «Hola, señor terrorista, me llamo George Foster, y hoy voy a ser el agente que lo detenga».

De todos modos, Nick Monti me dijo:

—Tres puntos negativos, detective Corey, por utilizar expresiones étnicas.

Evidentemente, Nash, Foster y Mayfield estaban irritados y desconcertados a la vez por haber sido indirectamente objeto de burla. Se me ocurrió, en un momento de lucidez, que los federales tenían sus propias cuestiones con la policía pero nunca dirían una sola palabra al respecto.

En cuanto a Nick Monti, tenía cincuenta y tantos años, esposa e hijos, calva

incipiente, un poco de barriga y una especie, de aire paternal e inofensivo, la clase de tipo que parecía cualquier cosa menos un agente de los servicios de Inteligencia. Forzosamente tenía que ser bueno, o los federales nunca lo habrían arrancado de su puesto en la policía de Nueva York.

Repasé mi *dossier* sobre el señor Asad Khalil. Parecía ser que el caballero árabe se movía mucho por toda Europa Occidental, y dondequiera que él había estado alguna persona o cosa norteamericana o británica había sufrido algún contratiempo: una bomba en la embajada británica en Roma, bomba en la catedral americana en París, bomba en la iglesia luterana americana en Frankfurt, el asesinato a hachazos de un oficial de aviación norteamericano frente a la base aérea de Lakenheath, en Inglaterra, y la muerte a tiros en Bruselas de tres escolares americanos cuyos padres eran funcionarios de la OTAN. Esto último me pareció especialmente desagradable, y me pregunté cuál sería el problema de aquel individuo.

En cualquier caso, no se podía establecer ninguna relación directa entre los sucesos mencionados y el tal Khalil, así que había que tenerlo vigilado para ver con quién se asociaba o si se le podía sorprender in fraganti. Pero el muy cabrón parecía no tener cómplices, ni lazos o relaciones con nadie ni con nada, y tampoco ninguna conexión terrorista conocida, excepto con el Club de los Kiwanis o con el Rotario. Bueno, es broma.

Repasé un párrafo del *dossier*, escrito por un agente de nombre cifrado perteneciente a una agencia no identificada. El párrafo decía: «Asad Khalil entra en un país abierta y legalmente, utilizando su pasaporte libio y haciéndose pasar por turista. Las autoridades están alertadas, y se lo observa para ver con quién establece contacto. Invariablemente se las arregla para esfumarse y, al parecer, abandonar en secreto el país, ya que nunca queda constancia de su salida. Recomiendo vivamente su detención e interrogatorio la próxima vez que llegue a un punto de entrada».

Asentí con la cabeza. *Buena idea, Sherlock. Eso es exactamente lo que vamos a hacer.*

Lo que me preocupaba del asunto era que Asad Khalil no era la clase de criminal que se presentaría voluntariamente en la embajada norteamericana en París cuando iba ganando de mucho.

Leí la última página del *dossier*. Básicamente lo que teníamos allí era un solitario hostil a la civilización occidental en su forma actual. *Bueno, muy bien, pronto veremos qué se propone el fulano.*

Examiné la fotocopia en color llegada de París. El señor Khalil tenía un aire insignificante aunque no demasiado. Era moreno y atractivo, de nariz ganchuda, pelo brillante y ojos oscuros y profundos. Había tenido su buena ración de chicas o chicos o lo que gozase de sus preferencias.

Mis colegas conversaron unos instantes sobre el caso, y parecía como si todo lo que se esperaba de nosotros por el momento fuese poner al señor Khalil bajo custodia y llevarlo allí para un rápido interrogatorio preliminar, unas cuantas fotos, huellas

dactilares y todo eso. Un funcionario del Servicio de Inmigración y Naturalización le haría también varias preguntas y se ocuparía del papeleo. Hay un montón de redundancias en el sistema federal, de tal modo que si algo sale mal aparecen no menos de quinientas personas echándose el muerto unas a otras.

Después de una o dos horas, lo acompañaríamos a Federal Plaza, donde — supongo— sería recibido por las personas apropiadas, que, junto con mi equipo, determinarían la sinceridad de su deserción a la cristiandad y todo lo demás. En algún momento, dentro de un día, una semana o varios meses, el señor Khalil acabaría en algún local de la CÍA fuera de Washington, donde cantaría durante un año todo lo que sabía y recibiría después unos cuantos pavos y una nueva identidad, que — conociendo a la CÍA— haría que el pobre hombre pareciera Pat Boone. Y entonces voy y les pregunto a mis colegas:

—¿Quién tiene pelo rubio, ojos azules, tetas grandes y vive en el sur de Francia? Nadie parecía saberlo, así que les dije:

—Salman Rushdie.

Nick soltó una carcajada y se palmeó la rodilla.

—Dos puntos negativos más.

Los otros dos fulanos sonrieron forzosamente, y Kate hizo rodar los ojos.

Sí, me estaba pasando un poco, pero yo no había pedido aquel trabajo. Sólo me quedaba otro chiste malo y dos comentarios desagradables más.

—Como tal vez hayas leído en nuestra comunicación de misión enviada por Zach Weber —dijo Kate—, Asad Khalil está siendo escoltado por Phil Hundry, del FBI, y Peter Gorman, de la CÍA. Se hicieron cargo de Khalil en París y vienen en la clase business del 747. El señor Khalil puede o no ser un testigo del gobierno, y hasta que se esclarezca esa circunstancia permanece esposado.

—¿Quién se lleva los puntos que da la compañía por el viaje?

Kate ignoró mi pregunta y continuó:

—Los dos agentes y el señor Khalil serán los primeros en desembarcar, y nosotros estaremos en la pista, esperando a la puerta del avión para recibirlos. — Consultó su reloj y luego se levantó, miró el monitor de televisión y añadió—: Continúa acercándose y continúa puntual. Dentro de diez minutos deberemos empezar a movernos hacia la puerta.

—Ciertamente, no creemos que haya problemas —dijo Ted Nash—, pero debemos estar alerta. Si alguien quisiera matar a ese tipo, no tiene más que unas pocas oportunidades; en la pista, al venir hacia aquí en la furgoneta o durante el camino a Manhattan. Después, Khalil desaparecerá en las entrañas del sistema y nadie volverá a saber de él.

—He dispuesto que haya varios agentes de la policía de la Autoridad Portuaria y tipos de uniforme de la policía neoyorquina en la pista, cerca de la furgoneta, y tenemos escolta policial hasta Federal Plaza —indicó Nick—. De modo que si alguien intenta cargarse a ese tío, será una misión suicida.

—Cosa que no hay que descartar —observó el señor Foster.

—Le hemos puesto un chaleco antibalas en París. Hemos tomado todas las precauciones. No tendría por qué haber problemas.

No tendría por qué. No aquí, en suelo americano. De hecho, yo no podía recordar un solo caso en que los federales o la policía de Nueva York hubieran perdido un preso o un testigo en tránsito, así que aquello parecía pan comido. Pero, dejando a un lado mis bromas, había que tratar cada una de estas misiones rutinarias como si pudiera estallarle a uno en plena cara.

Quiero decir que estamos hablando de terroristas, personas consagradas a una causa que han demostrado que les importa un carajo vivir.

Ensayamos verbalmente el recorrido por la terminal, hasta la puerta, por la escalera de servicio que conduce a la pista, hasta la zona de estacionamiento. Montaríamos a Khalil, Gorman y Hundry en una furgoneta blindada carente de distintivos y luego, precedidos por un coche policial de la Autoridad Portuaria y seguidos por un vehículo de escolta, nos dirigiríamos a nuestro club privado. Los coches policiales de la Autoridad Portuaria tenían radios de control terrestre, cosa que, de conformidad con las reglas, necesitábamos en la zona de estacionamiento y en todas las zonas aeronáuticas.

De nuevo en el Club Conquistador, llamaríamos a un tipo de Inmigración para que sometiera a Khalil a los trámites necesarios. La única organización que parecía faltar era la Oficina de Infracciones de Aparcamiento. Pero las reglas son las reglas, y todo el mundo tiene su parcelita que proteger.

En algún momento volveríamos a montar en la furgoneta y, con nuestros escoltas, emprenderíamos un tortuoso camino por Manhattan, evitando los barrios musulmanes de Brooklyn. Mientras tanto, un coche celular con el distintivo policial actuaría de señuelo. Con un poco de suerte, hacia las seis de la tarde habría terminado el trabajito y yo estaría en mi coche, rumbo a Long Island para acudir a una cita con Beth Penrose.

Mientras, en el Club Conquistador, Nancy asomó la cabeza y dijo:

—La furgoneta está aquí.

—Hora de moverse —anunció Foster, levantándose de la silla.

En el último momento, Foster nos dijo a Nick y a mí:

—¿Por qué no se queda aquí uno de vosotros, por si recibimos alguna llamada oficial?

—Yo me quedaré —respondió Nick.

Foster garrapateó el número de su teléfono móvil y se lo dio a Nick.

—Estaremos en contacto. Llámame si alguien llama aquí.

—De acuerdo.

Yo miré al monitor mientras salía. Faltaban veinte minutos para el momento previsto para el aterrizaje.

A menudo me he preguntado qué habría pasado si me hubiese quedado yo allí en

lugar de Nick.

Capítulo 4

Ed Stavros, supervisor de la torre de control del aeropuerto internacional Kennedy, se llevó el teléfono al oído y escuchó a Bob Esching, supervisor de turno del control de tráfico aéreo del centro de Nueva York. Stavros no estaba seguro de si Esching estaba preocupado o no, pero el solo hecho de que le llamara resultaba un tanto anormal.

Stavros volvió inconscientemente los ojos hacia las enormes ventanas de cristales ahumados de la torre de control y vio cómo hacía su entrada un A-340 de Lufthansa. Se dio cuenta de que la voz de Esching había cesado. Stavros trató de pensar en algo que decir que sonara bien si la cinta se reproducía alguna vez ante un grupo de ceñudos inquisidores. Carraspeó y preguntó:

—¿Ha llamado a Trans-Continental?

—Será mi próxima llamada —respondió Esching.

—De acuerdo... bien... Alertaré al servicio de emergencia de la policía de la Autoridad Portuaria... ¿era un serie 700?

—En efecto —dijo Esching.

Stavros asintió pensativamente con la cabeza. Teóricamente, los miembros del servicio de emergencia tenían grabado en la memoria cada tipo de aparato conocido por lo que se refería a puertas de acceso, salidas de emergencia, disposición general de los asientos, etcétera.

—Bien... Bueno...

—No estoy declarando una emergencia —añadió Esching—. Sólo...

—Sí, entiendo. Pero vamos a seguir las normas establecidas y la definiré como situación tres-dos. Ya sabe, «problemas potenciales». ¿De acuerdo?

—Sí... Quiero decir que podría ser...

—¿Qué?

—Bueno, no voy a conjeturar, señor Stavros.

—No le pido que lo haga, señor Esching. ¿Debo declarar una tres-tres?

—Eso es competencia suya, no mía —respondió, e instantes más tarde añadió—: Nosotros tenemos una situación de ausencia de radio que ya dura más de dos horas, y no hay ningún otro indicio de problemas. Le aparecerá en pantalla dentro de uno o dos minutos. Vigílelo atentamente.

—Muy bien. ¿Algo más?

—Es todo —respondió Bob Esching.

—Gracias —dijo Ed Stavros, y colgó.

Stavros cogió su teléfono de la línea directa con el centro de comunicaciones de la Autoridad Portuaria, y, a la tercera señal de llamada, una voz dijo:

—Pistolas y Mangueras a su servicio.

A Stavros no le gustaba nada el humor de los agentes de la Autoridad Portuaria, que hacían al mismo tiempo de bomberos y de personal de servicio de emergencia.

—Me va a llegar un aparato en ausencia de radio —dijo—. Vuelo Uno-Siete-Cinco de Trans-Continental, Boeing 747, serie 700.

—Recibido, torre. ¿Qué pista?

—Estamos usando todavía la Cuatro-Derecha, ¿pero cómo voy a saber cuál utilizará si no podemos hablar con él?

—Muy agudo. ¿Cuál es la hora estimada de llegada?

—Las dieciséis veintitrés.

—Recibido. ¿Quiere una tres-dos o una tres-tres?

—Pues... empecemos con una simple tres-dos, y podemos aumentar o disminuir según evolucione la situación.

—O podemos mantenerla igual.

Decididamente, a Stavros no le agradaba la actitud insolente de aquellos tíos. Quien hubiera tenido la brillante idea de coger tres ocupaciones distintas —servicio de emergencia, bomberos y policías— y fundirlas en una sola debía de estar loco.

—¿Quién es? ¿Bruce Willis? —dijo Stavros.

—Sargento Tintle, a su servicio. ¿Con quién hablo yo?

—Señor Stavros.

—Bien, señor Stavros, baje al cuartel de bomberos y le pondremos un hermoso traje de material ignífugo y le daremos una hacha, y si el avión hace explosión usted puede ser uno de los primeros en subir a bordo.

—El avión en cuestión está en situación de ausencia de radio, sargento —repuso Stavros—, no tiene problemas mecánicos. No se ponga nervioso.

—Me encanta cuando se enfada.

—Bien, vamos a darle un carácter oficial al asunto. Voy a coger el teléfono rojo —dijo Stavros.

Colgó el aparato, descolgó el teléfono rojo y pulsó un botón que le puso de nuevo en contacto con el sargento Tintle, que esta vez contestó:

—Autoridad Portuaria, Servicio de Emergencia.

Aquella llamada era oficial y estaba siendo grabada, así que Stavros se atuvo al procedimiento establecido y dijo:

—Aquí torre de control. Llamo en una tres-dos de un 747-700 Trans-Continental aterrizando en pista Cuatro-Derecha, hora estimada de llegada veinte minutos aproximadamente. Vientos en cero-tres-cero a diez nudos. Trescientas diez almas a bordo. —Stavros siempre se preguntaba por qué se les llamaba almas a los pasajeros y los tripulantes, pues parecía que estuvieran muertos.

El sargento Tintle repitió el comunicado y añadió:

—Despacharé las unidades.

—Gracias, sargento.

—Gracias a usted por llamar, señor. Nos hacemos cargo.

Stavros colgó y se frotó las sienes.

—Imbéciles.

Se levantó y paseó la vista por la amplia sala de la torre de control. Varios hombres y mujeres miraban atentamente sus pantallas o hablaban con intensa concentración por los micrófonos de sus cascos o miraban de vez en cuando por las ventanas. La torre de control no era un trabajo tan fatigoso como el de los verdaderos controladores de tráfico aéreo que ocupaban la sala de radar —carente de ventanas— del piso inmediatamente inferior, pero no le faltaba mucho. Recordó la vez en que dos de sus hombres provocaron la colisión de dos aviones de pasajeros en la pista. Había ocurrido en uno de sus días libres, y por eso todavía conservaba su puesto.

Se dirigió hacia el amplio ventanal. Desde aquella altura de cien metros —el equivalente a un edificio de treinta pisos— la vista panorámica de todo el aeropuerto, la bahía y el océano Atlántico resultaba espectacular, especialmente con cielo despejado y el sol poniente a su espalda. Miró el reloj y vio que eran casi las cuatro en punto de la tarde. Habría estado fuera de allí al cabo de unos minutos pero no iba a ser así.

Tenía que estar en casa a las siete para cenar con su mujer y un matrimonio amigo. Confiaba en poder llegar a tiempo o, al menos, con un razonable retraso. Incluso podría quedar bien llegar con una buena historia sobre el motivo de su tardanza. La gente pensaba que tenía un trabajo fascinante, y él se aprovechaba de ello cuando había tomado unos cuantos cócteles.

Tomó nota mentalmente para acordarse de llamar a casa una vez que hubiese aterrizado el Trans-Continental. Luego tendría que hablar por teléfono con el capitán del aparato y a continuación redactar un informe preliminar del incidente. Suponiendo que se tratara sólo de un fallo de comunicaciones, para las seis ya estaría en la carretera y tendría dos horas extraordinarias por cobrar. Perfecto.

Repasó mentalmente la conversación con Esching. Desearía tener un modo de acceder a la cinta que registraba todas sus palabras pero la Administración Federal de Aviación no era lo bastante estúpida como para permitirlo.

Volvió a pensar en la llamada telefónica de Esching, pero no en las palabras, sino en el tono. Era evidente que Esching estaba preocupado y no podía ocultarlo. Sin embargo, la interrupción de comunicaciones por radio durante dos horas no era una situación necesariamente peligrosa, sino tan sólo poco habitual. Stavros consideró unos momentos la posibilidad de que se hubiera declarado un incendio a bordo del vuelo 175 de Transcontinental. Eso era razón más que suficiente para cambiar la alerta de un simple grado 3-2 a un grado 3-3. Un 3-4 era un accidente aéreo real o inminente, y en ese caso no había dificultades. Pero la incertidumbre de aquella situación resultaba un tanto peliaguda.

Y, naturalmente, existía la remota posibilidad de que se tratara de un secuestro. Pero Esching había dicho que el localizador de posición no estaba emitiendo la señal en clave para casos de secuestro.

Stavros barajó sus dos opciones, ¿3-2 o 3-3? Una 3-3 exigiría un mayor esfuerzo creativo en la redacción del informe si la cosa acababa quedando en nada. Decidió dejarlo en una 3-2 y se dirigió hacia el bar.

—Jefe.

Stavros volvió la vista hacia uno de sus controladores de torre, Roberto Hernández.

—¿Qué?

Hernández se quitó el auricular y le dijo:

—Jefe, acabo de recibir una llamada del controlador de radar sobre un avión de Trans-Continental en silencio de radio.

Stavros dejó el café.

—¿Y?

—Bueno, el avión inició el descenso antes de lo esperado y ha estado a punto de colisionar con un vuelo de US Airways con destino a Philly.

—Dios santo... —Stavros volvió nuevamente la vista hacia la ventana. No entendía cómo el piloto de Trans-Continental podía no haber visto a otro avión en un día completamente despejado, sin nubes. Incluso el propio equipo de alarma de conexión habría sonado antes de que se estableciera contacto visual. ¿Era aquello el primer indicio de que algo podría estar marchando realmente mal? *¿Qué diablos está pasando aquí?*

Hernández miró su pantalla de radar y dijo:

—Ya lo tengo, jefe.

Stavros se dirigió hacia la consola de Hernández. Miró el destello del radar. El avión estaba siguiendo inequívocamente la ruta de aterrizaje mediante instrumentos en una de las pistas del nordeste del Kennedy.

Stavros recordaba los tiempos en que estar en la torre de control de un aeropuerto significaba que uno estaba todo el tiempo mirando por la ventana; ahora, la gente de la torre de control miraba las mismas pantallas electrónicas que veían los controladores de tráfico aéreo en la oscura sala de radar situada inmediatamente debajo. Pero, al menos, ellos podían echar un vistazo al exterior si querían.

Stavros cogió los potentes prismáticos de Hernández y se dirigió a la cristalera orientada al sur. Había cuatro consolas altas de comunicaciones instaladas a noventa grados unas de otras frente al curvo cristal, a fin de que el personal de la torre dispusiera de múltiples comunicaciones a su alcance mientras permanecía en pie viendo lo que sucedía en las pistas, calzadas de rodaje, puertas y accesos de vuelo. De ordinario, no hacía ninguna falta, pero Stavros sentía la necesidad de estar al mando, por así decirlo, cuando apareciese el avión.

—¿Velocidad? —le preguntó a Hernández.

—Doscientos nudos —respondió Hernández—. Descendiendo a mil ochocientos metros.

—Bien.

Stavros cogió de nuevo el teléfono rojo. Conectó también el altavoz de emergencia de la torre de control y transmitió:

—Servicio de Emergencia, aquí torre, cambio.

En la torre de control sonó una voz por el sistema de megafonía.

—Torre, aquí Servicio de Emergencia.

Stavros reconoció la voz de Tintle, que preguntó:

—¿Cuál es el problema?

—El problema es la situación. Ahora es una alerta 3-3.

—¿Por qué?

Stavros pensó que Tintle parecía menos insolente ahora.

—Porque ha estado a punto de producirse una colisión con otro avión —respondió.

—Diablos. —Silencio, y luego—: ¿Cuál cree que es el problema?

—Ni idea.

—¿Secuestro?

—Un secuestro no hace que un piloto vuele con el culo.

—Sí... bueno...

—No tenemos tiempo para conjeturas. El avión está en aproximación final de veintidós kilómetros a pista Cuatro-Derecha. ¿Me copia?

—Veintidós kilómetros a pista Cuatro-Derecha.

—Confirmado —dijo Stavros.

—Convocaré al resto de la unidad para una 3-3.

—De acuerdo.

—Confirme tipo de avión —dijo Tintle.

—Por lo que sé, un 747, serie 700. Lo llamaré cuando establezcamos contacto visual.

—Recibido.

Stavros cortó la comunicación y levantó los prismáticos. Los enfocó sobre el final de la pista y empezó a escudriñar metódicamente desde allí, pero su mente estaba en la conversación que acababa de tener por radio. Recordaba a Tintle de haber coincidido con él en varias reuniones de enlace del Comité de Emergencia. No le agradaba especialmente el estilo de Tintle pero tenía la impresión de que era un hombre competente. En cuanto a los tipejos que se llamaban a sí mismos Pistolas y Mangueras, se pasaban casi todo el tiempo en el cuartelillo de bomberos jugando a cartas, mirando la televisión o hablando de mujeres. También limpiaban mucho sus vehículos; les encantaba tenerlos relucientes.

Pero Stavros los había visto varias veces en acción, y estaba seguro de que podían encargarse de cualquier asunto, desde un avión accidentado hasta un incendio a bordo e incluso un secuestro. De todos modos, no era responsabilidad suya lo que hiciesen ellos ni la situación misma una vez que el avión se hubiera detenido. Encontraba una cierta satisfacción en el hecho de que la resolución de aquella 3-3 sería con cargo al

presupuesto de la Autoridad Portuaria y no al de la Administración Federal de Aviación.

Bajó los prismáticos, se frotó los ojos y luego dirigió los prismáticos a la pista Cuatro-Derecha.

Habían entrado en acción las dos unidades de rescate, y Stavros vio a lo largo del perímetro de la pista una impresionante variedad de vehículos del Servicio de Emergencia, con las luces rojas encendidas, girando y lanzando destellos. Estaban estacionados a mucha distancia unos de otros, con el objeto de evitar que un gran avión, como por ejemplo un 747, los destruyera a todos en el caso de que tuviera que realizar un aterrizaje.

Stavros contó dos vehículos de interceptación rápida y cuatro grandes motobombas T2900. Había también un camión pesado de rescate, dos ambulancias y seis coches policiales de la Autoridad Portuaria, además del Puesto de Mando Móvil, que tenía todas las frecuencias de radio de todas las agencias asociadas de Nueva York, así como una central telefónica completa. Divisó también el camión de material peligroso, cuyo personal había sido entrenado por el ejército. Aparcado a lo lejos estaba el camión de escalera móvil y el hospital móvil. Lo único que faltaba era el depósito de cadáveres móvil. No lo llevarían hasta que fuese necesario, y en ese caso ya no habría ninguna prisa.

Ed Stavros contempló la escena, una escena que él había creado con sólo descolgar su teléfono rojo. Una parte de él no quería que hubiese ningún problema con el avión que iba a aterrizar. La otra parte, sin embargo... No había declarado una tres-tres desde hacía dos años y le preocupaba la posibilidad de que se hubiera excedido. Pero excederse era mejor que no llegar.

—Diez kilómetros —dijo Hernández.

—Perfecto.

Stavros volvió a escrutar sistemáticamente el horizonte, donde el océano Atlántico se fundía con la niebla de Nueva York.

—Nueve kilómetros.

—Lo tengo. —Incluso con los potentes prismáticos, el 747 era poco más que un destello en el cielo azul. Pero su tamaño iba aumentando por momentos.

—Ocho kilómetros.

Stavros continuó mirando el avión que se aproximaba. Había visto miles de gigantescos reactores realizar aquella aproximación, y en este caso no había nada especial que le preocupara, salvo el hecho de que las radios del avión continuaban en absoluto silencio.

—Siete.

Stavros decidió hablar con la persona que tenía a su cargo los equipos de rescate. Cogió un radioteléfono que estaba sintonizado con la frecuencia de Control de Tierra y transmitió:

—Rescate Uno, aquí torre.

La respuesta llegó por el altavoz.

—Torre, aquí Rescate Uno. ¿Qué puedo hacer hoy por usted?

Oh, Dios —se dijo Stavros—, *otro engreído*. Debía de ser un requisito para acceder al puesto.

—Aquí el señor Stavros —dijo—, supervisor de Torre. ¿Con quién hablo?

—Soy el sargento Andy McGill, gran jefe de Pistolas y Mangueras. ¿Qué puedo hacer por usted?

Stavros decidió que no iba a seguirle el juego a aquel imbécil.

—Quiero establecer contacto directo con usted.

—Establecido.

—Muy bien... el avión está a la vista, McGill.

—Sí. Nosotros también lo vemos.

—Se dispone a aterrizar.

—Bueno. Lo que no me gusta es que aterricen encima de nosotros.

—Pero estén preparados.

—¿Sigue sin radio?

—Sí.

—Tres kilómetros —dijo Hernández, y añadió—: Continúa en rumbo. Altitud, doscientos cincuenta metros.

Stavros transmitió el dato a McGill, que acusó recibo.

—Un kilómetro —dijo Hernández—, en rumbo, ciento cincuenta metros.

Stavros distinguía ahora claramente el enorme reactor.

—Confirmado un 747-700 —le comunicó a McGill—. Tren de aterrizaje desplegado, alerones normales, al parecer.

—Recibido. Tengo su posición —respondió McGill.

—Perfecto. Queda a su cargo. —Stavros cortó la transmisión y dejó el radioteléfono.

Hernández se alejó de su consola y se situó junto a Stavros. Otros hombres y mujeres de la torre se acercaron también a las ventanas.

Stavros contempló el 747, hipnotizado por el enorme aparato que acababa de pasar sobre el principio de la pista y descendía hacia el cemento. No había en su aspecto ni en su comportamiento nada que lo diferenciase de cualquier otro 747 que se dispusiera a aterrizar. Pero, de pronto, Stavros tuvo la certeza de que no llegaría a casa a tiempo para la cena.

Capítulo 5

La furgoneta nos dejó en la terminal de Llegadas Internacionales, delante del logotipo de Air India, y fuimos andando hasta la zona de Trans-Continental.

Ted Nash y George Foster iban juntos, y Kate Mayfield y yo caminábamos detrás. La idea era no parecer cuatro federales llevando a cabo una misión, por si había alguien vigilando. Y es que hay que poner en práctica las reglas de la profesión aunque a uno no le impresionen realmente sus adversarios.

Consulté el panel de llegadas, según el cual el Vuelo 175 de Trans-Continental venía puntual, lo que significaba que aterrizaría al cabo de unos diez minutos, con llegada por la Puerta 23.

Mientras caminábamos en dirección a la zona de llegadas observábamos con atención a la gente que nos rodeaba. Normalmente, uno no ve facinerosos cargando sus pistolas ni nada parecido pero es sorprendente cómo, después de treinta años en el oficio, uno puede detectar complicaciones.

La terminal no estaba abarrotada aquel sábado por la tarde del mes de abril, y todo el mundo parecía más o menos normal, excepto los neoyorquinos nativos, que siempre tienen aire de estar posando para una postal.

—Quiero que seas amable con Ted —me dijo Kate.

—Muy bien.

—Lo digo en serio.

—Sí, señora.

—Cuanto más te metes con él, más disfruta —añadió.

Tenía razón. Pero hay algo en Ted Nash que no me gusta. En parte es su afectación y su complejo de superioridad, pero principalmente es que no confío en él.

Todo el que espera un vuelo internacional permanece fuera del recinto aduanero, en la planta baja, de modo que nos dirigimos allí y nos movimos un poco entre la multitud, buscando a alguien que se comportara de manera sospechosa.

Supongo que el terrorista medio sabe que si su objetivo está protegido, ese objetivo no pasará por la aduana. Pero la calidad de los terroristas que llegan a este país es generalmente baja, no sé por qué motivo, y es legendaria la cantidad de estupideces que han cometido. Según Nick Monti, los miembros de la BAT cuentan en los bares historias de terroristas memos y luego se inventan para la prensa una historia diferente sobre lo peligrosos que son esos activistas. Sí son peligrosos, pero sobre todo para ellos mismos. Aunque acuérdense del World Trade Center, por no mencionar los dos atentados con bombas contra otras tantas embajadas en África.

—Pasaremos unos dos minutos aquí y luego iremos a la puerta —me dijo Kate.

—¿Debo levantar ya mi cartel de «Bien venido, Asad Khalil»?

—Después. En la puerta. —Y añadió—: Ésta parece ser la temporada de las defecciones.

—¿Qué quieres decir?

—Tuvimos otra en febrero.

—Cuéntame.

—Un asunto parecido. Un libio en busca de asilo.

—¿Dónde se entregó?

—En París también —respondió.

—¿Qué fue de él?

—Lo retuvimos aquí unos días y luego lo llevamos a Washington.

—¿Dónde está ahora?

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué? Porque este asunto apesta.

—¿Verdad que sí? ¿Qué opinas?

—Parece un truco para ver qué pasa si vas a la embajada estadounidense en París y te entregas.

—Eres más listo de lo que pareces. ¿Has recibido entrenamiento antiterrorista?

—Más o menos. Estuve casado. —Y añadió—: Solía leer muchas novelas de la guerra fría.

—Sabía que acertábamos al contratarte.

—Cierto. ¿Y ese otro terrorista está aislado o puede llamar a sus camaradas de Libia?

—Estaba en libertad, aunque bajo vigilancia. Se fugó.

—¿Por qué estaba en libertad?

—Bueno, era un testigo amigo —respondió ella.

—Ya no —puntalicé.

No replicó, y yo no le hice más preguntas. En mi opinión, los federales tratan a los llamados espías y terroristas desertores mucho mejor que los policías tratan a los delincuentes que aceptan cooperar con ellos. Pero ésa es sólo mi opinión.

Nos dirigimos a un punto previamente concertado, junto a la puerta de la aduana, y nos reunimos con el detective de la Autoridad Portuaria allí destinado, que se llamaba Frank.

—¿Conocen el camino o necesitan compañía? —preguntó Frank.

—Yo conozco el camino —respondió Foster.

—Muy bien —dijo Frank—, los presentaré. —Cruzamos la puerta del recinto, y Frank anunció a varios aduaneros—: Son agentes federales. Pueden pasar.

A nadie pareció importarle, y Frank nos deseó buena suerte, encantado de que no quisiéramos que hiciera con nosotros todo el largo recorrido hasta la Puerta 23.

Kate, Foster, Nash y yo cruzamos la extensa sección de Aduanas y recogida de equipaje y seguimos por un pasillo hasta las garitas de control de pasaportes, donde nadie nos preguntó siquiera qué hacíamos allí.

Quiero decir que a aquellos idiotas se les podía enseñar una placa de Roy Rogers y pasar con un lanzacohetes al hombro.

En resumen, la seguridad del JFK es horrible; ese aeropuerto es un caldero en el que se mezclan los buenos, los malos, los feos y los estúpidos, por donde entran y salen treinta millones de viajeros al año.

Íbamos andando todos juntos ahora por uno de esos largos y surrealistas corredores que unen la zona de Pasaportes e Inmigración con las puertas de llegada. De hecho, estábamos haciendo el camino inverso del que hacen los pasajeros que llegan, y yo sugerí que camináramos de espaldas para no llamar la atención pero a nadie le pareció necesario, y ni tan siquiera gracioso.

Kate Mayfield y yo íbamos delante de Nash y Foster.

—¿Has estudiado el perfil psicológico de Asad Khalil? —me preguntó ella.

No recordaba haber visto ningún perfil psicológico en el *dossier*, y así se lo dije.

—Pues había uno —respondió—. Indica que un hombre como Asad Khalil, a propósito, Asad significa «león» en árabe, que un hombre como ése adolece de baja autoestima y tiene problemas no resueltos de inadaptación infantil que necesita superar.

—¿Cómo?

—Es el tipo de hombre que necesita una reafirmación de su propia valía.

—¿Quieres decir que no puedo partírle la nariz?

—No. Tienes que validar su autoestima.

La miré y vi que estaba sonriendo, y comprendí que me estaba tomando el pelo. Me eché a reír, y ella me dio un codazo juguetonamente, lo que me agradó.

En la puerta había una mujer de uniforme azul con un bloc y un transmisor-receptor de radio en la mano. Supongo que teníamos un aspecto peligroso o algo parecido, porque empezó a farfullar por la radio mientras nos veía acercarnos.

Kate se adelantó, mostró su credencial del FBI y le habló a la mujer, que se calmó. Ya saben, todo el mundo está un poco paranoico últimamente, en especial en los aeropuertos internacionales. Cuando yo era pequeño, solíamos ir hasta la misma puerta para recibir a la gente, un detector de metales era lo que llevaba uno a la playa para encontrar monedas perdidas, y los únicos vehículos que se asaltaban eran los camiones de mercancías. Pero el terrorismo internacional ha cambiado todo eso. Y, por desgracia, la paranoia no se traduce necesariamente en un buen sistema de seguridad.

Nash, Foster y yo nos acercamos y empezamos a charlar con la mujer, que resultó ser una empleada de Trans-Continental. Se llamaba Debra Del Vecchio, que suena la mar de bien. Nos dijo que, por lo que ella sabía, el vuelo llegaba puntual y que por eso estaba allí. Hasta el momento, todo perfecto.

Hay un procedimiento establecido para el embarque, transporte y desembarque de presos y sus escoltas; éstos son los primeros en embarcar y los últimos en desembarcar. Incluso personajes importantes, como por ejemplo políticos, tienen que

esperar a que desembarquen los presos, pero muchos políticos acaban esposados y entonces pueden desembarcar los primeros.

Kate le dijo a Del Vecchio:

—Cuando lleve el pasillo móvil hasta el aparato, nosotros iremos por él hasta la puerta del avión y esperaremos allí. Las personas que estamos esperando desembarcarán primero y los acompañaremos por la escalera hasta la pista, donde nos aguarda un vehículo. Usted no volverá a vernos. Sus pasajeros no sufrirán ninguna molestia.

—¿A quién van a recibir? —preguntó Del Vecchio.

—A Elvis Presley —respondí.

—Un personaje importante —aclaró Kate.

—¿Se ha interesado alguien más por este vuelo? —preguntó Foster.

Ella negó con la cabeza.

Nash miró la foto de la tarjeta de identidad que llevaba prendida en la blusa.

Yo pensé que debía hacer o decir algo inteligente para justificar los cincuenta dólares del taxi desde Manhattan, pero aparte de preguntarle si tenía un amiguito árabe no se me ocurría nada más.

Así que los cinco permanecemos allí, tratando de aparentar que nos lo estábamos pasando en grande, consultando nuestros relojes y mirando los estúpidos anuncios turísticos que colgaban de la pared del corredor.

Foster pareció recordar de pronto que tenía un teléfono móvil y lo abrió, encantado de tener algo que hacer. Marcó y esperó.

—Nick, soy George —dijo finalmente—. Estamos en la puerta. ¿Alguna novedad por ahí?

Foster escuchó a Nick Monti y dijo:

—Muy bien... sí... bien... de acuerdo... vale...

No pudiendo entretenerse más con aquella rutinaria llamada telefónica, cortó y anunció:

—La furgoneta está situada en la pista, cerca de esta puerta. También han llegado la Autoridad Portuaria y la policía de Nueva York; cinco coches, diez agentes y el coche patrulla de señuelo.

—¿Ha dicho Nick cómo van los Yankees? —pregunté.

—No.

—Juegan con Detroit en el Stadium. Deben de estar ya en el quinto tiempo.

—En la segunda mitad del cuarto iban perdiendo por tres a uno —dijo Debra Del Vecchio.

—Va a ser una temporada dura —dije.

Seguimos intercambiando nimiedades durante un rato y luego le pregunté a Kate:

—¿Has hecho ya tu declaración de la renta?

—Claro. Soy contable.

—Lo suponía. —Me volví hacia Foster—. ¿Tú también eres contable?

—No, yo soy abogado.

—¿Por qué no me sorprende? —exclamé.

—Creía que eran del FBI —indicó Debra.

—La mayoría de los agentes son contables o abogados —explicó Kate.

—Curioso —observó Debra.

Ted Nash permanecía apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos de la chaqueta y la mirada perdida en el vacío, rememorando probablemente los buenos tiempos de la serie CIA-KGB. Nunca imaginó que su victorioso equipo quedara reducido a un grupo de aficionados.

—Creía que eras abogado —le dije a Kate.

—También.

—Estoy impresionado. ¿Sabes cocinar?

—Por supuesto. Y además soy cinturón negro de kárate.

—¿Sabes escribir a máquina?

—Setenta palabras por minuto. Y estoy cualificada como tiradora de élite con cinco pistolas distintas y tres clases de rifles.

—¿Browning de nueve milímetros?

—Sin problemas —respondió.

—¿Aceptas una apuesta a ver quién dispara mejor?

—Desde luego. Cuando quieras.

—Cinco pavos por punto.

—Diez, y está hecho.

Nos estrechamos la mano.

No es que me estuviera enamorando, pero debo reconocer que aquella chica me fascinaba.

Iban pasando los minutos. Dije:

—Un tío entra en un bar y va y le dice al camarero: «¿Sabe una cosa? Todos los abogados son gilipollas». Y desde el otro extremo de la barra un fulano replica: «Eh, que he oído eso, y me ofende». Y el primero pregunta: «¿Por qué? ¿Es usted abogado?» Y el otro responde: «No, soy gilipollas».

Debra Del Vecchio soltó una carcajada. Luego miró su reloj y volvió la vista hacia la radio.

Continuamos esperando.

A veces, uno tiene la sensación de que algo no marcha bien. Yo tenía esa sensación.

Capítulo 6

El sargento jefe de grupo Andy McGill, de la unidad de Servicio de Emergencia, también conocida como Pistolas y Mangueras, estaba en pie en el estribo de su camión contra incendios de rescate e interceptación rápida. Se había puesto el traje plateado de faena y estaba empezando a sudar dentro del tejido ignífugo. Ajustó el enfoque de los prismáticos y observó cómo se aproximaba el Boeing 747. Por lo que podía apreciar, el aparato estaba en perfectas condiciones y seguía un rumbo de aproximación normal.

Introdujo la cabeza por la ventanilla y le dijo a su bombero Tony Sorentino:

—Parece que no hay ningún problema. Transmítelo.

Sorentino, que también llevaba un traje ignífugo, cogió el micrófono que conectaba con todos los demás vehículos del Servicio de Emergencia y repitió el informe de situación de McGill. Cada uno de ellos respondió con un «recibido», seguido de su clave de identificación.

—Diles que procedan a desplegarse y sigan al avión hasta que despeje la pista — le indicó McGill a Sorentino.

Sorentino transmitió las órdenes de McGill, y nuevamente todos acusaron recibo.

—¿Nos necesitas, Andy? —transmitió el otro jefe del grupo, Ron Ramos, a McGill.

—No. Pero estad preparados. Esto sigue siendo una tres-tres.

—Más parece una tres-nada.

—Sí, pero no podemos hablar con el piloto, así que atentos.

McGill dirigió los prismáticos hacia la torre de control, a lo lejos. Aun a pesar del reflejo en el cristal, distinguió numerosas personas alineadas ante el gran ventanal. Era evidente que la gente de la torre de control estaba muy interesada en la situación.

McGill abrió la puerta lateral derecha y se deslizó junto a Sorentino, que se hallaba sentado al volante en el centro del gran vehículo.

—¿Qué opinas tú?

—Opino que no me pagan para opinar —respondió Sorentino.

—¿Pero y si tuvieses que hacerlo?

—Quiero pensar que no hay ningún problema, excepto por lo que se refiere a las radios. Hoy no estoy de humor para enfrentarme a un incendio en un avión ni para liarme a tiros con unos secuestradores.

McGill no respondió.

Permanecieron unos momentos en silencio. Los trajes ignífugos les daban calor, y McGill puso en marcha el ventilador del coche.

Sorentino observó las luces y las esferas de su panel de instrumentos. El vehículo

contenía novecientos kilos de polvo púrpura K, utilizado para apagar incendios eléctricos, y dos mil litros de agua.

—Todos los sistemas funcionan perfectamente —le dijo a McGill.

McGill pensó que aquélla era la sexta salida que hacía aquella semana, y sólo una había sido necesaria, un incendio en los frenos en un Delta 737. De hecho, habían transcurrido cinco años desde que actuó en un incendio real a bordo de un avión, un Airbus 300 con un motor ardiendo. El propio McGill nunca había intervenido en una situación de secuestro; solamente uno de los hombres que trabajaban en Pistolas y Mangueras lo había hecho, y era su día libre.

McGill le dijo a Sorentino:

—Una vez que el avión salga de la pista, lo seguiremos hasta la puerta.

—Bien. ¿Quieres que nos acompañe alguien?

—Sí... tomaremos dos de los coches patrulla... por si tienen complicaciones a bordo.

—De acuerdo.

McGill sabía que tenía un buen equipo. Todos los miembros de Pistolas y Mangueras sentían entusiasmo por su trabajo y todos habían recorrido un duro camino hasta llegar al puesto que ocupaban. Provenían de lugares como la terminal de autobuses de la Autoridad Portuaria, los servicios de puente y túnel o los de patrulla de aeropuerto. Habían pasado mucho tiempo arresando prostitutas, proxenetas, traficantes y consumidores de drogas, expulsando vagabundos de distintos puntos del vasto imperio de la Autoridad Portuaria, persiguiendo a mendigos y borrachos en los puentes y los túneles, cogiendo a chiquillos fugados del Medio Oeste para llevarlos a la estación de autobuses, etcétera.

Ser policía de la Autoridad Portuaria era una extraña mezcla de cosas, pero Pistolas y Mangueras era el chollo del siglo. Todos los componentes de la unidad eran voluntarios altamente cualificados y en teoría estaban preparados para luchar contra un violento incendio de los depósitos de combustible de un reactor, liarse a tiros con terroristas enloquecidos o aplicar técnicas de resucitación cardiorrespiratoria a víctimas de un ataque al corazón. Todos eran héroes en potencia pero la última década había sido bastante tranquila, y McGill se preguntaba si los agentes no se habrían vuelto un poco blandos.

Sorentino estaba estudiando un plano del 747-700 que tenía apoyado sobre las rodillas.

—Es un señor avión —dijo.

—Sí.

McGill esperaba que, si se trataba de un problema mecánico, el piloto fuera lo bastante listo como para haberse deshecho del combustible sobrante. McGill tenía la convicción de que los reactores eran poco más que bombas volantes... combustible zarandeado, motores recalentados y cables eléctricos, y Dios sabía qué más en las bodegas de carga, surcando el espacio con la capacidad de hacer saltar en pedazos

varias manzanas de casas. Andy McGill nunca le había dicho a nadie que tenía miedo a volar, y ciertamente jamás volaba y jamás lo haría. Encontrarse con la bestia en el suelo era una cosa; estar allá arriba en su vientre, otra muy distinta.

McGill y Sorentino miraron por el parabrisas el hermoso cielo de abril. El 747 se había ido haciendo más grande y ahora ya tenía relieve y color. Cada pocos segundos su tamaño se duplicaba.

—Parece que va bien —dijo Sorentino.

—Sí.

McGill cogió sus prismáticos de campaña y enfocó al avión que se acercaba. El enorme aparato había sacado cuatro *bogies* —grupos de ruedas— distintos, dos de debajo de las alas y dos del centro del fuselaje, además del correspondiente al morro. Veinticuatro neumáticos en total.

—Los neumáticos parecen intactos —dijo.

—Estupendo.

McGill continuó mirando al avión, que ahora parecía suspendido a pocos cientos de metros por encima y más allá del extremo de la pista nordeste del Kennedy, de tres mil metros de longitud. Pese a su miedo a volar, McGill se sentía hipnotizado por aquellos espléndidos monstruos. Le parecía que había algo mágico en el acto de despegar y aterrizar. Varias veces en su carrera había subido a una de aquellas míticas bestias, cuando su magia se había esfumado entre el humo y el fuego. En tales ocasiones, el avión se convertía en una conflagración más que en nada se diferenciaba de la de un camión o un edificio decidido a consumirse. Entonces McGill tenía que impedir que eso sucediera. Pero hasta ese momento parecía como si aquellos monstruos gigantescos hubieran llegado de otra dimensión, produciendo un terrible estruendo y desafiando las leyes de la gravedad terrestre.

—A punto de tocar tierra... —anunció Sorentino.

McGill apenas lo oyó y continuó mirando por sus prismáticos de campaña. El tren de aterrizaje colgaba con un aire desafiante que parecía estar ordenando a la pista que ascendiera hasta él. El avión mantenía el morro elevado, con sus dos ruedas centradas por encima del nivel del tren de aterrizaje principal. Los alerones estaban bajos, la velocidad, altitud y el ángulo eran perfectos. Ondas de calor rielaban tras los cuatro gigantescos motores. El avión parecía vivo y en excelentes condiciones, pensó McGill, dotado de decisión e intensidad.

—¿Ves algo raro? —preguntó Sorentino.

—No.

El 747 atravesó el umbral de la pista y descendió hacia su habitual punto de toma de tierra, varios cientos de metros más allá. El morro se elevó ligeramente instantes antes de que las primeras ruedas principales tocaran el suelo y se nivelaran desde su oblicua posición inicial. Una nubécula de humo gris plateado se elevó detrás de cada grupo de ruedas cuando éstas tocaron el cemento y pasaron en un segundo de cero a trescientos kilómetros por hora. Desde que las primeras ruedas se posaron en tierra

hasta que lo hicieron las dos del morro transcurrieron cuatro o cinco segundos, pero la elegancia del movimiento lo hizo parecer más largo, como un pase de fútbol perfectamente ejecutado a la zona del área. Aterrizaje.

Brotó una voz de la radio del vehículo de emergencia y anunció:

—Rescate Cuatro en movimiento.

Otra voz dijo:

—Rescate Tres, estoy a tu izquierda.

Los catorce vehículos estaban ahora moviéndose y transmitiendo. Uno a uno, se fueron incorporando a la pista a medida que el gigantesco aparato pasaba ante ellos.

El 747 estaba ahora al lado del vehículo de McGill, y éste tuvo la impresión de que iba a demasiada velocidad.

Sorentino pisó el acelerador, y el V8 diésel saltó a la pista con un rugido, lanzándose en persecución del reactor.

—Eh, Andy —dijo Sorentino—, no ha accionado la marcha atrás.

—¿Qué...?

Mientras el vehículo le iba ganando terreno al aparato, McGill pudo ver que las palas escalonadas que había detrás de cada uno de los cuatro motores continuaban aún alineadas en su posición de crucero. Los paneles metálicos articulados —del tamaño de puertas de granero— no estaban desplegados en la posición conveniente para desviar hacia adelante el chorro del reactor durante el rodaje, y ésa era la causa de que el avión fuese a demasiada velocidad.

Sorentino consultó su velocímetro y anunció:

—Ciento setenta y cinco.

—Demasiado de prisa. Va demasiado de prisa.

McGill sabía que el Boeing 747 estaba diseñado para poder detenerse simplemente con los frenos de las ruedas, y la pista era suficientemente larga, por lo que no había problema, pero tenía la impresión de que algo marchaba mal.

El 747 continuó rodando, desacelerando más lentamente que de costumbre pero disminuyendo claramente la velocidad. McGill iba en cabeza, seguido por los otros cinco camiones, a los que seguían los seis coches patrulla, que eran seguidos a su vez por las dos ambulancias.

McGill cogió el micrófono y dio una orden a cada uno de los vehículos. Éstos se acercaron al gigantesco aparato y tomaron posiciones: un vehículo de interceptación rápida detrás, dos camiones T2900 a cada lado, y los coches patrulla y las ambulancias desplegados a retaguardia. Sorentino y McGill pasaron bajo la monstruosa ala del avión y mantuvieron su posición junto al morro mientras el reactor continuaba frenando. McGill miró por la ventanilla lateral, y elevando la voz para hacerse oír por encima del rugido de los motores, le dijo a Sorentino:

—No veo nada anormal.

Sorentino estaba concentrado en la tarea de mantener la velocidad y la distancia.

—¿Por qué no utiliza el mecanismo de inversión? —le dijo.

—No sé. Pregúntaselo a él.

Finalmente, el Boeing 747 frenó y se detuvo a cuatrocientos metros del extremo de la pista, balanceando un par de veces el morro hacia arriba y hacia abajo por efecto de la inercia.

Cada uno de los cuatro vehículos T2900 se había situado a cuarenta metros del avión, dos a cada lado, con los vehículos de interceptación rápida delante y detrás. Las ambulancias se detuvieron detrás del avión, mientras los seis coches patrulla se situaban a la altura del vehículo del Servicio de Emergencia, aunque los coches patrulla estaban más lejos del avión que los camiones motobombas. Los seis hombres de los coches patrulla salieron de sus vehículos y, de acuerdo con el procedimiento operativo habitual y como medida de precaución, se situaron a cubierto, protegidos por sus propios coches, lejos del avión. Cada uno de ellos iba armado con una escopeta o un rifle automático AR-15.

Los hombres de los camiones permanecieron en sus vehículos. McGill cogió el micrófono y preguntó a los otros cinco camiones:

—¿Alguien ve algo?

Nadie respondió, lo cual era bueno, ya que, según el procedimiento establecido, los otros vehículos de rescate mantendrían silencio por radio a menos que tuviesen algo pertinente que decir.

McGill consideró cuál debía ser su próximo paso. El piloto no había accionado la marcha atrás, así que había tenido que sobreutilizar los frenos de rueda.

—Avanza hacia los neumáticos —le dijo finalmente a Sorentino.

Éste aproximó el vehículo a las ruedas principales del lado de estribor del avión. Apagar los incendios de los frenos era lo fundamental de su profesión. No hacía falta ser un héroe, pero si no se echaba pronto agua sobre unos frenos recalentados, no era nada raro ver estallar súbitamente en llamas todo el tren de aterrizaje. Esto no solamente no era bueno para los frenos, sino que, estando los depósitos de combustible directamente encima de ellos, tampoco era bueno para nadie ni para nada que estuviese dentro de un radio de cien metros del avión.

Sorentino detuvo el vehículo a quince metros de las ruedas.

McGill levantó los prismáticos y miró atentamente los discos de los frenos. Si presentaban un brillante color rojo sería el momento de empezar a echarles agua, pero su color era el suyo negro habitual.

Tomó el micrófono y ordenó que los vehículos T2900 comprobasen los tres grupos restantes de ruedas.

Los otros vehículos informaron de que no había frenos recalentados.

—Está bien, retroceded —ordenó McGill.

Los cuatro vehículos T2900 se alejaron del 747. McGill sabía que el vuelo había llegado en situación de silencio de radio, que era por lo que ellos estaban allí, pero pensó que debían intentar hablar con el piloto. Transmitió por la frecuencia terrestre:

—Uno-Siete-Cinco de Trans-Continental, aquí Rescate Uno. ¿Me copia? Cambio.

No hubo respuesta.

McGill esperó y luego volvió a transmitir. Miró a Sorentino, que se encogió de hombros.

Los vehículos de emergencia, los coches policiales, las ambulancias y el 747 permanecían inmóviles. Los cuatro motores del Boeing continuaban funcionando, pero el avión no se movía.

—Acércate a donde el piloto pueda vernos —le dijo a Sorentino.

Éste puso el coche en marcha y se situó delante y a la derecha del aparato. McGill salió y agitó los brazos en dirección al parabrisas del avión. Luego, utilizando las señales de los controladores de tierra, indicó al piloto que continuase en dirección a la calzada de llegadas.

El 747 no se movió.

McGill trató de ver el interior de la cabina de mando pero había demasiado reflejo en el parabrisas y la cabina estaba a demasiada altura. Dos cosas se le ocurrieron casi simultáneamente. La primera era que no sabía qué hacer a continuación. La segunda, que algo marchaba mal. No manifiestamente mal, sino discretamente mal. La peor manera de que algo marchase mal.

Capítulo 7

Nos quedamos allí esperando en la puerta de Llegadas Internacionales, Kate Mayfield, George Foster, Ted Nash y Debra Del Vecchio, la empleada de Trans-Continental. Soy un hombre de acción, por lo que no me gusta esperar, pero los policías aprenden a hacerlo. Una vez me pasé tres días de vigilancia haciéndome pasar por vendedor de perritos calientes, y comí tantos perritos calientes que necesité medio kilo de sal de fruta para volver a la normalidad.

—¿Hay algún problema? —le pregunté a Del Vecchio.

Ella miró su pequeño walkie-talkie, que tenía también una pantallita, y me la volvió a enseñar. Seguía poniendo: «En tierra».

—Llame a alguien, por favor —dijo Kate.

Ella se encogió de hombros y habló por la radio portátil.

—Aquí Debbie, Puerta 23. Estado del vuelo Uno-Siete-Cinco, por favor.

Escuchó, cortó y nos dijo:

—Están comprobando.

—¿Por qué no lo saben? —inquirí.

Ella respondió pacientemente:

—El aparato está bajo la jurisdicción de torre de control, dirigida por la Administración Federal de Aviación, los Federales, no por Trans-Continental. Sólo llaman a la compañía cuando hay algún problema. Si no hay llamada, no hay problema.

—La llegada del avión a la puerta se está retrasando —señalé.

—Eso no es un problema —me informó—. Ha llegado puntual. Tenemos un excelente promedio de puntualidad.

—¿Y si se queda una semana en la pista? ¿Sigue siendo puntual?

—Sí.

Miré a Ted Nash, que continuaba apoyado contra la pared con expresión inescrutable. Como a la mayoría de los tipos de la CÍA, le gustaba dar la impresión de que sabía más de lo que decía. En la mayoría de los casos, lo que parecía serena seguridad y sabiduría en realidad no era más que desorientada estupidez. ¿Por qué odio a ese hombre?

Pero, a cada uno lo suyo, Nash sacó su teléfono móvil y marcó varios números, al tiempo que nos anunciaba:

—Tengo el número directo de la torre de control.

Se me ocurrió que quizá el señor Nash realmente sabía más de lo que decía y que, mucho antes de que el avión aterrizara, sabía que podría haber un problema.

En la torre de control, el supervisor Ed Stavros continuaba observando a través de

sus prismáticos la escena que se desarrollaba en la pista Cuatro-Derecha.

—No están echando espuma —les dijo a los controladores que lo rodeaban—. Se están alejando del avión... uno de los tipos del Servicio de Emergencia le está haciendo señales al piloto...

El controlador Roberto Hernández estaba hablando por teléfono.

—Jefe —dijo, dirigiéndose a Stavros—, la sala de radar quiere saber cuánto tiempo falta para que puedan utilizar la Cuatro-Izquierda y cuándo podemos volver a dejarles disponible la Cuatro-Derecha. Están esperando para aterrizar varios aviones a los que no les queda mucho combustible —añadió.

Stavros sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Inspiró profundamente y respondió:

—No sé. Diles... Ya los llamaré.

Hernández no contestó ni transmitió la falta de respuesta de su supervisor.

Finalmente, Stavros cogió el teléfono que sostenía Hernández y dijo:

—Aquí Stavros. Tenemos... una situación de silencio en radio, sí, ya sé que lo saben, pero eso es todo lo que yo sé... Mire, si hubiese un incendio, tendrían que desviar las llegadas a alguna parte y no me estarían incordiando... —Escuchó y luego replicó secamente—: Entonces díales que el presidente se está cortando el pelo en la Cuatro-Derecha y que tienen que desviar el tráfico a Philly.

Colgó y al instante se arrepintió de haber dicho aquello, aunque se daba perfecta cuenta de que todos los que lo rodeaban reían aprobadoramente. Se sintió mejor por un momento; luego, se le volvió a formar un nudo en el estómago.

—Llama otra vez al avión —le dijo a Hernández—. Utiliza las frecuencias de torre y de control de tierra. Si no contestan podemos dar por hecho que no han tenido suerte —con sus problemas de radio.

Hernández cogió un micrófono de consola y trató de conectar con el aparato en cada una de las dos frecuencias.

Stavros enfocó los prismáticos y escudriñó de nuevo la escena. Nada había cambiado. El gigantesco Boeing permanecía estoicamente inmóvil, y podía ver las ondas del humo y el aire caliente que se elevaban detrás de cada uno de los motores. Los diversos vehículos del Servicio de Emergencia y los coches policiales mantenían sus posiciones. A lo lejos, un equipo similar se hallaba estacionado a distancia de la pista, quemando combustible y haciendo lo mismo que todos los demás: nada. Quienquiera que fuese el que había intentado atraer la atención del piloto — probablemente McGill— había desistido y permanecía allí, de pie, con las manos en las caderas y un aire ciertamente estúpido, como si estuviese enojado con el 747.

Lo que no tenía sentido para Stavros era la actitud del piloto. Cualquiera que fuese el problema, el primer impulso de un piloto sería despejar una pista activa a la primera oportunidad. Pero el Boeing 747 continuaba allí, inmóvil.

Hernández dejó la radio y preguntó a Stavros:

—¿Debo llamar a alguien?

—No queda nadie a quien llamar, Roberto. ¿A quién vamos a llamar? Los tipos que se suponía que iban a sacar de ahí al jodido avión están tocándose las narices a su alrededor. ¿A quién voy a llamar ahora? ¿A mi madre? Ella quería que yo fuese abogado... —Stavros se dio cuenta de que estaba perdiendo los estribos y procuró calmarse. Volvió a inspirar profundamente y le dijo a Hernández—: Llama a esos payasos de ahí abajo. —Señaló hacia el grupo congregado al final de la Cuatro-Derecha—. Llama a Pistolas y Mangueras. McGill.

—Sí, señor.

Hernández conectó el radioteléfono y llamó a Unidad Uno, el vehículo de cabeza del Servicio de Emergencia. Contestó Sorentino, y Hernández pidió: «Informe de situación». Pulsó el botón del amplificador y la voz de Sorentino resonó en la silenciosa sala:

—No sé qué está pasando.

Stavros cogió el radioteléfono y, tratando de dominar su ansiedad y su irritación, dijo:

—Si usted no lo sabe, ¿cómo voy a saberlo yo? Usted está ahí. Yo estoy aquí. ¿Qué está pasando? Dígamelo.

Hubo unos momentos de silencio y luego Sorentino respondió:

—No hay ninguna señal de un problema mecánico... excepto...

—¿Excepto qué?

—El piloto ha aterrizado sin recurrir a la inversión de marcha. ¿Entiende?

—Sí, sé perfectamente qué es la inversión de marcha.

—Sí, bueno... McGill está tratando de atraer la atención de la tripulación...

—La tripulación tiene la atención de todo el mundo. ¿Por qué nosotros no podemos obtener la suya?

—No lo sé —respondió Sorentino—. ¿Debemos subir a bordo del avión?

Stavros consideró la pregunta y se preguntó si era él la persona que debía responderla. Normalmente esa decisión la tomaba el Servicio de Emergencia pero, en ausencia de un problema visible, los expertos de allí abajo no sabían si debían subir a bordo. Stavros sabía que subir a un avión que estuviera detenido en la pista y con los motores en marcha era potencialmente peligroso para el aparato y para los miembros del Servicio de Emergencia, sobre todo si nadie conocía las intenciones del piloto. ¿Y si el avión se movía de repente? Por otra parte, podría haber un problema a bordo. Stavros no tenía intención de contestar a la pregunta.

—Eso es cosa de ustedes —le dijo a Sorentino.

—Muy bien, gracias por la información.

Pasando por alto el sarcasmo, Stavros continuó:

—Mire, no es mi trabajo... Un momento. —Advirtió que Hernández le tendía un teléfono—. ¿Quién es?

—Un tipo que pregunta por usted llamándolo por su nombre. Dice que pertenece al Departamento de Justicia. Dice que a bordo del vuelo Uno-Siete-Cinco hay un

fugitivo que está bajo custodia y quiere saber qué está pasando.

—Mierda... —Stavros cogió el teléfono y dijo—: Aquí el señor Stavros. —Escuchó, y se le dilataron los ojos. Finalmente respondió—: Entiendo. Sí, señor. El avión llegó sin contacto por radio y todavía se encuentra detenido en el extremo de la pista Cuatro-Derecha. Está rodeado por la policía de la Autoridad Portuaria y personal del Servicio de Emergencia. La situación es estática.

Escuchó y respondió:

—No, no hay indicios de que exista un problema real. No se ha enviado señal de secuestro a través del localizador de posición, pero el avión ha estado a punto de colisionar...

Escuchó de nuevo, preguntándose si debía mencionar la cuestión de la inversión de marcha a alguien que podría tener una reacción excesiva ante un problema mecánico relativamente poco importante, o quizá se trataba de un descuido por parte del piloto. Stavros no estaba seguro de quién era exactamente aquel tipo pero daba la sensación de ser una persona con poder. Esperó hasta que el hombre hubo terminado de hablar y luego dijo:

—Está bien, entiendo. Voy a poner manos a la obra...

Se quedó mirando el teléfono unos instantes y luego se lo devolvió a Hernández. La decisión había sido tomada sin su intervención, y se sentía mejor.

Stavros se acercó el radioteléfono a la boca y transmitió a Sorentino:

—Bien, Sorentino, deben entrar en el avión. Hay un fugitivo a bordo. En clase business. Está esposado y custodiado, de modo que para no asustar a los pasajeros no saquen las armas. Pero saquen del aparato al individuo y a sus dos escoltas y que uno de los coches patrulla los lleve a la Puerta 23. Allí los están esperando. ¿De acuerdo?

—Recibido. Pero tengo que llamar a mi comandante de turno...

—Me importa un carajo a quién llame, haga lo que le he dicho. Y cuando esté a bordo averigüe cuál es el problema, y, si no hay ningún problema, diga al piloto que salga de la maldita pista y vaya a la Puerta 23. Vaya usted delante.

—De acuerdo.

—Llámeme cuando esté a bordo.

—Lo haré.

—Y encima, ese tipo del Departamento de Justicia me dice que no asigne la Puerta 23 a ningún otro aparato hasta que él me lo autorice —dijo Stavros volviéndose hacia Hernández—. Yo no asigno puertas. Eso lo hace la Autoridad Portuaria. Roberto, llama a la Autoridad Portuaria y diles que no asignen la Puerta 23. Ahora tenemos una puerta menos.

—Con la Cuatro-Derecha y la Izquierda cerradas, no necesitamos muchas puertas —indicó Hernández.

Stavros soltó una obscenidad y, hecho una furia, salió en dirección a su despacho para tomarse una aspirina.

Ted Nash se guardó el móvil en el bolsillo.

—El avión ha llegado sin contacto por radio y está detenido al extremo de la pista —dijo—. No se ha enviado ninguna señal de peligro, pero la torre de control no sabe cuál es el problema. Los miembros del Servicio de Emergencia están allí. Como habéis oído, he dicho a la torre que les ordene entrar en el avión, que traigan aquí a nuestros hombres y que mantengan libre la puerta.

—Vayamos al avión —dije a mis colegas.

—El avión está rodeado por el Servicio de Emergencia —replicó Foster—. Además, tenemos dos hombres a bordo. Allí no nos necesitan.

Ted Nash se mantuvo al margen, como de costumbre, resistiendo la tentación de llevarme la contraria.

Kate apoyó a George, así que yo me quedé solo, como de costumbre. Es que, lo que yo digo, si una situación se está deteriorando en el punto A, ¿por qué quedarse en torno al punto B?

Foster sacó su teléfono móvil y llamó a uno de los tipos del FBI que estaban en la pista.

—Jim, soy George —dijo—. Hay un pequeño cambio de planes. El avión tiene un problema en la pista, así que un coche de la Autoridad Portuaria traerá a esta puerta a Phil, a Peter y al sujeto. Llámame cuando lleguen ahí y bajaremos. De acuerdo. Sí.

—Llama a Nancy, a ver si tiene noticias de Phil o de Peter —le dije a George.

—Es lo que iba a hacer, John. Gracias.

Marcó el número del Club Conquistador y estableció comunicación con Nancy Tate.

—¿Tienes noticias de Phil o de Peter? —preguntó. Escuchó y luego respondió—: No, el avión está todavía en la pista. Dame los números de teléfono de Phil y Peter.

Escuchó nuevamente, Cortó la comunicación y volvió a marcar. Extendió el teléfono hacia nosotros, y pudimos oír el mensaje grabado en el que se informaba de que nuestro grupo estaba ilocalizable o fuera de cobertura. George marcó entonces el otro número y obtuvo el mismo mensaje.

—Probablemente tienen desconectados los teléfonos —nos dijo.

No hubo ninguna reacción a sus palabras, así que añadió:

—En el avión hay que desconectar los teléfonos móviles. Incluso cuando está en tierra. Pero quizá uno de ellos infrinja las normas y llame al Club Conquistador. Nancy nos avisará.

Pensé en ello. Si me preocupara cada vez que no podía establecer comunicación por un móvil, ya me habría salido una úlcera. Los móviles y los buscas son una mierda.

Consideré la situación como un problema académico que me hubiera planteado un instructor. En la Academia de Policía te enseñan a mantenerte en tu puesto o a ajustarte al plan hasta que un superior te ordene otra cosa. Pero también te dicen que utilices el buen juicio y la iniciativa personal si la situación cambia. La cuestión es saber cuándo mantenerte y cuándo actuar. Con arreglo a todas las pautas objetivas,

aquél era un momento para quedarse quieto. Pero mi instinto me decía que me moviera. Yo solía confiar más en mi instinto pero allí estaba fuera de mi medio habitual, era nuevo en el puesto y tenía que dar por supuesto que aquellas personas sabían lo que hacían, y no estaban haciendo nada. A veces, lo adecuado es no hacer nada.

El móvil de Debra Del Vecchio sonó, y ella se lo llevó al oído.

—Bien, gracias —dijo al cabo de unos momentos. Se volvió hacia nosotros y explicó—: Ahora me dicen que Control de Tráfico Aéreo ha llamado hace un rato a Operaciones de Transcontinental para informar de que el vuelo Uno-Siete-Cinco estaba en situación de silencio de radio.

—Eso ya lo sabíamos —repliqué—. ¿Sucede a menudo que se interrumpa la comunicación por radio?

—No sé...

—¿Por qué el avión está parado en el extremo de la pista?

Del Vecchio se encogió de hombros.

—Quizá el piloto necesita que alguien le dé instrucciones. Ya sabe, qué calzada de rodaje utilizar. —Y añadió—: Creía que había dicho usted que había un personaje importante a bordo. No un fugitivo.

—Es un fugitivo importante.

De modo que nos quedamos allí, esperando que los polis de la Autoridad Portuaria recogiesen a Hundry, Gorman y Khalil y los llevaran hasta los vehículos de escolta de la policía de Nueva York y de la Autoridad Portuaria que aguardaban delante de la puerta, tras lo cual el agente Jim Nosecuántos nos llamaría y bajaríamos a la explanada, montaríamos en los vehículos y nos dirigiríamos al Club Conquistador. Miré mi reloj. Les daría quince minutos de tiempo; diez, quizá.

Capítulo 8

Andy McGill oyó el bocinazo de su camión, regresó rápidamente al vehículo y saltó al estribo.

—Ha llamado Stavros —le dijo Sorentino—. Dice que entremos en el avión. Lo han llamado unos federales; hay un fugitivo a bordo. Va esposado y escoltado. Hay que recogerlo a él y a sus dos escoltas y entregarlo a uno de los coches patrulla. Tienen que ir todos a la Puerta 23, donde los estarán esperando varios vehículos de la policía de Nueva York y de la Autoridad Portuaria. ¿Vamos a recibir órdenes de ese tío? —le preguntó a McGill.

Por un instante, McGill consideró la posibilidad de que existiera una relación entre el fugitivo y el problema del Boeing, pero no parecía haber ninguna, ni siquiera una coincidencia. Había montones de vuelos que llegaban con personas escoltadas, delincuentes, personajes importantes, testigos..., muchos más de lo que la gente imaginaba. En cualquier caso había algo que le rondaba por la cabeza. No podía recordar qué era pero tenía algo que ver con aquella situación. Se encogió de hombros y le respondió:

—No, no recibimos órdenes de Stavros ni de los federales pero quizá ha llegado el momento de subir a bordo. Comunícaselo al comandante de turno.

—Voy. —Sorentino encendió la radio.

McGill pensó en llamar al vehículo de la escalera móvil pero estaba a cierta distancia y en realidad no la necesitaba para entrar en el avión.

—Bien —le dijo a Sorentino—. Puerta delantera derecha. En marcha.

Sorentino dirigió el voluminoso vehículo hacia la puerta delantera derecha del gigantesco avión. La radio crepitó, y una voz dijo:

—Eh, Andy, acabo de acordarme del caso Saudí. Ten cuidado.

—Mierda... —exclamó Sorentino.

Andy McGill quedó petrificado en el estribo. Todo acudió a su mente. Una película de entrenamiento. Hacía unos veinte años, un Lockheed L-1011 Tristar de Arabia Saudí había despegado del aeropuerto de Riad y, tras informar de la existencia de humo en la cabina de mando y en la de pasajeros, regresó al aeropuerto y aterrizó sin novedad. Al parecer, había fuego en la cabina de pasajeros. Varios camiones de bomberos rodearon al avión, y el personal del Servicio de Emergencia saudí se limitó a esperar a que las puertas se abrieran y se desplegaran las rampas de salida. Pero, como consecuencia de una mezcla de mala suerte y estupidez, los pilotos no habían despresurizado el avión, y la presión interior del aire mantenía cerradas las puertas. Los ayudantes de vuelo no podían abrirlas, y a nadie se le ocurrió utilizar un hacha de bombero para romper una ventanilla. El final de la historia fue que las trescientas

personas que se hallaban a bordo murieron en la pista como consecuencia de la inhalación de humo y de gases.

El infame caso Saudí. Habían sido entrenados para reconocerlo, la situación que tenían delante parecía una repetición del caso, y no se habían dado cuenta.

—Oh, mierda...

Sorentino condujo con una mano y entregó a McGill su equipo Scott, que consistía en una botella de aire comprimido, una máscara completa y un hacha.

Mientras el vehículo de interceptación rápida salía de debajo del avión, McGill trepó por la escalera del camión hasta el techo de éste, donde estaba montado el cañón de espuma.

Rescate Cuatro se había unido a su camión, y uno de los hombres también estaba en el techo, detrás de su propio cañón de espuma. McGill observó igualmente que uno de los hombres de un coche patrulla se había puesto el traje ignífugo y estaba desplegando una manguera de agua a alta presión. Los otros cuatro camiones y las ambulancias se habían alejado en previsión de que se produjera una explosión. McGill advirtió con satisfacción que tan pronto como alguien pronunció las palabras «caso Saudí», todo el mundo supo qué hacer. Por desgracia, habían permanecido sin hacer nada durante demasiado tiempo, como los bomberos saudíes de los que se habían reído en la película de entrenamiento.

Montada sobre el techo había una pequeña escalera plegable, y McGill la extendió en toda su longitud de dos metros y la hizo girar hacia la puerta. Era justo lo bastante larga para llegar al picaporte del 747. McGill se puso la máscara, inspiró profundamente y subió por la escalera.

Ed Stavros miró a través de sus prismáticos. Se preguntó por qué habría adoptado el Servicio de Emergencia la disposición de lucha contra incendios. Él nunca había oído hablar del caso Saudí pero sabía reconocer una disposición de lucha contra incendios cuando la veía. Cogió su radioteléfono y llamó al vehículo de McGill.

—Aquí Stavros. ¿Qué ocurre?

Sorentino no respondió.

Stavros llamó de nuevo.

Sorentino no tenía la menor intención de informar de que habían entendido demasiado tarde cuál podía ser el problema. Aún había un cincuenta por ciento de probabilidades de que no fuese el caso Saudí, y lo sabrían dentro de unos segundos.

Stavros volvió a llamar, con más insistencia esta vez.

Sorentino comprendió que debía contestar.

—Sólo estamos adoptando las precauciones necesarias —dijo.

Stavros consideró su respuesta durante unos instantes y luego preguntó:

—¿Algún indicio de que haya fuego a bordo?

—No... no se percibe humo.

Stavros inspiró profundamente y dijo:

—Bien... Manténgame informado. Conteste a mis llamadas.

—Estamos en una posible situación de rescate —replicó Sorentino—. Deje libre la frecuencia. ¡Fuera!

Stavros miró a Hernández para ver si su subordinado había oído la insolencia del idiota de Pistolas y Mangueras. Hernández fingió no haber oído nada, y Stavros tomó nota mentalmente de que debía redactar un informe favorable sobre la eficiencia de Roberto.

A continuación pensó si debía llamar a alguien con relación a aquel despliegue del servicio contra incendios.

—Comunica a Control de Tráfico Aéreo que las pistas Cuatro-Izquierda y Cuatro-Derecha permanecerán cerradas durante quince minutos por lo menos —le dijo a Hernández.

Enfocó los prismáticos y miró la escena que se desarrollaba al extremo de la pista. No podía ver la puerta delantera derecha, que quedaba hacia el otro lado, pero podía ver el despliegue de los vehículos. Si el avión hacía explosión y aún había mucho combustible a bordo, los vehículos que se habían alejado a cien metros necesitarían una buena mano de pintura. Los dos camiones contraincendios cercanos al aparato quedarían reducidos a unos amasijos de metal.

Debía reconocer que había ocasiones en que la gente del Servicio de Emergencia se ganaba su sueldo. Pero el trabajo que él tenía lo mantenía en constante tensión durante cada minuto de su turno de siete horas. Aquellos tipos quizá atravesaban una situación de tensión una vez al mes.

Stavros recordó lo que había dicho el tipejo insolente del Servicio de Emergencia: «Estamos en una posible situación de rescate». Esto, a su vez, le recordó que su papel en aquel drama había terminado oficialmente en el mismo momento en que el 747 se detuvo. Todo lo que tenía que hacer era seguir informando del estado de las pistas al Control de Tráfico Aéreo. Más tarde tendría que redactar un informe consistente con sus transmisiones grabadas y con la suerte que hubiera corrido el avión. Sabía que su conversación telefónica con el tipo del Departamento de Justicia también estaba grabada, y eso también lo hacía sentirse un poco mejor.

Stavros se apartó del amplio ventanal y se dirigió hacia el bar. Sabía que si el avión hacía explosión, lo oiría y lo notaría, incluso allí arriba, en la torre. Pero no quería verlo.

Andy McGill se echó al hombro el hacha con la mano izquierda y apoyó el dorso de su enguantada mano derecha contra la puerta del avión. El guante era fino, y teóricamente se podía sentir el calor a través de él. Esperó unos segundos pero no notó nada.

Desplazó la mano hacia la manilla de la puerta exterior de emergencia y tiró de ella. La manilla se salió de su cavidad, y McGill empujó hacia arriba para desarmar el cierre automático.

Volvió la vista hacia atrás y hacia abajo, y en el suelo, a su derecha, vio al hombre del traje ignífugo del coche patrulla. Tenía la manguera apuntando directamente a la

puerta cerrada del avión. El otro camión, Rescate Cuatro, estaba a quince metros por detrás del suyo, y el hombre encaramado en su techo lo apuntaba con el cañón de espuma. Todo el mundo se había puesto el equipo de faena, y no podía distinguir quién era quién, pero confiaba en todos ellos, así que no importaba. El hombre del cañón de espuma levantó el pulgar en gesto de ánimo. McGill le correspondió con el mismo ademán.

Andy McGill agarró con fuerza la manilla y empujó. Si el avión estaba presurizado todavía, la puerta no se movería, y tendría que romper la pequeña ventana con el hacha para despresurizar el aparato y dejar salir los gases que pudiera haber en el interior.

Continuó empujando, y de pronto la puerta empezó a abrirse hacia adentro. Soltó la manilla, y la puerta continuó retrocediendo y luego se elevó hasta desaparecer en el techo.

McGill se agachó en el umbral de la puerta para esquivar cualquier emanación de humo, calor o gases. Pero no hubo nada.

Sin perder un segundo, se introdujo en el avión. Miró rápidamente a su alrededor y vio que se encontraba en la zona de la despensa delantera, tal como indicaban los planos que había consultado en el archivo. Comprobó la mascarilla y el flujo de aire, revisó el indicador de nivel para asegurarse de que el depósito estaba lleno y luego apoyó el hacha contra el mamparo.

Permaneció inmóvil unos momentos y miró a través del ancho fuselaje hasta la otra puerta de salida. Definitivamente, no había humo, pero por lo que se refería a la presencia de gases no podía estar seguro. Se volvió hacia la puerta abierta e indicó con un gesto a los hombres de la manguera y el cañón de espuma que estaba bien.

Volvió de nuevo al interior del avión y pasó a una zona abierta. A su derecha estaba la cabina de primera clase; a la izquierda, la clase turista. Delante de él se encontraba la escalera de caracol que llevaba a la cúpula, donde estaba la clase business.

Permaneció quieto unos instantes y sintió las vibraciones de los motores que hacían retemblar la estructura del avión. Todo parecía normal, a excepción de dos cosas: había demasiado silencio y estaban corridas las cortinas de las zonas de primera clase y de clase turista. Las normas de la Administración Federal de Aviación exigían que estuviesen descorridas durante el despegue y el aterrizaje. Si hubiera pensado más en aquella situación se habría preguntado por qué no había aparecido ninguno de los ayudantes de vuelo. Pero ése era el menor de sus problemas, y lo apartó de su mente.

Su instinto lo impulsaba a revisar uno de los compartimentos cerrados con cortinas, o los dos, pero su formación le decía que se dirigiese a la cabina de mando. Cogió el hacha y avanzó hacia la escalera de caracol. Podía oír su propia respiración a través de la mascarilla de oxígeno.

Subió los escalones lentamente pero de dos en dos. Se detuvo cuando el pecho le

quedó a la altura del suelo del piso superior y atisbo el interior de la amplia cúpula del 747. Había butacas dispuestas por parejas a ambos lados de la cúpula, ocho filas en conjunto, con un total de treinta y dos asientos. No podía ver ninguna cabeza por encima de las amplias y lujosas butacas, pero veía brazos colgando de los sillones. Brazos inmóviles.

—¿Qué diablos...?

Continuó subiendo la escalera y se detuvo junto a la mampara posterior de la cúpula. En el centro de ésta había una mesita sobre la que reposaban revistas, periódicos y bandejas de comida vacías. El sol del atardecer inundaba la cúpula a través de los ojos de buey, y motas de polvo flotaban en los rayos de sol. Era una escena apacible, pensó, aunque sabía instintivamente que se encontraba en presencia de la muerte.

Avanzó por el pasillo central y miró a derecha e izquierda a los pasajeros sentados en sus asientos. Sólo la mitad de las butacas estaban ocupadas, y los pasajeros eran, en su mayoría, hombres y mujeres de mediana edad, del tipo que uno esperaría encontrar en la clase business. Algunos estaban recostados, con libros o revistas sobre las rodillas, otros tenían bandejas abiertas sobre las que reposaban bebidas diversas, aunque McGill observó que varios vasos se habían volcado y su contenido se había derramado durante el aterrizaje.

Unos cuantos pasajeros tenían puestos auriculares y parecían estar mirando las pequeñas pantallas individuales de televisión que emergían de los brazos de las butacas. Los televisores continuaban encendidos, y el más cercano a él mostraba una película publicitaria de personas felices de Manhattan.

McGill avanzó y se volvió para mirar de frente a los pasajeros. No cabía la más mínima duda de que estaban todos muertos. Inspiró profundamente y trató de pensar, trató de actuar con profesionalidad. Se quitó el guante ignífugo de la mano derecha y la alargó para tocar la cara de la mujer que estaba sentada en la butaca de pasillo más próxima. Su piel no tenía la frialdad de la piedra pero tampoco la temperatura corporal normal. Supuso que llevaba muerta varias horas, y el estado de la cabina confirmaba que, fuera lo que fuese lo sucedido, había sucedido mucho antes de los preparativos para el aterrizaje.

McGill se inclinó y examinó el rostro de un hombre que estaba sentado en la fila siguiente. Tenía una expresión serena y no había en él saliva, moco, vómito, lágrimas ni rictus de angustia... McGill nunca había visto nada parecido. Los gases tóxicos y el humo causaban pánico, asfixia, una muerte muy desagradable que se podía apreciar en la cara y en las contorsiones corporales de las víctimas. Lo que estaba viendo allí era una pérdida de conocimiento pacífica, como la producida por el sueño, seguida de muerte.

Buscó al fugitivo esposado y a los dos escoltas y encontró al primero en la penúltima fila de los asientos del lado de estribor, sentado junto a la ventanilla. El hombre vestía un traje gris oscuro y aunque tenía la cara parcialmente oculta por un

antifaz de los utilizados para dormir, a McGill le pareció que era hispano o quizá natural de Oriente Medio o de la India. McGill nunca sabía distinguir los tipos étnicos. Pero el individuo que estaba sentado junto a él probablemente era un policía. McGill solía distinguir perfectamente a sus colegas. Le pasó la mano por el cuerpo y notó el bulto de la pistolera en la cadera izquierda. Luego miró al hombre que estaba sentado solo en la última fila, detrás de los otros dos, y concluyó que éste era el otro escolta. De todos modos, ya no importaba, salvo que no tenía que conducirlos fuera del avión y hacerlos subir a un coche; no iban a ir a la Puerta 23. De hecho, nadie iba a ir a ninguna parte, excepto al depósito de cadáveres.

McGill consideró la situación. Todos los ocupantes de la cúpula estaban muertos, y, como todo el avión compartía la misma atmósfera y presión del aire interiores, comprendió que todos los ocupantes de las clases primera y turista estaban muertos también. Esto explicaba lo que había visto y lo que no había visto abajo. Explicaba el silencio. Pensó en utilizar la radio para pedir asistencia médica pero estaba seguro de que ninguno la necesitaba. No obstante, cogió la radio y ya se disponía a transmitir cuando se dio cuenta de que no sabía muy bien qué decir ni cómo resultaría gritar a través de su mascarilla de oxígeno. En lugar de ello, pulsó varias veces el botón de la radio, en una serie de señales alternativamente largas y cortas, para indicar que estaba bien.

La voz de Sorentino llegó a través de la radio:

—Recibido, Andy.

McGill se dirigió al lavabo posterior, situado detrás de la escalera de caracol. El letrero de la puerta decía «libre», y McGill abrió para asegurarse de que no había nadie dentro.

Al otro lado del lavabo estaba la despensa, y al volverse vio que allí había alguien tendido en el suelo. Se acercó al cuerpo y se agachó. Era una ayudante de vuelo y yacía de costado, como si estuviera echando una siesta. Le palpó el tobillo en busca del pulso, pero no había ningún latido.

Ahora que tenía la certeza de que ningún pasajero necesitaba ayuda se dirigió rápidamente hacia la cabina de mando y empujó la puerta, pero estaba cerrada, tal como exigían las normas. Aporreó la puerta con la mano y gritó a través de la mascarilla de oxígeno:

—¡Abran! ¡Servicio de Emergencia! ¡Abran!

No hubo respuesta. Tampoco esperaba que la hubiese.

Cogió el hacha y descargó un fuerte golpe contra la puerta, a la altura de la cerradura. La puerta cedió y quedó medio colgando de los goznes. McGill titubeó unos instantes y luego entró en la cabina de mando.

El piloto y el copiloto se hallaban sentados en sus puestos, y pudo ver sus cabezas inclinadas hacia adelante, como si se hubieran quedado dormidos.

Permaneció inmóvil unos momentos, sin querer tocar a los pilotos. Y luego gritó:

—Eh. ¡Eh! ¿Pueden oírme? —Se sentía ligeramente estúpido hablando a unos

muertos.

McGill estaba sudando y le temblaban las rodillas. No era un hombre especialmente impresionable, y a lo largo de los años había visto numerosas personas calcinadas y muertas, pero nunca se había encontrado solo en presencia de tanta muerte silenciosa.

Tocó la cara del piloto con la mano desnuda. Había muerto hacía unas horas. Pero, entonces, ¿quién había hecho aterrizar el avión?

Volvió la vista hacia los paneles de instrumentos. Había recibido una clase de una hora en cabinas de mando de Boeings y centró la atención en una pequeña pantalla en la que ponía «Aterrizaje automático 3». Le habían dicho que un piloto automático programado por ordenador podía hacer tomar tierra a estos reactores de nueva generación sin la intervención de manos ni cerebro humanos. No lo creyó cuando lo oyó pero ahora lo creía.

No había otra explicación para el hecho de que aquella aeronave hubiera llegado hasta allí. Un aterrizaje mediante piloto automático explicaría también la colisión que había estado a punto de producirse con el aparato de US Airways y probablemente explicaría asimismo que no se hubiera accionado la marcha atrás para frenar. Sin duda alguna, pensó McGill, aquello explicaba las horas de silencio de radio, por no mencionar el hecho de que el avión estaba detenido en el extremo de la pista, con los motores todavía en marcha y dos pilotos muertos hacía ya mucho rato. *Santo Dios...* Le asaltó una violenta náusea, y sintió deseos de gritar o vomitar o huir, pero mantuvo la compostura y volvió a inspirar profundamente. *Cálmate, McGill.*

¿Y ahora qué?

Ventilar.

Levantó la mano por encima de la cabeza en dirección a la escotilla de salida, activó la palanca y la escotilla se abrió, dejando ver un cuadrado de cielo azul.

Permaneció inmóvil unos momentos, escuchando el ruido, más fuerte ahora, de los motores del avión. Sabía que debía apagarlos, pero no parecía haber peligro de explosión, de modo que dejó que siguieran funcionando para que el sistema de renovación de aire pudiera liberarse de cualquier toxina invisible que hubiera causado aquella pesadilla. Lo único que lo tranquilizaba era el conocimiento de que nada habría cambiado aunque hubiese actuado antes. Aquello era parecido al caso Saudí pero había sucedido mientras el avión estaba todavía volando, muy lejos de allí. No había habido incendio, así que el 747 no se había estrellado como el reactor de Swissair cerca de la costa de Nueva Escocia. De hecho, cualquiera que fuese el problema, había afectado solamente a los pasajeros, no a los sistemas mecánicos ni a los aparatos electrónicos. El piloto automático hizo lo que estaba programado para hacer, aunque McGill se encontró deseando que no lo hubiera hecho.

Miró al exterior a través de los parabrisas. Deseaba estar fuera con los vivos, no allí dentro. Pero esperó a que los sistemas de aire acondicionado hiciesen su trabajo y trató de recordar cuánto tiempo hacía falta para ventilar por completo un 747. Se

suponía que tenía que saber esas cosas, pero le costaba concentrarse.

Cálmate.

Después de lo que pareció largo tiempo pero que probablemente era menos de dos minutos, McGill se acercó al pedestal que había entre los asientos de los pilotos y cerró las cuatro llaves de paso de combustible. Se apagaron casi todas las luces de la consola, a excepción de las accionadas por las baterías *del* avión, el zumbido de los reactores cesó inmediatamente y fue sustituido por un silencio sepulcral.

McGill sabía que fuera del aparato todo el mundo respiraba con alivio ahora que los motores estaban apagados. Todos sabían también que Andy McGill se encontraba perfectamente pero ignoraban que era él, no los pilotos, quien había apagado los motores.

Oyó un ruido en la cabina de la cúpula, se volvió hacia la puerta y prestó atención.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó a través de su mascarilla de oxígeno.

Silencio. Silencio espectral. Silencio de muerte. Pero él estaba seguro de haber oído algo. Quizá el crujido de los motores enfriándose. O algún maletín que se había movido en el compartimento de equipaje de mano.

Inspiró profundamente y trató de calmar los nervios. Recordó lo que un forense le había dicho una vez en un depósito de cadáveres. «Los muertos no pueden hacer ningún daño. Nadie ha sido jamás asesinado por un muerto».

Miró a la cabina de la cúpula y vio a los muertos mirándolo. El forense estaba equivocado. Los muertos pueden hacer daño y matar el alma. Andy McGill rezó un avemaría y se santiguó.

Capítulo 9

Me estaba poniendo nervioso pero George Foster había establecido una vía de enlace a través del agente Jim Lindley, que se encontraba abajo, hablando con uno de los policías de la Autoridad Portuaria, y éste mantenía contacto por radio con su Centro de Mando, que, a su vez, se hallaba en comunicación con la torre y con sus unidades del Servicio de Emergencia destacadas en la pista.

—¿Qué ha dicho Lindley? —le pregunté a George.

—Que una persona del Servicio de Emergencia ha subido al avión y que los motores están apagados.

—¿Ha transmitido un informe de situación el tipo del Servicio de Emergencia?

—Todavía no, pero con la radio ha hecho señales desde el avión para indicar que todo está bien.

—¿Ha hecho señales? ¿Señales de humo quizá, como los indios?

Ted y Debbie rieron. Kate, no.

George soltó un suspiro de exasperación y me lo explicó:

—Señales *de radio*. El hombre lleva puesta una mascarilla de oxígeno y es más fácil hacer señales con la radio que intentar hablar...

—Lo sé —lo interrumpí—. Sólo estaba bromeando.

No es fácil encontrar a alguien tan serio como George Foster. Desde luego, no en la policía de Nueva York, donde todo el mundo era un comediante y cada comediante quería ser la primera figura.

Pero mi numerito se estaba desfasando allí, en la barrera de acero de la Puerta 23.

—Salgamos a establecer un enlace personal con Lindley —le sugerí a George.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no?

George se sentía dividido entre el deseo de tenerme controlado y el de perderme de vista, de mandarme lejos de allí, lejos de su vida. Suelo producir ese efecto en mis superiores.

—En cuanto el miembro del Servicio de Emergencia saque del avión a nuestros hombres y los lleve al coche de la Autoridad Portuaria, Lindley me llamará y bajaremos la escalera y saldremos —dijo, dirigiéndose a todos nosotros—. Es un paseo de unos treinta segundos, o sea, que no se impaciente nadie. ¿De acuerdo?

No tenía intención de discutir con aquel tipo. Y para que constara, dije:

—Tú mandas.

La radio de Debra Del Vecchio crepitó. Escuchó y nos informó:

—Los Yankees han empatado en el quinto tiempo.

Así pues, nos quedamos esperando en la puerta mientras circunstancias que

escapaban de nuestro control introducían una pequeña demora en nuestros planes. En la pared, un cartel turístico mostraba una vista nocturna de la estatua de la Libertad iluminada. Bajo la fotografía figuraban en una docena de idiomas las palabras de Emma Lazarus: «Dadme vuestras fatigadas, vuestras pobres, vuestras apiñadas masas que anhelan respirar en libertad, triste desecho de vuestras fecundas playas. Enviadme a las gentes sin hogar, zarandeadas por la tormenta. Yo alzo mi lámpara junto a la puerta de oro».

Lo había aprendido de memoria en la escuela primaria. Todavía me ponía la carne de gallina.

Volví la vista hacia Kate, y nuestros ojos se encontraron. Ella me sonrió, y yo le correspondí con otra sonrisa. Bien mirado, aquello era mejor que estar tumbado en una cama del hospital presbiteriano de Columbia conectado a una serie de aparatos que me mantenían con vida. Uno de los médicos me dijo más tarde que, de no haber sido por un magnífico conductor de ambulancias y un enfermero excelente, yo estaría con una etiqueta colgando del dedo gordo del pie en lugar de con una pulsera de identificación. Así de cerca estuve.

Eso le cambia a uno la vida. No exteriormente, sino por dentro. Al igual que muchos amigos míos que combatieron en Vietnam, a veces siento como si se me hubiera acabado el tiempo y mi contrato con Dios se estuviera prorrogando de mes en mes.

Me daba cuenta de que aquello fue el día en que recibí tres balazos en la calle 102 Oeste, y hacía tres días que había sido el primer aniversario. El día habría pasado inadvertido para mí de no haber sido porque mi excompañero, Dom Fanelli, insistió en invitarme a unas copas. Para entrar en situación me llevó a un bar de la calle 102 Oeste situado a una manzana de distancia del feliz incidente. Allí había una docena de mis antiguos compañeros que sostenían un blanco de ejercicios de tiro con la silueta de un hombre perforada por tres orificios de bala y debajo el nombre: John Corey. Los polis son gente muy extraña.

Andy McGill sabía que todo lo que hiciese o dejase de hacer sería examinado con microscopio durante las semanas y meses siguientes. Probablemente se pasaría los próximos uno o dos meses testificando ante una docena de agencias estatales y federales, por no hablar de sus propios jefes. Aquel desastre se convertiría en una leyenda del parque de bomberos, y quería asegurarse de ser él el héroe de esa leyenda.

Sus pensamientos regresaron del desconocido futuro al problemático presente. ¿Y ahora, qué?

Sabía que, una vez apagados los motores, sólo se podían volver a poner en marcha utilizando la unidad de energía auxiliar del aparato, lo cual no estaba a su alcance, o utilizando una unidad de energía auxiliar externa que tendría que ser llevada hasta el avión. Pero sin pilotos que pusieran en marcha los motores y llevaran el aparato por la pista, lo que hacía falta era que un remolcador de Trans-Continental

sacase el avión de allí y lo llevase a la zona de seguridad, fuera de la vista del público y de los medios de comunicación. McGill se llevó la radio a la mascarilla y llamó a Sorentino.

—Rescate Uno, aquí Rescate Ocho-Uno.

McGill apenas oyó la respuesta de Sorentino a través de los auriculares.

—Trae aquí un remolcador de la compañía lo más rápidamente posible. ¿Me has copiado?

—Copiado, remolcador de Trans-Continental. ¿Qué ocurre?

—Hazlo. Corto.

McGill salió de la cabina de mando, cruzó rápidamente la sección superior, bajó por la escalera de caracol hasta el nivel inferior y abrió la segunda puerta de salida, situada al otro lado del fuselaje, enfrente de la que había utilizado para entrar.

Descorrió la cortina de la sección turista y miró a lo largo de toda la longitud del 747. Frente a él había varios cientos de personas sentadas, erguidas o recostadas, totalmente inmóviles, como si se tratase de una fotografía. Continuó mirando, esperando que alguien se moviese o emitiera algún sonido. Pero no hubo ningún movimiento ni respuesta alguna a su presencia, ninguna reacción ante aquel forastero vestido con un plateado traje espacial y con el rostro cubierto por una máscara.

Se volvió, cruzó la zona despejada que se extendía delante, descorrió la cortina del compartimento de primera clase y lo cruzó con paso rápido, tocando varias caras, a veces incluso abofeteando a varias personas para ver si suscitaba alguna reacción. No había absolutamente ningún signo de vida entre aquellas personas, y a su mente acudió un pensamiento por completo irrelevante, que los billetes de ida y vuelta en primera clase París-Nueva York costaban unos diez mil dólares. ¿Cuál era la diferencia? Todos respiraban el mismo aire, y ahora estaban tan muertos como los de clase turista.

Salió rápidamente del compartimento de primera clase y regresó a la zona despejada, donde se encontraban la despensa, la escalera de caracol y las dos puertas abiertas. Se dirigió a la puerta de estribor y se quitó la mascarilla y el casco con los auriculares.

Sorentino estaba de pie en el estribo de su vehículo de interceptación rápida y le gritó a McGill:

—¿Qué ocurre?

—Malo. Realmente malo —respondió McGill tras inspirar profundamente.

Sorentino nunca había visto así a su jefe, y supuso que «realmente malo» significaba lo peor.

—Llama al Centro de Mando... —dijo McGill—. Diles que todo el mundo está muerto a bordo del vuelo Uno-Siete-Cinco. Posibles gases tóxicos...

—Santo Dios...

—Sí. Haz que responda a tu llamada un comandante de guardia. Y procúrate también un informe de la compañía sobre el área de seguridad. Haz que acuda todo el

mundo al área de seguridad —añadió—. Aduana, Equipajes, todos.

—Voy. —Sorentino desapareció en el interior del coche.

McGill volvió hacia la sección de clase turista. Estaba casi seguro de que no necesitaba su equipo Scott pero lo llevaba consigo, aunque el hacha la dejó apoyada contra un mamparo. No olía nada que pareciese cáustico o peligroso, pero sí percibía un leve olor que le resultaba familiar. Luego lo identificó: almendras.

Apartó la cortina y, tratando de no mirar a las personas que tenía delante, avanzó por el pasillo derecho y abrió las dos puertas de salida. Cruzó al otro lado y abrió las dos puertas de la izquierda. Sintió el soplo del viento en el rostro, empapado en sudor.

Su radio crepitó, y oyó una voz que decía:

—Unidad Uno, aquí el teniente Pierce. Informe de situación.

McGill cogió la radio y respondió a su comandante de guardia:

—Unidad Uno. Estoy a bordo del aparato. Todas las personas que hay a bordo están muertas.

Hubo un largo silencio, y luego Pierce preguntó:

—¿Está seguro?

—Sí.

Otro largo silencio. Después:

—¿Gases? ¿Humo? ¿Qué?

—Negativo humo. Gases tóxicos. Desconozco la fuente. El avión se encuentra ventilado, y no estoy utilizando oxígeno.

—Recibido.

De nuevo un largo silencio.

McGill experimentaba una leve sensación de náusea pero pensaba que era consecuencia de la conmoción más que de los gases que pudieran quedar en el aire. No tenía intención de sugerir nada, y esperó. Podía imaginarse a un grupo de gente en el Centro de Mando, hablando todos en susurros.

Finalmente, sonó la voz del teniente Pierce, que dijo:

—Bien... ha pedido usted un remolcador de la compañía.

—Afirmativo.

—¿Necesitamos... el hospital móvil?

—Negativo. El depósito de cadáveres móvil será suficiente.

—Recibido. Bien... llevaremos toda esta operación al área de seguridad. Vamos a despejar la pista y a quitar de en medio ese avión.

—Recibido. Estoy esperando el remolcador.

—Sí... bien... esto... permanezca a bordo.

—No voy a ir a ninguna parte.

—¿Quiere que acuda alguien ahí? ¿Personal médico?

McGill resopló con exasperación. Aquellos idiotas del Centro de Mando parecían no poder comprender que todo el mundo estaba muerto.

—Negativo —respondió.

—Bien... entonces... supongo que lo hizo aterrizar el piloto automático.

—Supongo. El piloto automático o Dios. Yo no fui, y tampoco el piloto ni el copiloto.

—Entendido. Supongo... quiero decir que probablemente estaba programado el piloto automático.

—Nada de «probablemente», teniente. Los pilotos están fríos.

—Entendido... ¿algún indicio de incendio?

—Negativo también.

—¿Descompresión?

—Negativo, no hay máscaras colgando. *Gases*. Malditos gases tóxicos.

—Está bien, tranquilo.

—Sí.

—Me reuniré con usted en el área de seguridad.

—De acuerdo. —McGill dejó la radio en su soporte.

No tenía nada que hacer, así que examinó a varios de los pasajeros y volvió a cerciorarse de que no había ningún signo de vida a bordo. Parecía una pesadilla.

Experimentaba una sensación de claustrofobia en el abarrotado compartimento de clase turista, estremecedor con todos aquellos muertos. Comprendió que sería preferible estar en el espacio relativamente desahogado y abierto de la cúpula, desde donde podría ver mejor lo que sucedía en torno al avión.

Salió de la clase turista, subió por la escalera de caracol y entró en la cúpula. Por las ventanillas de babor vio que se acercaba un vehículo remolcador. Por las de estribor vio una fila de vehículos del Servicio de Emergencia que regresaban al centro y varios que se dirigían hacia la zona de seguridad.

Trató de no prestar atención a los cadáveres que lo rodeaban. Al menos, allí arriba no eran tan numerosos y no había ningún niño ni ningún bebé. Pero dondequiera que estuviese en el interior de aquel avión, pensó, él era el único ser vivo a bordo.

Eso no era del todo cierto, pero Andy McGill ignoraba que tenía compañía.

Tony Sorentino observó cómo el remolcador de Trans-Continental avanzaba hacia las ruedas delanteras. El vehículo era una especie de gran plataforma con una cabina de conductor en cada extremo, de tal modo que el conductor podía acercarse de frente a la rueda delantera sin tener que hacerlo marcha atrás, con el consiguiente riesgo de producir algún desperfecto. Una vez realizado el enganche, el conductor cambiaba de cabina y arrancaba.

A Sorentino le parecía ingenioso el sistema, y se sentía fascinado por el vehículo. Se preguntó por qué Pistolas y Mangueras no tenía uno igual y luego recordó que alguien le había dicho que se trataba de algo relacionado con el seguro. Cada compañía aérea tenía sus propios remolcadores y si arrancaban la rueda delantera de un avión de 150 millones de dólares, eso era problema suyo. Era lógico. No obstante, Pistolas y Mangueras debería tener por lo menos un remolcador. Cuantos más juguetes, mejor.

Siguió mirando mientras el conductor de Trans-Continental enganchaba una barra de remolque en forma de horca a ambos lados del eje de la rueda delantera. Sorentino se le acercó y le dijo:

—¿Le echo una mano?

—No. No toque nada.

—Eh, que estoy asegurado.

—No, para esto no.

Una vez completado el enganche, el conductor preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Al área de secuestros —dijo Sorentino, utilizando el nombre más dramático pero también correcto de la zona de seguridad.

El conductor levantó la vista hacia el enorme aparato que se alzaba sobre ellos y miró de nuevo a Sorentino.

—¿Qué ocurre?

—Bueno, lo que ocurre es que les van a subir las primas del seguro, amigo.

—¿Qué quiere decir?

—Tiene aquí un gigantesco y caro coche fúnebre, amigo. Están todos muertos. Gases tóxicos.

—Santo Dios.

—Bueno, en marcha. Lo más de prisa que pueda. Yo iré delante, sígame. Otro vehículo se situará tras la cola del avión. No se detenga hasta llegar al recinto de seguridad.

El conductor se dirigió a la cabina delantera con aire aturdido. Subió, puso en marcha el enorme motor diésel y empezó a moverse.

Sorentino subió a su vehículo de interceptación rápida y se situó delante del remolcador, conduciéndolo hacia una calzada que, a su vez, conducía al área de seguridad, no lejos de la pista Cuatro-Derecha.

Sorentino podía oír toda clase de conversaciones en sus frecuencias de radio. Nadie parecía muy contento.

—Unidad Uno en marcha, seguida por remolcador y avión —transmitió—. Unidad Cuatro en cola.

Sorentino mantenía una velocidad de veinticinco kilómetros por hora, que era la máxima que el remolcador podía alcanzar tirando de un avión de 350 toneladas. Vigilaba los espejos retrovisores para cerciorarse de que no estaba demasiado cerca ni demasiado lejos del avión. La escena que mostraban sus espejos era extraña, pensó. Estaba siendo seguido por un extraño vehículo que tenía la cabeza igual que el culo, y detrás marchaba aquel monstruoso avión plateado semejante a un juguete del que un niño tirase de una cuerda. *Cielo santo, menudo día el de hoy.*

La inacción es un fenómeno desconocido para mí, así que le pedí a George Foster:

—Solicito de nuevo permiso para salir a la explanada.

Foster pareció indeciso, como de costumbre, de modo que Kate me dijo:

—De acuerdo, John, tienes permiso para bajar a la explanada. No más allá.

—Lo prometo —aseguré.

Debra Del Vecchio se volvió y tecleó una clave en el dispositivo electrónico de la puerta. Ésta se abrió, y yo la crucé, avancé por la cinta transportadora del largo pasillo, bajé la escalera y salí a la explanada.

El convoy que debía llevarnos a Federal Plaza estaba agrupado junto al edificio de la terminal. Me dirigí rápidamente a uno de los coches policiales de la Autoridad Portuaria, mostré mi placa y le dije al agente uniformado:

—El avión está parado en un extremo de la pista. Tengo que ir allí ahora mismo.

Me instalé en el asiento del copiloto, lamentando profundamente la mentira que le había soltado a Kate.

—Creía que los del Servicio de Emergencia iban a traer aquí a su pasajero —me dijo el joven policía de la Autoridad Portuaria.

—Cambio de planes.

—Muy bien... —Empezó a conducir despacio, al tiempo que llamaba a la torre de control para pedir permiso para cruzar las pistas.

Me di cuenta de que alguien corría junto al coche, y por su aspecto tenía que ser el agente del FBI Jim Lindley.

—¡Pare! —gritó.

El policía de la Autoridad Portuaria detuvo el coche.

Lindley se identificó y luego me preguntó:

—¿Quién es usted?

—Corey.

—Oh... ¿adónde va?

—Al avión.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no?

—¿Quién lo ha autorizado...?

De pronto, Kate apareció junto al coche.

—Está bien, Jim. Sólo vamos a echar un vistazo. —Saltó al asiento trasero y le ordenó al conductor—: Vamos.

—Estoy esperando permiso para cruzar... —empezó a decir el conductor.

Se oyó una voz masculina que hablaba por el altavoz:

—¿Quién pide permiso para cruzar las pistas y por qué?

Cogí el micrófono y dije:

—Aquí... —¿Quién era yo?—. Aquí el FBI. Necesitamos ir al avión. ¿Quién habla?

—Aquí el señor Stavros, supervisor de control de torre. Escuche, no puede cruzar...

—Es una emergencia.

—Sé que hay una emergencia. ¿Pero por qué tiene que cruzar...?

—Gracias —dije. Me volví hacia el policía de la Autoridad Portuaria—: Listos para el despegue.

El policía protestó:

—Él no ha...

—Luces y sirena. Necesito que haga esto por mí.

El policía se encogió de hombros, y el coche salió de la explanada en dirección a la calzada de rodaje, haciendo destellar las luces y sonar la sirena.

El tipo de la torre de control, Stavros, volvió a hablar por el altavoz, y bajé el volumen.

Entonces Kate habló por primera vez.

—Me has mentado.

—Lo siento.

—¿Quién es ésa? —me preguntó el policía de la Autoridad Portuaria, señalando con el pulgar por encima del hombro.

—Es Kate. Yo soy John. ¿Quién es usted?

—Al. Al Simpson. —Torció hacia la hierba y continuó por el este de la calzada de rodaje. El coche iba saltando y dando tumbos. Añadió—: Es mejor mantenerse fuera de las calzadas y las pistas.

—Usted es el jefe —respondí.

—¿De qué clase de emergencia se trata?

—Lo siento. No puedo decírselo. —En realidad, no tenía ni idea.

Al cabo de un minuto divisamos, recortada sobre el horizonte, la silueta de un enorme 747.

Simpson hizo girar el volante, atravesó una calzada de rodaje y condujo de nuevo por una extensión de hierba, evitando toda clase de señales y luces y se dirigió hacia una amplia pista.

—Tengo que llamar a la torre de control —dijo.

—No, no tiene que hacerlo.

—Son normas de la Administración Federal de Aviación. No se puede cruzar...

—No se preocupe por eso. Yo estaré atento por si viene algún avión.

Simpson atravesó la ancha pista.

—Si lo que quieres es que te despidan, estás haciendo un buen trabajo —me dijo Kate.

No parecía que el 747 estuviese demasiado lejos, pero se trataba de una ilusión óptica, y el tamaño de la silueta no aumentó gran cosa mientras avanzábamos hacia ella a campo traviesa.

—Más de prisa —dije.

El coche patrulla saltó y se tambaleó al cruzar un trecho de terreno accidentado.

—¿Tienes alguna teoría que te gustaría compartir conmigo? —me preguntó Kate.

—No.

—¿No tienes una teoría, o no quieres compartirla?

—Las dos cosas.

—¿Por qué estamos haciendo esto?

—Estoy harto de Foster y Nash.

—Creo que fanfarroneas.

—Ya veremos cuando llegemos al avión.

—Te gusta correr riesgos, ¿verdad?

—No, no es que me guste. Es que no tengo más remedio.

El agente Simpson estaba escuchándonos a Kate y a mí pero no aportó ninguna idea ni tomó partido.

Continuamos avanzando en silencio, y el 747 parecía todavía fuera de alcance, como un espejismo en el desierto.

Finalmente, Kate dijo:

—Tal vez trate de apoyarte.

—Gracias, socia. Supongo que esto es lo que entre los federales se considera lealtad incondicional.

Miré de nuevo al 747, y esta vez era evidente que su tamaño no había aumentado.

—Creo que se está moviendo —dije.

Simpson atisbo por la ventanilla.

—Sí... pero... creo que lo están remolcando.

—¿Por qué habrían de hacerlo?

—Pues... yo sé que apagan los motores, así que a veces es más cómodo conseguir un remolque que ponerlos en marcha otra vez.

—¿Quiere decir que no basta con hacer girar una llave?

Simpson se echó a reír.

Íbamos más de prisa que el 747, y la distancia comenzaba a reducirse.

—¿Por qué no lo remolcan hacia aquí? —pregunté a Simpson—. ¿Hacia la terminal?

—Bueno... yo diría que lo están llevando hacia el área de secuestro.

—¿Qué?

—Quiero decir, el área de seguridad. Es lo mismo.

Miré a Kate y me di cuenta de que estaba preocupada.

Simpson subió el volumen de la radio, y escuchamos las conversaciones. Lo que oíamos eran principalmente órdenes, informes sobre movimientos de vehículos, mucha jerga de la Autoridad Portuaria que yo era incapaz de descifrar, pero ningún informe de situación. Imagino que todo el mundo menos nosotros conocía la situación.

—¿Sabe usted qué está pasando? —le pregunté a Simpson.

—No exactamente... pero puedo asegurarle que no es un secuestro. Y tampoco creo que se trate de un problema mecánico. Se oye regresar a muchos vehículos del Servicio de Emergencia.

—¿Y un problema médico?

—No creo, a juzgar por las señales, no están pidiendo refuerzos médicos... —Se interrumpió y luego dijo—: Oh, oh.

—Oh, oh, ¿qué?

Kate se inclinó hacia adelante por entre nosotros.

—¿Simpson? Oh, oh, ¿qué? —Están llamando al DCM y al MR.

Lo que significaba «depósito de cadáveres móvil» y «médico forense», lo que significaba cadáveres.

—Acelere —ordené.

Capítulo 10

Andy McGill se quitó el traje ignífugo y lo tiró sobre un asiento vacío, al lado de una mujer muerta. Se enjugó el sudor del cuello y se separó del cuerpo empapado el tejido de su camisa azul oscuro de policía.

Su radio crepitó, y oyó su señal de llamada.

—Unidad Ocho-Uno —respondió—. Adelante.

Era el teniente Pierce otra vez, y McGill dio un respingo.

—Andy, no te enfades —dijo Pierce en tono paternal—, pero tenemos que asegurarnos, para que quede constancia, de que no estamos perdiendo una oportunidad de suministrar asistencia médica a los pasajeros.

McGill miró por la puerta abierta de la cabina de mando y a través del parabrisas. Podía ver a sólo unos cientos de metros la entrada al cercado recinto de seguridad. De hecho, Sorentino ya estaba casi en las puertas.

—¿Andy?

—Mira, he examinado personalmente a unos cien pasajeros en cada una de las tres cabinas... He hecho una especie de reconocimiento. Están todos fríos. De hecho, ahora me encuentro en la cúpula, y ya está empezando a oler mal.

—De acuerdo... sólo queríamos asegurarnos. —El teniente Pierce continuó—: Ahora estoy en el área de seguridad y veo que estás llegando.

—Enterado. ¿Algo más?

—Negativo. Corto.

McGill volvió a sujetarse la radio en el cinturón.

Miró de nuevo a los tres hombres con los que él debería haber salido del avión. Se aproximó a los dos que estaban sentados juntos, el agente federal y su esposado prisionero.

McGill, que era ante todo policía y sólo en segundo término bombero, pensó que debía recoger las pistolas para que, si desaparecían, más tarde no hubiera problemas. Desabrochó la chaqueta del agente y encontró la pistolera de la cintura, pero no había ninguna arma en su interior.

—¿Qué diablos...?

Se dirigió hacia el agente de la fila posterior en busca de un arma y tampoco encontró más que una pistolera vacía. Extraño. Otra cosa de la que preocuparse.

McGill se dio cuenta de que estaba sediento y fue a la despensa de cola. Sabía que no debía tocar nada, pero tenía la garganta completamente seca. Procuró no fijarse en las azafatas mientras miraba a su alrededor. Encontró una lata pequeña de agua de soda en el mueble bar, luchó con su conciencia durante medio segundo y luego abrió la lata y bebió largamente. Decidió que necesitaba algo más fuerte y desenroscó la

tapa de un diminuto botellín de *whisky*. Se lo bebió de un trago, tomó la' soda que quedaba y tiró la lata y el botellín a la papelera. Eructó brevemente y se sintió bien.

El avión iba reduciendo la velocidad, y sabía que cuando se detuviera las cabinas se llenarían de gente. Antes de que eso sucediera y antes de que tuviera que hablar con los jefes, tenía que mear.

Salió de la despensa, fue hasta la puerta del lavabo y empujó, pero estaba cerrada. El pequeño letrero rojo decía «ocupado».

Se detuvo un instante, confuso. Había mirado en el interior del lavabo al subir a la cúpula. Aquello no tenía sentido. Empujó de nuevo la puerta, y esta vez se abrió.

Ante él, de pie en el lavabo, había un hombre alto y moreno vestido con un mono azul que llevaba el logotipo de Trans-Continental en el bolsillo superior.

McGill se quedó sin habla unos momentos y luego consiguió articular:

—¿Cómo ha...?

Alzó la vista hacia el rostro del hombre y vio dos ojos negros y profundos que lo taladraban con la mirada.

El hombre levantó la mano derecha, y McGill vio que tenía una manta de viaje enrollada en torno a la mano y el brazo.

—¿Quién diablos es usted?

—Soy Asad Khalil.

McGill apenas oyó el sonido ahogado del disparo y nunca sintió la bala del calibre 40 que le perforó la frente.

—Y tú estás muerto —dijo Asad Khalil.

Tony Sorentino cruzó la entrada del recinto de seguridad, también conocido como área de secuestro.

Miró a su alrededor. Era un cercado en forma de herradura, con luces de vapor de sodio instaladas en altos postes. Le recordaba a un estadio de béisbol, salvo que toda la superficie estaba pavimentada con cemento.

Hacía varios años que no estaba en el recinto de seguridad, y paseó la vista en derredor. La cerca se alzaba a unos cuatro metros de altura y cada diez metros o cosa así había una plataforma de tirador detrás de la cerca. Cada plataforma tenía una placa protectora blindada provista de una aspillera, aunque, por lo que podía ver, ninguna de ellas estaba ocupada.

Miró por los espejos retrovisores para cerciorarse de que el tipo del remolcador no se había asustado en la entrada y había detenido su vehículo. A ambos lados de la entrada, la cerca era lo bastante baja como para que pudieran pasar las alas de casi cualquier reactor comercial, pero los conductores de los remolcadores no siempre lo sabían.

El remolcador continuaba detrás de Sorentino, y las alas del 747 se deslizaron por encima de la cerca.

—Sigue moviéndote, muchacho. Sigue a Tony.

Miró a su alrededor la escena que se desarrollaba sobre la superficie de cemento.

Casi todo el mundo había llegado allí antes que él. Vio el Centro Móvil de Mando, una enorme furgoneta en cuyo interior se alojaban radios, teléfonos y jefes. Tenían comunicación directa con medio mundo, y para entonces ya habían llamado al Departamento de Policía de Nueva York, al FBI, a la Administración Federal de Aviación, quizá incluso a la Guardia Costera, que a veces ayudaba proporcionando helicópteros. Por supuesto, llamó a la Aduana y a Control de Pasaportes. Aunque todos los pasajeros estuviesen muertos, pensó Sorentino, nadie entraba en los Estados Unidos sin pasar por la Aduana y el Control de Pasaportes. Ahora solamente había dos diferencias: una, que todo se haría allí y no en la terminal; y, dos, que los pasajeros no tendrían que responder a ninguna pregunta.

Sorentino redujo la velocidad de su vehículo de interceptación rápida y comprobó su posición y la posición del 747. Unos metros más y quedarían centrados.

Sorentino vio también el depósito de cadáveres móvil y el enorme camión frigorífico que estaba a su lado, ambos rodeados por numerosas personas vestidas de blanco, los empleados que colocarían una tarjeta a los pasajeros y los introducirían en sacos de plástico.

A ambos lados del recinto había un total de seis escaleras móviles. Junto a cada una de ellas había uno de sus propios hombres, policías de la Autoridad Portuaria y miembros del Servicio de Emergencia, preparados para subir a bordo y comenzar el desagradable trabajo de descargar cadáveres.

También vio numerosos vehículos de Trans-Continental, camiones, cintas transportadoras, carros de equipajes y un camión tijera para descargar los contenedores de equipajes alojados en la bodega. Había unos veinte mozos de equipajes de Trans-Continental ataviados con sus monos azules y sus guantes de cuero. De ordinario, estos operarios debían trabajar con gran rapidez, bajo la vigilancia implacable de un supervisor. Pero no había ninguna urgencia para la descarga del vuelo 175.

Sorentino vio también un vehículo con un equipo móvil de rayos X para examinar el equipaje. Reparó igualmente en la presencia de cuatro camiones de suministro de comidas, que sabía que no estaban allí para llevar alimentos a bordo. Esos camiones, que podían elevar automáticamente sus cabinas hasta la altura de las puertas de los 747, eran en realidad el mejor medio para descargar cadáveres.

Todo el mundo estaba allí, pensó. Todas las personas y las cosas que normalmente se encontraban en la terminal estaban allí. Todas las personas, excepto las que esperaban a que el vuelo 175 llegase hasta la puerta. Aquellos pobres diablos, pensó Sorentino, estarían pronto en una sala privada con empleados de Trans-Continental.

Sorentino trató de imaginar a la Trans-Continental realizando todas aquellas notificaciones, llevando la cuenta del depósito en que se instalaba a cada uno de los cadáveres, devolviendo el equipaje y los efectos personales a las familias. *Santo Dios.*

Y después, al cabo de unos días o semanas, cuando aquel 747 quedara despachado y se hubiera resuelto el problema, él volvería a su puesto, a ganar dinero

para la compañía. Sorentino se preguntó si a las familias de los pasajeros les devolverían una parte del importe de los billetes.

Un policía de la Autoridad Portuaria estaba ahora de pie ante el vehículo de Sorentino, haciéndole señales de que avanzase un poco; luego levantó las manos, y Sorentino se detuvo. Miró por los espejos retrovisores para asegurarse de que el idiota del remolcador se detenía también; así lo hizo. Sorentino levantó la mano y apagó la luz giratoria destellante. Inspiró profundamente, sepultó la cara entre las manos y sintió que le corrían las lágrimas por las mejillas, lo cual le sorprendió porque no sabía que estaba llorando.

Capítulo 11

Kate, el agente Simpson y yo no hablábamos gran cosa y nos limitábamos a escuchar la radio del coche patrulla. Simpson cambió de frecuencia y llamó directamente a uno de los vehículos del Servicio de Emergencia. Se identificó y dijo:

—¿Cuál es el problema con el Uno-Siete-Cinco de Transcontinental?

—Gases tóxicos, al parecer —respondió una voz—. Sin incendio. Todos muertos. Se hizo un absoluto silencio en el coche patrulla.

—¿Me ha copiado? —preguntó la voz de la radio.

Simpson se aclaró la garganta y respondió:

—Copiado, todos muertos. Corto.

—Dios mío... —exclamó Kate—. ¿Cómo es posible?

Bueno, ¿qué más había que decir? Nada. Y eso fue lo que yo dije. Nada.

El agente Simpson encontró la calzada de rodaje que conducía al área de seguridad. Ya no había urgencia, y, de hecho, Simpson redujo la velocidad por debajo de la máxima de veinticinco kilómetros por hora, y yo no dije nada.

El espectáculo que teníamos delante era casi surrealista... aquel enorme avión avanzando pesadamente por la calzada de rodaje en dirección a aquel extraño muro de acero en el que se abría una amplia entrada.

El 747 cruzó la entrada del muro, y las alas pasaron por encima de éste.

Un minuto después, nosotros llegábamos a la entrada pero teníamos delante otros camiones y coches que habían esperado a que pasara el 747. Los demás vehículos —una heterogénea mezcla de todo cuanto yo había visto jamás sobre ruedas— empezaron a seguir al 747, causando un pequeño embotellamiento.

—Nos veremos dentro —le dije a Simpson.

Salté del coche patrulla y eché a correr. Oí el ruido de una puerta al cerrarse a mi espalda y, a continuación, las pisadas de Kate que corría tras de mí.

Yo no sabía por qué corría pero algo dentro de mi cabeza me decía: «¡Corre!» Y así lo hice, sintiendo que la pequeña cicatriz con forma de lápiz que tenía en el pulmón empezaba a causarme problemas.

Kate y yo corrimos un trecho por el terreno sin asfaltar para sortear los vehículos y al cabo de un minuto estábamos en el interior del recinto, abarrotado de vehículos, personas y un 747. Parecía una escena salida de *Encuentros en la tercera fase*. Quizá, de «Expediente X».

Las personas que corren llaman la atención, y un policía uniformado de la Autoridad Portuaria, al que rápidamente se unió su sargento, nos obligó a detenernos.

—¿Dónde está el fuego, amigos?

Traté de recobrar el aliento y decir: «FBI», pero sólo conseguí emitir una especie

de silbido desde mi pulmón malo.

Kate mostró sus credenciales y dijo, sin jadear ni resoplar:

—FBI. Tenemos un fugitivo y escoltas a bordo de ese avión.

Yo también saqué mis credenciales y me guardé la funda en el bolsillo superior, tratando todavía de recobrar el aliento.

—Bueno, no hay prisa —dijo el sargento de la Autoridad Portuaria, y añadió—: Están todos muertos.

—Tenemos que subir a bordo para hacernos cargo de... de los cadáveres —replicó Kate.

—Tenemos gente que se encarga de eso, señorita.

—Sargento, nuestros escoltas van armados y llevan documentos confidenciales y secretos. Es una cuestión de seguridad nacional.

—Un momento. —Extendió la mano y el agente que estaba a su lado le puso una radio en la palma. El sargento transmitió y esperó—. Los canales están saturados.

Sentí la tentación de mostrarme altivo pero aguardé.

Mientras esperábamos, el sargento dijo:

—El pájaro ha llegado en situación de vacío total de radio.

—Ya lo sabemos —repliqué, satisfecho de haber aprendido la jerga.

Miré al 747, que se había detenido en el centro del recinto. Varias escaleras móviles estaban siendo llevadas a las puertas, y pronto habría gente a bordo.

El sargento no recibía respuesta a su llamada, de modo que nos dijo:

—¿Ven aquel vehículo del Mando Móvil? Hablen con quien esté dentro. Mantienen contacto directo con el FBI y con mis jefes.

Antes de que cambiara de idea, corrimos en dirección al vehículo indicado.

Yo continuaba respirando con dificultad.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Kate.

—Estupendamente.

Los dos volvimos la vista hacia atrás y vimos que el sargento de la Autoridad Portuaria estaba ocupado en otra cosa. Cambiamos de dirección y enfilamos hacia el avión.

Una escalera móvil estaba ya colocada en la parte posterior del aparato, y varios miembros del Servicio de Emergencia subían por ella seguidos de hombres y mujeres vestidos de blanco, además de varios individuos con mono y uno con traje y corbata.

Un caballero nunca sube una escalera detrás de una dama con falda corta, pero lo intenté y le indiqué con un gesto a Kate que pasara delante.

—Tú primero —me dijo.

Así que subimos la escalera, franqueamos la puerta del avión y entramos en la amplia cabina. Las únicas luces eran las de emergencia, que brillaban en el suelo, probablemente accionadas por baterías. El sol del atardecer proyectaba una débil iluminación a través de las ventanillas de babor. Pero no hacía falta mucha luz para ver que la cabina estaba llena en sus tres cuartas partes aproximadamente y que

ninguno de los ocupantes se movía.

Los que habían entrado con nosotros permanecían inmóviles y en silencio, y los únicos sonidos llegaban a través de las puertas abiertas.

El tipo trajeado nos miró a Kate y a mí, y vi que sobre el bolsillo del pecho llevaba una tarjeta de identidad con fotografía. Era una tarjeta de Trans-Continental, y el hombre tenía un aspecto horrible. De hecho, nos dijo:

—Esto es espantoso... oh, Dios mío...

Creí que iba a echarse a llorar, pero se dominó y añadió:

—Soy Joe Hurley... supervisor de equipajes de Trans-Continental.

—FBI —le dije yo—. Escuche, Joe, mantenga a su gente fuera del aparato. Puede que se haya cometido un crimen aquí.

Abrió desmesuradamente los ojos.

En aquel momento, yo no pensaba realmente que se hubiera cometido un crimen pero tampoco me tragaba del todo la historia del accidente como consecuencia de la inhalación de gases tóxicos. La mejor forma de controlar una situación es decir: «Se ha cometido un crimen», y entonces todo el mundo hace lo que uno diga.

Uno de los tipos del Servicio de Emergencia de la Autoridad Portuaria se acercó a nosotros:

—¿Un crimen? —preguntó.

—Sí. ¿Por qué no se van todos a una puerta e impiden el paso mientras nosotros echamos un vistazo, eh? No hay ninguna prisa por recoger el equipaje de mano de los cadáveres.

El tipo del Servicio de Emergencia asintió, y Kate y yo avanzamos rápidamente por el pasillo de la izquierda.

Estaba empezando a llegar gente por las otras puertas abiertas, y Kate y yo levantamos nuestras placas y exclamamos:

—FBI. Quédense donde están, por favor. No entren en el avión. Por favor, bajen la escalera.

Esto hizo que la afluencia disminuyese un poco, y la gente empezó a congregarse en las puertas. Había un policía de la Autoridad Portuaria a bordo, y él ayudó a contener a la gente mientras nosotros nos dirigíamos hacia la parte delantera.

De vez en cuando, yo volvía la vista hacia atrás y veía aquellos rostros de miradas perdidas en el vacío. Algunos tenían los ojos cerrados, otros los tenían abiertos. *Gases tóxicos*. ¿Pero qué clase de gases tóxicos?

Llegamos a la zona despejada en que había dos puertas de salida, una despensa, dos lavabos y una escalera de caracol. Un grupo de personas se apiñaba allí. Nosotros volvimos a mostrar nuestras credenciales, pero es difícil detener una marea de gente en el lugar en que se ha producido un desastre, especialmente si los que acuden creen que tienen algo que hacer allí.

—Señores —dije—. Posiblemente se ha cometido un crimen aquí. Salgan del aparato. Pueden esperar en la escalera.

Había un tipo con un mono azul en la escalera de caracol.

—Eh, amigo. Baje de ahí —grité.

La gente estaba retrocediendo hacia las puertas de salida, y el tío de la escalera de caracol consiguió llegar al último peldaño. Kate y yo nos apretamos para dejarlo pasar y subimos la escalera, yo delante.

Subí de dos en dos los peldaños y me detuve en cuanto pude ver la cabina superior. No creía necesitar una pistola, pero en caso de duda es mejor sacarla. Desenfundé mi Glock y me la metí en el cinturón.

Me detuve en la cabina superior, que tenía más luz que la de abajo. Me pregunté si el tipo del Servicio de Emergencia que había subido al avión y había descubierto todo aquello seguiría a bordo.

—¡Eh! ¿Hay alguien en casa? —grité.

Me hice a un lado para dejar sitio a Kate. Ella subió y se apartó de mí unos pasos, y vi que no había sacado su pistola. De hecho, no parecía haber ninguna razón para sospechar que hubiese algún peligro a bordo. El tipo del Servicio de Emergencia de la Autoridad Portuaria había informado de que todo el mundo estaba muerto. ¿Pero dónde estaba él?

Nos quedamos allí, observando la escena. Primero, lo primero, y lo primero era cerciorarse de que no había ningún peligro para nosotros, y antes que nada había que comprobar las puertas cerradas. A muchos detectives brillantes les han volado del cerebro sus perspicaces deducciones mientras husmeaban abstraídos por la escena de un crimen.

En la parte posterior de la cúpula estaba el lavabo, a la izquierda, y la despensa, a la derecha. Hice una seña a Kate, y ella sacó su pistola mientras yo me dirigía hacia el lavabo. Mostraba el letrero de «Libre»; empujé la puerta y me hice a un lado.

—Nadie —dijo Kate.

En la despensa, una azafata yacía tendida de costado en el suelo, y, por la fuerza de la costumbre, me arrodillé para tomarle el pulso en el tobillo. No sólo no había pulso, sino que además estaba fría.

Entre la despensa y el lavabo había un armario, y yo cubrí a Kate mientras ella abría la puerta. Dentro había abrigos de pasajeros, chaquetas, bolsas de ropa y objetos diversos en el suelo. Es estupendo viajar en clase business. Kate se quedó unos momentos observando, y casi se nos pasa por alto, pero allí estaba. En el suelo, debajo de un impermeable, había dos botellas verdes de oxígeno sujetas con correas a un carrito con ruedas. Comprobé las válvulas y estaban abiertas. Tardé unos tres segundos en sospechar que una de las botellas había contenido oxígeno y la otra algo no tan bueno para la salud. Las cosas estaban empezando a encajar.

—Son botellas de oxígeno médicas —dijo Kate.

—Exacto. —Me di cuenta de que ella también estaba encajando las cosas pero ninguno de los dos dijo nada.

Kate y yo avanzamos rápidamente por el pasillo y nos detuvimos ante la puerta de

la cabina de mando, que, según pude ver, tenía la cerradura reventada. Empujé la puerta y ésta se abrió. Entré y vi que los dos pilotos estaban inclinados hacia adelante en sus asientos. Les palpé el cuello en busca de un latido pero no encontré más que piel fría y viscosa.

Advertí que la escotilla superior estaba abierta y supuse que el tipo del Servicio de Emergencia que subió a bordo la había abierto para ventilar la cúpula.

Kate estaba de pie junto a los asientos de la parte posterior. Me acerqué, y ella dijo:

—Éste es Phil Hundry...

Miré al hombre que estaba sentado junto a Hundry. Llevaba un traje negro, estaba esposado y tenía puesto un antifaz de los utilizados para dormir. Alargué la mano y se lo quité. Kate y yo lo miramos, y finalmente ella dijo:

—¿Es...? No parece Khalil.

A mí tampoco me lo parecía, pero no tenía una imagen mental clara de Khalil. Además, las caras de los muertos se transforman de manera realmente extraña.

—Bueno... parece árabe... No estoy seguro.

Kate extendió el brazo y le abrió la camisa de un tirón.

—No lleva chaleco.

—No lleva chaleco —admití. Allí estaba pasando algo raro.

Kate estaba ahora inclinada sobre el tipo que estaba sentado detrás de Phil Hundry y me dijo:

—Éste es Peter Gorman.

Eso al menos resultaba tranquilizador. Dos de tres, no estaba mal. ¿Pero dónde estaba Asad Khalil? ¿Y quién era el fiambre que pasaba por Khalil?

Kate miraba ahora al árabe.

—¿Quién es este tipo? —me dijo—. ¿Un cómplice? ¿Una víctima?

—Las dos cosas quizá.

Mi mente estaba tratando de interpretar todo aquello, pero lo único que yo sabía con seguridad era que estaban todos muertos, excepto quizá un individuo que simulaba estarlo. Paseé la vista por la cabina y le dije a Kate:

—Vigila bien a esta gente. Puede que alguien no esté tan muerto como parece.

Asintió con la cabeza y levantó la pistola.

—Déjame tu teléfono —pedí.

Se sacó el teléfono del bolsillo de la chaqueta y me lo pasó.

—¿Cuál es el número de George?

Me lo dio, y marqué. Contestó Foster.

—George, aquí Corey —dijo—. Escucha, por favor. Estamos en el avión. En la cúpula. Todo el mundo está muerto. Hundry y Gorman están muertos..., muy bien, me alegro de que Lindley te mantenga informado. Sí, estamos en la cúpula, y la cúpula está en el avión, y el avión está en el área de seguridad. Escucha, el tipo que está con Phil y Peter no parece Khalil. Está esposado pero no lleva chaleco... No, no

estoy seguro de que no sea Khalil. No llevo una foto encima. Kate tampoco está segura, y la foto que hemos visto es pésima. Escucha...

Traté de idear un plan de acción pero ni siquiera tenía seguridad de cuál era el problema.

—Si el tío que está junto a Phil no es Khalil —continué—, entonces puede que Khalil esté todavía a bordo. Sí. Pero puede que se haya escabullido ya del avión. Di a Lindley que les diga a los tipos de la Autoridad Portuaria que llamen lo antes posible a sus jefes y acordonen el área de seguridad. Que no salga nadie del recinto.

Foster no interrumpía pero podía oírlo murmurar cosas como «Santo Dios... Dios mío... cómo ha podido ocurrir esto... terrible, terrible...» y otras expresiones por el estilo.

—Al parecer —continué—, Khalil ha matado a dos de nuestros hombres, George, y el tanteo es León, uno, varios cientos de federales, cero. Pon el aeropuerto en estado de alerta. ¿Qué más puedo decirte? Un árabe. Mira a ver si puedes acordonar también todo el aeropuerto. Si ese tipo sale de aquí, tendremos un problema. Sí. Llama a Federal Plaza. Estableceremos un puesto de mando en el Club Conquistador. Pon todo esto en marcha lo antes posible. Y dile a Del Vecchio que el avión no va a ir a la puerta.

Colgué y me dirigí a Kate:

—Baja y di a los polis de la Autoridad Portuaria que necesitamos que acordonen el recinto. Se puede entrar pero que no salga nadie.

Kate bajó corriendo la escalera, y yo me quedé arriba, mirando los rostros que me rodeaban. Si el que estaba junto a Hundry no era Khalil —y yo tenía la certeza casi absoluta de que no lo era—, entonces Khalil podría encontrarse todavía a bordo. Pero si había actuado con rapidez, ya estaba fuera del recinto de seguridad, junto con otras doscientas personas que, además, vestían toda clase de ropas, incluidos uniformes, como el supervisor de Trans-Continental. Y si Khalil había actuado con mucha rapidez, y con mucha decisión, ya estaba en algún vehículo y a punto de salir de allí. La barrera del aeropuerto estaba cerca, y había menos de tres kilómetros hasta las terminales.

—¡Maldita sea!

Kate subió de nuevo la escalera.

—Ya está. Lo entienden —dijo.

—Estupendo —respondí—. Vamos a examinar a esta gente.

Recorrimos el pasillo escudriñando la media docena de cuerpos masculinos que ocupaban la cabina de la cúpula. Uno de los pasajeros tenía sobre las piernas una novela de Stephen King, lo cual resultaba muy apropiado. Vi a un tipo que tenía el cuerpo completamente cubierto con dos mantas de viaje. Llevaba un antifaz negro, y al quitárselo vi que le había salido un tercer ojo en medio de la frente. Llevaba una camisa azul marino de la policía y un pantalón de uniforme de combate. Sobre la camisa había un emblema de la policía de la Autoridad Portuaria. Dejé caer las

mantas al suelo y le dije a Kate:

—Éste tiene que ser el miembro del Servicio de Emergencia que subió al avión.

Ella asintió y preguntó:

—¿Qué ha pasado aquí?

—Nada bueno.

Se supone que uno no debe tocar nada en el escenario de un crimen, a menos que esté intentando salvar una vida o crea que el culpable está por los alrededores, y se supone que en tal caso uno debe utilizar guantes de látex, pero yo nunca he llevado encima ni tan siquiera un condón. No obstante, examinamos los demás cuerpos pero todos estaban muertos y ninguno era Asad Khalil. Buscamos, pero no encontramos ningún casquillo de bala. Abrimos también todos los compartimentos de equipajes de mano, y en uno de ellos Kate encontró un traje ignífugo y un equipo de oxígeno con mascarilla contra incendios, todo lo cual pertenecía evidentemente al tipo del Servicio de Emergencia muerto.

Kate volvió junto a Phil Hundry. Le abrió la chaqueta para dejar al descubierto su pistolera, que estaba vacía. Prendida en el forro de la chaqueta había una placa del FBI; se la quitó. Luego le cogió la cartera y el pasaporte.

Yo me acerqué a Peter Gorman, le abrí la chaqueta y le dije a Kate:

—A Gorman también le falta la pistola.

Recogí la documentación que lo acreditaba como miembro de la CÍA, el pasaporte, la cartera y también las llaves de las esposas, que, evidentemente, habían sido devueltas al bolsillo de Gorman después de ser utilizadas para liberar a Khalil. Lo que no encontré fue ningún cargador de repuesto.

Revisé la rejilla de equipaje. Había una cartera de mano en ella. No estaba cerrada con llave, la abrí y vi que pertenecía a Peter Gorman.

Kate cogió la cartera de mano de Hundry y la abrió también.

Exploramos el interior de las carteras, que contenían sus teléfonos móviles, documentos y varios efectos personales, como cepillos de dientes, peines, pañuelos de papel, pero ningún cargador. No había maletines porque los agentes deben viajar con libertad de movimientos, solamente con carteras de mano. En cuanto al verdadero Khalil, lo único que le dejaban tener era la ropa que llevaba puesta, y, por lo tanto, su doble muerto también estaba limpio.

—Khalil no les ha quitado a Phil ni a Peter ninguno de sus efectos personales. Ni los pasaportes, ni las credenciales, ni siquiera las carteras —me dijo Kate.

Abrí el billetero de Gorman y vi unos doscientos dólares en efectivo y unos cuantos francos franceses.

—Tampoco ha cogido el dinero de Gorman. Nos está diciendo que tiene recursos de sobra en Estados Unidos y que podemos quedarnos con el dinero. Tiene todos los documentos de identidad y todo el dinero que necesite y, además, ahora tiene el pelo rubio y es una mujer.

—Pero lo lógico sería que se hubiese llevado todo esto, a modo de desafío.

Suelen hacerlo para presumir ante sus compañeros. O ante sus jefes.

—Es un profesional, Kate. No quiere que lo cojan con pruebas comprometedoras.

—Se ha llevado las pistolas —indicó ella.

—Las necesitaba —respondí.

Kate asintió, y luego guardó todos los objetos en las carteras.

—Eran buenas personas —dijo.

Vi que estaba consternada y que le temblaba el labio inferior.

Cogí de nuevo el teléfono y llamé a Foster.

—Faltan las pistolas y los cargadores de Phil y Peter —dije—. Pero sus credenciales están intactas. Y el tipo del Servicio de Emergencia está muerto, un tiro en la cabeza. Exacto. El arma del crimen fue probablemente una de las Glock que faltan. —Le puse rápidamente al corriente de la situación y añadí—: Considero que el culpable está armado y es peligroso. —Corté la comunicación.

Estaba empezando a hacer calor en la cabina, y un olor tenue y desagradable comenzaba a llenar el aire. Se oía el sonido de gases que salían de los cadáveres.

Kate había vuelto junto al hombre esposado y le estaba palpando la cara y el cuello.

—Decididamente, está más caliente —dijo—. Murió hace cosa de una hora como mucho.

Yo estaba tratando de encajar aquel rompecabezas, y tenía varias piezas en la mano, pero había otras esparcidas por el avión y otras más permanecían en Libia.

—Si no murió con todos los demás, ¿cómo murió? —preguntó Kate.

Le abrió la chaqueta pero no había rastro de sangre. Le echó la cabeza y los hombros hacia adelante en busca de heridas. La cabeza, que había estado confortablemente apoyada en el respaldo del asiento, se torció de manera antinatural hacia un costado. Ella se la volvió y dijo:

—Tiene el cuello roto.

Dos policías del Servicio de Emergencia de la Autoridad Portuaria subieron por la escalera de caracol. Miraron a su alrededor y luego nos miraron a Kate y a mí.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó uno de ellos.

—FBI —respondió Kate.

Yo le hice una seña para que se acercara.

—Este hombre y el que está detrás de él son agentes federales —informé—, y el que está esposado es su... era su prisionero. ¿Entendido? —Asintió con la cabeza y yo continué—: Los del laboratorio criminológico del FBI querrán fotos y toda la pesca, así que dejemos esta sección tal como está.

Uno de los policías estaba mirando por encima de mi hombro.

—¿Dónde está McGill? —Me miró—. Perdimos el contacto por radio. ¿Ha visto aquí a un miembro del Servicio de Emergencia?

—No —mentí—. Sólo muertos. Tal vez haya bajado. Bueno, vámonos de aquí.

Kate y yo cogimos las carteras de mano y nos dirigimos hacia la escalera.

—¿Puede aterrizar solo este avión? —pregunté a uno de los del Servicio de Emergencia—. ¿Con piloto automático, quiero decir?

—Sí... el piloto automático lo podría hacer... pero... Dios santo, ¿cree que están todos muertos? Sí... el vacío de radio...

Los dos policías del Servicio de Emergencia empezaron a hablar rápidamente. Oí las palabras vacío de radio, inversores de marcha, gases tóxicos, algo llamado el caso Saudí y el nombre de Andy, que supuse que era McGill.

Ya estábamos todos en la zona despejada de abajo, y me dirigí a uno de los policías de la Autoridad Portuaria:

—Quédese, por favor, en esta escalera y no deje subir a nadie a la cúpula hasta que lleguen los del laboratorio del FBI.

—Conozco el sistema.

Las cortinas que daban paso a las secciones turista y de primera clase habían sido recorridas, y pude ver que la cabina estaba libre pero seguía habiendo gente congregada en las puertas de la escalera móvil.

Oía golpes y ruidos bajo los pies, y comprendí que los descargadores estaban vaciando la bodega.

—Detenga la descarga de equipajes —dije a uno de los agentes—, y, por favor, ordene que todo el mundo se aleje del aparato.

Entramos en el compartimento de primera clase, que estaba compuesto por veinte butacas solamente, la mitad de las cuales estaban vacías. Practicamos un rápido registro de la zona. Aunque yo quería salir de aquel avión, éramos los dos únicos federales allí —los dos únicos federales vivos— y teníamos que recoger cuanta información pudiésemos. Mientras lo observábamos todo, Kate dijo:

—Yo creo que Khalil gaseó todo el aparato.

—Eso parece.

—Debía de tener un cómplice que trajo esas dos botellas de oxígeno que hemos encontrado en el armario.

—Una de oxígeno, pero la otra, no.

—Sí, lo sé. —Me miró y añadió—: No puedo creer que Phil y Peter estén muertos... y Khalil... hemos perdido a nuestro prisionero.

—Desertor —corregí.

Me miró con irritación pero no dijo nada.

Se me ocurrió que había cien maneras más fáciles de entrar en el país. Pero aquel individuo —Asad Khalil— había elegido la más retorcida que podía imaginar. Era un tipo perverso. Y estaba suelto en Estados Unidos. Un león en las calles. No quería ni pensar en lo que haría para coronar su actuación.

Por lo visto, Kate estaba pensando algo parecido.

—En nuestras propias narices. Ha matado a trescientas personas antes incluso de aterrizar.

Salimos del compartimento de primera clase y pasamos al espacio despejado

próximo a la escalera de caracol.

—A propósito, ¿qué es el caso Saudí? —pregunté al policía de la Autoridad Portuaria a quien había pedido que vigilase la escalera.

El hombre nos lo explicó, y añadió:

—Esto es diferente. Esto es algo nuevo.

Kate y yo nos alejamos del policía.

—¿Y qué hay del caso Drácula? —le pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, el conde Drácula está en un ataúd a bordo de un barco que se dirige desde Transilvania a Inglaterra. Su cómplice abre el ataúd, y Drácula sale y chupa la sangre de todos los hombres que hay a bordo. El barco llega solo, como por arte de magia, con todos los tripulantes y pasajeros muertos, y Drácula se introduce en la pacífica campiña inglesa para cometer más espantosos horrores. —Si yo hubiera sido un buen católico, me habría santiguado en el acto.

Kate se me quedó mirando, preguntándose, supongo, si estaba chiflado u horrorizado. Definitivamente estoy chiflado, y reconozco que también un poco horrorizado. Quiero decir que creía haberlo visto todo, pero pocas personas hay en la tierra que hayan visto nada parecido a aquello, excepto tal vez en la guerra. En realidad, aquello era la guerra.

Miré en el interior de la amplia cabina de clase turista y vi que los enfermeros ya habían subido a bordo. Estaban recorriendo los pasillos, emitiendo declaraciones de fallecimiento y etiquetando pulcramente cada cuerpo con el número de asiento y de pasillo. Más tarde, cada cuerpo sería introducido en un saco.

Me detuve junto a la puerta lateral de estribor y aspiré una bocanada de aire fresco. Tenía la sensación de que estábamos pasando algo por alto, algo de gran importancia.

—¿Deberíamos volver a inspeccionar la cúpula? —pregunté a Kate.

—Yo creo que la hemos revisado suficientemente —respondió, después de reflexionar unos instantes—. Despensa, lavabo, cabina de mando, armario, cabina de pasaje, compartimentos de equipaje... Los forenses estarán encantados de que no hayamos contaminado demasiado la escena.

—Sí...

Había algo, sin embargo, que yo había olvidado, o quizá en lo que no había reparado... Pensé en las placas de los federales y en las carteras y pasaportes que Khalil no se había llevado, y, aunque se lo había explicado a Kate, y a mí mismo, estaba empezando a preguntarme por qué Khalil no había cogido todo aquello. Suponiendo que todo lo que hacía tenía una finalidad, ¿cuál era la finalidad de hacer lo contrario de lo que esperaríamos?

Me devanaba los sesos pero no sacaba nada en claro.

Kate estaba registrando una de las carteras de mano.

—Tampoco parece que falte nada aquí —dijo—, ni siquiera el *dossier* de Khalil,

ni las hojas de claves, ni la nota de instrucciones enviada por Zach Weber...

—Un momento.

—¿Qué ocurre?

Todo estaba empezando a encajar.

—Está tratando de hacernos creer que ha terminado con nosotros. Misión concluida. Quiere que pensemos que se ha dirigido al edificio de Salidas Internacionales y que yendo allí está limpio de sospecha. Quiere que creamos que ha salido en un vuelo a alguna parte, y no quiere llevar estas cosas encima por si lo someten a uno de los controles rutinarios.

—No te sigo. ¿Está o no intentando coger un vuelo al extranjero?

—Quiere que lo creamos, pero no es cierto.

—Muy bien..., o sea que se queda en el país. Probablemente ya ha salido del aeropuerto.

Yo estaba todavía tratando de asimilarlo.

—Si no se llevó las credenciales porque quería estar limpio, ¿por qué se llevó las pistolas? —dije—. No llevaría las pistolas a la terminal, y si huía del aeropuerto, habría un cómplice con una pistola para él. Así que... ¿por qué necesita dos pistolas dentro del aeropuerto...?

—Está dispuesto a abrirse paso a tiros —dijo Kate—. Ha conservado el chaleco antibalas. ¿Qué piensas?

—Estoy pensando... —De pronto pensé en el desertor de febrero, y una idea absolutamente increíble tomó forma en mi cabeza—. ¡Oh, mierda...!

Eché a correr en dirección a la escalera de caracol y pasé a toda velocidad por delante del tipo que yo había apostado allí, subí los peldaños de tres en tres e irrumpí en la cúpula, donde me abalancé rápidamente sobre Phil Hundry. Le agarré el brazo derecho, que, según advertí ahora, lo tenía pegado al cuerpo y con la mano encajada entre el muslo y el posabrazos central. Se lo levanté y le eché un vistazo a la mano. Faltaba el dedo pulgar, limpiamente seccionado por un instrumento afilado.

—¡Maldita sea!

Cogí el brazo de Peter Gorman, lo separé del cuerpo y vi la misma mutilación.

Kate estaba ahora a mi lado, y le mostré el brazo y la mano sin vida de Gorman.

Durante medio segundo pareció horrorizada y confusa. Luego exclamó:

—¡Oh, no!

Los dos bajamos por la escalera de caracol, cruzamos la puerta y, apartando a empujones a unas cuantas personas, descendimos por la escalera móvil. Encontramos el coche de la policía de la Autoridad Portuaria en que habíamos llegado, y yo salté al asiento del copiloto mientras Kate se instalaba en la parte posterior.

—Luces y sirena —le ordené a Simpson—. En marcha.

Saqué del bolsillo el teléfono móvil de Kate y llamé al Club Conquistador. Esperaba oír la voz de Nancy Tate, pero no hubo respuesta.

—El Conquistador no contesta —dije a Kate.

—Oh, Dios...

Simpson se dirigió hacia la entrada del recinto de seguridad, serpenteando por entre una docena de vehículos aparcados, pero, cuando llegamos allí, varios policías de la Autoridad Portuaria nos hicieron parar y nos informaron de que la zona estaba sellada.

—Lo sé —respondí—. Yo fui quien dio la orden.

A los policías, eso les importaba un bledo.

Kate manejó adecuadamente la situación, mostrando sus credenciales del FBI, utilizando un poco de lógica, sutiles amenazas y algo de sentido común. El agente Simpson colaboró también. Yo mantuve la boca cerrada. Finalmente, los policías de la Autoridad Portuaria nos dejaron pasar.

—Bien, escuche —le dije rápidamente a Simpson—. Tenemos que ir al extremo oeste del aeropuerto, donde están todos aquellos edificios auxiliares. Por el camino más directo y rápido.

—Bueno, la carretera de circunvalación...

—No, directo y rápido. Pistas y carreteras de rodaje. De prisa.

El agente Simpson titubeó.

—No puedo ir por la pista sin llamar a la torre. Stavros se enfadará...

—Esto es una 10-13 —le informé, lo que significa «Policía en Apuros».

Simpson pisó el acelerador, como haría cualquier policía con una 10-13.

—¿Qué es una 10-13? —me preguntó Kate.

—Descanso para tomar café.

Una vez que hubimos sorteado un grupo de vehículos, me dirigí a Simpson:

—Ahora haga como si fuese un avión disponiéndose a despegar. Adelante.

Pisó a fondo el pedal, y el gran Chevy Caprice aceleró por la lisa pista de cemento como si estuviera propulsado a reacción. Simpson encendió la radio y comunicó a la torre lo que estaba haciendo. Al tipo de la torre pareció que iba a darle un infarto.

Mientras tanto, yo abrí el teléfono móvil y marqué de nuevo el número del Club Conquistador, pero tampoco hubo respuesta esta vez.

—¡Mierda! —Marqué el número del móvil de Foster, y contestó—. George —dije —, estoy tratando de llamar a Nick... Sí, de acuerdo... Voy hacia allá. Sea quien sea el que llegue primero, que tenga cuidado. Creo que Khalil va en esa dirección. Eso es lo que he dicho. Khalil les ha cortado los pulgares a Phil y a Peten. Sí. Me has oído bien.

Me guardé el teléfono en el bolsillo y le dije a Kate:

—George tampoco podía entenderlo.

—Dios mío, espero que no lleguemos demasiado tarde —murmuró ella.

El coche iba ahora a ciento sesenta, devorando la pista.

A lo lejos vi el viejo edificio que albergaba el Club Conquistador. Quería decirle a Simpson que ya no había necesidad de apresurarse, pero no podía resolverme a hacerlo, y ya íbamos a ciento setenta. El coche empezó a vibrar pero Simpson no

pareció reparar en ello. Me miró.

—Los ojos en la carretera —le dije.

—Pista.

—Da igual. ¿Ve aquel edificio alargado de cristal? Empiece a desacelerar, busque una carretera de servicio o pista de rodaje y vaya hacia él.

—De acuerdo.

Al acercarnos más, vi un 3 IR invertido pintado en la pista y que ésta terminaba más allá, y advertí que una alta valla de cable entrelazado nos separaba del edificio. Pasamos ante una carretera de servicio que parecía dirigirse hacia una puerta existente en la valla, pero estaba cien metros más a la derecha de donde yo necesitaba estar. Simpson salió de la pista con un brusco viraje, el coche se deslizó durante unos segundos sobre dos ruedas solamente y luego cayó de nuevo y rebotó con estruendo.

Simpson levantó el pie del acelerador pero no frenó. Nos deslizamos literalmente sobre la hierba, enfilados directamente hacia el edificio situado al otro lado de la valla. El Caprice golpeó la malla de cables y la atravesó como si nada.

El coche se posó sobre el asfalto, Simpson pisó con fuerza los frenos, y sentí las vibraciones del sistema antibloqueo mientras éste pugnaba por controlar el coche, que derrapó, coleó y acabó deteniéndose con estridente chirrido a unos tres metros de la puerta de entrada al edificio. Con medio cuerpo fuera ya del coche, le dije a Simpson:

—No deje que salga nadie del edificio. El delincuente va armado.

Saqué la pistola y, mientras corría hacia la entrada, advertí que nuestros vehículos de escolta de la Puerta 23 se aproximaban a través del otro extremo del *parking*. Observé también que cerca del edificio había un vehículo de transporte de equipajes de Trans-Continental. No debería haber estado allí, pero yo creía saber cómo había llegado.

Kate me adelantó y entró en el edificio empuñando su pistola. Yo la seguí.

—Cubre los ascensores —le dije, y eché a correr escaleras arriba.

Me paré en seco al llegar al pasillo, asomé la cabeza y miré a ambos lados. Luego corrí a toda velocidad por el pasillo y me detuve junto a la puerta del Club Conquistador, con la espalda pegada a la pared, fuera del alcance de la cámara de vídeo, cuyos monitores estaban en todas las oficinas del interior.

Alargué la mano, presioné el pulgar derecho sobre el translúcido escáner, y la puerta se abrió. Sabía que volvería a cerrarse a los tres segundos y, como medida de seguridad, no se volvería a abrir durante tres largos minutos, a menos que alguien la accionara desde dentro. Así pues, me situé en el umbral justo en el momento en que empezaba a cerrarse y me agaché, cubriendo con mi pistola la zona de recepción.

Nancy Tate no estaba en su mostrador, pero su silla estaba junto a la pared posterior y su teléfono sonaba insistentemente. Manteniendo la espalda pegada a la pared, di la vuelta al alargado mostrador y vi a Nancy Tate tendida en el suelo, con un orificio de bala en la frente y un charco de sangre en la alfombra de plástico, húmeda y brillante en torno a la cara y el pelo. Aquello no me sorprendió, pero me enfureció.

Rogué porque Asad Khalil estuviese todavía allí.

Comprendí que debía quedarme quieto para cubrir las dos puertas que se abrían desde la sala de recepción, y eso fue sólo —unos segundos antes de ver a Kate en el monitor situado sobre el mostrador de Nancy. Detrás de ella estaban George Foster y Ted Nash. Alargué el brazo y pulsé el botón de apertura de la puerta, gritando:

—¡Despejado!

Los tres irrumpieron en la sala de recepción con las pistolas empuñadas. Informé rápidamente:

—Nancy está aquí en el suelo. Un balazo en la frente. Kate y yo entraremos en el Centro de Operaciones, vosotros dos controlad el otro lado.

Hicieron lo que les decía y desaparecieron por la puerta que conducía a las celdas y a las salas de interrogatorio.

Kate y yo penetramos rápidamente en el gran centro de operaciones y control. Creo que ambos sabíamos que Asad Khalil ya se había marchado hacía rato.

Me acerqué a la mesa ante la que hacía poco habíamos estado todos sentados. Todas las sillas estaban vacías, todas las tazas de café estaban vacías, y Nick Monti yacía en el suelo, boca arriba, con los ojos abiertos y un gran charco de sangre en torno al cuerpo. Su blanca camisa mostraba al menos dos orificios de entrada en el pecho, y no había tenido tiempo de sacar la pistola, que continuaba en su funda. Me incliné sobre él para buscarle el pulso, pero no tenía.

Kate subió rápidamente los tres peldaños de la plataforma de comunicaciones, y yo la seguí. Evidentemente, la agente de servicio había tenido unos segundos para reaccionar, porque estaba fuera de su silla, y hecha un ovillo contra la pared del fondo, bajo los grandes mapamundi electrónicos. Había sangre en la pared y por toda su blusa blanca. Su pistolera colgaba del respaldo de una silla, juntamente con su chaqueta y su bolso. Traté también de encontrar algún signo de vida en ella, pero estaba muerta.

En la sala se oían susurros y chasquidos electrónicos, y por los altavoces llegaban débiles sonidos de voces. Tableteaba un teletipo, y se puso en marcha un fax. Sobre la consola había una bandeja de *sushi* y dos palillos. Miré de nuevo a la agente de servicio caída contra la pared. Lo último que ella esperaba era sufrir ninguna clase de contratiempo en el corazón mismo de una de las instalaciones más seguras y secretas del país.

Foster y Nash estaban ahora en la sala, mirando a Nick Monti. Dos policías de la Autoridad Portuaria uniformados estaban también allí, mirando a Monti y contemplando las instalaciones con cierta admiración.

—¡Llaman a una ambulancia! —grité. La verdad era que no la necesitábamos pero eso es lo que uno tiene que decir.

Kate y yo bajamos de la plataforma de comunicaciones, y nos reunimos los cuatro en un rincón. George Foster estaba blanco, como si hubiese visto su informe de eficiencia. Ted Nash tenía, como siempre, una expresión inescrutable pero vi cruzar

por su rostro una sombra de preocupación.

Nadie hablaba. ¿Qué había que decir? Todos habíamos quedado como los estúpidos que probablemente éramos. Por encima de nuestros pequeños problemas profesionales, cientos de personas estaban muertas, y el causante de aquella matanza estaba a punto de desaparecer en una área metropolitana de dieciséis millones de personas que mañana podrían ser la mitad si el sujeto tenía acceso a algún tipo de arma nuclear, química o biológica.

Evidentemente, teníamos un grave problema. Evidentemente también, Ted Nash, George Foster, Kate Mayfield y John Corey no necesitaban preocuparse por ello. Si la BAT funcionaba como el Departamento de Policía de Nueva York, todos seríamos destinados a ayudar a cruzar la calle a los niños de las escuelas.

Pero, al menos, Nick Monti recibiría un funeral de inspector y una medalla de honor póstuma. Como he dicho, me preguntaba cuál habría sido el resultado de todo aquello si me hubiera quedado yo allí en lugar de Nick. Probablemente estaría tendido donde yacía él, esperando que trazaran con tiza en el suelo el contorno de mi cuerpo.

Miré la mesa a la que habíamos estado sentados todos y traté de imaginarme a Khalil irrumpiendo en la sala, mirando a derecha e izquierda, viendo a Monti, Monti viéndolo a él... El atacante siempre tiene ventaja. Y Nick ni siquiera sabía que estaba en el partido. Creía encontrarse en el banquillo.

Todos me vieron mirar la mesa y a Nick, y no eran tan estúpidos o insensibles como parecían, así que imaginaron lo que me estaba pasando por la cabeza. George me cogió del hombro y me apartó.

—Vámonos de aquí —dijo Kate.

Nadie se opuso. Nash recogió los *dossiers* de la mesa, y donde antes había habido cinco ahora había solamente cuatro. Evidentemente, el señor Khalil se había apoderado de uno de ellos y ahora sabía qué sabíamos nosotros acerca de él. Increíble.

Regresamos a la zona de recepción, que se estaba llenando de agentes de la policía de Nueva York y de la Autoridad Portuaria. Alguien había encontrado el dispositivo de desactivación del sistema de seguridad, y la puerta permanecía abierta.

Cogí la foto de Khalil de uno de los *dossiers*, me acerqué a un teniente uniformado de la Autoridad Portuaria y se la di.

—Éste es el sospechoso —dije—. Dé una copia a cada policía de servicio. Pigales que detengan y registren todo vehículo que salga del aeropuerto. Controlen también los *parkings*, taxis, camiones, incluso los vehículos oficiales.

—Eso ya está en marcha. También he lanzado una alerta a toda la ciudad.

—Compruebe también las terminales de salida por si el sujeto está allí —añadió Kate.

—Lo haré.

—Ahí fuera hay un vehículo de Trans-Continental —le dije al teniente—. Uno de

esos transportes de equipajes. Creo que es el utilizado por el criminal, así que hágalo llevar a un área de procesado. Comuníquenos si encuentra un uniforme o un mono de Trans-Continental en algún lugar.

El teniente de la Autoridad Portuaria encendió la radio y llamó a su centro de mando.

Todo estaba en marcha, pero Asad Khalil se había movido con más celeridad, y hacía unos diez o quince minutos que se habían esfumado las posibilidades de retenerlo en el interior del aeropuerto.

Foster estaba empezando a ponerse nervioso con todos aquellos agentes de la policía de Nueva York y la Autoridad Portuaria pululando por el lugar.

—Muy bien, hagan el favor de marcharse todos —ordenó—. Se ha cometido un crimen, y necesitamos mantener todo intacto hasta que lleguen los del laboratorio. No dejen entrar a nadie. Gracias.

Salieron todos, a excepción de un sargento de la Autoridad Portuaria, que nos hizo un gesto en dirección al mostrador de Nancy. Señaló una taza de té vacía, y la miramos. Dentro de la taza, sobre un centímetro de té, había dos pulgares.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó el sargento.

—No tengo ni idea —respondió George Foster, aunque sabía de dónde procedían los pulgares. Es mejor adoptar rápidamente una postura de disimulo y mantenerla hasta el momento en que uno está declarando bajo juramento. Y aun entonces, viene bien algún que otro fallo de memoria. Cuestión de seguridad nacional y todo eso.

Lo que había empezado como una misión rutinaria terminaba como el crimen del siglo. La mierda cae incluso en un hermoso día de primavera.

Capítulo 12

Salimos todos del Club Conquistador a la luz del sol y vimos que llegaban más vehículos. Nuestro jefe de equipo, el señor George Foster, se dirigió a nosotros:

—Voy a llamar al cuartel general para que alerten a todos nuestros puestos e incrementen la vigilancia.

La BAT, dicho sea de paso, vigila casas de terroristas conocidos y sospechosos de serlo, lanzadores de bombas, sus amigos, familiares y simpatizantes. Los agentes de la policía de Nueva York que trabajan para la BAT proporcionan la mano de obra necesaria. Los federales dan a la ciudad de Nueva York más dinero del que vale el trabajo, y todo el mundo contento.

—Aumentaremos los pinchazos telefónicos —continuó Foster—, detendremos a varios informantes y enviaremos la foto de Khalil a todos los puestos de policía del país.

George Foster siguió un rato más, asegurándose de que nos dábamos cuenta de que estaba por encima de las cosas y fortaleciendo la confianza y la moral de todos, además de crearse un poco de credibilidad para el momento en que tuviera que rendir cuentas ante los jefazos.

Y, hablando de eso, finalmente iba a acabar apareciendo por allí alguien a quien no podríamos dar largas, así que sugerí:

—Tal vez debamos volver a Federal Plaza y por el camino ir poniendo en orden nuestros datos.

A todo el mundo le pareció una buena idea. Las mentes turbadas piensan todas igual.

Pero necesitábamos una cabeza de turco que se quedase allí, y Foster comprendió que ése era él.

—Id vosotros tres —dijo—. Yo tengo que quedarme aquí e... informar a quien se presente. También tengo que difundir la alerta y llamar a los del laboratorio. —Y añadió, yo creo que para convencerse a sí mismo—: No puedo irme. Ésta es una instalación segura del FBI, y...

—Y no queda nadie para protegerla —sugerí.

Pareció irritado por primera vez desde que lo conocía.

—Es una área restringida —replicó—, con datos clasificados y... —Se enjugó una gota de sudor del labio y miró al suelo.

Naturalmente, George Foster se estaba dando cuenta de que el señor Asad Khalil había tenido conocimiento de la existencia de aquel sanctasanctórum, había penetrado hasta su mismo corazón y había dejado buena señal de su paso. Foster sabía también cómo había sucedido aquello con relación al falso desertor de febrero. Seis toneladas

de mierda estaban a punto de caerle encima a George Foster, y él lo sabía.

—Esto es mi responsabilidad y mi... mi... —Dio media vuelta y se alejó.

El señor Ted Nash, naturalmente, pertenecía a una organización especializada en esquivar caídas de toneladas de mierda, y yo sabía que su bien cortado traje no recibiría ni una salpicadura. Se volvió y echó a andar en dirección al coche patrulla de Simpson.

En cuanto a mí, habiendo sido destinado recientemente a aquel selecto equipo, estaba bastante limpio, y así permanecería probablemente, a menos que Nash idease la forma de arrojarme bajo la lluvia de mierda. Quizá era por eso por lo que quería tenerme allí. Kate Mayfield, al igual que George Foster, no llevaba paraguas, pero se había cubierto un poco al unirse a mí en mi viaje hasta el avión.

—Yo no tengo nada que perder aquí —le dije—; procuraré protegerte.

—Gracias —respondió, forzando una sonrisa—, pero expondremos las cosas tal como han sucedido, y Washington decidirá si alguno de nosotros ha actuado mal.

Hice rodar los ojos, pero ella fingió no advertirlo.

—Tengo intención de continuar en este caso —añadió.

—Tendrás suerte si no te mandan otra vez a Contabilidad.

—Nosotros no funcionamos así —me informó fríamente—. La política es mantener a un agente en un caso en el que ha actuado torpemente, siempre que sea sincero y no les mienta.

—¿De veras? Creo que los *boy scouts* tienen una política similar.

No respondió.

Estaba sonando una bocina. Era Ted Nash, que esperaba con impaciencia en el asiento del copiloto del coche del agente Simpson. Fuimos hasta el vehículo y nos instalamos en el asiento de atrás, donde estaban las dos carteras de mano.

—El agente Simpson ha obtenido autorización para llevarnos al bajo Manhattan —nos informó Nash.

—Estoy tan metido en la mierda por culpa de ustedes que ya no importa lo que haga —dijo Simpson.

—Yo me ocuparé de eso —respondió Kate—. Ha hecho usted un trabajo excelente.

—¡Yupi! —exclamó Simpson.

Permanecimos unos minutos en silencio mientras el coche avanzaba hacia una de las salidas próximas a los almacenes.

Finalmente, Nash se dirigió a mí:

—Has hecho un buen trabajo, detective.

Sus palabras me cogieron un poco por sorpresa. Me quedé sin habla, y empecé a pensar que quizá había interpretado mal al bueno de Ted. Quizá pudiéramos congeniar, quizá debería extender la mano, revolverle el pelo y decir: «¡Grandísimo granuja... te quiero!»

De todos modos, llegamos a una puerta de salida, y, tras echarnos un vistazo

superficial, un policía de la Autoridad Portuaria nos hizo seña de que siguiéramos. Evidentemente, la orden no había llegado a todo el mundo. Le dije a Simpson que detuviese el coche.

Bajé del automóvil, mostré mi credencial del FBI y me dirigí al hombre:

—Agente, ¿no ha recibido orden de parar y registrar todos los vehículos?

—Sí... pero no coches policiales.

Resultaba frustrante, y me sacaba de quicio. Me incliné hacia el interior del coche y saqué un *dossier*. Extraje la foto y se la enseñé.

—¿Ha visto a este hombre?

—No... Creo que recordaría esa cara.

—¿Cuántos vehículos han pasado por aquí desde que recibió usted la alerta?

—No muchos. Hoy es sábado. Una docena tal vez.

—¿Los ha parado y registrado?

—Sí... pero todos eran grandes camiones llenos de bultos y cajas. No puedo abrir todas las cajas, a menos que el sello de la aduana presente indicios de haber sido manipulado. Todos los conductores tenían la documentación aduanera en regla.

—¿O sea, que no ha abierto ninguna caja?

El hombre estaba empezando a mosquearse.

—Necesito ayuda para eso —respondió—. Podría llevarme todo el día.

—¿Cuántos vehículos pasaron por aquí antes de recibir la alerta?

—Pues como... unos dos o tres.

—¿Qué clase de vehículos?

—Un par de camiones y un taxi.

—¿Había un pasajero en el taxi?

—No me fijé. Fue antes de la alerta —añadió.

—Muy bien... —Le di la foto y le dije—: Este tipo va armado y es peligroso. Ya ha matado a demasiados policías hoy.

—Santo Dios.

Monté de nuevo en el coche y continuamos. Observé que el policía de la Autoridad Portuaria no empezaba con nosotros y nos obligaba a abrir el maletero, que es lo que yo habría hecho si algún engreidillo me hinchaba las narices. Pero América no estaba preparada para nada de esto. En absoluto.

Enfilamos la ancha autopista que conducía a Manhattan.

Permanecimos un rato en silencio. El tráfico en la carretera de circunvalación era lo que el idiota del helicóptero de tráfico llamaría de moderado a intenso. En realidad, era de intenso a horrible, pero no me importaba. Contemplé cómo pasaba Brooklyn por la ventanilla derecha, y les dije a mis amigos federales:

—Hay dieciséis millones de personas en el área metropolitana, ocho millones en la ciudad de Nueva York. Entre ellas hay unos doscientos mil inmigrantes recién llegados de países islámicos, la mitad de ellos aquí, en Brooklyn.

Ni Kate ni Nash hicieron ningún comentario.

Por lo que se refería a Khalil, si en efecto había desaparecido entre aquella muchedumbre, ¿podría encontrarlo la BAT? Quizá. La comunidad de Oriente Medio era bastante cerrada pero en su seno había informadores e, incluso, americanos leales. La red terrorista clandestina estaba muy debilitada, y es preciso reconocerles a los federales que tenían un buen conocimiento de quién era quién.

De modo que por esa razón Asad Khalil no establecería contacto con los sospechosos habituales. Nadie lo bastante listo como para hacer lo que él acababa de hacer iba a ser lo bastante estúpido como para asociarse con alguien menos inteligente que él.

Consideré la audacia del señor Khalil, que sus simpatizantes llamarían valentía. Aquel hombre iba a ser un desafío, por decirlo suavemente.

—Alrededor de un millón de personas entran ilegalmente todos los años en este país —dijo finalmente Nash—. No es tan difícil. De modo que yo creo que la misión de nuestro hombre no era entrar en el país para cometer un acto de terrorismo. Su misión era hacer lo que ha hecho en el avión y en el Club Conquistador y, luego, largarse. No ha salido en ningún momento del aeropuerto y, a menos que la policía de la Autoridad Portuaria lo haya capturado, en estos instantes se encuentra volando rumbo a algún país extranjero. Misión cumplida.

—Yo ya he descartado esa teoría —dije—. Es equivocada.

—Yo he descartado las demás teorías —replicó Nash secamente—. Sostengo que está volando.

Recordé el caso de Plum Island y el ilógico razonamiento y las audaces teorías conspirativas del señor Nash. Evidentemente, el hombre había sido entrenado por encima de su inteligencia y había olvidado hasta el más elemental sentido común.

—Diez pavos a que tenemos noticias de nuestro amigo muy pronto y muy cerca —le dije.

—Hecho —respondió. Se volvió en su asiento y me dijo—: Tú no tienes experiencia en estas cosas, Corey. Un terrorista experto no es como un criminal estúpido. Golpean y huyen, y unos años después vuelven a golpear y a huir. No regresan a la escena de sus crímenes, y no se ocultan en casa de su amiguita con una pistola y un saco lleno de dinero, y no van a un bar y alardean de sus crímenes. Está a bordo de un avión.

—Gracias, señor Nash. —Me pregunté si debía estrangularlo o partirle el cráneo con la culata de la pistola.

—Es una teoría interesante, Ted —intervino Kate—. Pero hasta que estemos seguros vamos a alertar a toda la sección de Oriente Medio de la BAT para que vigilen las casas de conocidos simpatizantes de los terroristas y de sospechosos.

—No tengo nada que oponer a los procedimientos operativos habituales —replicó Nash—. Pero te digo que si el fulano está todavía en el país, el último lugar en que vas a encontrarlo es donde crees que está. El tipo de febrero no volvió a aparecer después de fugarse, y nunca aparecerá. Si estos dos tipos están relacionados,

representan algo nuevo y desconocido. Algún grupo del que no sabemos nada.

Eso ya lo había imaginado. Y también, a un cierto nivel, esperaba que tuviese razón en lo de que Khalil estaba volando. No me importaría perder los diez pavos, aunque fuese con aquel gilipollas, y por mucho que me hubiera gustado echarle el guante a Asad Khalil y molerlo a golpes hasta que ni su madre pudiera reconocerlo, realmente deseaba que estuviera en otra parte, donde no pudiera causar más daño a Estados Unidos. Quiero decir que un tío capaz de matar a todos los pasajeros inocentes de un avión indudablemente tenía una bomba atómica en la manga, o ántrax en el sombrero o gas venenoso en el culo.

—¿De qué estamos hablando, de un terrorista árabe? —preguntó Simpson.

—Estamos hablando de la madre de todos los terroristas —respondí bruscamente.

—Olvide todo lo que ha oído —le dijo Nash a Simpson.

—No he oído nada —respondió Simpson.

Nos acercábamos al puente de Brooklyn.

—Creo que vas a llegar con retraso a tu cita en Long Island —dijo Kate.

—¿Con cuánto retraso?

—Como un mes.

No respondí.

—Probablemente, mañana a primera hora cogeremos el avión para Washington.

Supongo que eso era el equivalente federal de ir a One Police Plaza a que le den a uno un repaso. Me pregunté si en mi contrato habría una cláusula de rescisión. Lo tenía en mi mesa de Federal Plaza. Tendría que echarle un vistazo.

Cruzamos el puente y salimos a los desfiladeros del bajo Manhattan. Nadie hablaba mucho pero se podía oler el humo de las neuronas funcionando.

Los coches de policía no tienen radios normales de AF/FM pero el agente Simpson tenía una radio portátil, y sintonizó las noticias de 1010 WINS. Un reportero estaba diciendo:

—El avión se encuentra todavía en el área de seguridad vallada situada junto a una de las pistas, y no podemos ver lo que sucede, aunque hemos visto varios vehículos entrar y salir de la zona. Hace unos minutos ha salido del lugar lo que parecía ser un voluminoso camión frigorífico, y se rumorea que ese camión transportaba cadáveres.

El reportero hizo una pausa para dar mayor efecto a sus palabras y continuó:

—Las autoridades no han emitido ningún comunicado oficial, pero un portavoz del Consejo Nacional de Seguridad en el Transporte ha declarado a los periodistas que se ha producido una emisión de gases tóxicos y que hay varias víctimas mortales entre los pasajeros y la tripulación. No obstante, el aparato ha aterrizado sin problemas, y no podemos sino esperar y desear que haya habido pocas víctimas.

La presentadora preguntó:

—Larry, nos están llegando rumores de que el avión perdió todo contacto por radio desde varias horas antes de aterrizar. ¿Has oído algo acerca de eso?

—La Administración Federal de Aviación no lo ha confirmado pero un portavoz suyo ha dicho que el piloto comunicó por radio que se estaban produciendo emanaciones de gases a bordo y que creía que se trataba de algo químico o quizá un incendio eléctrico.

Aquello era nuevo para mí pero no para Ted Nash, que comentó críticamente:

—Me alegro de que dejen bien claros los hechos.

¿Hechos? A mí me parecía que, a falta de humo en el avión, alguien lo estaba fabricando y lanzándolo sobre los demás.

El reportero y la presentadora estaban hablando ahora de la tragedia de Swissair, y alguien recordó la tragedia aérea saudí. Nash apagó la radio.

Me di cuenta de que Kate estaba mirándome.

—Nosotros no sabemos lo que ha sucedido, John, así que no haremos conjeturas —dijo suavemente—. Nos abstendremos de hablar con los periodistas.

—Exacto. Justo lo que estaba pensando. —Comprendí que debía tener cuidado con lo que decía.

Lo que también estaba pensando era que las agencias federales de policía y de información eran como una especie de cruce entre la Gestapo y los *boy scouts*, el puño de hierro en el guante de terciopelo y todo eso. «No haremos conjeturas» significaba «cierra el pico». No quería acabar bajo vigilancia durante más de un año, o quizá algo peor, por lo que dije con auténtica seriedad:

—Haré lo que tenga que hacer para llevar a ese tipo ante la justicia. Dejadme continuar en el caso.

Ninguno de mis compañeros de equipo replicó, aunque habrían podido recordarme que no hacía tanto tiempo que yo quería irme.

El superespía Ted Nash le dio al agente Simpson una dirección a una manzana de distancia de Federal Plaza. Santo Dios, el hombre es policía, y, aunque fuese idiota, podía imaginar que íbamos o a 26 Federal Plaza o a Broadway 290, el nuevo edificio federal situado enfrente de Federal Plaza. De hecho, dijo:

—¿Quieren ir andando a Federal Plaza?

Me eché a reír.

—Pare aquí —dijo Nash.

El agente Simpson detuvo el coche en Chambers Street, junto al Palacio de Justicia Tweed, y todos salimos. Le di las gracias por habernos llevado.

—Tengo abollada la parte delantera del coche patrulla —me recordó él.

—Cárgueselo a los federales —respondí—. Están recaudando un billón de dólares hoy en día.

Empezamos a subir andando por el bajo Brooklyn. Estaba oscuro ya, pero siempre está oscuro allí abajo, en las cavernas de rascacielos del bajo Manhattan. No era un distrito residencial ni comercial, era un distrito administrativo, por lo que un sábado no había mucha gente, y las calles estaban relativamente tranquilas.

—Tengo la impresión de que quizá vosotros sabíais que íbamos a tener un

problema hoy —le dije a Nash mientras caminábamos.

—Hoy es quince de abril —respondió al cabo de un rato.

—Sí. Ayer hice mi declaración de impuestos. Estoy limpio.

—Los extremistas islámicos conceden gran importancia a los aniversarios. Tenemos muchos anotados en nuestro calendario.

—¿Sí? ¿Y cuál es hoy?

—Hoy —respondió Ted Nash— es el aniversario de cuando bombardeamos Libia en 1986.

—¿De veras? ¿Tú lo sabías? —le pregunté a Kate.

—Sí pero, a decir verdad, no le di mayor importancia.

—Nunca ha habido ningún incidente en esta fecha —añadió Nash—, pero todos los años tal día como hoy, Muammar al-Gadafi pronuncia un discurso antiestadounidense, y hoy también lo ha hecho.

Reflexioné unos momentos sobre aquello, tratando de decidir si me habría comportado de manera distinta de haberlo sabido. Quiero decir que esa clase de cosas no estaba en mi arsenal de pistas pero, si hubiera estado, al menos podría haberlo incluido en mi reserva de paranoia. Me encanta ser un hongo, como podéis imaginar, oculto en la oscuridad y alimentado con un montón de mierda.

—¿Se os olvidó decírmelo? —les pregunté.

—No parecía importante. Importante que lo supieras, quiero decir.

—Comprendo —lo que, naturalmente, significa «que te den por saco». Pero estaba aprendiendo la jerga—. ¿Cómo sabía Khalil que sería transportado hoy? —pregunté.

—Bueno, no lo sabía con seguridad —respondió Nash—. Pero nuestra embajada en París no puede o no quiere retener a un hombre como ése durante más de veinticuatro horas. Eso probablemente lo sabía. Y, si lo hubiéramos retenido en París más tiempo, nada habría cambiado mucho, salvo que se habría perdido el simbolismo de la fecha.

—Muy bien, pero le habéis seguido el juego y lo habéis transportado aquí el 15 de abril.

—Cierto —respondió el señor Nash—. Le hemos seguido el juego queriendo detenerlo aquí el 15.

—Creo que vas a perder el simbolismo de la fecha.

—Tomamos extraordinarias precauciones de seguridad en París —dijo—, en el aeropuerto, y luego en el avión. De hecho, había también a bordo dos agentes secretos del servicio aéreo de seguridad.

—Estupendo. Entonces nada podía ir mal.

Pasó por alto mi sarcasmo.

—Hay una expresión hebrea —dijo—, compartida por los árabes, que dice: «El hombre hace planes, y Dios se ríe».

—Muy bueno.

Finalmente llegamos al rascacielos de veintiocho pisos llamado 26 Federal Plaza.

—Hablares Kate y yo. Tú habla sólo si te preguntan —me ordenó Nash.

—¿Puedo contradecirte?

—No habrá motivo para ello —respondió—. Éste es el único lugar en que solamente se dice la verdad.

Así que con esa orwelliana información en mi cabeza, entramos en el gran Ministerio de la Verdad y la Justicia.

Pensé que el 15 de abril ahora era aborrecible por dos razones.

Segunda Parte

Libia, 15 de abril de 1986

El ataque aéreo no sólo reducirá la capacidad del coronel Gadafi para exportar terror, le proporcionará además incentivos y razones para modificar su conducta criminal.

Presidente Ronald Reagan.

Es un tiempo de confrontación, de guerra.

Coronel Muammar al-Gadafi.

Capítulo 13

El teniente Chip Wiggins, oficial de sistemas de armamento de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, permanecía inmóvil y en silencio en el asiento derecho del reactor de ataque F-111F, de nombre cifrado Karma 57. Para ahorrar combustible, el avión volaba a una velocidad de 350 nudos. Wiggins miró a su piloto, el teniente Bill Satherwaite, que estaba sentado a su izquierda.

Desde que despegaron de la base Lakenheath de la Royal Air Forcé en Suffolk, Inglaterra, unas dos horas antes, ninguno de los dos había hablado gran cosa. De todos modos, Satherwaite era callado por naturaleza, pensó Wiggins, nada dado a la charla ociosa. Pero Wiggins quería oír una voz humana, así que dijo:

—Tenemos enfrente Portugal.

—Lo sé —respondió Satherwaite.

—De acuerdo.

Sus voces poseían un timbre metálico ya que las palabras se filtraban a través del interfono de la carlinga, que era el único medio de conexión verbal entre los dos hombres. Wiggins inspiró profundamente, bajo su casco de vuelo, y el flujo incrementado de oxígeno hizo que la conexión del interfono reverberase un momento. Wiggins volvió a inspirar profundamente.

—¿Te importaría no respirar? —dijo Satherwaite.

—Lo que tú digas, jefe.

Wiggins rebulló un poco en su asiento. Se estaba quedando entumecido después de tantas horas sentado en el incómodo asiento del F-111. El negro cielo se estaba tornando opresivo pero podía ver luces en la lejana costa de Portugal, y eso lo hacía sentirse mejor.

Se dirigían a Libia, pensó Wiggins, con la misión de derramar una lluvia de muerte y destrucción sobre el irritante país de Muammar al-Gadafi como represalia por el ataque terrorista libio que había tenido lugar un par de semanas antes contra una discoteca de Berlín Occidental frecuentada por militares norteamericanos. Wiggins recordaba que el oficial que les había dado las instrucciones tuvo buen cuidado de que supieran por qué estaban arriesgando la vida en aquella difícil misión. Sin demasiados rodeos, les dijo que el ataque libio a la discoteca La Belle, que causó la muerte a un militar norteamericano y heridas a varias docenas más, era sólo el último de una serie de actos de abierta agresión a los que había que responder con una exhibición de decisión y fuerza. «Por lo tanto —dijo el oficial—, vais a hacer saltar en pedazos a los libios».

Sonaba bien dicho así, en la sala de instrucciones, pero no a todos los aliados de Estados Unidos les parecía buena idea. Los aviones de ataque procedentes de

Inglaterra se habían visto obligados a seguir un largo camino para llegar a Libia porque los franceses y los españoles se habían negado a conceder autorización para cruzar su espacio aéreo. Esto había enfurecido a Wiggins, pero a Satherwaite no parecía importarle. Wiggins sabía que el conocimiento que Satherwaite tenía de geopolítica era nulo; la vida de Bill Satherwaite era volar, y volar era su vida. Wiggins pensaba que si a Satherwaite le hubiesen ordenado bombardear París, Satherwaite lo habría hecho sin pararse a pensar ni por un momento por qué estaba atacando a un aliado de la OTAN. Lo terrible, pensó Wiggins, era que Satherwaite haría lo mismo con Washington, D. C, o con Walla Walla, Washington, sin hacer preguntas.

Wiggins prosiguió sus cavilaciones.

—Bill, ¿has oído ese rumor de que uno de nuestros aviones va a tirar una bomba en el patio trasero de la embajada francesa en Trípoli? —le preguntó al cabo de un rato a su compañero.

Satherwaite no contestó.

Wiggins insistió:

—También he oído que uno de nosotros va a soltar la carga en la residencia Al Azziziyah de Gadafi. Se supone que estará allí esta noche.

Satherwaite siguió sin contestar.

Finalmente, Wiggins, irritado y frustrado, dijo:

—Eh, Bill, ¿estás despierto?

—Mira, Chip —respondió Satherwaite—, cuanto menos sepamos tú y yo, mejor para nosotros.

Chip Wiggins se sumió en un hosco silencio. Le agradaba Bill Satherwaite, y le agradaba el hecho de que su piloto tuviera la misma graduación que él y no pudiese ordenarle que se callara. Pero en vuelo, Satherwaite podía ser un taciturno hijo de puta. Era mejor en tierra. De hecho, después de haberse tomado unas copas parecía casi humano.

Wiggins consideraba que quizá Satherwaite estuviera nervioso, lo cual era comprensible. Al fin y al cabo, aquélla era, según la información suministrada al impartirles las instrucciones, la misión de ataque con reactores más larga jamás intentada. La Operación Cañón El Dorado iba a hacer historia, aunque Wiggins no sabía aún de qué clase. Había otros sesenta aviones en alguna parte alrededor de ellos, y su unidad, la 48 Escuadrilla Táctica de Cazas, había aportado cuatro reactores de ala móvil F-111F a la misión. La flota de aviones cisterna que volaba con ellos, a menor altura y más atrás, estaba compuesta por los enormes KC-10 y los KC-135, más pequeños; los 10 para aprovisionar a los cazas, y los 135 para aprovisionar a los KC-10. Habría tres maniobras de suministro de combustible a lo largo de la ruta de cuatro mil quinientos kilómetros hasta Libia. El tiempo de vuelo desde Inglaterra hasta la costa libia era de seis horas, el tiempo de vuelo hacia Trípoli en la fase previa al ataque, de media hora, y el tiempo sobre el objetivo duraría diez larguísimos

minutos. Y luego regresarían. No todos, pero sí la mayoría.

—Historia —dijo Wiggins—. Estamos volando a la historia.

Satherwaite no respondió.

—Hoy es el último día para la declaración de la renta —dijo Chip—. ¿La has presentado a tiempo?

—No. Pedí una prórroga.

—Hacienda se fija en los que presentan tarde la declaración.

Satherwaite soltó un gruñido a modo de respuesta.

—Si te hacen una inspección, arroja una bomba de napalm sobre la sede central de Hacienda. Se lo pensarán dos veces antes de revisarle la declaración a Bill Satherwaite. —Wiggins soltó una risita.

Satherwaite clavó la vista en los instrumentos.

Wiggins no pudo lograr que su piloto le siguiera la conversación, por lo que volvió a sumirse en sus pensamientos. Consideró el hecho de que aquello era una prueba de resistencia para tripulaciones y material, y él nunca había sido entrenado para realizar una misión semejante.

Pero hasta el momento todo iba bien. El F-11 se comportaba admirablemente. Miró a través del costado transparente de la carlinga. El ala variable estaba extendida en un ángulo de treinta y cinco grados con el fin de dar al avión sus mejores características de crucero para el largo vuelo en formación. Más tarde, retraerían hidráulicamente las alas a fin de situarlas inclinadas hacia la cola en posición aerodinámica para el ataque, y eso señalaría el momento de la fase de combate real de la misión. Combate. Wiggins no podía creer que fuera a entrar realmente en combate.

Aquello era la culminación de todo su período de adiestramiento.

Ni él ni Satherwaite habían intervenido en Vietnam, y ahora estaban volando hacia un territorio desconocido y hostil para atacar a un enemigo cuya potencia antiaérea no era bien conocida. El oficial instructor les había dicho que las defensas aéreas libias se cerraban rutinariamente después de medianoche pero Wiggins no podía creer que los libios fuesen tan estúpidos. Estaba convencido de que su avión sería detectado por el radar libio, que la Fuerza Aérea libia se apresuraría a interceptarlos, que una andanada de misiles tierra-aire se elevaría en el cielo para aniquilarlos y que serían recibidos por la Triple A, que no significaba Asociación Automovilística Americana precisamente, sino Artillería Antiaérea.

—Marco Aurelio.

—¿Qué?

—El único monumento romano que todavía existe en Trípoli. El Arco de Marco Aurelio. Siglo II antes de Cristo.

Satherwaite sofocó un bostezo.

—Si alguien lo destruye por error se meterá en un buen lío. Es un monumento declarado patrimonio de la humanidad por las Naciones Unidas. ¿Prestaste atención cuando nos daban las instrucciones?

—Chip, ¿por qué no mascas chicle o algo?

—Empezamos el ataque justo al oeste del Arco. Espero poder echarle un vistazo. Esa clase de cosas me interesan.

Satherwaite cerró los ojos y exhaló con exagerada expresión de impaciencia.

Chip Wiggins retornó a sus pensamientos de combate. Sabía que había varios veteranos de Vietnam en aquella misión, pero la mayoría de los que la formaban carecían de experiencia en combate. Además, todo el mundo desde el presidente para abajo estaba observando, esperando y conteniendo el aliento. Después de Vietnam, y después del fiasco del *Pueblo* y de la chapucera misión de rescate enviada por Cárter a Irán y de toda una década de fracasos militares sufridos tras la guerra de Vietnam, todos esperaban una gran victoria.

Las luces estaban encendidas en el Pentágono y en la Casa Blanca. Paseaban de un lado a otro y rezaban. *Muchachos, tenemos que ganar ésta para el presi.* Chip Wiggins no les iba a decepcionar. Esperaba que ellos no le decepcionaran a él. Le habían dicho que la misión podría ser cancelada en cualquier momento, y temía oír crepitar la radio con las palabras en clave que comunicaban la cancelación: «Hierba Verde». Como las verdes praderas de Norteamérica.

Pero una cierta parte de su ser habría recibido con agrado esas palabras. Se preguntó qué le harían en Libia si se veía obligado a saltar en paracaídas. ¿A qué viene esa idea? Otra vez estaba empezando a pensar cosas malas. Miró a Satherwaite, que se hallaba apuntando algo en su cuaderno de ruta. Satherwaite bostezó de nuevo.

—¿Cansado? —preguntó Wiggins.

—No.

—¿Asustado?

—Todavía no.

—¿Hambriento?

—Cierra el pico, Chip.

—¿Sediento?

—¿Por qué no te echas a dormir? —exclamó Satherwaite—. O, mejor aún, yo duermo y tú pilotas.

Wiggins sabía que aquello era una forma no demasiado sutil de recordarle que el oficial de sistemas de armamento no era piloto.

Quedaron de nuevo en silencio. Wiggins consideró la posibilidad de descabezar un sueñecito pero no quería dar a Satherwaite la oportunidad de contar a todo el mundo en Lakenheath que Wiggins se había pasado todo el trayecto hasta Libia durmiendo. Al cabo de una media hora, Chip Wiggins miró su carta de navegación y sus instrumentos. Además de oficial de sistemas de armamento, era también el navegante.

—En las nueve está cabo de Sao Vicente, cabo San Vicente —le dijo a Satherwaite.

—Perfecto. Ahí es donde tiene que estar.

—Es donde el príncipe Enrique el Navegante estableció la primera escuela de navegación marítima del mundo. De ahí su nombre.

—¿Enrique?

—No. Navegante.

—Ya.

—Los portugueses eran unos marineros extraordinarios.

—¿Es eso algo que yo necesite saber?

—Desde luego. ¿Juegas al *Trivial Pursuit*?

—No. Límitate a decirme cuándo tenemos que cambiar de rumbo.

—Dentro de siete minutos, viraremos a cero-nueve-cuatro.

—De acuerdo. Atento al reloj.

Continuaron volando en silencio.

Su F-11 estaba en una posición asignada en su formación de crucero pero, debido al silencio de radio, cada avión mantenía su posición por medio de su radar aire-aire. No siempre podían visualizar a los otros tres aparatos de su formación — que ostentaban los nombres en clave de Elton 38, Remit 22 y Remit 61 — pero podían verlos en el radar y podían mantener contacto con el jefe de escuadrilla, Terry Waycliff, en Remit 22. Sin embargo, Wiggins tenía que anticipar en cierto modo el plan de vuelo y saber cuándo mirar a la pantalla de radar para ver qué estaba haciendo el avión de cabeza.

—Me gusta el desafío de una misión difícil, Bill, y espero que a ti también.

—Tú la haces más difícil, Chip.

Wiggins rió entre dientes.

Los cuatro F-11 comenzaron a virar a babor al unísono. Contornearon el cabo de San Vicente y tomaron rumbo sureste, enfilando hacia el estrecho de Gibraltar.

Una hora después se aproximaban al peñón de Gibraltar, a babor, y el monte Hacho, en la costa africana, a estribor.

—Gibraltar era una de las antiguas Columnas de Hércules —informó Wiggins—. Monte Hacho es la otra. Para las civilizaciones mediterráneas, estos mojones definían los límites occidentales de la navegación. ¿Lo sabías?

—Dame la situación de combustible.

—Excelente. —Wiggins leyó las indicaciones de los contadores y comentó—: Tiempo de vuelo restante, unas dos horas.

—El KC-10 debería aproximarse dentro de unos cuarenta y cinco minutos —dijo Satherwaite, consultando el panel de instrumentos.

—Espero que lo haga —respondió Wiggins, pensando: *Si no repostamos a tiempo, tendremos el combustible justo para llegar a Sicilia y quedamos al margen de la acción.*

Nunca habían estado demasiado lejos de tierra y, si fuera preciso, podrían arrojar las bombas al mar y aterrizar en algún aeropuerto de Francia o España y explicar con tono despreocupado que estaban realizando un vuelo de entrenamiento y se habían

quedado sin combustible. Como el oficial instructor había dicho: «No pronunciéis la palabra “Libia” en vuestra conversación», lo que había provocado grandes risas.

Treinta minutos después seguía sin haber la menor señal de los aviones cisterna.

—¿Dónde diablos está nuestra estación de servicio volante? —preguntó Wiggins.

Satherwaite estaba leyendo las órdenes de misión y no respondió.

Wiggins se mantuvo atento a la radio, esperando oír la señal en clave que anunciaría la aproximación de los aviones cisterna. Después de todo aquel tiempo volando y de toda la preparación a que se habían sometido, no querían acabar en Sicilia.

Continuaron volando sin pronunciar palabra. En la carlinga sonaba el zumbido de los instrumentos electrónicos y la estructura del aparato vibraba con la potencia de los turboreactores gemelos Pratt y Whitney que propulsaban el F-111F a través de la negra noche.

Finalmente, una serie de chasquidos en la radio les indicó que el KC-10 se estaba aproximando. Al cabo de otros diez minutos, Wiggins vio al contacto en su pantalla de radar y se lo anunció a Satherwaite, que asintió con la cabeza.

Satherwaite disminuyó la velocidad y empezó a separarse de la formación. Ahí, pensó Wiggins, era donde Satherwaite se ganaba el sueldo.

A los pocos minutos, el gigantesco avión cisterna KC-10 cubría ya el cielo sobre ellos. Satherwaite podía hablar con el avión cisterna por el canal privado KAY-28, que podía utilizarse para transmisiones de corta distancia.

—Kilo Diez, aquí Karma Cinco-Siete. Estás a la vista.

—Recibido, Karma Cinco-Siete. Ahí va Dickey.

—Recibido.

El operador de la tubería retráctil del KC-10 guió cuidadosamente la boquilla hasta encajarla en el receptáculo del F-111, justo detrás de la carlinga. A los pocos minutos quedó completado el acoplamiento, y el combustible empezó a fluir desde el avión cisterna hasta el caza.

Wiggins vio cómo Satherwaite manipulaba delicadamente la palanca que sujetaba con la mano derecha y accionaba con la izquierda los reguladores de combustible a fin de mantener el caza en la posición exacta para que la tubería continuase conectada. Wiggins sabía que aquélla era una de las ocasiones en que debía guardar silencio.

Después de lo que pareció largo tiempo, se apagó la lucecita verde que brillaba en la parte superior de la tubería del avión cisterna y se encendió una lucecita ámbar adyacente indicadora de desconexión automática.

—Karma Cinco-Siete separándose —comunicó Satherwaite al avión cisterna, y apartó el caza del KC-10 y volvió a ocupar su puesto en la formación.

El piloto del avión cisterna, consciente de que aquél era el último reaprovisionamiento antes del ataque, transmitió:

—Buena suerte. Dios os bendiga. Hasta luego.

—Recibido —respondió Satherwaite y, luego, le dijo a Wiggins—: La suerte y Dios no tienen nada que ver con esto.

Wiggins se sentía un poco irritado por la aparente frialdad y el desapego de Satherwaite.

—¿No crees en Dios? —le preguntó.

—Claro que sí, Chip. Tú, reza. Yo pilotaré.

Satherwaite se incorporó a la formación mientras otro reactor se separaba de ella para repostar a su vez.

Wiggins no tenía más remedio que reconocer que Bill Satherwaite era un piloto excelente, pero no tenía nada de excelente como persona.

Satherwaite era consciente de que había irritado a Wiggins.

—Eh, armero —dijo, utilizando el afectuoso término de argot para referirse a un oficial de armamento—. Te invito a una cena en el mejor restaurante de Londres.

Wiggins sonrió.

—Yo elijo.

—No, elijo yo. Lo mantendremos en menos de diez libras.

—Hecho.

Satherwaite dejó pasar unos minutos y luego le dijo a Wiggins:

—Va a salir todo perfecto. Tú arrojas las bombas justo sobre el objetivo, y si haces un buen trabajo yo doy una pasada por encima de ese Arco de Augusto para que lo veas de cerca.

—Aurelio.

—Eso.

Wiggins se recostó y cerró los ojos. Sabía que le había arrancado a Satherwaite más palabras ajenas a la misión de las que normalmente pronunciaba y lo consideraba un pequeño triunfo.

Pensó un poco en el futuro inmediato. Pese al pequeño nudo que sentía en el estómago, realmente estaba deseando entrar en su primera misión de combate. Para vencer cualquier escrúpulo que pudiera sentir con respecto al hecho de arrojar las bombas, se recordó a sí mismo que todos los objetivos de la misión, incluido el que él tenía asignado, eran estrictamente militares. De hecho, el oficial instructor de Lakenheath había llamado al recinto de Al Azziziyah «universidad de la *yihad*», en el sentido de que era un campo de entrenamiento de terroristas. Sin embargo, el oficial instructor había añadido:

—Cabe la posibilidad de que haya algunos civiles dentro del recinto militar de Al Azziziyah.

Wiggins pensó en ello y luego se lo quitó de la cabeza.

Capítulo 14

Asad Khalil luchaba contra dos instintos, el sexual y el de supervivencia.

Se paseaba impacientemente de un lado a otro de la azotea. Su padre le había puesto por nombre Asad —el león—, y parecía como si, consciente o inconscientemente, hubiera adoptado las características propias de ese animal, incluida la costumbre de pasear en círculos. De pronto se detuvo y clavó la vista en la noche.

El *ghabli* —el fuerte y cálido viento del sur procedente del inmenso Sahara— soplab a través de Libia en dirección al mar Mediterráneo. El cielo nocturno parecía brumoso pero, en realidad, la distorsión de la luna y las estrellas estaba originada por la arena transportada por el viento.

Khalil miró la esfera luminosa de su reloj y observó que era la 1.46 de la mañana. Bahira, la hija del capitán Habib Nadir, debía llegar exactamente a las dos en punto. Se preguntó si acudiría. Se preguntó si la habrían descubierto. Y si así fuera, si confesaría adonde se dirigía y con quién iba a reunirse. Esta última posibilidad preocupaba enormemente a Asad Khalil. A sus dieciséis años, estaba quizá a treinta minutos de su primera experiencia sexual... o a unas horas de ser decapitado. A su mente acudió una imagen de sí mismo arrodillado y con la cabeza inclinada mientras el corpulento verdugo oficial, conocido solamente como Sulaman, descargaba la gigantesca cimitarra sobre su cuello. Khalil notó cómo se le tensaba el cuerpo y una línea de sudor se le formaba en la frente y se enfriaba en el aire nocturno.

Se dirigió hacia el pequeño cobertizo de hojalata que se alzaba en la azotea. No tenía puerta, y miró hacia abajo, a la escalera, esperando ver a Bahira o a su padre, acompañado por guardias armados, que acudía a prenderlo. Aquello era una locura.

Khalil se acercó al borde norte de la azotea. La superficie de cemento se hallaba rodeada por un parapeto almenado de piedra y estuco que le llegaba al hombro. El edificio tenía una estructura de dos pisos construida por los italianos cuando dominaban Libia. El edificio era entonces, al igual que ahora, un almacén de municiones, y por razones de seguridad, estaba alejado del complejo militar conocido como Al Azziziyah. El antiguo fuerte italiano era ahora el cuartel general militar y, ocasionalmente, residencia del Gran Líder, el coronel Muammar al-Gadafi, que aquella misma noche había llegado a Al Azziziyah. Khalil sabía, como todo el mundo en Libia, que el Gran Líder acostumbraba cambiar de alojamiento con frecuencia y que sus erráticos movimientos constituían un medio de protegerse contra un asesinato o contra una acción militar norteamericana. Pero no era buena idea comentar ninguna de ambas posibilidades.

En cualquier caso, la inesperada presencia de Gadafi había hecho que su guardia

personal estuviera excepcionalmente alerta aquella noche, y Khalil estaba preocupado porque parecía que el propio Alá estaba haciendo aquella cita difícil y peligrosa.

Khalil sabía a ciencia cierta que era Satán quien le había inoculado aquel pecaminoso deseo de Bahira, que Satán le había hecho soñar con ella caminando desnuda sobre las arenas del desierto iluminadas por la luz de la luna. Asad Khalil nunca había visto una mujer desnuda pero había visto una revista alemana y sabía qué aspecto tendría Bahira sin el velo y sin la ropa. Se representaba cada curva de su cuerpo como imaginaba que sería, veía sus largos cabellos rozándole los desnudos hombros, recordaba su nariz y su boca tal como las había visto cuando ambos eran niños, antes de que ella adoptara el velo. Sabía que ahora era distinta pero, extrañamente, el rostro infantil subsistía sobre un cuerpo de mujer maravillosamente imaginado. Se representaba sus curvas caderas, su montículo de vello pubiano, sus muslos y piernas desnudos... Sintió que el corazón le palpitaba con fuerza en el pecho y que se le secaba la boca.

Khalil volvió la vista hacia el norte. Las luces de Trípoli, a veinte kilómetros de distancia, eran lo bastante brillantes como para verse a través del *ghabli* que continuaba soplando. Más allá de Trípoli se desplegaba la negrura del Mediterráneo. En torno a Al Azziziyah, se extendía la tierra ondulante y árida, varios bosquecillos de olivos, palmeras datileras, unos cuantos refugios de cabreros, algún ocasional pozo de riego.

Asad Khalil escrutó el complejo militar por encima del parapeto. Todo estaba tranquilo allá abajo; no se veían guardias ni vehículos a aquella hora. La única actividad se desarrollaría en torno a la residencia del coronel Gadafi y la zona del cuartel general que albergaba los edificios de mando, control y comunicaciones. No había ninguna alerta especial aquella noche, pero Khalil tenía la impresión de que algo marchaba mal.

Asad Khalil miró de nuevo su reloj. Eran exactamente las dos en punto, y Bahira no había llegado. Se arrodilló en el rincón del parapeto, fuera de la vista de quien estuviera abajo. Había desenrollado allí su *sajjada*, su alfombra de oración, y había puesto sobre ella un ejemplar del Corán. Si iban a prenderlo, lo encontrarían orando y leyendo el Corán. Eso podría salvarlo. Pero lo más probable era que supusieran correctamente que el Corán era un truco y que su *sajjada* era para el cuerpo desnudo de Bahira. Si sospechaban eso, entonces su blasfemia recibiría un castigo que le haría desear la decapitación. Y Bahira... a ella muy probablemente la lapidarían.

Pero, sin embargo, no regresaba a casa de su madre. Estaba resuelto a aceptar el destino que le llegase por aquella escalera.

Pensó en cómo se había fijado por primera vez en Bahira en casa del padre de ella. El capitán Habib Nadir, como el propio padre de Khalil, era uno de los favoritos del coronel Gadafi. Las tres familias mantenían una estrecha amistad. El padre de Khalil, como el padre de Bahira, había combatido activamente en la resistencia a la ocupación italiana; el padre de Khalil había trabajado para los británicos durante la

segunda guerra mundial, mientras que el padre de Bahira había trabajado para los alemanes. Pero ¿qué importaba eso? Italianos, alemanes, británicos, todos eran infieles, y no se les debía lealtad. Su padre y el padre de Bahira habían bromeado sobre cómo habían ayudado ambos a los cristianos a matarse entre ellos.

Khalil pensó unos momentos en su padre, el capitán Karim Khalil. Hacía ya cinco años que había muerto, asesinado en una calle de París por agentes del Mossad israelí. Las radios occidentales informaron de que el asesinato había sido cometido probablemente por una facción islámica rival o quizá incluso por compatriotas libios en una especie de lucha por el poder político. No se había practicado ninguna detención. Pero el coronel Gadafi, que estaba mucho mejor informado que ninguno de sus enemigos, había explicado a su pueblo que el capitán Karim Khalil había sido asesinado por los israelíes y que todo lo demás era mentira.

Asad Khalil lo creía así. Tenía que creerlo. Echaba de menos a su padre pero le consolaba el hecho de que su padre hubiera tenido la muerte de un mártir a manos de los sionistas. Desde luego, bullían dudas en su cabeza pero el propio Gran Hombre había hablado y eso ponía punto final al asunto.

Khalil movió la cabeza mientras se arrodillaba en el rincón de la azotea. Miró su reloj y volvió luego la vista hacia la pequeña estructura de hojalata que se alzaba a diez metros de distancia. Bahira se retrasaba; o no había podido salir de casa, o se había dormido, o había decidido no arriesgar la vida para estar con él.

O, lo peor de todo, había sido sorprendida y en aquellos momentos estaba delatándolo a la policía militar.

Khalil consideró su especial relación con el Gran Líder. No tenía la menor duda de que el coronel Gadafi los apreciaba a él y a sus hermanos y hermanas. El coronel le había permitido alojarse en su casa en el privilegiado recinto de Al Azziziyah, se había encargado de que su madre recibiese una pensión y de que él y sus hermanos y hermanas recibiesen educación.

—Tú estás destinado a vengar la muerte de tu padre —le había dicho el coronel hacía tan sólo seis meses.

—Estoy preparado para servirte a ti y a Alá —respondió Khalil, orgulloso.

—Nosotros no estamos preparados para ti, Asad —había dicho el coronel con una sonrisa—. Uno o dos años más, y empezaremos a entrenarte para que seas un luchador por la libertad.

Y ahora Asad lo estaba arriesgando todo, su vida, su honor, su familia... ¿por qué? Por una mujer. No tenía sentido pero... Estaba lo otro... Lo que él sabía pero no se resolvía a pensar... Lo de su madre y Muammar al-Gadafi... Sí, había algo allí, y él sabía lo que era, y era lo mismo que lo había llevado hasta la azotea a esperar a Bahira.

Pensó que si la relación entre su madre y el Gran Líder no era un pecado, entonces no toda relación sexual fuera del matrimonio era pecaminosa. Muammar al-Gadafi no haría nada pecaminoso, nada que estuviese fuera de la Sharia, la conducta

aceptada. Por lo tanto, si Asad Khalil era apresado, llevaría su caso directamente al Gran Líder y explicaría su confusión con respecto a aquellos asuntos. Explicaría que fue el padre de Bahira quien llevó a casa la revista alemana que mostraba fotos de hombres y mujeres desnudos, y era aquella inmundicia de Occidente lo que lo había corrompido.

Bahira había encontrado la revista escondida en su casa detrás de unos sacos de arroz y se la había enseñado a Khalil. Habían mirado juntos las fotografías, un pecado que les habría reportado una tanda de latigazos si hubieran sido sorprendidos cometiéndolo. Pero, en lugar de hacerles sentir repugnancia y vergüenza, aquellas fotografías habían sido la causa de que hablaran de lo que estaba prohibido hablar. Ella le había dicho: «Quiero mostrarme a ti como estas mujeres. Quiero mostrarte todo lo que tengo. Quiero verte, Asad, y tocar tu piel».

Y así, Satán había entrado en ella y a través de ella había entrado en él. Asad había leído la historia de Adán y Eva en el libro hebreo del Génesis, y su *mousyed*, su maestro espiritual, le había dicho que las mujeres eran débiles y lascivas y habían cometido el pecado original y atraerían a los hombres al pecado si los hombres no eran fuertes.

Y, sin embargo..., pensó, hasta grandes hombres como el coronel podían ser corrompidos por las mujeres. Si lo llevaban preso, explicaría todo aquello al coronel. Quizá no lapidaran a Bahira y los dejaran ir con sólo unos latigazos.

La noche era fría, y Khalil se estremeció. Permaneció arrodillado en la alfombra con el Corán en las manos. A las dos y diez, sonó un ruido en la escalera, y, al levantar los ojos, vio una silueta oscura de pie en la puerta del alpende.

—Alá, ten piedad —musitó.

Capítulo 15

—Tenemos un fuerte viento de costado. Es ese viento sur que sopla del desierto. ¿Cómo se llama? —preguntó el teniente Chip Wiggins.

—Se llama el viento sur que sopla del desierto —respondió el teniente Bill Satherwaite.

—Exacto. De todos modos, será un viento de cola soberbio para largarnos de allí... y con cuatro bombas menos de peso.

Satherwaite masculló una respuesta.

Wiggins miró por el parabrisas a la oscura noche. No tenía ni idea de si vería amanecer. Pero sabía que si llevaban a cabo su misión serían unos héroes... aunque héroes anónimos. Porque aquélla no era una guerra ordinaria, era una guerra contra terroristas internacionales cuyo radio de acción se extendía mucho más allá de Oriente Medio. Por eso, los nombres de los pilotos participantes en la misión no se comunicarían a la prensa ni al público y quedarían clasificados como material de alto secreto. Había en todo aquello algo que irritaba a Wiggins; era el reconocimiento de que los malos podían proyectar su poder hasta el corazón mismo de Norteamérica y vengarse en los pilotos y tripulantes o en sus familias. Por otra parte, aunque no habría desfiles ni ceremonias públicas de homenaje, aquel anonimato lo hacía sentirse un poco más cómodo. Mejor ser un héroe anónimo que un objetivo terrorista con nombre y apellidos.

Continuaban volando en dirección este sobre el Mediterráneo. Wiggins pensó en cuántas guerras se habían librado en torno a aquel antiguo mar y especialmente en las costas de África del Norte... los fenicios, los egipcios, los griegos, los cartagineses, los romanos, los árabes, continuamente durante miles de años hasta la segunda guerra mundial... los italianos, el Afrika Korps alemán, los británicos, los norteamericanos... El mar y las arenas de África del Norte eran una inmensa tumba de soldados, marineros y aviadores. *A las costas de Trípoli* —se dijo para sus adentros, consciente de que no era el único aviador que esa noche pensaba en aquellas palabras—. *Libraremos las batallas de nuestro país...*

—¿Tiempo para virar? —preguntó Satherwaite.

Wiggins salió de sus ensoñaciones y comprobó su posición.

—Doce minutos.

—Atento al reloj.

—De acuerdo.

Doce minutos después, la formación inició un viraje de noventa grados en dirección sur. La escuadrilla entera, con la excepción de los aviones cisterna, volaba rumbo a la costa libia. Satherwaite accionó los reguladores de combustible, y el F-111

aumentó su velocidad.

Bill Satherwaite consultó el reloj y los instrumentos de vuelo. Se estaban aproximando al punto en que comenzarían los preparativos y perfiles de ataque. Observó que su velocidad en aire era de 480 nudos y su altitud de 7500 metros. Estaban a menos de 350 kilómetros de la costa y se dirigían en línea recta hacia Trípoli. Oyó en la radio una serie de chasquidos, a los que respondió de la misma manera, y, con el resto de la escuadrilla, inició el descenso.

Satherwaite se sentía inclinado a comenzar ya las listas de comprobación finales pero sabía que era un poco pronto, que había la posibilidad de alcanzar la altitud de ataque antes de tiempo, y ésta no era una forma inteligente de entrar en combate. Esperó.

Wiggins carraspeó, lo que por el interfono sonó como un rugido, y ambos se sobresaltaron.

—Ciento cincuenta kilómetros hasta lo seco —dijo Wiggins, utilizando la expresión usada entre aviadores para designar la tierra.

—Recibido.

Ambos miraron la pantalla de radar pero no había nada que saliera de Libia para recibirlos. Al llegar a sólo cien metros sobre el nivel del mar pasaron a vuelo horizontal.

—Ciento veinte kilómetros.

—Muy bien, empecemos la revisión de ataque.

—Listo.

Satherwaite y Wiggins comenzaron la letanía de la lista de comprobación y las revisiones. Justo en el momento en que terminaron, Wiggins levantó los ojos y vio las luces de Trípoli al frente.

—Ahí está.

Satherwaite alzó también la vista y asintió con la cabeza. Movié la palanca hidráulica de posición del ala, y las alas extendidas del F-111 empezaron a inclinarse hacia la cola, como las de un halcón que divisara a su presa en el suelo.

Wiggins notó que se le habían acelerado un poco los latidos del corazón y se dio cuenta de que tenía mucha sed.

Satherwaite volvió a incrementar la velocidad mientras los F-111 se aproximaban en formación a la costa. Volaban ahora a quinientos nudos. Era la una y cincuenta minutos. Pocos minutos después romperían la formación y pondrían rumbo a sus objetivos individuales en Trípoli y sus alrededores.

Wiggins escuchó atentamente el silencio de sus auriculares y luego oyó un gorjeo que indicaba la detección de un radar. Miró rápidamente la pantalla de su radar. *Oh, mierda.*

—Alerta misil tierra-aire en la una —dijo con la mayor serenidad de que fue capaz.

Satherwaite asintió con la cabeza.

—Supongo que están despiertos.

—Me gustaría darle una patada en los huevos a aquel oficial instructor.

—Él no es el problema, y tampoco lo son estos misiles.

—Cierto...

El F-111 volaba demasiado bajo y a demasiada velocidad para que los misiles pudieran hacer blanco pero, a cien metros de altitud ahora, estaban de lleno en el objetivo de los cañones antiaéreos.

Wiggins vio cómo dos misiles se elevaban en su pantalla de radar y esperó que aquellos trastos de fabricación soviética no pudiesen localizarlos a la velocidad y altura que llevaban. Pocos segundos después, Wiggins divisó por estribor a los dos misiles, que ascendían hacia el cielo nocturno con sus ardientes colas de llamas rojas y anaranjadas.

—Un derroche de costoso combustible para cohetes —comentó Satherwaite con sequedad.

Ahora le correspondió a Wiggins guardar silencio. Se había quedado sin habla. En absoluto contraste con él, Satherwaite se mostraba locuaz y continuó hablando de la forma del litoral y de la ciudad de Trípoli y de otras cuestiones triviales. Wiggins sentía deseos de decirle que se callara y pilotase el aparato.

Sobrevolaron la costa, y bajo ellos yacía Trípoli. Satherwaite observó que, a pesar de la incursión aérea, el alumbrado público continuaba encendido.

—Idiotas. —Tuvo un atisbo del Arco de Marco Aurelio y dijo a Wiggins—: Ahí está tu arco. En las nueve.

Pero Wiggins había perdido interés por la historia, y toda su atención se centraba en el presente.

—Vira.

Satherwaite se separó de la formación y puso rumbo hacia Al Azziziyah.

—¿Cómo dijiste esa palabra?

—¿Cuál?

—El sitio adónde vamos.

Wiggins sintió que el cuello se le cubría de sudor mientras repartía su atención entre los instrumentos, el radar y las observaciones visuales directas a través del parabrisas.

—¡Mierda! ¡Triple A!

—¿Estás seguro? Creía que era Al y algo.

A Wiggins no le agradó el súbito humor de Satherwaite.

—Al Azziziyah —replicó—. ¿Qué carajo importa eso ahora?

—Tienes razón —respondió Satherwaite—. Mañana lo llamarán ruinas. —Y soltó una carcajada.

Wiggins rió también, pese a que estaba tremendamente asustado. Arcos de balas trazadoras disparadas por la artillería rasgaban la negrura de la noche muy cerca de su avión. No podía creer que realmente le estuvieran disparando. Era horrible. Pero

resultaba excitante también.

—Al Azziziyah, eso es. Listos.

—Ruinas —respondió Wiggins—. Ruinas, cascotes, sangre y destrucción. Listo para lanzar. Que te jodan, Muammar.

Capítulo 16

—Asad.

A Asad Khalil casi se le paró el corazón.

—Sí... sí, por aquí. ¿Estás sola? —preguntó en un susurro.

—Claro. —Bahira caminó en dirección al lugar de donde provenía su voz y lo vio arrodillado sobre la alfombra de oración.

—Agáchate —murmuró él roncamente.

Bahira se encorvó bajo el parapeto mientras avanzaba hacia él. Luego, se arrodilló a su vez en la alfombra de oración, enfrente de Asad.

—¿Va todo bien?

—Sí. Pero te has retrasado.

—He tenido que eludir a los guardias. El Gran Líder...

—Sí, lo sé.

Asad Khalil miró a Bahira bajo la luz de la luna. Llevaba la flotante túnica blanca que era el atuendo habitual de una joven al anochecer, y también llevaba velo y echarpe. Era tres años mayor que él y había llegado a una edad en que la mayoría de las mujeres de Libia ya estaban casadas o prometidas. Pero su padre había rechazado a numerosos pretendientes, y los más ardientes de ellos habían sido exiliados de Trípoli. Asad sabía que si su propio padre viviera, las dos familias habrían accedido sin duda alguna a la boda entre él y Bahira. Pero, aunque su padre era un héroe y un mártir, el hecho era que estaba muerto y que la familia Khalil no gozaba de una posición elevada, salvo como pensionistas privilegiados del Gran Líder. Por supuesto, había una relación entre el Gran Líder y la madre de Asad pero se trataba de un pecado y no servía.

Permanecieron arrodillados uno frente a otro en silencio. Los ojos de Bahira se posaron en el Corán que reposaba en el ángulo de la alfombra, y luego pareció reparar en la alfombra misma. Miró a Asad, cuya expresión parecía decir: «Si vamos a cometer el pecado de fornicación, ¿qué importa que cometamos además una blasfemia?»

Bahira asintió con la cabeza en silencio.

Fue ella quien tomó la iniciativa y apartó a un lado el velo que le cubría la cara. Sonreía pero Khalil pensó que se trataba de una sonrisa de azoramiento por estar sin velo a menos de un metro de distancia de un hombre.

Se quitó el echarpe de la cabeza y se soltó los cabellos, que cayeron en largas hebras rizadas sobre sus hombros.

Asad Khalil inspiró profundamente y la miró fijamente a los ojos. Era hermosa, pensó, aunque tenía poco con que comparar. Carraspeó.

—Eres muy hermosa —dijo.

Ella sonrió, extendió los brazos y le tomó las manos en las suyas.

Khalil nunca había cogido las manos de una mujer y le sorprendió lo pequeñas y suaves que eran las de Bahira. Su piel era cálida, más cálida que la suya, probablemente como consecuencia del ejercicio realizado al recorrer los trescientos metros que separaban su casa de aquel lugar. Observó también que las manos de Bahira estaban secas y las suyas, en cambio, húmedas. Se acercó más, siempre de rodillas, y percibió el aroma de flores que emanaba de ella. Al moverse, descubrió que estaba completamente excitado.

Ninguno de los dos parecía saber qué hacer después. Finalmente, Bahira le soltó las manos y empezó a acariciarle la cara. Él la imitó. Ella se acercó más y sus cuerpos se tocaron; luego se abrazaron, y él notó sus pechos bajo su túnica. Asad Khalil estaba loco de deseo pero una parte de su cerebro se encontraba en otro lugar, un instinto primitivo le estaba diciendo que se mantuviese alerta.

Antes de que Asad advirtiera lo que sucedía, Bahira había retrocedido y se estaba desabrochando la túnica.

Khalil la miró y aguzó los oídos en busca de alguna señal de peligro. Si eran descubiertos entonces, podían darse por muertos.

—¿Qué esperas, Asad? —la oyó decir.

La miró mientras se arrodillaba ante él. Ahora estaba completamente desnuda, y miró fijamente sus pechos, luego su vello pubiano, luego sus muslos y finalmente de nuevo la cara.

—Asad.

Él se sacó la blusa por la cabeza; luego dejó deslizarse hasta los tobillos el pantalón y el calzoncillo y los apartó con el pie.

Ella lo miró a la cara, evitando posar los ojos sobre su erecto pene, pero luego los bajó a lo largo de su cuerpo.

Asad no sabía muy bien qué hacer. Había creído que lo sabría, conocía la postura que adoptarían, pero no estaba seguro de cómo llegar hasta ella.

De nuevo Bahira tomó la iniciativa y se tendió de espaldas sobre la alfombra de oración, apoyando la cabeza en sus ropas.

Asad se abalanzó hacia adelante y se encontró encima de ella y sintió sus firmes pechos y su cálida piel bajo la suya propia. Advirtió que las piernas de Bahira se separaban y notó que la punta de su pene tocaba carne húmeda y caliente. En un instante estuvo a medias dentro de ella. Bahira lanzó un leve grito de dolor. Él empujó más, venció la resistencia y la penetró completamente. Antes de que pudiera moverse, notó que las caderas de Bahira se elevaban y descendían, se elevaban y descendían, y súbitamente descargó dentro de ella.

Permaneció inmóvil, tratando de recobrar el aliento, pero ella continuó alzando y descendiendo las caderas, aunque Asad no sabía por qué lo hacía después de que él había quedado ya satisfecho. Bahira empezó a gemir y a respirar pesadamente; luego

comenzó a decir su nombre:

—Asad, Asad, Asad...

Rodó a un lado y quedó tendido boca arriba, mirando al cielo nocturno. La media luna se estaba poniendo por el oeste, las estrellas tenían un resplandor mortecino sobre el recinto iluminado, en pálido remedo de las brillantes estrellas que fulgían en el desierto.

—Asad.

Él no respondió. Su mente no podía comprender aún lo que acababa de hacer.

Bahira se acercó más a él, de modo que sus hombros y sus piernas se tocaban, pero el deseo había huido de Asad.

—¿Estás enfadado? —preguntó ella.

—No. —Se incorporó hasta quedar sentado—. Deberíamos vestirnos.

Ella se incorporó también y apoyó la cabeza en su hombro.

Asad deseaba apartarse de ella pero no lo hizo. En su mente comenzaban a brotar ideas preocupantes. ¿Y si se quedaba embarazada? ¿Y si quería repetir aquello? La próxima vez seguro que los pillaban o ella se quedaba embarazada. En cualquiera de ambos casos podría morir uno de los dos, o los dos. La ley no estaba clara en algunos puntos, y eran generalmente las familias quienes decidían cómo había que actuar ante la deshonra. Conociendo al padre de Bahira, no podía imaginar clemencia para ninguno de los dos. Por alguna razón que no podía comprender, exclamó:

—Mi madre ha estado con el Gran Líder.

Bahira no respondió.

Khalil se enfureció consigo mismo por revelar aquel secreto. No sabía por qué lo había hecho ni sabía tampoco qué sentía por aquella mujer. Era vagamente consciente de que volvería a nacer su deseo hacia ella y por eso sabía que debía mostrarse cortés. Sin embargo, hubiera deseado encontrarse en cualquier sitio menos allí. Vio sus ropas en el extremo de la alfombra de oración. Advirtió también una mancha oscura en la parte de la alfombra donde ella había estado tendida.

Bahira lo rodeó con un brazo y con la otra mano le acarició el muslo.

—¿Crees que nos permitirían casarnos? —preguntó.

—Tal vez.

Pero no lo creía. Miró la mano de ella sobre su muslo y advirtió entonces la sangre que tenía en el pene. Comprendió que debería haber llevado agua para lavarse.

—¿Hablarás con mi padre? —preguntó ella.

—Sí —respondió, aunque no sabía si lo haría.

Casarse con Bahira Nadir, hija del capitán Habib Nadir, sería una buena cosa pero podría resultar peligroso pedirlo. Se preguntó si las viejas la examinarían y descubrirían que había perdido la virginidad. Se preguntó si estaría embarazada. Se preguntó muchas cosas, y no era la menos importante si quedaría impune el pecado que había cometido.

—Debemos irnos —dijo.

Pero ella no hizo ademán de separarse.

Continuaron sentados juntos. Khalil estaba empezando a ponerse nervioso.

Bahira comenzó a hablar pero Khalil la hizo callar. Tenía la inquietante sensación de que estaba sucediendo algo que él necesitaba conocer.

Su madre le había dicho una vez que, al igual que su tocayo, el león, había sido bendecido con un sexto sentido, o segunda vista, como lo llamaban las viejas. Él había dado por supuesto que, sin necesidad de ver ni oír nada, todo el mundo podía percibir el peligro o la proximidad de un enemigo. Pero había acabado comprendiendo que esta sensibilidad era un don especial y ahora se daba cuenta de que lo que había estado percibiendo toda la noche no tenía nada que ver con Bahira, ni con la policía militar ni con la posibilidad de ser sorprendido en fornicación; guardaba relación con algo distinto pero aún no sabía de qué se trataba. Lo único que sabía con seguridad era que algo marchaba mal allá fuera.

Chip Wiggins trató de ignorar las líneas que las balas trazadoras dibujaban ante su carlinga. No tenía, ni en su vida ni en todo su período de instrucción militar, ningún punto de referencia para lo que estaba sucediendo. La escena que se desarrollaba a su alrededor era tan irreal que no podía interpretarla como un peligro mortal. Se concentró en las pantallas de los instrumentos que componían la consola de vuelo que tenía delante. Carraspeó y se dirigió a Satherwaite:

—Estamos llegando.

Satherwaite se dio por enterado con voz carente de inflexiones.

—Menos de dos minutos para el objetivo —dijo Wiggins.

—Recibido.

Satherwaite sabía que ahora debía activar los quemadores adicionales para incrementar la velocidad pero ello produciría una estela muy larga y muy visible de gases tras el aparato, lo que atraería hacia él las bocas de todos los cañones. No se esperaba que hubiera tanto fuego antiaéreo, pero lo había y debía tomar una decisión.

—Quemadores adicionales, Bill —dijo Wiggins.

Satherwaite vaciló. El plan de ataque exigía la mayor velocidad que proporcionarían los quemadores adicionales. Si no, corría el peligro de que su compañero de escuadrilla —Remit 22—, que estaba a sólo treinta segundos por detrás de él, lo embistiera por la cola.

—Bill...

—Está bien.

Satherwaite activó los quemadores adicionales, y el F-111 saltó hacia adelante. Tiró de la palanca, y el morro del aparato se alzó. Satherwaite miró un instante por encima del panel de vuelo y vio una complicada maraña de letales trayectorias pasar de largo por el costado de babor.

—Esos gilipollas no saben apuntar.

Wiggins no estaba tan seguro.

—Sobre el objetivo, treinta segundos para lanzar.

Bahira cogió del brazo a su amante.

—¿Qué ocurre, Asad?

—Calla.

Escuchó atentamente y le pareció oír gritar a alguien a lo lejos. Un vehículo se puso en marcha cerca de ellos. Gateó hasta su ropa y se puso la blusa. Luego se irguió y atisbo por encima del parapeto. Sus ojos escrutaron el terreno del recinto cercado. Después, algo en el horizonte atrajo su atención, y miró al norte y al este, en dirección a Trípoli.

Bahira estaba ahora a su lado, tapándose los pechos con la ropa.

—¿Qué pasa? —preguntó insistentemente.

—No lo sé. Estate callada.

Algo marchaba terriblemente mal pero, fuera lo que fuese, no se podía ver ni oír aún, aunque él lo sentía ahora con extraordinaria intensidad. Clavó la vista en la noche y escuchó.

Bahira atisbo también por encima del parapeto.

—¿Guardias?

—No. Algo... por allí...

Entonces lo vio, incandescentes regueros de brillante fuego elevándose desde el resplandor de la ciudad de Trípoli hacia el oscuro firmamento que se extendía sobre el Mediterráneo.

Bahira los vio también.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Misiles. —*En nombre de Alá, el misericordioso...*—. Misiles y fuego antiaéreo.

Bahira le apretó el brazo.

—Asad..., ¿qué está pasando?

—Ataque enemigo.

—¡No! ¡No! Oh, por favor... —Se dejó caer al suelo y empezó a vestirse—. Debemos ir a los refugios.

—Sí. —Se puso el pantalón y los zapatos, olvidando el calzoncillo.

De pronto, el estridente aullido de una sirena de alarma aérea rasgó la noche. Varios hombres empezaron a gritar y a salir corriendo de los edificios circundantes, se oyó un estruendo de motores que se ponían en marcha, las calles se llenaron de ruido.

Bahira empezó a correr descalza hacia la escalera pero Khalil la alcanzó y la hizo agacharse.

—¡Espera! No puedes dejar que te vean salir de este edificio. Espera a que los demás lleguen antes a los refugios.

Ella lo miró y asintió con la cabeza.

Seguro de que se quedaría donde estaba, Khalil volvió al parapeto y miró hacia la ciudad.

—En nombre de Alá...

Brotaban grandes llamaradas en Trípoli, y ahora podía ver y sentir las distantes explosiones, semejantes al retumbante trueno del desierto.

Luego, sus ojos captaron algo; y vio una sombra borrosa que se abalanzaba hacia él, recortándose sobre las luces y los incendios de Trípoli. De la sombra emergía un enorme penacho rojo y blanco, y Khalil comprendió que estaba mirando los gases de los tubos de escape de un reactor que volaba en línea recta hacia él. Se quedó inmóvil, paralizado por el terror, y ni un solo grito pudo brotar de su garganta.

Bill Satherwaite apartó de nuevo los ojos de las pantallas electrónicas y echó otro rápido vistazo a través del parabrisas. Delante de ellos pudo reconocer en la oscuridad la vista aérea de Al Azziziyah que había contemplado cien veces en fotos tomadas por satélite.

—Preparado —dijo Wiggins.

Satherwaite volvió nuevamente su atención a las pantallas y se concentró en la tarea de pilotar el avión y en la pauta de lanzamiento de bombas que ejecutaría pocos segundos después.

—Tres, dos, uno, ya —dijo Wiggins.

Satherwaite sintió inmediatamente que el avión se tornaba más ligero y pugnó por controlarlo mientras daba comienzo a las maniobras evasivas a gran velocidad que les permitirían largarse de allí a toda prisa.

Wiggins estaba accionando los mandos que guiaban mediante rayos láser las bombas de mil kilos, haciéndoles seguir sus trayectorias hasta los objetivos previamente asignados.

—Buscando... —dijo—, buena imagen... lo tengo... avanzando... avanzando... ¡impacto! Una, dos, tres, cuatro. ¡Precioso!

No pudieron oír las detonaciones de las cuatro bombas en el interior del complejo de Al Azziziyah, pero ambos podían imaginar el estruendo y las llamaradas de las explosiones.

—Larguémonos de aquí —dijo Satherwaite.

—Adiós, señor árabe —añadió Wiggins.

Asad no podía dejar de mirar la increíble cosa que avanzaba hacia él dejando una estela de fuego tras de sí.

De pronto, el reactor atacante se elevó en el cielo nocturno y su rugido lo ahogó todo, excepto el grito de Bahira Nadir.

El reactor desapareció y el estruendo amainó, pero Bahira continuó gritando y gritando.

—¡Cállate! —ordenó Khalil. Bajó la vista hacia la calle y vio que dos soldados miraban en su dirección. Se agazapó bajo el parapeto. Bahira estaba sollozando ahora.

Mientras pensaba qué hacer a continuación, la azotea saltó bajo sus pies y lo arrojó violentamente al suelo. Al instante, una enorme explosión sonó cerca de él. Luego hubo otra explosión, y otra, y otra. Se tapó los oídos con las manos. La tierra

tembló, sintió el cambio de presión, le chasquearon los oídos y su boca se abrió en un grito silencioso. Una oleada de calor se abatió sobre él, el firmamento se tiñó de un color rojo sangre y trozos de piedras, cascotes y tierra empezaron a caer del cielo. *Ten misericordia, Alá. Sálvame...* El mundo estaba siendo destruido a su alrededor. No tenía aire en los pulmones y pugnó por tomar aliento. Todo se hallaba extrañamente silencioso, y se dio cuenta de que estaba sordo. También se dio cuenta de que se había orinado encima.

Poco a poco, fue recuperando la audición, y advirtió que Bahira estaba gritando de nuevo en un estallido de puro y absoluto terror. La muchacha se puso en pie, avanzó tambaleándose hasta el parapeto del otro extremo y empezó a gritar hacia el patio que se extendía abajo.

—¡Calla!

Corrió hasta ella y la agarró del brazo, pero Bahira se desasíó y empezó a correr por todo el perímetro del parapeto, sembrado de cascotes, gritando con todas sus fuerzas.

Cuatro explosiones más resonaron en el extremo este del complejo.

Khalil vio en la azotea contigua a varios hombres que montaban una ametralladora antiaérea. Bahira los vio también y extendió los brazos hacia ellos, gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Ellos la vieron pero continuaron montando la ametralladora.

—¡Ayudadme! ¡Socorro!

Khalil la agarró por detrás y la tiró al suelo.

—¡Cállate!

Bahira luchó contra él, y Khalil se sintió asombrado de su fuerza. Continuó gritando, se desasíó de sus brazos y le clavó las uñas en la cara, abriéndole largos arañazos en las mejillas y en el cuello.

De pronto, la ametralladora instalada en el edificio contiguo abrió fuego, y el tableteo sonó mezclado con el aullido de la sirena y el fragor de explosiones lejanas. Balas trazadoras rojas brotaban de la ametralladora, y esto hizo que Bahira gritara de nuevo.

Khalil le tapó la boca con la mano pero ella le mordió un dedo. Luego le dio un rodillazo en la ingle, y él retrocedió tambaleándose.

Bahira estaba completamente histérica, y no veía cómo podría calmarla.

Pero había una manera.

Le rodeó el cuello con las manos y apretó.

El F-111 se alejó en dirección sur sobre el desierto, luego Satherwaite inclinó el avión a estribor y le hizo describir un cerrado giro de ciento cincuenta grados que los llevaría de nuevo a la costa, a cien kilómetros al oeste de Trípoli.

—Un vuelo perfecto, jefe —dijo Wiggins.

Satherwaite no hizo ningún comentario al respecto, pero pidió:

—Atento a ver si aparece la fuerza aérea libia, Chip.

Wiggins manipuló los mandos de su pantalla de radar.

—Cielos despejados. Los pilotos de Gadafi ahora están lavándose la ropa interior.

—Esperemos. —El F-111 no tenía misiles aire-aire, y los idiotas que lo diseñaron ni siquiera lo habían equipado con una ametralladora Gatling, de modo que su única defensa contra otro reactor era la velocidad y la agilidad de maniobra—. Esperemos —repitió, y transmitió una señal de radio indicando que Karma 57 figuraba entre los vivos.

Permanecieron en silencio aguardando las otras señales. Y finalmente empezaron a llegar: Remit 22, con Terry Waycliff a los mandos y Bill Hambrecht como oficial de sistemas de armamento; Remit 61, con Bob Callum y Steve Cox; Elton 38, con Paul Grey y Jim McCoy.

Toda su escuadrilla había salido ilesa.

—Espero que los demás estén bien —dijo Wiggins.

Satherwaite asintió con la cabeza. Hasta el momento, la misión se desarrollaba perfectamente y eso lo hacía sentirse bien. Le gustaba que todo saliese conforme a lo planeado. Aparte de los misiles y la Triple A, que de todos modos no le habían causado ningún daño ni a él ni a sus compañeros, ésta podría haber sido una misión de entrenamiento con bombas reales en el desierto del Mojave. «Una perita en dulce», anotó Satherwaite en su cuaderno de ruta.

—Coser y cantar —convino Wiggins.

Asad Khalil continuó apretando, y finalmente Bahira dejó de gritar. Lo miró con los ojos desmesuradamente abiertos. Apretó con más fuerza, y ella empezó a retorcerse y a agitarse. Volvió a apretar con más fuerza aún, y los movimientos se convirtieron en espasmos musculares. Luego, incluso éstos cesaron. Mantuvo la presión sobre la garganta de Bahira y miró sus ojos, completamente abiertos y fijos ya.

Contó hasta sesenta y retiró las manos. Había resuelto el problema del presente y todos los problemas del futuro con un acto relativamente sencillo.

Se puso en pie, depositó el Corán sobre la alfombra de oración, que seguidamente enrolló, ató y se echó al hombro, y, bajando la escalera del edificio, salió a la calle.

Todas las luces del complejo militar estaban apagadas, y atravesó la oscuridad en dirección a su casa. Con cada paso que se alejaba del edificio en cuya azotea yacía muerta Bahira, se alejaba también, física y mentalmente, de cualquier implicación con la muchacha muerta.

Delante de él había un edificio en ruinas, y a la luz de las llamas que envolvían la estructura vio soldados muertos por todo su alrededor. La cara de un hombre lo miraba fijamente, con la blanca piel enrojecida por el reflejo de las llamas. Los ojos habían reventado, y le brotaba sangre de las cuencas, de la nariz, de los oídos, de la boca. Khalil luchó por reprimir la náusea que le levantaba el estómago pero le llegó una vaharada de carne quemada, y vomitó.

Descansó un momento y luego continuó, llevando todavía su alfombra de oración.

Deseaba rezar pero el Corán prohibía específicamente que un hombre rezase después de haber copulado con una mujer, a menos que antes se lavara la cara y las manos.

Vio una cisterna rota que vertía agua por el costado de un edificio, y se detuvo para lavarse la cara y las manos; luego se lavó la sangre y la orina de sus genitales.

Continuó andando, recitando largos pasajes del Corán, orando por la seguridad de su madre, sus hermanas y sus hermanos.

Vio hogueras que llameaban en la dirección hacia donde él se encaminaba, y echó a correr.

Aquella noche, pensó, había comenzado en pecado y terminado en infierno. La lujuria conducía al pecado, el pecado conducía a la muerte. Las llamas del averno crepitaban a su alrededor. El Gran Satán mismo los había castigado a él y a Bahira. Pero Alá el misericordioso le había perdonado la vida, y mientras corría rogaba porque Alá hubiera salvado también a su familia.

También rogó por la familia de Bahira y por el Gran Líder.

Mientras corría a través de las ruinas de Al Azziziyah, Asad Khalil, de dieciséis años de edad, comprendió que había sido puesto a prueba por Satán y por Alá, y que de aquella noche de pecado, muerte y fuego emergería convertido en un hombre.

Capítulo 17

Asad Khalil continuó corriendo hacia su casa. Había más personas en aquella zona del distrito, soldados, mujeres, unos cuantos niños, y todos corrían o caminaban lentamente, como aturcidos; se dio cuenta de que algunos estaban de rodillas, rezando.

Khalil dobló una esquina y se paró en seco. La hilera de casas de estuco adosadas en que vivía parecía extrañamente diferente.

Advirtió luego que no había postigos en las ventanas y reparó en los escombros desparramados por la plaza situada ante las casas. Pero más extraño aún era el hecho de que la luz de la luna penetraba a través de las ventanas y las puertas abiertas. Se dio cuenta de pronto de que los tejados se habían hundido en el interior de los edificios y habían hecho saltar puertas, ventanas y postigos. *Alá, te lo ruego, por favor, no...*

Sintió como si estuviera a punto de desmayarse. Inspiró profundamente y corrió hacia su casa, tropezando con pedazos de cemento y dejando caer la alfombra de oración, hasta llegar finalmente a la puerta de entrada. Titubeó un momento y luego se precipitó al interior, en dirección a lo que había sido la estancia delantera.

Toda la azotea se había desplomado sobre la estancia, cubriendo el suelo embaldosado, las alfombras y los muebles de losas de cemento rotas, vigas de madera y estuco. Levantó la vista hacia el firmamento despejado. *En nombre del misericordioso...*

Cogió aire nuevamente y trató de dominarse. En la pared del fondo estaba el armario de madera y ladrillo que había construido su padre. Khalil avanzó por encima de los cascotes hasta el armario, cuyas puertas estaban abiertas. Encontró dentro la linterna y la encendió.

Paseó por la habitación el fino y potente haz luminoso y entonces pudo ver toda la amplitud de los daños producidos. De la pared colgaba aún una fotografía enmarcada del Gran Líder, y esto le tranquilizó en cierto modo.

Sabía que tenía que entrar en los dormitorios, pero no se decidía a enfrentarse a lo que podría haber allí.

Finalmente, se dijo a sí mismo: *Tienes que ser un hombre. Debes ver si están muertos o vivos.*

Avanzó hacia una abertura arqueada que conducía a los aposentos posteriores de la casa. La cocina y el comedor habían sufrido los mismos daños que la estancia delantera. Observó que todos los platos y cuencos de cerámica de su madre habían caído de sus anaqueles.

Atravesó aquella escena de destrucción hasta llegar a un pequeño patio interior,

en el que se abrían tres puertas que daban a los tres dormitorios. Empujó la puerta de la habitación que había compartido con sus dos hermanos, Esam, de cinco años, y Qadir, de catorce. Esam era hijo póstumo de su padre, siempre enfermizo y mimado por sus hermanas y su madre. El propio Gran Líder había mandado llamar una vez a un médico europeo para que lo examinara durante una de sus enfermedades. Qadir, sólo dos años menor que Asad, estaba muy desarrollado para su edad, y a veces lo tomaban por gemelo suyo. Asad Khalil albergaba la esperanza y el sueño de que Qadir y él ingresaran juntos en el ejército, se hicieran grandes guerreros y se convirtieran finalmente en comandantes del ejército y ayudantes del Gran Líder.

Asad Khalil se aferraba a esta imagen mientras empujaba la puerta, que ofrecía cierta resistencia. Empujó con más fuerza y finalmente logró introducirse por la estrecha abertura y penetrar en el cuarto.

En la pequeña habitación había tres camas individuales, la suya, que estaba aplastada bajo una losa de cemento, la cama de Qadir, sepultada también bajo cascotes de cemento, y la cama de Esam, sobre la que Asad pudo ver una enorme viga.

Khalil trepó sobre los escombros hasta la cama de Esam y se arrodilló a su lado. El pesado madero había caído longitudinalmente encima del lecho, y debajo del madero, debajo de la manta, yacía el cuerpo aplastado y sin vida de Esam. Khalil se cubrió la cara con las manos y lloró.

Cuando consiguió calmarse un poco, se volvió hacia la cama de Qadir. Todo el lecho se hallaba sepultado bajo un trozo del techo de cemento y estuco. Alumbró con la linterna el montón de cascotes y vio una mano y un brazo que asomaban bajo los pedazos de cemento. Se inclinó y agarró la mano pero al instante soltó la carne muerta.

Lanzó un largo y quejumbroso gemido y se arrojó sobre el montón de cascotes que cubría la cama de Qadir. Lloró durante uno o dos minutos, pero luego comprendió que debía encontrar a los demás. No sin esfuerzo, se puso en pie.

Antes de salir de la habitación, se volvió, proyectó de nuevo el haz de la linterna sobre su cama y miró como hipnotizado la losa de cemento bajo la que yacía aplastado el lecho en el que él había estado tendido hacía solamente unas horas.

Khalil cruzó el pequeño patio y empujó la astillada puerta de la habitación de sus hermanas. La puerta se había salido de sus goznes y cayó hacia adentro.

Sus hermanas, Adara, de nueve años, y Lina, de once, compartían una cama doble. Adara era una niña alegre por la que Khalil sentía una predilección especial, y se comportaba con ella más como un padre que como un hermano mayor. Lina era seria y estudiosa, una delicia para sus maestros.

Khalil no podía resolverse a dirigir sobre la cama la luz de la linterna, ni siquiera a mirarla. Permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, luego los abrió y proyectó el haz luminoso sobre la amplia cama. Dejó escapar una exclamación entrecortada. La cama estaba volcada y parecía como si la habitación entera hubiera sido sacudida por

un gigante. Khalil vio entonces que la pared trasera exterior se había desplomado hacia adentro, y percibió un potente y acre olor a explosivos. Comprendió que la bomba había detonado no lejos de allí, y la onda expansiva había derrumbado la pared y había llenado la habitación de fuego y humo. Todo estaba carbonizado, zarandeado y reducido a fragmentos irreconocibles.

Pasó sobre los escombros amontonados junto a la puerta, dio unos pasos y se detuvo, petrificado, con una pierna delante de la otra. En el extremo del haz luminoso de la linterna había una cabeza cortada, de rostro carbonizado y ennegrecido y el pelo casi completamente quemado. Khalil no podía distinguir si era Lina o Adara.

Dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta, tropezó, cayó, trepó a cuatro patas sobre los escombros y sintió que su mano tocaba un cuerpo inerte.

Se encontró tendido en el pequeño patio, encogido sobre sí mismo, sin poder ni querer moverse.

A lo lejos oía sirenas, vehículos, gritos y, más cerca, lamentos de mujeres. Khalil comprendió que habría muchos funerales en los próximos días y sería preciso excavar muchas tumbas, rezar muchas oraciones y consolar a muchos supervivientes.

Permaneció allí tendido, paralizado de dolor por la pérdida de sus dos hermanos y sus dos hermanas. Finalmente, trató de incorporarse pero sólo consiguió arrastrarse hacia la habitación de su madre. Observó que la puerta había desaparecido sin dejar rastro.

Se puso en pie y entró en la habitación. El suelo estaba relativamente limpio de escombros, y vio que el techo había resistido, aunque todo lo que había en la habitación, incluida la cama, parecía que hubiera sido arrastrado hacia la pared del fondo. Khalil vio que las cortinas y los postigos habían sido arrancados de las estrechas ventanas y comprendió que la onda expansiva había penetrado por aquellas ventanas y había llenado la estancia con una violenta explosión.

Corrió a la cama de su madre, que había sido arrojada contra la pared, y la vio allí tendida, despojada de su manta y su almohada y con el camisón y las sábanas cubiertas de polvo gris.

Al principio pensó que estaba dormida o que la violencia del choque contra la pared la había dejado inconsciente. Pero luego reparó en la sangre que tenía alrededor de la boca y en la que le había salido de los oídos. Recordó cómo a él casi le habían estallado los oídos y los pulmones a consecuencia de las explosiones y supo lo que le había sucedido a su madre.

La sacudió.

—¡Madre! ¡Madre! —Continuó sacudiéndola—. ¡Madre!

Faridah Khalil abrió los ojos y trató de fijar la vista en su hijo mayor. Empezó a hablar pero tosió y escupió una espuma sanguinolenta.

—¡Madre! ¡Soy Asad!

Ella movió levemente la cabeza.

—Madre, voy a buscar ayuda...

Ella le agarró el brazo con sorprendente fuerza y sacudió la cabeza. Le estiró del brazo, y Asad comprendió que quería que se acercase.

Asad Khalil se inclinó sobre ella de tal modo que su rostro quedó a unos centímetros del de su madre.

Ésta intentó hablar de nuevo pero volvió a escupir sangre, cuyo olor llegó ahora hasta Khalil.

—Te pondrás bien, madre. Voy a buscar a un médico.

—¡No! —replicó ella.

Le sorprendió oír su voz, que no se parecía en nada a la voz de su madre. Le preocupaba la posibilidad de que tuviese lesiones internas que le produjeran hemorragias. Pensó que tal vez pudiera salvarla si la llevaba al hospital del distrito. Pero ella no le dejaba irse. Sabía que se estaba muriendo y quería tenerlo a su lado cuando exhalase su último aliento.

La mujer le susurró al oído:

—¿Qadir... Esam... Lina... Adara...?

—Sí... Están bien. Están... Estarán... —Asad se encontró sollozando tan intensamente que no pudo continuar.

—Mis pobres hijos... mi pobre familia... —susurró Faridah.

Asad lanzó un largo gemido y luego clamó:

—Alá, ¿por qué nos has abandonado?

Lloró sobre el pecho de su madre, sintió bajo su mejilla los latidos de su corazón y oyó su susurro:

—Mi pobre familia...

Luego, su corazón se detuvo, y Asad Khalil permaneció muy quieto, aguzando el oído, esperando que su pecho se elevara y descendiera de nuevo. Esperó.

Continuó largo tiempo apoyado sobre sus pechos, luego se levantó y salió de la habitación. Vagó en estado de trance por entre los escombros de su hogar, y se encontró fuera, delante de la casa. Quedó allí contemplando la escena de caos que lo rodeaba. Cerca, alguien gritó:

—¡Toda la familia Atiyeh está muerta!

Los hombres maldecían, las mujeres lloraban, los niños gritaban, llegaban ambulancias, las camillas se llevaban heridos, pasó un camión lleno de cadáveres envueltos en sudarios blancos.

Oyó a un hombre decir que la cercana casa del Gran Líder había sido alcanzada por una bomba. El Gran Líder se había salvado pero habían muerto varios miembros de su familia.

Asad Khalil permanecía de pie y escuchaba todo cuanto se decía a su alrededor. Percibía algo de lo que estaba sucediendo pero todo parecía muy lejano.

Empezó a andar sin rumbo y a punto estuvo de ser atropellado por un coche de bomberos que pasó a toda velocidad. Continuó andando y se encontró cerca del almacén de municiones en cuya azotea yacía muerta Bahira. Se preguntó si su familia

habría sobrevivido. En cualquier caso, quien la buscase lo haría entre los escombros de la zona de viviendas. Pasarían días o semanas antes de que fuese encontrada en la azotea, y para entonces el cuerpo estaría... Se daría por supuesto que había muerto por efecto de la onda expansiva.

Asad Khalil advirtió con asombro que, a pesar de su dolor, todavía pensaba con claridad respecto a ciertas cosas.

Se alejó rápidamente del almacén de municiones. No quería tener ninguna relación más con aquel lugar.

Caminó a solas con su pensamiento, solo en el mundo. *Todos mis familiares son mártires del islam* —se dijo—. *Yo he sucumbido a una tentación fuera de la Sharia, y debido a ello no estaba en mi cama y me he salvado de la suerte que ha corrido mi familia. Pero Bahira sucumbió a la misma tentación y ha sufrido una suerte distinta.* Trató de extraer algún sentido de todo aquello y pidió a Alá que le ayudase a comprender el significado de aquella noche.

El *ghabli* silbaba a través del campamento, levantando polvo y arena. La noche era más fría ahora y la luna se había puesto, dejando el oscurecido campamento sumido en tinieblas. Nunca se había sentido tan solo, tan asustado, tan desvalido.

—Alá, te lo ruego, hazme entender...

Se prosternó en la negra carretera, mirando hacia La Meca. Oró, pidió una señal, pidió orientación, trató de pensar con claridad.

No tenía la menor duda de quién era el que había arrojado sobre ellos toda aquella destrucción. Circulaban desde hacía meses rumores de que el loco, Reagan, los iba a atacar, y ya había sucedido. Acudió a su mente la imagen de su madre hablándole. «Mi pobre familia debe ser vengada». Sí, eso era lo que había dicho, o lo que iba a decir.

De pronto, comprendió que él había sido elegido para vengar no sólo a su familia, sino también a su nación, a su religión y al Gran Líder. Él sería instrumento de Alá para la venganza. Él, Asad Khalil, ya no tenía nada que perder ni tampoco nada por lo que vivir, a menos que emprendiera la *yihad* y llevara la guerra santa hasta las costas del enemigo.

La mente del joven Asad Khalil estaba ahora centrada en la venganza y el castigo. Iría a América y degollaría a todos los que habían tomado parte en aquel cobarde ataque. Ojo por ojo, diente por diente. Ésta era la lucha a muerte árabe, la lucha de sangre, más antigua aún que el Corán o la *yihad*, tan antigua como el *ghabli*.

—Juro ante Alá que vengaré esta noche —dijo Asad en voz alta.

—¿Todas en el blanco? —preguntó el teniente Bill Satherwaite a su oficial de armamento.

—Sí —respondió Chip Wiggins—. Bueno, una de ellas tal vez se haya desviado... —añadió—. Pero ha dado en algo. Una fila de pequeños edificios...

—Estupendo. Siempre que no le hayas dado al Arco de Mario.

—Marco.

—Es igual. Me debes una cena, Chip.

—No, tú me debes a mí una cena.

—Has fallado un blanco. Tú pagas.

—De acuerdo, te pago una cena si vuelas otra vez sobre el Arco de Marco Aurelio.

—Ya he pasado sobre el Arco al venir. Si no te has fijado —añadió Satherwaite—, ya lo verás cuando vuelvas como turista.

Chip Wiggins no tenía intención de volver jamás a Libia, como no fuese a bordo de un caza.

Sobrevolaron el desierto y de pronto apareció bajo ellos la costa, y se encontraron sobre el Mediterráneo. Ya no necesitaban mantener la radio en silencio, y Satherwaite transmitió:

—Sobrevolando el mar.

Pusieron rumbo al punto de reunión con el resto de la escuadrilla.

—No volveremos a tener noticias de Muammar durante algún tiempo —comentó Wiggins—. Quizá nunca más —añadió.

Satherwaite se encogió de hombros. No ignoraba que aquellos ataques quirúrgicos tenían su propia finalidad, aparte de poner a prueba su pericia como piloto. Sabía que surgirían problemas políticos y diplomáticos después de aquello. Pero le interesaban más las conversaciones de los vestuarios en Lakenhead. Estaba deseando informar del desarrollo de la misión. Pensó fugazmente en las cuatro bombas de mil kilos guiadas por láser que habían lanzado, y confió en que todo el mundo allá abajo hubiera tenido tiempo de acudir a los refugios. Realmente, él no quería causar daño a nadie.

Wiggins interrumpió sus pensamientos.

—Al amanecer, Radio Libia informará de que hemos alcanzado seis hospitales, siete orfanatos y diez mezquitas —dijo.

Satherwaite no respondió.

—Dos mil civiles muertos... mujeres y niños todos ellos.

—¿Cómo andamos de combustible?

—Unas dos horas.

—Excelente. ¿Te has divertido?

—Sí, hasta la Triple A.

—Tú no querías bombardear un objetivo indefenso, ¿no?

Wiggins se echó a reír y dijo:

—Ahora ya somos veteranos de combate.

—Es cierto.

Wiggins permaneció unos momentos en silencio y luego observó:

—Me pregunto si habrá represalias. —Y añadió—: Quiero decir que ellos nos joden, nosotros los jodemos, ellos nos joden, nosotros los jodemos... ¿dónde termina la cosa?

Tercera Parte

Estados Unidos, 15 de abril, el presente

*Cabalgaba terrible y solo.
Con su espada yemení por toda ayuda.
No llevaba más ornamento
que las muescas de la hoja.
La Venganza de la muerte.
Canto de guerra árabe.*

Capítulo 18

Asad Khalil, recién llegado de París por vía aérea y único superviviente del vuelo 175 de Trans-Continental, se hallaba confortablemente sentado en el asiento posterior de un taxi de Nueva York. Miró por la ventanilla derecha, y observó los altos edificios que pasaban ante su vista. Observó también que, allí, en Estados Unidos, muchos de los coches eran más grandes que en Europa o en Libia. El tiempo era agradable pero, como en Europa, había demasiada humedad para un hombre acostumbrado al árido clima de África del Norte. También como en Europa, había una abundante vegetación. El Corán prometía un Paraíso de verdor, ondulantes arroyos, sombra constante, frutas, vino y mujeres. Era curioso, pensó, que las tierras de los infieles pareciesen semejar el Paraíso. Pero sabía que la semejanza era sólo superficial. O quizá Europa y América eran el Paraíso prometido en el Corán y solamente esperaban la llegada del islam.

Asad Khalil volvió su atención hacia el taxista, Gamal Yabbar, su compatriota cuyo nombre y fotografía se mostraban de forma destacada en una licencia colocada sobre el salpicadero.

El Servicio de Inteligencia libio en Trípoli había dicho a Khalil que su chófer sería uno de cinco hombres determinados. Había muchos taxistas musulmanes en Nueva York, y se podía persuadir a muchos de ellos para que hiciesen un pequeño favor, aunque no fuesen selectos luchadores por la libertad. El agente que Khalil tenía asignado en Trípoli, a quien conocía por el nombre de Malik —el Rey, o el Maestro—, había dicho con una sonrisa: «Muchos taxistas tienen parientes en Libia».

—¿Qué carretera es ésta? —le preguntó a Gamal Yabbar.

—La llaman la carretera de circunvalación —respondió Yabbar en árabe con acento libio—. El océano Atlántico queda por allí. Esta parte de la ciudad se conoce con el nombre de Brooklyn. Aquí viven muchos de nuestros correligionarios.

—Lo sé. ¿Por qué estás tú aquí?

A Yabbar no le gustó el tono de la pregunta ni la implicación que latía en ella, pero tenía preparada una respuesta.

—Sólo para ganar dinero en esta maldita tierra —contestó—. Dentro de seis meses regresaré a Libia y estaré con mi familia.

Khalil sabía que eso no era cierto, no porque creyera que Yabbar mentía, sino porque Yabbar estaría muerto antes de una hora.

Khalil miró por la ventanilla hacia el océano que se extendía a su izquierda, luego hacia los altos edificios de apartamentos que se alzaban a su derecha y finalmente hacia el lejano horizonte de Manhattan, al frente. Había pasado suficiente tiempo en Europa para no sentirse excesivamente impresionado por lo que veía aquí. Las tierras

de los infieles eran populosas y prósperas pero las gentes se habían alejado de su Dios y eran débiles. Gentes que no creían en nada más que en llenarse la barriga y la cartera no eran adversarios para los guerrilleros islámicos.

—¿Practicar tu religión aquí, Yabbar? —preguntó Khalil.

—Sí, por supuesto. Hay una mezquita cerca de mi casa.

—Excelente. Y por lo que estás haciendo hoy tienes asegurado un lugar en el Paraíso.

Yabbar no respondió.

Khalil se recostó en el asiento y reflexionó en la última hora transcurrida de aquel importante día.

Salir del área de servicio del aeropuerto, subir al taxi y enfilarse en la carretera general había resultado muy sencillo, pero Khalil sabía que diez o quince minutos después podría no haber sido tan fácil. Se había sentido sorprendido a bordo del avión cuando oyó al hombre alto de traje decir «se ha cometido un crimen», y luego el hombre lo miró y le ordenó que bajase de la escalera de caracol. Khalil se preguntó cómo sabía tan pronto que se trataba de un crimen. Quizá, pensó, el bombero llegado a bordo había dicho algo por su radio. Pero Khalil y Yusef Haddad, su cómplice, habían tenido cuidado de no dejar ninguna evidencia de un crimen. De hecho, pensó Khalil, él se había tomado la molestia de romperle el cuello a Haddad para no dejar pruebas de una herida de bala o de cuchillo.

Había otras posibilidades, pensó Khalil. Quizá el bombero había visto que los agentes federales tenían los pulgares cortados. O quizá la policía había sospechado al interrumpirse el contacto por radio con el bombero.

Khalil no tenía intención de matarlo, pero cuando el hombre intentó abrir la puerta del lavabo no tuvo más remedio que hacerlo. Por lo único que sentía la muerte del bombero era porque con ella dejaba tras de sí otra prueba en un momento crítico de sus planes.

En cualquier caso, la situación cambió rápidamente cuando el hombre del traje subió a bordo, y Khalil tuvo entonces que actuar con más rapidez. Sonrió al recordar que aquel hombre le había dicho que bajara la escalera de caracol, que era lo que ya estaba haciendo. Salir del avión no sólo había sido sencillo, es que se le había ordenado hacerlo.

Subir al furgón de equipajes, que estaba con el motor en marcha, y alejarse en él, había sido más fácil aún. De hecho, había una docena de vehículos desocupados entre los que elegir, tal como le había dicho el Servicio de Inteligencia libio, que tenía un amigo trabajando como mozo de equipajes para la Trans-Continental.

El mapa del aeropuerto utilizado por Khalil procedía de una página web de Internet, y el emplazamiento del lugar llamado Club Conquistador había sido determinado con toda exactitud por Boutros, el hombre que lo había precedido en febrero. La Inteligencia libia le había hecho ensayar a Khalil todo el trayecto desde el área de seguridad hasta el Club Conquistador, y Khalil habría podido recorrerlo a

ciegas después de cien ensayos en carreteras simuladas en las cercanías de Trípoli.

Pensó en Boutros, a quien solamente había visto una vez..., no en el hombre mismo, sino en la facilidad con que Boutros había engañado a los americanos en París, en Nueva York y luego en Washington. Los miembros de los servicios de Inteligencia americanos no eran estúpidos pero eran arrogantes, y la arrogancia llevaba al exceso de confianza y, por ende, a la negligencia.

—¿Conoces el significado de este día? —le preguntó a Yabbar.

—Desde luego. Soy de Trípoli. Era un niño cuando llegaron los bombarderos americanos, malditos sean.

—¿Sufriste daños personales en el ataque?

—Perdí un tío en Bengasi, un hermano de mi padre. Su muerte me entristece aún ahora.

A Khalil le sorprendía la gran cantidad de libios que habían perdido amigos y parientes en el bombardeo que causó la muerte de menos de cien personas. Hacía tiempo que había asumido el hecho de que todos mentían. Y ahora probablemente estaba en presencia de otro embustero.

Khalil no solía hablar de sus propios sufrimientos a consecuencia del ataque aéreo, y jamás revelaría semejante cosa fuera de Libia. Pero como dentro de muy poco Yabbar ya no supondría ningún riesgo para la seguridad, le dijo:

—Toda mi familia murió en Al Azziziyah.

Yabbar permaneció unos instantes en silencio y luego dijo:

—Lo acompañe en el sentimiento, amigo mío.

—Mi madre, mis dos hermanas, mis dos hermanos.

Silencio de nuevo.

—Sí, sí. Recuerdo. La familia de... —dijo finalmente Yabbar.

—Khalil.

—Sí, sí. Todos sufrieron martirio en Al Azziziyah. —Yabbar volvió la cabeza para mirar a su pasajero—. Que Alá venga su sufrimiento, señor. Que Dios le dé paz y fortaleza hasta que vea de nuevo a su familia en el Paraíso.

Yabbar continuó, derramando alabanzas, bendiciones y conmiseración sobre Asad Khalil.

Los pensamientos de Khalil tornaron a los momentos anteriores del día y de nuevo al recuerdo del hombre alto del traje y a la mujer con la chaqueta azul que parecía ser su cómplice. Los americanos, como los europeos, hacían que las mujeres pareciesen hombres y que los hombres semejasen mujeres. Aquello era un insulto a Dios y a la creación de Dios. La mujer fue hecha de la costilla de Adán para ser su compañera, no su igual.

En cualquier caso, cuando aquel hombre y aquella mujer subieron a bordo, la situación cambió rápidamente. De hecho, había pensado en no ir al Club Conquistador —el cuartel general secreto de los agentes federales— pero era un objetivo al que no podía resistirse, un manjar que había saboreado mentalmente desde

febrero, cuando Boutros informó de su existencia a Malik. Malik había dicho a Khalil: «Éste es un plato tentador que se te ofrece a tu llegada. Pero no te será tan satisfactorio como los platos servidos fríos. Toma tu decisión cuidadosa y sabiamente. Mata sólo lo que puedas comer o lo que no puedas guardar para más adelante».

Khalil recordaba estas palabras pero había decidido correr el riesgo y matar a los que creían ser sus carceleros.

Consideraba de poca importancia lo sucedido en el avión. El gas venenoso era una forma casi cobarde de matar pero había formado parte del plan. Las bombas que Khalil había hecho estallar en Europa le proporcionaron poca satisfacción, aunque apreciaba el simbolismo de matar a aquellas personas de manera similar a como los cobardes pilotos americanos habían matado a su familia.

El asesinato con un hacha del oficial de aviación norteamericano en Inglaterra le había proporcionado una enorme satisfacción. Todavía recordaba al hombre dirigiéndose a su coche en el oscuro *parking*, consciente de que había alguien detrás de él. Recordaba que el oficial se volvió hacia él diciendo: «¿Puedo hacer algo por usted?»

Khalil sonrió. «Sí, puede hacer algo por mí, coronel Hambrecht». Luego, le había dicho: «Al Azziziyah», y nunca olvidaría la expresión de su rostro antes de que él sacara el hacha de debajo de su impermeable y le asestara un golpe que prácticamente le cortó el brazo. Después Khalil se tomó su tiempo, seccionando las extremidades del hombre, las costillas, los genitales y demorando el golpe decisivo al corazón hasta tener la seguridad de que su víctima había sufrido suficiente dolor para que su padecimiento fuese extremo, pero no tanto como para perder el conocimiento. Finalmente dejó caer el hacha sobre el esternón, que se partió en dos mientras la hoja se hundía en el corazón. El coronel aún tenía sangre suficiente para producir un pequeño surtidor, que Khalil esperaba que el hombre pudiera ver y sentir antes de morir.

Khalil cuidó de llevarse la cartera del coronel Hambrecht a fin de que pareciese un atraco, aunque, evidentemente, el asesinato a hachazos no parecía un simple atraco. No obstante, planteaba cuestiones a la policía, que debía clasificar el asesinato como un posible atraco pero probablemente político.

El siguiente pensamiento de Khalil fue para los tres escolares americanos que esperaban en una parada de autobús en Bruselas. Tenían que haber sido cuatro —uno por cada uno de sus hermanos y hermanas— pero aquella mañana sólo había tres. Los acompañaba una mujer, probablemente la madre de uno o dos de ellos. Khalil paró su coche, se apeó, disparó a cada niño en el pecho y en la cabeza, sonrió a la mujer, subió de nuevo al coche y se alejó.

Malik se puso furioso con él por dejar con vida a un testigo que le había visto la cara, pero Khalil estaba seguro de que la mujer no recordaría durante el resto de su vida nada más que a los tres niños agonizando en sus brazos. Así era como había

vengado la muerte de su madre.

Pensó por un momento en Malik, su mentor, su maestro, casi su padre. El propio padre de Malik, Numair —la Pantera—, era un héroe de la guerra de independencia contra los italianos. Numair había sido capturado por el ejército italiano y posteriormente ahorcado cuando Malik era sólo un niño. Malik y Khalil estaban unidos por el hecho de que ambos habían perdido a sus padres a manos de los infieles, y ambos habían jurado venganza.

Después de que su padre hubiera muerto ahorcado, Malik —cuyo verdadero nombre se desconocía— había ofrecido a los británicos sus servicios como espía contra los italianos y los alemanes mientras los ejércitos de los tres países se mataban mutuamente a todo lo largo de Libia. Malik había espiado también para los alemanes en contra de los británicos, y su acción combinada de espionaje a los ejércitos de ambos bandos había incrementado el número de muertes. Cuando llegaron los norteamericanos, Malik encontró otro patrono que confiaba en él. Khalil recordó que Malik le había contado una vez cómo en cierta ocasión condujo a una patrulla americana hasta una emboscada alemana y luego regresó a las líneas americanas para revelarles el emplazamiento del grupo alemán.

Khalil se había sentido impresionado por la doblez de Malik y su capacidad para lograr un elevado número de muertes sin disparar personalmente un solo tiro.

Asad Khalil había sido adiestrado por muchos hombres buenos en las artes de matar pero era Malik quien le había enseñado a pensar, actuar, engañar, conocer la mente del occidental y utilizar ese conocimiento para vengar a todos los que creían en Alá y que a lo largo de los siglos habían muerto a manos de los infieles cristianos.

Malik le había dicho a Khalil: «Tú tienes la fuerza y el valor de un león. Te han enseñado a matar con la rapidez y la ferocidad de un león. Yo te enseñaré a ser tan astuto como un león. Porque sin astucia, Asad, pronto serás un mártir».

Malik era viejo ya, casi setenta años sobre la tierra, pero había vivido lo suficiente para ver muchos triunfos del islam sobre Occidente. El día anterior a la marcha de Khalil a París, le había dicho: «Si Dios quiere, llegarás a América, y los enemigos del islam y del Gran Líder caerán ante ti. Dios ha ordenado tu misión, y Dios te mantendrá ileso hasta que regreses. Pero debes ayudar a Dios recordando todo lo que se te ha enseñado y todo lo que has aprendido. El propio Dios ha puesto en tu mano los nombres de nuestros enemigos y lo ha hecho para que tú puedas matarlos a todos. Actúa por venganza pero no te dejes cegar por el odio. El león no odia. El león mata a todos los que lo amenazan o que lo han atormentado. El león también mata cuando está hambriento. Tu alma ha estado hambrienta desde la noche en que te fue arrebatada tu familia. La sangre de tu madre te llama, Asad. La sangre inocente de Esam, Qadir, Adara y Lina te llama. Y tu padre, Karim, que fue mi amigo, te estará mirando desde el cielo. Ve, hijo mío, y regresa cubierto de gloria. Yo te estaré esperando».

Khalil sintió que casi se le saltaban las lágrimas al pensar en las palabras de

Malik. Permaneció un rato en silencio, mientras el taxi se movía por entre el tráfico, pensando, rezando, dando gracias a Dios por su buena suerte hasta el momento. No dudaba de que estaba al principio del final del largo viaje que había comenzado en la terraza de Al Azziziyah aquel mismo día de hacía muchos años.

El pensamiento de la azotea trajo a su mente un recuerdo desagradable —el recuerdo de Bahira—, y trató de ahuyentarlo, pero la cara de la joven continuaba apareciéndosele. Encontraron su cadáver dos semanas después, en un estado de descomposición tan avanzado que nadie sabía cómo había muerto y nadie podía conjeturar por qué estaba en aquella azotea, tan lejos de su casa de Al Azziziyah.

En su ingenuidad, Asad Khalil imaginaba que las autoridades lo relacionarían a él con la muerte de Bahira, y vivía dominado por un miedo cerval a ser acusado de fornicación, blasfemia y asesinato. Pero los que lo rodeaban creyeron que su agitación se debía a una manifestación del dolor que lo abrumaba por la pérdida de su familia. Estaba transido de dolor pero quizá era más fuerte el temor a ser decapitado. No le asustaba la muerte en sí misma, se decía una y otra vez, lo que temía era una muerte vergonzosa, una muerte temprana que le impidiera cumplir su misión de venganza.

No acudieron a él para matarlo, acudieron a él con piedad y respeto. El propio Gran Líder había asistido al funeral de la familia Khalil, y Asad asistió al funeral de Hana, la hija adoptada de los Gadafi, de dieciocho meses de edad, que había muerto en el ataque aéreo. Khalil visitó también en el hospital a la esposa del Gran Líder, Safia, herida en el ataque, así como a dos de los hijos de Gadafi, todos los cuales se recuperaron. Alabado sea Alá.

Y dos semanas después, Asad había asistido al funeral de Bahira pero, después de tantos funerales, se sentía entumecido, sin sentimientos de dolor ni de culpa.

Un médico explicó que Bahira Nadir podría haber muerto por efecto de la onda expansiva o, simplemente, de miedo y, por consiguiente, se había reunido con los demás mártires en el Paraíso. Asad Khalil no veía razón para confesar nada que llevara la deshonra a ella o a su familia.

En cuanto a los Nadir, el hecho de que el resto de la familia hubiera sobrevivido al bombardeo hizo que Khalil sintiera hacia ellos algo semejante a la ira. Envidia quizá. Pero, al menos, con la muerte de Bahira podían sentir parte de lo que él sentía por la pérdida de todos sus seres queridos. Realmente, la familia Nadir se había portado muy bien con él después de la compartida tragedia, y había vivido con ellos durante algún tiempo. Fue durante ese período con los Nadir —mientras compartía su casa y su comida— cuando aprendió a superar su sentimiento de culpabilidad por haber matado y deshonrado a su hija. Lo que sucedió en aquella azotea era exclusivamente culpa de Bahira. Había tenido suerte de ser honrada como mártir después de su conducta desvergonzada y deshonestas.

Khalil miró por la ventanilla y vio ante sí un enorme puente gris.

—¿Qué es eso? —preguntó a Yabbar.

—El puente Verrazano —respondió Yabbar, y añadió—: Nos llevará a Staten Island y luego cruzaremos otro puente hasta Nueva Jersey—. Aquí hay mucha agua y muchos puentes.

A lo largo de los años había transportado en su taxi a varios de sus compatriotas: unos, inmigrantes; otros, hombres de negocios; otros, turistas, y otros dedicados a distintos asuntos, como este hombre, Asad Khalil, que ahora estaba sentado en el asiento de atrás de su coche. Casi todos los libios que había llevado se quedaban asombrados ante los altos edificios, los puentes, las carreteras y los espacios verdes. Pero este hombre no parecía asombrado ni impresionado, sólo curioso.

—¿Es la primera vez que viene a América? —preguntó.

—Sí, y también la última.

Enfilaron el largo puente.

—Si mira hacia allá, señor, a su derecha, verá el bajo Manhattan, lo que llaman el distrito financiero —dijo Yabbar—. Le llamarán la atención dos torres muy altas e idénticas.

Khalil miró los voluminosos edificios del bajo Manhattan, que parecían elevarse desde el agua. Vio las dos torres del World Trade Center y agradeció que Yabbar se las señalara.

—La próxima vez quizá.

—Dios lo quiera —dijo Yabbar, sonriendo.

En realidad, Gamal Yabbar pensaba que lanzar una bomba contra una torre era una cosa horrible pero sabía qué decía y a quién se lo decía. En realidad, también el hombre que llevaba detrás lo hacía sentirse incómodo, aunque no sabía por qué. Tal vez eran sus ojos. Se movían demasiado a un lado y otro. Y el hombre hablaba sólo esporádicamente; luego se quedaba en silencio. Casi con cualquier interlocutor árabe, la conversación en el taxi habría sido continua y fluida. Con este hombre resultaba difícil conversar. Los cristianos y los judíos hablaban más que este compatriota.

Yabbar redujo la velocidad de su vehículo al aproximarse a las cabinas de peaje situadas en el lado de Staten Island.

—Esto no es un puesto de control aduanero ni de policía —le dijo rápidamente a Khalil—. Tengo que pagar por el uso del puente.

Khalil se echó a reír.

—Ya lo sé —respondió—. He pasado algún tiempo en Europa. ¿Crees que soy un analfabeto miembro de una tribu del desierto?

—No, señor. Pero a veces nuestros compatriotas se ponen nerviosos.

—Tu manera de conducir es lo único que me pone nervioso.

Rieron los dos.

—Tengo un pase electrónico que me permite cruzar la cabina de peaje sin tener que parar y pagar a un empleado —informó Yabbar—. Pero si usted quiere que su paso no quede registrado, entonces debo detenerme y pagar en metálico.

Khalil no quería que su paso quedara registrado y tampoco quería acercarse a una

cabina ocupada por una persona. Sabía que el registro sería permanente y podría ser utilizado para rastrear su camino hasta Nueva Jersey, porque cuando encontraran a Yabbar muerto en su taxi, podrían relacionarlo con Asad Khalil.

—Paga en metálico —le dijo.

Se puso un periódico en inglés delante de la cara mientras Yabbar reducía la velocidad y se aproximaba a la cabina de peaje en la que había menos coches esperando. Yabbar se detuvo ante la cabina, pagó en metálico sin cruzar palabra con el empleado y luego aceleró por una ancha carretera.

Khalil bajó el periódico. No lo estaban buscando aún, o, si lo buscaban, no habían dado la alarma a tanta distancia del aeropuerto. Se preguntó si habrían decidido ya que el cadáver de Yusef Haddad no era el cadáver de Asad Khalil. Haddad había sido elegido como cómplice porque tenía un leve parecido con Khalil, y Khalil se preguntó también si Haddad habría adivinado su destino.

El sol estaba próximo al horizonte, y dentro de dos horas sería de noche. Khalil prefería la oscuridad durante la parte siguiente de su viaje.

Le habían dicho que la policía norteamericana era numerosa y estaba bien equipada, y que dispondría de su foto y su descripción antes de que hubiera transcurrido media hora desde su salida del aeropuerto. Pero también le habían dicho que el automóvil era el mejor medio de huida. Había demasiados coches que detener y registrar, cosa que no ocurría en Libia. Khalil evitaría los llamados puntos de congestión, aeropuertos, estaciones de autobuses, estaciones ferroviarias, hoteles, casas de compatriotas y ciertas carreteras, puentes y túneles, donde los empleados de los peajes podrían tener su foto. Ese puente era uno de esos puntos pero estaba seguro de que la rapidez de su huida le había permitido pasar a través de la red, que aún no estaba plenamente desplegada. Y si estrechaban más la red en torno a la ciudad de Nueva York, no importaba, porque casi se encontraba ya fuera del área y no regresaría jamás allí. Y si ampliaban la red, cosa que harían, entonces sería menos tupida, y podría cruzarla fácilmente en algún punto de su trayecto. Muchos policías, sí. Pero también muchas personas.

Malik le había dicho: «Hace veinte años, un árabe podría haber llamado la atención en una ciudad americana pero ahora podrías pasar inadvertido incluso en una población pequeña. En lo único en que un americano se fija es en una mujer. — Ambos se echaron a reír. Y Malik añadió—: Y en lo único en que una americana se fija es en cómo visten las demás mujeres y en las ropas de los escaparates».

Tomaron un desvío por otra carretera, en dirección sur. El taxi mantenía una velocidad prudente, y al poco rato Khalil vio otro puente.

—Este puente no tiene peaje en esta dirección —dijo Yabbar—. Al otro lado empieza el estado de Nueva Jersey.

Khalil no respondió. Volvió a pensar en su huida.

«Rapidez —le habían dicho al cursarle las instrucciones en Trípoli—. *Rapidez*. Los fugitivos tienden a moverse lenta y cuidadosamente, y así es como los cogen.

Rapidez, sencillez y audacia. Sube al taxi y ponte en marcha. Nadie te detendrá mientras el taxista no vaya demasiado de prisa o demasiado despacio. Haz que el taxista se cerciore de que no hay problemas con sus luces de frenado o de señales. La policía americana te parará por eso. Siéntate en el asiento de atrás. Allí habrá un periódico en inglés. Todos nuestros conductores están familiarizados con las leyes y la forma de conducir de los americanos. Todos tienen licencia de taxista».

Malik le había dado más instrucciones: «Si, por alguna razón, la policía te para, da por supuesto que no tiene nada que ver contigo. Quédate sentado en el taxi y deja que hable el chófer. La mayoría de los policías americanos viajan solos. Si el policía te habla, contéstale en inglés con respeto pero no con miedo. El policía no puede registrarte a ti ni al chófer, ni tampoco al vehículo, sin una razón legal. Ésa es la ley en América. Aunque registre el taxi, no te registrará a ti, salvo que tenga la seguridad de que eres alguien a quien está buscando. Si te pide que salgas del taxi, es que se propone registrarte. Baja del coche, saca tu pistola y mátalos. Él no tendrá empuñada su pistola, salvo que esté seguro de que eres Asad Khalil. En ese caso, que Alá te proteja. Y asegúrate de llevar puesto el chaleco antibalas. Te lo darán en París para protegerte de los asesinos. Utilízalo contra ellos. Utiliza contra ellos las pistolas de los agentes federales».

Khalil asintió para sus adentros. Habían sido muy concienzudos en Libia. La organización de inteligencia del Gran Líder era pequeña pero estaba bien financiada y bien adiestrada por el antiguo KGB. Los impíos rusos eran muy competentes, pero no tenían fe en nada, y por eso su Estado se había desmoronado tan súbitamente. El Gran Líder todavía se servía de los exagentes del KGB, contratándolos como putas al servicio de los combatientes islámicos. El propio Khalil había sido parcialmente entrenado por rusos, algunos búlgaros e incluso varios afganos, a quienes la CÍA americana había a su vez entrenado para luchar contra los rusos. Era como la guerra que Malik había librado entre los alemanes e italianos por un lado y los británicos y los americanos por otro. Los infieles luchaban y se mataban entre sí y adiestraban a combatientes islámicos para que los ayudasen, sin darse cuenta de que estaban sembrando las semillas de su propia destrucción.

Yabbar cruzó el puente y dirigió el taxi hacia una calle de casas que incluso a Khalil le parecían de aspecto miserable.

—¿Qué lugar es éste?

—Perth Amboy.

—¿Cuánto tiempo falta?

—Diez minutos más, señor.

—¿Y no hay problema en que se vea este automóvil circulando por este otro estado?

—No. Se puede pasar libremente de un estado a otro. Sólo si me alejase mucho de Nueva York, a alguien podría llamarle la atención ver un taxi tan lejos de la ciudad. Hacer un trayecto largo en taxi puede resultar caro. Pero naturalmente —añadió

Yabbar—, no debe usted hacer caso del taxímetro. Lo llevo en marcha porque lo dicta la ley.

—Hay muchas leyes insignificantes aquí.

—Sí, hay que cumplir las leyes insignificantes para poder infringir más fácilmente las importantes.

Rieron.

Khalil sacó del bolsillo interior de su chaqueta gris la cartera que Gamal Yabbar le había dado. Revisó el pasaporte, en el que aparecía su foto con gafas y un pequeño bigote. Era una foto hábil pero le preocupaba lo del bigote. En Trípoli, donde se la habían tomado, le dijeron: «Yusef Haddad te dará un bigote postizo y unas gafas. Es necesario como disfraz pero, si la policía te registra, te comprobarán el bigote, y cuando vean que es falso comprenderán que todo lo demás es falso también».

Khalil se llevó los dedos al bigote y tiró de él. Estaba firmemente adherido pero, sí, podrían descubrir que era falso. En cualquier caso, no tenía intención de dejar que ningún policía se le acercara lo suficiente como para tirarle del bigote.

En el bolsillo interior tenía las gafas que le había dado Haddad. No necesitaba gafas pero éstas eran bifocales, de modo que podía ver con ellas puestas, y pasarían como unas verdaderas gafas para leer.

Volvió a mirar el pasaporte. En él figuraba como un egipcio llamado Hefni Badr, lo cual estaba bien, porque, si lo interrogaba un árabe-americano que trabajase para la policía, un libio podía pasar por egipcio. Khalil había vivido muchos meses en Egipto y estaba seguro de poder convencer incluso a un egipcio-americano de que eran compatriotas.

El pasaporte le atribuía también la religión musulmana y la profesión de maestro, papel que podía representar perfectamente, y domicilio en El Minya, ciudad situada a orillas del Nilo con la que pocos occidentales o incluso egipcios estaban familiarizados, pero era un lugar en que había pasado un mes con la finalidad explícita de reforzar lo que se llamaba su leyenda, su falsa vida.

Khalil revisó la cartera y encontró quinientos dólares en moneda americana, no demasiado como para llamar la atención pero sí suficiente para hacer frente a sus necesidades. Encontró también algo de dinero egipcio, una tarjeta nacional de identidad egipcia, una tarjeta bancaria egipcia a su nombre supuesto y una tarjeta American Express, extendida también a su falso nombre, que la inteligencia libia le dijo que funcionaría en cualquier escáner americano.

En su bolsillo interior había también un carnet de conducir internacional a nombre de Hefni Badr, con una foto similar a la del pasaporte.

Yabbar lo estaba mirando por el espejo retrovisor.

—¿Está todo en orden, señor? —le preguntó.

—Espero no tener nunca que descubrir si lo está —respondió Khalil, y ambos rieron de nuevo.

Khalil volvió a guardárselo todo en el bolsillo. Si los paraban ahora,

probablemente podría engañar a un policía corriente. Pero ¿por qué tenía que molestarse en fingir sólo porque iba disfrazado? Pese a lo que le habían dicho en Libia, su primera reacción —no la última— sería sacar sus dos pistolas y matar a cualquiera que supusiera una amenaza para él.

Abrió el maletín negro que Yabbar le había dejado en el asiento de atrás. Revolvió en su interior y encontró objetos de aseo, ropa interior, varias corbatas, una camisa deportiva, una pluma y una libreta en blanco, monedas americanas, una cámara fotográfica barata como la que tendría un turista, dos botellas de plástico de agua mineral y un pequeño ejemplar del Corán impreso en El Cairo.

En el maletín no había nada que pudiera comprometerlo, ni escritura invisible, ni micropuntos, ni siquiera una pistola nueva. Todo lo que necesitaba saber lo llevaba en la cabeza. Lo único que podía relacionarlo a él, Hefni Badr, con Asad Khalil eran las pistolas Glock de los dos agentes federales. En Trípoli le habían dicho que se deshiciera lo antes posible de las pistolas y que su taxista le daría una nueva. Pero él había respondido: «Si me detienen, ¿qué importa qué pistola lleve encima? Deseo utilizar las armas del enemigo hasta completar mi misión o hasta morir». No discutieron con él, y no había ninguna pistola en el maletín negro.

Pero en el maletín sí había dos objetos que posiblemente podrían comprometerlo: el primero, un tubo de pasta de dientes que era en realidad pegamento para su bigote postizo. El segundo, un bote de polvos para los pies, una marca egipcia que estaba teñida con un tinte gris. Khalil desenroscó la tapa y se espolvoreó el producto sobre el pelo, que luego se peinó mientras se miraba en un espejito de mano. Los resultados eran sorprendentes, su pelo, de intenso color negro azabache, había adquirido una tonalidad mucho más clara. Se lo alisó hacia atrás por el lado izquierdo y se puso las gafas.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó a Yabbar.

—¿Qué ha sido del pasajero que recogí en el aeropuerto? —respondió tras mirar por el espejo retrovisor—. ¿Qué ha hecho usted con él, señor Badr?

Los dos rieron, pero Yabbar se dio cuenta entonces de que no debería haber revelado que conocía el nombre ficticio de su pasajero y se quedó en silencio. Miró por el espejo retrovisor y vio clavados en él los oscuros ojos de aquel hombre.

Khalil se volvió a mirar por la ventanilla. Todavía en una zona que parecía menos próspera que cualquiera de cuantas había visto en Europa, pero había muchos coches buenos aparcados en las calles, cosa que le sorprendía.

—Mire allí, señor —dijo Yabbar—. Ésa es la autopista que tendrá que tomar, la llaman el peaje de Nueva Jersey. La entrada está ahí. Saque un *ticket* en la máquina y pague al salir. La autopista va al norte y al sur, así que debe situarse en el carril adecuado.

Khalil observó que Yabbar no le preguntaba en qué dirección iba a ir. Yabbar comprendía que cuanto menos supiese, mejor para todos. Pero Yabbar ya sabía demasiado.

—¿Sabes qué ha ocurrido hoy en el aeropuerto? —preguntó Khalil.

—¿Qué aeropuerto, señor?

—El aeropuerto de dónde venimos.

—No, no lo sé.

—Bueno, ya lo oirás por la radio.

Yabbar no respondió.

Khalil abrió una de las botellas de agua mineral, bebió la mitad y luego inclinó la botella y vació el resto en el suelo.

Entraron en un enorme aparcamiento con un letrero que decía: «Aparque y vaya en autobús».

—La gente deja aquí el coche y toma un autobús a Manhattan —explicó Yabbar—, a la ciudad. Pero hoy es sábado, así que no hay muchos coches.

Khalil miró a su alrededor la agrietada superficie de asfalto rodeada por una valla de alambre entrelazado. Había unos cincuenta automóviles estacionados en espacios delimitados por rayas blancas pero el *parking* podía albergar varios cientos de coches más. Observó también que no había nadie a la vista.

Yabbar estacionó el taxi en una de las plazas de aparcamiento.

—Mire, señor, ¿ve ese coche negro, justo ahí delante? —le indicó.

Khalil siguió la mirada de Yabbar hasta un coche grande y negro que estaba aparcado unas cuantas filas más adelante.

—Sí.

—Aquí tiene las llaves. —Sin mirarlo, Yabbar le pasó a Khalil las llaves por encima del asiento—. Todos los papeles del alquiler están en la guantera. El coche está alquilado por una semana al nombre que figura en su pasaporte, así que, pasado ese tiempo, puede que la agencia empiece a preocuparse. El alquiler se hizo en el aeropuerto de Newark, en Nueva Jersey, pero las placas de matrícula son de Nueva York. Esto es indiferente. Es todo lo que se me ha ordenado que le diga, señor. Pero, si lo prefiere, puedo precederlo hasta la autopista.

—No será necesario.

—Que Alá bendiga su visita, señor, y haga que regrese sano y salvo a nuestra patria.

Khalil ya tenía en la mano la Glock del calibre 40. Introdujo el cañón de la pistola en el cuello de la botella de plástico vacía y apretó la base de ésta contra el respaldo del asiento del conductor. Disparó a través del respaldo contra la parte superior de la espina dorsal de Gamal Yabbar, de tal modo que, si no acertaba a darle exactamente en la columna vertebral, la bala atravesara el corazón desde atrás. La botella de plástico ahogó el disparo.

El cuerpo de Yabbar se inclinó hacia adelante, pero el cinturón de seguridad lo mantuvo erguido.

Una nubecilla de humo se elevó del cuello de la botella y del orificio de bala abierto en su fondo. A Khalil le gustaba el olor a cordita quemada y lo inhaló por las

aletas de la nariz.

—Gracias por el agua —dijo.

Pensó en hacer un segundo disparo pero entonces vio contraerse el cuerpo de Yabbar de una forma que ningún hombre podría fingir. Esperó medio minuto, escuchando los estertores del taxista.

Mientras esperaba que Yabbar muriese, encontró el casquillo y se lo guardó en el bolsillo. Luego, introdujo la botella de plástico en el maletín.

Finalmente Gamal Yabbar cesó de estremecerse, de gorgotear y de respirar y quedó inmóvil.

Khalil miró a su alrededor para cerciorarse de que estaban solos en el *parking*. Luego se inclinó por encima del asiento y le sacó rápidamente del bolsillo la cartera a Yabbar, le soltó el cinturón de seguridad y de un empujón lo hizo caer bajo el salpicadero. Apagó el contacto y sacó las llaves.

Asad Khalil cogió el maletín, bajó del taxi, cerró las puertas con llave y se dirigió al coche negro, que era un Mercury Marquis. La llave encajaba, entró en el coche y puso el motor en marcha, acordándose de ponerse el cinturón de seguridad. Salió del silencioso *parking* a la calle y recordó un versículo de los libros sagrados hebreos: «Hay un león en las calles». Sonrió.

Capítulo 19

Un tipo del FBI llamado Hal Roberts nos recibió a Kate, a Ted y a mí en el vestíbulo del 26 de Federal Plaza.

Cuando alguien te recibe en el vestíbulo de tu lugar de trabajo, o es un honor, o estás en apuros. El señor Roberts no sonreía, y ése fue el primer indicio que tuve de que no nos iban a dar cartas de recomendación.

Entramos en el ascensor, y Roberts utilizó su llave para el piso veintiocho. Subimos en silencio.

El 26 de Federal Plaza es la sede de varias agencias gubernamentales, la mayoría de ellas simples e inocuas devoradoras de impuestos. Pero los pisos desde el 22 hasta el 28 no son inocuos y hay que utilizar una llave para acceder a ellos. A mí me dieron una llave cuando empecé en este trabajo, y el tipo que me la dio me dijo: «Me gustaría tener aquí el detector de huella dactilar de pulgar. Puedes olvidar la llave o perderla pero no puedes olvidar ni perder el pulgar». La verdad es que sí que puede uno perderlo.

Mi piso de trabajo era el 26, donde tenía un cubículo que compartía con otros policías y expolicías de Nueva York. En el piso 26 había también unos cuantos trajes, que es como los polis llamaban a los del FBI. Lo cual no es una denominación correcta, ya que muchos policías llevan traje y algo así como la tercera parte de los del FBI son mujeres y no lo llevan. Pero hace tiempo que aprendí a no cuestionar nunca la jerga de una organización; en algún lugar de la jerga hay una pista de la actitud mental de la gente que trabaja allí.

El caso es que subimos al último piso, donde moraban los seres celestiales, y fuimos conducidos a un despacho orientado al sureste. La placa de la puerta decía Jack Koenig, conocido por su nombre traducido e invertido de King Jack, o sea, Rey Jack. El verdadero título del señor Koenig era el de agente especial jefe, AEJ para abreviar, y tenía a su cargo toda la Brigada Antiterrorista. Su poder se extendía por los cinco distritos de Nueva York, los condados circundantes de Nueva Jersey y Connecticut, así como la parte norte de Nueva York y los dos condados de Long Island, Nassau y Suffolk. Fue en este último condado, en el extremo este de Long Island, donde me encontré por primera vez con *sir* Ted y *sir* George, caballeros andantes por continuar con la metáfora, que resultaron ser unos necios. En cualquier caso, yo no tenía la menor duda de que a King Jack no le gustaba que las cosas fuesen mal en su reino.

Su Alteza tenía un gran despacho con una gran mesa escritorio. Había también un sofá y tres sillones en torno a una mesita baja. Había estanterías de libros y una arturiana mesa redonda y sillas, pero no había ningún trono.

Su Majestad no estaba en el despacho.

—Pónganse cómodos, apoyen las piernas en la mesita y tumbense en el sofá si quieren —dijo el señor Roberts.

En realidad, el señor Roberts no dijo eso. El señor Roberts dijo: «Esperen aquí», y salió.

Me pregunté si tendría tiempo de ir a mi mesa y consultar mi contrato.

Debo mencionar que, como esto es una Brigada Antiterrorista Conjunta, hay un capitán de policía de Nueva York que comparte el mando con Jack Koenig. El capitán se llama David Stein, un caballero judío licenciado en Derecho y, a los ojos del comisario de policía, hombre con suficiente cerebro para mantenérselas tiasas frente a los supereducados federales. El capitán Stein tiene un trabajo duro pero es untuoso, agudo y lo bastante diplomático como para tener contentos a los federales al tiempo que protege los intereses de los hombres y mujeres de la policía de Nueva York que tiene bajo su mando. Los tipos como yo, que somos agentes contratados exmiembros de la policía neoyorquina, permanecemos en una especie de zona gris, y nadie se ocupa de nuestros intereses, pero tampoco tengo yo los problemas de los agentes de carrera, así que váyase lo uno por lo otro.

De todos modos, por lo que se refiere al capitán Stein, estuvo integrado en una unidad de Inteligencia que trabajó en numerosos casos relacionados con extremistas islámicos, incluido el asesinato del rabino Meir Kahane, y el puesto le va que ni pintado. No es que se tome demasiado a pecho los asuntos judíos, pero, evidentemente, tiene un problema personal con los extremistas islámicos. Por supuesto, la Brigada Antiterrorista cubre todas las organizaciones terroristas, pero no hace falta ser un científico espacial para comprender dónde se centraba el grueso de la atención.

En cualquier caso, me pregunté si esa noche vería al capitán Stein. Esperaba que sí. Necesitábamos otro policía en la habitación.

Kate y Ted pusieron las carteras de Phil y Peter sobre la mesa redonda sin hacer ningún comentario. Yo recordé ocasiones en que tuve que recoger la placa, la pistola y las credenciales de hombres que conocía y llevarlas a comisaría. Es como cuando los antiguos guerreros recogían las espadas y los escudos de sus camaradas caídos en combate y se los llevaban consigo. En este caso, sin embargo, faltaban las armas. Abrí las carteras para cerciorarme de que en su interior no estaban los teléfonos móviles. Resulta turbador cuando suena el teléfono de una persona muerta.

Bueno, pues en cuanto a Jack Koenig, sólo estuve con él una vez, cuando me contrataron, y me pareció bastante inteligente, sosegado y reflexivo. Era un tipo realmente duro e inflexible y tenía una veta sarcástica que yo admiraba mucho. Recordé lo que me dijo a propósito del tiempo que pasé dedicado a la enseñanza en el John Jay: «Los que pueden hacen, los que no pueden enseñan». A lo que yo repliqué: «Los que han recibido tres balazos trabajando no tienen que explicar su segunda profesión». Tras unos instantes de gélido silencio, sonrió y dijo: «Bienvenido a la

BAT».

Pese a la sonrisa y a la bienvenida, tuve la impresión de que estaba un poco picado conmigo. Tal vez había olvidado el incidente.

Nos quedamos en el despacho de mullida alfombra azul, y miré a Kate, que parecía un poco preocupada. Volví la vista hacia Nash, que, naturalmente, no llamaba a Jack su agente especial jefe. El señor CÍA tenía sus propios jefes, instalados al otro lado de la calle, en el 290 de Broadway, y yo habría renunciado a un mes de sueldo por verlo sobre la alfombra del 290. Pero eso nunca ocurriría.

Por cierto que parte de la BAT está alojada en el 290 de Broadway, un edificio más nuevo y bonito que Federal Plaza, y se rumorea que la separación de fuerzas no es consecuencia de un problema administrativo de espacio, sino una estrategia deliberada para el supuesto de que alguien decidiera poner a prueba sus conocimientos de química avanzada en uno de los edificios federales. Personalmente, yo creo que se trata de pura chapucería burocrática pero esta clase de organización se presta a suministrar explicaciones que justifican la simple estupidez por razones de alta seguridad.

Si se preguntan ustedes por qué estaban callados Ted, Kate y John, es porque imaginábamos que había micrófonos ocultos en el despacho. Cuando a dos o más personas las dejan solas en el despacho de alguien, deben pensar que están en antena. Probando, uno, dos, tres. No obstante, yo dije, para que constara:

—Bonito despacho. El señor Koenig realmente tiene buen gusto.

Ted y Kate me ignoraron.

Miré mi reloj. Eran casi las siete de la tarde, y sospechaba que al señor Koenig no le hacía ninguna gracia tener que volver al despacho un sábado por la tarde. Tampoco a mí me emocionaba la idea, pero el antiterrorismo es un trabajo que exige dedicación absoluta. Como solíamos decir en Homicidios: «Cuando termina el día de un asesino, empieza el nuestro».

Me acerqué a la ventana y miré hacia el este. Esa parte del bajo Manhattan se halla atiborrada de tribunales y más al este se alzaba el 1 de Pólice Plaza, mi antiguo cuartel general, donde había recibido buenas visitas y malas visitas. Más allá de Pólice Plaza estaba el puente de Brooklyn, por donde habíamos venido, y que cruzaba sobre el East River, que separaba la isla de Manhattan y Long Island.

Desde allí no podía ver el aeropuerto Kennedy pero distinguía el resplandor de sus luces, y en el firmamento, sobre el océano Atlántico, divisé lo que parecía ser una hilera de brillantes estrellas, como una nueva constelación, pero que era, simplemente, la fila de luces de un avión que se disponía a aterrizar. Al parecer, las pistas estaban abiertas de nuevo.

Frente al puerto, hacia el sur, estaba Ellis Island, por la que habían pasado millones de emigrantes, incluidos mis antepasados irlandeses. Y al sur de Ellis Island, en medio de la bahía, se erguía la estatua de la Libertad, toda iluminada, con su encendida antorcha alzada, dando la bienvenida al mundo. Figuraba en la lista de

objetivos de casi todos los terroristas, pero hasta el momento continuaba en pie.

En conjunto, la panorámica desde allí resultaba espectacular. La ciudad, los puentes iluminados, el río, el límpido cielo de abril y una enorme media luna elevándose por el este sobre las tierras llanas de Brooklyn.

Me volví y miré hacia el suroeste por el amplio ventanal del despacho. Los detalles más destacados desde allí eran las torres gemelas del World Trade Center que se elevaban a cuatrocientos metros de altura en el firmamento, ciento diez pisos de vidrio, cemento y acero.

Las torres estaban a unos ochocientos metros de distancia pero eran tan enormes que parecía que estuvieran al otro lado de la calle. Se las denominaba torre Norte y torre Sur pero el viernes, 26 de febrero de 1993, a las 12 horas 17 minutos y 36 segundos, la torre Sur estuvo a punto de cambiar su nombre por el de torre Desaparecida.

La mesa del señor Koenig estaba dispuesta de tal modo que cada vez que miraba por la ventana podía ver las dos torres, y podía imaginar lo que varios árabes habían pretendido que sucediese cuando estacionaron una furgoneta cargada de explosivos en el aparcamiento del sótano del edificio, es decir, el derrumbamiento de la torre y la muerte de más de cincuenta mil personas.

Y si la torre Sur se hubiera derrumbado hacia la derecha y hubiese golpeado a la torre Norte, habría habido otros cuarenta o cincuenta mil muertos.

No obstante, la estructura resistió, y murieron seis personas y más de mil resultaron heridas. La explosión subterránea destruyó el puesto de policía situado en el sótano y dejó un enorme agujero donde había estado el *parking* de varios pisos. Lo que pudo ser la mayor pérdida de vidas norteamericanas desde la segunda guerra mundial quedó en un estruendoso e inequívoco aviso. Estados Unidos se había convertido en el primer objetivo.

Se me ocurrió que el señor Koenig habría podido cambiar la disposición de su mobiliario o poner persianas en las ventanas pero resultaba revelador el hecho de que decidiese mirar aquellos edificios todos los días laborables. No sé si echaba pestes de los fallos de seguridad que habían conducido a la tragedia o si todas las mañanas daba gracias a Dios porque se hubieran salvado más de cien mil vidas. Probablemente hacía ambas cosas, y probablemente también aquellas torres, la estatua de la Libertad, Wall Street y todo lo demás que Jack Koenig contemplaba desde allí arriba, turbaban su sueño todas las noches.

Cuando la bomba estalló en 1993, King Jack no estaba al mando de la BAT pero lo estaba ahora, y podría pensar en cambiar de sitio su mesa el lunes por la mañana para situarla mirando en dirección al aeropuerto Kennedy. Realmente se estaba muy solo allá arriba pero se suponía que la vista era buena. Para Jack Koenig, sin embargo, no había buenas vistas desde allí.

El protagonista de mis pensamientos entró en aquel momento en su despacho y me sorprendió mirando al World Trade Center.

—¿Continúan en pie, profesor?

Al parecer tenía buena memoria para los subordinados insolentes.

—Sí, señor —respondí.

—Bien, es una buena noticia.

Miró a Kate y a Nash y nos indicó que tomáramos asiento. Nash y Kate se sentaron en el sofá y yo me instalé en uno de los sillones, mientras el señor Koenig permanecía de pie.

Jack Koenig era un hombre alto, de unos cincuenta años. Tenía el pelo corto de color gris acerado, ojos de color gris acerado, barba incipiente de color gris acerado, mandíbula acerada y, por su postura, parecía que tuviera una barra de acero metida por el culo y se dispusiera a trasladarla al culo de otro. En conjunto, no daba la impresión de ser un hombre bonachón y su humor parecía comprensiblemente sombrío.

El señor Koenig vestía pantalones anchos, camisa deportiva azul y zapatillas, pero no había en él nada ancho, ni deportivo, ni de andar por casa.

Hal Roberts entró en el despacho y se sentó en el segundo sillón, enfrente de mí. Jack Koenig no parecía inclinado a tomar asiento y relajarse.

El señor Roberts llevaba un bloc alargado de papel amarillo y un lápiz. Pensé que quizá iba a tomar nota de lo que queríamos tomar, pero fui demasiado optimista.

Sin más preámbulos, el señor Koenig nos preguntó:

—¿Puede alguno de ustedes explicarme cómo un presunto terrorista, esposado y custodiado, consiguió matar a bordo de un avión comercial norteamericano a trescientos hombres, mujeres y niños, incluidos sus dos escoltas armados, y a dos agentes federales y un miembro del Servicio de Emergencia de la Autoridad Portuaria, e introducirse luego en un local federal secreto y protegido, donde asesinó a una secretaria de la BAT, al agente del FBI de servicio y a un miembro de la policía de Nueva York de su equipo? —Nos miró uno a uno—. ¿Querría alguien intentar explicarlo?

Si hubiera estado en Pólice Plaza, en vez de en Federal Plaza, yo habría respondido a una pregunta sarcástica como ésa diciendo: «¿Puede usted imaginar cuánto peor podría haber sido si el detenido no hubiera estado esposado?» Pero no era el momento ni el lugar adecuado para impertinencias. Habían muerto muchas personas inocentes, y correspondía a los vivos explicar por qué. Sin embargo, King Jack no estaba teniendo un buen comienzo con sus súbditos.

Huelga decir que nadie respondió a la pregunta, que parecía retórica. Es buena idea dejar que el jefe se desfogue un rato. Hay que decir en su honor que sólo se desfogó durante otro minuto o cosa así. Luego se sentó y se quedó mirando por la ventana. Su vista se dirigía hacia el distrito financiero, de modo que no había infaustas asociaciones ligadas a aquella perspectiva, a no ser que tuviera acciones de Trans-Continental.

Por cierto, que Jack Koenig era del FBI, y estoy seguro de que a Ted Nash no le

hacía ninguna gracia que un tipo del FBI le hablara de aquella manera. A mí, que puedo considerarme casi civil, tampoco, pero Koenig era el jefe, y todos formábamos parte de la brigada. El equipo. Kate, por pertenecer al FBI, se hallaba en una situación peligrosa para su carrera, y también George Foster, pero George había elegido el trabajo fácil y se había quedado con los cadáveres.

King Jack parecía estar tratando de dominarse.

—Siento lo de Peter Gorman —dijo finalmente, dirigiéndose a Nash—. ¿Lo conocía?

Nash asintió con la cabeza.

Koenig miró a Kate.

—¿Era usted amiga de Phil Hundry?

—Sí.

Se volvió hacia mí.

—Estoy seguro de que ha perdido usted amigos en acto de servicio. Ya sabe lo duro que es.

—Sí. Nick Monti y yo nos habíamos hecho amigos —respondí.

Jack Koenig volvió a quedar con la mirada fija en el vacío, pensando. Era momento para guardar un respetuoso silencio, y lo mantuvimos durante un minuto, pero todo el mundo sabía que debíamos volver sin demora al asunto que nos había llevado allí.

—¿Se reunirá con nosotros el capitán Stein? —pregunté, poco diplomáticamente quizá.

Koenig me miró unos instantes y finalmente respondió:

—Ha asumido el mando directo de los equipos de supervisión y vigilancia y no tiene tiempo para reuniones.

Uno nunca sabe qué se proponen realmente los jefes, o qué clase de intrigas de palacio se están desarrollando, y es mejor no ocuparse de ello. Bostecé para indicar que acababa de perder interés tanto por mi pregunta como por la respuesta de Koenig.

—Bien, cuénteme qué ha sucedido. Desde el principio —dijo Koenig, volviéndose hacia Kate.

Kate parecía preparada para la pregunta y fue exponiendo los acontecimientos del día, cronológicamente, objetiva y rápidamente pero sin prisas.

Koenig escuchaba sin interrumpir. Roberts tomaba notas. En algún lugar giraba una cinta magnetofónica.

Kate mencionó mi insistencia en ir hasta el avión y el hecho de que ni ella ni Foster lo consideraban necesario.

El rostro de Koenig se mantuvo impassible, sin mostrar aprobación ni desaprobación durante todo el relato. No levantó una ceja, no frunció el ceño, no hizo ninguna mueca, no movió afirmativa ni negativamente la cabeza y, por supuesto, no sonrió ni un instante. Era un experto en el arte de escuchar, y nada en su porte o su actitud alentaba o desalentaba a su testigo.

Kate llegó a la parte en que yo regresé a la cúpula del 747 y descubrí que a Hundry y a Gorman les faltaban los pulgares. Hizo una pausa para ordenar sus ideas. Koenig me miró y, aunque no dio ninguna muestra de aprobación, comprendí que yo iba a continuar en el caso.

Kate prosiguió con la secuencia de acontecimientos, exponiendo solamente los hechos y dejando las especulaciones y teorías para más adelante, si Koenig las pedía y en el momento en que las pidiese. Kate Mayfield tenía una memoria extraordinaria para los detalles y una asombrosa capacidad para abstenerse de adornar los hechos o presentarlos sesgadamente. Quiero decir que en situaciones similares, cuando un jefe me llamaba a capítulo, yo no trataba de adornar ni sesgar nada, salvo que estuviese protegiendo a un compañero, pero todo el mundo sabe que tengo mis fallos de memoria.

—George decidió quedarse en el lugar de los hechos —concluyó Kate—. Todos estuvimos de acuerdo y le pedimos al agente Simpson que nos trajese aquí.

Miré mi reloj. El relato de Kate había durado cuarenta minutos. Eran casi las ocho de la tarde, la hora en que habitualmente mi cerebro necesita alcohol.

Jack Koenig se recostó en su sillón, y pude ver que estaba procesando los datos.

—Parece como si Khalil fuese uno o dos pasos por delante de nosotros —dijo.

—Eso es lo que hace falta en una carrera —repliqué—. El segundo es sólo el primero de los perdedores.

El señor Koenig me miró unos instantes y repitió:

—El segundo es sólo el primero de los perdedores. ¿Dónde aprendió eso?

—Creo que en la Biblia.

Koenig se volvió hacia Roberts.

—No anotes esto —dijo, y el señor Roberts dejó el lápiz.

A continuación se volvió de nuevo hacia mí.

—Tengo entendido que ha solicitado ser trasladado a la sección del IRA.

Carraspeé y respondí:

—Bueno, sí lo solicité pero...

—¿Tiene algún agravio personal contra el Ejército Republicano Irlandés?

—No realmente, yo...

Entonces intervino Kate.

—John y yo hemos hablado antes de esto, y ha retirado la solicitud.

No era eso exactamente lo que yo le había dicho pero sonaba mejor que mis racistas y sexistas observaciones acerca de los musulmanes. Miré a Kate, y nuestros ojos se encontraron.

—El pasado otoño revisé el caso de Plum Island.

No respondí.

—Leí el informe preparado por Ted Nash y George Foster, y el informe redactado por una tal detective Beth Penrose, de la División de Homicidios del condado de Suffolk. —Y añadió—: Parecía haber ciertas diferencias de opinión y de hechos entre

el informe de la BAT y el de la policía del condado de Suffolk. La mayoría de las diferencias guardaban relación con el papel desempeñado por usted en el caso.

—Yo no tuve ningún papel oficial en el caso.

—Sin embargo, fue usted quien lo resolvió.

—Tenía mucho tiempo libre. Quizá es que necesito un *hobby*.

No sonrió.

—El informe de la detective Penrose quizá estaba influido por su relación con ella —dijo.

—Yo no mantenía ninguna relación con ella en aquel momento.

—Pero sí cuando ella redactó su informe final.

—Discúlpeme, señor Koenig. Ya he tratado esto con Asuntos Internos de la policía de Nueva York...

—Oh, ¿tienen gente que investiga asuntos internos?

Comprendí que aquello era un chiste, y reí entre dientes, con uno o dos segundos de retraso.

—Y también —continuó— puede que el informe de Ted y George estuviese influido por el hecho de que usted los había irritado.

Miré a Nash, que parecía totalmente distante, como de costumbre, como si Koenig estuviese hablando de otro Ted Nash.

—Me fascinó su capacidad para llegar al fondo de un caso muy complejo que se le había resistido a todo el mundo —continuó Koenig.

—Fue un trabajo corriente de detective —dije modestamente, esperando que el señor Koenig replicase: «No, amigo mío, fue una actuación brillante».

Pero no dijo eso.

—Por eso contratamos detectives de la policía de Nueva York. Ponen sobre la mesa algo diferente.

—Donuts, por ejemplo —sugerí.

Pero no se inmutó.

—Ponen sobre la mesa un poco de sentido común, experiencia en el trato con el hampa y un conocimiento de la mente criminal que difiere ligeramente del que pueda tener un agente del FBI o de la CÍA. ¿Está de acuerdo?

—Totalmente.

—En la BAT es artículo de fe que el todo es mayor que la suma de las partes. Sinergia. ¿Cierto?

—Cierto.

—Eso sólo es posible a través del mutuo respeto y de la cooperación.

—Es lo que yo estaba a punto de decir.

Me miró un momento y luego preguntó:

—¿Quiere continuar en este caso?

—Sí —respondí inmediatamente.

Se inclinó hacia mí y me miró a los ojos.

—No quiero ver actitudes de arrogancia ni de suficiencia y quiero una lealtad absoluta por su parte, señor Corey, o juro por Dios que haré que le disequen la cabeza y me la pongan sobre la mesa. ¿De acuerdo?

Santo cielo. El tío hablaba como cualquiera de mis antiguos jefes. Debe de haber en mí algo que hace salir a la superficie los aspectos más desagradables de la gente. De cualquier modo, reflexioné sobre la modificación del contrato. ¿Podía yo ser un leal y cooperativo miembro de equipo? No, pero quería el puesto. Advertí que el señor Koenig no había pedido que prescindiera de mis sarcasmos o que embotara el filo de mi ingenio, y lo tomé como aprobación o indiferencia por su parte. Crucé los dedos.

—De acuerdo —respondí finalmente.

—Bien. —Alargó el brazo, y nos estrechamos la mano—. Continuará con nosotros.

Iba a decir: «No lo lamentaré, señor», pero pensé que tal vez lo acabara lamentando, así que me limité a responder:

—Pondré todo mi empeño en ello.

Koenig cogió una carpeta que le tendía Roberts y empezó a hojearla. Observé unos instantes a Jack Koenig y decidí que no debía subestimarle. No había llegado a aquel despacho porque el Tío Sam fuese hermano de su madre. Había llegado por las habituales razones de trabajo duro, largas horas, inteligencia, entrenamiento, fe en su misión, dotes de dirección y, probablemente, patriotismo. Pero mucha gente en el FBI tenía esas mismas cualidades.

Lo que distinguía a Jack Koenig de otros hombres y mujeres de talento era su disposición a aceptar la responsabilidad de catástrofes para cuya prevención habían sido contratados. Lo sucedido aquella tarde ya era bastante malo, pero en alguna parte allá fuera había un criminal —Asad Khalil y otros como él— que quería lanzar un ataque nuclear contra Manhattan, o envenenar el suministro de agua o aniquilar a la población mediante el empleo de microorganismos. Y Jack Koenig lo sabía, todos lo sabíamos. Pero Koenig estaba dispuesto a soportar esa carga y a asumir la responsabilidad final si llegaba el momento.

Koenig nos miró a Ted, a Kate y a mí e hizo una seña con la cabeza a Roberts, que cogió su lápiz. La entrevista de trabajo a John Corey y el período de ajuste de actitudes había terminado y estaba a punto de comenzar la segunda parte del desastre del JFK.

—Me cuesta creer que el vuelo Uno-Siete-Cinco estuviese sin contacto por radio durante más de dos horas y ninguno de ustedes supiera nada —dijo Koenig, dirigiéndose a Kate.

—Nuestro único contacto con la compañía aérea estaba establecido a través de la empleada situada en la puerta, que sabía muy poco —respondió Kate—. Tendremos que reevaluar el procedimiento seguido.

—Es una buena idea. Y también deben ponerse en contacto directo con el control

de Tráfico Aéreo y de Torre y con el centro de mando de la policía de la Autoridad Portuaria.

—Sí, señor.

—Si ese aparato hubiera sido secuestrado en vuelo, podría haberse plantado en Cuba o en Libia antes de que ustedes se enterasen.

—Sí, señor. —Y añadió—: Ted tuvo la previsión de anotar el nombre y el teléfono del supervisor de torre.

Koenig miró a Nash.

—Sí. Buena idea —dijo—. Pero debería haberlo llamado antes.

Nash no respondió. Tenía la impresión de que Nash no diría nada que el señor Roberts pudiese anotar en su bloc.

—Parece que nuestro desertor de febrero estaba realizando un ensayo para ver nuestra forma de actuar —continuó Koenig—. Creo que todos lo sospechamos cuando se fugó, y de ahí las precauciones adicionales para esta vez. Si al desertor de febrero se le hubieran vendado los ojos —añadió—, nunca habría visto el Club Conquistador, ni su emplazamiento ni... el modo de abrir la puerta. Así que quizá debamos empezar a vendar los ojos a todo el personal no autorizado, incluidos los supuestos desertores e informantes. Recordarán también que el desertor de febrero llegó un sábado y vio que los fines de semana había muy poca gente en el Club Conquistador.

Al parecer, la segunda parte consistía en una revisión de políticas y procedimientos, también llamada «Cierre de la jaula después de haberse escapado el león». El señor Koenig continuó un rato en este plan, dirigiéndose principalmente a Kate, que ocupaba el lugar de nuestro intrépido jefe, George Foster.

—Bien —dijo el señor Koenig—, la primera indicación de que las cosas no marchaban conforme a lo planeado fue cuando Ted llamó al supervisor de la torre de control, un tal señor Stavros.

Kate asintió con la cabeza.

—Fue entonces cuando John quiso ir al avión pero Ted, George y yo...

—Ya he anotado eso —dijo el señor Koenig.

A mí me apetecía oírlo de nuevo pero Koenig continuó y le formuló a Ted una pregunta directa e interesante.

—¿Previo usted que surgieran problemas en esta misión?

—No —respondió Nash.

Yo no pensaba igual, pese a las historias de Ted sobre que la única verdad es la que se expresaba allí. Los tipos de la CÍA están tan metidos en el engaño, la impostura, el perjurio, la traición, la paranoia y la simulación que uno nunca sabía qué sabían, cuándo lo sabían, y qué estaban inventando. Eso no los convierte en mala gente, de hecho uno no puede por menos de admirar su coherencia. Quiero decir que un tío de la CÍA le mentiría a un cura en el confesionario. Pero, dejando aparte la admiración, no es fácil trabajar con ellos cuando no se es uno de ellos.

El caso es que Jack Koenig había formulado la pregunta y, por tanto, planteado la cuestión pero lo dejó pasar y se dirigió hacia mí.

—A propósito, aunque admiro su iniciativa, cuando subió usted a aquel coche de la Autoridad Portuaria y cruzó las pistas, mintió a sus superiores y quebrantó todas las reglas de actuación. Esta vez lo pasaré por alto, pero que no se repita.

—Si hubiéramos actuado unos quince minutos antes —dije—, quizá ahora Khalil estaría detenido bajo la acusación de asesinato. Si usted hubiera ordenado a Hundry y a Gorman que llamasen por sus móviles o por el teléfono del avión para informar, al no recibir noticias de ellos habríamos comprendido que había un problema. Si hubiéramos estado en contacto directo con Control de Tráfico Aéreo, se nos habría dicho que el avión llevaba horas sin establecer contacto por radio. Si usted no hubiera recibido con los brazos abiertos a aquel fulano de febrero, lo que ha sucedido hoy no habría sucedido. —Me puse en pie y anuncié—: Salvo que me necesite para algo importante, me voy a casa.

Siempre que yo saltaba con un desplante de éstos hacia mis jefes, alguien decía: «No dejes que la puerta te pegue en el culo al salir». Sin embargo, el señor Koenig dijo suavemente:

—Le necesitamos para algo importante. Siéntese, por favor.

Bueno, pues me senté. Si hubiera estado en Homicidios Norte, aquél era el momento en que uno de los jefes abría un cajón de su mesa y hacía correr una botella de vodka para apaciguar los ánimos. Pero yo no esperaba que sucediera nada parecido allí, un lugar que tenía las paredes de los pasillos llenos de carteles admonitorios contra la bebida, el tabaco, el acoso sexual y los crímenes de pensamiento.

De todos modos, permanecimos unos momentos sentados en silencio, entregados, supongo, a la meditación zen, calmando nuestros nervios sin recurrir al perverso alcohol.

El señor Koenig continuó con su agenda.

—Usted llamó a George Foster por el móvil de Kate y le ordenó que diera la alarma —dijo, dirigiéndose a mí.

—Exacto.

Repasó la secuencia y el contenido de mis llamadas por el móvil a George Foster y prosiguió:

—De modo que volvió a la cúpula y vio que Phil y Peter tenían los pulgares cortados. Y comprendió lo que eso significaba.

—¿Qué otra cosa podía significar?

—Cierto. Lo felicito por esa magnífica muestra de razonamiento deductivo... Quiero decir... volver y buscar... sus pulgares. —Me miró y preguntó—: ¿Cómo se le ocurrió eso, señor Corey?

—La verdad es que no lo sé. A veces, las ideas me surgen de pronto en la cabeza.

—¿De veras? ¿Suele usted actuar sobre la base de ideas que le surgen de pronto

en la cabeza?

—Bueno, si son lo bastante fantásticas. Ya sabe, como la de los pulgares cortados. Hay que tenerlas en cuenta.

—Entiendo. Y llamó usted al Club Conquistador, y Nancy Tate no contestaba.

—Creo que ya hemos hablado de eso —dije.

Koenig hizo caso omiso de mi observación y continuó:

—De hecho, entonces ya estaba muerta.

—Sí, por eso no contestaba.

—Y Nick Monti también estaba muerto entonces.

—Probablemente se estaba muriendo. Con las heridas del pecho se tarda algún tiempo.

—¿Dónde lo hirieron a usted? —me preguntó.

—En el cruce de la Cien Oeste y la calle Dos.

—Me refiero a *dónde*.

Sabía a lo que se refería pero no me gusta hablar de anatomía cuando hay mujeres delante.

—No sufrí graves daños en el cerebro.

Pareció dudar, pero dejó el tema y se dirigió a Ted:

—¿Tiene usted algo que añadir?

—No.

—¿Cree que John y Kate desperdiciaron alguna oportunidad?

—Creo que todos hemos subestimado a Asad Khalil —respondió finalmente, después de considerar la envenenada pregunta durante unos instantes.

Koenig asintió.

—Yo también lo creo. Pero no lo volveremos a hacer.

—Debemos dejar de considerar idiotas a estos sujetos —añadió Nash—, o nos crearemos muchos problemas.

Koenig no respondió.

—Si se me permite decirlo —continuó Nash—, en el FBI y en la Unidad de Inteligencia de la policía de Nueva York existe un problema de actitud con respecto a los extremistas islámicos. Parte de este problema deriva de actitudes raciales. Los árabes y otros grupos étnicos del mundo islámico no son estúpidos ni cobardes. Tal vez no nos impresionen sus ejércitos ni sus fuerzas aéreas pero las organizaciones terroristas de Oriente Medio han asestado varios golpes importantes, tanto en Israel como en Estados Unidos. Yo he trabajado con el Mossad, y allí sienten mucho más respeto que nosotros hacia los terroristas islámicos. Puede que esos terroristas no sean de primera fila pero incluso los chapuceros pueden acertar de vez en cuando. Y a veces se encuentra uno con un Asad Khalil.

Huelga decir que a King Jack no le agradó la disertación pero apreció su mensaje. Y eso lo hacía más inteligente que la mayoría de los jefes. Yo también estaba oyendo lo que Nash decía, y también Kate. La CÍA, pese a mi desfavorable actitud hacia su

representante, tenía muchos puntos fuertes. Se suponía que uno de ellos correspondía al área de valoración del enemigo, pero tendían a sobrestimarlos, lo cual resultaba beneficioso para el presupuesto de la CÍA. Quiero decir que el primer indicio que tuvieron del derrumbamiento de la Unión Soviética fue por los periódicos.

Por otra parte, había algo de verdad en las palabras de Nash. Nunca es buena idea considerar que los que no se parecen a ti y hablan y se comportan de manera diferente son unos merluzos. En especial cuando quieren matarte.

—Yo creo —dijo Jack Koenig a Nash— que las actitudes de todos están cambiando, pero coincido con usted en que aún tenemos algunos problemas en ese ámbito. En lo sucesivo mejorará la percepción que tengamos de nuestros adversarios.

Una vez formulada su reflexión filosófica, el señor Nash volvió al caso que nos ocupaba:

—Yo creo, como antes le ha dicho Kate, que Khalil ha salido del país. Khalil se dirige ahora a un país de Oriente Medio en un avión de Oriente Medio. Finalmente, acabará en Libia, donde presentará su informe y se le tributarán honores. Puede que no volvamos a verlo nunca, o puede que veamos su sello en alguna operación dentro de un año. Entretanto, es mejor manejar este asunto a través de la diplomacia internacional y por medio de agencias de inteligencia internacionales.

Koenig se quedó unos momentos mirando a Nash, y tuve la impresión de que no se tenían simpatía.

—Pero no le importa que sigamos las pistas existentes aquí, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

Vaya, vaya. Los colmillos se habían asomado por un instante.

Creía que éramos un equipo.

—Dado que tiene usted un conocimiento de primera mano de este caso, ¿por qué no solicita que se le adscriba de nuevo a su agencia? —le sugirió Koenig a Nash—. Resultaría de gran valor para ellos en este caso. Quizá un destino en el extranjero.

Nash captó la intención.

—Si considera que puede prescindir de mí aquí, me gustaría ir a Langley esta noche o mañana y discutirlo con ellos —replicó—. A mí me parece buena idea.

—A mí también —dijo Koenig.

Daba la impresión de que Ted Nash iba a desaparecer de mi vida, lo cual me alegraba. Por otra parte, tal vez acabara echando de menos al viejo Ted. O tal vez no. Los tipos como Nash que desaparecen acostumbran reaparecer cuando uno menos lo espera o lo desea.

El cortés pero acre intercambio de palabras entre Ted Nash y Jack Koenig parecía haber terminado.

Encendí un cigarro mentalmente, tomé un sorbo de *whisky* y me conté un chiste verde mientras Kate y Jack charlaban. ¿Cómo funcionan estos tíos sin alcohol? ¿Cómo pueden hablar sin soltar tacos? Pero Koenig dejaba escapar de vez en cuando alguna que otra obscenidad. Aún había esperanza para él. De hecho, Jack Koenig

podría haber sido un buen policía, lo cual viene a ser el máximo elogio que puedo formular.

Sonaron unos golpecitos en la puerta, ésta se abrió y un joven se asomó.

—Señor Koenig. Hay una llamada para usted que tal vez quiera contestar aquí.

Koenig se puso en pie, se excusó y fue hasta la puerta. Observé que la estancia contigua, que a nuestra llegada estaba desierta y a oscuras, se hallaba ahora completamente iluminada, y vi hombres y mujeres sentados a sus mesas o moviéndose por la sala. Una comisaría de policía nunca está a oscuras, silenciosa ni desierta, pero los federales procuran mantener un horario laboral normal, confiando en unos cuantos agentes de guardia y en el recurso a los buscas para reunir el grueso de las fuerzas llegado el caso.

La cuestión es que Jack desapareció, y yo me volví hacia Hal Roberts y sugerí:

—¿Por qué no nos trae un café?

Al señor Roberts no le gustaba que lo mandaran a por café pero Kate y Ted secundaron mi sugerencia, y Roberts se levantó y salió.

Miré a Kate un momento. Pese a los acontecimientos del día parecía tan despejada y alerta como si fuesen las nueve de la mañana en lugar de las nueve de la noche. Yo, por mi parte, no podía casi con mi alma. Soy unos diez años mayor que ella y no me he recuperado del todo de la experiencia que me llevó al borde de la muerte, de modo que eso podría explicar la diferencia entre nuestros niveles de energía. Pero no explicaba por qué ella conservaba tan pulcro el pelo y la ropa y por qué olía tan bien. Yo me sentía, y probablemente lo parecía, ajado y desaseado y necesitaba una ducha con urgencia.

Nash presentaba un aspecto fresco y despierto pero ése es el aspecto que siempre tienen los maniqués. Además, no había hecho ningún esfuerzo físico. No había atravesado a toda velocidad el aeropuerto ni había subido a un avión lleno de cadáveres.

Pero, volviendo a Cate, tenía las piernas cruzadas, y por primera vez me fijé en lo bonitas que eran. Bueno, tal vez ya me había fijado en ello hacía cosa de un mes, en el primer nanosegundo siguiente a nuestro encuentro, pero estoy tratando de moderar mi lascivia de policía neoyorquino. No he intentado ligar con ninguna mujer soltera —ni casada— en la BAT. De hecho, me estaba labrando una reputación de hombre que o estaba entregado de lleno a su trabajo, o le tenía sorbido el seso alguna amiguita, o era marica, o tenía una libido débil, o quizá una de aquellas balas le había alcanzado por debajo del cinturón.

En cualquier caso, todo un mundo se abría ahora ante mí. Las mujeres de la oficina me hablaban de sus novios y maridos, me preguntaban si me gustaban sus peinados y me trataban generalmente de forma por completo neutral en lo que se refiere al género. Las chicas no me han pedido aún que vaya de compras con ellas ni han compartido recetas de cocina conmigo, pero es posible que me inviten a bañar al bebé. El viejo John Corey está muerto, enterrado bajo una tonelada de informes

políticamente correctos de Washington. John Corey, Departamento de Homicidios de la policía de Nueva York, es historia. Ha nacido el agente especial John Corey, de la BAT. Me siento limpio, bautizado en las sagradas aguas del Potomac, renacido y aceptado en las filas de las puras y angelicales huestes con las que trabajo.

Pero, volviendo a Kate, la falda se le había subido por encima de las rodillas, y yo me veía obsequiado con aquel increíble muslo izquierdo. Me di cuenta de que me estaba mirando, y con un esfuerzo aparté los ojos de sus piernas y la miré a la cara. Tenía los labios más carnosos de lo que había creído, gruesos y expresivos. Aquellos ojos azules y helados se hundían profundamente en mi alma.

—Sí que parece que necesitas un café —me dijo.

Me aclaré la garganta y la mente y respondí:

—Lo que realmente necesito es un trago.

—Luego te invito a uno.

—Generalmente estoy en la cama para las diez —repliqué, después de mirar mi reloj.

Sonrió pero no respondió. El corazón me latía violentamente.

Mientras tanto, Nash estaba siendo Nash, totalmente desconectado, tan inescrutable como un monje tibetano hipnotizado. Se me ocurrió que quizá el tío no era retraído. Quizá era estúpido. Quizá tenía el cociente intelectual de una tostadora, pero era lo bastante listo para disimularlo.

El señor Roberts regresó con una bandeja sobre la que reposaban una jarra y cuatro tazas. La dejó en la mesa sin decir nada y ni siquiera se ofreció a servir. Yo cogí la jarra y serví tres tazas de café caliente. Kate, Ted y yo cogimos una taza cada uno y tomamos un sorbo.

Nos levantamos y fuimos a las ventanas, sumido cada uno en nuestros pensamientos mientras contemplábamos la ciudad.

Yo miré hacia el este, en dirección a Long Island. Había allí una hermosa casita de campo, a unos 140 kilómetros y todo un mundo de distancia de donde me encontraba, y en la casita estaba Beth Penrose, sentada ante el fuego, tomando té o quizá *brandy*. No era buena idea sumirse en esa clase de pensamientos pero recordé lo que mi exmujer me dijo una vez: «Un hombre como tú, John, hace solamente lo que quiere hacer. Tú quieres ser policía, así que no te quejes del trabajo. Cuando estés preparado, renunciarás. Pero no estás preparado».

Realmente, no lo estaba. Pero en ocasiones como aquella, los estúpidos alumnos de John Jay parecían algo deseable.

Volví la vista hacia Kate y vi que me estaba mirando. Sonreí. Ella sonrió. Ambos nos volvimos para seguir contemplando el panorama.

Durante la mayor parte de mi vida profesional, yo había realizado un trabajo que consideraba importante. Todos los que nos encontrábamos allí conocíamos esa sensación especial. Pero es algo que se cobra su precio sobre la mente y el espíritu, y a veces, como en mi caso, también sobre el cuerpo.

Sin embargo, había algo que me impulsaba a seguir. Mi ex había concluido: «Nunca te morirás de aburrimiento, John, pero te morirás en este trabajo. Una mitad de ti está ya muerta».

No era verdad. Simplemente, no era verdad. La verdad era que soy un adicto a la adrenalina.

Y también me agradaba lo de proteger a la sociedad. Eso no es cosa que uno comente con los compañeros pero era un hecho, y un hecho importante.

Quizá cuando este caso haya terminado debería pensar en todo esto. Quizá había llegado el momento de dejar la placa y la pistola y abandonar el camino del mal, quizá había llegado el momento de hacer mutis por el foro.

Capítulo 20

Asad Khalil continuó su camino a través de un barrio residencial. El Mercury Marquis era grande, más que cualquier otro coche que hubiera conducido en su vida, pero se manejaba con facilidad.

Khalil no se dirigió a la autopista de peaje de Nueva Jersey. No tenía intención de cruzar más peajes. Tal como había pedido en Trípoli, el automóvil alquilado disponía de un sistema de posicionamiento global, que él había utilizado en Europa. Éste se llamaba «navegador por satélite» y era ligeramente diferente de los que estaba acostumbrado a manejar, pero en su base de datos contenía todo el sistema de carreteras de Estados Unidos, y mientras atravesaba lentamente las calles, accedió a las direcciones a la autopista 1.

A los pocos minutos estaba en la autopista que se dirigía hacia el sur. Observó que era una carretera muy concurrida, con muchos establecimientos comerciales a ambos lados.

Advirtió que algunos de los automóviles con los que se cruzaba llevaban encendidos los faros, así que los encendió él también.

Tras recorrer cerca de dos kilómetros tiró las llaves de Yabbar por la ventanilla. A continuación sacó el dinero que había en la cartera de Yabbar, ochenta y siete dólares. Registró la cartera mientras conducía, rompió lo que se podía romper y fue tirando los pedazos por la ventanilla. Las tarjetas de crédito y el carnet de conducir plastificado presentaban dificultades, pero Khalil logró doblarlos y romperlos y los arrojó también al exterior. La cartera no contenía nada más, a excepción de una fotografía en color de la familia Yabbar: Gamal Yabbar, su esposa, dos hijos, una hija y una mujer de edad. Khalil miró la foto mientras conducía. Había logrado rescatar de las ruinas de su casa en Al Azziziyah unas cuantas fotografías, entre ellas varias de su padre vestido de uniforme. Esas fotos eran preciosas para él, y no habría más fotografías de la familia de Khalil.

Rompió en cuatro trozos la foto de la familia de Yabbar y los dejó volar por la ventanilla. Tras ellos fueron la cartera, la botella de plástico y, finalmente, el casquillo de bala. Todas las pruebas yacían ahora esparcidas a lo largo de muchos kilómetros de carretera y no atraerían la atención de nadie.

Khalil alargó el brazo, abrió la guantera y sacó un fajo de papeles: impresos de alquiler, mapas, varios anuncios y otros documentos, sin interés. Observó que a los americanos, como a los europeos, les encantaban los papeles inservibles.

Examinó el contrato de alquiler y comprobó que el nombre que figuraba en él coincidía con el de su pasaporte.

Volvió su atención a la carretera. Por ella circulaban muchos malos conductores.

Vio muchos jóvenes conduciendo, y también muchos viejos y muchas mujeres. Nadie parecía conducir bien. Conducían mejor en Europa, a excepción de Italia. Los conductores de Trípoli eran como los italianos. Khalil comprendió que podría conducir mal allí sin que nadie se fijara.

Miró el indicador del depósito y vio que ponía «Lleno».

Un coche de policía apareció en su espejo retrovisor y permaneció detrás de él un rato. Khalil mantuvo la misma velocidad y no cambió de carril. Procuró no mirar demasiadas veces por los espejos retrovisores. Eso despertaría las sospechas del policía. Khalil se puso las gafas bifocales.

Al cabo de cinco minutos, el coche de policía pasó al carril izquierdo y lo adelantó. Khalil observó que el agente no lo miró siquiera. Poco después, el coche policial circulaba delante de él.

Khalil se recostó y prestó atención al tráfico. En Trípoli le habían dicho que habría mucho movimiento un sábado por la noche, mucha gente que salía con los amigos o iba a restaurantes o teatros o galerías comerciales. Nada muy diferente de Europa, salvo en lo referente a las galerías comerciales.

En Trípoli le habían dicho también que en las zonas más rurales la policía miraba los coches susceptibles de estar ocupados por traficantes de drogas. Eso podría suponer un problema, le advirtieron, ya que la policía buscaba conductores de raza negra o hispanos, y podrían parar a un árabe por error o incluso deliberadamente.

Pero de noche resultaba difícil ver quién conducía, y el sol ya se estaba poniendo.

Asad Khalil pensó unos momentos en Gamal Yabbar. No le agradaba matar a un correligionario musulmán, pero todo creyente en el islam debía luchar, o sacrificarse o sufrir martirio en el *yihad* contra Occidente. Eran demasiados musulmanes los que, como Gamal Yabbar, no hacían nada más que enviar dinero a su país. Yabbar no merecía realmente la muerte, pensó Khalil, pero la muerte se convirtió en la única posibilidad. Asad Khalil estaba llevando a cabo una misión sagrada, y otros tenían que sacrificarse para que él pudiera hacer lo que no podían hacer ellos, matar al infiel. Aparte de esto, su único pensamiento acerca de Gamal Yabbar fue una fugaz preocupación por la posibilidad de que hubiera sobrevivido a aquella única bala. Pero Khalil había visto otras veces aquellas contracciones y había oído aquel gorgoteo. El hombre estaba muerto. *Que Alá te lleve al Paraíso esta misma noche.*

Se estaba poniendo el sol pero no era sensato pararse para officiar el Salat. El *mulah* le había concedido dispensa por el tiempo en que estuviera dedicado a el *yihad*. Pero no dejaría de rezar sus oraciones. Mentalmente, se postró en su alfombra de oración y se situó de cara a La Meca.

—¡Dios es grande! —recité—. Doy testimonio de que no hay más Dios que Alá. Doy testimonio de que Mahoma es el Mensajero de Dios. ¡Corramos al Salat! ¡Corramos a la victoria! Dios es grande. ¡No hay más Dios que Alá!

Recitó varios pasajes del Corán elegidos al azar:

—Mata a los agresores dondequiera que los encuentres. Expúlsalos de los lugares

de donde te expulsaron... Lucha contra ellos hasta que triunfe la religión de Alá... Lucha por la causa de Alá con el fervor que le es debido... Quedan autorizados a empuñar las armas aquellos que sean atacados... Alá tiene el poder de concederles la victoria... Creyentes, temed a Alá como debéis, y cuando llegue la muerte morid como verdaderos musulmanes... Si habéis sufrido una derrota, también la ha sufrido el enemigo. Alternamos estas victorias entre la humanidad para que Alá conozca a los verdaderos creyentes y elija mártires entre vosotros, y para que pueda poner a prueba a los fieles y aniquilar a los infieles. Alá es el supremo Planificador.

Satisfecho de haber cumplido sus obligaciones, se sentía en paz consigo mismo mientras conducía por tierra extraña, rodeado de enemigos e infieles.

Recordó entonces el viejo canto de guerra árabe y entonó la estrofa titulada «La venganza de muerte»: «Cabalgaba terrible y solo con su espada yemení por toda ayuda; no lucía ésta más ornamento que las muescas de la hoja».

Capítulo 21

Jack Koenig regresó con varios papeles que parecían hojas de fax en la mano. Todos tomamos asiento.

—He hablado con el supervisor del laboratorio criminológico del JFK —dijo, y golpeó suavemente con los papeles sobre la mesita—. Tienen un informe preliminar acerca de los escenarios de los crímenes cometidos en el avión y en el Club Conquistador. He hablado también con George, que se ha ofrecido a marcharse de la BAT y de Nueva York.

Dejó que sus palabras permanecieran unos momentos flotando en el aire y luego se dirigió a Kate:

—¿Sí? ¿No?

—No —respondió ella.

—¿Pueden conjeturar o adivinar qué sucedió en el avión antes de aterrizar? —preguntó, dirigiéndose a Kate y a mí.

—John es el detective —dijo Kate.

—Adelante, detective.

Debo señalar aquí que el FBI utiliza el término «investigador» para describir lo mismo que detective, así que no sé si se me estaba haciendo un honor o se me estaba tratando con condescendencia. En cualquier caso, para esto era en parte para lo que se me había contratado, y soy muy eficiente en ello. Pero Koenig no ocultaba que ya había obtenido algunas respuestas a las preguntas que estaba formulando. De modo que, para que quedara clara la cosa, dije:

—Supongo que han encontrado esas dos botellas de oxígeno en el armario del piso alto del avión.

—Sí. Pero, como descubrió usted, las dos tenían las válvulas abiertas, así que no sabemos lo que había dentro. Podemos suponer, no obstante, que una era de oxígeno, y la otra no. Continúe.

—Bien... a unas dos horas de distancia de Nueva York, el control de Tráfico Aéreo perdió contacto con el Uno-Siete-Cinco de Trans-Continental. De modo que fue entonces cuando el tipo que tenía las botellas de oxígeno medicinales, sentado probablemente en clase business...

—Exacto —dijo Koenig—. Se llamaba Yusef Haddad. Asiento Dos A.

—Muy bien, ese tipo... ¿cómo se llama?

—Yusef Haddad. Significa Joe Smith. Figura en la lista de pasajeros con pasaporte jordano y oxígeno medicinal para el tratamiento de un enfisema. Probablemente, el pasaporte es falso, lo mismo que el enfisema y una de las botellas de oxígeno.

—Exacto. Bien, Joe Smith, jordano, clase business, asiento Dos A. El hombre está respirando el oxígeno auténtico, alarga la mano y abre la válvula de la segunda botella. Se desprende un gas que penetra en el sistema de aire acondicionado del avión.

—Exacto. ¿Qué clase de gas?

—Bueno, era algo bastante desagradable, como cianhídrico.

—Bien. Muy probablemente, era una hemotoxina, quizá una forma militar de cianhídrico. Las víctimas murieron asfixiadas. Esta noche, el laboratorio analizará la sangre y los tejidos y verá si puede identificarlo. Tampoco es que importe mucho, pero es así como trabajan. De todos modos, al cabo de diez minutos había circulado por el sistema todo el aire de a bordo. Así que todo el mundo recibió una dosis de ese gas, a excepción de Yusef Haddad, que continuaba respirando oxígeno puro. —Me miró y dijo—: Dígame cómo escapó Khalil a la muerte.

—Bueno, no estoy seguro de la secuencia de acontecimientos pero... supongo que Khalil estaba en el lavabo cuando escapó el gas. El lavabo podría ser menos tóxico que el aire de la cabina.

—No lo es —replicó Koenig—. Pero el sistema de ventilación del lavabo proyecta directamente el aire fuera del avión, y por eso es por lo que desde la cabina no se huele nada cuando hay alguien sentado en el trono.

Interesante. Me refiero a que una vez hice con AeroMéxico un vuelo a Cancún en el que sirvieron un almuerzo consistente en veintidós platos distintos de judías, y me sorprendió que el avión no estallara en el aire.

—O sea, que el lavabo es tóxico, Khalil respira lo menos posible y quizá se tapa la cara con una toalla de papel mojada —dije—. Haddad tiene que actuar con rapidez y acercarse a Khalil, o bien con su propia botella de oxígeno, o con una de esas botellas pequeñas que llevan los aviones para atender emergencias médicas.

Koenig asintió con la cabeza pero no dijo nada.

—Lo que no entiendo —dijo Kate— es cómo sabían Haddad y Khalil que el avión estaba preprogramado para aterrizar por sí mismo.

—Yo tampoco estoy seguro —respondió Koenig—. Lo estamos comprobando. —Me miró y dijo—: Continúe.

—Bien, pues al cabo de unos diez minutos sólo quedan con vida dos personas a bordo del avión, Asad Khalil y su cómplice, Yusef Haddad. Haddad coge las llaves de las esposas que guardaba Peter Gorman y libera a Khalil en el lavabo. El gas venenoso desaparece finalmente, y cuando están seguros de que el aire se puede respirar, después de unos quince minutos, por ejemplo, prescinden del oxígeno. Kate y yo no vimos por allí la botella de oxígeno de emergencia del avión, por lo que supongo que Haddad o Khalil la volvieron a dejar en su sitio. Después colocaron la botella de Haddad en el armario de la clase business, donde la encontramos.

—Sí —asintió Koenig—, querían que todo pareciera normal cuando subieran a bordo las primeras personas en el JFK. Suponiendo que Peter o Phil hubieran muerto

cerca del lavabo, llevaron también el cuerpo de esa persona a su asiento. Prosigue, señor Corey.

—Bien —continuó—, Khalil no debió de matar inmediatamente a Haddad, porque el cuerpo de éste estaba más caliente que todos los demás. Así que ambos arreglan un poco las cosas, registran quizá las pertenencias de Phil y Peter, cogen sus pistolas y seguidamente bajan a las clases primera y turista y se cercioran de que todo el mundo está muerto. En un momento dado, Khalil ya no necesita compañía y le parte el cuello a Haddad, como descubrió Kate. Lo coloca junto a Phil, lo esposa y le pone el antifaz. Y en algún momento corta los pulgares.

—Exacto —corroboró Koenig—. Los del laboratorio han encontrado en la despensa de la clase business un cuchillo con restos de sangre y han encontrado también, oculta en la basura, la servilleta utilizada para limpiar el cuchillo. A la primera persona que hubiera subido a bordo le habría llamado la atención un cuchillo ensangrentado. Si usted o Kate lo hubieran visto habrían llegado antes incluso a la conclusión a que han llegado.

—Cierto. —Lo primero que ves cuando llegas a la escena de un crimen suele ser lo que el criminal quiere que veas. Pero una investigación ulterior revela la tramoya existente detrás del escenario.

Koenig nos miró y prosiguió:

—En algún momento, mientras el avión estaba siendo remolcado, el sargento Andy McGill, del Servicio de Emergencia de la Autoridad Portuaria, realizó una última transmisión a sus compañeros.

Todos asentimos con la cabeza.

—McGill y Khalil debieron de encontrarse por casualidad —dije.

Koenig miró sus fax.

—Las pruebas preliminares, sangre y tejidos óseos y cerebrales, sugieren que McGill fue muerto entre la despensa y el lavabo, mirando al lavabo —añadió—. Parte de tejido estaba esparcido por la despensa y parte reposaba sobre el cadáver del ayudante de vuelo, aunque alguien intentó limpiarlo, que es por lo que ustedes quizá no lo hayan visto. De modo que tal vez McGill abrió la puerta del lavabo y descubrió a Asad Khalil. El forense encontró también una manta de viaje con un agujero y rastros de quemadura, lo que indica que la manta fue utilizada para amortiguar el sonido del disparo.

Asentí con la cabeza. Siempre es sorprendente lo que los forenses te pueden decir al cabo de muy poco tiempo, y lo rápidamente que un detective puede hacer deducciones y reconstruir el crimen. No importaba que aquello fuese una acción terrorista. Un escenario de un crimen es un escenario de un crimen. El asesinato era asesinato. Lo único que faltaba era el asesino.

—Por lo que se refiere a la huida de Khalil del avión —prosiguió Koenig—, podemos suponer que conocía el procedimiento que se seguiría en el JFK. Muertos los pilotos, cualquier miembro del Servicio de Emergencia que entrase en el avión

apagaría los motores. En ese momento se llamaría a un camión remolque y el avión sería transportado al área de seguridad. El resto, ya lo conocen.

En efecto, lo conocíamos.

—Hemos encontrado también lo que suponemos que era el portatrajes de Yusef Haddad —añadió—. Debajo de un traje había un mono azul de mozo de equipaje de Trans-Continental destinado al señor Haddad. En el mismo portatrajes, sin duda había un segundo mono para Asad Khalil, y se lo puso en algún momento, sabiendo que los mozos subirían a bordo para recoger los equipajes de mano. —Miró a Kate, luego me miró a mí y preguntó—: ¿Alguno de ustedes vio a alguien que pareciera sospechoso? Sabían que algo marchaba mal, y, sin embargo, Khalil escapó.

—Yo creo que ya se había ido cuando llegamos nosotros —repliqué.

—Tal vez. Y tal vez no. Quizá se tropezaron con él.

—Yo creo que lo habríamos reconocido —dijo Kate.

—¿De veras? No, si llevaba un mono de mozo de equipaje, iba peinado de forma distinta y llevaba gafas y bigote postizo. Pero quizá él sí los vio a ustedes. Quizá en algún momento se dio cuenta de que había agentes o detectives federales a bordo. Piensen en ello. Traten de recordar qué sucedió y a quién vieron en el avión y en aquella área de seguridad.

Muy bien, Jack, pensaré en ello. Gracias por mencionarlo.

—En cualquier caso, Khalil montó en una furgoneta de equipajes vacía y se alejó —prosiguió Koenig—. Entonces, la mayoría de los hombres que acabaran de llevar a cabo una de las acciones más audaces de la historia del terrorismo llegarían a la terminal internacional, se quitarían el mono que cubría la ropa de calle y subirían a un avión que despegara rumbo a Arenalandia... disculpen mi caracterización de Oriente Medio. Pero no, Asad Khalil no se vuelve a casa. Todavía no. Primero tiene que pasar por el Club Conquistador. Lo demás, como se suele decir, es historia.

Durante un minuto, todos permanecemos en silencio.

—Se trata de un individuo audaz —observó Koenig—, inteligente y con muchos recursos. Actúa con rapidez, sin dudar y sin miedo a ser apresado. Confía en que los demás estén distraídos o ignoren que hay un asesino sicópata entre ellos. Rapidez, ferocidad y sorpresa. Decisión, audacia y engaño. ¿Comprenden?

Todos comprendíamos. Si hubiera estado de humor, podría haberle hablado a Koenig de unos diez o quince asesinos de ese tipo con los que me había tropezado al cabo de los años. Los asesinos sicóticos realmente buenos eran tal como Koenig los describía. Parecía mentira las cosas que hacían. Parecía mentira lo estúpidas y confiadas que eran sus víctimas.

—El plan de Khalil presentaba otras posibilidades de desarrollo —continuó—. La peor para él era que el avión simplemente se estrellase y murieran todos cuantos se encontraban a bordo, incluido él mismo. Yo creo que él lo habría aceptado y lo consideraría una victoria.

Todos esbozamos un gesto de asentimiento. Hablaba el jefe.

—Otra posibilidad —añadió— era que lo apresaran en tierra y lo identificaran como el asesino. Eso también le parecería bien. Seguiría siendo un héroe en Trípoli. —Volvimos a asentir, empezando a apreciar no sólo a Koenig, sino también a Khalil—. Otra posibilidad más era que escapara del avión pero no pudiera llevar a cabo su misión en el Club Conquistador. En cualquier caso, Asad Khalil no podía perder una vez que Yusef Haddad estaba a bordo con su oxígeno medicinal y su gas venenoso. De hecho, aunque Haddad hubiera sido detenido antes de subir al avión en París, Asad Khalil habría acabado en el Club Conquistador, aunque estuviera esposado y custodiado. Pero ¿quién sabe cómo habría evolucionado la situación después?

Todos pensamos en Asad Khalil en el Club Conquistador. ¿En qué momento se volvería sicótico aquel tío?

El señor Koenig concluyó:

—Prescindiendo de otras posibilidades, Asad Khalil ha recorrido todas las bases, por decirlo en términos de béisbol. Las ha despejado todas y va camino de ocupar la última, ya signifique esto un refugio seguro en América o su regreso a Libia, aún no lo sabemos. —Y añadió—: Pero nosotros jugaremos como si estuviese cerca y esperando el momento de golpear de nuevo.

Puesto que carecíamos de datos y estábamos moviéndonos en el terreno de la especulación, especulé:

—Yo creo que ese tipo es un solitario y que no aparecerá en las habituales casas vigiladas ni rondará por la mezquita local con los sospechosos habituales.

Kate se mostró de acuerdo conmigo.

—Puede que tenga un contacto aquí, quizá el tipo de febrero o algún otro. Suponiendo que no necesite ayuda después del contacto inicial, cabe esperar que encontremos antes de mucho tiempo el cadáver de otro cómplice. Estoy suponiendo también que tenía un hombre en el JFK para ayudarlo a salir de allí, y ése podría ser el tipo que aparezca muerto. Deberíamos dar la alerta en ese sentido a la policía de Nueva York.

Koenig asintió con la cabeza. Miró a Nash.

—¿Por qué crees que se ha ido?

Nash tardó uno o dos segundos en contestar, dando la impresión de que estaba harto de echarles margaritas a los cerdos. Finalmente, se inclinó hacia adelante y nos miró uno a uno.

—Hemos descrito la entrada de Khalil en el país como solemne y dramática —dijo—. Y el señor Koenig tiene razón en que, cualesquiera que fuesen los acontecimientos, Khalil siempre triunfaba. Estaba dispuesto a sacrificar su vida al servicio de Alá y a reunirse con sus hermanos en el Paraíso. Era una forma endiablada y peligrosa de introducirse en un país hostil.

—Ya lo sabemos —dijo Koenig.

—Escúcheme, señor Koenig. Esto es importante y, en realidad, es una buena noticia. Está bien, volvamos al principio y supongamos que Asad Khalil venía a

América a volar este edificio, o el del otro lado de la calle, o toda la ciudad de Nueva York, o Washington. Supongamos que hay un artefacto nuclear escondido en alguna parte, o, más probablemente, una tonelada de gas tóxico o mil litros de ántrax. Si Asad Khalil era el hombre que debía entregar alguna de esas mortíferas armas, entonces habría entrado en Canadá o en México con pasaporte falso y habría cruzado fácilmente la frontera para llevar a cabo esa importante misión. No habría llegado como lo hizo, con gran riesgo de ser apresado o muerto. Lo que hemos visto hoy ha sido una clásica misión gaviota... —Paseó la vista sobre nosotros y explicó—: Ya saben, llega una persona haciendo mucho ruido, suelta mierda por todas partes y se larga. El señor Khalil venía en misión gaviota. Misión cumplida. Se ha ido.

Así pues, todos nos pusimos a pensar en misiones gaviota. El bueno de Ted había hablado y revelado que tenía el cociente intelectual de por lo menos una videograbadora. Aquello era pura lógica. El silencio que se hizo en la estancia me indicó que todo el mundo había acabado viendo el fulgor incandescente de la mente de Nash en acción.

—Me parece una explicación razonable —dijo finalmente Koenig.

—Yo creo que Ted tiene razón —observó Kate—. Khalil ha hecho aquello para lo que se le ha enviado. No hay una segunda parte. Su misión terminó en el JFK y estaba en perfectas condiciones para tomar cualquiera de las docenas de vuelos que salen al atardecer.

Koenig me miró.

—¿Señor Corey?

Yo también asentí con la cabeza.

—Me parece una explicación lógica. Ted ha formulado una teoría muy sólida.

Koenig reflexionó unos instantes y luego dijo:

—No obstante, debemos actuar como si Khalil continuara aún en el país. Hemos informado a todas las organizaciones policiales de Estados Unidos y Canadá. Hemos llamado también a todos los agentes de la BAT que hemos podido localizar esta noche y estamos vigilando todos los lugares en que podría presentarse un terrorista de Oriente Medio. Hemos alertado igualmente a la policía de la Autoridad Portuaria y a la de Nueva York, a Nueva Jersey, Connecticut, condados suburbanos, etcétera. Cuanto más tiempo pasa, más extensa se hace el área de búsqueda. Si está escondido, quizá esperando salir del país, puede que no tardemos en detenerlo. La prevención tiene prioridad absoluta.

—He llamado a Langley desde el JFK —informó Nash—, y han cursado una orden urgente de busca y captura a todos los aeropuertos internacionales en los que tenemos intereses. —Me miró—. Eso significa personas que trabajan para nosotros, que están con nosotros o que *son* nosotros.

—Gracias. Leo novelas de espionaje —dije.

De modo que así estaba la cuestión. O Asad Khalil se encontraba ya fuera del país o permanecía escondido, esperando el momento de salir. Era lo más lógico, habida

cuenta de lo que había sucedido y de cómo había sucedido.

No obstante, había varias cosas que me preocupaban, uno o dos detalles que no encajaban. El primero y más evidente era la cuestión de por qué Asad Khalil se había convertido en el enlace de la CÍA en la embajada de París. Habría sido un plan mucho más sencillo que Asad Khalil subiera a bordo del vuelo 175 de Trans-Continental con un pasaporte falso, como había hecho Joe Smith, su cómplice. El mismo plan del gas venenoso habría funcionado mejor si Khalil no hubiera ido esposado y custodiado por dos agentes federales armados.

Lo que Nash estaba pasando por alto era el elemento humano, que es lo que uno esperaría que pasara por alto Nash. Era preciso comprender a Asad Khalil para comprender qué se proponía. Él no quería ser un terrorista anónimo más. Quería entrar en la embajada de París, dejarse esposar y custodiar y luego escapar como Houdini. Aquello era una exhibición de insolencia por su parte, no una misión gaviota. Quería leer lo que sabíamos de él, quería cortar pulgares e ir al Club Conquistador y matar a todos cuantos estuviesen allí. Ciertamente era una operación de alto riesgo, pero lo extraordinario radicaba en su carácter personal. De hecho, era un insulto, una humillación, como un antiguo guerrero internándose solo a caballo en un campamento enemigo y violando a la mujer del jefe.

La única cuestión que yo me planteaba era si Asad Khalil había terminado o no de joder a los americanos. Yo creía que no —el tío estaba lanzado—, pero coincidía con Nash en que Khalil no tenía una bomba atómica que detonar o gases o gérmenes venenosos que tuviera que esparcir. Empezaba a tener la impresión de que Asad Khalil —el León— estaba en América para echarnos más mierda a la cara, de cerca y en plan personal. No me habría sorprendido mucho que se presentara en el piso 28 para rebanar unos cuantos pescuezos y partir unos cuantos cuellos.

Así que era el momento de hacer partícipes de esa sensación a mis compañeros de equipo, de descubrir mi as a King Jack, si me permiten la metáfora o lo que demonios sea.

Pero mis colegas estaban charlando de otra cosa, y mientras esperaba una oportunidad para meter baza reflexioné en las cosas que me preocupaban y en aquella sensación de que Asad Khalil estaba en aquellos momentos probando llaves en el ascensor. Así que lo dejé por el momento y volví a sintonizar.

—Evidentemente, Khalil ha leído todo lo que contenían las carteras de Phil y Peter —estaba diciendo Kate.

—No llevaban gran cosa —respondió Koenig, con demasiada displicencia a mi parecer.

—Asad Khalil tiene ahora nuestro *dossier* sobre él —señaló Kate.

—No había gran cosa en ese *dossier* —replicó Koenig—. No mucho que él no supiera ya acerca de sí mismo.

—Pero ahora sabe qué poco es lo que nosotros sabemos —insistió Kate.

—Está bien. Entiendo. ¿Algo más?

—Sí... en el *dossier* había un informe de Zach Weber. Era sólo un informe de operaciones pero iba dirigido a George Foster, Kate Mayfield, Ted Nash, Nick Monti y John Corey.

¡Mierda! No había pensado en eso.

—Bueno, entonces tengan cuidado —dijo Koenig con indiferencia.

Gracias, Jack.

—Pero dudo que Khalil... —añadió. Pensó en ello y luego nos informó—: Sabemos de qué es capaz ese hombre. Pero no sabemos qué se propone hacer. No creo que ustedes figuren en sus planes.

Kate reflexionó unos momentos.

—Estábamos de acuerdo en que no debemos subestimar a ese hombre.

—Ni sobrestimarlo tampoco —replicó secamente Koenig.

Es un cambio; el FBI, como la CÍA, acostumbra sobrestimarlo todo. Es bueno para su presupuesto y para su imagen. Pero no hice ningún comentario.

—Rara vez hemos visto actuar así a un terrorista —continuó Kate—. La mayoría de los actos terroristas son o indiscriminados o remotos, como los realizados con bombas. Ese hombre es sospechoso de haber cometido personalmente asesinatos en Europa, y no necesito decirles lo que acaba de hacer aquí. Hay algo en ese sujeto que me preocupa, aparte de lo evidente.

—¿Y qué cree que es? —preguntó Koenig.

—No lo sé —respondió ella—. Pero, a diferencia de la mayoría de los terroristas, Khalil ha dado muestras de gran inteligencia y valor.

—Como un león —comentó Koenig.

—Sí, como un león. Pero no debemos abusar de metáforas. Es un hombre y es un asesino, y eso lo hace ser más peligroso que cualquier león.

Kate Mayfield se estaba aproximando al núcleo del asunto, a una certera comprensión de la personalidad de Asad Khalil. Pero no dijo nada más, y nadie siguió el curso de sus pensamientos.

Hablamos durante uno o dos minutos acerca de los tipos de personalidad de los diferentes asesinos, y el FBI es realmente sobresaliente en esta clase de análisis psicológico. Mucho de lo que se decía me sonaba a mí a sicofarfolia, pero algunas cosas daban en el clavo.

—Yo tengo la impresión de que los norteamericanos se la ponen dura a Khalil —dije.

—¿Perdón? —preguntó Koenig—. Le ponen ¿qué?

Lamenté mi utilización de la jerga de comisaría y aclaré:

—Tiene algo más que una agenda filosófica o política. Tiene un odio profundo hacia los norteamericanos. A la luz de los acontecimientos de hoy —añadí—, yo creo que podemos suponer que algunas o todas las sospechas y alegaciones contenidas en el *dossier* de Khalil son realmente ciertas. Si es así, entonces asesinó con un hacha a un oficial de aviación norteamericano. Mató a tiros a tres inocentes colegiales

norteamericanos en Bruselas. Si logramos averiguar por qué, tal vez podamos averiguar qué le ocurre a este individuo, y quizá intuyamos cuál será su próxima acción.

—También ha atacado a los británicos —intervino Nash—. Creemos que hizo estallar una bomba en la embajada británica en Roma. De modo que su teoría de que está obsesionado con matar solamente americanos no se sostiene.

—Si fue él quien puso esa bomba en la embajada británica, entonces hay una conexión —repliqué—. No le gustan los británicos ni tampoco los norteamericanos. Las conexiones siempre son pistas.

Nash soltó una especie de risita despectiva. Odio que la gente haga eso.

Koenig miró a Nash.

—¿No está de acuerdo con el señor Corey?

—El señor Corey está mezclando el trabajo policial con el trabajo de inteligencia —respondió Nash—. El modelo de uno no es necesariamente aplicable como modelo para el otro.

—No necesariamente —replicó Koenig—. Pero sí a veces.

Nash se encogió de hombros y añadió:

—Aunque Asad Khalil eligiese solamente norteamericanos como víctimas, eso no le da un carácter singular. Todo lo contrario, en realidad. La mayoría de los terroristas actúan de modo exclusivo contra Norteamérica y los norteamericanos. Ésa es nuestra recompensa por ser el número uno, por ser proisraelíes, por la guerra del Golfo y por nuestras operaciones antiterroristas en todo el mundo.

—Está, sin embargo, la cuestión del estilo único de Khalil —replicó Koenig—, su personal, insultante y humillante *modus operandi*.

Nash se encogió nuevamente de hombros.

—¿Y qué? Ése es su estilo, y aunque constituyera una pista respecto a sus planes futuros, no podríamos anticiparnos a ellos. No vamos a capturarlo mientras lleva a cabo una misión. Tiene millones de objetivos, y es él quien elige el objetivo, el tiempo y el lugar. Misiones gaviota.

Nadie replicó.

—En cualquier caso —concluyó Nash—, ya sabéis que estoy convencido de que lo que ha sucedido hoy era la misión que ha venido a llevar a cabo y que Khalil ya se ha ido. Puede que descargue su próximo golpe en Europa, donde parece ser que ya ha actuado antes; allí conoce el terreno, y la seguridad no siempre es sólida. Y, sí, tal vez vuelva aquí algún día. Pero, por continuar con la metáfora, el león está saciado de momento. Regresa a su cubil en Libia y no volverá a salir hasta que esté hambriento.

Pensé en ofrecer mi metáfora de Drácula: el barco que llega como por arte de magia con todos sus pasajeros y tripulantes muertos, y Drácula que se introduce en un país totalmente desprevenido lleno de rollizas personas provistas de venas excelentes y todo eso. Pero el señor Koenig parecía pensar que yo era un tipo lógico, de buenos instintos y sin pensamientos metafóricos. Así que me guardé el tema Drácula para

otra ocasión.

—No es por llevar la contraria pero, sobre la base de lo que hemos visto hoy, sigo pensando que Khalil se encuentra ahora a ochenta kilómetros de aquí —dije—. He apostado diez dólares con Ted a que no tardamos en recibir noticias de él.

El señor Koenig forzó una sonrisa.

—¿De veras? Será mejor que me hagan a mí depositario del dinero. Ted va a viajar al extranjero.

Koenig no bromeaba y extendió la mano. Nash y yo depositamos en ella diez dólares cada uno, que Koenig se embolsó.

Kate hizo rodar los ojos. Pensaba que éramos como niños.

—O sea que Khalil está en alguna parte ahí fuera y tiene su nombre, señor Corey —dijo Koenig—. ¿Cree que figura usted ahora en su menú?

Supongo que volvíamos a las metáforas leoninas y capté el significado, que no me gustó.

—A veces los cazadores se convierten en cazados —me informó Koenig. Miró a Nash—. Por ejemplo, un terrorista de Oriente Medio asesinó a dos hombres en el *parking* del cuartel general de la CÍA.

—Las dos víctimas eran empleados de la CÍA pero fueron elegidas al azar —respondió Nash—. El asesino no las conocía. El objetivo era la institución.

Jack Koenig no replicó.

—Si Asad Khalil se encuentra todavía en el país —dijo—, no son ustedes la razón por la que vino originariamente aquí pero puede que estén en su lista de objetivos. En realidad, considero que esto es una oportunidad.

Me incliné hacia adelante.

—Disculpe. ¿Qué oportunidad?

—Bueno, detesto emplear la palabra cebo pero...

—Mala idea. Dejémoslo.

Él no quería dejarlo y volvió a la metáfora del león.

—Tenemos a ese león que está devorando campesinos. Y tenemos a tres cazadores que han estado en un tris de capturarlo. El león está furioso con los cazadores, y comete el fatal error de ir tras ellos. ¿De acuerdo?

Nash puso cara de regocijo. Kate pareció considerar la idea.

—Publicaremos una noticia sobre John y Kate —continuó Koenig—, y tal vez incluso utilicemos sus fotografías, aunque normalmente nunca lo hacemos. Khalil pensará que en América es habitual utilizar nombres y fotos de agentes, y no sospechará que es una trampa. ¿De acuerdo?

—No creo que eso esté en mi contrato —dije.

—No podemos utilizar el nombre y la foto de Ted porque su agencia nunca lo permitiría —prosiguió Koenig—. George está casado y tiene hijos, y no asumiremos ese riesgo. Pero usted, John, y usted, Kate, son solteros y viven solos, ¿no es así?

Kate asintió con la cabeza.

—¿Por qué no dejamos la idea a un lado, de momento? —sugerí.

—Porque, si tiene usted razón, señor Corey, y Khalil continúa en el país y cerca de donde nosotros estamos, tal vez se sienta tentado de golpear un objetivo de ocasión antes de ocuparse de su objetivo siguiente, que podría ser mucho más importante que cuanto ha hecho hasta ahora. Por eso. Estoy tratando de evitar otro asesinato en masa. A veces, un individuo debe ponerse en peligro para mayor seguridad de la nación. ¿No está de acuerdo?

Yo mismo me había colocado en una situación en la que, hiciera lo que hiciese, salía perdiendo.

—Magnífica idea —respondí—. ¿Cómo no se me había ocurrido?

—Y si John está equivocado y Khalil se encuentra ya fuera del país, John sólo pierde diez dólares —observó Nash—. Si Khalil está en el país, John gana diez dólares pero..., bueno, no pensemos en eso.

Por primera vez que yo pudiera recordar, Ted Nash estaba disfrutando realmente. Quiero decir que aquel viejo estoico se sentía regocijado ante la perspectiva de que un sicótico montador de camellos le rebanara el pescuezo a John Corey. Hasta el señor Roberts estaba intentando reprimir una sonrisa. Es curioso la clase de cosas que pueden divertir a la gente.

La reunión continuó durante un rato más. Estábamos tratando ya del problema de relaciones públicas, que podía resultar peliagudo con trescientas personas muertas en el avión, varios asesinados en tierra y el criminal en libertad.

—Los próximos días van a ser muy difíciles —concluyó Jack Koenig—. Los medios de comunicación se muestran generalmente amistosos con nosotros, como vimos en el caso del World Trade Center y en el de la TWA. Pero tenemos que controlar un poco las noticias. También tenemos que ir mañana a Washington y asegurar a esa gente que tenemos el asunto encauzado. Ahora quiero que se vayan todos a dormir. Reúnanse conmigo en La Guardia para tomar el primer vuelo a Washington, a las siete de la mañana. George se quedará en el Club Conquistador para inspeccionar el escenario del crimen.

Se puso en pie, y todos lo imitamos.

—Pese al resultado de la misión de hoy, han hecho un buen trabajo. —Me sorprendió al añadir—: Recen por los muertos.

Nos estrechamos todos la mano, incluso el señor Roberts. Y Kate, Ted y yo salimos.

Mientras cruzábamos el piso 28, sentí multitud de miradas clavadas sobre nosotros.

Capítulo 22

Asad Khalil sabía que tenía que cruzar el río Delaware por un puente sin peaje, y se le había indicado que continuase por la autopista 1 hasta la ciudad de Trenton, donde no había esa clase de puentes. Programó el navegador por satélite mientras conducía. Habría sido más fácil si lo hubiera hecho el hombre que había alquilado el coche, o hubiera pedido a la agencia de alquiler que lo hiciera, pero también habría resultado peligroso. La última y única necesidad de ayuda que tenía Khalil, y el último punto hasta donde le podían seguir la pista, era Gamal Yabbar, en el aparcamiento.

Salió de la autopista 1 para pasar a la interestatal 95. Era una buena carretera, pensó, muy parecida a la Autobahn alemana, salvo que aquí los vehículos circulaban más despacio. La interestatal lo llevó en torno a la ciudad de Trenton. Cerca de una salida vio un letrero marrón que decía Parque estatal del cruce de Washington. Recordó que su oficial instructor ruso, Boris, exagente del KGB que había vivido en América, le había dicho: «Cruzarás el río Delaware cerca del lugar por donde George Washington lo atravesó en barca hace doscientos años. Tampoco él quería pagar peaje».

Khalil no siempre entendía el humor de Boris, pero Boris era el único hombre en todo Trípoli del que podían esperarse buenos consejos acerca de América y los americanos.

Khalil cruzó el puente franco de peaje y entró en el estado de Pennsylvania. Continuó por la 1-95 en dirección sur, siguiendo las instrucciones del navegador por satélite.

El sol se había puesto ya por completo y la oscuridad era absoluta. Al poco rato vio que la 1-95 atravesaba la ciudad de Filadelfia. Había mucho tráfico, y tuvo que reducir la velocidad. Podía ver altos edificios iluminados, y durante un trecho la carretera discurría paralela al río Delaware. Luego, pasó por delante del aeropuerto.

Aquél no era el camino más rápido y directo a su destino, pero era una carretera muy concurrida, sin peajes, y, por consiguiente, la más segura para él.

No tardó en dejar atrás la ciudad, y los vehículos comenzaron a aumentar la velocidad.

Llevó sus pensamientos a otros asuntos. Lo primero que se le ocurrió fue que aquel día 15 de abril había empezado bien, y que para entonces, en Trípoli, el Gran Líder sabría ya que Asad Khalil había llegado a América, que cientos de personas habían sido asesinadas para vengar aquel día y que en los próximos días morirían muchas más.

El Gran Líder se sentiría complacido, y muy pronto toda Trípoli y toda Libia sabrían que se había asestado un golpe que redimiría el honor de la nación. Malik

estaría despierto, aun a aquella temprana hora en Trípoli, y ya estaría enterado, y bendeciría a Asad Khalil y rezaría por él.

Khalil se preguntó si los norteamericanos tomarían represalias contra su país. Era difícil adivinar qué haría el presidente americano. Al menos, el Gran Satán, Reagan, había sido predecible. Este presidente era a veces débil, a veces fuerte.

En cualquier caso, incluso la represalia sería buena. Despertaría a toda Libia y a todo el islam.

Khalil encendió la radio y oyó a gente que hablaba de sus problemas sexuales. Sintonizó una emisora de noticias y escuchó durante diez minutos antes de que se informara de lo sucedido en el avión. Escuchó atentamente al locutor y luego a otras personas que comentaban lo que ellas llamaban la «tragedia». Para Khalil estaba claro que las autoridades o no sabían qué había sucedido o lo sabían y lo estaban ocultando. En cualquier caso, aunque la policía se hallara en estado de alerta, la población en general permanecía inadvertida. Esto le facilitaba mucho las cosas.

Asad Khalil continuó hacia el sur por la carretera 1-95. El reloj del salpicadero señalaba las 20.10. Todavía había suficiente tráfico como para que su coche no llamara la atención. Pasó de largo ante varias salidas que llevaban a zonas de descanso, lugares brillantemente iluminados en los que se veían automóviles, personas y surtidores de gasolina. Pero su indicador de combustible se mantenía por encima de la mitad, y no tenía hambre. Cogió del maletín la segunda botella de agua, la terminó y luego orinó en ella, volvió a enroscar el tapón y la depositó bajo el asiento del copiloto, Se daba cuenta de que estaba cansado pero no tanto como para quedarse dormido. Había dormido bien en el avión.

En Trípoli le habían dicho que condujera durante toda la noche, que cuanto más distancia pusiese entre él y lo que había dejado atrás, más probabilidades tendría de no ser detenido. Pronto estaría en otra nueva jurisdicción —Delaware—, y cuantas más jurisdicciones lo separasen de Nueva York y Nueva Jersey, le habían dicho, menos probable sería que la policía local estuviese alertada.

En cualquier caso, la policía no tenía ni idea de qué estaba buscando. Ciertamente, carecía de motivos para buscar un Mercury Marquis negro que se dirigiera hacia el sur por cualquiera de las numerosas carreteras. Sólo el hecho de que un coche patrulla lo hiciese parar al azar constituiría un problema, y aun entonces Khalil sabía que sus papeles estaban en regla. En Europa le habían parado dos veces. Siempre querían ver un pasaporte y a veces también un visado, y todos los papeles del coche alquilado. En las dos ocasiones le habían mandado seguir. Aquí, según sus instructores de Trípoli, sólo querían ver un carnet de conducir y una matrícula, y querían saber si uno había estado bebiendo alcohol. Su religión le prohibía el alcohol pero no debía decirlo, sino, simplemente, responder: «No». Pero no podía concebir un encuentro con la policía que durase demasiado antes de que uno de ellos cayera muerto.

Le habían dicho también que los policías generalmente iban solos, lo que le

resultaba un tanto increíble. Boris, que había pasado cinco años en Estados Unidos, le había dado instrucciones para cuando hubiera abandonado el taxi y condujese solo. Le había dicho: «Quédate en el coche. El policía se te acercará y se asomará a tu ventanilla o te ordenará que salgas. Un tiro en la cabeza y el camino queda libre. Pero habrá comunicado por radio tu matrícula a su comisaría antes de pararte, y tal vez tenga una cámara de vídeo en el salpicadero de su coche grabando lo que sucede. Así que debes abandonar tu automóvil lo antes posible y encontrar otro medio de transporte. No tendrás contactos que te ayuden, Asad. Dependes exclusivamente de ti mismo hasta que llegues a la costa oeste de Norteamérica».

Khalil recordaba que había respondido: «He dependido exclusivamente de mí mismo desde el 15 de abril de 1986».

A las nueve y veinte de la noche, Khalil entró en el estado de Delaware. Quince minutos después, la 1-95 confluía con la autopista memorial John F. Kennedy, que era de peaje, así que Khalil salió a la carretera 40, que discurría paralelamente a la interestatal en dirección sur y oeste hacia Baltimore. Al cabo de media hora entraba en el estado de Maryland.

Menos de una hora después, estaba en la interestatal que lo llevó dando un rodeo en torno a la ciudad de Baltimore y regresó luego a la 1-95, que no tenía peaje en aquel punto. Continuó en dirección sur.

No tenía ni idea de por qué unos puentes y carreteras eran gratuitos mientras que en otros había que pagar peaje. En Trípoli tampoco lo sabían. Pero sus instrucciones habían sido claras: evitar las cabinas de peaje.

Boris le dijo: «En algún momento tendrán una foto tuya en cada sitio donde tengas que pagar».

Khalil vio un gran letrero verde y blanco que indicaba las distancias a varias ciudades, y vio la que quería: «Washington, D. C, 56 kilómetros». Sonrió. Estaba cerca de su destino.

Era casi medianoche pero aún había algo de tráfico en la carretera que unía las dos grandes ciudades. De hecho, pensaba que había un sorprendente número de vehículos en las carreteras, incluso después de anochecer. No era de extrañar que los norteamericanos necesitasen tanto petróleo. Había leído una vez que los norteamericanos consumían en un día más petróleo que Libia en todo un año. No tardarían en agotar todo el existente sobre la Tierra y entonces tendrían que ir andando o en camello. Rió.

A las doce y media llegó a la carretera de circunvalación llamada Capital Beltway y siguió por ella en dirección sur. Miró el odómetro y vio que había recorrido casi quinientos kilómetros en seis horas.

Abandonó la autopista por la salida de Suitland Parkway, cerca de la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews, y recorrió una carretera que atravesaba galerías comerciales y grandes tiendas. Su navegador por satélite le daba los nombres de algunos lugares en que alojarse pero no tenía intención de detenerse en sitios muy

conocidos. Mientras circulaba lentamente, cogió la botella de plástico con la orina y la tiró por la ventanilla.

Pasó por delante de varios moteles y luego vio uno que parecía suficientemente inhóspito. Un letrero iluminado decía: « Habitaciones libres ».

Khalil entró en el *parking*, que estaba casi vacío. Se quitó la corbata y las gafas, bajó del Mercury y cerró la puerta. Se desperezó y luego se dirigió a la recepción del pequeño motel.

Había un joven sentado detrás del mostrador, viendo la televisión. Al verlo se levantó.

—¿Sí?

—Necesito una habitación para dos días.

—Ochenta dólares más impuestos.

Khalil puso dos billetes de cincuenta dólares sobre el mostrador.

El empleado estaba acostumbrado a recibir huéspedes que pagaban al contado.

—Necesito cien dólares como depósito —dijo—. Los recuperará al marcharse.

Khalil puso otros dos billetes de cincuenta sobre el mostrador.

El joven le dio una ficha de registro, y Khalil la rellenó, utilizando el nombre de Ramón Vázquez. Escribió la marca y el modelo correctos del automóvil, tal como le habían ordenado que lo hiciera porque podrían comprobarlos más tarde, cuando él estuviese en la habitación. Escribió también el número correcto de la matrícula y empujó la ficha hacia el empleado.

Éste le dio una llave con una etiqueta, el cambio y un recibo por sus cien dólares.

— Habitación 15 —le dijo—. Saliendo, a la derecha. Hacia el final. La hora tope de salida son las once.

—Gracias.

Khalil se volvió y salió del recinto. Fue hasta su coche y condujo hasta la habitación en cuya puerta figuraba el número 15.

Cogió su maletín, cerró el coche y entró en la habitación. Accionó el interruptor y se encendió una lámpara.

Khalil cerró la puerta con llave y echó el pestillo. Observó que la habitación estaba amueblada con sencillez pero había un televisor. Lo encendió.

Se quitó la ropa y entró en el cuarto de baño con el maletín, el chaleco antibalas y las dos Glock del calibre 40.

Se alivió y después abrió el maletín y sacó los útiles de aseo. Se despegó el bigote, se lavó los dientes y se afeitó. Tras dejar las pistolas en el lavabo, se dio una ducha rápida.

Se secó, cogió el maletín, las pistolas y el chaleco antibalas y regresó al dormitorio. Volvió a vestirse, se puso unos calzoncillos y una camiseta limpia, una corbata diferente y unos calcetines, todo lo cual lo sacó del maletín. Se puso también el chaleco antibalas. Sacó el tubo de pasta de dientes relleno de pegamento, y, situándose ante el espejo del dormitorio, volvió a colocarse el bigote.

Encontró el mando a distancia del televisor, se sentó en la cama y fue cambiando de canales hasta encontrar una cadena en la que dieran noticias. Advirtió que se trataba de la repetición grabada de un noticiario emitido con anterioridad, pero podría ser útil.

Estuvo mirando durante quince minutos. Después, el presentador dijo: «Más detalles sobre la tragedia ocurrida esta tarde en el aeropuerto Kennedy».

Apareció en la pantalla una vista del aeropuerto. Reconoció al fondo el área de seguridad. Pudo ver la alta cola y la sección superior del 747 elevándose sobre el muro de acero.

La voz del presentador estaba diciendo: «El número de muertos continúa aumentando mientras los empleados del aeropuerto y de la compañía aérea confirman que una emanación de gases tóxicos, procedentes al parecer de una carga no autorizada depositada en la bodega, ha causado la muerte de por lo menos doscientas personas a bordo del vuelo Uno-Siete-Cinco de Trans-Continental».

El presentador continuó hablando un rato más pero sin decir nada nuevo.

Apareció luego en pantalla la terminal de llegadas, donde sollozaban amigos y parientes de las víctimas. Khalil observó que había muchos reporteros con micrófonos, todos tratando de obtener entrevistas con las personas que lloraban. Eso le pareció extraño. Si creían que se trataba de un accidente, ¿qué importaba lo que dijese aquellas personas? ¿Qué sabían? Nada. Si los americanos reconocían que había sido un ataque terrorista, entonces no había duda de que aquellas escenas de histerismo estaban siendo filmadas con fines propagandísticos. Pero, por lo que veía, los reporteros sólo querían saber acerca de familiares y amigos que iban en el avión. Muchos de los entrevistados confiaban todavía en que aquéllos a quienes esperaban hubiesen sobrevivido. Khalil podía decirles con absoluta certeza que no era así.

Continuó mirando, fascinado por la estupidez de aquella gente, en especial los periodistas.

Quería ver si alguien hablaba de la presencia a bordo del bombero a quien había asesinado pero nadie lo mencionó. Y tampoco nadie dijo nada acerca del Club Conquistador, pero Khalil ya sabía que nadie lo sacaría a colación.

Esperaba que su fotografía apareciese en la pantalla pero, en lugar de ello, la escena volvió a la redacción, donde el presentador estaba diciendo:

—Se especula con la posibilidad de que este avión tomara tierra por sí solo. Tenemos con nosotros a un expiloto de 747 de American Airlines, el capitán Fred Eames. Bien venido.

El capitán Eames saludó con una inclinación de cabeza, y el reportero le preguntó:

—Capitán, ¿es posible que este avión aterrizara por sí solo, sin que una mano humana accionara los mandos?

—Sí, es posible —respondió el capitán Eames—. En realidad, es algo completamente habitual. Casi todos los aviones pueden seguir una ruta previamente

programada, pero los aviones comerciales de última generación pueden también controlar automáticamente el tren de aterrizaje, los alerones y los frenos, haciendo del aterrizaje una operación totalmente rutinaria. Se hace todos los días. Sin embargo, los ordenadores no controlan los inversores de dirección, por lo que el aterrizaje con piloto automático necesita una longitud de pista mayor de lo normal, pero en el JFK eso no es problema.

El hombre continuó hablando. Asad Khalil escuchaba, aunque aquello no le interesaba. Lo que le interesaba era que no salía en la televisión ningún agente federal y que no se le mencionaba a él para nada ni se mostraba su foto. Supuso que las autoridades habían decidido no decir lo que sabían. Todavía no. Para cuando lo hiciesen, Khalil estaría ya próximo a completar su misión. Sabía que las primeras veinticuatro horas eran las más críticas. Después, las posibilidades de ser capturado disminuían a cada día que pasaba.

Finalizó el reportaje sobre las muertes acaecidas a bordo del avión y se pasó a otro tema. Continuó mirando para ver si se daba alguna noticia de la muerte de Gamal Yabbar, pero no hubo ninguna.

Asad Khalil apagó el televisor. Mientras conducía el coche en dirección a la habitación 15, había mirado la brújula del Mercury para ver hacia dónde estaba el este.

Se levantó de la cama, se prosternó de cara a La Meca y rezó sus oraciones vespertinas.

Después se tendió en la cama, completamente vestido, y se sumió en un ligero sueño.

Capítulo 23

Kate Mayfield, Ted Nash y yo salimos del 26 de Federal Plaza y nos detuvimos en Broadway.

No había mucha gente por allí, y había refrescado.

Nadie dijo nada, lo que no significaba que no hubiera nada que decir. Significaba, creo yo, que por primera vez estábamos completamente solos, los tres que habíamos salido con las orejas gachas pese a las amables palabras de despedida de Koenig, y no queríamos hablar de ello.

Nunca hay un taxi ni un guardia cerca cuando los necesitas, y allí estábamos los tres, pasando frío.

—¿Os apetece tomar un trago? —dijo finalmente Kate.

—No, gracias —respondió Nash—. Tengo que pasarme media noche al teléfono con Langley.

Kate me miró.

—¿John?

Yo necesitaba un trago pero quería estar solo.

—No, gracias —dije—. Yo voy a ver si duermo un poco. —No veía ningún taxi, así que añadí—: Cogeré el metro. ¿Alguien necesita direcciones de metro?

Nash, que probablemente ni siquiera sabía que hubiese metro en Nueva York, respondió:

—Yo esperaré un taxi.

—Y yo compartiré el taxi con Ted —me dijo Kate.

—Muy bien. Nos veremos en La Guardia.

Eché a andar hacia la esquina y levanté la vista hacia las torres gemelas antes de torcer al este por Duane Street.

Delante de mí se alzaba el One Pólice Plaza, el edificio de catorce pisos, y sentí que me invadía una oleada de nostalgia, seguida por una especie de montaje de mi antigua vida..., la Academia de Policía, agente novato, patrullero, policía de paisano y después la dorada placa de detective. Antes de abandonar bruscamente la profesión aprobé el examen para sargento y estaba a punto de ser ascendido. Pero circunstancias ajenas a mi control lo impidieron. El segundo acto del drama fue la enseñanza en John Jay. Esto, la BAT, era el tercer y último acto de una carrera a veces brillante y a veces no tanto.

Torcí hacia el norte por Centre Street y crucé Chinatown, pasando por delante de los juzgados y dejando a un lado la boca del metro.

Quizá uno de los pensamientos no expresados que Nash, Kate y yo tuvimos allí en la acera era la idea de que Asad Khalil iba a por nosotros. En realidad, salvo

escasas excepciones, nadie, ni en el crimen organizado, ni en los grupos subversivos, ni siquiera entre los reyes de la droga, atacaba jamás en Estados Unidos a un agente federal. Pero las cosas estaban empezando a cambiar con los grupos extremistas islámicos. Se habían dado incidentes, como el asesinato del *parking* de la CÍA, que constituían turbadores atisbos del futuro. Y ese futuro acababa de llegar en el vuelo 175.

Me encontraba ahora en Little Italy, y mis pies me llevaron al restaurante Giulio's, en Mott Street. Entré en el establecimiento y me dirigí al bar.

El restaurante estaba lleno aquel sábado por la noche, principalmente con grupos de seis o más personas. Había tipos elegantes de Manhattan, vagabundos de puente y túnel de los suburbios, unas cuantas familias del barrio y varios turistas procedentes de lugares donde la gente tiene el pelo rubio. No vi ningún mañoso; éstos solían evitar Little Italy los fines de semana, cuando la gente iba allí a ver mañosos.

Recordé, sin embargo, que un jefe de la mafia fue abatido aquí un viernes por la noche de hacía unos diez años. En realidad, fue abatido en la acera pero volvió a entrar en el restaurante a través del cristal del escaparate, impulsado por la bala de rifle disparada por algún otro compañero. Por lo que recuerdo, el jefe mañoso no murió a resultas de ello porque llevaba una camiseta de Little Italy —un chaleco antibalas— pero fue asesinado más tarde por una mujer casada a la que se estaba tirando.

El caso es que no reconocí al barman ni a ninguno de los que estaban en la barra o en las mesas. Cualquiera otro día de la semana, podría haberme encontrado con alguno de mis viejos compañeros, pero no aquella noche, lo que me venía de perlas.

Pedí un Dewar's doble y también un vaso de Bud. No había por qué andar perdiendo el tiempo.

Me eché al colete el Dewar's y tomé un sorbo de cerveza.

Por encima de la barra había un televisor con el sonido bajado. En la parte inferior de la pantalla, donde entre semana suele pasar una cinta con las cotizaciones de bolsa, pasaba ahora una cinta con los resultados deportivos. En la pantalla propiamente dicha había una comedia de situación de la mafia titulada «Los Soprano», que todo el mundo estaba mirando. A todos los tipos de la mafia que conozco les encanta esa serie.

Después de varias rondas, cuando ya me sentía mejor, salí y cogí uno de los muchos taxis que abundan en Little Italy y regresé a mi piso de la calle 72 Este.

Vivo en un edificio limpio y moderno desde el que se divisa una vista espléndida del East River, y no hay en mi apartamento nada de la excentricidad y el desorden que se suelen asociar con los detectives solteros de Nueva York. Mi vida es desordenada pero mis cubiles son pulcros. Esto es en parte consecuencia de mi primer matrimonio, que duró unos dos años. Ella se llamaba Robin, y había sido ayudante del fiscal del distrito en la oficina de Manhattan, que es donde yo la conocí. La mayoría de las ayudantes de fiscales se casan con otros fiscales. Robin se casó con

un poli. Nos casó un juez pero yo debería haber pedido un jurado.

El caso es que, como suele ocurrir con los ayudantes de fiscales, a Robin le ofrecieron, y ella aceptó, un puesto en un bufete de abogados especializado en defender a la gentuza que ella y yo estábamos tratando de retirar de la circulación. La situación económica mejoró, pero el matrimonio se fue a pique. Diferencias filosóficas irreconciliables. Yo me quedé con el piso. Los plazos de la hipoteca son muy altos.

Alfred, mi portero de noche, me saludó y sostuvo la puerta abierta.

Revisé mi buzón, que estaba lleno de folletos publicitarios. Casi esperaba encontrar una carta bomba de Ted Nash, pero hasta el momento el hombre estaba mostrando una contención admirable.

Monté en el ascensor y entré en mi apartamento, tomando mínimas precauciones. Durante el primero o dos primeros meses de matrimonio me había costado pasar por delante de Alfred. No le gustaba la idea de que yo durmiese con mi mujer, a la que había cobrado afecto. De todos modos, Robin y yo habíamos informado a Alfred y a los otros porteros de que estábamos relacionados con la administración de justicia y que teníamos enemigos. Todos los porteros se hicieron cargo, y sus aguinaldos de Navidad y de Pascua reflejaban el aprecio que sentíamos por su lealtad, discreción y vigilancia. Por el contrario, desde mi divorcio, yo pensaba que por una propina de veinte dólares Alfred le daría mis llaves a Jack *el Destripador*.

Crucé el cuarto de estar, que daba a una amplia terraza, y entré en el estudio, donde encendí el televisor y puse la CNN. El televisor no funcionaba muy bien y necesitaba un poco de mantenimiento percusivo, que llevé a cabo dándole tres palmadas con la mano abierta. Apareció una imagen nevada. La CNN estaba ofreciendo un informe financiero.

Me acerqué al teléfono y pulsé el botón del contestador. Beth Penrose, a las 19.16, dijo: «Hola, John. Tengo la impresión de que hoy estabas en el JFK. Recuerdo que dijiste algo de eso. Ha sido terrible..., trágico. Dios mío..., bueno, si estás en eso, buena suerte. Siento que no hayamos podido estar juntos esta noche. Llama cuando puedas».

Ésa es una de las ventajas de que un policía salga con una policía. Las dos partes comprenden. Aparte de ésa, no creo que haya ninguna otra ventaja.

El segundo mensaje era de mi excompañero, Dom Fanelli. «Santo cielo. ¿He oído bien, que estás metido en el asunto del JFK? Te dije que no aceptarás ese trabajo. Llámame».

—Tú me diste el trabajo, estúpida bola de sebo.

Había unos cuantos mensajes más de amigos y familiares, todos preguntando por el asunto del JFK y mi relación con él. De pronto, yo me encontraba otra vez en la pantalla de radar de todo el mundo. No estaba mal para un tipo que hace un año todos creían que se había estrellado y quemado vivo.

El último mensaje, sólo diez minutos antes de que yo llegara a casa, era de Kate

Mayfield. Decía: «Soy Kate. Pensaba que estarías ya en casa. Muy bien... bueno, llámame si quieres hablar... Estoy en casa... No creo que pueda conciliar el sueño. Así que llama a cualquier hora... para hablar».

Bueno, yo no iba a tener ningún problema para conciliar el sueño. Pero quería ver las noticias primero, de modo que me quité la chaqueta y los zapatos, me aflojé la corbata y me dejé caer en mi sillón favorito. El tipo de las finanzas continuaba hablando. Empecé a quedarme amodorrado, vagamente consciente de que estaba sonando el teléfono, pero no me levanté a cogerlo.

Lo siguiente que supe fue que estaba sentado en un gran avión de reacción, tratando de levantarme de mi asiento pero algo me lo impedía. Advertí que todo el mundo a mi alrededor estaba profundamente dormido, a excepción de un individuo que se hallaba de pie en el pasillo. El tío empuñaba un cuchillo enorme y manchado de sangre y venía derecho hacia mí. Eché mano a mi pistola pero no estaba en su funda. El tipo alzó el cuchillo, y yo me levanté de un salto.

El reloj del vídeo señalaba las 5.17. Tenía el tiempo justo para ducharme, cambiarme de ropa e ir a La Guardia.

Mientras me desnudaba en el dormitorio, encendí la radio, que estaba sintonizada con 1010 WINS, todo noticias.

El locutor estaba hablando de la tragedia de Trans-Continental. Subí el volumen y me metí en la ducha.

Mientras me enjabonaba pude oír, por encima del ruido del agua, fragmentos sueltos del relato. El hombre estaba diciendo algo acerca de Gadafi y de la incursión norteamericana sobre Libia en 1986.

Me pareció que la gente estaba empezando a atar cabos.

Rememoré la incursión aérea de 1986 y recordé que los agentes de la policía de Nueva York y de la Autoridad Portuaria habían sido alertados por si la mierda salpicaba demasiado. Pero, aparte de unas cuantas horas extraordinarias, no recordaba que hubiera sucedido nada especial.

Supongo que era el día anterior cuando había sucedido. Esa gente tiene buena memoria. Mi compañero, Dom Fanelli, me contó una vez un chiste... el Alzheimer italiano es cuando lo olvidas todo, excepto a quién tienes que matar.

Sin duda, esto se aplicaba también a los árabes. Pero entonces ya no parecía tan gracioso.

Cuarta Parte

América, el presente

Hemos suscitado entre los cristianos hostilidad y odio hasta el día de la Resurrección... Creyentes, no toméis como amigos a los judíos ni a los cristianos.

El Corán, sura V, «La mesa»

Capítulo 24

El 15 de abril había sido un día horrible, y el 16 de abril no iba a ser mucho mejor.

—Buenos días, señor Corey —dijo Alfred, mi portero, que tenía un taxi esperándome en la puerta.

—Buenos días, Alfred.

—El pronóstico meteorológico es bueno. A La Guardia, ¿verdad? —Abrió la portezuela trasera y le dijo al taxista—: La Guardia.

Subí al taxi y éste arrancó.

—¿Tiene un periódico? —le pregunté al chófer.

Cogió uno del asiento delantero y me lo tendió. Estaba en ruso o en griego. Se echó a reír.

Ya empezaba a torcerse el día.

—Tengo prisa —le dije al hombre—. Acelere. *¿Capisce?* Pedal al metal.

No dio señales de violar la ley, así que saqué mis credenciales de federal y se las puse delante de las narices.

—De prisa.

El taxi aceleró. Si hubiera llevado el arma, le habría puesto el cañón contra la oreja, pero parecía aceptar la situación. Por cierto, no me gusta trabajar de madrugada.

El tráfico era escaso a aquella hora en un domingo por la mañana, y tardamos poco tiempo en recorrer la carretera FDR y cruzar el puente de Triborough. Finalmente llegamos a La Guardia.

—Terminal de US Airways —ordené.

Detuvo el coche en la terminal, le pagué y le devolví el periódico.

—Aquí tiene su propina —le dije.

Bajé y consulté mi reloj. Tenía unos diez minutos hasta la hora de despegue. Andaba muy justo de tiempo pero no llevaba equipaje y tampoco ninguna pistola que declarar.

Fuera de la terminal advertí que dos policías de la Autoridad Portuaria miraban a la gente como si todos fuesen terroristas. Evidentemente, la noticia se había propagado, y yo esperaba que todos tuviesen una foto de Asad Khalil.

Dentro de la terminal, el tipo del mostrador me preguntó si tenía billete o reserva. Tenía montones de reservas acerca de aquel vuelo pero no era momento para hacerse el gracioso.

—Corey, John —dije.

Encontró mi nombre en el ordenador e imprimió mi billete. Me pidió un documento de identificación con fotografía, y le di mi carnet de conducir del estado

de Nueva York en lugar de mi credencial de federal, que siempre suscita la cuestión de si lleva una pistola. Una razón por la que había decidido no llevarla esa mañana era porque iba con retraso y no tenía tiempo para entretenerme rellenando papeles. Además, viajaba con personas armadas que me protegerían. Creo. Por otra parte, siempre que piensas que no necesitas pistola, la necesitas. Pero había otra importante razón por la que había decidido no llevarla. Hablaré de ello más adelante.

El caso es que el tipo del mostrador me preguntó si había despachado yo mismo el equipaje, y le respondí que no llevaba.

—Que tenga un buen viaje —dijo mientras me entregaba el billete.

Si hubiera tenido más tiempo habría contestado: «Que Alá nos dé un buen viento de cola».

Había también un policía de la Autoridad Portuaria junto al detector de metales, y la cola se movía despacio. Pasé sin que se disparara la alarma.

Mientras me dirigía con paso vivo hacia mi puerta, pensé en las reforzadas medidas de seguridad. Por una parte, muchos policías iban a ganarse un buen sobresueldo en horas extraordinarias durante el mes siguiente o cosa así, y el alcalde tendría un arranque y trataría de sacarle a Washington una subvención federal, explicando que ellos tenían la culpa.

Por otra parte, esas operaciones en la terminal de transporte interior rara vez daban lugar a la detención de la persona que se buscaba, pero había que realizarlas de todos modos. Les dificultaba las cosas a los fugitivos que intentaban moverse por el país. Pero si Asad Khalil tenía dos dedos de frente estaría haciendo lo que la mayoría de los delincuentes hacen cuando huyen, agazaparse en algún sitio hasta que las cosas se enfríen o coger un coche limpio y desaparecer en las autopistas. O, naturalmente, puede que el día anterior mismo hubiera tomado un vuelo de Camel Air con destino a Arenalandia.

Entregué el billete al agente de la puerta, crucé la pasarela y entré en el avión de Washington.

—Por poco no llega a tiempo —dijo la azafata.

—Es mi día de suerte.

—Hay pocos pasajeros. Siéntese donde quiera.

—¿Qué tal en el asiento de aquel tipo de allí?

—Cualquier asiento *vacío*, señor. Siéntese, por favor.

Avancé por el pasillo y vi que el avión estaba medio vacío. Me senté solo, lejos de Kate Mayfield y Ted Nash, que estaban juntos, y de Jack Koenig, sentado en la misma fila que ellos, al otro lado del pasillo. Sin embargo, murmuré «Buenos días» mientras me dirigía a la parte de atrás. Envidiaba a George Foster por no tener que tomar aquel vuelo.

No se me había ocurrido coger una revista gratuita en la puerta, y alguien había arrojado con las revistas de las bolsas que tenían en su respaldo los asientos situados delante de mí, así que me quedé leyendo las instrucciones de evacuación en

caso de emergencia hasta que despegó el avión.

Hacia la mitad del trayecto, mientras yo dormitaba, Koenig pasó a mi lado, camino del lavabo, y me echó sobre las rodillas el cuadernillo primero del *Sunday Times*.

Salí de mi sopor y leí el titular: «Trescientos muertos a bordo de un avión en el JFK». Nada mejor para despabilarse un domingo por la mañana.

Leí la reseña del *Times*, que era esquemática y un poco inexacta, consecuencia, sin duda, de la escasa información disponible. Se subrayaba el hecho de que la Agencia Federal de Aviación y el Consejo Nacional de Seguridad en el Transporte no daban apenas detalles, salvo para decir que unos gases tóxicos no identificados habían causado la muerte de pasajeros y tripulantes. No se mencionaba la circunstancia de que el avión había aterrizado con el piloto automático conectado, ni se hablaba de asesinatos ni terroristas y, desde luego, tampoco se hacía mención alguna del Club Conquistador. Y, gracias a Dios, tampoco se mencionaba a nadie llamado John Corey.

Pero las noticias del día siguiente serían más concretas. Los detalles se irían suministrando en dosis digeribles, como aceite de hígado de bacalao con un poco de miel, una vez al día, hasta que el público se acostumbrase y acabara desviando su atención hacia alguna otra cosa.

El vuelo, de una hora de duración, se desarrolló sin incidentes, a excepción del pésimo café servido por la azafata. Al llegar al aeropuerto nacional Ronald Reagan, seguimos el curso del río Potomac, y tuve una espectacular panorámica del Memorial Jefferson con todos los cerezos en flor, el Malí, el Capitolio y todos esos otros edificios blancos de piedra que despiden poder, poder y poder. Se me ocurrió por primera vez la idea de que yo trabajaba para algunas de las personas de allí abajo.

Aterrizamos y desembarcamos con puntualidad. Observé que Koenig vestía un traje azul de federal y llevaba una cartera de mano. Nash vestía otro traje de corte continental y llevaba también una cartera, sin duda fabricada a mano con piel de yac por luchadores tibetanos por la libertad en el Himalaya. Kate llevaba también un traje azul, pero a ella le sentaba mejor que a Jack. Portaba igualmente una cartera, y me asaltó la idea de que se esperaba que yo también la llevase. Mi atuendo consistía en un traje gris claro que mi ex me había comprado en Barney's. Con impuestos y propina incluidos, probablemente rondaba los dos mil pavos. Ella tiene dinero para eso y para más. Lo gana defendiendo a traficantes de drogas, asesinos a sueldo, delincuentes de cuello blanco y otros criminales de posición acomodada. ¿Por qué llevo este traje entonces? Lo llevo, creo yo, como una especie de cínica declaración. Además, me sienta bien y se nota que es caro.

Pero, volviendo al aeropuerto, nos recibió un coche con chófer que nos llevó al cuartel general del FBI, también conocido como edificio Edgar Hoover.

No se habló gran cosa en el coche pero finalmente Jack Koenig, que iba sentado delante junto al chófer, se volvió hacia nosotros.

—Les pido excusas si esta reunión les impide la asistencia a sus servicios religiosos.

El FBI, naturalmente, finge respetar los sentimientos religiosos de sus agentes, y quizá no todo es fingido. Yo no podía imaginar a mis antiguos jefes diciendo nada parecido y me quedé sin saber qué contestar.

—Está bien —respondió Kate, sea lo que sea lo que eso signifique.

Nash murmuró algo que sonó como si nos estuviera concediendo dispensa a todos.

—J. Edgar está allí arriba velando por nosotros —dije con sarcasmo.

Koenig me lanzó una mirada desabrida y se volvió de nuevo hacia adelante.

Iba a ser un día largo, muy largo.

Capítulo 25

A las 5.30 de la mañana, Asad Khalil se levantó, cogió del baño una toalla húmeda y la pasó por todas las superficies en las que podría haber dejado huellas dactilares. Se postró en el suelo, rezó sus oraciones matutinas y seguidamente se vistió y salió de la habitación. Puso el maletín en el Mercury y regresó a la recepción del motel, llevando consigo la toalla húmeda.

El joven recepcionista dormía en su silla, y el televisor continuaba encendido.

Khalil dio la vuelta al mostrador, empuñando la Glock, envuelta en la toalla. Apoyó la pistola contra la cabeza del hombre y apretó el gatillo. El joven empleado y la silla salieron proyectados contra el mostrador. Khalil empujó el cuerpo del joven bajo el mostrador y le sacó la cartera del bolsillo del pantalón. Luego cogió el dinero que había en el cajón. Encontró el montoncito de hojas de inscripción y copias de recibos y se lo guardó en el bolsillo. A continuación, limpió la llave con la toalla húmeda y la puso de nuevo en el casillero.

Levantó la vista hacia la cámara de seguridad en la que ya se había fijado antes y que había grabado no sólo su llegada, sino también el asesinato y el robo. Siguió el cable hasta el cuartito trasero, donde encontró la videograbadora. Sacó la cinta y se la guardó en el bolsillo. Después regresó al mostrador, donde encontró un interruptor eléctrico con la indicación: «Rótulo del motel». Lo apagó, apagó luego las luces de recepción, salió y volvió a su coche.

En el aire flotaba una niebla húmeda que reducía la visibilidad a unos pocos metros. Khalil salió del *parking* sin faros y no los encendió hasta haber recorrido cincuenta metros por la carretera.

Regresó por la dirección en que había llegado por la noche y se aproximó a la Capital Beltway. Antes de entrar en ella se detuvo en el amplio aparcamiento de un centro comercial, encontró un sumidero de aguas de lluvia e introdujo por la rejilla metálica las tarjetas de inscripción, los recibos y la casete de vídeo. Sacó el dinero de la cartera del recepcionista y la arrojó al sumidero.

Volvió al coche y enfiló la Capital Beltway.

Eran las seis de la mañana, y por el este emergía un débil resplandor que iluminaba la niebla. Había poco tráfico en aquella mañana de domingo, y Khalil tampoco vio ningún coche policial.

Siguió la autopista en dirección sur. Luego, la carretera torcía hacia el oeste y cruzaba el río Potomac y continuaba después en la misma dirección hasta volver hacia el norte y cruzar de nuevo el Potomac. Estaba girando en torno a la ciudad de Washington, como un león, pensó, acechando su presa.

Programó el navegador por satélite con la dirección que necesitaba en

Washington y salió de la autopista por la avenida Pennsylvania.

Continuó por ésta, enfilando directamente al corazón de la capital enemiga.

A las siete, subía por Capitol Hill. La niebla había levantado, y el enorme edificio del Capitolio se erguía con su blanca cúpula bajo el sol de la mañana. Dio la vuelta a su alrededor y luego se detuvo y aparcó cerca del ala sureste. Sacó la cámara del maletín y tomó varias fotos del edificio bañado por el sol. Observó que a unos cincuenta metros había un matrimonio joven haciendo lo mismo. Sabía que esta fotografía no era necesaria, y podría haber pasado el tiempo en otro lugar, pero pensó que aquellas fotos divertirían a sus compatriotas en Trípoli.

Se veían varios coches policiales dentro de la zona cercada en torno al edificio del Capitolio pero ninguno en la calle en que él se encontraba.

A las 7.25 montó de nuevo en su coche y avanzó a lo largo de unas cuantas manzanas en dirección a Constitution Avenue. Condujo despacio por la calle de casitas bajas flanqueada de árboles y localizó el número 415. Había un automóvil aparcado en el estrecho camino particular, y vio luz en la ventana del tercer piso. Continuó avanzando, dio la vuelta a la manzana y aparcó a poca distancia.

Se puso las dos Glock en los bolsillos de la chaqueta y esperó, observando la casa.

A las 7.45 salieron por la puerta principal un hombre y una mujer de mediana edad. La mujer iba bien vestida y el hombre llevaba el uniforme azul de un general de las Fuerzas Aéreas. Khalil sonrió.

Le habían dicho en Trípoli que el general Terrance Waycliff era un hombre de costumbres, y su costumbre era asistir todos los domingos por la mañana a los servicios religiosos de la Catedral Nacional. El general asistía casi siempre al servicio de las 8.15 pero se sabía que en ocasiones lo hacía al de las 9.30. Esta mañana iba al servicio de las 8.15, y Khalil se sintió complacido por el hecho de no tener que esperar una hora.

Khalil observó cómo el general acompañaba a su mujer hasta el coche. El hombre era alto y delgado, y, aunque tenía el pelo gris, caminaba como un joven. Khalil sabía que en 1986 el general Waycliff era el capitán Waycliff, y la denominación en clave de su F-111 había sido Remit 22. El cazabombardero del capitán Waycliff había sido uno de los cuatro integrantes de la escuadrilla de ataque que bombardeó Al Azziziyah. El oficial de armamento del capitán Waycliff había sido el coronel — entonces capitán — William Hambrecht, que había encontrado su final en Londres, en enero. Ahora, el general Waycliff encontraría un destino similar en Washington.

Khalil contempló cómo el general abría la puerta para que subiese su mujer, daba luego la vuelta al coche, se instalaba ante el volante y, dando marcha atrás, salía del camino particular.

Khalil los habría podido matar allí mismo y en aquel momento, en aquella tranquila mañana de domingo, pero decidió hacerlo de otra manera.

Se arregló la corbata, se apeó y cerró con llave la puerta del coche.

Caminó hasta la puerta delantera de la casa del general y tocó el timbre. Lo oyó sonar en el interior.

Oyó pasos y se apartó de la puerta para que se le pudiera ver la cara por la mirilla. Oyó el roce metálico de lo que supuso que era una cadena de seguridad al ser enganchada, y luego la puerta se entreabrió, dejando ver la cadena y la cara de una joven. Ésta empezó a decir algo pero Khalil golpeó la puerta con el hombro. La cadena saltó y la puerta se abrió, haciendo caer a la mujer al suelo. Khalil entró rápidamente y cerró la puerta a su espalda mientras sacaba su pistola.

—Silencio —ordenó.

La joven yacía sobre el suelo de mármol con una expresión de terror en los ojos.

Le indicó con un gesto que se pusiera en pie, y ella obedeció. Khalil la miró un momento. Era una mujer menuda, vestida con una bata, descalza y de tez morena. Según sus informaciones, era el ama de llaves, y no vivía nadie más en la casa.

—¿Quién está en casa? —preguntó para asegurarse.

—General en casa —respondió ella, con marcado acento extranjero.

Khalil sonrió.

—No. El general no está en casa. ¿Están los hijos del general en casa?

Ella negó con la cabeza, y Khalil observó que estaba temblando. Percibió olor a café.

—Cocina —le dijo.

La mujer se volvió con movimientos vacilantes y atravesó el largo vestíbulo hasta la cocina, situada al fondo, seguida por Khalil.

Éste recorrió con la vista la amplia cocina y vio dos platillos y dos tazas de café sobre la mesa redonda instalada ante el curvo ventanal de la parte posterior.

—Sótano. Abajo —le dijo Khalil, al tiempo que indicaba con la mano.

Ella señaló una puerta de madera existente en la pared.

—Baja —le ordenó Khalil.

La mujer fue hasta la puerta, la abrió, accionó un interruptor de luz y bajó la escalera del sótano. Khalil la siguió.

El sótano estaba lleno de cajas de madera y de cartón, y Khalil miró a su alrededor. Encontró una puerta y la abrió, dejando al descubierto un pequeño receptáculo que contenía la caldera de calefacción. Indicó con un gesto a la joven que entrara y cuando pasaba junto a él y ponía el pie en el cuarto de la caldera, le pegó un tiro en la nuca, en el punto donde el cráneo se unía a la columna vertebral. Ella cayó hacia adelante, muerta ya antes de llegar al suelo.

Khalil cerró la puerta y subió a la cocina. Encontró una caja de leche en el frigorífico, bebió todo su contenido y la tiró después a un cubo de basura. Encontró también varios botes de yogur, sacó dos, cogió una cucharilla de la mesa y se comió rápidamente los dos. No se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que olió comida.

Cruzó de nuevo el vestíbulo hasta la puerta de la calle. Retiró la placa metálica de

la cadena y volvió a sujetarla con sus tornillos en el marco de madera del que había sido arrancada. Dejó la puerta cerrada pero sin echar la cadena, a fin de que el general y su mujer pudiesen entrar.

Examinó la planta baja y encontró solamente un amplio comedor contiguo a la cocina, un cuarto de estar al otro lado del vestíbulo y un pequeño lavabo.

Subió la escalera hasta el segundo piso, donde una amplia sala de estar ocupaba toda la superficie, y vio que no había nadie allí. Continuó subiendo la escalera hasta el tercer piso, donde estaban los dormitorios. Los examinó uno a uno. Dos de ellos eran evidentemente para los hijos del general, un chico y una chica, y Khalil se encontró deseando que estuviesen en casa y durmiendo. Pero las habitaciones estaban vacías. La tercera habitación parecía ser para invitados, y la cuarta era el dormitorio principal.

Khalil subió al cuarto piso, que contenía un amplio estudio y un dormitorio muy pequeño, que supuso era el del ama de llaves.

Paseó la vista por el estudio, observando todos los recuerdos militares que pendían de las paredes, revestidas de láminas de madera, o reposaban sobre la mesa escritorio y sobre una mesita auxiliar.

Al extremo de unos hilos de nailon colgaba del techo la maqueta de un F-111, con el morro apuntando hacia abajo y las alas inclinadas hacia atrás como si fuera a iniciar un ataque en picado. Khalil distinguió cuatro bombas plateadas bajo las alas. Arrancó la maqueta de sus hilos, la aplastó y la desgarró con las manos, dejando caer los pedazos al suelo, donde los pisoteó sobre la alfombra.

—Que Dios os mande a todos al infierno.

Se dominó y continuó su examen del estudio. En la pared había una foto en blanco y negro de ocho hombres delante de un cazabombardero F-111. La foto llevaba un pie impreso que decía: «Lakenhead, 13 de abril de 1987». Khalil lo leyó otra vez. Aquél no era el año correcto del ataque pero luego se dio cuenta de que los nombres de aquellos hombres, así como su misión, eran secretos, y por eso el general falseaba la fecha de su fotografía, incluso allí, en su despacho privado. Evidentemente, pensó Khalil, aquellos cobardes no habían ganado ninguna condecoración por lo que habían hecho.

Khalil se acercó al gran escritorio de caoba y examinó los heterogéneos objetos que cubrían su superficie. Vio el dietario del general y lo abrió por la página del domingo, 16 de abril. El general había apuntado: «Iglesia, 8.15, Nacional».

Observó que no había más anotaciones para el domingo, así que quizá nadie echara de menos al general hasta que faltase a su trabajo.

Miró la hoja del lunes y vio que el general tenía una reunión a las diez en punto. Para entonces, otro de los compañeros de escuadrilla del general estaría muerto también.

Khalil miró la anotación del 15 de abril, aniversario del ataque, y leyó: «Nueve de la mañana, conferencia telefónica, escuadrilla».

Khalil movió afirmativamente la cabeza. O sea, que se mantenían en comunicación. Eso podría suponer un problema, especialmente cuando empezaran a morir uno tras otro. Pero ya había esperado que algunos de ellos estuvieran en contacto. Si actuaba con la suficiente rapidez, para cuando comprendiesen que iban muriendo de uno en uno ya estarían todos muertos.

Encontró la agenda telefónica personal del general junto al teléfono y vio los nombres de los demás hombres de la fotografía. Observó con satisfacción que junto al del coronel Hambrecht figuraba la mención «Fallecido». Observó también que la dirección del hombre llamado Chip Wiggins estaba tachada con un signo de interrogación en rojo junto al nombre.

Khalil pensó en llevarse la agenda telefónica, pero la policía detectaría su ausencia y eso plantearía dudas respecto al móvil del asesinato que iba a tener lugar.

Volvió a dejar la agenda telefónica sobre la mesa; luego la frotó con un pañuelo e hizo lo mismo con el dietario.

Abrió los cajones de la mesa. En el central descubrió una pistola automática plateada del calibre 45. Comprobó que tenía lleno el cargador y a continuación deslizó hacia atrás la corredera e introdujo una bala en la recámara. Dejó el seguro quitado y se guardó el arma en la cintura.

Fue hasta la puerta y luego se detuvo, dio media vuelta y recogió cuidadosamente los pedazos de la maqueta del F-111 y los echó en una papelera.

Regresó al tercer piso y registró cada uno de los dormitorios, en los que cogió dinero, joyas, relojes e incluso varias de las condecoraciones militares del general. Lo metió todo en una funda de almohada y bajó con ella a la cocina, en el primer piso. Encontró en el frigorífico un cartón de zumo de naranja y se sentó a la mesa de la cocina del general.

El reloj de pared señalaba las nueve menos cinco. El general y su mujer estarían en casa hacia las nueve y media si realmente eran personas puntuales y de costumbres. Hacia las nueve cuarenta y cinco, ambos estarían muertos.

Capítulo 26

Cruzamos el río Potomac por alguno de sus puentes y entramos en la ciudad. No había mucho tráfico a las ocho y media de la mañana de un domingo pero vimos varios ciclistas y unos cuantos individuos haciendo *footing*, así como algunas familias de turistas en sus vacaciones de primavera; los niños, con aire aturrido al haber sido sacados de la cama a aquellas horas.

Mientras avanzábamos en el coche, asomó delante de nosotros el edificio del Capitolio, y me pregunté si el Congreso habría sido informado ya. Cuando la mierda cae en el ventilador, el Ejecutivo gusta de presentarle al Congreso un hecho consumado y pedirle luego sus bendiciones. Por lo que sabía, ya había aviones militares rumbo a Libia. Pero eso no era problema mío.

Llegamos a la avenida Pennsylvania, donde se halla situado el edificio J. Edgar Hoover, no lejos de su casa matriz, el Departamento de Justicia.

Nos detuvimos delante del edificio Hoover, una horrorosa y lisa estructura de cemento cuya forma y tamaño desafían toda descripción.

Yo había estado allí una vez para asistir a un seminario, y me habían llevado a una visita guiada. Tienes que hacer la visita, especialmente a su querido museo, o no comes.

La fachada del edificio tiene siete pisos, para ajustarse a las limitaciones de altura en la avenida Pennsylvania, pero la parte de atrás tiene once. El edificio contiene unos 225 000 metros cuadrados, más que el cuartel general del antiguo KGB en Moscú, y es probablemente el edificio policial más grande *del* mundo. Trabajan en él unas ocho mil personas, la mayoría personal de servicio y de laboratorio. Alrededor de mil agentes trabajan también en el edificio, y no los envidio, como tampoco envidiaba a los policías que trabajan en 1 Pólice Plaza. La felicidad en el trabajo es directamente proporcional a la distancia de la oficina central a que te encuentras.

Paramos delante del edificio y entramos en un pequeño vestíbulo que daba a un patio.

Mientras esperábamos a nuestro anfitrión, yo me acerqué al patio, que tenía una fuente y bancos como los de los parques, y que yo recordaba de la última vez. En la pared que se levantaba detrás de los bancos había grabada una inscripción, una cita de J. Edgar Hoover, que decía: «El arma más eficaz contra el crimen es la cooperación... los esfuerzos de todas las agencias de cumplimiento de la ley con el apoyo y comprensión del pueblo americano». Buena cita. Mejor que el lema extraoficial del FBI, que era: «Nosotros no podemos hacer nada malo».

Ya estoy otra vez. Intentaba acomodar mi actitud, pero es cuestión de ego masculino. Demasiados machos alfa en los servicios policiales.

De todos modos, se veían en una pared las fotos habituales: el presidente, el fiscal general, el director del FBI, etcétera. Los fotografiados tenían aire amistoso y estaban agrupados siguiendo el orden de la cadena de mando, de manera que era de esperar que nadie los confundiese con los criminales más buscados de América.

De hecho, había otra entrada, la entrada por donde comenzaban las visitas guiadas, y en ella se exhibían las fotos policiales de los diez más buscados. Increíblemente, tres fugitivos habían sido detenidos al haber sido identificados por los visitantes. Yo no tenía la menor duda de que la foto de Asad Khalil ocupaba ya el primer puesto. Quizá algún visitante dijera: «Eh, yo le alquilé una habitación a ese tío». Quizá no.

Había ido allí hacía cinco años para participar en un seminario sobre asesinos en serie. Asistían detectives invitados de todo el país, y todos estaban un poco chiflados, igual que yo. Montamos para el FBI un numerito llamado «Asesinos en serie» en el que, jugando con la semejanza de pronunciación entre las palabras serie, serial y cereal, sobre todo si sesea uno al estilo sureño, llevamos varias cajas de cereales que habían sido acuchilladas, tiroteadas, estranguladas y ahogadas. A nosotros nos pareció la mar de gracioso el asunto pero los sicólogos del FBI pensaron que necesitábamos tratamiento siquiátrico.

Volviendo al desdichado presente en el cuartel general del FBI, no era un día laborable, naturalmente, y el edificio parecía casi desierto, pero yo no tenía la menor duda de que la sección antiterrorista andaba cerca. Esperaba que no nos echaran la culpa de haberles jorobado el domingo.

Jack, Kate y Ted declararon sus armas en el mostrador de seguridad, y yo tuve que reconocer que no llevaba ninguna, lo cual no resulta muy aconsejable.

—Mis manos están catalogadas como armas letales —informé al encargado de seguridad.

El hombre miró a Jack, que trató de aparentar que yo no iba con él.

El caso es que, antes de las nueve, fuimos conducidos a una acogedora sala de reuniones situada en el tercer piso, donde se nos ofreció café y nos presentaron a seis hombres y dos mujeres. Los hombres se llamaban todos Bob, Bill y Jim, o quizá es que era así como sonaban sus nombres. Las dos mujeres se llamaban Jane y Jean. Todos iban de azul.

Lo que podía haber sido un día largo y tenso resultó ser peor. No es que nadie se mostrara hostil o expresara reproches de ninguna clase —eran corteses y simpáticos— pero tuve la clara impresión de estar otra vez en la escuela elemental y encontrarme en el despacho del director. «Johnny, ¿crees que la próxima vez que un terrorista venga a Estados Unidos podrás recordar lo que te hemos enseñado?»

Es una suerte que no llevase la pistola; me los habría cargado a todos.

No estuvimos todo el tiempo en la misma sala de reuniones, sino que fuimos pasando por despachos diferentes, en una presentación ambulante de nuestro artículo para auditorios distintos.

Por cierto, que el interior del edificio era tan desolador como el exterior. Las paredes estaban pintadas de blanco, y las puertas eran de un color gris carbón. Alguien me dijo una vez que J. Edgar había prohibido la presencia de cuadros en las paredes, y seguía sin haber ningún cuadro. Todo el que cuelga un cuadro es víctima de una muerte misteriosa.

Como he dicho, el edificio tiene una forma extraña, y la mitad de las veces no resulta fácil saber dónde se encuentra uno. De vez en cuando pasábamos ante una pared de cristal a través de la cual podíamos ver un laboratorio o algún otro sitio donde había gente trabajando. Aunque era domingo había varias personas inclinadas sobre microscopios o terminales de ordenador, o enredando con probetas de cristal. En este lugar, gran parte de lo que parecen ventanas son por el otro lado espejos en los que las personas que estás viendo no pueden verte a ti. Y muchos de los que parecen espejos permiten también que quien esté al otro lado pueda ver cómo te escarbas los dientes.

Toda la mañana consistió básicamente en una serie de sesiones de información en las que nosotros hacíamos casi todo el gasto y los otros movían la cabeza y escuchaban. La mitad del tiempo, yo no sabía a quién estábamos hablando; unas cuantas veces pensé que se nos había conducido a una sala equivocada, porque las personas a las que hablábamos parecían sorprendidas o desconcertadas, como si hubieran ido a la oficina a coger algo y de pronto hubieran irrumpido allí cuatro tipos de Nueva York y se hubieran puesto a hablar de gas venenoso y de un sujeto llamado el León. Bueno, quizá exagero, pero después de tres horas de contar lo mismo a personas diferentes, todo empezaba a volverse borroso.

De vez en cuando, alguien nos hacía una pregunta sobre un punto concreto, y en alguna que otra ocasión se nos pedía que expresáramos opiniones o teorías. Pero ni una sola vez nadie nos dijo algo que ellos supiesen. Eso era para después del almuerzo, nos dijeron, y sólo si nos portábamos bien y nos lo comíamos todo.

Capítulo 27

Asad Khalil oyó cómo se abría la puerta de la entrada y luego las voces de un hombre y una mujer que hablaban.

—Rosa, ya hemos llegado —exclamó la mujer.

Khalil terminó el café que estaba tomando y oyó abrirse y cerrarse la puerta del armario. Luego, las voces fueron aumentando de intensidad a medida que se acercaban por el pasillo.

Khalil se levantó y se situó a un lado de la puerta. Sacó la Colt 45 automática del general y escuchó atentamente. Oyó dos series de pisadas sobre el suelo de mármol que se aproximaban hacia él.

El general y su mujer entraron en la amplia cocina. El general se dirigió al frigorífico y la mujer a la cafetera eléctrica que reposaba en el mostrador. Ambos estaban de espaldas a él, y esperó apoyado en la pared a que lo vieran. Se metió la pistola en el bolsillo de la chaqueta.

La mujer cogió dos tazas del armario y sirvió café para los dos. El general estaba todavía mirando el frigorífico.

—¿Dónde está la leche? —preguntó.

—Está ahí —respondió la señora Waycliff.

Se volvió para ir a la mesa de la cocina, vio a Khalil, lanzó un grito de sobresalto y dejó caer las dos tazas al suelo.

El general giró en redondo, miró a su mujer, siguió luego la mirada de ella y se encontró ante un hombre alto y trajeado.

—¿Quién es usted? —exclamó tras coger aliento.

—Soy un mensajero —respondió Khalil.

—¿Quién lo ha dejado entrar?

—Su criada.

—¿Dónde está?

—Ha ido a comprar leche.

—Bueno —exclamó el general Waycliff—, lárguese de aquí o llamo a la policía.

—¿Ha disfrutado con su servicio religioso?

—Haga el favor de marcharse. Si se marcha ahora, no llamaremos a la policía —dijo Gail Waycliff.

Khalil lo ignoró por completo.

—Yo también soy un hombre religioso —dijo—. He estudiado el testamento hebreo, así como el testamento cristiano y, naturalmente, el Corán.

Al oír esta última palabra, el general Waycliff empezó de pronto a comprender quién podría ser aquel intruso.

—¿Conoce usted el Corán? —continuó Khalil—. ¿No? Pero usted ha leído el testamento hebreo. Entonces, ¿por qué no leen los cristianos la palabra de Dios, que fue revelada al profeta Mahoma?

—Mire... No sé quién es usted...

—Claro que lo sabe.

—Está bien... Sé quién es usted...

—Sí, soy su peor pesadilla. Y en otro tiempo usted fue mi peor pesadilla.

—¿De qué está hablando?

—Usted es el general Terrance Waycliff, y tengo entendido que trabaja en el Pentágono. ¿Correcto?

—Eso no es asunto suyo. Le estoy diciendo que se vaya. Ahora.

Khalil no respondió. Se limitó a mirar al general, de pie ante él con su uniforme azul.

—Veo que está usted muy condecorado, general —dijo finalmente.

El general Waycliff se volvió hacia su mujer.

—Gail, llama a la policía —le ordenó.

La mujer permaneció petrificada un momento y luego se dirigió a la mesa, junto a la que colgaba un teléfono de la pared.

—No toque ese teléfono —dijo Khalil.

Ella miró a su marido, que repitió:

—Llama a la policía —y avanzó un paso hacia el intruso.

Khalil sacó la pistola del bolsillo de la chaqueta.

Gail Waycliff contuvo una exclamación.

El general Waycliff emitió un gemido de sorpresa y se detuvo en seco.

—En realidad, ésta es su pistola, general —dijo Khalil. La levantó como si la examinara y continué—: Es muy bonita. Tiene, creo, un baño de níquel o plata, cachas de marfil y su nombre grabado.

El general Waycliff no respondió.

Khalil miró al general.

—Tengo entendido que no se concedieron medallas por la incursión sobre Libia —dijo—. ¿Es cierto?

Miró a Waycliff y por primera vez vio miedo en sus ojos.

—Estoy hablando de la incursión del 15 de abril de 1986. ¿O fue en el 87?

El general miró a su mujer, que tenía la vista fija en él. Ambos sabían adónde iba a parar todo aquello. Gail Waycliff cruzó la cocina y se puso junto a su marido.

Khalil apreció su valor ante la muerte.

Los tres permanecieron en silencio durante todo un minuto. Khalil saboreaba el momento y disfrutaba con la vista de los norteamericanos esperando su muerte.

Pero Asad Khalil no había terminado aún.

—Corríjame si me equivoco, pero usted era Remit Veintidós, ¿verdad? —le preguntó al general.

Waycliff no respondió.

—Su escuadrilla de cuatro aparatos atacó Al Azziziyah. ¿Correcto?

El general continuó en silencio.

—Y se está usted preguntando cómo he descubierto este secreto.

—Sí, así es —respondió el general.

—Si se lo digo, tendré que matarlo —dijo Khalil, sonriendo.

—Es lo que va a hacer de todos modos —logró decir el general.

—Quizá sí, quizá no.

—¿Dónde está Rosa? —preguntó Gail Waycliff.

—Qué buena señora es usted que se preocupa por su criada.

—¿Dónde está? —preguntó secamente la señora Waycliff.

—Donde usted cree que está.

—Bastardo.

Asad Khalil no estaba acostumbrado a que nadie le hablara así, y menos una mujer. La habría matado en el acto pero logró dominarse.

—De hecho, no soy un bastardo —dijo—. Tuve una madre y un padre que se casaron. Mi padre fue asesinado por los aliados de ustedes, los israelíes. Mi madre murió en el bombardeo de Al Azziziyah. Y también mis dos hermanos y mis dos hermanas. —Miró a Gail Waycliff y añadió—: Y es muy posible que los matara una de las bombas de su marido, señora Waycliff. ¿Qué tiene usted que decir a eso?

Gail Waycliff respiró profundamente.

—Entonces, todo lo que puedo decir es que lo siento —respondió—. Los dos lo sentimos.

—¿Sí? Bueno, gracias por su compasión.

El general Waycliff miró directamente a Khalil y exclamó con tono airado:

—Yo no lo siento en absoluto. Su presidente, Gadafi, es un terrorista internacional. Ha asesinado a docenas de hombres, mujeres y niños inocentes. La base de Al Azziziyah era un centro de mando del terrorismo internacional, y fue Gadafi quien puso en peligro la vida de los civiles al alojarlos en un objetivo militar. Y si sabe usted tanto, sabrá también que en toda Libia solamente se bombardearon objetivos militares, y que las bajas civiles fueron accidentales. Usted lo sabe, así que no pretenda que está justificado asesinar a alguien a sangre fría.

Khalil clavó la vista en el general Waycliff y pareció meditar sus palabras.

—¿Y la bomba que fue arrojada sobre la casa del coronel Gadafi en Al Azziziyah? —dijo finalmente—. Ya sabe, general, la que mató a su hija e hirió a su mujer y a sus dos hijos. ¿Fue eso un accidente? ¿Se despistaron sus bombas inteligentes? Respóndame.

—No tengo nada más que decirle.

Khalil sacudió la cabeza.

—Cierto. —Levantó la pistola y apuntó con ella al general—. No tiene usted idea de cuánto he esperado este momento.

El general se puso delante de su mujer.

—A ella déjela ir.

—Ridículo. Lo único que siento es que sus hijos no estén en casa.

—¡Bastardo!

El general dio un salto hacia adelante y se abalanzó sobre Khalil.

Éste disparó una sola vez contra las cintas de condecoraciones que lucía en la parte izquierda del pecho.

La fuerza del romo proyectil del 45 detuvo al general y lo levantó en vilo. Cayó con sordo golpe sobre las baldosas del suelo.

Gail Waycliff lanzó un grito y corrió hacia su marido.

Khalil se abstuvo de disparar y la dejó arrodillarse junto a su marido agonizante, al que comenzó a acariciar la frente entre sollozos. Del orificio abierto por la bala brotaba sangre espumeante, y Khalil vio que había fallado al corazón y había alcanzado el pulmón del general, lo que le parecía excelente. El hombre se ahogaría lentamente en su propia sangre.

Gail Waycliff apretó la palma de la mano sobre la herida, y Khalil tuvo la impresión de que sabía reconocer y tratar una herida succionante. Pero quizá, pensó, era simple instinto.

Permaneció medio minuto observando.

El general estaba muy vivo y trataba de hablar, pero se asfixiaba con su sangre.

Khalil se acercó más y lo miró a la cara. Sus ojos se encontraron.

—Habría podido matarlo con un hacha —dijo Khalil—, como maté al coronel Hambrecht. Pero usted ha sido muy valiente, y yo respeto eso. De modo que no sufrirá mucho más tiempo. No puedo prometer lo mismo para sus demás compañeros de escuadrilla.

El general Waycliff trató de hablar pero de su boca brotó un borbotón de sangre rosada y espumosa.

—Gail... —consiguió decir.

Khalil apoyó el cañón de la pistola sobre la cabeza de Gail Waycliff, por encima de la oreja, y disparó una bala que le atravesó el cráneo y el cerebro.

Ella se desplomó sobre su marido.

Khalil se la quedó mirando unos instantes y luego se dirigió al general:

—Ha sufrido mucho menos que mi madre.

El general Waycliff volvió la cabeza y miró a Asad Khalil. Los ojos de Terrance Waycliff estaban desmesuradamente abiertos, y le espumajeaba la sangre en los labios.

—Basta... —Tosió—. Basta de muerte... vuelva...

El general permaneció tendido en el suelo pero no dijo nada más. Su mano encontró la mano de su mujer y la apretó.

Khalil esperó pero el hombre tardaba en morir. Finalmente, se agachó junto a la pareja y le quitó al general el reloj y el anillo de la Academia de Aviación. Luego

encontró la cartera en el bolsillo del pantalón. Cogió también el reloj y los anillos de la señora Waycliff y le arrancó el collar de perlas.

Permaneció acucillado junto a ellos y luego puso los dedos sobre la herida del general, donde la sangre cubría las cintas de las condecoraciones. Retiró la mano y se llevó los dedos a los labios, lamiendo la sangre, saboreando la sangre y el momento.

El general Waycliff movió los ojos y contempló horrorizado cómo el hombre se lamía la sangre de los dedos. Intentó hablar pero empezó a toser de nuevo, escupiendo más sangre.

Khalil mantuvo los ojos fijos en los ojos del general, y se miraron uno a otro. Finalmente, el general comenzó a respirar en breves y acezantes espasmos. Luego, la respiración cesó. Khalil le palpó el corazón y después la muñeca y la arteria del cuello. Seguro de que el general Terrance Waycliff estaba finalmente muerto, Khalil se incorporó y contempló los dos cuerpos.

—Ojalá ardáis en el infierno —dijo.

Capítulo 28

Hacia el mediodía, Kate, Ted y Jack parecían completamente desinflados. De hecho, si hubiéramos estado más desinflados nuestras cabezas no habrían sido más que cavidades vacías. Lo que quiero decir es que esta gente sabe cómo arrancarte hasta la última pizca de información sin recurrir al electroshock.

El caso es que ya era la hora de comer en Hooverlandia, y nos dejaron solos para el almuerzo, gracias a Dios, pero nos aconsejaron que comiésemos en la cafetería de la empresa. No nos dieron vales de comida, así que tuvimos que pagarnos el privilegio, aunque según recuerdo la manduca estaba subvencionada por el gobierno.

El comedor estilo cafetería era bastante agradable, pero había un menú reducido de domingo. Lo que se nos ofreció tendía a lo sano y saludable: un bufet de ensalada, yogur, verduras, zumos de fruta e infusiones de hierbas. Yo tomé una ensalada de atún y una taza de café que sabía a líquido para embalsamar.

Los tipos que nos rodeaban parecían el reparto de una película de instrucción de J. Edgar Hoover titulada *Un buen entrenamiento conduce a más detenciones*.

En el comedor había sólo unos cuantos negros, que parecían virutas de chocolate en un cuenco de harina. Puede que Washington sea la capital de la diversidad cultural pero en algunas organizaciones el cambio se produce muy despacio. Me pregunté qué pensarían los jefes locales de la BAT de Nueva York, en particular los tipos del Departamento de Policía de Nueva York, que cuando estaban reunidos parecían la escena del bar alienígena de *La guerra de las galaxias*.

Pero quizá me estaba mostrando poco caritativo con nuestros anfitriones. El FBI era en realidad una agencia policial bastante buena cuyo principal problema lo constituía su imagen. A la gente políticamente correcta no le gustaba, y los medios de comunicación podían inclinarse a un lado u otro, pero el público lo adoraba en su mayor parte. Otras agencias se sentían impresionadas por su trabajo, envidiosas de su poder y su dinero e irritadas por su arrogancia. No resulta fácil ser grande.

Jack Koenig estaba comiendo una ensalada.

—No puedo decir si la BAT va a quedarse en el caso o si nos va a relevar la sección contraterrorista de aquí —dijo.

—Ésta es precisamente la clase de caso para el que hemos sido entrenados —comentó Kate.

Supongo que lo era. Pero a las organizaciones matrices no siempre les agrada su extraña prole. Al ejército, por ejemplo, nunca le han gustado sus propias fuerzas especiales, con sus extravagantes boinas verdes. Al Departamento de Policía de Nueva York nunca le ha gustado su unidad anticrimen compuesta por tipos que visten como vagabundos y atracadores y tienen todo el aspecto de serlo. El sistema,

ceremonioso e impecable, nunca confía en sus propias unidades especiales ni las comprende, y les importa un pimiento lo eficaces que sean sus tropas irregulares. Los tipos raros, especialmente cuando son eficaces, constituyen una amenaza para el *statu quo*.

—Tenemos un buen historial en Nueva York —añadió Kate.

Koenig reflexionó unos instantes y respondió:

—Supongo que depende de dónde está Khalil, o de dónde creen que está —respondió Koenig, tras reflexionar durante unos instantes—. Probablemente nos dejarán trabajar sin interferencias en el área metropolitana de Nueva York. El extranjero será para la CÍA, y el resto del país y Canadá quedarán para Washington.

Ted Nash no dijo nada, y yo tampoco. Sin duda, Nash se estaba guardando un montón de cartas en la manga. Yo no tenía ninguna carta y no tenía ni idea acerca de la manera en que aquella gente distribuía el territorio. Pero sí sabía que los miembros de la BAT, con base en el área metropolitana de Nueva York, eran con frecuencia enviados a diferentes partes del país, o incluso del mundo, cuando un caso comenzaba en Nueva York. De hecho, una de las cosas que Dom Fanelli me dijo cuando me propuso este trabajo era que los de la BAT iban mucho a París a beber vino, a cenar y a seducir francesas y reclutarlas para que espiasen a suspicaces árabes. Yo no me lo creía realmente pero sabía que existía la posibilidad de darle un buen meneo a la cuenta federal de gastos para un viaje a Europa. Pero basta de patriotismo. La cuestión era: si sucede en tu territorio, ¿lo sigues hasta los confines de la tierra? ¿O te detienes en la frontera?

El caso de homicidio más frustrante que recuerdo ocurrió hace tres años, cuando un violador-asesino andaba suelto por el East Side y no podíamos localizarlo. Y entonces va y se marcha una semana a Georgia para ver a un amigo, y unos polis locales lo detienen por conducir bebido y, como tienen un flamante ordenador comprado con fondos federales y sin más razón que la del puro aburrimiento, le pasan al FBI las huellas dactilares del tipo, y, mira por dónde, resulta que coinciden con las encontradas en el lugar de un crimen. Así que conseguimos una orden de extradición, y hubo que ir hasta Maíz Tostado, Georgia, para extraditar al criminal, y tuve que estar veinticuatro horas con el jefe de policía Pan de Borona dándome la murga con toda clase de chorradas, principalmente sobre la ciudad de Nueva York, además de largarme lecciones sobre investigación criminal y de cómo identificar a un asesino y sugerirme que si alguna vez necesitaba ayuda no tenía más que darle un telefonazo.

Pero, volviendo al almuerzo en el cuartel general del FBI, por las meditaciones de Koenig, me daba cuenta de que no estaba seguro de que la BAT se encontrase en buena posición para proseguir o resolver el caso.

—Si Khalil es capturado en Europa —dijo—, dos o tres países querrán hacerse cargo de él antes de que lo apresemos nosotros, a menos que el gobierno de Estados Unidos pueda persuadir a un país amigo de que debe ser extraditado aquí por lo que viene a ser un crimen de asesinato en masa.

Aunque parte de estas cuestiones legales se exponían, al parecer, en deferencia hacia mí, yo ya estaba al tanto de casi todas ellas. He sido policía durante casi veinte años, he enseñado durante cinco en el John Jay y he vivido con un abogado durante casi dos. De hecho, ésa fue la única vez en mi vida que yo conseguí joder a un abogado, pues siempre había sido al revés.

El caso es que la mayor preocupación de Koenig era que habíamos dejado la pelota en la línea de meta y estábamos a punto de ser enviados a las duchas. En realidad, ésa era también mi mayor preocupación.

Para empeorar las cosas, un miembro de nuestro equipo, de nombre Ted Nash, estaba a punto de ser devuelto al equipo en que había comenzado. Y ese equipo tenía más probabilidades de ganar esta clase de juego. Cruzó por mi mente una imagen del jefe de policía Pan de Borona pero ahora tenía la cara de Ted Nash y estaba señalando a un Asad Khalil metido entre rejas y diciéndome: «Mira, Corey. Lo cogí. Permíteme decirte cómo lo hice. Estaba yo en un café de la rué St. Germaine... eso está en París, Corey, hablando con un agente...» Y entonces sacaba la pistola y me lo cargaba.

De hecho, Ted estaba parlotando, y puse la oreja.

—Mañana me voy a París para hablar con la gente de nuestra embajada —decía—. Es una buena idea empezar por donde empezó la cosa y seguir a partir de ahí. — Continuó hablando.

Me pregunté si podría rebanarle la tráquea con el tenedor.

Kate y Jack charlaron un rato sobre jurisdicción, extradición, acusaciones federales y estatales y esas cosas. Paparruchas de abogados. Luego Kate se dirigió a mí.

—Estoy segura de que pasa lo mismo con la policía. Los agentes que empiezan el caso continúan trabajando en él hasta el final, lo cual mantiene intacta la cadena de prueba y hace menos vulnerable el testimonio de los agentes a la acción de la defensa.

Y todo así. Quiero decir que ni siquiera habíamos cogido aún a ese cabrón y ya estaban dando el caso por zanjado. Eso es lo que pasa cuando los abogados se hacen polis. Ésa es la mierda que tenía que soportar cuando trataba con ayudantes e investigadores del fiscal del distrito. El país se está hundiendo en legalismos que supongo que están muy bien cuando tratas con el tipo medio de criminal americano. Quiero decir que hay que estar atento a la Constitución y asegurarse de que nadie se descarría. Pero alguien debería inventar una clase diferente de tribunal con reglas diferentes para alguien como Asad Khalil. El tío no paga impuestos, salvo quizá los indirectos.

Cuando terminó la hora del almuerzo, el señor Koenig nos dijo:

—Todos ustedes han hecho un trabajo excelente esta mañana. Sé que esto no es agradable pero estamos aquí para ayudar y ser útiles. Me siento muy orgulloso de los tres.

Sentí que se me revolvía el atún en el estómago. Pero Kate parecía complacida. A

Ted le traía sin cuidado, lo que significaba que por fin teníamos algo en común.

Capítulo 29

Asad Khalil regresó a la carretera de circunvalación y para las diez y cuarto ya circulaba en dirección sur por la interestatal 95, alejándose de la ciudad de Washington. Sabía que no había más peajes en las carreteras y puentes que debía recorrer hasta su punto de destino.

Mientras conducía rebuscó en la funda de almohada y extrajo el dinero suelto que había encontrado en el dormitorio del general, el dinero de su cartera y el del bolso de su mujer, que había cogido en el vestíbulo. En total, había cerca de doscientos dólares. De la recepción del motel había cogido 440 dólares pero parte de ellos eran suyos. La cartera de Gamal Yabbar contenía menos de cien. Hizo un rápido cálculo mental y obtuvo un total de unos 1100 dólares. Sería suficiente para los próximos días.

Al acercarse a un puente que cruzaba un pequeño río, paró el coche en el estrecho arcén y encendió el intermitente. Bajó rápidamente del coche, llevando la funda de almohada, atada a la manera de una bolsa, que contenía la pistola del general y los objetos de valor de su casa. Se acercó a la barandilla del puente, miró a ambos lados, luego miró al río para asegurarse de que no había ninguna embarcación debajo y tiró la bolsa por encima de la barandilla.

Subió de nuevo al coche y continuó. Le habría gustado conservar algunos recuerdos de su visita, especialmente el anillo del general y las fotos de sus hijos. Pero, por su experiencia en Europa, sabía que necesitaba sobrevivir a un posible registro superficial. No tenía intención de permitirlo pero podría ocurrir, y debía estar preparado por si sucedía.

Se desvió por la primera salida que vio, y al bajar la rampa aparecieron ante él tres estaciones de servicio. Fue a la llamada Exxon y se dirigió a la fila de surtidores con el letrero de «Autoservicio». Aquello no era diferente de Europa, le dijeron, y podía utilizar la tarjeta de crédito que llevaba, pero no quería dejar rastro tan al principio de su misión, así que decidió pagar en metálico.

Terminó de repostar y se dirigió luego a una cabina de cristal, donde entregó dos billetes de veinte dólares a través de la pequeña abertura. El empleado lo miró fugazmente, y Khalil pensó que la rápida mirada no era amistosa. El hombre depositó el cambio en el mostrador y anunció el total, al tiempo que se volvía. Asad cogió el cambio y regresó a su coche.

Condujo de nuevo a la interestatal y continuó en dirección sur.

Sabía que aquello era el estado de Virginia, y observó que los árboles eran más frondosos que en Nueva York o en Nueva Jersey. Su termómetro digital exterior señalaba 76 grados Fahrenheit. Pulsó un botón que había en la consola, y la pantalla

mostró una temperatura de 25 grados Celsius. Era una temperatura agradable, pensó, pero había demasiada humedad.

Continuó avanzando, manteniendo la misma velocidad con que discurría allí el tráfico, por encima de los 120 kilómetros por hora, mucho más que al norte de Washington y quince kilómetros por hora más que la velocidad máxima permitida. Uno de sus oficiales instructores en Trípoli, Boris, el agente del KGB ruso que había vivido cinco años en Estados Unidos, le había dicho:

—La policía del sur suele parar a los vehículos que llevan placas de matrícula del norte. Especialmente de Nueva York.

Khalil había preguntado por qué, y Boris le había respondido:

—Hubo una gran guerra civil entre el Norte y el Sur, en la que el Sur fue derrotado. Sienten mucha animosidad por eso.

—¿Cuándo fue esa guerra civil? —había preguntado.

—Hace más de cien años. —Boris le explicó brevemente la guerra y añadió—: Los estadounidenses perdonan en diez años a sus enemigos extranjeros pero entre ellos no se perdonan tan rápidamente. Pero si te mantienes en la carretera interestatal, mejor. Es una ruta muy frecuentada por gente del norte, que suelen ir a Florida de vacaciones. Tu automóvil no llamará la atención.

El ruso le informó, además:

—Muchos habitantes de Nueva York son judíos, y la policía del sur tal vez pare a un coche de Nueva York por esa razón. —Y había añadido, con una carcajada—: Si te paran, diles que a ti tampoco te gustan los judíos.

Khalil reflexionó acerca de todo aquello. Habían intentado quitarle importancia a su paso por el sur pero, evidentemente, sabían de esa zona menos que del territorio comprendido entre Nueva York y Washington. Evidentemente también, aquél era un lugar que podía causarle problemas. Pensó en el empleado de la gasolinera, pensó en sus placas de matrícula de Nueva York y pensó igualmente en su aspecto. Boris también le había dicho:

—No hay muchas razas en el sur; la mayoría de las personas son africanos negros o europeos. Para ellos, tú no pareces ninguna de las dos cosas. Pero cuando llegues a Florida las cosas irán mejor. En Florida hay muchas razas y muchos colores de piel. Pueden creer que eres sudamericano, pero en Florida mucha gente habla español, y tú, no. Así que si necesitas dar explicaciones, di que eres brasileño. En Brasil hablan portugués, y muy pocos norteamericanos hablan ese idioma. Pero si estás hablando con la policía, entonces eres egipcio, como se dice en tu documentación.

Khalil pensó en el consejo de Boris. En Europa había muchos visitantes, hombres de negocios y residentes de países árabes, pero en Estados Unidos, fuera de la zona de Nueva York, su aspecto podría llamar la atención, pese a que Malik había dicho lo contrario.

Khalil había hablado de esto con Malik, que le dijo:

—No dejes que ese estúpido ruso te preocupe. En Estados Unidos no tienes más

que sonreír, no parecer sospechoso, mantener las manos fuera de los bolsillos, llevar un periódico o una revista americanos, dar propinas del quince por ciento, no acercarte demasiado al hablar, bañarte a menudo y desearle un buen día a todo el mundo.

Khalil sonrió al recordar a Malik hablándole de los estadounidenses. Malik había concluido su estimación de los americanos diciendo:

—Son como los europeos pero su forma de pensar es más simple. Sé directo, pero no brusco. Tienen un conocimiento limitado de la geografía y de las demás culturas, más limitado que los europeos. De modo que si quieres ser griego, sé griego. Tu italiano es bueno, así que puedes ser de Cerdeña. De todas maneras, jamás han oído hablar de ese lugar.

Khalil volvió de nuevo su atención a la carretera. El tráfico del domingo por la tarde era a ratos intenso, a ratos escaso. Había pocos camiones porque era el Sabbath cristiano. Los paisajes que se extendían a ambos lados de la carretera eran la mayoría de campos y bosques con muchos pinos. Ocasionalmente veía lo que parecía ser una fábrica o un almacén pero, al igual que la Autobahn, aquella carretera no pasaba cerca de las ciudades o zonas de población. Allí resultaba difícil imaginar que en Estados Unidos habitaban más de 250 millones de personas. Su propio país no tenía ni siquiera cinco millones, y, sin embargo, Libia había dado a los estadounidenses muchos quebraderos de cabeza desde que el Gran Líder depusiera años atrás al estúpido rey Idris.

Finalmente, Khalil dejó volver sus pensamientos a la casa del general Waycliff. Había estado reservándolos, como un postre dulce, para saborearlos debidamente.

Recreó en su mente toda la escena y trató de imaginar cómo habría podido obtener más placer de ella. Quizá, pensó, debería haber hecho que el general suplicara que le perdonase la vida, o que la mujer se postrara de rodillas y le besara los pies. Pero tenía la impresión de que ellos no hubieran suplicado. De hecho, había extraído de ellos todo lo que podía, y cualquier otro intento de obligarlos a pedir piedad habría resultado estéril. Comprendieron que iban a morir en cuanto él reveló el propósito que lo había impulsado a estar allí.

Pensó, sin embargo, que podría haber hecho más dolorosas sus muertes pero le coartaba la necesidad de hacer que los asesinatos pareciesen parte de un robo. Necesitaba tiempo para ultimar su misión antes de que los servicios de inteligencia estadounidenses empezaran a comprender lo que estaba sucediendo.

Asad Khalil sabía que la policía podría estar esperándolo en cualquier punto de sus visitas a los hombres de la escuadrilla de Al Azziziyah. Aceptaba esa posibilidad y se consolaba con lo que ya había realizado en Europa, en el aeropuerto de Nueva York y ahora en la casa del general Waycliff.

Sería estupendo que pudiera completar su lista, pero si no podía, algún otro lo haría. Le gustaría volver a Libia pero carecía de importancia hacerlo o no. Morir en tierra de infieles mientras llevaba a cabo su *yihad* era un triunfo y un honor. Su lugar

en el Paraíso estaba asegurado.

Asad Khalil se sentía en estos momentos mejor de lo que nunca se había sentido después de aquella terrible noche.

Bahira. Estoy haciendo esto por ti también.

Se acercaba a la ciudad de Richmond, y el tráfico se iba tornando más intenso. Tuvo que seguir las señales que lo llevaron en círculo alrededor de la ciudad, por una carretera llamada 1-295 y finalmente de nuevo a la 1-95, otra vez en dirección sur.

A las 13.15 vio un letrero que decía «Bien venido a Carolina del Norte».

Miró a su alrededor pero no encontró gran diferencia con el estado de Virginia. El ruso le había advertido de que la policía de Carolina del Norte era ligeramente más suspicaz que la de Virginia. La policía del siguiente estado, Carolina del Sur, sería más probable que lo hiciese parar sin motivo, y también la de Georgia.

El ruso le había dicho asimismo que los policías del sur patrullaban a veces por parejas, y a veces sacaban sus armas cuando hacían parar un vehículo. Por lo tanto, sería más difícil disparar contra ellos.

Boris le había advertido también de que no intentara sobornar a un policía si lo paraban por una infracción de tráfico. Según el ruso, lo más probable era que lo arrestasen. Lo mismo, reflexionó Khalil, ocurría en Europa pero no en Libia, donde unos pocos dinares bastarían para satisfacer a un policía.

Continuó por la ancha y casi recta carretera interestatal. El vehículo era silencioso y potente y tenía un depósito de combustible de gran capacidad. Pero, según le indicaba el ordenador, tendría que repostar dos veces más antes de llegar a su destino.

Pensó en el hombre a quien visitaría a continuación. Teniente Paul Grey, piloto del F-111 conocido como Elton 38.

Habían sido precisos más de diez años y muchos millones de dólares antes de que la inteligencia libia consiguiera tener acceso a esta lista de ocho hombres. Se habían necesitado varios años más para localizar a cada uno de aquellos asesinos. Uno de ellos, el teniente Steven Cox, el oficial de armamento del avión conocido como Remit 61, estaba fuera de su alcance, ya que había resultado muerto en el transcurso de una misión desarrollada en la guerra del Golfo. Khalil no se sentía defraudado. Le complacía saber que el teniente Cox había muerto a manos de combatientes islámicos.

La primera víctima de Asad Khalil, el coronel Hambrecht, había sido enviado en trocitos a Norteamérica en el mes de enero. El cuerpo de su segunda víctima, el general Waycliff, se hallaba todavía caliente, y su sangre estaba dentro del cuerpo de Khalil.

Quedaban cinco.

Para la noche, el teniente Paul Grey se reuniría con sus tres compañeros de escuadrilla en el infierno.

Entonces quedarían cuatro.

Khalil sabía que la inteligencia libia había averiguado los nombres de algunos de

los otros pilotos de las demás escuadrillas que habían bombardeado Bengasi y Trípoli pero de esos hombres se ocuparían en otra ocasión. Asad Khalil había sido distinguido con el honor de asestar el primer golpe, de vengar personalmente la muerte de su propia familia, la muerte de la hija del Gran Líder y las heridas sufridas por la esposa e hijos de éste.

Khalil no tenía la menor duda de que los norteamericanos habían olvidado hacía mucho el 15 de abril de 1986. Habían bombardeado tantos lugares desde entonces que no se concedía gran importancia a aquel incidente. En la guerra del Golfo, decenas de miles de iraquíes habían perecido a manos de los norteamericanos y sus aliados, y el líder iraquí, Hussein, había hecho muy poco por vengar la muerte de sus mártires. Pero los libios no eran como los iraquíes. El Gran Líder, Gadafi, nunca olvidaba un insulto, una traición ni la muerte de un mártir.

Se preguntó qué estaría haciendo en aquel momento el teniente Paul Grey. Se preguntó también si aquel hombre sería uno de los que el general Waycliff había telefoneado el día anterior. Khalil no tenía ni idea de si todos los supervivientes se mantenían en contacto pero, según la agenda del general, el 15 de abril se había celebrado una conferencia telefónica múltiple. Y, en cuanto a la frecuencia de su contacto, habiendo hablado hacía solamente dos días, era improbable que volvieran a hablar a menos que alguien los informase de la muerte del general Waycliff. Ciertamente, la señora Waycliff no se lo iba a comunicar. De hecho, pasarían veinticuatro horas antes de que los cuerpos fuesen descubiertos.

Khalil se preguntó también si la muerte de los Waycliff y su sirvienta sería considerada un robo con homicidio. Pensaba que la policía, como todas las policías, lo consideraría un delito común. Pero si intervenían los servicios de inteligencia, éstos tal vez vieran las cosas de otro modo.

En cualquier caso, aunque así fuera, no tenían ninguna razón para pensar primero en Libia. La carrera del general había sido larga y variada, y su destino en el Pentágono suscitaba muchas otras posibilidades en el supuesto de que alguien sospechara que se trataba de un asesinato político.

La principal baza que tenía Khalil era que casi nadie sabía que aquellos aviadores habían participado en la incursión del 15 de abril. No había referencia alguna a ello ni siquiera en sus expedientes personales, como habían descubierto la inteligencia libia y la soviética. De hecho, no había nada más que una lista, y esa lista estaba clasificada como alto secreto. El secreto había protegido a aquellos hombres durante más de una década. Pero ahora ese mismo secreto hacía muy difícil que las autoridades estableciesen una relación entre lo sucedido en Lakenhead, Inglaterra, Washington, D. C, y, pronto, Daytona Beach, Florida.

Pero ellos sí sabían lo que tenían en común, y eso siempre había sido un problema. Khalil sólo podía rogar porque Dios mantuviera a sus enemigos en la ignorancia. Eso, juntamente con el uso de rapidez y engaño, garantizaría que pudiese matarlos a todos, o al menos a la mayoría.

Malik le había dicho:

—Asad, me dicen que tienes un sexto sentido, que puedes presentir el peligro antes de verlo, olerlo u oírlo. ¿Es cierto?

—Creo que tengo ese don —había respondido Khalil.

Le contó lo sucedido la noche de la incursión aérea pero omitiendo la parte referente a Bahira.

—Estaba en una azotea, orando, y antes de que llegara el primer avión sentí la presencia de peligro. Tuve una visión de monstruosas y terribles aves de presa descendiendo por entre el *ghabli* sobre nuestro país. Corrí a casa para decírselo a mi familia... pero era demasiado tarde.

—Como sabes, el Gran Líder va a orar al desierto y tiene visiones también —le había dicho Malik.

Khalil lo sabía. Sabía que Muammar al-Gadafi había nacido en el desierto en el seno de una familia nómada. Los nacidos en las familias nómadas del desierto eran dos veces benditos, y muchos de ellos poseían poderes de los que carecían quienes habían nacido en los poblados y ciudades de la costa. Khalil era vagamente consciente de que el misticismo de las gentes del desierto era anterior a la llegada del islam, y de que algunos consideraban blasfemas tales creencias. Por esa razón, Asad Khalil, que había nacido en el oasis Kufra —ni en la costa ni en el desierto—, no solía hablar de su sexto sentido.

Pero Malik estaba enterado de ello.

—Cuando sientas el peligro, no es una cobardía huir. Hasta el león huye del peligro. Por eso, Dios le dio más velocidad de la que necesita para cazar a su presa. Debes prestar atención a tus instintos. Si no lo haces, ese sexto sentido tuyo te abandonará. Si alguna vez sientes que has perdido este poder, debes compensarlo con más astucia y más cautela.

Khalil creía entender lo que Malik decía.

Pero entonces Malik dijo bruscamente:

—Puedes morir en América o puedes huir de América. Pero no puedes ser capturado en América. —Khalil no había respondido. Malik continuó—: Sé que eres valiente y que jamás traicionarías a nuestro país, a nuestro Dios o a nuestro Gran Líder, ni aun bajo tortura. Pero si te cogen vivo, ésa será toda la prueba que necesitarán para tomar represalias contra nuestro país. El propio Gran Líder me ha pedido que te diga que debes quitarte la vida si tu captura se hace inminente.

Khalil recordaba haberse sentido sorprendido ante aquellas palabras. No tenía intención de dejarse capturar, y gustosamente se quitaría la vida si lo consideraba necesario.

Pero había contemplado una situación en la que podría ser capturado vivo. Pensaba que aquello sería aceptable, incluso beneficioso para la causa. Entonces podría decir al mundo quién era, cómo había sufrido y qué había hecho para vengar aquella noche infernal. Aquello excitaría a todo el islam, redimiría el honor de su país

y humillaría a los americanos.

Pero Malik había rechazado esa posibilidad, y el propio Gran Líder había prohibido esa forma de poner fin a su *yihad*.

Khalil pensó en ello. Comprendía por qué el Gran Líder no querría provocar otro ataque aéreo americano. Pero, después de todo, ésa era la naturaleza de la venganza de sangre. Era como un círculo, un círculo de sangre y muerte sin fin. Cuanta más sangre, mejor. Cuantos más mártires, más complacido se sentiría Dios y más unido se volvería el islam.

Khalil apartó de su mente esos pensamientos, consciente de que el Gran Líder tenía una estrategia que sólo los pocos elegidos de su entorno podían comprender. Khalil pensaba que quizá algún día fuese admitido en el círculo dirigente pero por el momento serviría como uno de tantos mujaidines, los luchadores islámicos por la libertad.

Khalil apartó sus pensamientos del pasado y los proyectó sobre el futuro. Cayó en un estado lindante con el trance, lo que no era difícil en aquella carretera rectilínea y desprovista de interés. Proyectó su mente a horas y kilómetros de distancia, a aquel lugar llamado Daytona Beach. Visualizó la casa que había visto en las fotografías y el rostro de aquel hombre llamado Paul Grey. Trató de representarse o percibir algún peligro futuro pero no sentía ningún riesgo que lo acechara, ninguna trampa presta a cerrarse sobre él. De hecho, tuvo una visión de Paul Grey corriendo desnudo por el desierto, cegado por el *ghabli*, mientras un gigantesco y hambriento león lo perseguía, acortando a cada paso la distancia que los separaba.

Asad Khalil sonrió y alabó a Dios.

Capítulo 30

Después de comer nos dirigimos a una pequeña sala sin ventanas situada en el cuarto piso, donde escuchamos una breve conferencia sobre terrorismo en general y sobre terrorismo de Oriente Medio en particular. Hubo una sesión de diapositivas con mapas, fotos y diagramas de organizaciones terroristas y se nos distribuyó una hoja con una lista de lecturas recomendadas.

Creí que era una broma, pero no lo era.

—¿Vamos a estar matando el tiempo antes de que suceda algo importante? —le pregunté a nuestro instructor, un tipo llamado Bill, que llevaba un traje azul.

—Esta presentación tenía por objeto reforzar su compromiso y darles una visión global de la red terrorista mundial —me respondió, un tanto desconcertado.

Nos explicó los desafíos a que nos enfrentábamos en el mundo que había seguido a la guerra fría y nos informó de que el terrorismo internacional había llegado para quedarse. Aquello no era exactamente ninguna novedad para mí pero tomé nota en mi cuaderno por si nos ponían un examen más adelante.

A propósito, el FBI está dividido en siete secciones: Derechos Civiles, Drogas, Apoyo a la Investigación, Crimen Organizado, Crimen Violento, Crimen de Guante Blanco y Contraterrorismo, que es una floreciente industria que ni siquiera existía hace veinte años, cuando yo era un poli novato.

Bill no nos estaba explicando todo eso a nosotros. Yo ya lo sabía, y sabía también que la Casa Blanca no era una casa feliz aquella mañana, aunque el resto del país no tenía todavía ni idea de que Estados Unidos había sufrido el peor ataque terrorista desde Oklahoma City. Y, lo que era más importante, ese ataque no procedía de algún indeseable del propio país, sino de los desiertos de África del Norte.

Bill seguía desbarrando sobre la historia del terrorismo de Oriente Medio, y yo tomaba notas en mi cuaderno para acordarme de llamar a Beth Penrose, llamar a mis padres en Florida, llamar a Dom Fanelli, comprar agua de soda, recoger mis trajes en la tintorería, llamar al técnico reparador de televisores, etcétera, etcétera.

Bill seguía hablando. Kate escuchaba; Ted estaba en Babia.

Jack Koenig, que era King Jack en la zona metropolitana de Nueva York, no era rey aquí. De hecho, tan sólo era un principillo más en la capital imperial. Reparé en que los tipos de Washington se referían a Nueva York como un destacamento avanzado, lo que no encajaba muy bien con este neoyorquino concreto.

Finalmente, Bill se marchó y entraron una mujer y un hombre. Ella se llamaba Jane, y el tipo, Jim. Iban de azul.

—Gracias por venir —dijo Jane.

Eso me pareció ya demasiado.

—¿Teníamos opción? —pregunté.

—Supongo que no —respondió con una sonrisa.

—Usted debe de ser el detective Corey —dijo Jim.

Debo de serlo.

Bueno, pues Jane y Jim formaban un dúo, y la canción se titulaba *Libia*. Esto era un poco más interesante que el numerito anterior, y prestamos atención. Hablaban de Muammar al-Gadafi, de su relación con Estados Unidos, de su terrorismo de Estado, y de la incursión norteamericana sobre Libia el 15 de abril de 1986.

—Se cree que el supuesto autor del incidente de ayer, Asad Khalil, es libio —dijo Jane—, aunque a veces viaja con pasaportes de otros países de Oriente Medio. —Apareció de pronto una foto de Asad Khalil en la pantalla. Jane continuó—: Ésta es la fotografía que les fue transmitida a ustedes desde París. Tengo otra de más calidad que les entregaré luego. Nosotros también tomamos más instantáneas en París.

Se proyectaron en la pantalla una serie de fotos de Khalil, tomadas evidentemente sin su conocimiento en el interior de un despacho.

—Los agentes del Servicio de Inteligencia de la embajada —continuó Jane— las tomaron en París mientras Khalil prestaba declaración. Lo trataron como a un desertor auténtico porque así fue como él se presentó en la embajada.

—¿Lo registraron? —pregunté.

—Sólo superficialmente. Le pasaron las manos sobre la ropa y lo sometieron a un detector de metales.

—¿No lo hicieron desnudarse?

—No —respondió Jane—. No queremos convertir a un informante o desertor en un prisionero hostil.

—Hay personas a quienes les encanta que les miren el culo. Uno nunca sabe hasta que lo pregunta —dije.

Esta vez hasta el viejo Ted soltó una risita.

—Los árabes son muy pudorosos en lo que se refiere a la desnudez —replicó Jane fríamente—, exhibiciones de carne y cosas por el estilo. Se sentirían ultrajados y humillados si se los sometiera a un registro corporal.

—Pero el tipo podría tener píldoras de cianuro escondidas en el culo y habría podido suicidarse o administrarle una dosis letal a alguien de la embajada.

Jane clavó en mí una gélida mirada:

—Los agentes de los servicios de inteligencia no son tan estúpidos como parece usted creer —sentenció.

Y con eso apareció una serie de fotos en la pantalla. Las imágenes mostraban a Khalil en un cuarto de baño. Se lo veía desnudarse, ducharse, sentarse en la taza y cosas así.

—Ésta era una cámara oculta, naturalmente —dijo Jane—. Tenemos también vídeos de las mismas escenas, señor Corey, por si le interesa.

—Creo que podré pasar sin ello.

Miré la foto que estaba en la pantalla en aquel momento. Mostraba un desnudo frontal de Asad Khalil saliendo de la ducha. Era un hombre fornido, de cerca de un metro ochenta de estatura, muy velludo, sin cicatrices ni tatuajes visibles y tan bien dotado como un jumento.

—Haré que le enmarquen ésta —le dije a Jane.

A aquella gente no le iban esa clase de bromas. Se hizo un silencio sepulcral, y pensé que me iban a rogar que esperase en el pasillo.

—Mientras el señor Khalil dormía profundamente —continuó Jane—, por efecto de un sedante casualmente presente en su taza de leche —sonrió con aire conspiratorio—, varios empleados de la embajada obtuvieron fibras de sus ropas. Le tomaron también las huellas dactilares y plantares, le extrajeron células epiteliales de la boca para identificar su ADN, le tomaron muestras capilares e incluso impresiones dentales. —Jane me miró y dijo—: ¿Hemos pasado algo por alto, señor Corey?

—Supongo que no. No sabía que la leche podía surtir ese efecto.

—Les facilitaremos todos los resultados forenses —prosiguió—. Un informe preliminar sobre su atuendo, consistente en un traje gris, camisa, corbata, zapatos negros y ropa interior, indica que todas las prendas habían sido confeccionadas en Estados Unidos, lo cual resulta interesante, ya que las prendas estadounidenses no son frecuentes en Europa ni en Oriente Medio. Sospechamos, por tanto, que Khalil se proponía integrarse en una población urbana estadounidense muy poco después de su llegada.

Eso era lo que yo pensaba.

—Hay una teoría alternativa —prosiguió Jane—, según la cual Khalil, llevando un pasaporte falso procurado por Haddad, se dirigió a la terminal de Llegadas y Salidas Internacionales, donde, en el mostrador de una compañía de Oriente Medio o quizá de cualquier otra compañía, le estaba esperando un billete expedido al nombre que figuraba en su pasaporte falso. O bien Yusef Haddad le dio a Khalil ese billete a bordo del vuelo Uno-Siete-Cinco.

Jane nos miró:

—Tengo entendido que han considerado ustedes ambas teorías: Khalil se quedó, Khalil se marchó. Las dos son plausibles. De lo que estamos seguros es de que Yusef Haddad se quedó. Estamos tratando de establecer su verdadera identidad y determinar cuáles son sus conexiones. Consideren un hombre tan despiadado, me refiero a Khalil, que asesina a su cómplice, mata al hombre que arriesgó su vida por traerlo al país. Piensen en Asad Khalil rompiéndole el cuello a Haddad y permaneciendo luego en un avión lleno de cadáveres en espera de que el piloto automático lo deposite en el aeropuerto. Y entonces, en vez de huir, va al Club Conquistador y da muerte a tres de nuestros agentes. Pero decir que Khalil es despiadado y cruel es definir solamente una parte de su personalidad. Khalil es también increíblemente audaz y osado. Lo mueve algo muy poderoso.

No cabía la menor duda de ello. Yo me considero a mí mismo audaz y osado pero

había llegado el momento de reconocer que yo no habría podido hacer lo que había hecho Asad Khalil. Solamente una vez en toda mi carrera había encontrado un adversario a quien considerase que tenía más huevos que yo. Cuando finalmente lo maté, sentí que yo no era digno de haberlo matado; del mismo modo que el cazador que mata a un león con un rifle de gran potencia sabe que el león era el más digno y valiente de los dos.

Jane pulsó el botón del proyector. Apareció en la pantalla una fotografía en color ampliada que mostraba la cara de un hombre de perfil.

—En esta foto ampliada de la mejilla izquierda de Khalil pueden ver tres leves cicatrices paralelas —dijo—. En la mejilla derecha tiene otras tres similares. Nuestro patólogo dice que no son quemaduras ni heridas causadas por metralla ni por un cuchillo. De hecho, son típicas de heridas producidas por uñas humanas o garras animales, laceraciones paralelas y ligeramente dentadas. Son las únicas cicatrices identificadoras existentes en su cuerpo.

—¿Podemos suponer que esas cicatrices fueron producidas por unas uñas de mujer? —pregunté.

—Puede usted suponer lo que le plazca, señor Corey. Las señalo como características identificadoras en previsión de que haya modificado su aspecto externo.

—Gracias.

—Y, siguiendo esa pauta, los especialistas de París tatuaron tres puntitos en el cuerpo de Khalil. Uno se halla localizado en la parte interior del lóbulo de la oreja derecha... —Nos obsequió con un primer plano—. Otro, entre los dedos primero y segundo de su pie derecho... —De nuevo una extraña foto—. Y el último está junto al ano. En el lado derecho. En el caso de que tengan un sospechoso o se encuentren un cadáver, esto podría facilitar una rápida identificación, que sería preciso complementar con las huellas dactilares o un cotejo de impresiones dentales si llegara el caso.

Ahora le tocaba hablar a Jim.

—El plan de la operación es realmente sencillo cuando se lo considera con atención. Pasar de un país relativamente abierto a otro no es tan difícil. Yusef Haddad volaba en clase business y eso siempre facilita las cosas, incluyendo la posibilidad de llevar una bolsa de ropa y recibir tratamiento médico de oxígeno. Haddad va bien vestido, probablemente habla suficiente francés para entender lo que dicen en De Gaulle y probablemente habla suficiente inglés como para no suponer un engorro para los ayudantes de vuelo de Trans-Continental.

Levanté la mano.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Cómo sabía Yusef Haddad en qué vuelo iría Asad Khalil?

—Bueno, señor Corey, ésa es la cuestión, ¿verdad?

—Sí, no me la quito de la cabeza.

—Bien, desgraciadamente la respuesta es sencilla. Siempre utilizamos Trans-Continental, nuestra compañía aérea insignia, con la que tenemos un acuerdo de tarifa reducida para la clase business, pero lo más importante es que tenemos un agente de enlace que trabaja con Trans-Continental. Metemos y sacamos gente de los aviones rápidamente y sin llamar la atención. Al parecer, alguien estaba al tanto de este acuerdo, que, por otra parte, no es alto secreto ni mucho menos.

—¿Pero cómo sabía Haddad que Khalil iría en ese vuelo?

—Un evidente fallo de seguridad en la actuación de Trans-Continental en De Gaulle. En otras palabras, un empleado de Trans-Continental en París, quizá un empleado árabe, de los muchos que hay en París, le dio el soplo a Yusef Haddad. De hecho, si nos remontamos más atrás, Khalil desertó en París y no en otra ciudad porque hubo allí un fallo en el sistema de seguridad. De hecho, por razones de seguridad, en los aviones norteamericanos está prohibido que uno lleve a bordo su propio oxígeno para uso medicinal. Hay que solicitar una reserva de oxígeno, y por un pequeño estipendio lo entregan antes de embarcar. Evidentemente, alguien pensó hace años en este potencial problema de seguridad. En este caso, sin embargo, uno de los empleados de la compañía cambió una de las botellas de oxígeno por una botella de gas venenoso.

—A mí las dos botellas me parecieron iguales —comenté—. Supongo que una de ellas estaría marcada.

—En efecto, la de oxígeno tenía en la pintura un pequeño arañazo en zigzag. La del gas venenoso, no.

Me imaginé a Yusef Haddad diciéndose a sí mismo: «Vamos a ver... la de oxígeno tiene un arañazo, la de gas venenoso, no... ¿o era al revés...?»

—¿Algo gracioso, señor Corey? —me preguntó Jim.

Explicué mi estúpida idea pero sólo Nash se rió.

Jim consultó unas notas y luego prosiguió:

—Por lo que se refiere al gas, tenemos un informe preliminar al respecto. No soy un experto pero me dicen que hay cuatro tipos principales de gas tóxico: el asfixiante, el que provoca ampollas, el que ataca a la sangre y el que afecta a los nervios. El gas utilizado en el vuelo Uno-Siete-Cinco era sin duda un agente que actúa sobre la sangre, probablemente un compuesto de cloruro cianhídrico avanzado o modificado. Este tipo de gas es muy volátil y se disipa rápidamente en el aire. Según nuestros expertos químicos, los pasajeros percibieron tal vez un cierto olor a almendras amargas o huesos de melocotón pero, salvo que estuvieran familiarizados con el cianuro, no se sentirían alarmados.

Jim nos miró y vio que todos le estábamos prestando atención. Yo he tenido la misma experiencia en mis clases en el John Jay. En cuanto los alumnos empiezan a distraerse, recorro a algo relacionado con el homicidio o el sexo. Eso atrae la atención general.

—Esto es lo que creemos que sucedió —continuó—. Asad Khalil pidió usar el lavabo. Naturalmente, fue acompañado por Phil Hundry o Peter Gorman. Quienquiera que lo acompañase revisó primero el lavabo, como hacían cada vez que Khalil pedía utilizarlo. Querían estar seguros de que nadie intentaba ser un Michael Corleone... —Nos miró y dijo, innecesariamente—: Ya saben, cuando alguien introduce una pistola en el lavabo. Así que Phil o Peter revisan la papelera... y quizá también revisaron el armario situado bajo la pila, donde se guardan los utensilios de mantenimiento. Pero lo que había allí parecía completamente inocuo y no suscitó ninguna sospecha a Phil ni a Peter. Lo que había era una pequeña botella de oxígeno con su correspondiente mascarilla, como las que pueden encontrarse en los botiquines de todos los aviones del mundo. Se trata de oxígeno terapéutico para pasajeros con dificultades respiratorias. Pero nunca, se pone debajo de la pila. Ahora bien, si uno no conoce los procedimientos de las líneas aéreas, no se daría cuenta de nada. De modo que aunque Phil o Peter hubieran visto la botella de oxígeno, no habrían dado ninguna importancia al hecho.

Jim hizo una pausa para dar mayor efecto a sus palabras y continuó su relato.

—Alguien, muy probablemente una persona del servicio de limpieza o de mantenimiento del aeropuerto De Gaulle puso antes del despegue esa botella de oxígeno debajo de la pila en el lavabo de la sección alta del avión. Cuando Phil o Peter condujeron a Khalil al lavabo, lo dejaron esposado y le dijeron que no echara el pestillo. Procedimiento habitual. Khalil entró en el lavabo, y eso fue la señal para que Haddad liberase el gas contenido en la segunda botella. En algún momento, la gente empezó a mostrar señales de malestar. Pero para cuando alguien se dio cuenta de que estaban en peligro, ya era demasiado tarde. El piloto automático está siempre conectado durante el vuelo, así que el avión continuó volando.

»Khalil, que estaba respirando el oxígeno de la botella dejada bajo la pila, salió del lavabo una vez que tuvo la seguridad de que todo el mundo estaba inconsciente o muerto. Llegados a ese punto, Khalil y Haddad dispusieron de más de dos horas para arreglar las cosas, incluyendo el quitarle las esposas a Khalil, volver a poner en su asiento al escolta federal, dejar el oxígeno medicinal de Haddad en el armario de la ropa y todo lo demás. Khalil sabía que sólo necesitaba unos pocos minutos en tierra para huir poniéndose un mono de mozo de equipajes de Trans-Continental y mezclándose con la gente que subiría al avión en el área de seguridad. Por eso es por lo que quería que todo ofreciese el aspecto más normal posible al personal del Servicio de Emergencia que subiría al aparato, estacionado al extremo de la pista. Khalil necesitaba estar seguro de que el avión no ofrecía el aspecto de que se hubiera cometido un crimen en él y de que sería remolcado hasta el recinto de seguridad, donde se permitiría subir a bordo a personas ajenas al Servicio de Emergencia.

Jim terminó, luego habló de nuevo Jane, luego Jim, luego Jane, y así sucesivamente. Iban a dar las cuatro, y yo necesitaba un descanso.

Ya estábamos en la fase de preguntas y respuestas.

—¿Cómo sabían Khalil y Haddad que el 747 estaba preprogramado para aterrizar en el JFK? —preguntó Kate.

—La Trans-Continental tiene por norma exigir a los pilotos que antes de despegar programen el ordenador para todo el vuelo —respondió Jim—, y eso incluye la información sobre aterrizaje. Eso no es ningún secreto. Cualquier revista de aviación ha informado de ello. Además, está el fallo de seguridad ocurrido en Trans-Continental en De Gaulle. —Añadió—: En lo que nadie confía jamás que haga un ordenador es en que accione los inversores de dirección, porque si falla y los acciona durante el vuelo, reventarían los motores u otras piezas importantes del avión. Los inversores de dirección deben ser accionados manualmente, con el menor nivel posible de interacción automática. Es un elemento de seguridad, y quizá lo único que un piloto tiene que hacer, aparte de decir «Bien venidos a Nueva York» y conducir el avión hasta la puerta una vez en tierra. —Agregó jocosamente—: Su pongo que eso también podrían hacerlo los ordenadores. En cualquier caso, cuando el 747 aterrizó en el JFK sin inversores de dirección quedó claro que había problemas.

—Yo creía que las pistas no se asignaban hasta que el avión se hallaba en las proximidades del aeropuerto —dijo Koenig.

—Cierto —respondió Jim—, pero generalmente los pilotos saben qué pistas se están utilizando. La preprogramación no pretende sustituir al aterrizaje que el piloto realiza manualmente y con arreglo a las instrucciones que se le facilitan por radio. Es sólo un procedimiento de apoyo. El piloto con quien he hablado me asegura que aumenta la precisión de los cálculos del ordenador. Y, de hecho, la pista Cuatro-Derecha, la preprogramada, continuaba utilizándose ayer a la hora de llegada del vuelo Uno-Siete-Cinco.

Asombroso, pensé. Absolutamente asombroso. Necesito un ordenador como ése para mi coche y así poder descabezar un sueñecito al volante.

—Les diré qué más sabían los criminales —prosiguió Jim—. Estaban al tanto de la forma de actuar del Servicio de Emergencia en el JFK. Viene a ser muy parecido en todos los aeropuertos norteamericanos. Los procedimientos del JFK son más sofisticados que en muchos de los otros pero eso no es materia de alto secreto. Se han escrito libros sobre Pistolas y Mangueras, y hay numerosos manuales disponibles. Nada de esto es difícil de averiguar. Solamente el área de seguridad para casos de secuestro no es muy conocida pero tampoco constituye alto secreto.

Pensé que Jim y Jane necesitaban verse libres de mí un rato, y cuando Jim terminó Jane dijo:

—Haremos un descanso de quince minutos. Los lavabos y el bar están al final del pasillo.

Nos levantamos todos y salimos rápidamente, antes de que cambiaran de idea.

Ted, Kate, Jack y yo charlamos unos momentos, y descubrí que Jim y Jane se llamaban en realidad Scott y Lisa. Pero para mí siempre serían Jim y Jane. Todo el mundo aquí era Jane y Jim, excepto Bob, Bill y Jean. Y todos iban de azul y jugaban

a squash en el sótano y hacían *footing* a lo largo del Potomac y tenían casas en la Virginia suburbana e iban a la iglesia los domingos, salvo cuando la mierda caía en las turbinas, como hoy. Los casados tenían críos, y los críos eran formidables, y vendían caramelos para recaudar dinero para el equipo de fútbol y todo eso.

En cierto modo, uno tiene que admirar a esta gente. Quiero decir que representan el ideal, o al menos el ideal americano tal como ellos lo ven. Los agentes eran eficaces en su trabajo, tenían una reputación mundial de honradez, sobriedad, lealtad e inteligencia. ¿Qué importaba que la mayoría fuesen abogados? Jack Koenig, por ejemplo, era una buena persona, sólo que daba la casualidad de que tenía la desgracia de ser abogado. Kate también era perfecta para ser abogado. Me gustaba el lápiz de labios que llevaba. Una especie de rosa pálido brillante.

El caso es que quizá sentía un poco de envidia hacia aquella gente orientada a la familia y a la iglesia. En algún lugar en el fondo de mi mente había una casa con una talanquera blanca, una esposa, dos niños y un perro, y un trabajo de nueve a cinco en el que nadie quería matarme.

Volví a pensar en Beth Penrose, allá en Long Island. Pensé en la casita para los fines de semana que se había comprado en el North Fork, cerca del mar y de los viñedos. No me sentía particularmente bien hoy, y no me atrevía a considerar por qué.

Capítulo 31

Asad Khalil miró su indicador de combustible, según el cual le quedaba la cuarta parte del depósito. El reloj del salpicadero señalaba las 14.13. Había recorrido casi quinientos kilómetros desde Washington, y advirtió que aquel potente automóvil consumía más combustible que cuantos había conducido en Europa o Libia.

No tenía hambre ni sed, o quizá sí pero sabía dominar esas sensaciones. Había sido entrenado para resistir largos períodos de tiempo sin comer, dormir ni beber. La sed era la necesidad más difícil de ignorar pero en cierta ocasión había pasado seis días en el desierto sin agua y sin delirar, así que sabía de qué eran capaces su cuerpo y su mente.

Un descapotable blanco se puso a su altura por el carril izquierdo, y vio que iban en él cuatro chicas. Reían y hablaban, y Khalil observó que todas tenían el pelo claro aunque tenían la piel tostada por el sol. Tres de ellas llevaban camisetas de manga corta pero la cuarta, sentada en el asiento trasero más próximo a él, llevaba solamente la parte de arriba de un bikini rosa. Una vez había visto una playa del sur de Francia donde las mujeres no llevaban prenda alguna en el busto y sus pechos quedaban al aire, a la vista de todo el mundo.

En Libia, eso les habría reportado una condena de latigazos y quizá varios años de cárcel. No podía decir exactamente cuál sería el castigo porque jamás había sucedido una cosa semejante.

La chica del sostén rosa lo miró, sonrió y lo saludó con la mano. Las otras miraron también, agitaron la mano y rieron.

Khalil aceleró.

Ellas aceleraron también, manteniéndose a su altura. Khalil advirtió que iba a 120 por hora. Levantó el pie del acelerador, y su velocidad bajó a cien. Ellas hicieron lo mismo y siguieron agitando la mano en su dirección. Una le gritó algo, pero no pudo oírla.

Khalil no sabía qué hacer. Por primera vez desde su aterrizaje sentía que no controlaba la situación. Volvió a aflojar el acelerador, y ellas lo imitaron.

Pensó en tomar la primera salida pero las chicas podrían seguirlo. Aceleró, y ellas se mantuvieron a su lado, sin dejar de reír y de agitar la mano.

Sabía que estaba llamando la atención, o no tardaría en hacerlo, y notó que la frente se le cubría de sudor.

De pronto apareció un coche policial con dos hombres en su espejo retrovisor izquierdo, y Khalil se dio cuenta de que iba a 128 por hora y que el coche de las chicas continuaba a su lado. «¡Putas asquerosas!»

El coche policial pasó al carril izquierdo, situándose detrás del descapotable, que

aceleró. Khalil levantó el pie del acelerador, y el coche policial se puso a su lado. Se llevó la mano derecha al bolsillo de la chaqueta y rodeó con los dedos la culata de la Glock, sin volver la cabeza y con los ojos fijos en la carretera.

El coche policial lo adelantó, pasó a su carril sin hacerle ninguna señal y aceleró en pos del descapotable. Khalil disminuyó aún más la velocidad y observó. El conductor del coche policial parecía estar hablando con las chicas del descapotable. Se saludaron todos con las manos, y el coche policial se alejó.

El descapotable estaba ahora a cien metros por delante, y sus ocupantes parecían haber perdido interés por Khalil. Éste mantuvo una velocidad de cien kilómetros por hora, y la distancia entre ambos coches aumentó. Observó que el coche policial había desaparecido tras un cambio de rasante.

Khalil inspiró profundamente. Reflexionó sobre el incidente pero sólo logró entenderlo vagamente.

Recordó una cosa que le había dicho Boris.

—Amigo mío, muchas americanas te encontrarán atractivo. Las americanas no serán tan abiertas sexualmente como las europeas pero tal vez intenten entablar amistad contigo. Creen que pueden mostrarse amistosas con un hombre sin ser provocativas y sin atraer la atención sobre las evidentes diferencias entre los sexos. En Rusia, como en Europa, eso nos parece una estupidez. ¿Por qué habría uno de querer hablar con una mujer si no es por el sexo? Pero en América, especialmente si se trata de las más jóvenes, hablarán contigo, incluso de cuestiones sexuales, beberán contigo, bailarán contigo, incluso te invitarán a su casa, pero luego te dirán que no quieren tener relaciones sexuales contigo.

A Khalil le costaba creerlo.

—No me relacionaré con mujeres mientras esté llevando a cabo mi misión —le había contestado.

Boris se había reído de él.

—Mi buen amigo musulmán, el sexo forma parte de la misión. Puedes divertirte un poco mientras arriesgas la vida. Seguramente habrás visto películas de James Bond...

Khalil no había visto ninguna.

—Si el KGB hubiera prestado más atención a la misión y menos a las mujeres, tal vez existiera todavía un KGB.

Al ruso no le había gustado esa observación.

—En cualquier caso, las mujeres *pueden* ser una distracción. Y, aunque tú no las busques, puede que ellas te encuentren. Debes aprender a llevar esa clase de situaciones.

—No tengo intención de meterme en esa clase de situaciones. Mi tiempo en Estados Unidos es limitado, y también mis ocasiones de hablar con americanos.

—Sin embargo, las cosas ocurren.

Khalil asintió para sus adentros. Acababa de producirse una situación parecida, y

él no la había llevado bien.

Pensó en las cuatro jóvenes, sucintamente vestidas, del descapotable. Aparte de su desorientación respecto a lo que debía hacer, identificó y admitió un extraño deseo, el de acostarse desnudo con una mujer.

En Trípoli, eso era casi imposible sin correr un grave peligro. En Alemania había prostitutas turcas por todas partes pero no podía resolverse a comprar el cuerpo de una compañera de religión. En Francia se había servido de prostitutas africanas pero sólo cuando le aseguraban que no eran musulmanas. En Italia estaban las refugiadas de la antigua Yugoslavia y Albania pero muchas de estas mujeres eran también musulmanas. Recordó haber estado una vez con una albana que, según descubrió/era musulmana. Le dio una paliza tal que se preguntaba si habría sobrevivido.

Malik le había dicho:

—Cuando vuelvas será el momento adecuado para casarte. Tendrás que elegir entre las hijas de las mejores familias de Libia. —De hecho, Malik había mencionado a una por su nombre, Alima Nadir, la hermana menor de Bahira, que ahora tenía diecinueve años y estaba aún sin marido.

Pensó en Alima; aunque velada, percibía que no era tan hermosa como Bahira pero percibía también en ella la misma audacia que le había agradado y, al mismo tiempo, desagradado en Bahira. Sí, quería y podía casarse con ella. El capitán Nadir, que habría desaprobado sus atenciones con Bahira, acogería ahora de buen grado a Asad Khalil como héroe del islam, orgullo de la patria y muy estimado yerno.

Parpadeó una lucecita en el salpicadero y sonó un campanileo. Sus ojos escrutaron los instrumentos, y vio que se le estaba acabando el combustible.

En la siguiente salida, tomó la rampa de desvío a una carretera local y entró en una estación de servicio de Shell Oil.

De nuevo decidió no utilizar la tarjeta de crédito y se dirigió a un surtidor con el letrero de «Autoservicio, metálico». Se puso las gafas de sol y bajó del Mercury. Eligió gasolina súper y llenó el depósito, que tenía una cabida de veintidós galones. Trató de convertir esta cantidad a litros y calculó que serían unos cien. Se maravilló de la arrogancia, o quizá la estupidez, de los norteamericanos al ser la última nación de la tierra que no utilizaba el sistema métrico.

Dejó la manguera en su soporte y observó que no había ninguna cabina de cristal donde pagar. Comprendió que tenía que entrar en la pequeña oficina y se maldijo por no haberlo advertido antes.

Echó a andar hacia la oficina de la estación de servicio y entró.

Había un hombre sentado en un taburete detrás de un pequeño mostrador, vestido con vaqueros y camiseta, viendo la televisión y fumando un cigarrillo.

El hombre lo miró, y luego volvió la vista hacia una pantalla digital.

—Son veintiocho con ochenta y cinco —dijo.

Khalil puso dos billetes de veinte dólares sobre el mostrador.

—¿Necesita algo más? —preguntó el hombre, mientras le daba la vuelta.

—No.

—Tengo bebidas frías en el frigo.

Khalil tenía dificultades para entender su acento.

—No, gracias —respondió.

El hombre contó la vuelta y miró a Khalil.

—¿De dónde viene, amigo?

—De... Nueva York.

—¿Sí? Menuda tirada. ¿Adónde se dirige?

—A Atlanta.

—Le vendrá de perlas la 1-20 a este lado de Florence.

Khalil cogió la vuelta.

—Sí, gracias.

Observó que en la televisión estaban dando un partido de béisbol. El hombre lo vio mirar al televisor y dijo:

—Los Bravos van dos a cero por delante de Nueva York, final del segundo. —Y añadió—: Hoy vamos a darle una buena patada a algún culo *yankee*.

Asad Khalil asintió con la cabeza, aunque no tenía ni idea de a qué se refería el hombre. Sintió que la frente se le cubría otra vez de sudor y reparó en que había mucha humedad en el ambiente.

—Que tenga un buen día —dijo. Se volvió, salió de la oficina y se dirigió a su coche.

Montó y volvió la vista hacia el amplio ventanal de la oficina para ver si el hombre lo observaba, pero estaba mirando otra vez la televisión.

Khalil salió rápidamente, aunque no demasiado, de la estación de servicio.

¹ Regresó a la 1-95 y continuó en dirección sur.

Comprendió que su mayor peligro era la televisión. Si empezaban a transmitir su foto —y podían hacerlo ya—, no estaría completamente seguro en ningún lugar de Norteamérica. Tenía la seguridad de que la policía de todo el país ya disponía de su fotografía pero no entraba en sus cálculos tener el menor contacto con la policía. Necesitaba, sin embargo, tener contacto con un pequeño número de norteamericanos. Bajó la visera del parabrisas y estudió su rostro, todavía con las gafas puestas, en el espejo. Con el pelo a raya y teñido de gris, el bigote postizo y las gafas, estaba seguro de que no se parecía a ninguna foto suya. Pero en Trípoli le habían mostrado lo que los americanos eran capaces de hacer con un ordenador, añadiendo un bigote o una barba, agregando gafas, haciéndole el pelo más corto, más claro o peinándolo de manera diferente. No creía que una persona corriente fuese tan observadora como para penetrar a través del más superficial de los disfraces. Evidentemente, el empleado de la estación de servicio no lo había reconocido, porque, de haberlo hecho, Khalil lo habría visto inmediatamente en sus ojos, y el hombre estaría ya muerto.

Pero ¿y si la estación de servicio hubiera estado llena de gente?

Khalil miró su imagen una vez más, y de pronto se le ocurrió que no había ninguna fotografía de él sonriendo. Tenía que sonreír. Se lo habían dicho varias veces en Trípoli. Sonríe. Sonrió al espejo, y le sorprendió ver lo distinto que parecía, incluso para sí mismo. Sonrió de nuevo y volvió a subir la visera.

Continuó conduciendo y continuó pensando en su fotografía por televisión. Quizá no fuese un problema.

En Trípoli le habían dicho también que, por alguna razón, los americanos colocaban en todas las oficinas de Correos las fotografías de los fugitivos. Ignoraba por qué elegían las oficinas de Correos para mostrar las fotos de los fugitivos, pero él no tenía nada que hacer en Correos, así que la cuestión le traía sin cuidado.

Pensó también que si él y sus agentes de inteligencia habían razonado y trazado sus planes correctamente, los norteamericanos estarían ahora convencidos de que Asad Khalil había huido del país, directamente desde el aeropuerto de Nueva York. Se había debatido mucho en torno a este punto.

—No importa lo que crean —había dicho Boris, el ruso—. El FBI y la policía local te estarán buscando en Norteamérica, y la CÍA y sus colegas extranjeros te estarán buscando en el resto del mundo. Así que debemos crear la ilusión de que has vuelto a Europa.

Khalil asintió mentalmente. Boris conocía muy bien el juego de intriga. Lo había estado desarrollando con los americanos durante más de veinte años. Pero Boris disponía entonces de recursos ilimitados, y Libia, no. Sin embargo, se mostraron de acuerdo con él y crearon otro Asad Khalil, que cometería algún acto de terrorismo en algún lugar de Europa, probablemente dentro de uno o dos días. Esto podría, o no, engañar a los americanos.

—Los miembros de los servicios de inteligencia norteamericanos de mi generación eran increíblemente ingenuos y carentes de sofisticación —había dicho Malik—. Pero han venido actuando en el mundo durante el tiempo suficiente para desarrollar el cinismo de un árabe, la sofisticación de un europeo y la doblez de un oriental. Han desarrollado también una tecnología propia muy avanzada. No debemos subestimarlos pero tampoco sobrestimarlos. Se los puede engañar pero ellos pueden también fingir que han sido engañados. De modo que, sí, podemos crear otro Asad Khalil en Europa durante una o dos semanas, y ellos fingirán estar buscándolo allí, mientras saben perfectamente que continúa en América. El verdadero Asad Khalil debe contar exclusivamente consigo mismo. Haremos lo que podamos para desviar la atención pero tú, Asad, debes vivir cada momento en Estados Unidos como si estuviesen a cinco minutos de atraparte.

Asad Khalil pensó en Boris y Malik, dos hombres muy distintos. Malik hacía lo que hacía por amor a Dios, al islam, a su país y al Gran Líder, por no mencionar su odio a Occidente. Boris trabajaba por dinero y no odiaba especialmente a los norteamericanos ni a Occidente. Además, Boris no tenía Dios, ni líder ni, en realidad, país. Malik había descrito una vez a Boris como una persona digna de lástima pero

Asad lo consideraba más bien lastimoso. Sin embargo, Boris parecía contento; ni resentido ni derrotado. Una vez dijo: «Rusia volverá a levantarse. Es inevitable».

En cualquier caso, estos dos hombres tan diferentes trabajaban bien juntos, y cada uno de ellos le había enseñado algo que el otro apenas comprendía. Asad prefería a Malik, naturalmente, pero con Boris podía confiarse que dijera toda la verdad.

—Tu Gran Líder no quiere que otra bomba americana caiga sobre su tienda, así que no esperes mucha ayuda si te cogen. Si logras volver aquí, te tratarán bien. Pero si te quedas atrapado en América y no puedes salir, el próximo libio que verás será tu verdugo.

Khalil reflexionó sobre ello pero desechó la idea como propia del viejo pensamiento soviético. Los luchadores islámicos no se traicionaban ni se abandonaban unos a otros. A Dios no le gustaría.

Khalil centró de nuevo su atención a la carretera. Aquél era un gran país, y por ser tan grande y diverso, resultaba fácil ocultarse o mezclarse con la gente, según necesitara uno. Pero sus dimensiones constituían también un problema, y, a diferencia de Europa, no había muchas fronteras que uno pudiera cruzar para huir. Libia estaba muy lejos. Además, Khalil no se había dado cuenta de que el inglés que él conocía no era el inglés que hablaban en el sur. Pero recordó que Boris se lo había mencionado y le había dicho que el inglés de Florida se parecía más a lo que Khalil podía entender.

Pensó de nuevo en el teniente Paul Grey y recordó la fotografía de su casa, una hermosa villa con palmeras. También pensó en la casa del general Waycliff. Aquellos dos asesinos habían regresado a su país y habían llevado en él una vida acomodada con sus mujeres y sus hijos, después de destruir con total indiferencia la vida de Asad *Khalil*. Si realmente había un infierno, entonces Asad Khalil conocía los nombres de tres de sus moradores: el teniente Steven Cox, muerto en el golfo Pérsico, el coronel William Hambrecht y el general Terrance Waycliff, muertos por Asad Khalil. Si hablaban entre ellos ahora, los dos últimos podrían conversar con el primero sobre la forma en que habían muerto, y los tres podrían preguntarse quién sería el próximo de sus compañeros de escuadrilla que Asad Khalil elegiría para enviarlo con ellos.

—Tengan paciencia, caballeros —dijo Khalil en voz alta—, pronto lo sabrán. Y poco después estarán todos reunidos de nuevo.

Capítulo 32

El descanso había terminado, y regresamos a la sala. Jim y Jane se habían ido, y en su lugar había un caballero de aspecto árabe. Al principio, pensé que aquel tipo se había perdido cuando iba a una mezquita o algo así, o quizá había secuestrado a Jim y a Jane y los retenía como rehenes. Antes de que pudiera echarle mano, el intruso sonrió y se presentó como Abbah Ibn Abdellah, nombre que tuvo el detalle de escribir en la pizarra. Por lo menos no se llamaba Bob, Bill ni Jim. Sin embargo, dijo: «Llámenme Ben», lo que encajaba con el sistema de diminutivos que imperaba en el lugar.

El señor Abdellah —Ben— llevaba un traje de *tweed* demasiado grueso, y una de esas banderas a cuadros de las carreras de coches en la cabeza. Ésta fue mi primera pista de que quizá no fuese de por aquí cerca.

Ben se sentó con nosotros y sonrió de nuevo. Tenía unos cincuenta años y era más bien rechoncho, con barba, gafas, calvicie incipiente, buenos piños y olía bien. Tres puntos negativos por eso, detective Corey.

Había una cierta sensación de embarazo en la sala. Quiero decir que Jack, Kate y yo éramos sofisticados, refinados y todo eso. Todos habíamos trabajado y alternado con tipos de Oriente Medio pero, por alguna razón, aquella tarde había un poco de tensión en el ambiente.

—Una tragedia terrible —empezó diciendo Ben. Nadie respondió, así que continuó—: Soy agente del FBI por contrato especial.

Eso significaba que, al igual que yo, estaba contratado para alguna especialidad, y me imaginaba que no era la de asesor de moda. Por lo menos, no era abogado.

—El subdirector consideró que podría ser buena idea que yo me pusiera al servicio de ustedes —añadió.

—¿Para qué servicio? —preguntó Koenig.

El señor Abdellah miró a Koenig.

—Soy profesor de Estudios Políticos sobre Oriente Medio en la Universidad George Washington. El área de mi especialidad es el estudio de diversos grupos que tienen una agenda extremista.

—Grupos terroristas —sugirió Koenig.

—Sí, podríamos llamarlos así.

—¿Qué tal sicópatas y asesinos? —apunté yo—. A mí me parece más apropiado.

El profesor Abdellah no perdió la compostura. Sabía hablar, parecía inteligente y era de modales sosegados. Nada de lo que había sucedido el día anterior era culpa suya, naturalmente. Pero Ibn Abdellah tenía un trabajo difícil esta tarde.

—Yo soy egipcio, pero conozco bien a los libios —continuó—. Son un pueblo interesante que desciende en parte de los antiguos cartagineses. Después llegaron los

romanos, que añadieron sus propias características, y siempre ha habido egipcios en Libia. Después de los romanos llegaron los vándalos, procedentes de España, que a su vez fueron sometidos por los bizantinos, que fueron más tarde dominados por los árabes llegados de la península arábiga y portadores de la religión islámica. Los libios se consideran árabes pero Libia siempre ha tenido una población tan pequeña que cada grupo invasor ha dejado allí sus genes.

El profesor Abdellah pasó a darnos una conferencia sobre los libios, obsequiándonos con toda una serie de datos sobre la cultura, las costumbres libias y todo eso. Tenía un puñado de folletos, entre ellos un glosario de palabras exclusivamente libias por si nos interesaba, además de un glosario sobre gastronomía libia que yo no tenía intención de poner en mi cocina.

—A los libios les encanta la pasta —dijo—. Ése es el resultado de la ocupación italiana.

A mí también me encantaba la pasta, así que quizá me tropezase con Asad Khalil en Giulio's. O quizá no.

Recibimos del profesor una breve biografía de Muammar al-Gadafi y la copia, descargada de Internet, de varias páginas de la *Encyclopedia Britannica* sobre Libia. Nos obsequió también con un montón de folletos sobre la cultura y la religión islámicas.

—Los orígenes de musulmanes, cristianos y judíos se remontan al profeta y patriarca Abraham —dijo—. El profeta Mahoma desciende del hijo mayor de Abraham, Ismael, y Moisés y Jesús descienden de Isaac —añadió—: Que la paz sea con todos ellos.

La verdad es que yo no sabía si santiguarme, volverme hacia La Meca o llamar a mi amigo Jack Weinstein.

Ben continuó hablando de Jesús, Moisés, María, el arcángel Gabriel, Mahoma, Alá, etcétera, etcétera. Estos tipos se conocían y se apreciaban. Increíble. Resultaba interesante pero todo aquello no servía para llevarme más cerca de Asad Khalil.

—Contrariamente al mito popular —dijo Abdellah, dirigiéndose a Kate—, el islam eleva en realidad el estatus de las mujeres. Los musulmanes no culpan a las mujeres de la violación del Árbol Prohibido, como hacen los cristianos y los judíos. Y tampoco consideran que su sufrimiento en el embarazo y en el parto sea el castigo impuesto por ese acto.

—Ciertamente, ésa es una idea ilustrada —replicó fríamente Kate.

Sin dejarse intimidar por la Reina de Hielo, Ben continuó:

—Las mujeres que se casan con arreglo a la ley islámica pueden conservar su apellido. Pueden poseer y enajenar bienes.

Me recuerda a mi ex. A lo mejor era musulmana...

—Por lo que se refiere al velo de las mujeres —dijo Ben—, se trata de una práctica cultural de algunos países pero no refleja la enseñanza del islam.

—¿Y qué hay de la lapidación de mujeres sorprendidas en adulterio? —preguntó

Kate.

—También es una práctica cultural de algunos países islámicos, pero no de la mayoría.

Miré mis folletos para ver si había una lista de esos países. Es que ¿y si nos enviaban a Kate y a mí a Jordania o a algún sitio así, y nos cogían haciendo cositas en el hotel? ¿Regresaría solo? Pero no pude encontrar ninguna lista, y pensé que más valía no pedirle una al profesor Abdellah.

En cualquier caso, Ben siguió parlotando un rato. Era un hombre muy agradable, muy cortés, muy enterado y realmente sincero. Sin embargo, yo tenía la impresión de haber atravesado uno de esos espejos que son transparentes desde el otro lado. Y de que todo estaba siendo grabado y quizá filmado por los chicos de azul. Aquel lugar era una locura.

Supongo que había una razón para impartir aquella lección sobre el islam, pero tal vez pudiéramos llevar a cabo la misión sin necesidad de ser tan considerados con la otra parte. Traté de imaginarme una escena antes de la invasión del día D en la que un general paracaidista les dijese a sus hombres: «Bien, muchachos, mañana leeremos a Goethe y Schiller. Y no olvidéis que mañana por la noche habrá un concierto de música de Wagner en el Hangar 12. La asistencia es obligatoria. Esta noche tenéis *sauerbraten* para cenar. *Guten appetit.*»

Sí, claro.

—Para coger a Asad Khalil será útil comprenderlo —dijo Abdellah—. Empecemos primero por su nombre, Asad, el León. Un nombre islámico no es sólo una convención, es también un elemento definidor de la persona, define a quien lo lleva, aunque sólo sea parcialmente. Muchos hombres y mujeres de países islámicos tratan de emular a sus tocayos.

—Entonces, deberíamos empezar a buscar en los zoos —sugerí.

Esto le pareció gracioso a Ben, que soltó una risita.

—Busquen un hombre a quien le guste matar cebras —dijo me miró a los ojos y añadió—: Un hombre a quien le guste matar. —Nadie dijo nada, y Ben continuó—. Los libios son un pueblo aislado, una nación aislada incluso de otros países islámicos. Su líder, Muammar al-Gadafi, ha asumido poderes casi místicos en la mente de muchos libios. Si Asad Khalil está trabajando directamente para la inteligencia libia, entonces está trabajando directamente para Muammar al-Gadafi. Se le ha encomendado una misión sagrada, y la llevará a cabo con celo religioso.

Ben dejó que nos empapáramos de la idea durante unos momentos y prosiguió:

—Los palestinos, por el contrario, son más sofisticados, más pragmáticos. Son inteligentes, tienen una agenda política, y su principal enemigo es Israel. Los iraquíes, al igual que los iraníes, han perdido la confianza en sus líderes. Los libios, por el contrario, idolatran a Gadafi, y hacen lo que él dice, aunque Gadafi ha cambiado muchas veces de rumbo y de enemigos. De hecho, si ésta es una operación libia, no parece haber razón específica para ella. Aparte de realizar declaraciones

antiestadounidenses, Gadafi no se ha mostrado muy activo en el movimiento extremista desde el bombardeo de Libia por parte de los norteamericanos, y de la represalia de Libia, que fue el atentado contra el vuelo Uno-Cero-Tres de Pan Am sobre Lockerbie, Escocia, en 1998. En otras palabras —añadió Ben— Gadafi da por terminada su venganza de sangre contra Estados Unidos. Su honor ha sido reparado, el bombardeo de Libia, que causó la muerte de su hija adoptiva, está vengado. No puedo imaginar por qué habría de querer reanudar la lucha.

Nadie sugirió nada.

—Sin embargo —prosiguió—, los libios tienen una expresión, muy semejante a la expresión francesa, que dice: «La venganza sabe mejor si se sirve fría». ¿Entienden? —Supongo que entendíamos—. De modo que quizá Gadafi no haya dado definitivamente por zanjada alguna vieja cuestión. Busquen la razón de Gadafi para enviar a Khalil a Norteamérica, y tal vez descubran por qué Khalil hizo lo que hizo y si la querrela ha terminado o no.

—La querrela acaba de empezar —dijo Kate.

El profesor Abdellah sacudió la cabeza.

—Empezó hace mucho. Una venganza de sangre sólo termina cuando queda en pie el último hombre.

Supongo que aquello significaba que yo tenía trabajo asegurado para el resto de mis días.

—Quizá sea la venganza de Khalil, no de Gadafi —dije.

Ben se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Encuentren a ese hombre, y él estará encantado de decírselo. Aunque no lo encuentren, les acabaré diciendo por qué lo hizo. Es importante para Khalil que ustedes lo sepan.

El profesor Abdellah se puso en pie y nos dio una tarjeta suya a cada uno.

—Si puedo servirles de ayuda, no duden en llamarme. Puedo ir a Nueva York si lo desean —dijo.

Jack Koenig se levantó también y respondió:

—En Nueva York también tenemos personas, como usted, a las que acudir en busca de asesoramiento e información cultural. Pero gracias por su tiempo y sus conocimientos.

El profesor Abdellah recogió sus cosas y se dirigió hacia la puerta.

—Tengo acceso a información de alto secreto. No duden en llamarme, si lo desean —dijo, y salió.

Permanecimos en silencio durante uno o dos minutos. Ello se debía en parte a que había micrófonos ocultos pero en parte también a que la sesión con Ibn —llámenme Ben— Abdellah había sido un tanto extraña.

Realmente, el mundo estaba cambiando, el país estaba cambiando. Norteamérica no era ni había sido nunca un país de una sola raza, una sola religión, una sola cultura. Lo único en común que teníamos era en cierta medida el idioma, pero incluso

eso resultaba poco firme. Compartíamos también una fe fundamental en la ley y la justicia, la libertad política y la tolerancia religiosa. Una persona como Abbah Ibn Abdellah era o un americano leal y patriota y un valioso agente especial, o era un riesgo para la seguridad. Casi indudablemente, lo primero. Pero, como en un matrimonio, ese uno por ciento de duda se te agiganta en la imaginación. *No duden en llamarme si lo desean.*

Regresaron Jim y Jane, y me alegró ver que no habían sido secuestrados por Ben. Ahora venían acompañados de otro chico y otra chica que se llamaban Bob y Jean o algo parecido.

Esta sesión se titulaba «¿Y ahora qué?».

Era una sesión encaminada a ofrecer ideas y sugerencias, lo cual siempre es mejor que dedicarse a señalar culpables, y se nos invitó a todos a participar y colaborar. Elucubramos sobre la próxima acción de Asad Khalil, y me sentí complacido al ver que mi teoría iba ganando terreno.

—Nosotros creemos que los supuestos actos terroristas de Asad Khalil en Europa fueron un prólogo de su venida a Norteamérica —resumió Bob—. Observen también que nunca se formuló ninguna petición, ni se dejó ninguna nota, ni se hizo ninguna llamada a los medios de comunicación antes ni después del ataque, y que no ha habido reivindicación alguna por parte de Khalil ni de ninguna organización. Lo único que tenemos es una serie de ataques a personas y lugares que son norteamericanos o, en un caso, británicos. Esto parece encajar en el perfil de un hombre que tiene un agravio privado y personal, y no una misión o agenda política o religiosa, como quiere dar a entender.

Bob trazó todo un perfil de Khalil, comparándolo y contrastándolo con unos cuantos fanáticos norteamericanos que habían llevado a cabo atentados con bombas impulsados por un resentimiento contra su antiguo jefe o contra la tecnología o contra la gente que echaba a perder el medio ambiente y cosas por el estilo.

—El perpetrador no se considera malvado —prosiguió Bob—, se considera un instrumento de la justicia. Cree que lo que hace es moralmente correcto y está justificado.

»En cuanto a Asad Khalil —continuó—, no les hemos mostrado todas las fotos de él en el salón de invitados de la embajada pero hay fotos suyas postrado en el suelo y orando de cara a La Meca. De modo que nos encontramos ante un hombre que es religioso pero que olvida convenientemente las partes de su religión que prohíben matar a personas inocentes. De hecho, es muy probable que Asad Khalil se haya convencido de que está librando un *yihad*, una guerra santa, y de que el fin justifica los medios.

Bob aludió al decimoquinto aniversario de la incursión aérea norteamericana sobre Libia y dijo:

—Por esta razón, ya que no por otras, creemos que Asad Khalil está trabajando para los libios. Pero tengan en cuenta que el atentado contra el World Trade Center se

produjo en el segundo aniversario de la expulsión de Kuwait de las tropas iraquíes por parte de las fuerzas norteamericanas. Y la mayoría de los autores de ese atentado no eran iraquíes. De hecho, la mayoría eran palestinos. De modo que en estos casos debe tenerse en cuenta el panarabismo. Hay muchas diferencias entre las naciones árabes pero lo que mantiene unidos a los extremistas de cada país es su odio hacia Norteamérica e Israel. La fecha del 15 de abril es un indicio de quién estaba detrás del ataque de ayer, pero no es una prueba.

Cierto. Pero si parece un pato, anda como un pato y grazna como un pato, lo más probable es que sea un pato, no una gaviota. No obstante, había que mantener la mente abierta.

—Disculpe, señor —dije—. ¿Tienen algo en común las víctimas de Khalil?

—No realmente. Todavía no, al menos. Ninguna de las personas que se encontraban a bordo de ese avión tenían gran cosa en común, salvo su destino. Pero un tipo inteligente podría crear falsas pistas atentando contra unas cuantas personas carentes de toda relación con sus verdaderos objetivos. Lo hemos visto con nuestros terroristas, que tratan de desorientarnos haciendo estallar un artefacto donde menos lo esperábamos.

Yo no estaba tan seguro de eso.

—Hemos contactado con todos los servicios policiales y de inteligencia en el extranjero, en solicitud de cualquier dato que puedan tener sobre Asad Khalil —continuó Bob—. Hemos enviado sus huellas dactilares, así como fotografías suyas. Pero hasta el momento, y no hemos hecho más que empezar, nadie parece saber nada sobre él, aparte de lo que han leído ustedes en el *dossier*. Ese hombre parece carecer de contactos en el seno de organizaciones extremistas conocidas, aquí y en cualquier lugar del mundo. Es un lobo solitario pero sabemos que no podría realizar todo esto por sí solo. En consecuencia, creemos que está siendo manejado directamente por los servicios de inteligencia libios, que se hallan fuertemente influidos por el antiguo KGB. Los libios lo entrenaron, lo financiaron, lo enviaron a unas cuantas misiones en Europa para ver su valía y luego urdieron este plan, conforme al cual Asad Khalil se entregaría a la embajada de Estados Unidos en París. Como saben, en febrero hubo una desertión similar, que creemos que fue un simple ensayo.

—La BAT de Nueva York entregó a ese desertor de febrero al FBI y a la CÍA aquí, en Washington, y alguien lo dejó escapar —recordó Koenig.

—No tengo conocimiento de primera mano de eso —respondió Bob—, pero es cierto.

—Si el individuo de febrero no hubiera escapado —insistió Koenig—, el individuo de abril, Khalil, nunca habría llegado como lo hizo.

—Eso es verdad —dijo Bob—. Pero le aseguro que habría llegado de una manera u otra.

—¿Tiene alguna pista del desertor de febrero? —preguntó Koenig—. Si pudiéramos encontrarlo...

—Está muerto —nos informó Bob—. La policía estatal de Maryland informó de que había sido encontrado un cadáver calcinado y descompuesto en los bosques de las afueras de Silver Spring. No había ningún documento que permitiera identificarlo ni ninguna prenda de ropa, y tenía quemadas las huellas dactilares y la cara. Llamaron a la sección de personas desaparecidas del FBI, donde sabían que la sección contraterrorista tenía un desertor desaparecido. Nuestros tatuajes no resistieron pero pudimos cotejar las impresiones dentales con las que tomamos al hombre mientras era nuestro huésped en París. De modo que ese asunto está zanjado.

Permanecemos todos en silencio durante unos instantes. Luego, Jack dijo:

—Nadie me había hablado de eso.

—Debería comunicarlo al subdirector encargado de operaciones contraterroristas —respondió Bob.

—Gracias.

—Mientras tanto —concluyó Bob—, tenemos aquí y en Europa desertores libios auténticos, y los estamos interrogando sobre cualquier conocimiento que puedan tener de Asad Khalil. Libia es un país de sólo cinco millones de habitantes, así que podemos descubrir algo sobre Khalil, si es que ése es su verdadero apellido. Hasta el momento no hemos obtenido nada acerca de él de emigrantes ni desertores. Sabemos, sin embargo, que un hombre llamado Karim Khalil, un libio que ostentaba el grado de capitán del ejército, fue asesinado en París en 1981. La Sûreté nos dice que Karim Khalil fue asesinado probablemente por sus propios compatriotas, y el gobierno libio trató de endosárselo al Mossad. Los franceses creen que Muammar al-Gadafi era el amante de la esposa del capitán Khalil, Faridah, y que por eso se deshizo de él. —Bob sonrió y añadió—: Pero insisto en que se trata de una explicación francesa. *Cherchez la femme.*

Reímos todos entre dientes. Esos chiflados franceses. Todo lo relacionaban con el tracatrá.

—Estamos tratando de determinar si Asad Khalil está emparentado con el capitán Karim Khalil —continuó Bob—. Asad es lo bastante mayor para ser hijo de Karim, o quizá sobrino. Pero, aunque podamos establecer un parentesco, tal vez eso carezca de relevancia para este caso.

—¿Por qué no pedimos a los medios de comunicación que publiquen esa historia sobre el señor Gadafi y la señora Khalil y lo del señor Gadafi librándose de Karim Khalil para hacer más fácil su vida amorosa? —sugerí—. Así, si Asad es hijo de Karim, lo leerá o lo oirá en las noticias, y se volverá a Libia y matará a Gadafi, el asesino de su padre. Es lo que haría un buen árabe. La venganza de sangre, ¿no? ¿No sería estupendo?

Bob reflexionó unos instantes, carraspeó y dijo:

—Pasaré eso por alto.

Ted Nash recogió la pelota, como yo sabía que haría.

—En realidad no es mala idea —dijo.

Esa forma de pensar rebasaba evidentemente la capacidad de comprensión de Bob.

—Averigüemos primero si existe una relación familiar —indicó—. Esta clase de... operación psicológica podría tener un efecto contraproducente. Pero la incluiremos en el orden del día para la próxima reunión de Contraterrorismo.

Tomó la palabra Jean, que se presentó con otro nombre.

—Mi responsabilidad en este tema es revisar todos los casos acontecidos en Europa con los que creemos que pudo estar relacionado Asad Khalil. No queremos duplicar el trabajo de la CÍA —inclinó la cabeza en dirección al superagente Nash—, pero ahora que Asad Khalil está aquí, o ha estado aquí, el FBI necesita familiarizarse con las operaciones de Khalil en el extranjero.

Jean continuó hablando sobre cooperación entre servicios, cooperación internacional y esa clase de cosas.

Evidentemente, Asad Khalil, que no había sido más que un presunto terrorista, era ahora el terrorista más buscado del mundo desde los tiempos de Carlos, *el Chacal*. Había llegado el León. Yo tenía la seguridad de que toda la atención que se le dispensaba excitaba y halagaba al León. Lo que había hecho en Europa, aunque perverso, no lo convertía en una figura importante en el mundo actual del terrorismo acaparador de titulares. Ciertamente, no había polarizado la atención del público norteamericano. Su nombre nunca había sido mencionado en los noticiarios; tan sólo se había informado de sus acciones, y, que yo recordara, la única que había causado conmoción era el asesinato de los tres niños norteamericanos en Bélgica. Muy pronto, cuando trascendiera la realidad de lo sucedido ayer, la foto de Khalil estaría en todas partes. Eso le haría sumamente difícil la vida fuera de Libia, que era por lo que mucha gente pensaba que había regresado a su país. Pero yo pensaba que nada le gustaría más que derrotarnos en nuestro propio campo.

—Nos mantendremos en estrecho contacto con la BAT en Nueva York —concluyó Jean—. Compartiremos con ustedes toda nuestra información, y ustedes compartirán con nosotros la que tengan. En nuestro oficio, la información es como el oro, todo el mundo lo quiere, y nadie quiere compartirlo. Así que digamos que no la vamos a compartir, nos la iremos prestando, y al final saldaremos las cuentas resultantes.

No pude resistirme a hacer la gracia:

—Señora, tiene usted mi palabra de que si Asad Khalil aparece muerto en el bosque de Central Park se lo haremos saber.

Ted Nash soltó una carcajada. Aquel tipo estaba empezando a caerme bien. En aquel ambiente, teníamos más en común el uno con el otro que con los pulcros y comedidos tipejos del edificio. Es una idea deprimente.

—¿Alguna pregunta? —inquirió Bob.

—¿Por dónde suele pasear la gente de Expediente X? —pregunté.

—Ya basta, Corey —saltó Koenig.

—Sí, señor.

De todos modos, eran casi las seis, y me imaginaba que estaríamos terminando, ya que no nos habían dicho que llevaríamos cepillo de dientes. Pues no. Pasamos todos a una enorme sala de reuniones con una mesa del tamaño de un campo de fútbol.

Entraron unas treinta personas, con la mayoría de las cuales ya habíamos estado a lo largo del día en diversas estaciones del viacrucis.

Apareció el subdirector de Contraterrorismo, largó un sermón de cinco minutos y luego ascendió a los cielos o cosa parecida.

Pasamos casi dos horas reunidos, la mayor parte del tiempo repasando lo dicho en las diez horas anteriores, intercambiando pepitas de oro, proponiendo un plan de ataque y cosas por el estilo.

Cada uno de nosotros recibió un grueso *dossier* que contenía fotos, nombres y números de contacto, incluso resúmenes de lo que se había dicho durante el día, todo lo cual debía de haber sido grabado, transcrito, revisado y mecanografiado sobre la marcha. Verdaderamente, aquélla era una organización de categoría.

Kate tuvo el detalle de meter todos mis papeles en su cartera de mano, que ahora abultaba.

—Debes traer una cartera de mano —me aconsejó—. Siempre dan folletos. —Y añadió—: Una cartera de mano es un bien deducible de impuestos.

Finalizó la gran conferencia, y todos salimos al pasillo. Charlamos todavía un poco aquí y allá pero básicamente la cosa había terminado. Casi podía oler el aire de la avenida Pennsylvania. Coche, aeropuerto, avión de las nueve, a las diez en La Guardia, en casa antes de las noticias de las once. Recordé que en la nevera tenía sobras de comida china y traté de determinar su antigüedad.

Justo en ese momento, se nos acercó un tipo con un traje azul llamado Bob o Bill y nos preguntó si teníamos la bondad de seguirlo para ir a ver al subdirector.

Aquello era la proverbial gota que colma el vaso.

—No —respondí con sequedad.

Pero «no» no era una opción.

La buena noticia era que Ted Nash no fue invitado a entrar en el sanctasanctórum, aunque no pareció importarle.

—Tengo que estar en Langley esta noche —dijo.

Nos abrazamos todos, prometimos escribirnos y mantenernos en contacto y nos echamos besos al separarnos. Con un poco de suerte, nunca más volvería a ver a Nash.

Así pues, Jack, Kate y yo, acompañados por nuestro escolta, entramos en el ascensor y subimos al séptimo piso, donde fuimos introducidos en un despacho oscuro y empanelado y con una gran mesa tras la que se sentaba el subdirector de Operaciones Contraterroristas.

El sol había desaparecido del firmamento, y el despacho se hallaba iluminado por

una sola lámpara de pantalla verde situada sobre la mesa del subdirector. El efecto de la débil iluminación a la altura de la cintura era que nadie podía verle con claridad la cara a nadie. Resultaba realmente dramático, como una escena de una película de la mafia en la que el padrino decide a quién hay que ajustarle las cuentas.

De todos modos, nos estrechamos la mano —las manos eran fáciles de encontrar cerca de la lámpara— y nos sentamos.

El subdirector nos soltó un discursito sobre ayer y hoy y pasó luego a mañana. Fue breve.

—La BAT de la zona metropolitana de Nueva York se encuentra en una posición excelente para resolver este caso —dijo—. Nosotros no interferiremos ni enviaremos a nadie que ustedes no hayan solicitado. Al menos por ahora. Naturalmente, este departamento asumirá la responsabilidad de todo lo que rebase su área operativa. Los mantendremos bien informados de todo lo que suceda. Procuraremos trabajar en estrecho contacto con la CÍA y les informaremos de eso también. Sugiero que actúen como si Khalil continuara en Nueva York. Vuelvan la ciudad del revés y no dejen agujero por mirar. Recurran a sus fuentes y ofrezcan dinero cuando sea preciso. Autorizaré un presupuesto de cien mil dólares para comprar información. El Departamento de Justicia ofrecerá un millón de dólares de recompensa por la detención de Asad Khalil. Eso suscitará un gran interés hacia él por parte de sus compatriotas en Estados Unidos. ¿Alguna pregunta?

—No, señor —respondió Jack.

—Bien. Ah, una cosa más. —Me miró a mí y luego a Kate—. Piensen en cómo se podría hacer caer a Asad Khalil en una trampa.

—¿Quiere decir que pensemos en cómo utilizarme a mí como cebo? —dije.

—Yo no he dicho eso. Sólo he dicho que piensen en la mejor manera de hacer caer a Asad Khalil en una trampa. Ustedes encontrarán la mejor manera de hacerlo.

—John y yo lo discutiremos —dijo Kate.

—Bien. —Se puso en pie—. Gracias por renunciar a su domingo. Jack, quisiera hablar contigo un momento —añadió.

Nos estrechamos de nuevo la mano, y Kate y yo salimos. Fuimos escoltados hasta el ascensor por el tipo del traje azul, y nos deseó buena suerte y buena caza.

Nos recibió en el vestíbulo un guardia de seguridad, que nos invitó a sentarnos. Kate y yo nos sentamos pero no dijimos nada.

Yo no sabía, ni me importaba, de qué estaban hablando Jack y el subdirector, siempre que no fuese de mí, y estaba seguro de que tenían cosas más importantes de que hablar que de mi comportamiento. En realidad, no me había portado tan mal, y había ganado bastantes puntos por haber estado a punto de salvar la partida el día anterior.

Miré a Kate, y ella me miró a mí. Aquí, en el Ministerio del Amor, se percibían hasta los crímenes faciales, así que no revelamos nada más que un firme optimismo. Yo ni siquiera miré las piernas cruzadas de Kate.

Diez minutos después apareció Jack.

—Me quedo aquí esta noche. Ustedes váyanse, los veré mañana. —Y añadió—: Informen a George a primera hora. Yo reuniré a todos los equipos, pondremos a todo el mundo al corriente y veremos si han encontrado alguna pista. Luego decidiremos cómo actuar.

—John y yo nos pasaremos esta noche por Federal Plaza a ver qué está ocurriendo —dijo Kate.

¿Cómo?

—Estupendo —respondió Jack—. Pero no se cansen demasiado. Ésta va a ser una carrera larga, y, como dice el señor Corey, «el segundo es sólo el primero de los perdedores». —Nos miró y declaró—: Los dos han actuado muy bien hoy. —Y, volviéndose hacia mí, agregó—: Espero que tenga un mejor concepto del FBI.

—Desde luego —respondí—. Un grupo magnífico de chicos y chicas. De mujeres. Pero no estoy muy seguro de Ben.

—Ben es excelente —repuso Jack—. Es a Ted a quien debe vigilar.

Santo Dios.

Así pues, nos dimos la mano, y Kate y yo, acompañados por el tipo de seguridad, bajamos al garaje del sótano, donde un coche nos llevó al aeropuerto.

—¿Qué tal lo he hecho? —pregunté, una vez en el coche.

—Tan cerca del límite que casi te pasas.

—Creía haberme portado bien.

—Pues eso no es portarse bien.

—Lo intento pero es difícil.

—El difícil eres tú.

Capítulo 33

Asad Khalil vio un letrero que decía: «Bien venido a Carolina del Sur, el estado del Palmito».

No entendió qué significaba la última línea pero entendió perfectamente el siguiente letrero, que decía: «Conduzca con cuidado, se exige el cumplimiento estricto de las leyes del Estado».

Miró el salpicadero y vio que eran las 16.10. La temperatura continuaba siendo de veinticinco grados centígrados.

Cuarenta minutos después vio las salidas a Florence y a la I-20 con dirección a Columbia y Atlanta. Había memorizado partes de un mapa de carreteras del sur, de modo que podía dar destinos falsos pero plausibles a cualquiera que se lo pidiese. Ahora que estaba pasando ante la carretera interestatal que conducía a Columbia y Atlanta, su siguiente falso destino sería Charleston o Savannah.

En cualquier caso, tenía un buen mapa de carreteras en la guantera, y tenía el navegador por satélite, si necesitaba refrescar la memoria.

Khalil observó que el tráfico era más intenso en torno a la ciudad de Florence, y recibió con agrado la presencia de los otros vehículos después de tantos kilómetros de sentirse desprotegido.

No había visto ningún coche policial, a excepción del que apareció en el peor momento posible, cuando las cuatro zorras del descapotable se habían puesto a su lado.

Sabía, sin embargo, que en la carretera había coches policía les sin distintivos, aunque nunca había visto ninguno ocupado por policías.

Había conducido con más aplomo tras haber salido de Nueva Jersey, y podía imitar la forma de conducir de quienes lo rodeaban. Había una sorprendente cantidad de personas mayores al volante, observó, cosa que rara vez se veía en Europa ni en Libia. Los viejos conducían muy mal.

Había asimismo muchos jóvenes con coches, lo que tampoco era frecuente en Europa ni en Libia. También los jóvenes conducían mal, pero de forma diferente que los viejos.

Muchas mujeres conducían también en Estados Unidos. En Europa había mujeres conductoras, pero no tantas como aquí. Increíblemente, había visto mujeres conduciendo coches en los que iban hombres, cosa que rara vez se veía en Europa, y nunca en Libia, donde casi ninguna mujer conducía. Las mujeres conductoras, decidió, eran competentes pero un tanto erráticas a veces y con frecuencia agresivas..., como las putas que lo habían alcanzado en Carolina del Norte.

Khalil creía que los norteamericanos habían perdido el control de sus mujeres.

Recordó las palabras del Corán: «Los hombres tienen autoridad sobre las mujeres porque Alá ha hecho a aquéllos superiores a éstas, y porque los hombres gastan su riqueza en mantener a las mujeres. Las buenas mujeres son obedientes. Ocultan sus partes secretas porque Alá las ha ocultado. En cuanto a las mujeres de las que temáis desobediencia, amonestadlas, dejadlas solas en el lecho y pegadles. Después, si os obedecen, no hagáis nada más contra ellas».

Khalil no podía comprender cómo las mujeres occidentales habían adquirido tanto poder e influencia, invirtiendo el orden natural establecido por Dios y por la naturaleza, pero sospechaba que la democracia tenía algo que ver en ello, porque todos los votos valían lo mismo.

Por alguna razón, sus pensamientos retornaron al avión, al momento en que éste había sido llevado al área de seguridad. Pensó de nuevo en el hombre y la mujer que había visto, ambos con insignias, ambos dando órdenes como si fuesen iguales. Su mente no podía concebir la idea de dos personas de sexo opuesto trabajando en común, hablando la una con la otra, tocándose, quizá incluso comiendo juntas. Y más asombroso aún era el hecho de que la mujer fuese agente de policía y estuviese, indudablemente, armada. Se preguntó cómo habían permitido los padres de esas mujeres que sus hijas fuesen tan desvergonzadas y masculinas.

Recordó su primer viaje a Europa —a París— y rememoró lo sorprendido y ofendido que se había sentido ante la lascivia y la osadía de las mujeres. Con el paso de los años, casi había acabado acostumbrándose a las mujeres europeas, pero cada vez que volvía a Europa —y ahora a Estados Unidos— se sentía nuevamente ofendido e incrédulo.

Las mujeres occidentales caminaban solas, hablaban con hombres desconocidos, trabajaban en tiendas y oficinas, mostraban su carne e incluso discutían con hombres. Khalil recordó las historias, narradas en las escrituras de Sodoma y Gomorra y Babilonia antes de la llegada del islam. Sabía que estas ciudades habían caído por las iniquidades y la relajación sexual de las mujeres. Sin duda, toda Europa y América sufrirían algún día el mismo destino. ¿Cómo podían sobrevivir sus civilizaciones si las mujeres se comportaban como putas o como esclavas que habían derrocado a sus amos?

Quienquiera que fuese el Dios en que estos pueblos creían, o no creían, los había abandonado, y algún día los destruiría. Pero por el momento, por alguna razón que se le escapaba, estas naciones inmorales eran poderosas. Por consiguiente, le correspondía a él, Asad Khalil, y a otros como él, administrar el castigo de su Dios, hasta que el propio Dios de ellos, el Dios de Abraham e Isaac, administrara la salvación o la muerte.

Khalil siguió conduciendo, haciendo caso omiso de la sensación de sed que se intensificaba por momentos.

Puso la radio y recorrió las frecuencias. Algunas emisoras tenían una música extraña, que uno de los locutores denominó *country western*. Muchas emisoras

transmitían lo que Khalil identificó como servicios religiosos o música religiosa. Un hombre leía un trozo del testamento cristiano y el testamento hebreo. El acento y la entonación del hombre eran tan extraños que Khalil no habría entendido una sola palabra si no fuera porque reconocía muchos de los pasajes. Escuchó un rato pero el hombre interrumpía con frecuencia la lectura para empezar a hablar sobre la escritura, y Khalil sólo podía entender la mitad de lo que decía. Era interesante pero le desconcertaba. Fue cambiando de emisora hasta encontrar una que solamente radiaba noticias.

El locutor hablaba un inglés inteligible, y Khalil escuchó durante veinte minutos mientras el hombre hablaba de violaciones, atracos y asesinatos, luego de política y más tarde de noticias internacionales.

Finalmente, el hombre dijo: «El Consejo Nacional de Seguridad en el Transporte y la Administración Federal de Aviación han hecho público un comunicado conjunto en relación con el trágico incidente ocurrido en el aeropuerto John F. Kennedy, de Nueva York. Según el comunicado, no ha habido supervivientes de la tragedia. Los funcionarios federales dicen que quizá los pilotos lograron aterrizar antes de sucumbir a los gases tóxicos, o quizá programaron el ordenador de vuelo del avión para que realizara un aterrizaje automático, cuando se dieron cuenta de que estaban cayendo bajo los efectos de los gases. La AFA no dice si existen grabaciones de transmisiones por radio realizadas por los pilotos pero un funcionario no identificado los ha calificado de héroes por llevar el avión a tierra sin poner en peligro la seguridad de ninguna persona en el aeropuerto ni en sus alrededores. La AFA y el Consejo de Seguridad denominan accidente a la tragedia pero continúa la investigación para determinar las causas. Repito, es ya oficial que no existen supervivientes del vuelo Uno-Siete-Cinco de Trans-Continental procedente de París, y se calcula en trescientos catorce el número total de muertos entre tripulantes y pasajeros. Seguiremos informando».

Khalil apagó la radio. Ciertamente, pensó, para entonces los norteamericanos, con su avanzado nivel tecnológico, ya sabían todo lo que había que saber sobre lo sucedido en el vuelo 175. Se preguntó por qué demoraban hacer pública la verdad, y sospechó que obedecía a una cuestión de orgullo nacional, así como a la tendencia natural de los servicios de inteligencia a ocultar sus propios errores.

En cualquier caso, si la radio no estaba informando de un ataque terrorista, entonces su fotografía aún no estaba siendo transmitida por televisión.

Khalil pensó que ojalá hubiera habido una forma más rápida de llegar a Washington y a Florida. Pero aquélla era la más segura.

En Trípoli habían considerado medios alternativos de viaje. Pero ir a Washington por aire habría significado ir al otro aeropuerto de Nueva York, a La Guardia, y para cuando él llegase allí la policía ya habría sido alertada. Y lo mismo si los servicios de inteligencia libios hubieran elegido el tren de alta velocidad. Habría sido preciso internarse en el corazón de la ciudad hasta la estación de Pennsylvania, y para cuando

él llegase allí la policía ya estaría alertada. Y, en cualquier caso, el horario del tren no le venía bien.

Por lo que se refería al trayecto de Washington a Florida, era posible hacerlo por aire pero tendría que ser en avión particular. Boris había considerado esa posibilidad, pero decidió que era demasiado peligroso.

—En Washington prestan mucha atención a las cuestiones de seguridad —había dicho—, y los ciudadanos consumen demasiadas noticias. Si tu fotografía aparece en televisión o en los periódicos, podría reconocerte un ciudadano atento o incluso el piloto particular. Dejaremos el avión particular para más adelante, Asad. Debes ir en coche, es la forma más segura, la mejor manera de acostumbrarte al país, y te dará tiempo para valorar la situación. La velocidad es buena pero no quieres caer en una trampa. Confía en mi criterio. Yo he vivido cinco años entre esa gente. No pueden concentrar su atención por mucho tiempo. Confunden la realidad con la ficción. Si te reconocen por una fotografía divulgada por televisión, te confundirán con un actor televisivo, o quizá con Ornar Sharif y te pedirán un autógrafo.

Rieron todos cuando Boris terminó. Evidentemente, Boris sentía un cierto desprecio hacia el pueblo americano, pero procuró dejarle bien claro a Asad Khalil que tenía en muy alta consideración a los servicios de inteligencia americanos, e incluso a la policía local en algunos casos.

De todos modos, Boris, Malik y los otros habían planificado su itinerario con una mezcla de rapidez y de reflexión, de audacia y de cautela, de astucia y de candor. Sin embargo, Boris le había advertido:

—No hay planes alternativos, excepto en el aeropuerto Kennedy, donde hemos situado más de un chófer. El que tenga la mala suerte de ser elegido te conducirá a tu coche de alquiler. —Eso le parecía divertido a Boris pero no se lo parecía a nadie más. De hecho, Boris había hecho caso omiso de los semblantes serios que lo rodeaban en la última reunión—. Teniendo en cuenta lo que les pasará a tus dos primeros compañeros de viaje, Haddad y el taxista, por favor, no me pidas que vaya contigo a ninguna parte.

Tampoco entonces sonrió nadie. Pero a Boris no parecía importarle, y soltó una carcajada. No obstante, Boris no reiría durante mucho tiempo. Pronto estaría muerto.

Khalil cruzó un largo puente que atravesaba el extenso lago Marión. Sabía que a unos ochenta kilómetros al sur vivía William Satherwaite, exteniente de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos y asesino. Asad Khalil tenía una cita con ese hombre al día siguiente pero, por el momento, William Satherwaite ignoraba lo cerca que estaba de la muerte.

Khalil continuó su marcha y a las siete y cinco vio un letrero que decía: «Bien venido a Georgia, el estado del melocotón».

Khalil sabía qué eran los melocotones pero no entendía por qué habría de querer un estado identificarse con esa fruta.

Miró el indicador de gasolina y vio que quedaba menos de la cuarta parte.

Debatí conmigo mismo si parar ya o esperar a que estuviese más oscuro.

Mientras pensaba en eso se dio cuenta de que estaba acercándose a Savannah y que el tráfico se hacía más intenso, lo que significaba que las estaciones de servicio tendrían muchos clientes, así que esperó.

Cuando el sol se aproximaba ya al horizonte occidental, Asad Khalil recitó un versículo del Corán: «Creyentes, no entabléis amistad con hombres no pertenecientes a vuestro pueblo. Os corromperán. Sólo desean vuestra perdición. Su odio es evidente por lo que dicen pero más violento es el odio que alberga su corazón».

Ésa era la palabra de Dios tal como le fue revelada al profeta Mahoma, pensó Khalil.

A las siete y media, advirtió que le quedaba muy poco combustible pero parecía haber pocas salidas en aquella parte de la autopista.

Finalmente apareció un letrero de salida y se desvió por la rampa. Le sorprendió ver que sólo había una gasolinera, y estaba cerrada. Continuó en dirección oeste por una carretera estrecha hasta llegar a una pequeña ciudad llamada Cox, el mismo nombre que el del piloto que murió en la guerra del Golfo. Khalil se tomó aquello como un presagio, aunque no sabía si se trataba de un presagio bueno o malo.

La pequeña ciudad parecía casi desierta pero vio en las afueras una gasolinera iluminada y se dirigió hacia ella.

Se puso las gafas y salió del Mercury. Advirtió que hacía calor y había mucha humedad en el ambiente, y numerosos insectos revoloteaban en torno a las luces que brillaban sobre los surtidores.

Decidió utilizar su tarjeta de crédito pero vio que no había ranura alguna para introducirla. De hecho, parecía que no se esperaba que se sirviera él mismo la gasolina. Aquellos surtidores parecían más viejos y primitivos que los que estaba acostumbrado a utilizar. Vaciló un momento y luego vio que un hombre alto y delgado vestido con vaqueros y camisa marrón salía de la oficina del pequeño edificio.

—¿Desea algo, amigo? —le preguntó.

—Necesito repostar. —Khalil recordó lo que se había aconsejado a sí mismo y sonrió.

El hombre alto lo miró, luego miró al Mercury y a la placa de matrícula, y después nuevamente a su cliente.

—¿Qué le pongo?

—Gasolina.

—¿Sí? ¿Alguna clase en particular?

—Sí. Súper, por favor.

El hombre cogió la boquilla de una de las mangueras y la introdujo en el depósito del Mercury. Empezó a llenarlo, y Khalil se dio cuenta de que iban a estar juntos largo rato.

—¿Adónde se dirige? —preguntó el hombre.

—Al centro turístico de Jekyll Island.

—No me diga.

—¿Perdón?

—Va muy elegante para ir a Jekyll Island.

—Sí. He tenido una reunión de negocios en Atlanta.

—¿Qué clase de negocios lleva?

—Soy banquero.

—¿Sí? La verdad es que viste como un banquero.

—Sí.

—¿De dónde viene?

—De Nueva York.

El hombre rió.

—¿Sí? No parece usted un maldito yanqui.

A Khalil le estaba costando entender algunas palabras.

—No soy un jugador de béisbol —respondió.

El hombre rió de nuevo.

—Muy bueno. Si llevara un traje a rayas, pensaría que era un banquero yanqui jugador de béisbol.

Khalil sonrió.

—¿Dónde estaba antes de ir a Nueva York?

—En Cerdeña.

—¿Dónde diablos está eso?

—Es una isla del Mediterráneo.

—Si usted lo dice. ¿Ha venido por la 1-95?

—Sí.

—¿Está cerrada la estación de servicio de Phillips?

—Sí.

—Lo imaginaba. Ese idiota no va a ganar mucho si cierra tan temprano. ¿Mucho tráfico en la 95?

—No mucho.

El hombre terminó de llenar el depósito.

—Venía usted casi seco —dijo.

—Sí.

—¿Le miro el aceite?

—No, gracias.

—¿Efectivo o tarjeta? Prefiero efectivo.

—Sí, efectivo. —Khalil sacó la cartera.

El hombre miró el surtidor entornando los ojos bajo la débil luz y dijo:

—Veintinueve ochenta y cinco.

Khalil le dio dos billetes de veinte.

—Voy a por cambio —dijo el hombre—. Ahora vuelvo. No se vaya.

Se volvió y echó a andar. Khalil vio que llevaba una pistola en su funda, sujeta por detrás al cinturón. Lo siguió.

Una vez en la pequeña oficina, Khalil preguntó:

—¿Tiene algo de comer o beber aquí?

—Fuera hay una máquina de refrescos, y aquí tengo varias máquinas expendedoras. ¿Necesita cambio? —dijo el hombre mientras abría la caja registradora.

—Sí.

El hombre le dio la vuelta e incluyó varios dólares en monedas de veinticinco centavos. Khalil se guardó el dinero en el bolsillo lateral de la chaqueta.

—¿Sabe cómo llegar a Jekyll Island? —preguntó el otro.

—Tengo un mapa con indicaciones.

—¿Sí? ¿Dónde se va a hospedar?

—En el Holiday Inn.

—No creía que hubiese allí un Holiday Inn.

Ninguno de los dos dijo nada más. Khalil se volvió y se dirigió hacia la máquina expendedora. Metió la mano en el bolsillo, sacó dos monedas de veinticinco centavos y las introdujo en la ranura. Accionó una palanca y cayó en la bandeja una bolsita de cacahuetes salados. Khalil volvió a meterse la mano en el bolsillo.

Había una franja de espejo en la máquina a la altura de los ojos, y Khalil vio que el hombre se llevaba la mano derecha a la espalda.

Khalil sacó la Glock del bolsillo, giró en redondo y le incrustó al hombre una bala entre los ojos, haciendo añicos el cristal que había detrás de él.

El hombre alto dobló las rodillas y cayó de bruces.

Khalil le cogió rápidamente la cartera y vio en su interior una placa en la que ponía «Dep. de Policía - Cox, delegado». Maldijo su mala suerte y sacó todo el dinero que había en la cartera. Hizo luego lo mismo con la caja registradora; unos cien dólares en total solamente.

Recogió el casquillo usado del calibre 40. En Libia le habían dicho que era una bala de un calibre muy poco corriente, utilizada principalmente por agentes federales, por lo que debía tener cuidado de no dejar algo tan interesante a la vista.

Reparó en una puerta entreabierta que daba a un pequeño lavabo. Agarró al hombre por el tobillo izquierdo y lo arrastró hasta el lavabo. Antes de irse, orinó y salió sin tirar de la cadena. Luego cerró la puerta.

—Que tenga un buen día —dijo.

Había un periódico sobre la mesa, y Khalil lo echó en el suelo, encima del charquito de sangre.

Localizó un par de conmutadores, los accionó y dejó la gasolinera sumida en la oscuridad.

Salió de la oficina, cerró la puerta y se acercó a la máquina de refrescos. Introdujo tres monedas de veinticinco centavos y seleccionó una Fanta de naranja, luego se

dirigió rápidamente al Mercury.

Montó, puso en marcha el motor y dio la vuelta en dirección a la estrecha carretera que conducía a la interestatal.

Quince minutos después estaba de nuevo rodando hacia el sur por la 1-95. Aceleró hasta 120 kilómetros por hora, a la misma velocidad que los escasos automóviles que circulaban junto a él. Al cabo de una hora vio un gran letrero que decía: «Bien venido a Florida, el estado del sol radiante».

Continuó por la 1-95, y en las proximidades de Jacksonville el tráfico se hizo más intenso. Se desvió por la salida del aeropuerto internacional de Jacksonville y siguió las señales que indicaban la dirección al aeropuerto. Miró su navegador por satélite y se aseguró de que estaba en el camino correcto.

Consultó el reloj del salpicadero. Eran casi las diez de la noche.

Se permitió un minuto para reflexionar acerca del incidente de la gasolinera, en el pueblo llamado Cox. *El hombre era policía pero trabajaba en la gasolinera.* Eso podría haber significado que era un policía secreto. Pero Khalil creía recordar algo que le habían dicho o que había leído sobre los policías de pequeñas ciudades norteamericanas. Algunos de ellos eran voluntarios y recibían el nombre de delegados. Sí, ahora lo recordaba. Esos hombres llevaban pistola, y trabajaban sin cobrar, y eran más inquisitivos aún que la policía regular. De hecho, aquel hombre era demasiado inquisitivo, y su vida había estado pendiente de un hilo mientras servía la gasolina y hacía demasiadas preguntas. Lo que había estirado el hilo había sido la pistola que llevaba a la cintura. Lo que rompió el hilo fue la última pregunta sobre el Holiday Inn. Hubiera o no echado mano a la pistola, ya había hecho una pregunta de más, y a Asad Khalil se le habían acabado las respuestas acertadas.

Capítulo 34

No íbamos a llegar a tiempo para coger el avión de US Airways de las nueve de la noche, así que fuimos a Delta y tomamos el de las nueve y media a La Guardia. El avión estaba medio lleno si uno es optimista, o medio vacío si tiene una acción de Delta. Kate y yo nos instalamos en la parte de atrás.

El 727 despegó, y yo me dediqué a contemplar el panorama de la ciudad. Pude ver el monumento a Washington todo iluminado, el Capitolio, la Casa Blanca, los memoriales Lincoln y Jefferson y todo eso. No pude ver el edificio J. Edgar Hoover pero todavía lo tenía en la cabeza.

—Cuesta un poco acostumbrarse a esto —le dije a Kate.

—¿Quieres decir que el FBI tiene que acostumbrarse a ti?

Solté una risita.

Se acercó la azafata, también conocida como ayudante de vuelo. Por la lista de pasajeros, sabía que éramos agentes federales, así que no nos ofreció cócteles, sino que preguntó si queríamos un refresco.

—Agua mineral, por favor —dijo Kate.

—¿Y para usted, señor?

—Un *whisky* doble. No puedo volar sólo con un ala.

—Lo siento, señor Corey. No está permitido servir alcohol a personas armadas.

Ése era el momento que yo había estado esperando todo el día.

—No voy armado —dije—. Compruebe la lista de pasajeros, o, si lo desea, puede registrarme en el lavabo.

No pareció inclinada a acompañarme al lavabo pero consultó la lista de pasajeros.

—Oh... Es cierto —exclamó.

—Prefiero beber que llevar pistola.

Sonrió y me puso en la bandeja dos botellines de *whisky* escocés y un vaso de plástico con hielo.

—Invita la casa.

—Invita el avión.

—Es igual.

Una vez que se hubo ido, le ofrecí un *whisky* a Kate.

—No puedo —respondió ella.

—Oh, no seas tan remilgada. Echa un trago.

—No trates de corromperme, señor Corey.

—Detesto corromperme solo. Te sostendré la pistola.

—Basta. —Bebió su agua.

Vertí los dos *whiskies* sobre el hielo y tomé un sorbo. Chasqué los labios.

—Aaaah. Excelente.

—Que te folien —replicó Kate.

Santo Dios.

Permanecimos un rato en silencio, y luego me dijo:

—¿Arreglaste las cosas con tu amiga de Long Island?

Era una pregunta tendenciosa, y reflexioné antes de responder. John Corey es leal con los amigos y las amantes pero la esencia de la lealtad es la reciprocidad. Y Beth Penrose, a pesar de todo su interés por mí, no había demostrado mucha lealtad. Yo creo que lo que ella quería de mí era lo que las mujeres llaman compromiso, y entonces ella sería leal. Pero los hombres quieren primero lealtad, y luego tal vez piensen en el compromiso. Se trataba de conceptos opuestos, y no era probable que la cuestión se resolviera a menos que una u otra de las partes se sometiera a una operación de cambio de sexo. En cualquier caso, me pregunté por qué habría formulado Kate aquella pregunta. Bueno, la verdad es que no me lo pregunté.

—Dejé un mensaje en su contestador —respondí finalmente.

—¿Es de las comprensivas?

—No, pero es policía y entiende esta clase de cosas.

—Excelente. Puede que tardes bastante en disponer de tiempo libre.

—Le mandaré un *e-mail* diciéndoselo.

—Cuando la BAT intervino en el asunto de la explosión de la TWA, estuvieron trabajando veinticuatro horas diarias siete días a la semana.

—Y aquello ni siquiera fue un ataque terrorista —señalé.

Ella no contestó. Nadie contestaba a preguntas sobre la TWA, y todavía quedaban preguntas por responder. Al menos en este caso sabíamos quién, qué, dónde, cuándo y cómo. No estábamos seguros de por qué ni de qué vendría después, pero no tardaríamos en saberlo.

—¿Qué pasó con tu matrimonio? —me preguntó Kate.

Yo percibía una cierta orientación en estas preguntas pero si crees que el hecho de ser detective te permite conocer mejor a las mujeres, piénsalo dos veces. Sin embargo, yo sospechaba que en las preguntas de la Mayfield había un motivo que iba más allá de la simple curiosidad.

—Ella era abogado —respondí.

Permaneció callada unos instantes y luego dijo:

—¿Y por eso no resultó?

—Sí.

—¿No sabías que era abogado antes de casarte con ella?

—Creía que podría reformarla.

Se echó a reír.

Era mi turno.

—¿Tú has estado casada? —pregunté.

—No.

—¿Por qué?

—Ésa es una pregunta personal.

Yo creía que eran personales las preguntas que hacíamos. Lo eran, en efecto, cuando se me formulaban a mí. Me negué a seguir el juego y encontré una revista de Delta en la bolsa del respaldo del asiento que tenía delante.

—He vivido mucho —dijo ella.

Estudí el mapa de las rutas mundiales de Delta. Quizá debería irme a Roma cuando todo esto hubiese acabado. A ver al Papa. Vi que Delta no volaba a Libia. Pensé en los tipos de la incursión aérea de 1986 que tripularon aquellos pequeños cazas de reacción desde algún lugar de Inglaterra, contornearon Francia y España, sobrevolaron el Mediterráneo y se internaron en Libia. ¡Jo! Era todo un vuelo según mi mapa. Y sin nadie que les sirviera *whisky*. ¿Cómo se las arreglaban para mear?

—¿Me has oído? —inquirió Kate.

—Disculpa, no.

—He dicho que si tienes hijos.

—¿Hijos? Oh, no. El matrimonio no llegó a consumarse. Ella no creía en el sexo posmatrimonial.

—¿De veras? Bueno. No resultaría muy duro para una persona de tu edad.

Santo Dios.

—¿Podemos cambiar de tema? —sugerí.

—¿De qué te gustaría hablar?

En realidad, de nada. Excepto, quizá, de Kate Mayfield, pero el tema era delicado.

—Deberíamos comentar lo que hemos aprendido hoy —dije.

—Muy bien.

Así que comentamos lo que habíamos aprendido hoy, lo que sucedió ayer y lo que íbamos a hacer mañana.

Nos aproximábamos a Nueva York, y me alegró ver que continuaba allí y que todas las luces estaban encendidas.

Al llegar a La Guardia, Kate me preguntó:

—¿Vienes conmigo a Federal Plaza?

—Si quieres...

—Sí. Luego podemos ir a cenar.

Miré mi reloj. Eran las diez y media de la noche, y para cuando llegáramos a Federal Plaza y nos fuéramos luego de allí sería casi medianoche.

—Es un poco tarde para cenar —respondí.

—Entonces a tomar una copa.

—Buena idea.

El avión tomó tierra, y, mientras desaceleraba en la pista, me hice la pregunta que todos los hombres se hacen en estas situaciones: «¿Estoy interpretando bien las señales?»

Si no las estaba interpretando bien, podía toparme con problemas profesionales, y

si lo hacía podía crearme problemas personales. Pensé que debía esperar a ver cómo evolucionaban las cosas. En otras palabras, cuando se trata de mujeres, yo jugaba sobre seguro.

Desembarcamos, salimos, subimos a un taxi y fuimos a Federal Plaza por la carretera Brooklyn-Queens y el puente de Brooklyn.

—¿Te gusta Nueva York? —le pregunté mientras cruzábamos el puente de Brooklyn.

—No. ¿Y a ti?

—Por supuesto que sí.

—¿Por qué? Este lugar es de locos.

—Washington es de locos. Nueva York es excéntrico e interesante.

—Nueva York es un sitio de locos. Me arrepiento de haber aceptado esta misión. A nadie del FBI le gusta. Es demasiado caro, y nuestras dietas apenas si cubren los gastos extras.

—Entonces, ¿por qué aceptaste esta misión?

—Por las mismas razones por las que los militares aceptan misiones duras y se presentan voluntarios para combatir. Es una forma rápida de ascender. Para progresar tienes que hacer Nueva York y Washington por lo menos una vez. Y es todo un desafío —añadió—. Además, aquí suceden cosas extrañas e increíbles. Puedes ir después a cualquiera de los otros cincuenta y cinco puestos del país y tendrás historias de Nueva York que contar durante el resto de tu vida.

—Bueno —dije—, yo creo que Nueva York tiene mala prensa. Mira, yo soy neoyorquino. ¿Soy extraño?

No oí su respuesta, quizá porque el taxista le estaba gritando a un peatón y el peatón le contestaba también a gritos. Hablaban idiomas diferentes, así que la conversación no duró tanto como hubiera sido de esperar.

Llegamos a Federal Plaza, y Kate pagó al taxista. Fuimos a la puerta utilizable fuera de horas, y Kate la abrió introduciendo una clave en el teclado de seguridad. Ella tenía llave del ascensor, y subimos al piso 27, donde estaban algunos de los agentes.

Allí había una docena de personas, todas con aire fatigado, mustio y preocupado. Sonaban los teléfonos, tintineaban los fax y una estúpida voz de ordenador decía a la gente: «¡Tiene correo!» Kate habló con todos, escuchó los mensajes telefónicos que había en su contestador, revisó su correo electrónico y consultó el programa del día. Había un mensaje electrónico de George Foster que decía: «Reunión, convocada por Jack, sala conferencias piso 28, 8.00 horas». Increíble. Koenig, en Washington, convoca una reunión a las ocho en Nueva York. Aquellos tíos o eran infatigables o estaban mortalmente asustados. Probablemente lo segundo, en cuyo caso tampoco se puede dormir gran cosa.

—¿Quieres revisar tu mesa? —me preguntó Kate.

Mi mesa estaba en los cubículos del piso de abajo, y no creía que hubiese en ella

nada diferente de lo que tenía Kate allí arriba, así que dije:

—La revisaré mañana cuando llegue a las cinco.

Continuó revolviendo un poco más, mientras yo la miraba, sintiéndome casi inútil.

—Me voy a casa —dije.

Ella dejó lo que estaba leyendo.

—No —replicó—, invítame a una copa. —Y añadió—: ¿Quieres coger tus papeles de mi cartera?

—Los cogeré mañana.

—Podemos echarles un vistazo luego si quieres.

Eso sonaba a invitación a pasar una larga noche juntos. Titubeé y respondí:

—De acuerdo.

Ella dejó la cartera de mano debajo de la mesa.

Así pues, salimos y volvimos a encontrarnos en la calle oscura y silenciosa, sin taxi, y esta vez yo iba desarmado. La verdad es que no necesito mi pistola para sentirme a salvo, y Nueva York se ha convertido en una ciudad más segura, pero es agradable llevar algo encima cuando sospechas que un terrorista intenta matarte. Pero Kate sí iba armada.

—Vayamos andando —propuse.

Anduvimos. No hay muchos sitios abiertos a esas horas un domingo por la noche, ni siquiera en la ciudad que nunca duerme, pero Chinatown suele estar medio despierto los domingos por la noche, así que fui en esa dirección.

No íbamos del brazo exactamente pero Kate caminaba cerca de mí, y nuestros hombros se rozaban, y de vez en cuando ella me ponía la mano en el brazo o en el hombro mientras charlábamos. Evidentemente, yo le caía bien pero quizá era sólo que estaba salida. No me gusta que las tías salidas se aprovechen de mí pero a veces ocurre.

Bueno, pues nos fuimos a un sitio de Chinatown que yo conocía. Se llamaba el Nuevo Dragón. Años atrás, cenando con otros policías, yo le había preguntado al señor Chung, el propietario, qué había sido del Viejo Dragón, y él nos confió: «¡Se lo están comiendo ustedes!» Y corrió a la cocina riendo estruendosamente a carcajadas.

El local tenía un pequeño bar que todavía estaba lleno de gente y de humo. Encontramos dos sillas ante una mesita baja. Los clientes parecían los malos de una película de Bruce Lee sin subtítulos.

—¿Conoces este sitio? —preguntó Kate, echando un vistazo a su alrededor.

—Solía venir aquí.

—Todo el mundo habla en chino.

—Yo, no. Tú, tampoco.

—Todos los demás.

—Creo que son chinos.

—Qué listo eres.

—Gracias.

Se acercó una camarera pero yo no la conocía. Era afable y sonriente, y nos informó de que la cocina estaba abierta todavía. Yo pedí sol mortecino y *whisky* escocés.

—¿Qué es sol mortecino? —me preguntó Kate.

—Pues como un... un aperitivo. Pastitas y cosas de ésas.

Kate miró a su alrededor.

—Es muy exótico esto —dijo.

—A ellos no se lo parece.

—A veces me siento como una auténtica provinciana en esta ciudad.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Ocho meses.

Llegaron las bebidas, charlamos, llegaron más bebidas, bostecé. Llegó el sol mortecino, y a Kate pareció encantarle. Llegó una tercera ronda de bebidas, y empecé a verlo todo desenfocado. Kate parecía despierta y vigilante.

Pedí a la camarera que llamara un taxi y pagué la cuenta. Salimos a Pell Street; se agradecía el aire fresco.

—¿Dónde vives? —le pregunté mientras esperábamos al taxi.

—En la calle Ochenta y Seis Este. Se supone que es un buen barrio.

—Es un barrio excelente.

—Es el apartamento en que vivía el tipo al que sustituí. Él se fue a Dallas. He tenido noticias de él. Dice que echa un poco de menos Nueva York pero que es feliz en Dallas.

—Y a Nueva York le hace feliz que él esté en Dallas.

Se echó a reír.

—Eres gracioso. George me dijo que tenías una lengua neoyorquina.

—En realidad lo que tengo es lengua materna.

Llegó el taxi, y subimos.

—A dos sitios —le dije al chófer—. Primero a... Ochenta y Seis Este.

Kate le dio la dirección y, tras cruzar las pequeñas calles de Chinatown, salimos a Bowery.

Permanecimos casi todo el tiempo en silencio, y al cabo de veinte minutos estábamos delante de la casa de Kate, un alto edificio de apartamentos con portero. Aunque el suyo fuese un apartamento-estudio, resultaba bastante caro incluso teniendo en cuenta el plus por carestía de vida. Pero, según mi experiencia, Wendy Wasp de Wichita elegiría un buen edificio en un buen barrio y reduciría lujos tales como comida y vestido.

Nos quedamos un momento parados en la acera, y finalmente ella dijo:

—¿Quieres subir?

Los neoyorquinos dicen «subir», la gente del interior dice «entrar». En cualquier caso, mi corazón captó el mensaje y aceleró. Conozco la situación. La miré y

pregunté:

—¿Puedo dejarlo para otro día?

—Desde luego. —Sonrió—. Hasta las cinco.

—Quizá un poco después de las cinco. A las ocho, por ejemplo.

Sonrió de nuevo.

—Buenas noches. —Se volvió, y el portero la saludó mientras sostenía la puerta abierta.

La vi cruzar el vestíbulo y luego me volví y subí al taxi.

—Calle Setenta y Dos Este —dije, y le di el número.

El taxista, un tipo con turbante de cualquiera sabe dónde, me dijo en buen inglés:

—Quizá no sea cosa mía, pero creo que la dama quería que usted subiera con ella.

—¿Sí?

—Sí.

Miré por la ventanilla mientras bajábamos por la Segunda Avenida. Extraño día. El de mañana sería totalmente desagradable y tenso. Y quizá no llegase a haber siquiera ningún mañana, ni ningún día más. Pensé por un momento en decirle al taxista que diera la vuelta y regresase.

—¿Es usted un genio? —le pregunté, a propósito de su turbante.

Se echó a reír.

—Sí, y esto es una alfombra mágica y puede usted pedir tres deseos.

—De acuerdo.

Formulé tres deseos para mis adentros.

—Tiene que decírmelos a mí —dijo el genio—, o nunca se cumplirán.

Así que le dije:

—Paz mundial, paz interior y entender a las mujeres.

—Los dos primeros no son problema. —Rió de nuevo—. Si consigue el tercero no deje de llamarme.

Llegamos a mi casa, y le di una buena propina al genio.

—Pídaselo otra vez —me aconsejó, y luego se alejó.

Por alguna razón, Alfred estaba todavía de servicio. Nunca consigo saber los horarios de estos porteros, que son más erráticos aún que los míos.

—Buenas noches, señor Corey —me saludó—. ¿Ha tenido un buen día?

—He tenido un día interesante, Alfred.

Tomé el ascensor al piso 20, abrí la puerta de mi casa y entré tomando precauciones mínimas y, de hecho, esperando recibir un golpe en la cabeza como en las películas y despertarme al mes siguiente.

No consulté el contestador automático, sino que me desnudé y me dejé caer en la cama. Creía estar exhausto pero descubrí que estaba tenso como un muelle de reloj.

Me quedé mirando al techo, reflexionando sobre la vida y la muerte, el amor y el odio, la buena y la mala suerte, el miedo y el valor y cosas así. Pensé en Kate y Ted, Jack y George, los tipos de azul, un genio en una botella y finalmente en Nick Monti

y Nancy Tate, a quienes estaba echando de menos. Y en Meg, la agente de servicio, a quien no conocía pero cuyos familiares y amigos echarían en falta. Pensé en Asad Khalil, y me pregunté si tendría la oportunidad de mandarlo derecho al infierno.

Me dormí pero tuve una pesadilla tras otra. Los días y las noches se estaban convirtiendo en una misma cosa.

Capítulo 35

Asad Khalil se encontraba en una concurrida carretera flanqueada de moteles, agencias de alquiler de automóviles y restaurantes de comida rápida. Un enorme avión estaba aterrizando en el cercano aeropuerto.

En Trípoli le habían dicho que buscara un motel próximo al aeropuerto internacional de Jacksonville, donde ni su aspecto ni su placa de matrícula llamarían la atención.

Vio un local de aspecto agradable llamado Sheraton, nombre que conocía de Europa, y entró en su aparcamiento, dirigiéndose luego hacia el letrero que decía: «Hotel de automovilistas, recepción».

Se ajustó la corbata, se alisó el pelo con los dedos, se puso las gafas y entró.

—Buenas noches —dijo la joven de recepción, sonriendo.

Él sonrió y correspondió al saludo. Vio que varios pasillos salían del vestíbulo y uno de ellos mostraba el rótulo «Bar-Salón-Restaurante». Oyó música y risas a través de la puerta.

—Quisiera una habitación para una noche —dijo a la joven.

—Sí, señor. ¿Normal o extra?

—Extra.

Ella le tendió una hoja de inscripción y una pluma.

—¿Cómo quiere pagar, señor? —le preguntó.

—American Express. —Sacó la cartera y le entregó la tarjeta de crédito mientras rellenaba la hoja.

Boris le había dicho que cuanto mejor fuese el establecimiento menos problemas habría, especialmente si empleaba la tarjeta de crédito. No había querido dejar una estela de papeles pero Boris le aseguró que si la utilizaba con prudencia estaría a salvo.

La mujer le entregó una tira de papel con la impresión de la tarjeta, al tiempo que le devolvía ésta. Khalil firmó la hojita y se guardó la tarjeta.

Terminó de rellenar el impreso, dejando en blanco los espacios referentes al vehículo, que, según le habían dicho en Trípoli, podía pasar por alto en los mejores establecimientos. También le habían dicho que, a diferencia de lo que ocurría en Europa, en el impreso de inscripción no había ningún espacio para el número del pasaporte y que el empleado ni siquiera pediría verlo. Al parecer, era un insulto que le tomaran a uno por extranjero, por muy extranjero que fuese su aspecto. O quizá, como dijo Boris: «El único pasaporte que necesitas en Estados Unidos es la American Express».

En cualquier caso, la recepcionista miró el impreso y no le pidió nada más.

—Bien venido a Sheraton, señor...

—Bay-dir —vocalizó él.

—Señor Bay-dir. Aquí tiene su llave electrónica de la habitación 1-19, planta baja, a la derecha según sale del vestíbulo. Ésta es su tarjeta de huésped —continuó con tono monótono—, y en ella figura el número de su habitación. El bar y el restaurante están pasando esa puerta, tenemos gimnasio y piscina, el día de salida hay que dejar libre la habitación antes de las once, el desayuno se sirve en el comedor principal de seis a once de la mañana, el servicio de habitaciones funciona desde las seis de la mañana hasta medianoche, el comedor se cierra dentro de poco para la cena, el bar y el salón están abiertos hasta la una de la mañana y se pueden tomar *sandwiches*. Hay minibar en la habitación. ¿Quiere que se lo despierte a alguna hora?

Khalil entendía su acento pero apenas si llegó a comprender toda aquella información inútil. Aunque sí captó lo de la llamada para despertarlo.

—Sí, tengo un vuelo a las nueve de la mañana —dijo—, así que rae vendría bien que me llamaran a las seis.

Ella lo estaba mirando, abiertamente, como no lo haría ninguna mujer libia, las cuales evitaban el contacto visual con los hombres. Él le sostuvo la mirada, como le habían dicho que hiciese para no despertar sospechas, pero también para ver si mostraba algún indicio de saber quién era él. Pero la recepcionista parecía completamente ajena a su verdadera identidad.

—Sí, señor —dijo—, llamada a las seis de la mañana. ¿Quiere que le tengamos preparada la cuenta?

Le habían dicho que respondiera afirmativamente si le hacían esta pregunta, pues eso significaba que no tendría que volver a pasar por recepción.

—Sí, por favor —dijo.

—A las siete de la mañana le pasaremos por debajo de la puerta una copia de su factura. ¿Desea alguna otra cosa?

—No, gracias.

—Que tenga una estancia agradable.

—Gracias. —Sonrió, cogió su tarjeta, se volvió y salió del vestíbulo.

Todo había ido bien, mejor que la última vez, cuando se hospedó en el motel de las afueras de Washington y tuvo que matar al empleado de recepción. Sonrió de nuevo.

Montó en su coche y condujo hasta la puerta en que figuraba el número 119, donde había una plaza de aparcamiento vacía. Cogió el maletín, bajó del coche, lo cerró con llave y fue hasta la puerta. Introdujo la tarjeta magnética en la ranura, y la cerradura emitió un zumbido, al tiempo que sonaba un chasquido y se encendía una lucecita verde, todo lo cual le recordó el Club Conquistador.

Entró, cerró la puerta a su espalda y corrió el pestillo.

Inspeccionó la habitación, los armarios y el cuarto de baño, todo limpio y moderno, pero quizá demasiado confortable para su gusto. Prefería ambientes

austeros, especialmente para su *yihad*. Como un hombre religioso le dijo una vez: «Alá te oirá igual de bien si rezas en una mezquita con el estómago lleno que si lo haces en el desierto con el estómago vacío... pero si quieres oír tú a Alá, ve hambriento al desierto».

A pesar de ese consejo, Khalil estaba hambriento. Había comido muy poco desde el día en que se entregó en la embajada norteamericana en París, hacía ya casi una semana.

Echó un vistazo al menú del servicio de habitaciones pero decidió no arriesgarse a que le viesen otra vez la cara. Muy pocas personas lo habían visto de cerca, y la mayoría de ellas estaban muertas.

Abrió el minibar y encontró una lata de zumo de naranja, una botella de plástico de agua de Vitelle, un bote de frutos secos y una barra de chocolate Toblerone, que le encantaba comer cuando estaba en Europa.

Se sentó en el sillón, de cara a la puerta, completamente vestido aún y con las dos Glock en los bolsillos. Comió y bebió despacio.

Mientras comía, recordó su breve estancia en la embajada norteamericana en París. Se habían mostrado suspicaces con él pero no hostiles. Al principio lo habían interrogado un oficial del ejército y un hombre de paisano, y al día siguiente otros dos hombres —que se identificaron solamente como Philip y Peter— habían llegado de Estados Unidos y le habían dicho que ellos lo escoltarían para llegar todos sanos y salvos a Washington. Khalil sabía que ambas cosas eran mentira; irían a Nueva York, no a Washington, y ni Philip ni Peter llegarían sanos y salvos.

La noche anterior a su marcha, lo habían drogado, como Boutros dijo que harían, y Khalil lo había permitido para no despertar sospechas. No estaba seguro de qué le habían hecho mientras estaba drogado, pero carecía de importancia. El servicio de inteligencia libio ya lo había drogado en Trípoli y lo había sometido a interrogatorio para ver si podía resistir los efectos de las llamadas drogas de la verdad. Había superado la prueba sin problemas.

Le habían dicho que probablemente los americanos no lo someterían a la prueba del detector de mentiras en la embajada. Los diplomáticos querían que saliera de allí lo antes posible. Pero si le pedían que se sometiera a la prueba, debía negarse y pedir ser llevado a Estados Unidos o quedar en libertad. En cualquier caso, los norteamericanos habían actuado como se preveía y le habían sacado de la embajada y de París lo más rápidamente posible.

Como había dicho Malik: «Te buscan para interrogarte los franceses, los alemanes, los italianos y los británicos. Los americanos lo saben y te quieren para ellos solos. Te sacarán de Europa lo antes posible. Siempre llevan a Nueva York los casos más delicados para poder negar que estén reteniendo en Washington a un desertor o un espía. Y creo que hay otras razones psicológicas, y quizá prácticas, por las que van a Nueva York. Se proponen llevarte finalmente a Washington... pero creo que puedes llegar allí sin su ayuda».

Todos habían reído la humorada de Malik. Era un hombre muy elocuente y también recurría al humor para explicarse. Khalil no siempre apreciaba el humor de Malik o de Boris pero, como era a costa de los norteamericanos o los europeos, lo toleraba.

Malik había dicho también: «Sin embargo, si nuestro amigo que trabaja para Trans-Continental Airlines en París nos informa de que vas a Washington, entonces Haddad, tu compañero de viaje, que necesita oxígeno, irá en ese vuelo. En el aeropuerto Dulles, el procedimiento será el mismo. Remolcarán el avión hasta una área de seguridad, y tú actuarás como si estuvieras en Nueva York». Malik le había dado cita en el aeropuerto Dulles, donde encontraría su taxi y su chófer, que lo llevaría hasta su coche alquilado, y desde allí —después de silenciar al chófer— iría a un motel, donde permanecería hospedado hasta el domingo por la mañana. Luego se dirigiría a la ciudad para visitar al general Waycliff antes o después de la función religiosa.

Asad Khalil había quedado impresionado de la profesionalidad y la pericia con que actuaba su servicio de inteligencia. Habían pensado en todo y tenían planes alternativos en previsión de que los americanos hubiesen cambiado sus métodos de trabajo. Y, lo que era más importante, los oficiales operativos libios le habían recalcado que ni aun el mejor de los planes podría llevarse a cabo sin un verdadero luchador islámico por la libertad, como Asad Khalil, ni sin la ayuda de Alá.

Naturalmente, Boris le había dicho que el plan era principalmente suyo y que Alá no tenía nada que ver con el plan ni con su éxito. Pero Boris se había mostrado de acuerdo con que Asad Khalil era un agente excepcional. De hecho, Boris había dicho a los oficiales de la inteligencia libia: «Si tuviesen ustedes más hombres como Asad Khalil, no fracasarían tanto».

Boris estaba cavando su propia tumba, pensó Khalil, pero estaba seguro de que él ya se había dado cuenta de ello en algún momento, y por eso se emborrachaba tan a menudo.

Boris había necesitado un constante abastecimiento de mujeres y vodka, que le eran suministrados, y de dinero, que se enviaba a una cuenta abierta a nombre de su familia en un banco suizo. El ruso, incluso cuando estaba intoxicado, era muy inteligente y servicial, y lo bastante perspicaz como para saber que no saldría vivo de Trípoli. Una vez le había dicho a Malik: «Si sufro un accidente aquí, prométeme que enviarás mi cadáver a casa».

Malik había replicado: «No sufrirás ningún accidente aquí, amigo mío. Nosotros cuidaremos de ti».

A lo que Boris había respondido: «*Yob vas*», que en ruso significaba «que te jodan» y que Boris utilizaba con demasiada frecuencia.

Khalil finalizó su frugal comida y encendió el televisor mientras tomaba unos sorbos de la botella de Vitelle. Cuando terminó el agua, guardó el envase de plástico vacío en su maletín.

Eran ya casi las once de la noche, y mientras esperaba las noticias de esa hora, fue cambiando de canal con el mando a distancia. En un canal, dos mujeres con los senos desnudos se acariciaban en una pequeña piscina de agua agitada y humeante. Cambió de canal y luego volvió a sintonizarlo para ver a las dos mujeres.

Contempló, petrificado, cómo ambas —una rubia, otra morena— se acariciaban en el agua caliente. Apareció una tercera mujer, una africana, al borde de la piscina. Estaba completamente desnuda, pero alguna especie de distorsión electrónica velaba sus genitales mientras bajaba al agua por unos peldaños.

Khalil observó que las tres mujeres hablaban muy poco pero reían demasiado mientras se salpicaban unas a otras. Pensó que se comportaban como unas estúpidas pero continuó mirando.

Una cuarta mujer de cabello rojo estaba bajando la escalera de espaldas, de tal modo que podía verle las nalgas desnudas y la espalda mientras se introducía en el agua. Al poco rato, las cuatro mujeres se restregaban y acariciaban unas a otras, besándose y abrazándose. Khalil permanecía muy quieto pero se dio cuenta de que estaba excitado, y se revolvió incómodamente en la silla.

Comprendía que no debería estar mirando aquello, que aquello era la peor especie de decadencia occidental, que todas las sagradas escrituras de los hebreos, los cristianos y los musulmanes definían aquellos actos como antinaturales e impíos. Y, sin embargo, aquellas mujeres que se tocaban obscenamente unas a otras lo excitaban y le suscitaban pensamientos lujuriosos e impuros.

Se imaginó a sí mismo desnudo en la piscina con ellas.

Salió de su ensoñación y advirtió que el reloj digital señalaba ya las once y cuatro minutos. Mientras empezaba a cambiar de canal, se maldijo a sí mismo, maldijo su flaqueza y maldijo las fuerzas satánicas desatadas en aquella tierra execrable.

Encontró un programa de noticias. Una presentadora estaba diciendo:

—Éste es el hombre a quien las autoridades consideran principal sospechoso de haber cometido un atentado terrorista no reivindicado cometido en los Estados Unidos...

Apareció en la pantalla una foto en color con la inscripción Asad Khalil, y Asad Khalil se levantó rápidamente y se arrodilló delante del televisor, estudiando la imagen. Nunca había visto aquella foto en color de sí mismo, y sospechaba que se la habían tomado en secreto mientras estaba siendo interrogado en la embajada de París. De hecho, observó que el traje era el mismo que ahora llevaba puesto, y la corbata era la que llevaba en París pero que ya se había cambiado.

—Por favor, observen detenidamente esta fotografía —dijo la mujer—, y si ven a este hombre comuníquenlo a las autoridades. Se cree que va armado y es peligroso, por lo que nadie debe intentar hacerle frente ni detenerlo. Llamen a la policía o al FBI. Aquí tienen dos números gratuitos a los que pueden llamar... —Aparecieron dos números de teléfono debajo de la foto—. El primero es para informaciones anónimas que ustedes pueden dejar grabadas; el segundo es la línea urgente atendida por

personal del FBI. Ambos números funcionan las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. Igualmente, el Departamento de Justicia ha ofrecido un millón de dólares de recompensa por cualquier información que conduzca a la detención del sospechoso.

Apareció en la pantalla otra fotografía de Asad Khalil, pero con expresión ligeramente diferente, y Khalil la reconoció como tomada en la embajada de París.

—Observen con atención esta fotografía —continuó la mujer—. Las autoridades federales solicitan su ayuda para localizar a este hombre, Asad Khalil. Habla inglés, árabe y algo de francés, alemán e italiano. Se sospecha que es un terrorista internacional, y es posible que se encuentre actualmente en los Estados Unidos. No tenemos más información sobre este individuo pero en cuanto conozcamos más detalles se los comunicaremos a ustedes.

Durante todo el rato, la fotografía de Asad Khalil miraba desde el televisor a Asad Khalil.

La locutora pasó a otra noticia, y Khalil pulsó el botón que suprimía el sonido del televisor. Luego fue hasta el espejo de la pared, se puso las gafas bifocales y se miró.

Asad Khalil, el libio de la televisión, tenía el pelo negro, peinado hacia atrás. Hefni Badr, el egipcio de Jacksonville, Florida, tenía el pelo gris, peinado con raya a un lado.

Asad Khalil, en la televisión, tenía los ojos oscuros. Hefni Badr, en Jacksonville, llevaba gafas bifocales y eso tornaba borrosos sus ojos.

Asad Khalil, en la televisión, estaba perfectamente afeitado. Hefni Badr lucía un bigote gris.

Asad Khalil, en la televisión, no sonreía. Hefni Badr sonreía frente al espejo porque no se parecía a Asad Khalil.

Dijo sus oraciones y se acostó.

Capítulo 36

Llegué a las ocho a la reunión convocada en el piso veintiocho de Federal Plaza, sintiéndome virtuoso por no haber pasado la noche con Kate Mayfield. De hecho, pude mirarla directamente a los ojos y decir:

—Buenos días.

Correspondió a mi saludo, y me pareció oír la palabra «gilipollas», pero quizá era sólo que me sentía como si lo fuese.

Nos situamos en torno a una alargada mesa de conferencias en una sala desprovista de ventanas y permanecemos charlando hasta que dio comienzo a la sesión.

Las paredes de la sala estaban adornadas con ampliaciones de fotos de Asad Khalil en varias instantáneas tomadas en París. Había también dos fotos con el rótulo «Yusef Haddad». Una llevaba como subtítulo «Instantánea en la morgue», la otra, «Foto de pasaporte». La foto de la morgue parecía realmente mejor que la del pasaporte.

Había también varias fotos del desertor de febrero, cuyo nombre resultó ser Boutros Dharr y cuyo estatus era el de muerto.

Yo tengo la teoría de que todos estos tipos eran malos porque tenían unos nombres estúpidos, como un chico que se llamara Sue.

Conté diez tazas de café y diez blocs de notas sobre la mesa, y deduje que íbamos a ser diez personas en la reunión. En cada bloc figuraba escrito un nombre, por lo que deduje también que debía sentarme delante del bloc que llevaba mi nombre. Así que lo hice. Había cuatro jarras de café en la mesa. Me serví de una de ellas y luego la empujé en dirección a Kate, que estaba sentada justo enfrente de mí.

Llevaba un traje a rayas finas que le confería un aspecto un poco más severo que el *blazer* azul y la falda hasta la rodilla del sábado. Su lápiz de labios era una especie de rosa coral. Me sonrió.

Yo le sonreí también, pero debíamos centrarnos en la reunión de la Brigada Antiterrorista.

Todo el mundo estaba tomando asiento ya. A un extremo de la mesa se hallaba Jack Koenig, que acababa de llegar de Washington y llevaba el mismo traje del día anterior.

Al otro extremo estaba el capitán David Stein, de la policía de Nueva York, uno de los dos comandantes de la Brigada Antiterrorista de Nueva York. Tanto Stein como Koenig podían considerar que estaban sentados a la cabecera de la mesa.

A mi izquierda estaba Mike O'Leary, de la Unidad de Inteligencia de la policía de Nueva York, y observé que el nombre que figuraba en el bloc que tenía delante era

igual que el suyo, lo cual me hizo sentirme optimista respecto a la Unidad de Inteligencia de la policía.

Justo a mi derecha estaba el agente especial Alan Parker, del FBI y de la BAT. Alan es nuestro relaciones públicas. Anda por los veintitantos años pero aparenta unos trece. Es un fanfarrón de primera, y eso era lo que necesitábamos en este caso.

A la derecha de Parker, junto a Koenig, estaba el capitán Henry Wydrzynski, subjefe de detectives en la Autoridad Portuaria. Nos habíamos visto varias veces, cuando yo era detective de la policía de Nueva York, y parecía un tipo estupendo si no fuera por su nombre, que parecía la tercera línea de un cartel de los de graduarse la vista. Quiero decir que alguien debería comprarle a este hombre una vocal.

Enfrente de mí estaban Kate y otras tres personas. A un extremo, junto al capitán Stein, se hallaba Robert Moody, jefe de detectives de la policía de Nueva York. Moody era el primer jefe de detectives negro de la policía neoyorquina y era, además, mi antiguo jefe, antes de mi muerte y resurrección. Huelga decir que no resulta tarea fácil estar al mando de unos cuantos miles de tipos como yo. He coincidido con el jefe Moody en varias ocasiones, y parece que no le desagrado, lo cual no está nada mal, habida cuenta de cómo suelen andar las cosas entre los jefes y yo.

A la izquierda de Kate se hallaba sentado el sargento Gabriel Haytham, de la policía de Nueva York y de la BAT, un caballero árabe.

Junto a Gabriel, a la derecha de Koenig, había un hombre desconocido, aunque lo desconocido era sólo su nombre. Yo no tenía la menor duda de que aquel atildado caballero era de la CÍA. Es curioso cómo puedo distinguirlos; afectan una especie de aburrida displicencia, gastan demasiado en ropa y siempre parecen tener que estar en un lugar más importante que donde están.

De todas formas, me había estado sintiendo un poco vacío desde que no tenía a Ted Nash para meterme con él. Me sentía mejor ahora que tal vez tuviese a alguien que ocupara su puesto.

En cuanto a Ted Nash, me lo imaginaba metiendo en la maleta su lencería fina para su viaje a París. También me lo imaginaba en algún momento de mi vida pasada, como he dicho. Recordé las palabras de Koenig: «Es a Ted a quien debe vigilar». Jack Koenig no decía cosas como ésa a la ligera.

También faltaba George Foster, cuyo trabajo consistía en cuidar la tienda. Estaba en el Club Conquistador y probablemente permanecería allí mucho tiempo. La misión de George era, en la jerga de la investigación criminal, actuar como «anfitrión», o coordinador del escenario del crimen, ya que, además de ser testigo, había participado realmente en los acontecimientos. Mejor George que yo, supongo.

Además de Nash y Foster, también faltaba en el grupo Nick Monti. Así pues, Jack Koenig inició la reunión proponiendo un minuto de silencio por Nick, al igual que por Phil, Peter, los dos agentes federales del vuelo 175, Andy McGill, de la unidad del Servicio de Emergencia de la Autoridad Portuaria, Nancy Tate y la agente de servicio Meg Collins y todas las víctimas del vuelo 175.

Guardamos el minuto de silencio, y Jack dio comienzo a la reunión. Eran las ocho en punto de la mañana.

En primer lugar, Jack presentó al caballero de su izquierda.

—Está con nosotros esta mañana Edward Harris, de la Agencia Central de Inteligencia.

Nada más y nada menos. Quiero decir que a Jack le habría bastado con informar: «Éste es Edward Harris, de ya saben dónde».

—El señor Harris está en la sección de contraterrorismo de la agencia —añadió.

Harris correspondió a la presentación moviendo el lápiz de un lado a otro como un limpiaparabrisas. Muy elegante. Además, estos tipos, a diferencia del FBI, casi siempre utilizaban sus nombres completos. Nada de Ed, sino Edward Harris. Ted Nash parecía constituir una excepción a esta regla. Se me ocurrió de pronto la brillante idea de llamarlo Teddy la próxima vez que lo viese.

Debo indicar que normalmente yo no estaría en una reunión de ese nivel, y tampoco Kate. Pero, en nuestra calidad de testigos y participantes en los acontecimientos que nos habían congregado a todos, quedábamos incluidos también. ¿Hasta qué punto es bueno *eso*?

—Como tal vez sepan algunos de ustedes, ayer por la tarde se tomó en Washington la decisión de distribuir una breve declaración a los medios de comunicación, juntamente con varias fotografías de Asad Khalil —anunció Koenig—. La declaración manifiesta solamente que es sospechoso de haber intervenido en un caso relacionado con el terrorismo internacional y que está siendo buscado por las autoridades federales. No se hace mención del vuelo Uno-Siete-Cinco. La declaración y las fotografías han sido difundidas en la mayoría de los noticiarios televisivos de las once. Tal vez algunos de ustedes las vieran anoche. Los periódicos las publicarán hoy.

Nadie hizo ningún comentario, pero la expresión de todos decía: «Ya iba siendo hora».

El capitán David Stein confirmó su independencia, manteniéndose ajeno a las palabras de King Jack.

—Vamos a instalar un centro de mando provisional en el piso veintiséis —anunció—. Todos los asignados a este caso se trasladarán allí junto con sus oportunos expedientes. Allí estará todo el material relacionado con este caso: expedientes, fotos, mapas, planos, pistas, pruebas, transcripciones de entrevistas... Hasta nuevo aviso, sólo hay tres lugares en los que estarán los miembros de la BAT: en el centro de mando, en la cama o sobre el terreno. —Miró a su alrededor y añadió—: El que necesite ir a los funerales puede ir. ¿Alguna pregunta?

Nadie parecía tener ninguna, así que continuó:

—La sección de Oriente Medio tendrá directamente asignados a este caso cincuenta agentes procedentes de todas las agencias que componen nuestra brigada. Aproximadamente, un centenar de hombres y mujeres intervendrán en el caso en el

área metropolitana de Nueva York, y varios cientos de agentes más trabajarán sobre él en los Estados Unidos y en el extranjero.

Etcétera, etcétera.

Le tocó luego el turno al teniente Mike O'Leary, de la unidad de inteligencia de la policía de Nueva York. Dijo unas cuantas palabras sobre Nick Monti, que era miembro de inteligencia, y, haciendo honor a la tradición irlandesa, contó una divertida anécdota de Nick Monti, probablemente inventada.

No hay muchas fuerzas de policía con su propio servicio de inteligencia, pero la ciudad de Nueva York, que alberga los más estrafalarios movimientos políticos del planeta, necesita tener uno.

La unidad de inteligencia de la policía de Nueva York fue fundada durante la época de la histeria anticomunista, y se utilizó para perseguir y hostigar a los comunistas, locales, a quienes en realidad les encantaba ser perseguidos por los polis. Nadie más les prestaba atención, excepto el FBI.

La antigua escuadra anticomunista acabó convirtiéndose en lo que es hoy, y sus miembros son realmente competentes pero tienen sus limitaciones. Tampoco les inspira ninguna simpatía la BAT, a la que consideran una rival, pero Mike O'Leary nos aseguró a todos que su organización estaba metida en el caso y que cooperaría plenamente. Yo estaba seguro de que si su gente tenía una pista, jamás nos enteraríamos. Pero, la verdad sea dicha, si el FBI encontraba una pista O'Leary tampoco se enteraría jamás.

El teniente O'Leary nos bendijo a todos y se sentó. Los irlandeses son unos embusteros formidables. Quiero decir que saben que están mintiendo y saben que sabes que están mintiendo, pero lo hacen con tanta gracia, convicción y energía que a todo el mundo le acaba pareciendo bien.

Le tocaba el turno a Robert Moody, jefe de detectives de la policía de Nueva York.

—Mis detectives mantendrán los ojos y los oídos bien abiertos para todo lo referente a este caso mientras trabajan en otros casos —decía—, y les aseguro que los cuatro mil hombres y mujeres que están a mi mando llevarán consigo una foto del supuesto culpable y remitirán todas las pistas al centro de mando provisional de la BAT.

Bla, bla, bla.

El jefe Moody concluyó diciendo:

—Si está en alguno de los cinco distritos, nosotros tenemos muchas posibilidades de saberlo, y lo cogeremos.

La idea que subyacía bajo estas palabras era que a Moody le encantaría echarle el guante a Khalil antes de que los federales tuvieran la menor pista de él y dejar que se enterasen por los periódicos de la mañana.

El capitán Stein dio las gracias al inspector Moody.

—El comisario de policía me ha asegurado también que se impartirán

instrucciones a todos los agentes uniformados antes de sus respectivos turnos de servicio —añadió—. Hoy, también, el comisario se va a reunir con todos los comisarios de policía de los condados y municipios circundantes para solicitar su apoyo y plena colaboración. Esto significa que más de setenta mil agentes del área metropolitana están buscando al mismo hombre. Ésta es, en efecto, la mayor cacería de un hombre organizada en toda la historia del área metropolitana de Nueva York.

Observé que Alan Parker estaba tomando abundantes notas, quizá para utilizarlas en un comunicado de prensa, o acaso era que estaba escribiendo una miniserie de televisión. No me inspiran especial confianza los escritores.

—Mientras tanto —dijo Stein—, nuestro principal foco de atención es la comunidad de oriundos de Oriente Medio. —Y se volvió hacia Gabriel Haytham.

Haytham se puso en pie y paseó la vista por la estancia. En su calidad de único árabe y musulmán presente, podría haberse mostrado un poco paranoico pero después de años de trabajar con la unidad de inteligencia de la policía neoyorquina, y ahora con la BAT, el sargento Gabriel Haytham conservaba la calma. Una vez me confió: «Mi verdadero nombre es Jibril, significa Gabriel en árabe. Pero no lo divulgues, estoy intentando pasar por anglosajón de pura cepa».

Me gustan los tipos con sentido del humor, y Gabe necesitaba mucho sentido del humor y mucha personalidad para hacer lo que estaba haciendo. Quiero decir que no es demasiado difícil ser árabe-americano en Nueva York, pero hacían falta un par de huevos para ser un musulmán árabe-americano asignado a la sección de Oriente Medio de la Brigada Antiterrorista. ¿Qué les dirá Gabriel a sus amigos en la mezquita? ¿Algo así como: «Oye, Abdul, ayer enchiqueré a dos salami-salamis»? No es probable.

El sargento Haytham era el jefe de las unidades de vigilancia, los detectives de la policía de Nueva York asignados a la BAT que hacían el trabajo de calle siguiendo a las personas sospechosas de mantener lazos con organizaciones extremistas. Estos tipos permanecían durante horas delante de apartamentos y casas, tomaban fotos, utilizaban equipos de detección y grabadoras a larga distancia y seguían a los sospechosos en coche, en metro, en taxi, en tren, en autobús y a pie, cosas que los tipos del FBI no sabían o no querían hacer. Era un trabajo apestoso pero fundamental para la BAT. A ello se destinaba mucho tiempo y dinero, y a la comunidad de personas de Oriente Medio no le hacía ninguna gracia estar continuamente sometida a vigilancia, pero, como suele decirse: «Si no has hecho nada malo, no tienes por qué preocuparte».

Bien, pues Gabriel nos estaba informando:

—Entre las cinco de la tarde del sábado y ahora, los miembros de la unidad de vigilancia han salido al descubierto y han recorrido de cabo a rabo la ciudad. Hemos realizado registros consentidos y hemos obtenido también mandamientos de registro extendidos en términos generales que abarcaban todo excepto el dormitorio del alcalde. Hemos interrogado a unas ochocientas personas en sus casas, en comisarías,

en la calle, en sus puestos de trabajo y aquí... dirigentes cívicos, sospechosos, árabes corrientes e incluso líderes religiosos musulmanes.

No pude resistir la tentación de decirle a Gabe:

—Si para mediodía no tenemos noticias de por lo menos veinte abogados de derechos civiles de la Liga Árabe, es que ustedes no están haciendo bien su trabajo.

Todos soltaron una risita. Hasta Kate rió.

—Hemos interrogado también a los abogados de la Liga Árabe —me dijo Gabe—. Están contratando abogados judíos para querellarse.

Volvieron a reír todos pero la risa era un tanto forzada. Después de todo, aquello resultaba un poco embarazoso. Pero un poco de humor ayuda a abordar cuestiones delicadas. Quiero decir que había mucha diversidad cultural en la sala, y aún no habíamos oído al polaco, el capitán Wydrzynski. Yo conocía un chiste polaco estupendo, pero preferí guardarlo para otra ocasión.

—Debo confesarles que no tenemos ninguna pista —admitió Gabriel—. Ni el menor atisbo. Ni siquiera la habitual morralla de alguien que quiere cargarle el muerto a su suegro. Pero tenemos algo así como otras mil personas más a las que interrogar, y cien sitios más que registrar. Y estamos repitiendo con algunos lugares y personas. Dedicamos la máxima atención a la comunidad de oriundos de Oriente Medio, y, sí, puede que estemos pisoteando algunos derechos civiles pero más adelante nos ocuparemos de eso. —Añadió—: No estamos torturando a nadie.

—Washington apreciará su consideración —observó secamente Koenig.

—La mayoría de estas personas —dijo Gabriel a Jack— proceden de países donde la policía administra una paliza antes de formular la primera pregunta. Las personas con las que hablamos se sienten confusas sí no se utiliza por lo menos un poco de violencia física con ellas.

—No creo que necesitemos oír eso —dijo Koenig, después de carraspear—. En cualquier caso, sargento, no...

Lo interrumpió el sargento Haytham.

—Tenemos más de trescientos cadáveres en los depósitos municipales y de diversos hospitales. Y no sabemos cuántos muertos más se van a producir. Yo no quiero un solo cadáver más durante mi guardia.

Koenig reflexionó unos instantes pero, teniendo presente la posibilidad de que hubiera micrófonos ocultos, no dijo nada.

El sargento Gabriel Haytham se sentó.

Se hizo el silencio en la sala. Probablemente todos estaban pensando lo mismo, que el sargento Gabriel Haytham podía impunemente excederse un poco con sus hermanos de religión. Tal vez hubiera sido ésa una de las razones por las que el sargento Haytham había sido elegido para el puesto. Además, era muy competente en su trabajo. La mayoría de los éxitos de la BAT eran resultado de la actividad de los vigilantes de la policía de Nueva York. Todos los demás informantes, fuentes de servicios extranjeros de inteligencia, confidencias telefónicas, soplones y gente por el

estilo no obtenían tanta información como los tipos que andaban pateando la calle.

El capitán Wydrzynski, de la Autoridad Portuaria, se levantó.

—Se ha entregado una fotografía de Asad Khalil a todos los agentes de policía de la Autoridad Portuaria —nos informó—, así como a todos los cobradores de peajes y restante personal de las terminales de transporte, juntamente con una nota en la que se explica que este fugitivo es en la actualidad el hombre más buscado de Estados Unidos. Conforme a las órdenes recibidas, hemos tratado de soslayar la relación con el vuelo Uno-Siete-Cinco pero se ha propagado la noticia.

El capitán Wydrzynski continuó un rato. Éste era uno de los casos en los que la policía de la Autoridad Portuaria desempeñaba un papel importante. Los fugitivos acababan cruzándose en el camino de un controlador, un cobrador de peaje o de un agente de la Autoridad Portuaria en un aeropuerto o una terminal de autobús. Por lo tanto, era importante que estas personas estuviesen alertas y motivadas.

En cuanto a Henry Wydrzynski, yo no lo conocía pero... bueno, vale, éste es el chiste. Va un polaco y entra en la consulta del optometrista, y éste le dice: «¿Puede leer esa lámina?» Y el hombre contesta: «Desde luego, conozco a todos esos fulanos».

De todos modos, aunque no conocía al capitán Wydrzynski, sabía que, como la mayoría de los polis de la Autoridad Portuaria, tenía un algo de pose. Lo que ellos querían era reconocimiento y respeto, de modo que la mayoría de los polis listos de Nueva York, como yo, se los concedíamos. Eran buenos, eran serviciales y eran útiles. Si te metías con ellos encontrarían la forma de joderte a base de bien, largándote una multa de por lo menos mil pavos, por ejemplo.

Wydrzynski era un tipo corpulento dentro de un traje que le quedaba pequeño, como tres kilos de salchicha polaca embutidos en un pellejo previsto para dos. También parecía carecer de encanto y diplomacia, y eso me gustaba.

—¿Cuándo estuvo la foto de Khalil en manos de sus agentes? —preguntó Koenig al capitán.

—Hicimos centenares de copias de esas fotos tan pronto como pudimos —respondió el otro—. A medida que iba saliendo cada remesa, enviamos coches patrulla a los puentes, túneles, aeropuertos, etcétera. También mandamos fotos por fax a todos los puntos en que disponen de fax, y otro tanto hicimos por Internet. —Paseó la vista por la sala y añadió—: Supongo que para las nueve de la noche del sábado todos nuestros servicios habían recibido una copia de la foto de Khalil. En algunos casos, antes. Pero debo decir que la calidad de la foto era pésima.

—O sea, que concebiblemente Asad Khalil podría haber tomado un avión o un autobús —dijo el capitán Stein—, o cruzado un puente o un túnel antes de las nueve sin que nadie reparase en él.

—En efecto —respondió Wydrzynski. Y agregó—: Dimos la alarma y enviamos la foto primeramente a los aeropuertos pero si él fugitivo actuó con rapidez pudo haber tomado un avión, especialmente en el JFK, donde ya estaba.

Nadie tenía nada que decir sobre eso.

—Tengo allí más de cien detectives tratando de averiguar si ese individuo salió del gran Nueva York —continuó el capitán—, el área metropolitana de Nueva Jersey, a través de una instalación de la Autoridad Portuaria. Pero ustedes saben que hay dieciséis millones de personas en el área metropolitana de Nueva York, y si este sujeto tenía un disfraz, o un documento de identidad falso, o un cómplice o lo que fuera, podría haberse escabullido. Éste no es un estado policial.

De nuevo permanecemos todos en silencio unos segundos.

—¿Y los muelles? —preguntó Koenig finalmente.

—Sí —dijo Wydrzynski—. En previsión de que este individuo tuviera billete para un barco con rumbo a Arabia, mi oficina cursó inmediatamente aviso al personal de Aduanas e Inmigración situado en los muelles de buques de línea, así como al de los muelles de barcos de carga y particulares. Envié también allí detectives con paquetes de fotografías. Pero hasta el momento no se ha encontrado ni rastro de Khalil. Mantendremos los muelles vigilados.

Todo el mundo empezó a hacerle preguntas, y resultó evidente que esta insignificante agencia era de pronto en extremo importante. Wydrzynski se las arregló para mencionar el hecho de que uno de los muertos, Andy McGill, era policía de la Autoridad Portuaria, y, aunque sus hombres no necesitaban más motivación que su patriotismo y su profesionalidad, la muerte de McGill les había afectado profundamente.

Wydrzynski se cansó de que todos anduvieran pidiéndole cuentas e invirtió ligeramente la situación diciendo:

—¿Saben una cosa? Yo creo que la foto de Asad Khalil debería haber estado en todos los canales de televisión a la media hora del crimen. Sé que había otras consideraciones pero, a menos que demos una publicidad completa al asunto, ese sujeto acabará escapándose.

—Hay muchas probabilidades de que ya se haya marchado —dijo Jack Koenig—. Seguramente, antes de que los cadáveres se hubieran enfriado, tomó el primer avión para Oriente Medio que salía del JFK. Washington lo cree así y por eso tomó la decisión de mantener el asunto en el seno de las fuerzas del orden hasta que se pudiera dar a conocer al público la naturaleza de la tragedia de la Trans-Continental.

—Yo estoy de acuerdo con el capitán Wydrzynski —dijo Kate—. No había ninguna razón para ocultar los hechos, aparte de encubrir nuestro propio... lo que sea.

El capitán Stein se mostró también de acuerdo y añadió:

—Yo creo que Washington se dejó dominar por el pánico y tomó una decisión equivocada. Nosotros seguimos sus instrucciones, y ahora estamos tratando de encontrar a un sujeto que nos lleva dos días de ventaja.

Koenig trató de llevar la cuestión a su terreno.

—Bueno, la foto de Khalil está ahora en los medios de comunicación —dijo—. Pero es discutible que Khalil huyera rápidamente. —Miró unos papeles que tenía

delante y continuó—: Había desde el JFK cuatro vuelos que habría podido tomar antes de que fuese alertada la policía de la Autoridad Portuaria. —Recitó los nombres de cuatro aviones de Oriente Medio y sus horas de salida. Agregó—: Y, naturalmente, había también otros vuelos al extranjero, así como varios nacionales y al Caribe, en los que habría podido embarcar sin necesidad de pasaporte, sólo con cualquier documento de identidad provisto de fotografía.

»Naturalmente —concluyó Koenig—, teníamos agentes en el otro extremo, Los Ángeles, el Caribe, etcétera, esperando al avión. Pero no desembarcó nadie que se ajustara a su descripción.

Todos reflexionamos acerca de aquello. Vi que Kate me estaba mirando, lo que supongo que significaba que quería que yo metiera baza. De todos modos, sólo estoy aquí por contrato.

—Yo creo que Khalil está en Nueva York —dije—. Si no está en Nueva York, entonces está en algún otro lugar del país.

—¿Por qué cree eso? —me preguntó el capitán Stein.

—Porque no ha terminado aún.

—Bueno, ¿y qué necesita para terminar? —preguntó Stein.

—No tengo ni idea.

—Pues ha tenido un comienzo espectacular.

—Eso es exactamente, un comienzo —repliqué—. Faltan más cosas por llegar.

El capitán Stein, como yo, a veces utiliza expresiones de cuerpo de guardia y comentó:

—Sólo jodería, espero que no.

Me disponía a contestar pero el señor CIA habló por primera vez.

—¿Por qué está tan seguro de que Asad Khalil se encuentra todavía en el país? —me preguntó.

Miré al señor Harris, que me estaba mirando. Consideré varias respuestas, todas ellas empezando y terminando con «hay que joderse», pero luego decidí conceder al señor Harris el beneficio de la duda y tratarlo con cortesía.

—Verá, señor —dije—, tengo la impresión, basada en el tipo de personalidad de Asad Khalil, de que es la clase de hombre que no abandona lo que ha empezado. Sólo se va cuando ha terminado, y no ha terminado aún. ¿Cómo lo sé, me pregunta? Verá, yo estaba pensando que un tipo como él podría haber seguido atacando impunemente los intereses norteamericanos en el extranjero durante años. Pero, en lugar de eso, decidió venir aquí, a Estados Unidos, y causar más daño. De modo que ¿vino sólo para una o dos horas? ¿Era esto una misión gaviota? —Miré a los no iniciados y expliqué—: Eso es cuando un tipo llega, suelta mierda por todas partes y se larga.

Sonaron unas risitas, y continué:

—No, esto no ha sido una misión gaviota. Ha sido una..., bueno, una misión Drácula.

La atención general parecía estar centrada en mí.

—El conde Drácula podría haberse pasado trescientos años chupando sangre tranquilamente en Transilvania, pero no, el tío quería irse a Inglaterra. ¿Pero por qué? ¿Para chupar la sangre de los tripulantes del barco? No. En Inglaterra había algo que el conde quería. ¿De acuerdo? Bien, ¿qué quería? Quería aquella chica, la que vio en la foto de Jonathan Harker. ¿Cómo se llamaba? Bueno, el caso es que está que bebe los vientos por ella, y la chica vive en Inglaterra. ¿Me siguen? Del mismo modo, Khalil no vino aquí para matar a todo el mundo que viajaba en el avión o a todos los que se encontraban en el Club Conquistador. Eso era sólo el aperitivo, un poco de sangre que chupar antes de la comida principal. Todo lo que tenemos que hacer es identificar y localizar a la chica, o su equivalente para Khalil, y lo cazaremos. ¿Entienden?

Se hizo un prolongado silencio en la sala, y algunos, que me habían estado mirando, apartaron la vista. Pensé que quizá Koenig o Stein me hicieran coger la baja médica o algo por el estilo. Kate tenía los ojos fijos en su bloc.

Finalmente, Edward Harris, como todo un caballero que era, se dirigió a mí:

—Gracias, señor Corey. Ha sido un análisis interesante. Analogía o algo así.

Hubo unas risitas.

—He apostado diez dólares con Ted Nash a que estoy en lo cierto —dije—. ¿Quiere apostar usted también?

Harris parecía estar deseando irse pero sabía mantener el tipo.

—Desde luego. Que sean veinte.

—Hecho. Dele veinte dólares al señor Koenig.

Harris titubeó y luego sacó de su cartera un billete de veinte dólares y lo deslizó sobre la mesa en dirección a Koenig, que se lo guardó en el bolsillo.

Yo le pasé también otro billete de veinte dólares.

Las reuniones de miembros de distintas agencias pueden resultar realmente aburridas pero no cuando yo participo en ellas. Detesto a los burócratas, que son tan grises e insípidos que uno no podría ni acordarse de ellos una hora después de la reunión. Aparte de eso, yo quería que todos los presentes recordaran que nos encontrábamos allí sobre la base de que Khalil podría estar todavía en el país. En cuanto empezaran a creer que se había marchado, se volverían perezosos y descuidados y dejarían que los colegas del extranjero hicieran todo el trabajo. A veces uno tiene que ser un poco estrafalario para transmitir una idea. Eso es algo que a mí se me da muy bien.

De hecho, Koenig, que no era tonto, dijo:

—Gracias por su persuasiva argumentación, señor Corey. Creo que hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que tenga usted razón.

—De hecho, yo creo que el señor Corey tiene razón —dijo Kate. Me miró, y nuestros ojos se encontraron un instante.

Si nos hubiéramos acostado, me habría puesto rojo, pero ninguno de los presentes —expertos lectores de rostros todos ellos— pudieron detectar ni un gramo de

complicidad poscoital. Vaya, creo que realmente hice lo que debía la noche anterior.

El capitán Stein rompió el silencio.

—¿Hay algo que quiera compartir con nosotros? —le dijo a Edward Harris.

Harris sacudió la cabeza.

—He sido asignado recientemente a este caso, y no se me ha puesto al corriente aún —respondió—. Saben ustedes más que yo.

Todos pensamos lo mismo: «Y un carajo». Pero nadie dijo nada.

Sin embargo, Harris se volvió hacia mí:

—El nombre de la mujer era Mina.

—Cierto. Lo tenía en la punta de la lengua.

Continuamos charlando diez o quince minutos más y luego Koenig miró su reloj.

—Y en último término —dijo—, pero no por ello menos importante, oigamos a Alan.

El agente especial Alan Parker se puso en pie. Es un poco bajito para su edad, salvo que realmente tenga trece años.

—Permítanme que les sea franco... —dijo.

Hubo un gemido general.

Alan pareció desconcertado, luego captó la idea y rió entre dientes.

—Permítanme... —empezó de nuevo—. Bueno, en primer lugar, la gente de Washington, que quería controlar el flujo de información...

—Hable en cristiano —lo interrumpió el capitán Stein.

—¿Qué? Oh... de acuerdo... la gente que quería mantener esto en secreto...

—¿Quién es?

—¿Quién? Bueno... ciertas personas de la Administración.

—¿Por ejemplo?

—No lo sé. Pero supongo que el Consejo de Seguridad Nacional. No el FBI.

—El director del FBI es miembro del Consejo de Seguridad Nacional, Alan —señaló el capitán Stein.

—¿Sí? Bueno, sean quienes sean esas personas, han decidido que ha llegado el momento de empezar a revelarlo todo. No inmediatamente, sino a lo largo de las próximas setenta y dos horas. Como un tercio de lo que sabemos cada día durante los próximos tres días.

El capitán Stein, que tiene una cierta veta sarcástica, preguntó:

—¿Como nombres hoy, verbos mañana y todo lo demás el miércoles?

—No, pero tengo un comunicado de prensa en tres partes, y hoy haré pública la primera parte —respondió Alan, forzando una sonrisa.

—Lo queremos dentro de los próximos diez minutos —dijo Stein—. Continúe.

—Les ruego que comprendan que yo no fabrico las noticias ni decido qué hechos se hacen públicos —dijo Alan—. Sólo hago lo que se me ordena. Pero sí, soy el centro de recepción y emisión de noticias, de modo que agradecería que nadie concediese entrevistas ni convocara conferencias de prensa sin ponerse previamente

en contacto con mi oficina. —Y añadió—: Es muy importante que los medios de comunicación y el público estén informados pero es más importante que sólo sepan lo que nosotros queramos que sepan.

Alan no parecía ver ninguna contradicción en sus palabras, que resultaban alarmantes.

De todos modos, Alan continuó parlotando sobre la importancia de la información como un arma más de nuestro arsenal, y pensé que iba a decir algo acerca de utilizarnos a Kate y a mí como cebo, pero no tocó el tema. En lugar de ello contó varias anécdotas sobre cómo la filtración de noticias ocasionaba muertes, ponía sobre aviso a sospechosos, desbarataba operaciones y originaba toda clase de problemas, incluidos obesidad, impotencia y mal aliento.

—Es cierto que el público tiene derecho a saber —concluyó Alan—, pero no es verdad que nosotros tengamos la obligación de contarle nada.

Se sentó.

Nadie parecía seguro de entender lo que Alan estaba diciendo.

—Nadie debe hablar con la prensa —aclaró Koenig. No obstante, añadió—: Esta tarde, el FBI y el Departamento de Policía de Nueva York celebrarán una conferencia de prensa conjunta a la que seguirá otra en la que intervendrán el gobernador de Nueva York, el alcalde de la ciudad, el comisario de policía y otros. Alguien, en algún momento, de alguna manera, anunciará lo que mucha gente ya sabe o sospecha, que el vuelo Uno-Siete-Cinco fue objeto de un ataque terrorista internacional. El presidente y los miembros del Consejo de Seguridad Nacional comparecerán esta noche en televisión y anunciarán lo mismo. Se producirá una conmoción en los medios de comunicación, y sus respectivas oficinas recibirán multitud de llamadas telefónicas. Por favor, pásenselas todas a Alan, que para eso cobra.

Koenig recordó luego a todos los presentes que había una recompensa de un millón de dólares por cualquier información que condujese a la detención de Asad Khalil, y dinero federal disponible para la compra de información.

Ordenamos unos cuantos cabos sueltos, y Jack Koenig concluyó:

—Comprendo que la cooperación entre agencias es difícil, pero si alguna vez ha habido una ocasión para aunar esfuerzos, compartir información y demostrar buena voluntad, éste es ese momento. Les aseguro que cuando cojamos a ese tipo se reconocerán y tendrán en cuenta los méritos de todos.

Oí al jefe de detectives de la policía de Nueva York, Robert Moody, murmurar algo así como: «Será la primera vez».

El capitán Stein se puso en pie.

—No queremos enterarnos más tarde de que teníamos un soplo sobre este individuo y se perdió en medio de la burocracia, como sucedió con el atentado contra el Trade Center —dijo—. Recuerden que la BAT es el centro de toda información. Recuerden también que todas las fuerzas policiales de este país, de Canadá y de México tienen las señas y datos personales de este individuo y que cualquier

información que llegue será enviada aquí. Además, ahora que la cara de Khalil está en la televisión, podemos contar con que un millón de ciudadanos se mantendrán con los ojos bien abiertos. De modo que si ese sujeto se encuentra todavía en el continente, podríamos tener suerte.

Yo pensé en el jefe de policía de un minúsculo poblado rural perdido en la Georgia profunda. Imaginé que me llamaba por teléfono y me decía: «Buenoh día, John. He oío que ehtai buhcando a eze árabe. Khalil no zé cuánto. Bueno, John, tengo al fulano aquí enchironao, y lo retendremo hahta que vengah por él. Date priza, er tío no quié comer cerdo y se ehtá muriendo d'hambre».

—¿Algo gracioso, detective? —me preguntó Stein.

—No, señor. Estaba pensando en otra cosa.

—¿Sí? Díganos en qué pensaba.

—Verá...

—Oigámoslo, señor Corey.

Así que, en vez de contar mi estúpida ensoñación, salí con un chiste a propósito de la reunión.

—Bueno, pues... la fiscal general quiere averiguar qué institución es la mejor, el FBI, la CÍA o el Departamento de Policía de Nueva York. Así que va y llama a un grupo de cada organización para que se reúna con ella en las afueras de Washington y suelta un conejo en el bosque y dice a los del FBI: «Muy bien, encuentren al conejo».

Miré a mi auditorio. Todos se mantenían inexpresivos, excepto Mike O'Leary, que sonreía con expectación.

—Los del FBI se internan en el bosque y dos horas después salen sin el conejo —proseguí—, pero convocan una conferencia de prensa y dicen: «Hemos analizado en el laboratorio cada rama y cada hoja del bosque, hemos interrogado a doscientos testigos y hemos llegado a la conclusión de que el conejo no ha infringido ninguna ley federal, así que lo hemos dejado marchar». La fiscal general replica: «Tonterías, ustedes no han encontrado al conejo». Entran entonces los de la CÍA... —miré a Harris— y una hora después salen también sin el conejo pero dicen: «El FBI está equivocado. Hemos encontrado al conejo, y ha confesado estar implicado en una conspiración. Lo hemos hecho declarar cuanto sabe, y ahora es un agente doble y trabaja para nosotros». La fiscal general dice: «Tonterías. Ustedes no han encontrado al conejo». Así que entonces entran los de la policía de Nueva York, y a los quince minutos aparece un oso que sale del bosque dando trompicones, y se ve que ha recibido una paliza de aquí te espero, y el oso levanta los brazos y grita: «¡Está bien! ¡Soy un conejo! ¡Soy un conejo!»

O'Leary, Haytham, Moody y Wydrzynski soltaron una carcajada. El capitán Stein trató de no sonreír. Jack Koenig no sonreía, y, por lo tanto, tampoco lo hacía Alan Parker. Tampoco el señor Harris parecía muy regocijado. Kate... bueno, creo que Kate se estaba acostumbrando a mí.

—Gracias, señor Corey —dijo el capitán Stein—. Siento habérselo preguntado.

David Stein puso término a la reunión con unas palabras de aliento.

—Si ese bastardo vuelve a golpear en el área metropolitana de Nueva York, la mayoría de los que estamos aquí deberíamos ir pensando en llamar a la oficina de pensiones. Se levanta la sesión.

Capítulo 37

El lunes a las seis de la mañana sonó el teléfono. Asad Khalil descolgó, y oyó una voz que decía:

—Buenos días.

Khalil empezó a contestar pero la voz continuó hablando, sin interrumpirse, y Khalil comprendió que se trataba de un mensaje grabado.

—Son las seis de la mañana —dijo la voz—, hora a la que ha pedido usted que se le despierte. La temperatura rebasará hoy los veinticinco grados centígrados, con cielo despejado y posibilidad de algún chubasco pasajero al anochecer. Que pase un feliz día, y gracias por elegir Sheraton.

Khalil colgó el teléfono, y acudieron a su mente las palabras *Yob vas*. Se levantó y llevó las dos Glock al cuarto de baño. Se afeitó, se cepilló los dientes, utilizó el retrete y se duchó. Luego retocó el color gris del pelo y se lo peinó a raya, utilizando el secador del hotel.

Al igual que en Europa, en Estados Unidos había muchos lujos, muchas voces grabadas, colchones blandos, agua caliente con sólo abrir un grifo y habitaciones sin insectos ni roedores. Una civilización como aquélla no podía producir buenos soldados de infantería, pensó, y por eso era por lo que los americanos habían reinventado el arte militar. La guerra se limitaba ahora a pulsar botones. Bombas y misiles guiados por láser. Guerra cobarde, como la que habían practicado en su país.

El hombre a quien iba a ver hoy, Paul Grey, era un viejo ejecutor de cobardes bombardeos y ahora se había convertido en un experto en aquel juego de matanzas por control remoto, y también en un acomodado mercader de muerte. Pronto sería un muerto mercader de muerte.

Khalil entró en el cuarto de baño, se postró en el suelo de cara a La Meca y rezó sus oraciones de la mañana. Cuando hubo terminado las oraciones prescritas, rogó:

—Dios me dé hoy la vida de Paul Grey, y la vida de Paul Satherwaite mañana. Que Dios me ayude en mi misión y bendiga esta *yihad* con la victoria.

Se incorporó y se puso el chaleco antibalas, camisa y ropa interior limpias y un traje gris.

Abrió la guía telefónica de Jacksonville por la sección en que se le había dicho que mirase: «Aviones Chárter, servicios de alquiler». Apuntó varios números de teléfono en un trozo de papel y se lo guardó en el bolsillo.

Por debajo de la puerta le habían deslizado un sobre que contenía su factura y una hoja de papel en la que se le informaba de que tenía el periódico al otro lado de la puerta. Atisbo por la mirilla y, al no ver a nadie, descorrió el pestillo y abrió la puerta. Había un periódico sobre la esterilla. Lo cogió y luego cerró la puerta y volvió a

echar el cerrojo.

Se situó junto a la lámpara de mesa y miró la primera página. Allí, mirándolo, había dos fotografías suyas en color, una de frente y otra de perfil. El pie decía: «Se busca: Asad Khalil, libio, unos treinta años de edad, estatura 1,80, habla inglés, árabe, algo de francés, italiano y alemán. Armado y peligroso».

Khalil llevó el periódico al cuarto de baño y lo sostuvo al lado izquierdo de su cara delante del espejo. Se puso las gafas bifocales y miró por la parte no graduada de los cristales. Fue desplazando los ojos de las fotografías a su rostro y viceversa. Adoptó diversas expresiones faciales; luego se apartó un paso del espejo y volvió ligeramente la cabeza a un lado para poder verse el perfil en el espejo de tamaño natural.

Dejó el periódico, cerró los ojos y creó mentalmente una imagen de sí mismo y de las fotografías. El único rasgo que destacaba en su mente era su nariz fina y ganchuda. En cierta ocasión se lo había mencionado a Boris.

—En Norteamérica hay muchos tipos raciales —le había dicho Boris—. En ciertas áreas urbanas, hay norteamericanos capaces de distinguir entre un vietnamita y un camboyano, por ejemplo, o entre un filipino y un mexicano. Pero cuando la persona es de la región mediterránea, entonces hasta el observador más astuto tropieza con dificultades. Tú podrías ser israelí, egipcio, siciliano, griego, sardo, maltés, español o quizá incluso libio.

Boris, queapestaba a vodka aquel día, había reído su propia gracia y añadió:

—El mar Mediterráneo comunicaba entre sí todo el mundo antiguo, no separaba a las personas, como hoy, y se follaba mucho antes de que llegasen Cristo y Mahoma. —Boris rió de nuevo y agregó—: Que la paz sea con ellos.

Khalil recordaba perfectamente que habría matado a Boris allí mismo y en el acto si Malik no hubiera estado presente. Malik estaba detrás de Boris y había sacudido la cabeza al tiempo que hacía un gesto de cortarse el cuello.

Boris no lo vio pero debió de darse cuenta de lo que Malik estaba haciendo, porque dijo:

—Oh, sí, he blasfemado otra vez. Que Alá, Mahoma, Jesús y Abraham me perdonen. Mi único dios es el vodka. Mis santos y mis profetas son los marcos alemanes, los francos suizos y los dólares. El único templo en que entro es la vagina de una mujer. Mi único sacramento es la jodienda. Que Dios me ayude.

Tras lo cual, Boris rompió a llorar como una mujer y salió de la estancia.

En otra ocasión, Boris le había dicho a Asad:

—Protégete del sol durante un mes antes de ir a Estados Unidos. Lávate la cara y las manos con jabón decolorante. En Norteamérica, cuanto más pálido, mejor. Además, cuando el sol te oscurece la piel se te vuelven más visibles las cicatrices que tienes en la cara. ¿Dónde te hiciste esas cicatrices?

Khalil respondió la verdad.

—Una mujer.

Boris se echó a reír y le dio una palmada a Khalil en la espalda.

—Vaya con mi santo amigo. Te acercaste a una mujer lo bastante como para que te arañase la cara. ¿Te la tiraste?

En un raro momento de sinceridad, porque Malik no estaba presente, Khalil respondió:

—Sí.

—¿Y te arañó antes o después de tirártela?

—Después.

Boris se había dejado caer en una silla, riéndose de tal manera que apenas si podía hablar.

—No siempre te arañan la cara después de tirártelas —dijo finalmente—. Mira mi cara. Prueba otra vez. Puede que la próxima te vaya mejor.

Boris continuaba riéndose todavía cuando Khalil se le acercó y, poniéndole los labios junto al oído, le dijo:

—Después de que me arañase, la estrangulé con mis propias manos.

Boris había dejado de reír, y sus miradas se cruzaron.

—Estoy seguro de que lo hiciste —dijo Boris—. Estoy seguro.

Khalil abrió los ojos y se miró en el espejo del cuarto de baño del Sheraton Motor Inn. Las cicatrices que le había hecho Bahira no eran tan visibles, y su nariz ganchuda quizá no resultaba un rasgo tan característico ahora que llevaba gafas y bigote.

En cualquier caso, no tenía más remedio que seguir adelante, con la confianza de que Alá cegara a sus enemigos y de que sus enemigos se cegaran a sí mismos por su propia estupidez, y por la incapacidad americana para centrar la atención en algo durante más de unos segundos.

Khalil llevó de nuevo el periódico a la mesa y, todavía de pie, leyó la noticia de primera plana.

Su inglés hablado era bueno pero su capacidad para leer ese difícil idioma no lo era tanto. Las letras latinas lo desorientaban, la ortografía parecía carente de toda lógica, la fonética de las agrupaciones de letras, tales como «ght» y «ough» no proporcionaban ninguna pista sobre su pronunciación, y el lenguaje de los periodistas parecía no tener la menor relación con el lenguaje hablado.

Leyó trabajosamente el texto y logró entender que el gobierno norteamericano había admitido que se había producido un ataque terrorista. Se daban algunos detalles pero no —pensó Khalil—, los datos más interesantes ni los hechos más embarazosos.

Había toda una página con la relación de los trescientos siete pasajeros muertos, y una lista separada con los tripulantes. Entre todos aquellos nombres faltaba el de un pasajero llamado Yusef Haddad.

Los nombres de las personas a las que él había matado personalmente estaban recogidos bajo el título «Muertos en acto de servicio».

Khalil observó que sus acompañantes, a los que conocía solamente como Philip y Peter, se apellidaban Hundry y Gorman. Figuraban también como «Muertos en acto

de servicio», al igual que un hombre y una mujer identificados como agentes federales, que Khalil ignoraba que estuviesen a bordo.

Pensó por un momento en sus dos acompañantes. Se habían mostrado corteses, incluso solícitos. Se habían asegurado de que estuviese cómodo y de que no le faltase nada. Se habían disculpado por las esposas y le habían ofrecido dejarle que se quitara el chaleco antibalas durante el vuelo, oferta que él había declinado.

Pero, a pesar de sus buenos modales, Khalil había detectado un cierto grado de condescendencia en Hundry, que se había identificado como agente del FBI. Hundry se había mostrado no sólo condescendiente, sino a veces despreciativo, y en una o dos ocasiones había manifestado una cierta hostilidad.

El otro, Gorman, no había proporcionado más identificación que su nombre, que dijo que era Peter. Pero Khalil no tenía la menor duda de que era agente de la CÍA. Gorman no había mostrado hostilidad, y, de hecho, parecía tratar a Asad Khalil como a un igual, quizá como a un colega de servicios de inteligencia.

Hundry y Gorman se habían turnado en el asiento situado junto a su prisionero, o su desertor, como ellos lo llamaban.

Cuando Peter Gorman se sentó a su lado, Khalil aprovechó la ocasión para revelar sus actividades en Europa. Al principio, Gorman había manifestado incredulidad, para finalmente mostrarse impresionado.

—Una de dos: o es usted un buen mentiroso o un asesino excelente —le había dicho—. Averiguaremos cuál de las dos cosas es.

—Soy las dos cosas, y ustedes jamás descubrirán qué es mentira y qué es verdad —había replicado Khalil.

—No apueste por ello —dijo Gorman.

Después, los dos agentes conversaron en voz baja unos minutos y a continuación Hundry se sentó a su lado. Hundry trató de hacer que Khalil le contara lo que le había dicho a Gorman, pero Khalil sólo habló con él del islam, de su cultura y de su país.

Khalil sonrió al pensar en aquel juegucito que lo había mantenido entretenido durante el vuelo. Finalmente, hasta los dos agentes lo encontraron divertido y se lo tomaron con humor. Pero se daban perfecta cuenta de que estaban en presencia de alguien a quien no se debía tratar con condescendencia.

Y finalmente, en el momento en que Yusef Haddad entró en el lavabo, que era la señal convenida para que Khalil solicitase permiso para utilizarlo, éste le dijo a Gorman:

—Maté al coronel Hambrecht en Inglaterra como primera parte de mi misión.

—¿Qué misión? —preguntó Gorman.

—Mi misión de matar a todos los pilotos americanos supervivientes que participaron en la incursión aérea sobre Al Azziziyah el 15 de abril de 1986. —Y añadió—: Toda mi familia murió en el ataque.

Gorman había permanecido un rato en silencio.

—Lamento lo de su familia —dijo finalmente, y agregó—: Creía que los nombres

de esos pilotos estaban clasificados como materia de alto secreto.

—Así es —había replicado Khalil—. Pero los altos secretos se pueden revelar... sólo que cuestan más dinero.

Entonces Gorman había dicho algo que incluso ahora turbaba a Khalil.

—Yo también tengo un secreto para usted, señor Khalil. Tiene que ver con sus padres, y con otros asuntos personales.

Aun a su pesar, Khalil mordió el cebo.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Lo sabrá en Nueva York. Después de que nos haya dicho lo que *nosotros* queremos saber.

Yusef Haddad había salido del lavabo, y no había un minuto que perder. Khalil solicitó permiso para ir al lavabo. Pocos minutos después, Peter Gorman se llevaba a la tumba su secreto y el secreto de Khalil.

Khalil escrutó de nuevo el periódico pero había pocas cosas de interés, fuera de la recompensa de un millón de dólares, que no le pareció mucho dinero, habida cuenta de todas las personas que había matado. De hecho, constituía casi un insulto a las familias de los muertos y, ciertamente, un insulto personal a él mismo.

Tiró el periódico a la papelera, cogió su maletín, atisbo de nuevo por la mirilla y se fue directamente a su coche.

Montó, puso el motor en marcha, salió del *parking* del Sheraton Motor Inn y se incorporó al tráfico de la autopista.

Eran las siete y media de la mañana, el cielo estaba despejado y el tráfico era escaso.

Condujo hacia una zona comercial dominada por un enorme supermercado llamado Winn-Dixie. En Trípoli le habían dicho que de ordinario se podían encontrar teléfonos públicos en los surtidores de gasolina o cerca de los supermercados, y a veces también en las oficinas de Correos, como ocurría en Libia y en Europa. Pero la oficina de Correos era un lugar que debía evitar. Vio una fila de teléfonos en la pared del supermercado, cerca de las puertas de acceso, y estacionó el coche en el casi desierto *parking*. Encontró varias monedas en el maletín, se metió en el bolsillo una de las pistolas, bajó del coche y se dirigió a uno de los teléfonos.

Miró los números que había anotado y marcó el primero.

—Servicios Aéreos Alpha —dijo la voz de una mujer.

—Quisiera alquilar un avión con piloto que me lleve a Daytona Beach —dijo.

—Sí, señor. ¿Cuándo quiere ir?

—Tengo una cita a las nueve y media en Daytona Beach.

—¿Dónde se encuentra usted ahora?

—Le estoy llamando desde el aeropuerto de Jacksonville.

—Muy bien, debe venir aquí lo antes posible. Estamos en el aeropuerto municipal Craig. ¿Sabe dónde está?

—No, pero tomaré un taxi.

—Muy bien. ¿Cuántos pasajeros, señor?

—Yo, solamente.

—Muy bien... ¿y será viaje de ida y vuelta?

—Sí, pero la espera será corta.

—De acuerdo... No puedo darle el precio exacto pero vienen a ser unos trescientos dólares ida y vuelta, más el tiempo de espera. Las tasas de aterrizaje o aparcamiento no están incluidas.

—Sí, está bien.

—¿Su nombre, señor?

—Demitrious Poulos. —Se lo deletreó.

—Muy bien, señor Poulos, cuando llegue al Craig, dígame al taxista que estamos al final de la fila de hangares del lado norte del campo. ¿De acuerdo? Hay un letrero grande. Servicios Aéreos Alpha. Pregunte a cualquiera.

—Gracias. Que tenga un buen día.

—Lo mismo le digo.

Colgó.

En Trípoli le habían asegurado que alquilar un avión con piloto en Estados Unidos era más fácil que alquilar un automóvil. Para un automóvil necesitabas una tarjeta de crédito, carnet de conducir y debías tener una determinada edad. En cambio, para un avión pilotado no te hacían más preguntas que si estuvieras tomando un taxi. Boris le había dicho: «Lo que los americanos llaman Aviación General —vuelos, privados— no está sometido a un rígido control gubernamental como ocurre en Libia o en mi país. No necesitas identificación. Yo mismo lo he hecho muchas veces. En este tipo de cosas el dinero es mejor que una tarjeta de crédito. Pueden ahorrarse impuestos si pagas en metálico, y su contabilidad de los pagos al contado no es tan meticulosa».

Khalil asintió para sus adentros. Su viaje se estaba volviendo menos difícil. Introdujo una moneda en el teléfono y marcó un número que había memorizado.

—*Software* de Simulación Grey —contestó una voz—. Aquí Paul Grey.

—Señor Grey, soy el coronel Itzak Hurok, de la embajada israelí —respondió Khalil.

—Oh, sí, estaba esperando su llamada.

—¿Le ha hablado alguien de Washington?

—Sí, desde luego. Dijeron que a las nueve y media. ¿Dónde está usted ahora?

—En Jacksonville. Acabo de aterrizar.

—Oh, bueno, necesitará unas dos horas y media para llegar aquí.

—Hay un avión privado esperándome en el aeropuerto municipal, y tengo entendido que vive usted en un aeropuerto.

—Bueno, podríamos decirlo así —rió Paul Grey—. Se llama una comunidad de acceso por aire. Spruce Creek, en las afueras de Daytona Beach. Escuche, coronel, tengo una idea. ¿Por qué no voy yo a Craig en mi avión a recogerlo? Reúnase

conmigo en el vestíbulo. Es menos de una hora de vuelo. Puedo despegar antes de diez minutos. Y luego le puedo llevar directamente al aeropuerto internacional de Jacksonville a tiempo para que tome el avión de vuelta a Washington. ¿Qué le parece?

Khalil no había previsto aquello y tuvo que pensar rápidamente.

—Ya he apalabrado un coche para que me lleve al aeropuerto municipal —dijo finalmente—, y mi embajada ha contratado y pagado por anticipado un avión. En cualquier caso, tengo órdenes de no aceptar favores. Ya me entiende.

—Por supuesto que lo entiendo. Pero tiene que tomarse una cerveza fría cuando llegue aquí.

—Lo estoy deseando.

—Muy bien. Asegúrese de que el piloto tiene la información que necesita para aterrizar en Spruce Creek. Si hay algún problema, llámeme antes de despegar.

—Lo haré.

—Y cuando aterrice llámeme desde la estación de servicio y mantenimiento, en el centro del aeropuerto, y me acercaré con el cochecito de golf a recogerlo. ¿De acuerdo?

—Gracias. Como le dijo mi colega —añadió—, tengo que hacer la visita con total discreción.

—¿Qué? Oh, sí. Claro. Estoy solo.

—Excelente.

—Le tengo preparada una demostración espléndida —dijo Paul Grey.

Yo también, capitán Grey.

—Estoy deseando verla.

Khalil colgó y montó en el Mercury. Programó el navegador por satélite para el aeropuerto municipal Craig y enfiló la carretera.

Tomó hacia el este desde el lado norte de Jacksonville, siguió las instrucciones del navegador y al cabo de veinte minutos llegaba a las proximidades del aeropuerto.

Como le dijeron en Trípoli, no había guardias en la puerta, y entró sin detenerse, siguiendo la carretera que conducía a los edificios situados en torno a la torre de control.

El sol relumbraba allí con fuerza, como en Libia, pensó, y la tierra era lisa y de una monotonía sólo interrumpida por algunos bosquecillos de pinos.

Los edificios eran, en su mayoría, hangares pero había una pequeña terminal y una agencia de coches de alquiler. Vio un letrero que decía «Guardia Aérea Nacional de Florida». Sonaba a algo militar y le produjo una cierta inquietud. No se había dado cuenta de que cada uno de los Estados tenía sus propias fuerzas militares. Pero pensó que quizá estaba interpretando equivocadamente el letrero. Boris le había dicho: «En Estados Unidos hay muchos letreros cuyo significado no entienden ni los propios norteamericanos. Si interpretas mal un rótulo y cometes una infracción, no te asustes, no intentes huir y no mates a nadie. Simplemente, discúlpate y explica que la señal no

estaba clara, o que no la viste. Incluso la policía aceptará esa explicación. Los únicos letreros que los norteamericanos ven y entienden son los que dicen Venta, Gratis o Sexo. Una vez vi una señal de carretera en Arizona que decía “Sexo gratis. Velocidad máxima, cuarenta millas por hora”. ¿Entiendes?»

Khalil no entendía, y Boris tuvo que explicárselo.

De todos modos, Khalil evitó la zona señalada como «Guardia Aérea Nacional» y pronto vio el gran cartel que decía: «Servicios Aéreos Alpha».

Observó también que había muchas placas de matrícula de diferentes colores en el aparcamiento situado junto a la agencia de alquiler de coches, por lo que su placa de Nueva York no llamaba la atención.

Introdujo el Mercury en un espacio libre a poca distancia de donde necesitaba ir, cogió el maletín que contenía la segunda Glock y los cargadores de repuesto, bajó del coche, lo cerró con llave y echó a andar en dirección a Alpha.

Había mucha humedad, la luz era muy intensa, y comprendió que podría llevar gafas de sol, como hacía mucha gente. Pero en Trípoli le habían dicho que muchos norteamericanos consideraban una grosería llevar gafas de sol mientras se hablaba con otra persona. En el Sur, sin embargo, la policía llevaba gafas de sol cuando hablaba contigo, le había dicho Boris, y lo hacían adrede, no por grosería, sino como una demostración de poder y masculinidad. Khalil le había pedido a Boris que le aclarara eso, pero el propio Boris tuvo que admitir que no entendía los matices.

Khalil paseó la vista por el aeropuerto, protegiéndose los ojos con la mano. La mayoría de los aparatos que veía eran pequeños aviones de hélice de uno o dos motores y un buen número de reactores de tamaño medio, muchos de los cuales llevaban pintados los nombres de lo que parecían ser empresas.

Un pequeño avión estaba despegando en una pista, a lo lejos, y varios otros rodaban lentamente por las calzadas laterales. Había mucho ruido de motores a su alrededor, y en el aire inmóvil flotaba un fuerte olor a petróleo.

Asad Khalil se dirigió a la puerta de cristales de Servicios Aéreos Alpha, la abrió y entró. Una bocanada de aire helado le golpeó el rostro, haciéndole contener el aliento.

Al otro lado de un largo mostrador, una mujer corpulenta de mediana edad se levantó de la mesa y dijo:

—Buenos días. ¿Puedo ayudarlo en algo?

—Sí. Me llamo Demitrious Poulos, y he llamado...

—Sí, señor. Ha hablado conmigo. ¿Cómo quiere pagar este vuelo, señor?

—En metálico.

—Muy bien, ¿por qué no me da quinientos dólares ahora y arreglamos cuentas a la vuelta?

—Sí. —Khalil contó quinientos dólares, y la mujer le dio un recibo.

—Tome asiento, señor, y llamaré al piloto —dijo ella.

Khalil se sentó en la zona de recepción de la pequeña oficina. Había más silencio

allí, pero el aire era demasiado frío.

La mujer estaba al teléfono. Khalil reparó en los dos periódicos que reposaban en la mesita baja que tenía delante. Uno era el *Florida Times Union* que había visto en el hotel. El otro se llamaba *USA Today*. Los dos mostraban en la primera página su fotografía en color. Cogió el *USA Today* y leyó el artículo, mirando al mismo tiempo a la mujer, cuya cabeza podía ver al otro lado del mostrador.

Estaba totalmente dispuesto a matarla a ella o al piloto, o a cualquiera en cuyos ojos o en cuya cara percibiese la menor señal de haberlo reconocido.

El artículo del *USA Today* era menos claro, si cabía, que el del otro periódico, aunque las palabras eran más sencillas. Había un pequeño mapa en color que mostraba la ruta seguida por el vuelo 175 de Trans-Continental desde París hasta Nueva York. Khalil se preguntó por qué era aquello importante o necesario.

Pocos minutos después se abrió una puerta lateral y entró en la oficina una mujer esbelta de unos veintitantos años. Llevaba un pantalón caqui, una camisa cerrada y unas gafas de sol. Tenía el pelo rubio y corto, y al principio Khalil creyó que era un chico; luego se dio cuenta de su error. De hecho, no carecía de atractivo.

La mujer se dirigió hacia él.

—¿Señor Poulos?

—Sí. —Khalil se puso en pie, dobló el periódico de modo que su foto no quedara a la vista y lo dejó sobre el otro periódico.

La mujer se quitó las gafas de sol, y se miraron a los ojos.

La mujer sonrió, salvando con ello su propia vida y la vida de la mujer del otro lado del mostrador.

—Hola. Soy Stacy Moll —le dijo—. Hoy seré su piloto.

Khalil quedó sin habla un momento, luego inclinó la cabeza y advirtió que la mujer tenía la mano extendida hacia él. Se la estrechó, esperando que ella no viera el rubor que sentía en la cara.

Ella le soltó la mano.

—¿Tiene algún equipaje, aparte de ese maletín? —le preguntó.

—No. Eso es todo.

—Muy bien. ¿Tiene que utilizar el lavabo?

—Oh... no...

—Bien. ¿Fuma usted?

—No.

—Entonces necesito atizarme una dosis antes. —Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo superior y encendió uno con una cerilla de madera—. Será sólo un minuto. ¿Quiere una chocolatina o algo? —Dio una calada mientras hablaba—. ¿Gafas de sol? Tenemos varias ahí. Vienen bien cuando se está volando.

Khalil volvió la vista hacia el mostrador y vio una serie de gafas de sol en una vitrina. Las examinó y cogió un par, cuya etiqueta indicaba 24,95 dólares. Khalil no podía entender la forma que tenían los americanos de fijar los precios, a los que

siempre les faltaban unos pocos centavos para hacer una cantidad redonda en dólares. Se quitó las gafas bifocales, se puso las de sol y se miró en el espejito sujeto a la vitrina. Sonrió.

—Sí, me llevaré éstas.

—Deme veinticinco, y cuidaré de Florida en su nombre —dijo la mujer del mostrador.

Khalil no tenía ni idea de qué estaba hablando pero sacó de la cartera dos billetes de veinte dólares y se los dio.

—Déjeme las gafas para quitarles la etiqueta —le dijo ella después de devolverle el cambio.

Él titubeó, pero no vio cómo podría negarse. Se quitó las gafas pero ella no lo miró mientras cortaba el hilo de plástico que sujetaba la etiqueta del precio. Se las devolvió, y él se las puso rápidamente, sin dejar de mirarla a la cara.

—Bueno, ya he tomado mi dosis —dijo la piloto.

Khalil se volvió hacia ella y vio que había cogido su maletín.

—Yo llevaré eso —dijo.

—Ni hablar. Es mi trabajo. Usted es el cliente. ¿Listo?

A Khalil le habían dicho que tenían que presentar un plan de vuelo, pero la piloto ya estaba en la puerta. Echó a andar hacia ella.

—Que tenga un buen vuelo —le deseó la mujer del mostrador.

—Gracias. Que tenga un buen día.

La piloto sostuvo abierta la puerta para que pasara, y salieron al calor y a la brillante luz del exterior. Las gafas de sol le facilitaban la visión.

—Sígame —dijo ella.

Caminó detrás de la piloto en dirección a un pequeño avión estacionado cerca de la oficina.

—¿De dónde es usted? —preguntó ella—. ¿De Rusia?

—De Grecia.

—¿Sí? Creía que Demitrius era ruso.

—Demitri es ruso. Demitrius es griego.

—No parece usted ruso.

—No. Poulos, de Atenas.

—¿Ha llegado en avión a Jacksonville?

—Sí, al aeropuerto internacional de Jacksonville.

—¿Directo desde Atenas?

—No. Desde Atenas a Washington.

—Ya. Oiga, ¿no tiene calor con ese traje? Quítese la corbata y la chaqueta.

—Estoy bien así. Hace mucho más calor en el sitio de donde vengo.

—¿En serio?

—Déjeme llevar el maletín.

—No se preocupe.

Llegaron hasta el avión, y la mujer preguntó:

—¿Necesita el maletín o lo pongo en el compartimento de pasajeros?

—Lo necesito. —Y añadió—: Hay delicadas terracotas en su interior.

—¿Qué ha dicho que hay?

—Jarrones antiguos. Soy comerciante de antigüedades.

—¿De veras? Muy bien, procuraré no sentarme encima. —Se echó a reír y depositó suavemente el maletín sobre el asfalto.

Khalil miró la avioneta azul y blanca.

—Bueno, para su información —dijo Stacy Moll—, éste es un Piper Cherokee. Lo utilizo principalmente para dar clases de vuelo pero también hago cortos vuelos chárter con él. Oiga, ¿le importa tener como piloto a una mujer?

—No, estoy seguro de que es usted competente.

—Soy más que competente. Soy magnífica.

Él asintió con la cabeza pero notó que volvía a ruborizarse. Se preguntó si habría una forma de matar a aquella desvergonzada mujer sin poner en peligro sus planes futuros. Malik le había dicho: «Tal vez tengas deseo de matar, más que necesidad de hacerlo. Recuerda, el león no tiene deseo de matar, sólo necesidad de matar. Con cada muerte hay un riesgo. Con cada riesgo, el peligro aumenta. Mata a quien debas pero nunca mates por diversión ni por ira».

—Eh, le sientan bien las gafas de sol —le dijo la mujer.

Él movió la cabeza.

—Gracias.

—El avión está listo para despegar. Le he hecho una revisión completa. ¿Vamos?

—Vamos.

—¿Le pone nervioso volar?

Khalil sintió el impulso de decirle que había llegado a Estados Unidos en un avión con dos pilotos muertos, pero se limitó a observar:

—He volado bastante.

—Estupendo. —Saltó al ala derecha, abrió la puerta del Piper y extendió la mano —. Deme el maletín.

Se lo entregó, y ella lo colocó en el asiento posterior. Luego extendió la mano hacia él y dijo:

—Ponga el pie izquierdo en ese escalón y agárrese al asidero del fuselaje. — Señaló una especie de asa que sobresalía por encima de la ventanilla derecha—. Tengo que entrar yo primero... ésta es la única puerta, luego pase usted detrás de mí. —Se introdujo en el avión.

Khalil subió al ala, como ella le había dicho, y luego se acomodó en el asiento delantero derecho. Se volvió y la miró. Sus rostros estaban a sólo unos centímetros de distancia, y ella le sonrió.

—¿Está cómodo?

—Sí.

Se volvió a medias, cogió el maletín y se lo puso sobre las rodillas.

Ella se sujetó el cinturón y le dijo que hiciera lo mismo. Khalil consiguió sujetárselo sin soltar el maletín.

—¿Quiere llevar encima su maletín?

—Sólo hasta que hayamos despegado.

—¿Necesita una píldora o algo?

Necesito estar cerca de mis armas hasta que hayamos salido sanos y salvos de aquí.

—Los jarrones son delicados. Permítame una pregunta... ¿No tenemos que presentar un plan de vuelo? ¿O ya se ha presentado?

Ella señaló hacia afuera por la ventanilla.

—El cielo está completamente despejado —respondió—. No necesitamos plan de vuelo.

Le entregó un casco de auriculares con micrófono, y él se lo puso. Ella se ajustó también el suyo.

—Llamando a Demitrious. ¿Qué tal me oye, Demitrious?

Él carraspeó.

—La oigo bien.

—Yo también. Esto es mejor que andar gritando por encima del ruido del motor. Oiga, ¿puedo llamarlo Demitrious?

—Sí.

—Yo soy Stacy.

—Sí.

Stacy se colocó las gafas de sol, puso en marcha el motor, y el avión empezó a rodar.

—Hoy vamos a utilizar la pista Catorce. Cielo despejado durante todo el trayecto hasta Daytona Beach, sin turbulencias conocidas, buen viento sur y el mejor piloto de toda Florida a los mandos.

Él asintió con la cabeza.

Stacy se detuvo al extremo de la pista Catorce, extendió el brazo por delante de Khalil para cerrar la portezuela y echar el seguro, hizo una comprobación del motor y luego dijo por radio:

—Piper Uno-Cinco *Whisky*, listo para despegar.

—Despegue autorizado, Uno-Cinco *Whisky* —respondió la torre de control.

Stacy Moll aceleró el motor, soltó el freno, y comenzaron a rodar por la pista. A los veinte segundos, el avión se elevó y comenzó a ganar altura.

Hizo girar el Piper treinta grados a la derecha, en un rumbo de ciento setenta grados, casi en dirección sur, y luego pulsó varios botones del panel, al tiempo que explicaba a Khalil:

—Esto es la radio de navegación mediante el satélite de posicionamiento global. ¿Sabe cómo funciona?

—Sí. Tengo uno en mi coche. En Grecia.

Ella se echó a reír.

—Estupendo. Queda a su cargo el GPS, Demitrious.

—¿Sí?

—Era broma. Oiga, ¿quiere que cierre el pico o prefiere compañía?

—Me encantaría tener compañía —se encontró diciendo a sí mismo.

—Estupendo. Pero si hablo demasiado, dígamelo.

Él asintió con la cabeza.

—Nuestro tiempo de vuelo hasta el aeropuerto de Daytona Beach es de entre cuarenta y cincuenta minutos —dijo ella—. Quizá menos.

—En realidad no es al aeropuerto de Daytona Beach adonde quiero ir.

Ella lo miró.

—¿Adónde quiere ir exactamente?

—Es un sitio llamado Spruce Creek. ¿Lo conoce?

—Desde luego. Una comunidad muy selecta y elegante. Reprogramaré el sistema.

—Pulsó varios botones de la consola.

—Lamento haber dado lugar a confusión.

—No hay ningún problema. Resulta más fácil ir allí que al aeropuerto grande, especialmente en un día tan radiante como hoy.

—Muy bien.

Ella se recostó en el asiento y escrutó el panel de control.

—Ochenta y cuatro millas náuticas, tiempo de vuelo cuarenta y un minutos, consumo estimado de combustible, nueve galones y medio. Una perita en dulce.

—No, gracias.

Ella lo miró y se echó a reír.

—No, quiero decir... es una especie de argot. Significa que no hay problemas.

Él asintió con la cabeza.

—Reduciré el argot al mínimo. Si no me entiende, diga: «Stacy, hable en inglés».

—Sí.

—Muy bien, estamos subiendo a ochocientos metros, justo al este de la base aeronaval de Jacksonville. Puede verla ahí abajo. Eche un vistazo. El otro aeródromo, al oeste, se llamaba campo Cecil, también de la Marina, pero ha sido desafectado. ¿Ve algún caza de reacción por aquí? Casi todos los días hacen sus entrenamientos. Fíjese bien. Lo último que necesito es que un maldito piloto de reactores se me pegue al culo... disculpe mi francés.

—¿Francés?

—Olvídelo. Oiga, no es asunto mío, pero ¿por qué va usted a Spruce Creek?

—Tengo una cita de negocios allí. Un coleccionista de antigüedades griegas.

—Muy bien. ¿Estará como una hora en tierra?

—Quizá menos. No más, desde luego.

—Tómese todo el tiempo que necesite. Tengo libre todo el día.

—No tardaré mucho.

—¿Sabe adónde tiene que ir cuando aterricemos?

—Sí. Tengo la información.

—¿Ha estado alguna vez allí? ¿En Spruce Creek?

—No.

—Es un sitio muy selecto. Eso significa gente con demasiado dinero. Bueno, no todos nadan en la opulencia pero hay mucho presuntuoso entre ellos. Montones de médicos, abogados y hombres de negocios que creen que saben pilotar. Pero también hay muchos pilotos de líneas aéreas comerciales... en activo y retirados. Saben manejar los aparatos grandes pero a veces se estrellan con sus avionetas deportivas. Lo siento, se supone que no debo hablar de accidentes aéreos con los clientes. —Rió de nuevo.

Khalil sonrió.

—De todos modos —continuó ella—, en Spruce Creek también hay unos cuantos militares retirados. De esos que se las dan de muy machos, ya sabe. Quiero decir que creen que son un obsequio de Dios para las mujeres. ¿Entiende?

—Sí.

—Eh, el tipo que va a visitar no se llamará Jim Marcus, ¿verdad?

—No.

—¡Uf! Bueno, yo salí una temporada con ese idiota. Estuvo en la Marina y ahora es piloto de US Airways. Mi padre era piloto militar de reactores. Me decía que nunca saliera con un piloto. Buen consejo. Bueno, el caso es que si no vuelvo a ver nunca a ese hijo de perra, mejor. De acuerdo, ya está bien de hablar de mis problemas. Ahí abajo, a la izquierda..., ahora no puede verlo, pero lo verá a la vuelta, está San Agustín, el poblado más antiguo de Estados Unidos. Poblado europeo, quiero decir. Los indios estuvieron aquí primero, ¿no?

—¿Tienen mucho dinero los pilotos retirados en Estados Unidos? —preguntó Khalil.

—Bueno... depende. Les queda una buena pensión si han reunido suficiente tiempo de servicio y han logrado una graduación alta. Como coronel quizá..., o sea, capitán en la Marina. Les va muy bien si han sabido ahorrar un poco y no han derrochado toda la paga. Muchos de ellos se ponen a trabajar para alguna empresa relacionada con su profesión, ¿comprende? Como una compañía privada que fabrique piezas de armas para aviones militares. Tienen contactos y se encargan de las relaciones públicas. Algunos vuelan para compañías privadas. Contratan a tipos que han pertenecido al ejército. Tíos muy machos y muy amigotes entre ellos. Los jefes quieren a alguien que haya bombardeado a algunos pobres infelices. Luego cuentan a todos sus amigos... pues mi piloto es el coronel Smith, que achicharró a bombazos a los yugoslavos, o los iraquíes, ya sabe.

—O a los libios.

—Nosotros nunca hemos bombardeado a los libios, ¿no?

—Creo que sí. Hace muchos años.

—¿Sí? No lo recuerdo. Tenemos que dejar de hacer eso. Es algo que le enfurece a la gente.

—Sí.

El Piper continuó hacia el sur.

—Acabamos de pasar por Palatka —dijo Stacy Moll—. Bien, si mira a la derecha, verá la zona de prácticas de la Marina. ¿Ve esa extensión arrasada? No podemos acercarnos más porque es espacio aéreo de acceso restringido. Pero puede ver las zonas de los blancos de tiro. ¡Eh, hoy están bombardeando! ¿Ha visto a ese tío lanzarse en picado y elevarse inmediatamente en vertical? ¡Jo! Hace un año que no veía nada igual. Esté atento a los grandes ases. Generalmente llegan a gran altura y sueltan su carga allá arriba, pero a veces practican pasadas rasantes, como cuando tienen que eludir el radar enemigo. Entonces hay que estar al tanto. ¡Eh, mire! ¿Ve eso? Ahí viene otro en vuelo rasante. Jo. ¿Ve algún avión?

El corazón le palpitaba violentamente a Asad Khalil. Cerró los ojos y a través de la negrura vio el ardiente penacho rojo del reactor atacante lanzándose sobre él, la mancha borrosa del aparato recortándose sobre el resplandor de Trípoli. El caza ya no estaba más que a un metro de su cara, o quizá era así como lo recordaba con el paso del tiempo. El caza se había elevado bruscamente en el aire, e instantes después estallaron cuatro ensordecedoras explosiones, y el mundo quedó destruido a su alrededor.

—¿Demetrious? ¿Demetrious? ¿Se encuentra bien?

Se dio cuenta de que tenía la cara hundida entre las manos y el sudor le bañaba la piel. La mujer le estaba sacudiendo por los hombros.

Bajó las manos, cogió aire y dijo:

—Sí. Estoy bien.

—¿Seguro? Si tiene ganas de devolver, tengo a mano una bolsa de plástico.

—Estoy bien. Gracias.

—¿Quiere un poco de agua? Tengo agua detrás.

Él negó con la cabeza.

—Ya estoy bien.

—Vale.

Continuaron volando en dirección sur sobre los campos de Florida. Al cabo de unos minutos, Khalil dijo:

—Ya me siento mucho mejor.

—¿Sí? Quizá no deba mirar abajo. El vértigo, ya sabe. ¿Cómo se dice vértigo en griego?

—Igual. Vértigo.

—¿En serio? Eso quiere decir que yo hablo griego.

Él la miró, y ella le sostuvo la mirada.

—Era broma —dijo ella.

—Naturalmente. —*Si hablaras griego, sabrías que yo no lo hablo.*

—Allá a la derecha... no mire, está Daytona Beach. Se ven los grandes hoteles de la playa. No mire. ¿Qué tal la tripa?

—Bien.

—Estupendo. Vamos a empezar el descenso. Puede que resulte un poco movido.

El Piper descendió hacia los trescientos metros, y cuanto más bajaban más turbulencias encontraban.

—¿Qué tal vamos? —preguntó Stacy Moll.

—Muy bien.

—Estupendo. No habrá muchas más sacudidas. Son sólo las turbulencias debidas a la baja altura.

Sintonizó una frecuencia en su radio y pulsó tres veces el transmisor. Una voz femenina de autómata dijo:

—Informe meteorológico del aeropuerto de Spruce Creek, viento en ciento noventa grados a nueve nudos, altímetro tres-cero-dos-cuatro.

Stacy Moll cambió la frecuencia y transmitió:

—Tráfico de Spruce Creek, Piper Uno-Cinco *Whisky* está a dos millas al oeste, entrando a favor de viento por pista Dos-Tres.

—¿Con quién habla? —preguntó Khalil.

—Sólo estoy anunciando nuestra posición a otro avión que podría estar en la zona. Pero no veo a nadie, y nadie dice nada por la radio. Así que vamos a entrar derechos. —Añadió—: No hay torre en Spruce Creek, que está a seis millas al sur del internacional de Daytona Beach. Voy a mantenerme a baja altura y al oeste de Daytona, para poder esquivar su radar y no tener que hablar con ellos. ¿Comprende?

Él asintió con la cabeza.

—¿De modo que... no hay... constancia de nuestra llegada?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—En mi país se lleva un registro de todos los aviones.

—Éste es un aeródromo privado. —Inició un lento viraje—. Es una comunidad con servicio de seguridad en la entrada. Ya sabe, si llega en coche, el nazi de la puerta lo registrará de arriba abajo a menos que lo avale uno de los residentes. Aun así, no dejarán de observarlo detenidamente y de someterlo a un auténtico tercer grado.

Khalil asintió con la cabeza. Ya lo sabía, y por eso llegaba en avión.

Stacy Moll continuó:

—Yo solía venir de vez en cuando aquí en coche a ver al señor Maravilloso, y al idiota de él a veces se le olvidaba avisar al nazi de mi llegada. Qué menos que acordarse de que yo llegaba, ¿no? Bueno, pues por eso venía en avión siempre que podía. Porque es que ya puedes ser un asesino sanguinario, que si tienes un avión nadie te pone la menor pega. Quizá deberían instalar cañones antiaéreos. Y exigir una contraseña para la voz automatizada. ¿Amigo o enemigo? Si no tienes la contraseña, abren fuego y te borran del mapa. —Rió—. Algún día voy a arrojar una bomba en la

maldita casa del señor Maravilloso. Quizá en medio de su piscina mientras se baña en cueros. A él y a la nueva. ¡Hombres! Me sacan de quicio. No puedes vivir con ellos, no puedes vivir sin ellos. ¿Está usted casado?

—No.

—¿Ve aquel club de campo? Campo de golf, pistas de tenis, hangares privados al lado mismo de algunas de las casas, piscinas... Estos tíos saben cuidarse. ¿Ve aquella casa grande amarilla? Mire. Ésa es de un famoso actor de cine al que le gusta pilotar su propio reactor. Apuesto a que no les cae nada bien a los hombres de por aquí, pero estoy seguro de que a las mujeres, sí. ¿Ve esa casa blanca con la piscina? Es de un magnate inmobiliario de Nueva York que posee un birreactor Citation. Estuve con él una vez. Buena persona. Es judío. A los hombres les cae probablemente tan bien como el actor. Estoy buscando otra casa... de un tipo llamado... no me acuerdo ahora de su nombre, pero es piloto de US Airways, ha escrito un par de novelas de aviación... no recuerdo los títulos... era amigo del señor Maravilloso. Quería sacarme en uno de sus libros. ¿Qué me costaba eso a mí? ¡Uf! Hombres.

Khalil contempló la sucesión de mansiones que se extendían allá abajo, las palmeras, las piscinas, los verdes céspedes y los aviones estacionados junto a algunas de las casas. El hombre que tal vez había asesinado a su familia estaba allí abajo, esperándolo con una sonrisa y una cerveza. Khalil casi podía sentir el sabor de su sangre.

—Bien, todo el mundo en silencio durante los próximos segundos —dijo Stacy.

El Piper se aproximó a una pista señalada con el número 23, disminuyó el ruido del motor, la pista pareció elevarse, y el avión tocó tierra con suavidad.

—Un aterrizaje excelente. —Rió, y redujo rápidamente la velocidad accionando los frenos de las ruedas—. La semana pasada tuve un aterrizaje un tanto agitado con fuerte viento de través, y el listillo del cliente me preguntó: «¿Hemos aterrizado o nos han derribado?»

Rió de nuevo.

Se detuvieron junto a la calzada de rodaje central, y salieron de la pista.

—¿Dónde está el hombre que lo espera?

—En su casa. Vive junto a una de las calzadas de rodaje.

—¿Ah, sí? Un tipo con pasta. ¿Sabe adónde ir?

Khalil sacó del maletín una hoja de papel en la que había un plano hecho por ordenador en el que decía: «Plano obsequio. Spruce Creek. Florida».

Stacy lo cogió y echó un vistazo.

—Muy bien... ¿cuál es la dirección del hombre?

—Es la calzada Yankee. Al final.

—Eso no queda lejos de donde vive señor Maravilloso. Bien, haremos como si fuésemos en taxi.

Extendió el brazo por delante de su pasajero, abrió la puerta para ventilar la carlinga, en la que ya comenzaba a hacer demasiado calor, y luego miró el plano que

tenía sobre el regazo y empezó a conducir el Piper por las calzadas.

—Bien, aquí está el área de aprovisionamiento de combustible y los hangares de mantenimiento de Spruce Creek Aviation... aquí está Beech Boulevard... —Pasó a una ancha carretera de cemento y añadió—: Algunos de estos sitios son calzadas sólo para aviones, otros sólo para vehículos y otros son para aviones y vehículos. Como si yo quisiera compartir carretera con el todoterreno de algún idiota. Esté al tanto por si se ve algún cochecito de golf. Los jugadores de golf son más estúpidos aún que los dueños de los todoterrenos. Bueno... ahí está el Cessna Boulevard... qué bien elegidos los nombres, ¿verdad?

Torció a la izquierda por Cessna, luego a la derecha por la calzada Tango y seguidamente a la izquierda por Tango Este. Se quitó las gafas de sol y dijo:

—Mire esas casas.

Era lo que estaba haciendo Khalil. A ambos lados se alineaban las traseras de lujosas mansiones con acceso por la pista, con grandes hangares privados, piscinas cercadas y palmeras que le recordaban a su patria.

—Aquí hay muchas palmeras, pero no he visto ninguna en Jacksonville —dijo.

—Oh, no crecen aquí de forma natural. Estos idiotas las traen del sur de Florida. Esto es el norte de Florida pero piensan que necesitan tener palmeras a su alrededor. Me sorprende que no tengan flamencos atados en el jardín.

Khalil no respondió pero pensó de nuevo en Paul Grey, con quien iba a reunirse al cabo de unos minutos. Realmente, aquel asesino había ido al Paraíso antes de morir, mientras Khalil vivía en el infierno. No tardaría en invertirse la situación.

—Bueno, aquí está la calzada Mike... —anunció Stacy Moll. Hizo girar el Piper a la derecha, por la estrecha franja de asfalto.

Varios de los hangares tenían las puertas abiertas, y Khalil observó que había muchos tipos de aviones... pequeños aparatos monomotores, como el que ocupaba en aquellos momentos, extraños aviones con una ala encima de otra y reactores de tamaño mediano.

—¿Tienen alguna finalidad militar estos aviones? —preguntó.

Ella se echó a reír.

—No, son los juguetes de estos chicos, ¿comprende? Yo vuelo para ganarme la vida. La mayoría de estos payasos sólo vuelan por diversión o para impresionar a sus amigos. Por cierto, estoy aprendiendo a tripular reactores. Es muy caro, pero hay un tipo que me lo paga... quiere que pilote el reactor de su empresa. Ya sabe, como le he dicho, algunos peces gordos quieren pilotos militares, pero otros prefieren... como un juguete dentro del juguete. ¿Lo pilla?

—¿Perdón?

—¿De *dónde* es usted?

—De Grecia.

—¿Sí? Yo creía que los millonarios griegos... bueno, ya hemos llegado. Calzada Yankee.

Viró a la derecha, y la calzada terminó en una superficie de cemento que conducía a un amplio hangar. En la pared de éste había un pequeño letrero que decía: «Paul Grey».

El hangar estaba abierto, y en su interior se veía un avión bimotor, un Mercedes Benz descapotable, una escalera que llevaba a un sobrado y un carro de golf.

—Este tío tiene todos los juguetes —dijo Stacy Moll—. Ése es un Beech Barón, modelo del 58, y parece bastante nuevo. Vale un dineral. ¿Va a venderle algo?

—Sí. Los jarrones.

—¿Sí? ¿Son caros?

—Mucho.

—Estupendo. El hombre tiene pasta. Dinero. Por cierto, ¿está casado este tío?

—No.

—Pregúntele si necesita un copiloto. —Se echó a reír.

Apagó el motor del Piper.

—Tiene que salir usted primero, a menos que quiera que le pase por encima. —Rió—. Tómese lo con calma. Yo le sostendré el maletín. —Se lo cogió de encima de las rodillas.

Khalil salió del avión a la sección antideslizante del ala. Stacy Moll le entregó el maletín, y él lo puso encima del ala y saltó sobre el cemento. Luego se volvió y cogió el maletín.

Stacy lo siguió y saltó también desde el ala, pero perdió el equilibrio y trastabilló hacia adelante. Tropezó con Khalil y se le agarró al hombro para recuperar el equilibrio. A Asad Khalil se le cayeron las gafas y su rostro quedó a menos de quince centímetros del de Stacy Moll. Ella lo miró a los ojos, y él le sostuvo la mirada.

Finalmente, ella sonrió y dijo:

—Disculpe.

Khalil se agachó, recogió las gafas de sol y se las puso.

Ella sacó del bolsillo el paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Esperaré aquí, en el hangar, a la sombra. Voy a servirme algo de su frigorífico y utilizaré el baño del hangar. Todos tienen lavabos y frigoríficos. A veces, cocinas y despensas. Así, cuando la criada se larga no tienen que ir muy lejos. —Rió—. Dígale a este tipo que voy a coger una Coca-Cola. Le dejaré un dólar.

—Sí.

—Hombre, el señor Maravilloso vive cerca de aquí. Igual me acerco a saludarlo.

—Tal vez deba quedarse aquí —respondió Khalil, y añadió—: No tardaré mucho.

—Claro. Sólo estaba bromeando. Probablemente le atascaría la tubería de combustible si no lo encontraba en casa.

Khalil se volvió hacia el camino de cemento que conducía al edificio.

—Buena suerte —le dijo ella desde atrás—. Estrújelo bien. Hágale pagar con sangre.

Khalil volvió la cabeza.

—¿Perdón?

—Significa que le haga pagar mucho.

—Sí. Le haré pagar con sangre.

Siguió el sendero por entre los matorrales hasta llegar a una puerta de tela metálica que daba a una piscina cercada. Empujó la puerta y la abrió. Entró en la zona de la piscina y se fijó en las tumbonas, un mostradorcito para bebidas y un flotador en el agua.

Había otra puerta, y se dirigió hacia ella. Dentro, se veía una amplia cocina. Miró su reloj y vio que eran las nueve y diez.

Pulsó el botón del timbre y esperó. Cantaban los pájaros en los árboles cercanos, alguna criatura emitía una especie de graznido y una avioneta describía círculos en lo alto.

Al cabo de un minuto, un hombre vestido con pantalones marrones y camisa azul se acercó a la puerta y lo miró a través del cristal.

Khalil sonrió.

El hombre abrió la puerta y preguntó:

—¿Coronel Hurok?

—Sí. ¿Capitán Grey?

—En efecto. Pero sólo *señor* Grey. Llámeme Paul. Adelante.

Asad Khalil entró en la amplia cocina del señor Paul Grey. La casa tenía aire acondicionado pero no hacía excesivo frío.

—¿Puedo coger ese maletín? —preguntó Paul Grey.

—No hace falta.

Paul Grey miró el reloj de la pared y observó:

—Se ha adelantado usted un poco pero no es problema. Estoy listo.

—Magnífico.

—¿Cómo ha encontrado la casa?

—Indiqué a mi piloto que utilizara las calzadas.

—Oh... ¿cómo sabía qué calzadas utilizar?

—Señor Grey, hay poco que mi organización no conozca acerca de usted. Por eso estoy aquí. Usted ha sido elegido.

—Bueno. Me parece bien. ¿Le apetece una cerveza?

—Sólo agua, por favor.

Khalil observó a Paul Grey mientras sacaba del frigorífico una jarra de zumo y una botella de plástico de agua mineral y cogía luego dos vasos de un armario. Paul Grey no era alto pero parecía hallarse en excelentes condiciones físicas. Tenía la piel tan oscura como la de un beréber y, al igual que el general Waycliff, tenía el pelo gris, pero su rostro no era el de un viejo.

—¿Dónde está su piloto? —preguntó Paul Grey.

—Ha dicho que se quedaba en su hangar para estar protegida del sol. Preguntaba si podía utilizar el lavabo y coger alguna bebida.

—Desde luego. No hay ningún problema. ¿Ha venido con una mujer piloto?

—Sí.

—Tal vez quiera entrar a ver esta demostración. Es impresionante.

—No. Como he dicho, debemos ser discretos.

—Claro, lo siento.

—Le he dicho que yo era un griego que venía a venderle a usted jarrones antiguos —dijo Khalil, levantando el maletín y sonriendo.

Paul Grey sonrió también.

—Buena tapadera —comentó—. Supongo que podría usted pasar por griego.

—¿Por qué no?

Grey dio a Khalil un vaso de agua mineral.

—Vaso, no —dijo Khalil. Y explicó—: Soy *kosher*. No se ofenda, pero no puedo utilizar objetos no *kosher*. Lo siento.

—No hay ningún problema. —Grey tomó otra botella de plástico de agua mineral y se la tendió a su visitante.

Khalil la cogió y dijo:

—Padezco también una afección ocular que me obliga a llevar estas gafas.

Grey levantó su vaso de zumo de naranja.

—Bien venido, coronel Hurok.

Entrechocaron vaso y botella y bebieron.

—Bien, vamos a mi sala de guerra, coronel, y podemos empezar —dijo Grey.

Khalil siguió a Paul Grey por las estancias, irregularmente dispuestas, de la mansión.

—Una casa muy bonita —comentó.

—Gracias. Tuve la suerte de comprarla durante una leve inflexión bajista del mercado..., sólo tuve que pagar el doble de lo que vale. —Rió.

Entraron en una amplia habitación, y Paul Grey cerró la pequeña puerta corrediza a su espalda.

—Nadie nos molestará aquí.

—¿Hay alguien en la casa?

—La señora de la limpieza solamente. No vendrá a esta habitación.

Khalil paseó la vista por la amplia estancia, que parecía una combinación de sala de estar y oficina. Todo parecía caro, la gruesa alfombra, el mobiliario de madera, los aparatos electrónicos dispuestos contra la pared del fondo. Vio cuatro pantallas de ordenador, con teclados y otros controles delante de cada una.

—Permita que le lleve el maletín —dijo Paul Grey.

—Lo pondré con el agua —respondió Khalil.

Paul Grey indicó una mesita baja sobre la que había un periódico. Ambos depositaron sus bebidas sobre ella, y Khalil dejó el maletín en el suelo.

—¿Le importa que eche un vistazo por la sala? —preguntó.

—En absoluto.

Khalil se acercó a una pared de la que colgaban fotografías y cuadros de muchos aviones diferentes, incluida una pintura realista de un reactor F-11, que Khalil observó con detenimiento.

—Encargué ese cuadro a partir de una fotografía —dijo Paul Grey—. Piloté aviones F-11 durante muchos años.

—Sí, lo sé.

Paul Grey no respondió.

Khalil examinó una pared en la que se mostraban numerosas citas, cartas de elogio y un cuadro enmarcado y protegido por una lámina de cristal en el que estaban prendidas nueve medallas militares.

—Recibí muchas de esas medallas por mi participación en la guerra del Golfo —dijo Grey—. Pero supongo que también sabe eso.

—Sí. Y mi gobierno aprecia los servicios prestados por usted a nuestra causa.

Khalil se acercó a una estantería sobre la que reposaban libros y maquetas en plástico de diversos aviones. Paul Grey se situó junto a él y cogió uno de los libros.

—Mire, éste le gustará. Fue escrito por el general Gideon Shaudar. Me lo firmó de su puño y letra.

Khalil cogió el libro, que tenía un caza en la portada, y vio que estaba en hebreo.

—Mire la dedicatoria —dijo Paul Grey.

Asad Khalil abrió el libro por atrás, que, como sabía, era el principio del libro en hebreo, lo mismo que en árabe, y vio que la dedicatoria estaba en inglés, pero había también caracteres hebreos que no podía leer.

—Por fin alguien que puede traducirme el hebreo —dijo Grey.

—En realidad se trata de un proverbio árabe muy popular también entre los israelíes —comentó Khalil—. «El enemigo de mi enemigo es mi amigo». —Khalil devolvió el libro a Grey y observó—: Muy apropiado.

Paul Grey colocó el libro en el estante.

—Sentémonos un momento antes de empezar —dijo, al tiempo que hacía a Khalil una seña en dirección a una silla tapizada situada junto a la mesita. Khalil tomó asiento, y Paul Grey se sentó frente a él.

Paul Grey tomó un sorbo de su zumo de naranja. Khalil bebió un trago de su botella de agua.

—Le ruego que comprenda, coronel, que la demostración de *software* que voy a presentarle podría considerarse material clasificado —dijo Grey—. Pero, a mi modo de ver, puedo mostrársela a un representante de un gobierno amigo. No obstante, si se trata de comprarlo, necesitaremos autorización.

—Lo comprendo. Mis hombres ya están trabajando en ello. —Y añadió—: Agradezco las medidas de seguridad. No queríamos que este *software* cayese en manos de... digamos, nuestros mutuos enemigos. —Sonrió.

Paul Grey correspondió a la sonrisa.

—Si se refiere a ciertas naciones de Oriente Medio, dudo de que pudieran darle

ningún uso práctico a esto. Para serle sincero, coronel, esa gente es completamente estúpida.

Khalil sonrió de nuevo.

—Nunca subestime a un enemigo —dijo.

—Procuro no hacerlo pero si hubiera estado usted en mi carlinga en el Golfo, habría creído que volaba contra una pandilla de esparcidores de pesticida. Eso no contribuye precisamente a aumentar mi prestigio, pero estoy hablando con un profesional, así que seré franco.

—Como ya le han dicho mis colegas —respondió Khalil—, aunque soy el agregado aéreo de la embajada, lo cierto es que carezco de experiencia en aviones de combate. Mi ámbito de conocimientos se circunscribe al entrenamiento y las operaciones, de modo que no puedo deleitarlo con heroicos relatos bélicos.

Grey asintió con la cabeza.

Khalil miró unos instantes a su anfitrión. Habría podido matarlo en el mismo instante en que abrió la puerta de la cocina, o en cualquier momento posterior, pero el homicidio carecería de sentido sin algún detalle agradable. Malik le había dicho: «Todos los miembros de la familia de los felinos juegan con sus presas antes de matarlas. Tómate tu tiempo. Saborea el momento. No volverá a presentarse».

—¿Ha leído lo que se ha revelado sobre el vuelo Uno-Siete-Cinco? —preguntó Khalil, señalando con la cabeza el periódico que estaba sobre la mesita.

Grey volvió la vista hacia el periódico.

—Sí... van a rodar varias cabezas por eso. Quiero decir que ¿cómo diablos hicieron semejante cosa esos libios? Una bomba a bordo es una cosa pero... ¿gas? Y luego el tipo escapa y mata a un montón de agentes federales. Yo veo en este asunto la mano de Muammar al-Gadafi.

—¿Sí? Quizá. Lástima que la bomba que usted lanzó sobre su residencia de Al Azziziyah no lo matase.

Paul Grey tardó unos segundos en responder.

—Yo no intervine en aquella misión coronel —dijo—, y si sus servicios de inteligencia creen otra cosa se equivocan.

Asad Khalil levantó la mano en gesto conciliador.

—No, no, capitán. No me refería a usted personalmente. Me refería a la Fuerza Aérea americana.

—Oh... disculpe.

—Sin embargo —continuó Khalil—, si estuvo usted en aquella misión, lo felicito y le doy las gracias en nombre del pueblo israelí.

Paul Grey permaneció inexpresivo. Luego se puso en pie y dijo:

—¿Por qué no nos acercamos ahí a echar un vistazo?

Khalil se levantó, cogió su maletín y siguió a Paul Grey hasta el fondo de la sala, donde había dos sillones de cuero giratorios instalados delante de dos pantallas.

—En primer lugar —dijo Paul Grey—, le presentaré una demostración del

software, utilizando solamente este joystick y el teclado. Después pasaremos a esos otros dos sillones, donde entraremos en el mundo de la realidad virtual.

Se dirigió a los dos asientos más sofisticados, que no tenían delante ninguna pantalla de televisión.

—Aquí utilizamos diseño y simulación por ordenador para permitir a una persona interactuar con un escenario tridimensional artificial y otros entornos sensoriales. ¿Está usted familiarizado con este tipo de cosas?

Khalil no respondió.

Paul Grey titubeó un momento y luego continuó:

—Las aplicaciones de realidad virtual sumergen al usuario en un entorno generado por ordenador que simula la realidad a través de la utilización de artilugios interactivos que envían y reciben información. Estos artilugios son, generalmente, gafas, cascos, guantes o incluso trajes especiales. Tengo aquí dos cascos con una pantalla estereoscópica para cada ojo en la que se pueden ver imágenes animadas de un entorno simulado. La ilusión de estar allí, telepresencia, se logra por medio de sensores de movimiento que captan los movimientos del usuario y ajustan consiguientemente la visión en las pantallas, de ordinario en tiempo real.

Paul Grey miró a su potencial cliente pero no pudo ver signo alguno de comprensión ni de incompreensión tras las gafas de sol.

—Como ve —continuó—, he instalado una carlinga genérica de cazabombardero, con sus pedales de timón, válvulas, palanca de mando, lanzadores de bombas, etcétera. Como usted no tiene experiencia en cazas de combate, no podrá tripular este aparato, pero puede experimentar lo que es un bombardeo con sólo ponerse el casco estereoscópico mientras yo manejo los mandos.

Asad Khalil miró los complicados mecanismos y adminículos que le rodeaban.

—Sí, en nuestra Fuerza Aérea tenemos instrumentos similares —dijo.

—Lo sé. Pero el *software* que se ha desarrollado recientemente va muchos años por delante del que existía hasta ahora. Sentémonos delante de los monitores, y le presentaré una rápida panorámica antes de pasar a la realidad virtual.

Volvieron al otro extremo de la sala, y Paul Grey indicó uno de los dos sillones giratorios de cuero situados a ambos lados de una consola, cada uno de ellos con un teclado delante. Khalil se sentó.

—Éstos son asientos de un viejo F-11 a los que adapté una base giratoria. Sólo para ambientarnos —declaró Paul Grey, todavía de pie.

—No son muy cómodos.

—No, no lo son. Una vez volé... he volado largas distancias en estos asientos. ¿Quiere que le cuelgue la chaqueta?

—No, gracias. No estoy acostumbrado al aire acondicionado.

—Tal vez quiera quitarse las gafas de sol cuando apague las luces de la sala.

—Sí.

Paul Grey se sentó en el asiento contiguo al de Khalil, cogió un mando a distancia

que había sobre la consola, pulsó dos botones y las luces se debilitaron al tiempo que unas gruesas cortinas se corrían ante las amplias ventanas. Khalil se quitó las gafas de sol. Permanecieron en silencio durante un instante en la oscuridad, observando a su alrededor los destellos de los aparatos electrónicos.

Se intensificó el brillo de la pantalla de imagen y mostró la carlinga y el parabrisas de un moderno cazareactor de ataque.

—Esto es la carlinga del F-16 —dijo Grey—, pero en esta simulación se pueden utilizar otros aviones. Ustedes tienen varios de ellos en su arsenal. La primera simulación que voy a mostrarle es una misión de bombardeo aéreo. Los pilotos de caza que pasan diez o quince horas con este *software* relativamente barato llevan muchas horas de ventaja a otro que siga un programa de entrenamiento en vuelo. Esto puede ahorrar millones de dólares por piloto.

La vista que se divisaba a través del parabrisas de la simulada carlinga cambió súbitamente de un cielo azul a un horizonte verde.

—Estoy utilizando este joystick con unos cuantos controles adicionales del teclado, pero el *software* se puede accionar con los controles reales de los modernos aviones de ataque americanos situados en un simulador terrestre de realidad virtual, como veremos luego —explicó Grey.

—Muy interesante.

—Bien, los objetivos programados en el *software* son principalmente objetivos imaginarios, de tipo genérico, puentes, aeródromos, baterías antiaéreas y rampas de misiles... pueden dispararle a uno... —Se echó a reír y continuó—: Pero yo tengo ya preprogramados varios objetivos reales, y se pueden programar otros si se ha realizado un previo reconocimiento aéreo o se han tomado fotos desde un satélite.

—Comprendo.

—Bien. Tomemos un puente.

La vista a través del parabrisas generado por ordenador cambió de un horizonte monótono a colinas y valles generados por ordenador, por los que discurría un río. A lo lejos, acercándose rápidamente, había un puente sobre el que se veía una simulada columna de tanques y camiones en movimiento.

—Atento —dijo Grey.

Desapareció el horizonte, y volvió a verse el cielo azul al elevarse en el aire el reactor simulado. En la carlinga, una pantalla de radar llenó ahora la zona visual derecha, y Grey dijo con rapidez:

—Esto es lo que absorbería ahora la atención del piloto. ¿Ve la imagen de radar del puente? El ordenador la ha aislado completamente del resto de elementos del paisaje. ¿Ve la retícula del visor? Ya. Lanzamiento... una, dos, tres, cuatro...

La pantalla situada delante de Khalil mostró una vista aérea en primer plano del puente simulado con la columna blindada cruzándolo. Cuatro enormes explosiones brotaron, ensordecedoras, de los altavoces, al tiempo que el puente y los vehículos se desintegraban en una bola de fuego. El puente empezó a desplomarse, y unos cuantos

vehículos cayeron al vacío. Luego, la simulación se detuvo.

—No quería programar más detalles de sangre y destrucción —declaró Grey—. No quiero que se me acuse de disfrutar con estas cosas.

—Pero debe de proporcionarle cierto placer.

Paul Grey no respondió.

La pantalla quedó en blanco, y la sala, a oscuras.

Los dos hombres permanecieron unos instantes sentados en la oscuridad. Luego Grey dijo:

—La mayoría de los programas no muestran detalles tan gráficos. Generalmente se limitan a comunicar al piloto el número de bombas que han alcanzado el blanco y los daños resultantes. Lo cierto, coronel, es que la guerra no me proporciona ningún placer.

—No estaba en mi ánimo ofenderle.

Aumentó levemente la intensidad de las luces, y Paul Grey volvió la cabeza hacia su visitante.

—¿Puede mostrarme algún tipo de credencial?

—Desde luego. Pero primero pasemos a los asientos de realidad virtual y destruyamos un objetivo real con mujeres y niños. Quizá... bueno, ¿tiene, por ejemplo, un objetivo libio? ¿Al Azziziyah, concretamente?

Paul Grey se puso en pie e inspiró profundamente.

—¿Quién diablos es usted?

Asad Khalil se levantó también, con la botella de agua en una mano y la otra mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Yo soy, como dijo Dios a Moisés, el que soy. Yo soy el que soy. Qué extraordinaria respuesta a una pregunta estúpida. ¿Quién más podía haber sido, sino Dios? Pero supongo que Moisés no era estúpido, simplemente estaba nervioso. Un hombre nervioso dice: «¿Quién eres?», cuando lo que realmente quiere decir es o bien «espero que seas quien creo que eres» o bien «espero que no seas quien creo que eres». De modo que, ¿quién cree usted que soy, si no soy el coronel Itzak Hurok, de la embajada israelí?

Paul Grey no respondió.

—Le daré una pista. Míreme sin las gafas de sol. Imagíneme sin el bigote. ¿Quién soy?

Paul Grey meneó la cabeza.

—No se haga el idiota, capitán. Usted sabe quién soy.

Paul Grey meneó de nuevo la cabeza pero esta vez retrocedió un paso, fijando la vista en la mano que su visitante tenía en el bolsillo.

—Nuestras vidas se cruzaron una vez —dijo Khalil—, el 15 de abril de 1986. Usted era teniente y se hallaba a los mandos de un avión de ataque F-111 procedente de la base aérea de Lakenheath y con nombre en clave Elton treinta y ocho. Yo era un chico de dieciséis años y vivía plácidamente con mi madre, dos hermanos y dos

hermanas en un lugar llamado Al Azziziyah. Todos ellos murieron aquella noche. Ahora ya sabe quién soy. Y ¿por qué cree que estoy aquí?

Paul Grey carraspeó.

—Si es usted militar, sabe lo que es la guerra y sabe que es preciso obedecer las órdenes...

—Cállese. Yo no soy militar pero soy un luchador islámico por la libertad. De hecho, fueron usted y sus colegas asesinos quienes hicieron de mí lo que soy. Y ahora he venido a su hermoso hogar para vengar a los pobres mártires de Al Azziziyah y a toda Libia. —Sacó la pistola del bolsillo y apuntó a Grey.

Los ojos de Paul Grey escrutaron la sala, buscando una forma de escapar.

—Míreme, capitán Grey —dijo Khalil—. Míreme a mí. Yo soy la realidad. No su estúpida y exangüe realidad virtual. Yo soy la realidad en carne y hueso. Yo reacciono.

Los ojos de Paul Grey volvieron a posarse en Khalil. Éste continuó:

—Me llamo Asad Khalil, y puede llevarse ese conocimiento consigo al infierno.

—Escuche... señor Khalil... —Lo miró fijamente, y a sus ojos asomó una chispa de comprensión.

—Sí —dijo Khalil—, yo soy *ese* Asad Khalil que llegó en el vuelo Uno-Siete-Cinco. El hombre que su gobierno está buscando. Deberían haber buscado aquí, o en casa del difunto general Waycliff y su difunta esposa.

—Oh, Dios mío...

—O en casa del señor Satherwaite, a quien visitaré a continuación, o en la del señor Wiggins, o del señor McCoy, o del coronel Callum. Pero me alegra ver que ni usted ni ellos han llegado a tales conclusiones.

—¿Cómo sabía usted...?

—Todos los secretos están en venta. Sus compatriotas de Washington lo delataron por dinero.

—No.

—¿No? Entonces quizá fue el difunto coronel Hambrecht, su compañero de escuadrilla, quien lo vendió.

—Usted... no... no...

—Sí, yo lo maté. Con un hacha. Usted no sufrirá tanto dolor físico como él, sólo dolor mental mientras permanece ahí, contemplando sus pecados y su castigo.

Paul Grey no respondió.

—Le tiemblan las rodillas, capitán. Puede descargar la vejiga si lo desea. No me ofenderé.

Paul Grey inspiró profundamente.

—Escuche, su información está equivocada —dijo finalmente—. Yo no participé en aquella misión. Yo... ;

—Oh. Entonces perdone. Me voy.

Sonrió y luego inclinó la botella de agua y la vació sobre la alfombra.

Paul Grey miró el agua que salpicaba en el suelo y volvió a posar los ojos en Asad Khalil, con expresión de desconcierto.

Khalil tenía la Glock junto al cuerpo, con el cañón metido en el cuello de la botella de plástico.

Grey vio el fondo de la botella apuntando hacia él, advirtió luego que Khalil sostenía la pistola introducida en ella y comprendió lo que aquello significaba. Extendió las manos en ademán protector.

—¡No!

Khalil hizo un solo disparo a través de la botella, que alcanzó a Paul Grey en el abdomen.

Grey se dobló sobre sí mismo y retrocedió tambaleándose hasta caer de rodillas. Se agarraba el abdomen con las dos manos, tratando de contener el chorro de sangre. Luego bajó la vista y vio que la sangre se le escurría entre los dedos. Miró a Khalil, que avanzaba hacia él.

—Basta... no...

Khalil apuntó la Glock con el improvisado silenciador y dijo:

—No puedo dedicarle más tiempo. Es usted completamente estúpido.

Disparó a Grey en la frente, lo cual provocó la salida de masa cerebral por la parte posterior de la cabeza. Se volvió antes de que Paul Grey cayera al suelo y recogió los dos casquillos al tiempo que oía el golpe del cuerpo sobre la alfombra.

Se dirigió a una caja fuerte abierta situada entre dos de las pantallas. Encontró en su interior un montoncito de disquetes de ordenador y se los guardó en el maletín. Luego, extrajo el disquete del ordenador que Paul Grey había estado usando.

—Gracias por la demostración, señor Grey —dijo—. Pero en mi país la guerra no es un videojuego.

Paseó la vista por la sala y vio la agenda de Paul Grey sobre la mesa. Estaba abierta por la página correspondiente a aquel día, y la anotación decía: «Cor. H. 9.30». Pasó las hojas hasta el 15 de abril y leyó: «Conf. tel. Escuadrilla. Mañana». Cerró la agenda y la dejó sobre la mesa. *Que la policía se pregunte quién es este coronel H. y que crea que ese misterioso coronel ha robado secretos militares a su víctima.*

Asad Khalil examinó el fichero giratorio de tarjetas y extrajo las correspondientes a los demás miembros de la escuadrilla, Callum, McCoy, Satherwaite y Wiggins. En cada una de ellas figuraban direcciones, números de teléfono y anotaciones sobre esposas e hijos.

Khalil cogió también la tarjeta del general Terrance y señora Gail Waycliff, antes de Washington, D. C, y ahora residentes en el infierno.

Encontró igualmente la tarjeta de Steven Cox y vio que llevaba en letras rojas la mención «M. E. C», que sabía que significaba muerto en combate. En la tarjeta figuraba el nombre de una mujer, «Linda», y la nota «Vuelta a casar con Charles Dwyer», seguida de una dirección y un número telefónico.

La tarjeta de William Hambrecht contenía una dirección en Inglaterra que había sido tachada y sustituida por una dirección en un lugar llamado Ann Arbor, Michigan, y la anotación «Fallecido» seguida por la fecha en que Khalil lo había matado. Había otro nombre de mujer, «Rose», y los nombres de dos hembras más y un varón con la palabra «Hijos».

Asad Khalil se guardó en el bolsillo todas las tarjetas, pensando que algún día podría hacer uso de aquella información. Le agradaba que Paul Grey llevase tan meticulosamente sus archivos.

Se puso la botella de plástico bajo el brazo y sostuvo la pistola con la otra mano. Se colgó el maletín del hombro y abrió la puerta corrediza. Se oía una aspiradora funcionando en alguna parte. Cerró la puerta y caminó en la dirección del sonido.

Encontró a la mujer de la limpieza en el cuarto de estar, de espaldas a él, y ella no lo oyó acercarse. La aspiradora era muy ruidosa, y de alguna parte llegaba también sonido de música, así que no se molestó en utilizar la botella de plástico, sino que se limitó a ponerle la pistola junto a la nuca mientras la mujer movía la aspiradora a un lado y a otro. Oyó ahora que estaba cantando mientras trabajaba. Apretó el gatillo y ella se desplomó hacia adelante y cayó sobre la alfombra, volcando la aspiradora.

Khalil se guardó la Glock en el bolsillo, metió la botella de plástico en el maletín, enderezó la aspiradora, pero dejando que siguiera funcionando, y recogió el casquillo. Regresó a la cocina y salió por la puerta trasera.

Se puso las gafas de sol y recorrió a la inversa el camino que había seguido antes, por delante de la piscina, cruzando el recinto cercado, a lo largo del sendero entre matorrales, hasta llegar al área abierta del hangar. Observó que el avión en que había llegado estaba de nuevo orientado hacia la calzada.

No vio a su piloto y se dirigió rápidamente al hangar. Miró en el interior pero no vio a nadie. Luego oyó voces que llegaban desde el entrepiso.

Fue hacia la escalera, y se dio cuenta de que las voces procedían de un televisor o de una radio. Había olvidado el nombre de la mujer, así que llamó:

—¡Hola! ¡Hola!

Cesaron las voces, y Stacy Moll se asomó por la media pared del sobrado y miró hacia abajo.

—¿Ha terminado?

—He terminado.

—Bajo ahora mismo.

Desapareció, reapareció luego en la escalera y descendió a la planta baja del hangar.

—¿Listo para partir? —preguntó.

—Sí. Listo.

Salió del hangar, y Khalil la siguió.

—Se podría comer en el suelo de ese hangar —dijo ella—. Ese tío es un retentivo anal. Quizá sea gay. ¿Cree usted que es gay?

—¿Perdón?

—Déjelo. —Se dirigió hacia el costado derecho del Piper, y él la siguió—. ¿Ha comprado los jarrones?

—Sí.

—Estupendo. Eh, yo quería verlos. ¿Los ha comprado todos?

—Sí.

—Lástima. Bueno, me alegro por usted. ¿Le ha sacado el precio que quería?

—Sí.

—Genial.

Se encaramó al ala y alargó el brazo para coger el maletín de Khalil. Éste se lo tendió.

—No parece mucho más ligero —dijo ella.

—Me ha dado varias botellas de agua para el viaje de vuelta.

Ella abrió la portezuela, puso el maletín en el asiento trasero y dijo:

—Espero que le haya pagado en metálico.

—Desde luego.

Entró en el aparato y se deslizó al asiento izquierdo. Khalil la siguió, se sentó en el asiento derecho de la pequeña carlinga y se sujetó el cinturón. Aun con la portezuela abierta, hacía mucho calor en la carlinga, y Khalil notó que se le estaba cubriendo de sudor la cara.

Ella encendió el motor, salió de la explanada de cemento y enfiló la calzada. Se puso el casco de los auriculares e indicó a Khalil que hiciera lo mismo.

Él no quería escuchar por más tiempo a aquella mujer pero hizo lo que le indicaba. Le llegó su voz por los auriculares:

—He cogido una coca-cola y he dejado un dólar en el frigo. ¿Se lo ha dicho?

—Sí.

—Cuestión de protocolo, ¿comprende? Hay mucho protocolo en la aviación. Uno puede tomar prestado lo que necesite sin tener que pedirlo pero debe dejar una nota. Puede coger una coca-cola pero debe dejar un dólar. ¿A qué se dedica ese Grey?

—A nada.

—¿De dónde saca su dinero?

—Eso no es asunto mío.

—Claro. Ni mío tampoco.

Continuaron rodando hacia el aeródromo, y, al llegar, Stacy Moll levantó la vista hacia el cataviento y luego llevó el avión hasta la cabecera de la pista Veintitrés. A continuación pasó el brazo por delante de Khalil, cerró y aseguró la puerta.

Comunicó por radio con otro avión, comprobó visualmente el estado del firmamento y aceleró. Soltó el freno, y avanzaron por la pista.

El Piper se elevó en el aire, y, al llegar a los 150 metros de altura, empezó a virar hacia el norte, en dirección de nuevo al aeropuerto municipal de Jacksonville.

Continuaron en vuelo horizontal durante unos minutos y reanudaron luego el

ascenso. El Piper se estabilizó en una altitud de crucero de mil metros y una velocidad de 140 nudos.

—Tiempo de vuelo hasta Craig, treinta y ocho minutos más —anunció Stacy Moll.

Khalil no respondió.

Volaron un rato en silencio, luego ella preguntó:

—¿Adónde va después?

—Tengo un vuelo a Washington a primera hora de la tarde y luego regreso a Atenas.

—¿Ha hecho todo el camino hasta aquí sólo para esto?

—Sí.

—Caray. Espero que haya valido la pena.

—La ha valido.

—Quizá yo deba meterme también en ese negocio de jarrones griegos.

—Tiene un cierto grado de riesgo.

—¿Sí? Oh, como... ¿corrió que está prohibido sacar esos jarrones de su país?

—Sería mejor que no hablara usted de este vuelo con nadie. Yo ya he hablado demasiado.

—Pondré punto en boca.

—¿Perdón?

—Mis labios están sellados. /

—Sí. Muy bien. Volveré dentro de una semana. Me gustaría volver a contratar sus servicios.

—Claro. La próxima vez quédese más tiempo y podemos tomar una copa.

—Me agradaría.

Permanecieron en silencio durante los diez minutos siguientes, y luego ella dijo:

—La próxima vez, llámeme desde el aeropuerto, y alguien pasará a recogerlo. No necesita tomar un taxi.

—Gracias.

—De hecho, si quiere, yo puedo llevarlo al aeropuerto.

—Muy amable por su parte.

—No hay ningún problema. Mándeme un fax o llámeme un día o dos antes de venir, y seguro que estoy disponible. O haga la reserva cuando volvamos a la oficina.

—Lo haré.

—Estupendo. Aquí tiene mi tarjeta. —Sacó una tarjeta de su bolsillo superior y se la dio.

Ella continuó hablando a su pasajero mientras volaban, y él iba dando las respuestas oportunas.

Al comenzar el descenso, él preguntó:

—¿Se puso en contacto con su amigo en Spruce Creek?

—Verá... Pensé en llamarlo y decirle que estaba a un par de manzanas de

distancia... pero luego me dije: Que le den morcilla. No merece que lo llame. Algún día haré un vuelo rasante sobre su casa y le echaré un caimán vivo en la piscina. —Rió—. Conozco un tipo que le hizo eso una vez a su exnovia, pero el bicho cayó en el tejado y murió del impacto. Un caimán desperdiciado.

Khalil sonrió al imaginarse la escena.

Ella advirtió que estaba sonriendo y soltó una risita.

—Muy bueno, ¿verdad?

Se estaban aproximando al aeropuerto municipal Craig, y ella llamó por radio a la torre en petición de instrucciones para el aterrizaje.

Autorizado el aterrizaje por la torre, a los cinco minutos enfilaban la pista y poco después tomaban tierra.

El avión se dirigió rodando a Servicios Aéreos Alpha, y Stacy Moll apagó el motor a veinte metros de la oficina.

Khalil recogió su maletín, y ambos salieron y echaron a andar en dirección al edificio.

—¿Le ha gustado el vuelo? —preguntó ella.

—Mucho.

—Estupendo. Yo no suelo hablar tanto, pero he disfrutado con su compañía.

—Gracias. Ha sido usted una compañera agradable. Y muy buen piloto.

—Gracias.

Antes de llegar a la oficina, él le dijo:

—¿Puedo pedirle que no mencione Spruce Creek?

Ella lo miró y respondió:

—Desde luego. No hay problema. Por el mismo precio que Daytona Beach.

—Gracias.

Entraron en la oficina, y la mujer de la mesa se levantó y se acercó al mostrador.

—¿Ha tenido un buen vuelo?

—Sí, muy bueno —respondió Khalil.

La mujer examinó unos papeles, luego miró el reloj e hizo unas anotaciones.

—Bien, trescientos cincuenta dólares será suficiente. —Contó 150 dólares y se los entregó—. Puede quedarse con el recibo por quinientos —dijo, y sonrió con gesto de complicidad.

Khalil se guardó el dinero en el bolsillo.

—Voy a llevar al señor Poulos al aeropuerto de Jacksonville —dijo Stacy Moll—, a menos que tengas algo para mí.

—No tengo nada, lo siento, cariño.

—Está bien. Me ocuparé del Piper a la vuelta.

—Gracias por utilizar los servicios de Alpha. Llámenos otra vez —dijo la mujer del mostrador dirigiéndose a Khalil.

—¿Quiere reservar para la semana próxima? —preguntó Stacy a Khalil.

—Sí. Tal día como hoy de la semana que viene a la misma hora. El mismo

destino. Daytona Beach.

La mujer tomó nota en una hoja de papel y dijo:

—Cuenta con ello.

—Y quiero que el piloto sea esta dama.

—Debe de ser usted un poco masoca —dijo la mujer, sonriendo.

—¿Perdón?

—Esta chica es capaz de hablar y hablar hasta ponerle la cabeza como un bombo.

Muy bien, hasta la semana que viene. Y gracias por llevar al señor Poulos —añadió, dirigiéndose a Stacy Moll.

—No tiene importancia.

Asad Khalil y Stacy Moll salieron al caluroso exterior.

—Mi coche está allí —dijo ella.

Khalil la siguió hasta un pequeño descapotable con la capota levantada. Abrió las puertas con un mando a distancia y preguntó:

—¿Bajo la capota?

—Déjelo como está.

—Muy bien. Quédese aquí hasta que lo haya refrescado.

Montó, puso el motor en marcha y encendió el acondicionador de aire, esperó un minuto y luego dijo:

—Ya está.

Khalil se instaló en el asiento derecho.

—Póngase el cinturón —ordenó ella—. Es la ley.

Khalil obedeció.

Stacy Moll cerró la puerta, pisó el embrague y condujo en dirección a la salida.

—¿A qué hora es su vuelo? —preguntó.

—A la una.

—Va bien de tiempo. —Salió del aeropuerto y empezó a acelerar. Dijo—: No conduzco tan bien como piloto.

—Un poco más despacio, por favor.

—Desde luego. —Aminoró la marcha y preguntó—: ¿Le importa que fume?

—En absoluto.

Presionó el encendedor del coche, sacó un cigarrillo del bolsillo y preguntó:

—¿Quiere uno?

—No, gracias.

—Esto me acabará matando.

—Quizá.

Saltó el encendedor, y Stacy Moll prendió su cigarrillo.

—En Jacksonville hay un excelente restaurante griego, Spiro's. Cuando venga usted la semana próxima, tal vez podamos ir allí —dijo.

—Estaría bien. Arreglaré las cosas para quedarme a pasar la noche.

—Claro. ¿Qué prisa hay? La vida es corta.

—Sí, ciertamente lo es.

—¿Cómo se llama ese plato de berenjenas? Mu-algo. ¿Mulab? ¿Cómo se llama?

—No sé.

Ella lo miró.

—Tiene que saberlo. Es un plato griego famoso. Mu. Mu-no-sé-qué. Berenjenas fritas en aceite de oliva con queso de cabra.

—Hay muchos platos de provincias de los que nunca he oído hablar —respondió él—. Yo soy ateniense.

—¿Sí? También el dueño del restaurante.

—Entonces quizá inventa cosas para los gustos americanos e inventa un nombre para sus creaciones.

Stacy Moll se echó a reír.

—No me sorprendería. Eso me pasó a mí una vez en Italia. Jamás habían oído hablar de lo que yo pedía.

Estaban en un tramo de carretera semirrural.

—Me resulta violento decirlo, pero debí haber utilizado el lavabo en su oficina —dijo Khalil.

—Oh, ¿tiene que hacer pis? No es problema. Hay una gasolinera más adelante.

—Quizá aquí, si no le importa. Es un poco urgente.

—Faltaría más. —Se desvió por un camino secundario y paró el coche—. Tranquilo, no miraré.

—Gracias.

Bajó del coche, recorrió unos metros en dirección a unos matorrales y orinó. Metió la mano derecha en el bolsillo, regresó al coche y se detuvo ante la portezuela abierta.

—¿Se siente mejor? —preguntó ella.

Él no contestó.

—Suba.

Continuó en silencio.

—¿Se encuentra bien? ¿Demitrius?

Khalil inspiró profundamente y se dio cuenta de que el corazón le latía violentamente.

Stacy Moll se apeó rápidamente, dio la vuelta al coche y lo cogió del brazo.

—Eh, ¿se encuentra bien?

Él la miró.

—Sí... Estoy perfectamente —respondió.

—¿Quiere un poco de agua? ¿Tiene esa agua en el maletín?

Él inspiró de nuevo y respondió:

—No. Estoy bien. —Forzó una sonrisa y añadió—: Listo para partir.

—Perfecto. Vámonos —dijo ella, sonriendo a su vez.

Ambos subieron al coche, y ella lo llevó de nuevo a la carretera principal.

Asad Khalil permaneció en silencio, tratando de entender por qué no la había matado. Se Conformó con la explicación de que, como había dicho Malik, cada muerte entraña un riesgo, y quizá esta muerte no era necesaria. Había otra razón para no haberla matado pero no quería pensar en ella.

Llegaron al aeropuerto internacional de Jacksonville, y ella se dirigió a la zona de Salidas Internacionales.

—Ya estamos.

—Gracias. ¿Es apropiado que le dé una propina?

—No. Invíteme a cenar.

—Sí. La semana que viene. —Abrió la puerta y salió.

—Que tenga un buen viaje de regreso —dijo ella—. Hasta la semana que viene.

—Sí.

Sacó el maletín negro del coche, empezó a cerrar la puerta y dijo:

—He disfrutado con su conversación.

—¿Quiere decir mi monólogo? —Rió—. Hasta la vista, turista.

—¿Perdón?

—Usted diga: «Hasta más ver, alfiler».

—Que yo diga...

Stacy Moll se echó a reír.

—Recuerde... cena en Spiro's. Quiero que encargue los platos en griego.

—Sí. Que tenga un buen día. —Cerró la puerta.

—Musaka —dijo ella, bajando la ventanilla.

—¿Perdón?

—El plato griego. Musaka.

—Sí, claro.

Ella agitó la mano y se alejó. Khalil se quedó mirando el coche hasta que se perdió de vista. Luego, se dirigió a una fila de taxis y tomó el primero.

—¿Adónde? —preguntó el taxista.

—Aeropuerto municipal Craig.

—Vamos allá.

El taxi lo llevó de nuevo al aeropuerto municipal Craig, y Khalil le indicó al chófer que lo dejase en una agencia de alquiler de coches próxima a su aparcado Mercury. Le pagó, esperó hasta que se hubo ido y se dirigió a su coche.

Montó, puso el motor en marcha y abrió las ventanillas.

Salió del aeropuerto municipal y programó su navegador por satélite para Moncks Corner, Carolina del Sur.

Ahora le haré una visita largo tiempo demorada al teniente William Satherwaite, que me está esperando, pero que no espera morir hoy.

Capítulo 38

A media tarde del lunes trasladé mis cosas al centro de mando provisional, donde me instalé junto con unos cuarenta hombres y mujeres más.

El CMP se halla situado en la gran sala de reuniones que me recordaba la sala del Club Conquistador. En ella había una gran actividad, sonaban los teléfonos, funcionaban los fax, estaban encendidas todas las terminales de ordenador. Yo no estoy lo que se dice familiarizado con las nuevas tecnologías, y mi idea de ellas se circunscribe a Una linterna y un teléfono. Bien, el caso es que Kate y yo teníamos mesas situadas frente a frente en un pequeño cubículo de paredes que llegaban a la altura del pecho, lo cual resultaba acogedor pero también un tanto embarazoso.

De modo que me encontraba instalado y estaba leyendo un montón de informes y transcripciones de interrogatorios, además de la basura que me habían dado en Washington el día anterior. No es ésta la idea que yo tengo de lo que es trabajar en un caso, pero no podía hacer mucho más por el momento. Quiero decir que en un caso normal de homicidio yo estaría en la calle, o en la morgue, o acosando al forense o a sus ayudantes y, en general, haciéndoles la vida imposible a muchas personas para que la mía pudiera ser mejor.

—¿Has visto esta nota sobre funerales? —me preguntó Kate, levantando la vista de la mesa.

—No.

Miró la hoja que tenía en la mano y me leyó las disposiciones tomadas. Nick Monti estaba siendo velado en un tanatorio de Queens, y su funeral se celebraría el martes. Phil Hundry y Peter Gorman serían enviados a sus ciudades natales, fuera del Estado. Meg Collins, la agente de servicio, iba a ser velada en Nueva Jersey y enterrada el miércoles. Las disposiciones referentes a Andy McGill y Nancy Tate se harían públicas más adelante, y yo supuse que el retraso se debía a la intervención del forense.

He asistido a casi todos los velatorios, entierros y servicios fúnebres de todos con los que he trabajado alguna vez, y jamás me he perdido uno en el que la persona hubiera muerto en acto de servicio. Pero ahora no tenía tiempo para los fallecidos.

—Voy a prescindir de velatorios y entierros —le dije a Kate.

Ella meneó la cabeza pero no dijo nada.

Seguimos leyendo, contestando unas cuantas llamadas telefónicas y examinando varios fax. Yo conseguí acceder a mi correo electrónico pero, aparte de algo llamado «Los chistes del lunes», no había nada interesante. Tomábamos café, intercambiábamos ideas y teorías con las personas que nos rodeaban y, en general, permanecíamos ociosos, esperando algo.

La gente que iba entrando en la sala nos miraba a Kate y a mí. Supongo que éramos una especie de pequeñas celebridades en nuestra condición de únicos testigos presenciales del mayor asesinato en masa en toda la historia del país. Testigos presenciales vivos, debería decir.

Jack Koenig entró en la sala y se acercó a nosotros. Se sentó de tal modo que quedó por debajo del tabique separador del cubículo.

—Acabo de recibir de Langley una comunicación de alto secreto —dijo—. A las 18.13 h, hora alemana, un hombre que responde a la descripción de Asad Khalil mató a tiros a un banquero norteamericano en Frankfurt. El pistolero huyó. Pero los cuatro testigos presenciales del hecho lo describieron como persona de aspecto árabe, así que la policía alemana les enseñó la foto de Khalil, y todos lo identificaron.

Por decirlo suavemente, quedé estupefacto. Veía toda mi carrera arrojada por el retrete. Había cometido un error de cálculo, y cuando eso ocurre uno tiene que preguntarse si no habrá perdido todo lo que poseía, fuera lo que fuese.

Miré a Kate y vi que también ella estaba sorprendida. Realmente había creído que Khalil continuaba en los Estados Unidos.

Mis pensamientos volaron más allá de mi dimisión y de mi fiesta de despedida con escasa asistencia. Era una mala forma de terminar. Uno no se recupera profesionalmente fracasando en el caso más importante del mundo. Me puse en pie y le dije a Jack:

—Bueno... ya está... supongo que... quiero decir...

Por primera vez en mi vida me sentía como un perdedor, como un fanfarrón totalmente incompetente, un idiota y un necio.

—Siéntese —dijo suavemente Jack.

—No, me voy de aquí. Lo siento, amigos.

Cogí mi chaqueta y salí al largo corredor, con la mente en blanco y caminando por inercia, como si se tratara de una experiencia extracorporal, como cuando me estaba desangrando en la ambulancia.

Ni siquiera recordaba haber llegado al ascensor, pero allí estaba, esperando a que se abrieran las puertas. Para empeorar las cosas, había perdido un total de treinta dólares, que me había ganado la CÍA.

De pronto, vi que Kate y Jack estaban a mi lado.

—Escuche —dijo Jack—. No se le ocurra decir a nadie una sola palabra de esto.

Yo no podía entender de qué estaba hablando.

—La identificación no es segura —prosiguió—. Así que necesitamos que todo el mundo siga trabajando en este caso como si Khalil continuara aquí. ¿Entendido? Sólo un puñado de personas tienen noticia de esta historia de Frankfurt. Pensé que era mi obligación decírselo a usted, pero ni siquiera Stein está enterado. ¿John? Tiene que guardar esto en secreto.

Asentí con la cabeza.

—Y no puede hacer nada que despierte sospechas. En otras palabras, no puede

dimitir.

—Sí puedo.

—No puedes hacer eso, John —intervino Kate—. Tienes que prestar este último servicio. Tienes que continuar como si no hubiera pasado nada.

—No puedo. No sé fingir. ¿Para qué serviría?

—Para no destruir la moral y el entusiasmo de todo el mundo. Mire, no sabemos si ese tipo de Frankfurt era realmente Khalil. —Trató de bromear—: ¿Por qué habría de ir Drácula a Alemania?

Yo no quería que me recordaran mi estúpida analogía de Drácula, pero intenté despejarme la cabeza y pensar racionalmente.

—Quizá era una treta —dije finalmente—. Un doble.

Koenig asintió.

—Exacto. No lo sabemos.

Llegó el ascensor, se abrieron las puertas, pero no entré. De hecho, me di cuenta de que Kate me estaba agarrando del brazo.

—Les ofrezco a los dos la oportunidad de volar esta noche a Frankfurt y reunirse con el equipo norteamericano destacado allí, gente del FBI, la CÍA y de la policía y los servicios secretos alemanes —dijo Koenig—. Creo que deberían ir. —Y añadió—: Yo les acompañaría durante uno o dos días.

No respondí.

—Creo que debemos ir —dijo Kate finalmente—. ¿John?

—Sí... supongo... mejor que estar aquí...

—A las ocho y diez de la tarde sale del JFK un avión de Lufthansa con destino a Frankfurt —indicó Koenig después de consultar su reloj—. Llega mañana por la mañana. Ted nos recibirá en...

—¿Nash? ¿Nash está allí? Creía que estaba en París.

—Supongo que estaba. Pero en estos momentos se dirige a Frankfurt.

Asentí. Me olía algo raro. /

—Bien —dijo Koenig—, terminemos con esto, y quedamos para no más tarde de las siete en el JFK. Lufthansa, vuelo de las ocho y diez a Frankfurt. Los billetes nos estarán esperando. Preparen equipaje para una larga estancia.

Se volvió y echó a andar de nuevo en dirección al CMP.

Kate permaneció allí unos momentos.

—John, lo que me gusta de ti es tu optimismo —dijo—. No dejas que nada te desmoralice. Ves los problemas como un desafío, no como un...

—No necesito que me den ánimos.

—Está bien.

Caminamos juntos hacia el CMP.

—Es muy amable por parte de Jack enviarnos a Frankfurt. ¿Has estado alguna vez allí? —me preguntó.

—No.

—Yo he estado varias veces. Este viaje podría llevarnos de un lado a otro por toda Europa siguiendo pistas —añadió—. ¿Puedes marcharte tan precipitadamente?

Parecía haber otras preguntas ocultas en esa pregunta, pero me limité a responder:

—No hay ningún problema.

Entramos en el CMP y fuimos a nuestras mesas. Metí unos papeles en mi cartera de mano y guardé otros en los cajones. Quería llamar a Beth Penrose pero pensé que quizá fuese mejor esperar a llegar a casa.

—Voy a casa a hacer la maleta. ¿Sales ahora? —dijo Kate.

—No... puedo hacer la maleta en cinco minutos. Te veré en el JFK.

—Hasta luego.

Dio unos cuantos pasos, luego volvió y acercó su cara a la mía.

—Si Khalil está aquí, tú tenías razón —me dijo—. Si está en Europa, tú estarás allí. ¿De acuerdo?

Noté que varias personas nos miraban.

—Gracias —le dije.

Salió.

Me senté a mi mesa y reflexioné en el giro que habían tomado los acontecimientos, tratando de identificar el olor que acudía a mi nariz. Aunque Khalil hubiera salido del país, ¿por qué y cómo había ido a Europa? Incluso un tipo como él volvería a casa para recibir una palmadita en la espalda. Y cargarse a un banquero no era un golpe demasiado espectacular después de lo que había hecho aquí. Sin embargo...

Me estaba quemando las neuronas con aquella cuestión. Es fácil pasarte de listo cuando lo eres demasiado para tu propio bien.

Quiero decir que el cerebro es una cosa extraordinaria. Es el único órgano cognoscitivo del cuerpo humano, a excepción del pene. Así que me quedé allí sentado y puse mi cerebro a pleno rendimiento. Mi otro órgano controlador estaba diciendo: «Ve a Europa con Kate y acuéstate con ella. En Nueva York no hay nada para ti, John». Pero los estratos superiores de mi intelecto decían: «Alguien está tratando de librarse de ti». Claro que no me refiero necesariamente a que alguien intentara llevarme a ultramar para eliminarme. Pero quizá alguien intentaba apartarme de donde estaba la acción. Quizá aquel incidente de Khalil en Frankfurt había sido organizado, ya fuese por los libios o por la CÍA. La verdad es que es muy desconcertante no saber qué es real y qué es inventado, quiénes son tus amigos y quiénes tus enemigos... como Ted Nash.

A veces envidio a la gente con la capacidad mental disminuida. Como mi tío Bertie, que está senil. Puede esconder sus propios huevos de Pascua.

Pero yo no he llegado aún a lo de tío Bertie. Tenía demasiadas sinapsis abriéndose y cerrándose, y las conexiones hervían de información, teorías, posibilidades y sospechas.

Me puse en pie para irme, luego me senté y al cabo de unos instantes me volví a

levantar. Esto parecía extraño, así que me dirigí hacia la puerta con la cartera de mano, resuelto a tomar mi decisión antes de salir en dirección al aeropuerto. En aquel momento me inclinaba por ir a Frankfurt.

Llegué a los ascensores, y advertí que Gabriel Haytham venía en mi dirección. Me vio y me indicó que me acercase.

—Creo que tengo uno vivo para ti —me dijo en voz baja.

—¿Lo que significa...?

—Tengo un tipo en una sala de interrogatorios. Es libio y ha establecido contacto con uno de nuestros equipos de vigilancia...

—¿Quieres decir que es un voluntario?

—Sí. Exactamente. No tiene problemas anteriores con nosotros ni antecedentes como informante, no está en ninguna lista ni nada parecido. Se llama Fadi Asuad...

—¿Por qué todos vuestros nombres suenan como si fuesen la alineación de los Knicks?

Gabriel se echó a reír.

—Bueno, pues prueba con el destacamento de Chinatown. Sus nombres parecen el sonido que hace una máquina tragaperras. Escucha, este Asuad es taxista, y tiene un cuñado, otro libio, llamado Gamal Yabbar. Yabbar conduce un taxi también. Todos los árabes conducimos taxis, ¿verdad?

—Verdad.

—Bueno, pues el sábado por la mañana temprano, Gamal Yabbar llama a su cuñado, Fadi Asuad, y le dice que va a estar ocupado todo el día, que tiene que recoger un cliente especial en el JFK y que se trata de un servicio que no le hace ninguna gracia.

—Escucho.

—Gamal le dice también a Fadi que, si tarda en llegar a casa, llame a su mujer, que es hermana de Fadi, y la tranquilice diciéndole que todo va bien.

—¿Y?

—Bueno, tienes que entender a los árabes.

—Lo estoy intentando.

—Lo que Gamal le estaba diciendo a su cuñado...

—Sí, lo entiendo. Algo así como «puede que me retrase más que un poco».

—Exacto. O «puede que esté muerto».

—¿Y dónde está Gamal? —pregunté.

—Muerto. Pero Fadi no lo sabe. Yo acabo de hablar con Homicidios. Los polis de Perth Amboy recibieron esta mañana la llamada de un tipo que iba a su trabajo a eso de las seis y media, al amanecer, y al dejar su coche en un aparcamiento se fijó en un taxi amarillo con matrícula de Nueva York. Le pareció raro y, mientras se dirigía a la parada del autobús, echó un vistazo al interior y vio a un tipo tumbado en el suelo, en el lado del conductor. Las puertas estaban cerradas. Sacó su teléfono móvil y llamó al Nueve-Uno-Uno.

—Vamos a hablar con Fadi —dije.

—De acuerdo. Pero yo ya le he estrujado a fondo. En árabe.

—Déjame intentarlo en inglés.

Echamos a andar por el pasillo.

—¿Por qué has venido a contarme esto? —le pregunté a Gabe.

—¿Por qué no? Necesitas ganar puntos. —Y añadió—: Que se joda el FBI.

—Amén.

Nos detuvimos ante la puerta de la sala de interrogatorios.

—Me han pasado por teléfono el informe preliminar del forense —dijo Gabe—.

Ese tal Gamal fue muerto por una única bala disparada a través del respaldo de su asiento que le partió la columna vertebral, le rozó el ventrículo derecho y se incrustó en el salpicadero.

—¿Calibre cuarenta?

—Exacto. La bala está deformada pero no hay duda de que es un cuarenta. El tipo lleva muerto desde el sábado por la tarde.

—¿Ha comprobado alguien su tarjeta de peaje?

—Sí, pero no hay constancia de ningún pago por peajes hecho el sábado. Gamal vivía en Brooklyn, al parecer fue al JFK y acabó en Nueva Jersey. No puede llegar allí sin pagar peaje, de modo que pagó en metálico; quizá su pasajero estaba sentado detrás de un periódico o algo así. No podremos reconstruir la ruta que siguió, pero el kilometraje de su contador justifica un recorrido desde el JFK hasta donde los encontramos a él y a su taxi. No tenemos todavía una identificación indubitada pero su licencia parece corresponder al muerto.

—¿Algo más?

—Eso es todo lo importante.

Abrí la puerta y entramos en una pequeña sala de interrogatorios. Sentado a una mesa estaba Fadi Asuad, vestido con vaqueros, zapatillas de deporte y camiseta verde. Estaba fumando un cigarrillo, el cenicero rebosaba de colillas y el humo se podía mascar en el aire. Naturalmente, éste es un edificio en el que, conforme a lo federalmente correcto, está prohibido fumar, pero si eres sospechoso o testigo de un delito grave, puedes hacerlo.

Había en la sala otro tipo de la BAT, procedente de la policía de Nueva York, vigilando al testigo en previsión de que pudiera intentar matarse más rápidamente que fumando y asegurándose de que no echaba a andar, cogía el ascensor y se largaba, como ocurrió una vez.

Fadi se levantó en cuanto vio a Gabriel Haytham, y eso me gustó.

Tengo que conseguir que mis testigos y sospechosos se pongan en pie cuando yo entre.

El tipo de la BAT se marchó, y Gabriel me presentó a mi testigo estrella.

—Fadi, éste es el coronel John.

Dios santo, debí de hacer realmente bien el examen para sargento.

Fadi hizo una breve inclinación de cabeza pero no dijo nada.

Los invité a todos a sentarse, y nos sentamos. Puse mi cartera sobre la mesa para que Fadi pudiese verla. Por alguna razón, los tipos del Tercer Mundo consideran equivalentes los términos «cartera» y «poder».

Fadi era un testigo voluntario, y por eso había que tratarlo bien. Su nariz estaba intacta y no se le apreciaban contusiones visibles en la cara. Bueno, es broma. Pero sabía que Gabe podía ser a veces un poco brusco.

Gabe cogió el paquete de cigarrillos de Fadi y me ofreció uno. Observé que eran Camel, lo que no dejó de hacerme cierta gracia. Ya saben, *carriel*, camello, árabe. El caso es que cogí un cigarrillo, y Gabe cogió otro. Los encendimos con el mechero de Fadi pero yo no tragué el humo. De veras. No tragué el humo.

Había un magnetófono sobre la mesa. Gabe pulsó el botón de grabación y le dijo a Fadi:

—Cuéntale al coronel lo que me has contado a mí.

Fadi parecía ansioso por complacer pero también parecía mortalmente asustado. Quiero decir que los árabes casi nunca se presentan voluntarios a declarar, salvo que estén tratando de joder a alguien, o si hay una recompensa de por medio, o si son agentes provocadores, por utilizar una expresión francesa y de la CÍA. En cualquier caso, el tipo de quien nos estaba hablando estaba muerto, de modo que parte de su historia estaba ya comprobada aunque él aún no lo sabía.

El inglés de Fadi era excelente, pero me desorientó en varias ocasiones. De vez en cuando pasaba al árabe y se volvía luego a Gabe, que lo traducía.

Finalmente, terminó su relato y encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior.

Permanecimos sentados en silencio durante todo un minuto, y yo le dejé sudar un poco. Quiero decir que el hombre estaba realmente sudando.

Me incliné hacia adelante y le pregunté muy despacio:

—¿Por qué nos cuentas esto?

Inspiró profundamente y se metió en los pulmones casi la mitad del humo que llenaba la sala.

—Estoy preocupado por el marido de mi hermana —respondió.

—¿Ha desaparecido Gamal alguna otra vez?

—No. No es de éstos.

Continué mi interrogatorio, alternando preguntas inocuas con otras incisivas.

Yo tiendo a ser brusco durante los interrogatorios. Ahorra tiempo y desconcierta al testigo o sospechoso. Pero, por mi breve entrenamiento y experiencia con tipos del Oriente Medio, yo sabía que son maestros en el arte de escurrir el bulto, hablar en circunloquios, responder a una pregunta con otra pregunta, enredarse en consideraciones teóricas aparentemente interminables y cosas por el estilo. Quizá por eso la policía de sus países los muele a palos. Pero seguí el juego, y tuvimos una agradable e improductiva media hora de charla, mientras ambos nos preguntábamos qué demonios podría haberle pasado a Gamal Yabbar.

Gabe parecía apreciar mi sensibilidad cultural, pero incluso él se estaba impacientando un poco.

Lo fundamental era que teníamos una pista, un punto de partida más bien. Uno siempre sabe que algo va a aparecer, pero siempre se sorprende cuando realmente se presenta.

Yo tenía la vehemente sospecha de que Gamal Yabbar recogió a Asad Khalil en el JFK, lo llevó al aparcamiento de Perth Amboy, Nueva Jersey, y, para su desdicha, recibió un balazo en la espalda. Mis principales preguntas eran: ¿Adónde fue Khalil después, y cómo llegó allí?

—¿Estás seguro de que Gamal no te dijo que iba a recoger a un libio? —le pregunté.

—Verá, señor, no dijo eso. Pero tal vez fuera así. Lo digo porque no creo que mi cuñado aceptara un servicio tan especial de, por ejemplo, un palestino o un iraquí. Mi cuñado, señor, era un patriota libio pero no estaba muy implicado en la política de otros países que comparten nuestra fe en Alá, la paz sea con él. De modo, señor, que si me pregunta usted si su pasajero especial era alguien que no fuese libio o si realmente era un libio, en cualquiera de los dos casos no podría estar seguro, pero entonces debo preguntarme a mí mismo: «¿Por qué habría de recurrir a tales extremos para complacer a un hombre que no fuese libio?» ¿Comprende la idea, señor?

Mierda. Me daba vueltas la cabeza y se me nublaba la vista. Ni siquiera podía recordar qué cono le había preguntado.

Miré mi reloj. Aún podía coger el avión, pero ¿por qué habría de hacerlo?

—¿Y Gamal no dijo cuál era su destino? —le pregunté a Fadi.

—No, señor.

Quedé un poco desconcertado por la concisión de la respuesta.

—¿Mencionó el aeropuerto de Newark?

—No, señor, no lo mencionó.

—Escucha —dije, inclinándome hacia él—, no te has puesto en contacto con la BAT para denunciar la desaparición de un cuñado. Es evidente, amigo mío, que sabes quiénes somos y qué hacemos y que esto no es un tribunal de familia. ¿*Capisce?*

—¿Señor?

—Te voy a hacer una pregunta directa, y quiero una respuesta concreta. ¿Crees que la desaparición de tu cuñado tiene algo que ver con lo sucedido el sábado en el aeropuerto Kennedy con el avión de Trans-Continental?

—Bueno, señor, he estado pensando en esa posibilidad...

—¿Sí o no?

Bajó los ojos y dijo:

—Sí.

—¿Te das cuenta de que puede haberle ocurrido una desgracia a tu cuñado?

Asintió con la cabeza.

—¿Sabes que él pensaba que podrían asesinarlo?

—Sí.

—Es posible que dejase alguna pista... de alguna clase... —Miré a Gabe, que formuló la pregunta en árabe.

Fadi respondió en árabe, y Gabe tradujo:

—Gamal le dijo a Fadi que debía cuidar de su familia si a él le sucedía algo. Gamal le dijo a Fadi que no tenía más remedio que aceptar este servicio especial, y que Alá, en su misericordia, se encargaría de hacerlo regresar sano y salvo.

Durante un rato nadie habló. Me di cuenta de que Fadi estaba visiblemente afectado.

Empleé el tiempo para pensar en esto. En cierto modo, no teníamos nada de utilidad inmediata. Sólo teníamos los movimientos de Khalil desde el JFK hasta Perth Amboy, si realmente era Khalil quien viajaba en el taxi de Gamal. Y, en ese caso, lo único que sabíamos con certeza era que probablemente Khalil había asesinado a Gamal y luego había abandonado el taxi y había desaparecido. ¿Pero adónde había ido? ¿Al aeropuerto de Newark? ¿Cómo llegó allí? ¿Otro taxi? ¿O había un cómplice esperándolo con un coche particular en el aparcamiento? ¿O un coche alquilado quizá? ¿Y qué dirección tomó? En cualquier caso, se había escabullido y ya no se encontraba en el área metropolitana de Nueva York.

—¿Sabe alguien que te has puesto en contacto con nosotros? —le pregunté a Fadi.

Negó con la cabeza.

—¿Ni siquiera tu mujer?

Me miró como si yo estuviese loco.

—Yo no hablo con mi mujer de estas cosas. ¿Por qué iba a hablar de eso con una mujer o un niño?

—Buena pregunta. —Me levanté—. Bien, Fadi, has obrado correctamente al acudir a nosotros. El Tío Sam te aprecia. Vuelve a tu trabajo y compórtate como si no hubiera pasado nada. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza.

—Por cierto, tengo una mala noticia para ti. Tu cuñado ha sido asesinado.

Se puso en pie e intentó hablar. Luego miró a Gabe, que le habló en árabe. Se dejó caer en la silla y sepultó la cara entre las manos.

—Dile que no cuente nada cuando vengan los de Homicidios —indicé a Gabe—. Dale tu tarjeta y dile que se la enseñe a los detectives para que llamen a la BAT.

Gabe asintió, habló en árabe con Fadi y le dio su tarjeta.

Se me ocurrió que yo había sido en otro tiempo policía de Homicidios y, sin embargo, allí estaba, diciéndole a un testigo que no hablase con los policías de Nueva York y que, en lugar de ello, llamase a los federales. La transformación era casi completa. Terrible.

Cogí la cartera, Gabe y yo salimos de la sala, y entró el tipo de la BAT. La declaración de Fadi sería puesta por escrito, y él la firmaría antes de marcharse.

—Mantenlo vigilado las veinticuatro horas del día, así como a su hermana y a toda su familia —le dije, una vez en el pasillo.

—Hecho.

—Asegúrate de que nadie lo ve salir de este edificio.

—Siempre lo hacemos.

—Bien. Y envía varios agentes a One Pólice Plaza para ver si hay más taxistas muertos por ahí.

—Ya lo he hecho. Lo están comprobando.

—Perfecto. ¿Estoy insultando a tu inteligencia?

—Sólo un poco.

Sonreí por primera vez en lo que iba de día.

—Gracias por esto —le dije—. Estoy en deuda contigo.

—Muy bien. ¿Y qué opinas?

—Sigo creyendo lo mismo de siempre. Khalil se encuentra en Norteamérica y no está escondido. Se está moviendo y llevando a cabo una misión.

—Es lo que yo creo. ¿Cuál es la misión?

—Ni idea, Gabe. Piensa en ello. Oye, ¿tú eres libio?

—No, no hay muchos libios aquí. Libia es un país pequeño y tiene sólo una pequeña comunidad de inmigrantes en Estados Unidos. En realidad, soy palestino —añadió.

—¿No te resulta un poco embarazoso? ¿Violento? —pregunté, casi sin pensarlo. Se encogió de hombros.

—Generalmente, no. Soy estadounidense. Segunda generación. Mi hija lleva *shorts*, se maquilla, me levanta la voz y sale con judíos.

Sonreí. Luego lo miré y le pregunté:

—¿Has recibido alguna vez amenazas de alguien?

—De vez en cuando. Pero saben que no es una buena idea atacar a un policía que tiene la condición de agente federal.

Antes del sábado, yo habría estado de acuerdo con él.

—Bien, pidamos a la policía de Nueva York y a los suburbanos que empiecen a revisar los libros de todas las agencias de alquiler de coches en busca de nombres que suenen a árabe —dije—. Es remota la posibilidad de que encuentren algo, y llevará una semana o más, pero, por lo demás, tampoco estamos haciendo gran cosa. Y pienso que tú deberías ir personalmente a hablar con la reciente viuda, a ver si por casualidad el señor Yabbar confió en ella. Empieza a hablar también con los amigos y parientes de Yabbar. Lo que tenemos aquí es nuestra primera pista, Gabe, y tal vez nos conduzca a alguna parte, aunque no soy muy optimista.

—Suponiendo que fuese Khalil quien mató a Gamal Yabbar, entonces lo único que tenemos es una pista fría, un testigo muerto y un callejón sin salida en Perth Amboy —observó Gabe—. Resulta redundante morir en Nueva Jersey.

Reí.

—Cierto. ¿Dónde está el taxi?

—Lo está examinando la policía estatal de Jersey. Sin duda, el coche proporcionará datos y pruebas suficientes para respaldar una acusación judicial, si es que conseguimos llegar tan lejos.

Asentí en silencio. Fibras, huellas dactilares, quizá un cotejo balístico con una de las Glock de calibre 40 que pertenecieron a Hundry y Gorman. Trabajo policial rutinario. He visto juicios por asesinato en los que se tardaba una semana entera en presentar todas las pruebas ante el jurado. Tal como enseñó en el John Jay, casi siempre se necesitan pruebas físicas para condenar a un sospechoso, pero no siempre se necesitan pruebas físicas para capturarlo.

En este caso, empezábamos con el nombre del asesino, su foto, huellas dactilares, muestras de ADN, incluso fotos suyas defecando; además, teníamos una tonelada de pruebas forenses que lo relacionaban con los crímenes del JFK. Ahí no había problema. El problema estribaba en que Asad Khalil era un hijo de puta rápido y escurridizo. El tío tenía huevos y cerebro, era implacable y tenía la ventaja de poder elegir cuidadosamente sus movimientos.

—Ya nos hemos centrado en la comunidad libia pero ahora, con uno de los suyos asesinado, quizá se muestren más comunicativos —dijo Gabe—. Por otra parte, tal vez se produzca la reacción contraria —añadió.

—Puede. Pero no creo que Khalil tenga muchos cómplices en este país... no muchos vivos, al menos.

—Probablemente, no. Bien, Corey, tengo trabajo. Te mantendré informado. Y tú pasarás esta información lo antes posible a las personas adecuadas y les dirás que está en marcha una transcripción de las entrevistas con Fadi. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Y, a propósito, que una parte de esos fondos federales para información se le entregue a Fadi Asuad... para cigarrillos y tranquilizantes.

—Lo haremos. Hasta luego.

Dio media vuelta y regresó a la sala de interrogatorios.

Yo volví al CMP, que continuaba bullendo de actividad, aunque ya eran más de las seis de la tarde. Dejé la cartera y llamé al apartamento de Kate, pero su contestador me informó: «No estoy en casa. Deje su mensaje, por favor».

Dejé, pues, un mensaje por si ella consultaba el contestador y llamé luego a su teléfono móvil, pero no contestó. Llamé al número de la casa de Jack Koenig en Long Island, pero su mujer dijo que había salido hacia el aeropuerto. Probé con su móvil, pero no hubo suerte.

Llamé después a casa de Beth Penrose, saltó el contestador automático y dije:

—Estoy en este caso las veinticuatro horas del día. Tal vez tenga que hacer algún viaje. Me encanta este trabajo. Me encanta mi vida. Me encantan mis jefes. Me encanta mi nueva oficina. Éste es mi nuevo número de teléfono. —Le di mi número directo en el CMP y añadí—: Te echo de menos. Hablaré pronto contigo.

Colgué, dándome cuenta de que quería decir: «Te quiero». Pero... bueno, marqué

luego el número del capitán Stein y le pedí a su secretaria una cita inmediata con él. Ella me informó de que el capitán Stein estaba asistiendo a varias reuniones y conferencias de prensa. Dejé un ambiguo y confuso mensaje que ni siquiera yo entendía.

Así pues, una vez cumplida mi obligación de mantener informado a todo el mundo, me senté y empecé a girar los pulgares uno en torno al otro. Todo el mundo a mi alrededor parecía ocupado pero yo no valgo para parecer ocupado si no lo estoy.

Eché un vistazo a los papeles que tenía sobre la mesa, pero ya estaba saturado de información inútil. No tenía nada que hacer en la calle, así que me quedé en el centro de mando provisional por si surgía algo. Imaginaba que continuaría allí hasta las dos o las tres de la madrugada. Quizá el presidente quisiera hablar conmigo, y, como adondequiera que fuese tenía que dejar siempre un número de contacto, no debían localizarme en casa, ni en Giulio's tomando una cerveza.

Reparé en que no había redactado aún mi informe de incidente relativo a todo lo sucedido en el JFK. Estaba un poco cabreado porque algún merluzo de la oficina de Koenig no hacía más que enviarme mensajes electrónicos al respecto y había rechazado mi sugerencia de que podía limitarme a firmar una transcripción de la grabación de la entrevista mantenida en el despacho de Koenig, o de las dos docenas de reuniones en Washington. No, querían *mi* informe, escrito con *mis* palabras. Aborrecía a los federales. Conecté mi procesador de textos y empecé: «Asunto: Maldito informe de incidente».

Alguien pasó a mi lado y dejó sobre la mesa un sobre con la mención: «Fax urgente. Reservado». Lo abrí y lo leí. Era un informe preliminar sobre el homicidio de Frankfurt. La víctima era un hombre llamado Sol Leibowitz, descrito como banquero de inversiones judeoamericano asociado con el Banco de Nueva York. Leí el breve resumen de lo que le había sucedido a aquel desdichado y llegué a la conclusión de que el señor Leibowitz estaba justo en el lugar equivocado en el momento equivocado. Hay miles de banqueros americanos en Europa en cualquier momento dado, judíos o no, y yo tenía la seguridad de que aquel hombre no era más que un blanco fácil para un pistolero de segunda clase que guardaba un cierto parecido con Asad Khalil. Pero el incidente había causado dudas y confusión en las mentes de quienes medraban en la duda y la confusión.

Otros dos documentos importantes aterrizaron en mi mesa: dos menús de comida para llevar, uno italiano, otro chino.

Sonó mi teléfono, y era Kate.

—¿Qué diablos estás haciendo ahí? —dijo.

—Leer menús de comida para llevar. ¿Dónde estás?

—¿Dónde crees que estoy, John? Estoy en el aeropuerto. Jack y yo estamos en la sala de clase business, esperándote. Tenemos tu billete. ¿Has hecho el equipaje? ¿Tienes tu pasaporte?

—No. Escucha...

—Espera. —La oí hablar con Jack Koenig. Volvió a ponerse y dijo—: Jack dice que *debes* reunirte con nosotros. Puede hacer que te dejen embarcar sin pasaporte. Ven antes de que despegue el avión. Es una orden.

—Cálmate y escucha. Creo que tenemos una pista aquí. —Le conté lo de Gabe Haytham, Fadi Asuad y Gamal Yabbar.

Escuchó sin interrumpirme.

—Espera —dijo finalmente. Volvió a ponerse y añadió—: Eso no demuestra que Khalil no tomara en Newark un avión con destino a Europa.

—Vamos, Kate. El hombre estaba ya en un aeropuerto, a menos de un kilómetro de la terminal internacional. A los diez minutos de haber sido alertados los polis de la Autoridad Portuaria en el JFK fueron alertados también los de Newark. Estamos hablando de Asad el León, no de Asad el Pato.

—Espera. —De nuevo la oí hablar con Koenig. Volvió a ponerse y dijo—: Jack dice que el *modus operandi* y la descripción del agresor de Frankfurt encajan...

—Dile que se ponga.

Koenig se puso al teléfono y empezó a despotricar contra mí.

—Jack —lo interrumpí—, la razón por la que el *modus operandi* y la descripción encajan es porque están tratando de engañarnos. Por amor de Dios, Asad Khalil acababa de cometer el crimen del siglo y no iba a volar a Alemania para cargarse a un banquero. Y si iba al aeropuerto de Newark, ¿por qué mató antes de llegar allí al taxista que lo llevaba? No encaja, Jack. Vete tú a Frankfurt si quieres pero yo me quedo aquí. Mándame una postal y tráeme una docena de salchichas auténticas y un frasco de esa mostaza picante alemana. Gracias. —Colgué antes de que pudiera despedirme.

Abandoné mi informe de incidente, ya que probablemente estaba despedido, y volví a mi burocrático trabajo de revolver papeles llenos de datos e informes procedentes de diversas agencias, ninguna de las cuales tenía nada de qué informar. Finalmente llegué a la media tonelada de documentos relacionados con el incidente del sábado: informes forenses, policía de la Autoridad Portuaria, una queja de la Administración Federal de Aviación en la que aparecía mi nombre en lugar destacado, fotos de personas muertas en sus asientos, el informe toxicológico —se trataba, en efecto, de un compuesto de cianuro—, etcétera, etcétera.

En algún lugar entre aquellos montones de papeles podría haber una pista, pero lo único que yo veía por el momento era el fruto del trabajo de personas que no veían más allá de sus narices y tenían acceso a un procesador de textos con corrector ortográfico.

Lo cual me recordó que retendrían el cheque de mi paga hasta que presentase un informe, así que me volví de nuevo hacia el teclado y la pantalla del monitor. Empecé mi informe con un chiste sobre un soldado de la Legión Extranjera Francesa y un camello; luego lo borré y lo intenté de nuevo.

A eso de las nueve y cuarto, Kate entró y se sentó a su mesa, enfrente de mí. Me

miró mientras yo tecleaba pero no dijo nada. Al cabo de unos minutos de estar siendo observado empecé a cometer errores ortográficos, de modo que levanté la vista hacia ella y le pregunté:

—¿Qué tal en Frankfurt?

No respondió, y me di cuenta de que estaba un poco irritada. Conozco esa cara.

—¿Dónde está Jack? —pregunté.

—Ha ido a Frankfurt.

—Estupendo. ¿Estoy despedido?

—No, pero vas a desear estarlo.

—No reacciono bien a las amenazas.

—¿A qué reaccionas?

—A pocas cosas. Quizá a una pistola amartillada apuntándome a la cabeza. Sí, eso suele atraer mi atención.

—Háblame del interrogatorio.

Así que volví a relatarlo, con más detalle esta vez, y Kate me hizo montones de preguntas. Es muy inteligente, razón por la cual estaba sentada en el CMP en vez de en un avión de Lufthansa con destino a Frankfurt.

—¿O sea que crees que Khalil salió del aparcamiento en un coche?

—Sí.

—¿Por qué no en un autobús a Manhattan?

—Lo he pensado. Para eso va la gente al aparcamiento, para coger un autobús a Manhattan. Pero parece un poco excesivo matar a tu taxista mientras esperas el autobús. De hecho, apuesto a que si Khalil le hubiera pedido a Yabbar que lo llevase a Manhattan, Yabbar lo habría llevado.

—No te pongas sarcástico conmigo, John. Estás en terreno peligroso.

—Sí, señora.

—Muy bien —dijo Kate, después de reflexionar unos instantes—, así que había un coche para la huida estacionado en el aparcamiento. No llamaría la atención y estaría relativamente seguro allí. Yabbar lleva a Khalil al aparcamiento, éste le dispara una única bala, calibre cuarenta, en la espina dorsal, que le causa la muerte, y se pasa luego al otro coche. ¿Hay un chófer? ¿Un cómplice?

—No lo creo. ¿Para qué necesita un chófer? Él es un solitario. Probablemente ya ha conducido en Europa. Sólo necesita las llaves y la documentación del coche, que tal vez le haya dado Yabbar. Éste ya ha visto demasiado, y es asesinado. En el coche de huida, o acaso en el taxi de Yabbar, habría un maletín con efectos personales, dinero, documentos de identidad falsos y quizá un disfraz. Por eso Khalil no les quitó nada a Phil ni a Peter. Asad Khalil es ahora alguien distinto y está en algún lugar de la inmensa red de carreteras estadounidense.

—¿Adónde se dirige?

—No lo sé. Pero a estas horas, si ha conducido parando para dormir sólo el mínimo imprescindible, podría haber cruzado ya la frontera mexicana. O podría

incluso estar en la costa Oeste. Cincuenta horas conduciendo a ciento cinco por hora supone un radio de más de cinco mil kilómetros, y en kilómetros cuadrados eso es... veamos, ¿es pi erre cuadrado?

—Entiendo la idea.

—Bien. O sea que, suponiendo que tenemos un asesino suelto por las carreteras, y suponiendo que quiere hacer algo distinto que ver Disneyworld, entonces no tenemos más que esperar a ver qué es lo que hace. No nos queda otra alternativa en estos momentos, salvo confiar en que alguien reconozca a ese tipo.

Kate asintió con la cabeza y se levantó.

—Tengo fuera un taxi esperando con mi equipaje. Me voy a casa a deshacer la maleta.

—¿Puedo ayudarte?

—Voy a decirle al taxista que espere. —Salió.

Yo continué allí sentado unos minutos más, tiempo durante el cual mi teléfono sonó y alguien echó más papeles sobre mi mesa.

Estaba tratando de averiguar por qué había dicho «¿Puedo ayudarte?». Tengo que aprender a mantener la boca cerrada.

Hay ocasiones en las que preferiría enfrentarme a un maníaco homicida armado antes que a otra noche en el apartamento de una mujer. Con el maníaco homicida, al menos, sabes cuál es la situación, y la conversación es razonablemente breve y al grano.

Mi teléfono estaba sonando otra vez, y, de hecho, los teléfonos estaban sonando por toda la sala, y a mí se me estaban empezando a poner los pelos de punta.

El caso es que, así como se me da muy bien introducirme en la cabeza de los asesinos y predecir sus actos, me encuentro por completo desorientado en lo que sé refiere a las aventuras sexuales, no sé cómo me meto en ellas, qué se supone que debo hacer una vez que estoy en ellas, por qué estoy en ellas y cómo zafarme de ellas. Pero generalmente sé quién es la otra persona. Soy bueno para recordar nombres, incluso a las seis de la mañana.

Así pues, tomé la decisión de bajar la escalera y decirle a Kate que había decidido irme a casa. Me levanté, cogí la chaqueta y la cartera, bajé y monté con ella en el taxi.

Capítulo 39

Asad Khalil continuó hacia el norte, volviendo sobre sus pasos a lo largo de la ruta que había realizado desde Jacksonville, a través de la frontera de Georgia y luego a Carolina del Sur. Durante el trayecto se deshizo de los disquetes de ordenador que había cogido del despacho de Paul Grey.

Mientras conducía, pensaba en todo lo que había hecho por la mañana. Ciertamente, para entonces, al atardecer, alguien ya estaría buscando a la mujer de la limpieza, o a Paul Grey. En algún momento, alguien descubriría los cadáveres. Se daría por supuesto que el móvil del asesinato de Grey había sido el robo del *software*. Todo se estaba desarrollando conforme a lo planeado. Lo que no estaba bien resuelto era el problema de su piloto. Muy posiblemente, para esa noche o la mañana del día siguiente, las muertes de Spruce Creek atraerían la atención de alguien en Servicios Aéreos Alpha, y, naturalmente, la de su piloto, que, sin duda, recordaría el nombre de Paul Grey. Khalil no había caído en la cuenta de que el nombre de éste figuraría en el hangar.

Esa mujer llamaría a la policía y sugeriría que tal vez ella supiera algo acerca de aquel crimen. En Libia, nadie llamaría a la policía con una información que lo pusiera en contacto con las autoridades. Pero Boris estaba bastante seguro de que eso sí era posible en Estados Unidos.

Khalil asintió para sus adentros mientras conducía. Boris le había dicho que utilizara su buen criterio con respecto al piloto, señalando: «Si matas al piloto, debes matar a todos los demás que tengan conocimiento de tu vuelo y que te hayan visto la cara. Los muertos no pueden acudir a la policía. Pero cuantos más cadáveres dejes en tu camino, más firme será la decisión de la policía de encontrar al asesino. El homicidio de un hombre en su casa para robarle no suscita demasiado interés. Tal vez tengas la suerte de que pase inadvertido en Jacksonville».

Khalil asintió de nuevo. Pero había tenido que matar a la mujer de la limpieza, al igual que en Washington, a fin de tener más tiempo para distanciarse del asesinato. Alguien debería decirle a Boris que a los americanos no les gustaba limpiar ellos mismos sus casas.

En cualquier caso, la policía estaba buscando a un ladrón, no a Asad Khalil. Además, no buscaba su automóvil, y, si la piloto llamaba a la policía, estarían buscando a un griego que se dirigía a Atenas, vía Washington, D. C. Todo dependía de lo estúpida que fuese la policía.

Había otra posibilidad, naturalmente. La piloto, al ver la primera plana de los periódicos, podría comprender quién había sido en realidad su pasajero... No cabía duda de que debería haberla matado, pero no lo había hecho. Le había perdonado la

vida, se dijo, no por compasión, sino por lo que Boris, e incluso Malik, había dicho sobre causar demasiadas muertes. Boris se mostraba no sólo cauteloso, sino también demasiado preocupado por las vidas de los enemigos del islam. Boris se había mostrado contrario, por ejemplo, a gasear el avión lleno de gente, y lo había denominado «un acto demencial de asesinato en masa».

Malik le había recordado: «Tu anterior gobierno mató a más de veinte millones de personas de tu propio pueblo desde vuestra revolución. El islam no ha matado a tantas personas desde los tiempos de Mahoma. No nos vengas con sermones, por favor. Nos queda un largo camino para igualar vuestros logros».

Boris no había replicado.

Mientras conducía a lo largo de la 1-95, Khalil apartó de su mente estos pensamientos y volvió a pensar en Paul Grey. No había muerto tan bien como el valeroso general Waycliff y su valiente esposa. Sin embargo, no había muerto implorando que le perdonase la vida. Khalil pensó que quizá debería probar un método diferente con William Satherwaite. En Libia le habían dicho que el exteniente Satherwaite había experimentado algunos infortunios en la vida, y Boris había dicho: «Si lo matamos, tal vez le hagamos un favor». A lo que Khalil había replicado: «Ningún hombre quiere morir. Matarlo será para mí tan agradable como matar a los demás».

Khalil miró el reloj del salpicadero. Eran las tres y cinco de la tarde. Miró su navegador por satélite. Pronto saldría de la 1-95 para tomar una carretera llamada ALT 17 que lo llevaría directamente al lugar llamado Moncks Corner.

Sus pensamientos volvieron nuevamente a los acontecimientos de la mañana. El trato con la mujer piloto había producido en él un efecto perturbador, pero no podía comprender muy bien qué había causado semejante indecisión y confusión. Había buenas razones para matarla, y buenas razones para no matarla. Recordó que ella le había dicho a la mujer del mostrador: «Me ocuparé del Piper a la vuelta».

De modo que, si no hubiera vuelto, la estarían buscando, y lo estarían buscando a él también. A menos, naturalmente, que la mujer del mostrador pensara que la piloto y su cliente habían decidido... estar juntos. Sí, pudo ver ese pensamiento en la cara de la mujer y en su forma de comportarse. Pero al final podría acabar preocupándose y llamando a la policía. De modo que quizá había sido mejor no matar a la piloto.

Mientras conducía, una visión de la piloto llenó su mente, y la vio sonriendo, hablando con él, ayudándolo a subir al avión... tocándolo. Estos pensamientos continuaron ocupando su mente, aunque trataba de librarse de su imagen. Encontró en el bolsillo su tarjeta profesional y la miró. Tenía su teléfono particular escrito a mano encima del número comercial de Aviación Alpha. Volvió a guardarse la tarjeta.

En el último momento vio la salida que debía tomar y se desvió al carril derecho. Luego tomó la rampa de salida a la ALT 17.

Se encontró en una carretera de dos carriles, muy diferente de la Interestatal. Había casas y granjas a ambos lados, pequeños pueblos, surtidores de gasolina y

bosques de pinos. A petición de Khalil, un compatriota había hecho aquel mismo camino unos meses atrás, y había informado: «Ésta es la carretera más peligrosa, debido a los conductores, que están locos, y a la policía, que tiene motocicletas y vigila el paso de todo el mundo».

Khalil tenía en cuenta esta observación y procuró conducir de modo que no llamase la atención. Atravesó varios pueblos y en dos de ellos vio un coche y una moto de la policía.

Pero había poca distancia hasta su destino —sesenta kilómetros, o cuarenta millas— y antes de una hora se aproximaba ya a la ciudad de Moncks Corner.

Bill Satherwaite estaba sentado con los pies encima de la abarrotada mesa en un pequeño edificio de cemento en el aeropuerto del condado de Berkeley, en Moncks Corner, Carolina del Sur. Tenía un mugriento teléfono encajado entre la oreja y el hombro y escuchaba por él la voz de Jim McCoy. Satherwaite miró el anémico acondicionador de aire sujeto a la pared. El ventilador tableteaba, y un leve chorro de aire frío salía por la rejilla. Estaban todavía en abril, y ya había casi treinta y dos grados en el exterior. *Maldito horno.*

—¿Has tenido noticias de Paul? —preguntó Jim McCoy—. Iba a llamarte.

—No —respondió Satherwaite—. Siento no haber podido participar en la conferencia telefónica del sábado. Tuve un día muy ajetreado.

—No importa —dijo McCoy—. Sólo llamaba para ver cómo te va.

—Estupendamente.

Satherwaite miró el cajón de la mesa en que tenía apoyados los pies. Sabía que allí había una botella casi llena de Jack Daniels. Miró el reloj de pared: las cuatro y diez de la tarde. En algún lugar del mundo eran más de las cinco; buena hora para tomar un trago, salvo que el cliente que le iba a alquilar el avión tenía que estar allí para las cuatro.

—¿Te dije que fui a ver a Paul hace unos meses?

—Sí.

—Sí, claro. Deberías ver cómo vive el tío. Casa grande, piscina, hangar, un Beech bimotor, aire acondicionado caliente y frío. —Se echó a reír y añadió—: Cuando vieron acercarse mi viejo Apache, me hicieron señales de que me largara. —Rió de nuevo.

McCoy aprovechó la oportunidad para decir:

—Paul estaba preocupado por el Apache.

—¿Sí? Bueno, Paul es un miedica, si quieres saber mi opinión. ¿Recuerdas cómo nos daba el coñazo haciéndonos comprobar todo cien veces? Los demasiado cuidadosos acaban provocando accidentes. Y el Apache pasa la inspección de la AFA.

—Justo, justo, Bill.

—Sí.

Seguía mirando el cajón y luego bajó los pies de la mesa, se irguió en su sillón

giratorio, se inclinó hacia adelante y abrió el cajón.

—Oye, de verdad que tienes que ir a ver la casa de Paul —dijo.

De hecho, Jim McCoy había ido en varias ocasiones a Spruce Creek pero no quería mencionárselo a Bill Satherwaite, que no había sido invitado más que una vez, aunque había sólo hora y media de vuelo.

—Sí, me gustaría...

—Una casa y un mobiliario increíbles. Pero deberías ver en lo que está trabajando. Una realidad virtual de cojones. Cielo santo, nos pasamos allí la noche entera, bebiendo y haciendo saltar todo a bombazos. —Rió—. Hicimos cinco veces la incursión sobre Al Azziziyah. De puta madre. Para la quinta estábamos ya tan mamados que ni siquiera acertábamos al puto suelo. —Soltó una carcajada.

Jim McCoy rió también pero su risa era forzada. No quería oír de nuevo la misma historia que ya había oído media docena de veces desde que Paul invitó a Satherwaite a pasar un largo fin de semana en Spruce Creek. Había sido, le dijo más tarde Paul, un fin de semana *especialmente* largo. Hasta entonces, ninguno de ellos había caído en la cuenta de lo mucho que Bill Satherwaite se había deteriorado durante los últimos siete años, desde la última vez que coincidieron en una reunión informal de los componentes de la escuadrilla. Ahora, todo el mundo lo sabía.

Bill Satherwaite contuvo el aliento.

—Oye, ¿te acuerdas de cuando yo esperé demasiado para prender los quemadores adicionales y Terry casi se me echa encima? —Rió de nuevo y puso la botella sobre la mesa.

Jim McCoy, sentado en su despacho del Museo Cuna de la Aviación en Long Island, no respondió. Le costaba relacionar el Bill Satherwaite que había conocido con el Bill Satherwaite que estaba al otro lado del hilo telefónico. El viejo Bill Satherwaite era un piloto y oficial tan bueno como el que más en toda la Fuerza Aérea. Pero desde su temprano retiro, Bill Satherwaite se había ido apagando poco a poco. Con el paso de los años, el hecho de haber atacado a Gadafi se había ido tornando cada vez más importante para él. Contaba continuamente sus historias de guerra a todo el que quisiera escucharlo, y ahora se las estaba contando incluso a los que habían participado con él en la misión. Y cada año esas historias se hacían un poco más dramáticas, y más importante su papel en aquella diminuta guerra de doce minutos.

A Jim McCoy le preocupaban las jactancias y fanfarronadas de Bill Satherwaite acerca de la incursión. Nadie debía mencionar jamás que había intervenido en la misión ni, ciertamente, citar los nombres de otros pilotos. McCoy le había dicho muchas veces a Satherwaite que tuviera cuidado con lo que decía, y Satherwaite le había asegurado que sólo utilizaba sus nombres en clave o sus nombres de pila cuando hablaba del ataque. McCoy le había advertido: «Ni siquiera digas que *tú* estuviste en aquella acción, Bill. Deja de hablar de eso». A lo que Bill Satherwaite siempre había respondido: «Eh, oye, yo estoy muy orgulloso de lo que hice. Y no me

preocupa. Esos estúpidos del trapo en la cabeza no van a venir a Moncks Corner, Carolina del Sur, para desquitarse. Tranquilo».

Jim McCoy pensaba que debía insistir en ello, pero ¿de qué serviría?

McCoy deseaba muchas veces que su antiguo compañero de escuadrilla hubiera continuado en la Fuerza Aérea por lo menos hasta la guerra del Golfo. Quizá si hubiera participado en la guerra del Golfo la vida hubiera sido un poco mejor para él.

Mientras hablaba por teléfono Bill Satherwaite tenía un ojo en el reloj y el otro en la puerta. Finalmente desenroscó el tapón de la botella de *bourbon* y bebió un largo trago sin interrumpir su historia de guerra.

—Y el jodido Chip, todo el tiempo dormido —dijo—. Lo despierto, y el tío rebulle, se da media vuelta y otra vez como un tronco. —Rió a carcajadas.

A McCoy se le estaba acabando la paciencia, y le recordó a Satherwaite:

—Dijiste que no calló un momento en todo el trayecto hasta Libia.

—Sí, no paraba de hablar.

McCoy se dio cuenta de que Satherwaite no veía ninguna inconsistencia en su historia, así que dijo:

—Muy bien, muchacho, nos mantendremos en contacto.

—No te vayas todavía. Estoy esperando a un cliente. Un tipo que necesita ir a Philly, pasar allí la noche y volver. Oye, ¿y qué tal te va a ti?

—No me va mal. Ésta es una instalación de clase superior. No está terminada aún pero tenemos una gran variedad de aparatos. Tenemos un F-111 e incluso una maqueta del *Spirit of St. Louis*. Lindbergh despegó de Campo Roosevelt, a unos kilómetros de aquí. Tienes que venir a verlo. Te haré subir al F-111.

—¿Sí? ¿Por qué es una cuna?

—Cuna de la Aviación. A Long Island lo llaman la Cuna de la Aviación.

—Y Kitty Hawk, ¿qué? Allí hicieron el primer vuelo los hermanos Wright.

—A mí no me lo digas. No soy yo quien mece la cuna. —Rió y dijo—: Ven un día de éstos. Acércate al aeropuerto MacArthur, y pasaré a recogerte.

—Sí, un día de éstos. Oye, ¿y qué tal le va a Terry?

Jim McCoy estaba deseando colgar el teléfono, pero había que ser indulgente con los viejos compañeros de armas, aunque no por mucho tiempo más.

—Te manda recuerdos —respondió.

—Chorradas.

—Es verdad —replicó McCoy, tratando de parecer sincero.

Bill Satherwaite no era el predilecto de nadie —probablemente no lo fue nunca—, pero habían compartido el santo sacramento del bautismo de fuego, y el ethos del guerrero —o lo que de él quedaba en Estados Unidos— exigía que aquellos lazos se mantuvieran intactos hasta que el último hombre exhalase su último aliento.

Todos los componentes de la escuadrilla —excepto Terry Waycliff— procuraban adaptarse a Bill Satherwaite, y los demás habían dispensado tácitamente al general de ese deber.

—¿Sigues Terry chupándosela al Pentágono? —preguntó Satherwaite.

—Terry sigue en el Pentágono —respondió McCoy—. Esperamos que se retire allí.

—Que le den por el culo.

—Me encargaré de transmitirle tus mejores saludos.

Satherwaite rió.

—Sí. ¿Sabes cuál era su problema? Era ya general cuando era teniente. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Ya sabes que mucha gente decía lo mismo de ti, Bill —respondió McCoy—. Yo lo considero un cumplido.

—Si eso es un cumplido, entonces no necesito insultos. Terry me la tenía jurada... siempre compitiendo con todo el mundo. Me armó la de Dios por no encender los malditos quemadores adicionales... redactó un informe de denuncia por eso, me echó a mí la culpa de la puñetera bomba que se desvió, en vez de echársela a Wiggins...

—Basta, Bill. Eso no viene a cuento.

Bill Satherwaite tomó otro trago de *bourbon*, contuvo un eructo y dijo:

—Sí... está bien... lo siento...

—No importa. Olvídalo.

McCoy pensó en Terry Waycliff y Bill Satherwaite. Bill ni siquiera estaba en la reserva de la Fuerza Aérea, y por esa razón normalmente habría perdido el derecho a utilizar los servicios de economato, y eso habría supuesto para Satherwaite el golpe definitivo, perder el derecho a comprar licor a precio rebajado en la base aérea de Charleston. Pero Terry Waycliff había manejado ciertos hilos —sin que Bill Satherwaite lo supiera— y le había conseguido una tarjeta de economato.

—Hablamos también con Bob —dijo McCoy.

Bill Satherwaite se retorció en la silla. Pensar en Bob Callum y en su cáncer no era cosa que él hiciera de buen grado, ni de ninguna otra manera, a decir verdad. Callum había ascendido a coronel, y lo último que Satherwaite sabía era que estaba trabajando como instructor de tierra en la Academia de la Fuerza Aérea en Colorado Springs.

—¿Continúa trabajando? —preguntó a McCoy.

—Sí. En el mismo sitio. Dale un telefonazo.

—Lo haré. Mala cosa. —Reflexionó unos instantes y añadió—: Sobrevives a una guerra y mueres de algo peor.

—Tal vez se reponga.

—Sí. Y por último, pero no menos importante, el bueno de mi armero... ¿cómo está Chip?

—No he podido contactar con él —respondió McCoy—. La última carta que le mandé a California me llegó devuelta sin nueva dirección. El teléfono está desconectado, y no hay información alguna disponible.

—Muy propio de Wiggins olvidarse de poner al día su papeleo. Ya me costaba a mí conseguir que se ocupara de ello. Siempre tenía que recordarle que hiciera las cosas.

—Chip no cambia.

—Puedes jurarlo.

McCoy pensó en Chip Wiggins. La última vez que habló con él había sido el 15 de abril del año anterior. Wiggins había estado tomando lecciones de vuelo cuando dejó la Fuerza Aérea y ahora tenía el título de piloto y tripulaba aviones de carga para pequeñas compañías aéreas. Todo el mundo apreciaba a Chip Wiggins pero él prestaba poca atención a detalles del tipo de mandar tarjetas al cambiar de dirección.

Jim McCoy, Terry Waycliff y Paul Grey habían compartido la idea de que Wiggins no se mantenía en contacto con ellos porque ahora era piloto y antes, no. Además, había formado parte de la tripulación de Satherwaite, y eso era razón suficiente para experimentar una sensación de ambivalencia hacia el pasado.

—Trataré de localizarlo —dijo Jim McCoy—. ¿Sabes? Yo creo que Chip ni siquiera sabe todavía lo de Willie.

Satherwaite tomó otro trago de *bourbon*, miró el reloj y luego a la puerta. Refiriéndose al difunto coronel Hambrecht, dijo:

—Chip apreciaba a Willie. Habría que decírselo.

—Sí, haré todo lo posible.

McCoy no sabía qué más decir, consciente de que Bill Satherwaite no pondría un sello en un sobre para mantener al grupo en contacto y que la labor de tener al día el paradero de todos había recaído principalmente en él y en Terry.

De hecho, desde que él obtuvo el puesto de director del Museo Cuna de la Aviación de Long Island, Jim McCoy se había convertido en el secretario extraoficial de su pequeño grupo extraoficial. A los demás les resultaba cómodo utilizarlo como punto de unión; tenía el material de oficina preciso para mantenerse en contacto por teléfono, correo, correo electrónico y fax. Terry Waycliff venía a ser para ellos una especie de presidente pero su trabajo en el Pentágono lo hacía ilocalizable casi todo el tiempo, y Jim McCoy nunca lo llamaba a no ser que se tratara de algo importante. Pronto, todos ellos serían viejos y tendrían tiempo de sobra para mantenerse en contacto si querían.

—¿Y dices que tienes un cliente? —preguntó McCoy.

—Sí. Ya viene con retraso —respondió Satherwaite.

—Bill, ¿has estado bebiendo?

—¿Estás loco? ¿Antes de un vuelo? Por amor de Dios, soy un profesional.

—Está bien...

McCoy pensaba que Bill le estaba mintiendo acerca de la bebida, de modo que esperaba que le estuviese mintiendo también en lo del cliente. Reflexionó unos instantes acerca de los componentes de la vieja escuadrilla: Steve Cox, muerto en el Golfo; Willie Hambrecht, asesinado en Inglaterra; Terry Waycliff, culminando una

brillante carrera militar; Paul Grey, exitoso en la vida civil; Bob Callum, enfermo de cáncer en Colorado; Chip Wiggins, en paradero desconocido, pero se suponía que se encontraba bien; Bill Satherwaite, mera sombra de lo que había sido; y finalmente, él mismo, Jim McCoy, director de museo, buen puesto y mal sueldo. De ocho hombres, dos habían muerto, uno se estaba muriendo de cáncer, otro se estaba muriendo de vida, uno había desaparecido y tres se encontraban bien por el momento.

—Deberíamos ir todos a ver a Bob —dijo a Bill Satherwaite con voz suave—. No debemos demorarnos. Yo lo arreglaré. Tenemos que estar allí, Bill. ¿De acuerdo?

Bill Satherwaite permaneció unos momentos en silencio.

—De acuerdo —respondió finalmente—. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo.

—Tranquilo, muchacho.

—Sí... lo mismo digo.

Se despidieron, y Satherwaite colgó el teléfono y se frotó los ojos, que estaban húmedos. Bebió otro trago y guardó luego la botella en la cartera.

Se puso en pie y paseó la vista por el destartado despacho. En la pared del fondo había una bandera del estado de Carolina del Sur y una bandera confederada que muchas personas encontraban ofensiva, razón por la cual la tenía allí. Todo el país se había ido al diablo, pensó, los maricones políticamente correctos lo mangoneaban todo, y, aunque era de Indiana, a él le gustaba el Sur —excepción hecha del calor y la humedad—, le gustaba la actitud de sus gentes y le gustaba su bandera confederada.

—Que les den por saco.

En la pared lateral había un amplio mapa aeronáutico, y a su lado un viejo póster, descolorido y arrugado por la humedad. Era una fotografía de Muammar al-Gadafi con una gran diana dibujada alrededor de la cabeza. Satherwaite cogió un dardo de su abarrotada mesa y lo lanzó contra el póster. El dardo se hincó en el centro de la frente de Gadafi, y Satherwaite gritó:

—¡Sí! ¡Que te jodan!

Se acercó a la ventana de su pequeño despacho y miró al soleado exterior. *Buen día para volar*. En la pista, uno de sus dos aviones, el Cherokee 140 de entrenamiento, estaba despegando en aquel momento, y, en el calor y la turbulencia de la tarde, las alas de la avioneta se bamboleaban mientras el piloto alumno se esforzaba por ganar altura.

Contempló cómo desaparecía el Cherokee, que proseguía su tambaleante ascenso. Le alegraba no tener que estar en la carlinga con aquel chico, que no tenía los huevos y la sensibilidad precisos para la aviación, sino sólo demasiado dinero. Antes, cuando él era piloto alumno de la Fuerza Aérea, eliminaban sin más a los incompetentes. Ahora él tenía que mimarlos. Y ese chico no vería jamás un solo minuto de combate, sólo quería impresionar a su último ligue. El país se estaba yendo al carajo.

Para empeorar las cosas, su cliente era algún estúpido extranjero, probablemente un residente ilegal que vendía drogas a los yonquis de Filadelfia, y el bastardo se retrasaba. Aquel tipo por lo menos no diría nada si olía el *bourbon*. Probablemente

creería que era un refresco americano. Se echó a reír.

Volvió a la mesa y miró una anotación que había tomado. *Alessandro Fanini*. Sonaba a latino, alguno de esos tipos grasientos y sudorosos, sin duda.

—Sí, un *italianini*. No es tan malo. Mejor que algún Pedro del sur de la frontera.

—Buenas tardes.

Satherwaite giró en redondo y vio en el umbral de la puerta abierta un hombre alto y con gafas negras.

—Alessandro Fanini —dijo el hombre—. Le ruego disculpe mi retraso.

Satherwaite se preguntó si el tipo lo habría oído. Miró el reloj de pared y respondió:

—Sólo media hora. No se preocupe.

Los dos hombres se aproximaron el uno al otro, y Satherwaite extendió la mano.

—Me he retrasado en mi última cita en Charleston —dijo Khalil. ;

—No tiene importancia. —Bill Satherwaite vio que el hombre llevaba una bolsa grande de lona negra y vestía un traje gris—. ¿Trae más equipaje?

—Lo he dejado en el hotel de Charleston.

—Muy bien. Espero que no le importe que yo lleve vaqueros y camiseta.

—En absoluto. Lo que le resulte más cómodo. Pero, como dije, nos quedaremos a pasar la noche.

—Sí. Tengo un maletín. —Señaló una bolsa de la Fuerza Aérea en el sucio suelo—. Mi amiga vendrá aquí luego para cuidar la tienda y cerrar.

—Estupendo. Estará de vuelta para mañana a mediodía.

—Cuando sea.

—He dejado mi coche alquilado junto al edificio principal. ¿Estará seguro allí?

—Desde luego. —Satherwaite se dirigió a un combado estante, cogió varios mapas enrollados de él y tomó el maletín—. ¿Listo?

Siguió la mirada de su cliente, que estaba fija en el póster de Gadafi.

—¿Sabe quién es ése? —preguntó, sonriendo.

—Desde luego —respondió Asad Khalil—. Mi país ha tenido muchos enfrentamientos con ese hombre.

—¿Sí? ¿Les ha creado problemas el señor Muammar Soplollas Gadafi?

—Sí. Nos ha amenazado muchas veces.

—¿Sí, eh? Pues, para su información, una vez estuve a punto de matar a ese bastardo.

—¿Sí?

—¿Es usted de Italia? —preguntó Satherwaite.

—De Sicilia.

—¿De veras? Yo podría haber acabado allí una vez si me hubiera quedado sin gasolina.

—¿Perdón?

—Es una larga historia. No se me permite hablar de ello. Olvídelo.

—Como quiera.

—Muy bien, si me abre esa puerta, nos largamos.

—Oh, una cosa más. Ha habido un ligero cambio en mis planes que tal vez requieran también un cambio por parte de usted.

—¿Como qué?

—Mi compañía me ha ordenado ir a Nueva York.

—¿Sí? No me gusta volar a Nueva York, señor...

—Fanini.

—Eso. Demasiado tráfico, demasiado jaleo.

—Estoy dispuesto a pagarle un plus.

—No es por el dinero, es por el jaleo. ¿Qué aeropuerto?

—Se llama MacArthur. ¿Lo conoce?

—Oh, claro. Nunca he estado allí, pero está bien. Un aeropuerto suburbano en Long Island. Podemos hacerlo pero supondrá un gasto extra.

—Desde luego.

Satherwaite dejó sus cosas sobre la mesa y buscó otro mapa en el estante.

—Curiosa coincidencia —dijo—, ahora mismo estaba hablando con un tipo de Long Island. Quería que me pasara por su casa... tal vez le dé una sorpresa. Puede que deba llamarlo antes.

—Quizá sería mejor darle una sorpresa. O llámelo cuando aterricemos.

—Sí, voy a coger sus números de teléfono.

Satherwaite accionó un destartado fichero giratorio y extrajo una tarjeta.

—¿Vive cerca del aeropuerto? —preguntó Khalil.

—No lo sé. Pero él me recogerá.

—Puede usted utilizar mi coche alquilado si quiere. Tengo reservado un coche, así como dos habitaciones de motel para nosotros.

—Sí. Le iba a preguntar acerca de eso. Yo no comparto habitaciones con hombres.

—Yo, tampoco —replicó Khalil, forzando una sonrisa.

—Estupendo. Cuestión aclarada. Oiga, ¿quiere pagar por adelantado? Tiene derecho a un descuento si lo hace.

—¿A cuánto ascenderá todo?

—Bueno... yendo ahora a MacArthur, más la noche y el tiempo de clase que pierdo mañana, más la gasolina... digamos que ochocientos al contado en total.

—Parece razonable.

Khalil sacó la cartera, contó ochocientos dólares en billetes, añadió otros cien y dijo:

—Más una propina para usted.

—Gracias.

Era casi todo el dinero que tenía, pero Khalil sabía que no tardaría en recuperarlo. Bill Satherwaite contó el dinero y se lo guardó.

—Muy bien. Trato hecho.

—Excelente. Estoy listo.

—Tengo que echar una meada. —Satherwaite abrió una puerta y desapareció en el lavabo.

Asad Khalil miró el póster del Gran Líder y reparó en el dardo que tenía clavado en la frente. Lo arrancó y se dijo: *Seguro que nadie merece morir más que este cerdo americano.*

Bill Satherwaite salió del lavabo, y recogió los mapas y el maletín.

—Si no hay más cambios, podemos ir tirando —dijo.

—¿Tiene alguna bebida que podamos llevar? —preguntó Khalil.

—Sí. Ya he puesto una nevera portátil en el avión. Tengo soda y cerveza... la cerveza es para usted si quiere. Yo no puedo beber.

Khalil percibía claramente el olor a alcohol en su aliento pero dijo:

—¿Tiene agua embotellada?

—No. ¿Por qué gastar dinero en agua? El agua es gratis. —*Los idiotas y los mañeas compran botellas de agua*—. ¿Quiere usted agua?

—No es necesario. —Khalil abrió la puerta y salieron al abrasador exterior.

Mientras cruzaban la ardiente rampa de cemento en dirección al Apache estacionado a treinta metros del despacho, Satherwaite preguntó:

—¿A qué se dedica usted, señor Panini?

—Fanini. Como le dijo mi colega cuando llamó desde Nueva York, estoy en el negocio textil. He venido a comprar algodón americano.

—¿Sí? Ha venido usted al lugar adecuado. No ha cambiado nada desde la guerra civil, salvo que ahora tienen que pagar a los esclavos. —Soltó una carcajada y añadió—: Y ahora algunos de los esclavos son hispanos y blancos. ¿Ha visto alguna vez un campo de algodón? Es un trabajo jodido. No pueden encontrar gente suficiente para hacerlo. Quizá deban importar un cargamento de estúpidos árabes... a ellos les encanta el sol. Se les paga en mierda de camello y se les dice que pueden llevarlo al banco para cambiarlo por dinero. —Rió.

Khalil no respondió pero preguntó:

—¿Necesita presentar un plan de vuelo?

—No. —Satherwaite señaló el despejado firmamento mientras continuaban caminando hacia el avión—. Hay un área de altas presiones por toda la costa Este, tiempo espléndido en todo el trayecto. —Pensando que tal vez se tratara de un pasajero nervioso, añadió—: Los dioses le son propicios, señor Fanini, porque tenemos un tiempo ideal para volar hasta Nueva York y probablemente también cuando volvamos mañana.

Khalil no necesitaba oír decir a aquel hombre que Alá había bendecido el *yihad*, ya lo sabía en lo más profundo de su alma. Sabía también que el señor Satherwaite no regresaría.

Mientras seguían andando, Satherwaite dijo, como hablando para sus adentros:

—Cuando enfilemos sobre el océano al sur del aeropuerto Kennedy, podría consultar con el radar del control de aproximación acerca de la ruta directa a Islip. Nos mantendrían alejados de los aviones de línea que se dirigen al JFK.

Khalil pensó por un momento en cómo había estado él en un avión de línea en aquella misma ruta hacía sólo unos días y, sin embargo, ahora parecía casi una eternidad.

—Y llamaré a la torre de Long Island solicitando autorización para aterrizar. Eso es —añadió Satherwaite.

Agitó la mano, señalando a su alrededor el casi desierto aeródromo de Moncks Corner.

—Lo que es seguro es que no tengo que hablar con nadie para salir de aquí —dijo con una risotada—. No hay nadie con quien hablar, aparte de mi alumno, que está volando allá, en mi propio Cherokee. Y, de todos modos, ese chico no sabría qué decir si lo llamara por radio.

Volviendo la vista hacia donde señalaba el piloto, Khalil vio el pequeño monomotor, que descendía hacia la pista de aterrizaje, balanceándose levemente de un lado a otro. Observó que el aparato era muy parecido al que había fletado en Jacksonville con la piloto. El recuerdo de la mujer retornó a los pensamientos de Khalil, que se apresuró a ahuyentar la imagen de su mente.

Se detuvieron ante un viejo bimotor Piper Apache azul y blanco. Satherwaite había desatado anteriormente las cuerdas, retirado los bloqueadores de los mandos y apartado los calzos de las ruedas. También había comprobado el combustible. De todos modos, era lo único que comprobaba, pensó, principalmente porque eran tantas las cosas que el avión tenía mal que resultaba una pérdida de tiempo encontrar algo más.

—Lo he comprobado todo antes de que usted llegara —dijo Satherwaite—. Todo funciona a las mil maravillas.

Asad Khalil miró al viejo avión. Se alegró de que tuviese dos motores.

Satherwaite percibió una cierta preocupación en su cliente.

—Ésta es una máquina muy sencilla, señor Fanini, y siempre puede uno contar con que lo lleve allí y lo traiga de vuelta.

—¿Sí?

Satherwaite trató de ver lo que veía el remilgado extranjero. Las ventanillas de plexiglás del avión de 1954 estaban un poco sucias y agrietadas, y la pintura del fuselaje, bastante descolorida; de hecho, admitió Satherwaite, apenas si era ahora más que una sombra de lo que había sido. Miró al atildado señor Fanini, con su elegante traje y sus gafas de sol, y le dio más ánimos.

—No hay nada complicado ni sofisticado en este avión pero eso significa que no puede estropearse nada importante. Los motores son buenos, y los mandos funcionan a la perfección. Yo antes pilotaba reactores militares, y permítame decirle que esos aparatos son tan complejos que se necesita un verdadero ejército de personal de

mantenimiento para llevar a cabo una simple misión de una hora de duración.

Satherwaite miró de soslayo bajo el motor derecho, donde se había ido formando un charco de aceite negruzco en el suelo durante la semana en que no había pilotado el Apache.

—De hecho, ayer hice el viaje de ida y vuelta a Key West. Vuela como un ángel nostálgico. ¿Listo?

—Sí.

—Bien.

Satherwaite echó su maletín sobre el ala y luego, con los mapas bajo el brazo, trepó al ala derecha del Apache, abrió la única portezuela y recogió el maletín. Echó el maletín y los mapas en la parte trasera y le preguntó a su pasajero:

—¿Delante o detrás?

—Me sentaré delante.

—Muy bien.

Bill Satherwaite a veces ayudaba a los pasajeros a subir pero el tipo parecía poder arreglárselas solo. Satherwaite se introdujo en la carlinga y se deslizó sobre el asiento del copiloto para pasar al del piloto. Hacía calor en la cabina, y Satherwaite abrió el ventanuco de ventilación de su lado mientras esperaba a su pasajero.

—¿Viene usted? —preguntó.

Asad Khalil depositó la bolsa sobre el ala, se encaramó a la superficie antideslizante ya desgastada, recogió la bolsa y se instaló en el asiento del copiloto, dejando la bolsa en el asiento situado detrás del suyo.

—Deje abierta la puerta un minuto —dijo Satherwaite—. Sujétese el cinturón.

Khalil hizo lo que le decía el piloto.

Bill Satherwaite se puso el casco con auriculares y micrófono, accionó varios conmutadores y encendió el motor izquierdo. Tras unos segundos de vacilación, la hélice empezó a girar, y el viejo motor de pistón cobró vida con una especie de chisporroteo. Una vez que el motor empezó a funcionar suavemente, Satherwaite accionó el *starter* del derecho, que se encendió mejor que el izquierdo.

—Muy bien... precioso sonido.

Khalil gritó por encima del rugido de los motores.

—Es demasiado fuerte.

—Sí, bueno —respondió Satherwaite—, su puerta y mi ventana están abiertas. —No dijo a su pasajero que la puerta no ajustaba bien y que no habría mucho más silencio cuando se cerrase. Añadió—: Cuando alcancemos la altitud de crucero, podrá oírse crecer el bigote.

Soltó una carcajada y empezó a dirigir el avión hacia la pista. Con el dinero ya en el bolsillo, pensó, no necesitaba mostrarse excesivamente amable con aquel extranjero.

—¿De dónde es usted? —preguntó.

—De Sicilia.

—Oh... ya...

Satherwaite recordó que la mafia era de Sicilia. Miró de soslayo a su pasajero mientras conducía el avión por tierra, y se le ocurrió de pronto que aquel tipo podría pertenecer a la banda. Lamentó inmediatamente sus aires arrogantes y trató de rectificar.

—¿Se encuentra cómodo, señor Fanini? ¿Quiere saber algo acerca del vuelo?

—Su duración.

—Bueno, si recibimos viento de cola, que es lo que anuncian las previsiones, estaremos en MacArthur dentro de unas tres horas y media. —Consultó su reloj—. O sea, que aterrizaremos a eso de las ocho y media. ¿Qué le parece?

—Perfecto. ¿Y debemos repostar durante el trayecto?

—No. Tengo instalados depósitos adicionales, de modo que puedo volar unas siete horas seguidas sin escala. Repostaremos en Nueva York.

—¿Y no tendrá dificultades para aterrizar en la oscuridad? —preguntó Khalil.

—No, señor. Es un buen aeropuerto. Las compañías aéreas lo utilizan con sus reactores. Y soy un piloto experimentado.

—Estupendo.

Satherwaite pensó que había suavizado las cosas con el señor Fanini y sonrió. Llevó el Apache hacia el extremo de la pista activa. Levantó la vista y miró a través del parabrisas. Su alumno volaba de nuevo sobre la pista Veintitrés, ejercitándose en tocar tierra y remontar de nuevo el vuelo, al parecer sin ningún tipo de problemas.

—Ese chico de ahí arriba es un alumno piloto que necesita un doble trasplante de huevos —dijo—. ¿Sabe una cosa? Los chicos americanos se han vuelto demasiado blandos. Necesitan una buena patada en el culo. Necesitan volverse asesinos. Necesitan probar el gusto de la sangre.

—¿De veras?

Satherwaite miró de reojo a su pasajero y continuó:

—Quiero decir que yo he visto el combate de cerca, y puedo asegurarle que cuando la Triple A es tan densa que te tapa todo el cielo, y cuando los misiles te pasan rozando la carlinga, es entonces cuando te haces rápidamente un hombre.

—¿Ha experimentado usted eso?

—Montones de veces. Bueno, allá vamos. Cierre la puerta.

Satherwaite siguió calentando los motores, comprobó los instrumentos y paseó luego la vista por el aeródromo. Solamente estaba el Cherokee, y no suponía ningún problema. Llevó el Apache hasta la pista, aumentó la potencia, y empezaron a moverse. El avión aceleró y hacia la mitad de la pista se elevó en el aire.

Satherwaite permaneció en silencio mientras ajustaba las válvulas y accionaba los mandos. Incluyó de lado el aparato, tomando un rumbo de 40 grados mientras el avión continuaba elevándose.

Khalil miró por la ventanilla la verde campiña que se extendía debajo de ellos. Se dio cuenta de que el avión era mejor de lo que parecía, y de que también lo era el

piloto.

—¿En qué guerra luchó usted? —preguntó.

Satherwaite se metió un chicle en la boca y respondió:

—En montones de guerras. La del Golfo fue la mayor.

Khalil sabía que aquel hombre no había combatido en la guerra del Golfo. De hecho, Asad Khalil sabía acerca de Bill Satherwaite más de lo que el propio Satherwaite sabía acerca de sí mismo.

—¿Quiere un chicle? —preguntó Satherwaite.

—No, gracias. ¿Y qué tipo de avión pilotaba?

—Cazas.

—¿Sí? ¿Qué son cazas?

—Pues cazas. Cazas a reacción. Cazabombarderos. Pilotaba montones de aviones distintos, pero acabé en uno llamado F-111.

—¿Puede hablar de ello... o es secreto militar?

Satherwaite rió.

—No, señor, no es ningún secreto. Es un aparato viejo, retirado hace ya tiempo del servicio. Igual que yo.

—¿Echa usted de menos la experiencia?

—No echo de menos las garrambinas, me refiero a todo el ceremonial de saludos y gaitas y todo el mundo mirándote continuamente. Y ahora tienen *mujeres* tripulando aviones de combate, por los clavos de Cristo. No puedo ni imaginarlo. Y esas zorras causan toda clase de problemas con sus chorradas de acoso sexual... disculpe, me he disparado. Oiga, ¿cómo son las mujeres de su tierra? ¿Sabén cuál es su puesto en la sociedad?

—Ya lo creo que sí.

—Estupendo. Tal vez me vaya allí. Sicilia, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué idioma hablan allí?

—Un dialecto del italiano.

—Lo aprenderé y me iré allí. ¿Necesitan pilotos por esa zona?

—Desde luego.

—Estupendo.

Estaban subiendo a mil quinientos metros y el sol del atardecer brillaba casi directamente detrás de ellos, lo que hacía particularmente luminoso y dramático el panorama que se extendía delante, pensó Satherwaite. A la luz del sol poniente, el fértil terreno adquiriría una tonalidad más intensa aún de colores y creaba una nítida línea de separación sobre el distante azul de las aguas costeras. Un viento de cola de veinticinco nudos aumentaba su velocidad sobre tierra, de modo que tal vez llegaran a Long Island antes de lo que había calculado.

En lo más recóndito de la mente de Satherwaite se albergaba la idea de que volar era más que un oficio. Era una vocación, una hermandad, una experiencia

ultraterrena, como la que algunos de aquellos fanáticos beatos de Moncks Corner sentían en la iglesia. Cuando estaba volando se sentía mejor y tenía una mejor impresión de sí mismo. Esto, comprendió, era lo más que iba a conseguir.

—Echo de menos el combate —le dijo a su pasajero.

—¿Cómo puede echar de menos una cosa así?

—No lo sé... En toda mi vida jamás me he sentido tan bien como cuando veía las trazadoras y los misiles a mi alrededor. Bueno —añadió—, quizá si me hubieran alcanzado, mis sentimientos serían distintos. Pero aquellos bastardos no eran capaces ni de darle al suelo meando.

—¿Qué bastardos...?

—Oh, digamos simplemente los árabes. No puedo decir cuáles.

—¿Por qué?

—Secreto militar. —Rió—. No la misión, sólo quienes iban en la misión.

—¿Y eso por qué?

Bill Satherwaite miró un momento a su pasajero.

—Forma parte de las normas no divulgar los nombres de pilotos participantes en un bombardeo —respondió después—. El gobierno piensa que esos estúpidos camelleros del desierto van a venir a Estados Unidos a vengarse. Chorradas. Pero ya sabe, el capitán del *Vincennes*, aquel acorazado del Golfo que derribó accidentalmente a un avión comercial iraní... alguien le puso una bomba en el coche, en su furgoneta, en California nada menos. Fue horrible, estuvo a punto de matar a su mujer.

Khalil asintió. Estaba enterado del incidente. Con aquel coche bomba, los iraníes habían puesto de manifiesto que no aceptaban explicaciones ni excusas.

—En la guerra, la muerte engendra más muerte —dijo.

—¿De veras? De todos modos, el gobierno piensa que esos camelleros podrían ser peligrosos para sus bravos guerreros. Qué cono, a mí no me importa quién sepa que yo bombardeé a los árabes. Que vengan a buscarme. Desearán no haberme encontrado.

—Sí... ¿Va usted armado?

Satherwaite miró de reojo a su pasajero y respondió:

—La señora Satherwaite no crió a un idiota.

—¿Perdón?

—Estoy armado y soy peligroso.

Satherwaite continuó, mientras ascendían a dos mil metros:

—Pero entonces, durante la guerra del Golfo, el estúpido gobierno quería tener buena prensa, así que va y saca a los pilotos en televisión. Santo cielo, quiero decir que si tienen miedo a los cabrones de los árabes, ¿por qué andan paseando ante las cámaras de televisión a los pilotos de los cazas? Le diré por qué. Querían el apoyo de la opinión pública del país, así que presentan en la televisión a los muchachos para que sonrían y digan lo magnífica que es esta guerra y cómo a todo el mundo le

encanta cumplir su jodido deber para con Dios y la Patria. Y por cada individuo que sacaban tenían unas cien tías paseando el cono ante las cámaras para demostrar lo políticamente correcto que es el ejército. Dios Santo, si hubiera visto usted la guerra en la CNN, habría pensado que la estaban librando exclusivamente las tías. Apuesto a que eso les jodió a los iraquíes. Ya sabe, pensar que les estaban zurrando la badana un puñado de fulanas. —Se echó a reír—. Me alegro de estar fuera de eso.

—Comprendo.

—Sí. Bueno, me he alterado un poco. Lo siento.

—Comparto sus sentimientos sobre el hecho de que las mujeres hagan trabajos de hombres.

—Estupendo. Debemos mantenernos unidos.

Rió de nuevo, pensando que aquel tipo no estaba tan mal, a pesar de ser extranjero.

—¿Por qué tiene usted ese póster en la pared? —preguntó Khalil.

—Para recordar la vez que casi le meto una bomba en el culo —respondió Bill Satherwaite, sin pararse a pensar en razones de seguridad—. En realidad, mi misión no incluía su casa. Eso era cosa de Paul y Jim. Lanzaron una bomba justo sobre la casa del bastardo, pero Gadafi estaba durmiendo fuera, en una tienda de campaña nada menos. A los jodidos árabes les gustan sus tiendas, ¿verdad? Pero a quien le cayó encima fue a su hija, lo cual fue una lástima, pero la guerra es la guerra. Alcanzó también a su mujer y a dos de sus hijos, pero sin matarlos. Nadie quiere matar a mujeres y niños pero a veces están donde no deberían estar. ¿Comprende? Quiero decir que si yo fuese hijo de Gadafi me mantendría a un kilómetro de distancia de él. —Rió.

Khalil inspiró profundamente y se dominó.

—¿Y cuál era su misión? —preguntó.

—El centro de comunicaciones, un depósito de combustible, un cuartel... algo más. No recuerdo. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada especial. Lo encuentro fascinante.

—¿Sí? Bueno, olvídalo todo, señor Fanini. Como le dije, se supone que no debo hablar de ello.

—Desde luego.

Volaban a una altitud de crucero de 2500 metros. Satherwaite redujo la potencia, y el rugido de los motores disminuyó.

—¿Llamará usted a su amigo de Long Island? —preguntó Khalil.

—Sí, probablemente.

—¿Es un amigo del ejército?

—Sí. Ahora es director de un museo de aviación. Si tenemos tiempo por la mañana, quizá me acerque por allí. Puede venir usted también si quiere. Le enseñaré mi viejo F-111. Tienen uno allí.

—Sería interesante.

—Sí. Hace un montón de años que no veo uno.

—Le traerá recuerdos.

—Sí.

Khalil miró el paisaje que se extendía a sus pies. Qué irónico, pensó, que acabara de matar al camarada de este hombre y ahora él mismo le estuviera transportando al lugar donde mataría a otro de sus camaradas. Se preguntó si el hombre que estaba a su lado apreciaría la ironía.

Asad Khalil se recostó en su asiento y levantó los ojos hacia el firmamento. Mientras el sol comenzaba a ponerse, rezó en silencio sus preceptivas oraciones y añadió:

—Dios ha bendecido mi *yihad*. Dios ha confundido a mis enemigos. Dios los ha puesto en mis manos. Dios es grande.

Bill Satherwaite se volvió.

—¿Decía usted algo? —preguntó.

—Solamente daba gracias a Dios por el buen día que he pasado y le pedía que bendijese mi viaje a Norteamérica.

—¿Sí? Pídale también que me haga un par de favores.

—Ya se lo he pedido. Se los hará.

Capítulo 40

Mientras el taxi se alejaba de Federal Plaza, Kate me preguntó:

—¿Vas a entrar esta vez? ¿O necesitas dormir?

Eso sonaba un poquitín burlón, quizá incluso como un desafío a mi virilidad. La mujer estaba aprendiendo qué botones había que pulsar.

—Subiré —respondí—. Tienes que decir «subir», no «entrar».

—Como quieras.

Permanecimos en el taxi en relativo silencio. El tráfico era escaso, un fugaz chaparrón primaveral hacía brillar el asfalto, y el taxista era de Croacia. Siempre se lo pregunto. Estoy haciendo una encuesta.

Bien, llegamos al edificio de apartamentos de Kate, y pagué el taxi, lo que incluía el viaje desde el JFK y la espera. Llevé también su maleta. Eso del sexo gratis es un cuento, dicho sea de paso.

El portero abrió la puerta, estoy seguro que preguntándose por qué la señora Mayfield salía con una maleta y volvía pocas horas después con la misma maleta y un hombre. Espero que la cuestión le obsesionara toda la noche.

Cogimos el ascensor y entramos en su apartamento, en el piso catorce.

Era un pisito alquilado con las paredes blancas, suelos de madera de roble, sin alfombras, y mobiliario minimalista moderno. No había plantas naturales, ni arte mural, ni esculturas, ni baratijas, ni, gracias a Dios, señales de que hubiese un gato. Un lienzo de pared estaba abarrotado de libros, un televisor y un reproductor de *compact disc* cuyos altavoces reposaban en el suelo.

Había una especie de cocina-despensa abierta, en la que Kate entró y abrió un armario.

—¿*Whisky*? —preguntó.

—Por favor. —Depositó en el suelo su maleta y mi cartera.

Ella puso la botella de *whisky* en la barra de desayunos, entre la cocina y la zona del comedor, en la que no había mesa. Me senté en una banqueta ante la barra, y ella puso hielo en dos vasos y sirvió *whisky*.

—¿Soda?

—No, gracias.

Entrechocamos los vasos y bebimos. Ella volvió a servir y apuró otro trago de *whisky*.

—¿Has cenado? —me preguntó.

—No. Pero no tengo hambre.

—Bueno, hay algunas cosillas por aquí.

Abrió un armario y sacó varias bolsas grandes de celofán de aspecto horrible y

nombres estrambóticos, como Crunch-Os. Comió un puñado de ganchitos anaranjados, o lo que fuesen.

Se sirvió otro *whisky* y luego se acercó a la cadena musical y puso un disco. Era un viejo título de Billie Holiday.

Se quitó los zapatos con una brusca sacudida de cada pie y se despojó luego de la chaqueta, dejando al descubierto una elegante blusa blanca bien cortada y una Glock en su funda. Pocos agentes de policía llevan ya funda sobaquera, y me pregunté por qué la llevaría ella. Echó la chaqueta sobre un sillón y luego se quitó la pistolera y la dejó caer sobre la chaqueta. Yo esperé a que siguiera poniéndose más cómoda aún, pero eso fue todo.

Así pues, no queriendo ni necesitando tener una ventaja armada, me quité la chaqueta y saqué la pistolera que llevaba sujeta al cinturón. Ella cogió ambas cosas, las puso encima de las suyas y se sentó a mi lado. En plan estrictamente profesional, yo le hablé de las ventajas de la nueva Glock del calibre 40 adoptada por los federales y de cómo tenía resultados superiores a los del modelo de nueve milímetros, etcétera, etcétera.

—No atravesará un chaleco blindado pero es capaz de derribar a un hombre.

Ella no parecía interesada en el tema.

—Tengo que arreglar este apartamento —dijo.

—A mí me parece que está muy bien.

—¿Tú vives en un tugurio?

—Antes, sí. Pero acabé en la residencia conyugal. No está mal.

—¿Cómo conociste a tu mujer?

—La compré por catálogo.

Se echó a reír.

—Encargué una cafetera pero creo que escribí mal el número de serie, y apareció ella. En paquete certificado.

—Eres un tipo raro. —Miró su reloj—. Quiero ver luego el noticiario de las once. Había convocadas tres conferencias de prensa.

—Muy bien.

Se puso en pie.

—Voy a ver si tengo algún mensaje en el contestador y a decir al CMP que estoy en casa —dijo. Me miró y preguntó—: ¿Debo decir que tú estás aquí?

—Eso es cosa tuya.

—En este caso tienen que saber en todo momento dónde estás.

—Lo sé.

—¿Y bien? ¿Te quedas?

—También eso es cosa tuya. Sorpréndeme.

—Está bien.

Se volvió y salió por una puerta que daba a su dormitorio o a su despacho.

Tomé unos sorbos de *whisky*, reflexionando acerca de la duración y finalidad de

mi visita. Sabía que, si terminaba mi vaso y me iba, la Mayfield y yo dejaríamos de ser amigos. Si me quedaba y hacía la cosa, la Mayfield y yo dejaríamos de ser amigos. Estaba realmente acorralado.

Kate regresó:

—Sólo había ese mensaje tuyo. —Se sentó de nuevo a mi lado y revolvió con el dedo su *whisky* con hielo—. He llamado al CMP.

—¿Has mencionado que estaba yo aquí? —pregunté final mente.

—Sí. El oficial de guardia tenía el altavoz conectado, y he podido oír la salva de aplausos.

Sonreí.

Se sirvió más *whisky* y luego revolvió entre las bolsas de celofán, comentando:

—No debería tener en casa esta basura. En realidad, sé cocinar. Pero no lo hago. ¿Cómo te las arreglas tú para comer en casa?

—Me suelo llevar a casa los animales que atropello con el coche.

—¿Te gusta vivir solo?

—A veces.

—Yo nunca he vivido con nadie.

—¿Por qué?

—El trabajo, supongo. Los horarios. Llamadas a todas horas, viajes aquí y allá. Traslados. Además, hay que tener en casa armas y documentos confidenciales, pero supongo que eso no tiene mayor importancia. Los veteranos suelen decirme que, hace años, si una agente vivía con un tío, tenía problemas.

—Probablemente sea verdad.

—No creo que los tíos salieran tampoco muy bien librados. Tú eres un veterano —añadió—. ¿Cómo era la vida en los años cuarenta?

Sonreí pero no tenía ninguna gracia.

La Mayfield había consumido cuatro *whiskies* pero parecía bastante lúcida.

Escuchamos un rato *Sólo tengo ojos para ti* y charlamos.

—Yo bebo cuando estoy nerviosa —me sorprendió ella—. El sexo siempre me pone nerviosa. Quiero decir, la primera vez, no el sexo propiamente dicho. ¿Y a ti?

—Sí... Me pongo un poco tenso.

—No eres tan duro como aparentas.

—Estás pensando en mi gemelo malo. James Corey.

—¿Quién es la mujer de Long Island?

—Ya te lo dije. Una policía de Homicidios.

—¿Es una relación seria? Bueno, no quiero ponerte en una situación embarazosa. No respondí.

—Muchas mujeres de la oficina te consideran muy *sexy* —dijo.

—¿De veras? He cuidado al máximo mi comportamiento.

—No importa lo que hagas o digas. Es tu forma de andar y mirar.

—¿Me estoy ruborizando?

—Un poco. ¿Y yo estoy siendo demasiado atrevida?

Tengo preparada una buena contestación para eso, y dije:

—No, estás siendo franca y sincera. Me gusta la mujer capaz de expresar su interés por un hombre sin ninguna de las trabas que la sociedad impone a las mujeres.

—Tonterías.

—Sí. Pásame el *whisky*.

Cogió la botella y se dirigió al sofá.

—Vamos a ver las noticias.

Yo cogí mi vaso y me senté en el sofá. Ella apagó el tocadiscos, empuñó el mando a distancia y sintonizó el noticiario de las once de la CBS.

El asunto principal era el caso del vuelo 175 de Trans-Continental y las conferencias de prensa. La presentadora estaba diciendo:

—Tenemos nuevos y sorprendentes datos en relación con la tragedia del vuelo Uno-Siete-Cinco en el aeropuerto Kennedy el sábado. El FBI y la policía de Nueva York han anunciado hoy en una conferencia de prensa conjunta lo que se venía rumoreando desde hace días que las muertes ocurridas a bordo del vuelo de Trans-Continental fueron consecuencia de un atentado terrorista y no de un accidente. El FBI considera principal sospechoso del ataque a un ciudadano libio llamado Asad Khalil... —Una foto de Khalil apareció en la pantalla y permaneció allí mientras la presentadora continuaba—: Ésta es la foto que les mostramos anoche y la persona de la que informábamos que estaba siendo objeto de búsqueda nacional e internacional. Ahora hemos sabido que es el principal sospechoso de la tragedia...

Kate pasó a la NBC, y la información era prácticamente idéntica, y sintonizó después la ABC y luego la CNN. Continuó cambiando de canal, lo cual cuando lo hago yo está muy bien, pero cuando lo hace otro, en particular si es una mujer, resulta un incordio.

De todos modos, captamos lo esencial de las diversas informaciones, pusieron luego varios fragmentos de la primera conferencia de prensa, y se vio a Félix Mancuso, jefe de la oficina del FBI de Nueva York, ofreciendo unos pocos detalles, cuidadosamente seleccionados, del incidente. Tras él salió el comisario de policía.

Apareció luego Jack Koenig, quien habló brevemente sobre los esfuerzos coordinados del FBI y la policía neoyorquina pero sin mencionar por su nombre a la Brigada Antiterrorista.

Koenig no mencionó a Peter Gorman ni a Phil Hundry pero habló de las muertes de Nick Monti, Nancy Tate y Meg Collins, a quienes identificó como agentes federales, y, naturalmente, tampoco hizo ninguna referencia al Club Conquistador. Su breve descripción de sus muertes sugería la idea de que habían muerto en un tiroteo con el terrorista durante su huida.

La grabación de la conferencia de prensa conjunta del FBI y la policía de Nueva York terminó con una andanada de preguntas por parte de los periodistas, pero todos los personajes importantes parecían haberse esfumado, dejando al diminuto Alan

Parker solo en el podio, con el aire de un ciervo sorprendido bajo la luz de los faros.

La locutora presentó luego la segunda conferencia de prensa celebrada en el ayuntamiento, con intervenciones del alcalde, el gobernador y otros políticos, todos los cuales prometían hacer algo pero sin concretar en absoluto qué era lo que iban a hacer. Lo importante era que tenían la oportunidad de salir en televisión.

Hubo después un vídeo de Washington mostrando al director del FBI y al subdirector de la sección de contraterrorismo, con quien nos habíamos reunido en el cuartel general del FBI. Todos hicieron una declaración sombría pero optimista.

El subdirector aprovechó la oportunidad para anunciar de nuevo la recompensa de un millón de dólares por cualquier información que condujese a la detención de Asad Khalil. Ni siquiera dijo «condena», sólo detención. Para los que estaban en el ajo, se trataba de algo insólito y denotaba un alto grado de ansiedad y desesperación.

A continuación, hubo una rápida escena de la Casa Blanca, en la que el presidente formuló una declaración cuidadosamente redactada que, según me pareció, podría servir casi para cualquier ocasión, incluso para la semana de la Biblioteca Nacional.

Observé que toda la información, incluidas largas conferencias de prensa, había durado unos siete minutos, lo cual es mucho para un telediario. Quiero decir que yo tengo metida en la cabeza la jocosa escena en la que un locutor lee con voz monótona las noticias del día y dice: «Un meteorito se dirige hacia la Tierra y destruirá el planeta el miércoles». Y luego se vuelve hacia el cronista deportivo y dice: «Bueno, Bill, ¿y qué hay del partido de hoy de los Mets?»

Quizá exagero pero había una noticia de cierta importancia, acerca de la cual yo tenía un conocimiento de primera mano, y ni siquiera yo podía seguir el caleidoscopio de imágenes y sonidos.

Pero todas las cadenas prometían un reportaje especial a las once y media, y esos reportajes solían ofrecer una información mejor y más amplia. Los noticiarios habituales eran más bien atracciones populares.

La cuestión, no obstante, era que había saltado la liebre y la foto de Asad Khalil estaba en las ondas. Deberían haberlo hecho antes, pero más vale tarde que nunca.

Kate apagó el televisor con el mando a distancia y encendió el tocadiscos con el mismo mando. Asombroso.

—Quiero ver la reposición de esta noche de «Expediente X», el episodio ése en que Mulder y Scully descubren que su ropa interior es una forma de vida extraterrestre —dije.

No respondió.

Había llegado el Momento.

Se sirvió otro *whisky*, y vi que realmente le temblaba la mano. Se me acercó deslizándose sobre el sofá, y yo la rodeé con el brazo. Bebimos del mismo vaso mientras escuchábamos a la sexy Billie Holiday cantando *Soledad*.

Carraspeé y dije:

—¿Podemos ser sólo amigos?

—No. Ni siquiera me gustas.

—Oh...

Bueno, nos besamos, y en cosa de dos segundos el pequeño Juanito se convirtió en el malvado Juanón.

Antes de darme cuenta, todas nuestras ropas se hallaban dispersas por el suelo y sobre la mesita, y yacíamos desnudos, de costado, frente a frente en el sofá.

Si el FBI concediese medallas a los buenos cuerpos, Kate Mayfield recibiría una estrella de oro con incrustaciones de diamantes. Quiero decir que yo estaba demasiado cerca para ver su cuerpo pero, como la mayoría de los hombres en esta clase de situaciones a oscuras y a corta distancia, había desarrollado el sentido del tacto de un ciego.

Mis manos se deslizaban sobre sus muslos y sus nalgas, por entre sus piernas y a lo largo del vientre hasta los pechos. Su piel era suave y fría, como a mí me gusta, y sus músculos estaban evidentemente tonificados por la gimnasia.

Mi propio cuerpo, si a alguien le interesa, puede ser descrito como vigoroso pero flexible. En otro tiempo yo tenía un vientre liso como una tabla de planchar pero desde que recibí un balazo en la región inguinal desarrollé una cierta adiposidad, como una especie de toallita húmeda enrollada sobre la tabla.

El caso es que Kate me pasó la mano sobre la nalga derecha y se detuvo al encontrar la dura cicatriz que tengo en la parte inferior.

—¿Qué es eso?

—Orificio de salida.

—¿Por dónde entró?

—Bajo vientre.

Llevó la mano a mi región inguinal y exploró hasta encontrar el lugar situado a unos siete centímetros al norte y al este de Monte Pajarito.

—Oooh... le anduvo cerca.

—Más cerca, y sólo seríamos amigos.

Se echó a reír y me abrazó con tanta fuerza que me dejó sin aire el pulmón malo. Santo cielo, aquella mujer era fuerte.

En algún recóndito lugar de mi mente albergaba la seguridad de que Beth Penrose no aprobaría aquello. Yo tengo conciencia pero Wee Willie Winkie carece de ella por completo, así que para resolver el conflicto, desconecto el cerebro y dejo que Willie tome el mando de la situación.

Estuvimos tocándonos, abrazándonos y apretujándonos durante unos diez minutos. Hay algo exquisito en la exploración de un nuevo cuerpo desnudo..., la textura de la piel, las curvas, las colinas y los valles, el sabor y el aroma de una mujer. A mí me gusta la estimulación previa pero Willie se impacienta, así que sugiero que nos vayamos al dormitorio.

—No, házmelo aquí —replicó.

No es problema. Bueno... un poco problemático sí que resulta en el sofá pero

donde está Willie siempre hay solución.

Se encaramó encima de mí, y en un instante modificamos el carácter de nuestra relación profesional.

Me quedé tumbado en el sofá mientras Kate iba al cuarto de baño. No sabía qué clase de anticonceptivo utilizaba pero no veía cunas ni parques en el apartamento, por lo que imaginaba que tenía controlado el asunto.

Regresó al cuarto de estar y encendió la lámpara que había junto al sofá. Se quedó de pie, mirándome, y yo me incorporé. Podía ver ahora su cuerpo entero, y era realmente exquisito, más rotundo de lo que había imaginado en las pocas ocasiones en que la había desnudado mentalmente. También advertí que era rubia natural, arriba y abajo, pero eso ya lo imaginaba.

Se arrodilló delante de mí y me separó las piernas. Observé que tenía una toallita húmeda en la mano y frotó un poco el cohete con ella, lo que estuvo a punto de provocar otro lanzamiento.

—No está mal para un viejo —comentó—. ¿Tomas Viagra?

—No, tomo nitrato potásico para mantenerlo flojo.

Se echó a reír. Luego se inclinó y apoyó la cabeza en mi regazo. Yo le acaricié el pelo.

Levantó la cabeza y nos cogimos las manos. Ella vio la cicatriz de mi pecho, la tocó y pasó la mano hacia mi espalda hasta que sus dedos encontraron el orificio de salida.

—Esta bala te fracturó la costilla anterior y la posterior.

Supongo que las damas del FBI conocen estas cosas. Muy clínico. Pero mejor que «oh, pobrecito, debió de ser muy doloroso».

—Ahora le puedo decir a Jack dónde te hirieron —rió y me preguntó—: ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Muy bien. Prepararé unos huevos revueltos.

Entró en la pequeña cocina, y yo me levanté y empecé a recoger las prendas esparcidas.

—No te vistas —exclamó ella.

—Sólo quería ponerme un momento tus bragas y tu sostén.

Rió de nuevo.

La veía moverse desnuda por la cocina, como una diosa ejecutando ceremonias sagradas en el templo.

Rebusqué entre el montón de *compact disc* y encontré uno de Willie Nelson, mi música poscoital favorita.

Willie cantaba *Don't Get Around Much Anymore*.

—Me gusta ésa —dijo Kate.

Miré los libros de los estantes. De ordinario se puede saber bastante acerca de una persona basándose en lo que lee. La mayoría de los libros de Kate era manuales

prácticos, la clase de cosa que debe uno leer para mantenerse al día en esta profesión. Había también muchos libros sobre crímenes reales, libros sobre el FBI, terrorismo, psicología anormal y esa clase de cosas. No había novelas, ni clásicos, ni poesía, ni libros de arte o fotografía. Esto reforzaba mi primera impresión de la Mayfield como una profesional entregada, una jugadora de equipo, una dama que nunca se aventuraba en territorios ajenos.

Pero, evidentemente, había en ella también otro aspecto, y no era muy complicado; le gustaban los hombres, y le gustaba el sexo. Pero ¿por qué le gustaba yo? Quizá quería arrugar unas cuantas narices entre sus colegas del FBI saliendo con un policía. Quizá estaba harta de atenerse a las normas no escritas y a las directrices escritas. Quizá era sólo una tía cachonda. ¿Quién sabe? Un tipo podría volverse loco tratando de analizar por qué había sido elegido como compañero sexual.

Sonó el teléfono. Se supone que los agentes tienen una línea independiente para las llamadas oficiales pero ella no levantó siquiera la vista hacia el teléfono mural de la cocina para ver qué línea estaba encendida. El teléfono continuó sonando hasta que saltó el contestador.

—¿Puedo hacer algo? —pregunté.

—Sí, péinate y límpiame las manchas de carmín de la cara.

—De acuerdo.

Entré en el dormitorio y advertí que la cama estaba hecha. ¿Por qué hacen la cama las mujeres?

En cualquier caso, el dormitorio era tan austero como el cuarto de estar, y por su aspecto, podría tratarse perfectamente de la habitación de un motel. Era evidente que Kate Mayfield no se había instalado definitivamente en Manhattan.

Entré en el baño. Así como las demás habitaciones tenían un aspecto pulcro y escueto, el baño producía la impresión de que alguien había estado allí con una orden de registro. Tomé un peine del abarrotado anaquel y me peiné. Luego me lavé la cara e hice gárgaras con un elixir bucal. Me miré en el espejo. Tenía bolsas bajo los ojos inyectados en sangre, mi piel estaba un poco pálida y la cicatriz del pecho resaltaba blanquecina y sin vello en el tórax. Evidentemente, los muchos kilómetros recorridos habían dejado su huella en John Corey, y aún quedaban más. Pero mi cigüeñal funcionaba todavía, aunque la batería estuviese baja.

No queriendo permanecer demasiado tiempo en los aposentos privados de *mademoiselle*, volví al cuarto de estar.

Kate había puesto sobre la mesita dos platos de huevos revueltos con tostadas y dos vasos de zumo de naranja. Me senté en el sofá, ella se arrodilló en el suelo, enfrente de mí, y comimos. La verdad era que estaba hambriento.

—Llevo ocho meses en Nueva York, y tú eres el primer hombre con el que he estado —me dijo.

—Lo he notado.

—¿Y tú?

—Hace años que no estoy con un hombre.

—En serio.

—Bueno... ¿qué puedo decir? Me he estado viendo con alguien. Lo sabes.

—¿Podemos deshacernos de ella?

Me eché a reír.

—Hablo en serio, John. No me importa compartir a alguien durante unas semanas pero, después de eso, siento que... ya sabes.

No estaba muy seguro de ello pero dije:

—Te entiendo, perfectamente.

Nos miramos el uno al otro durante largo rato. Finalmente, comprendí que debía decir algo, así que indiqué:

—Escucha, Kate, creo que, simplemente, te encuentras sola. Y muy ocupada. Yo no soy un príncipe azul, aunque ahora te lo pueda parecer, así que...

—Bobadas. No estoy tan sola ni tan ocupada. Continuamente tengo hombres acosándome. Tu amigo, Ted Nash, me ha pedido diez veces que salga con él.

—¿Qué? —Solté el tenedor—. ¡Ese insignificante montón de mierda...!

—No es insignificante.

—Es un montón de mierda.

—No lo es.

—Eso me revienta. ¿Saliste con él?

—Sólo unas cuantas veces a cenar. Cooperación entre agencias.

—Maldita sea, me revienta. ¿Por qué te ríes?

No me dijo por qué se estaba riendo pero supongo que yo ya lo sabía.

Observé cómo se tapaba la cara con la mano mientras trataba de tragar los huevos revueltos y reír al mismo tiempo.

—Si te atragantas, no conozco la maniobra Heimlich —dije.

Eso la hizo reír más aún.

Opté por cambiar de tema y le pregunté qué opinaba de las conferencias de prensa.

Respondió, pero yo no le prestaba atención. Pensaba en Ted Nash y en cómo se había portado con Beth Penrose durante el caso de Plum Island. Bueno, quizá era recíproco y carecía de importancia en realidad, pero yo no tolero bien la competencia. Creo que Kate Mayfield se lo imaginaba y tal vez lo estuviera utilizando contra mí.

Pensé después en Beth Penrose y, la verdad sea dicha, me sentía un poco culpable. Mientras que a Kate Mayfield no le importaba compartir relaciones sexuales durante unas semanas, yo soy fundamentalmente monógamo y prefiero los dolores de cabeza de uno en uno... salvo un fin de semana en Atlantic City con aquellas dos hermanas, pero eso es otra historia.

Así que permanecimos allí un rato, con nuestros cuerpos tocándose, mientras comíamos los huevos. Hace tiempo que no he comido con una mujer estando ambos desnudos, y recuerdo que solía disfrutar realmente con ello. Si uno lo piensa bien, hay

algo en común entre el alimento y la desnudez, el comer y el sexo. Por una parte, es primitivo; y por otra, es muy sensual.

Bueno, estaba cayendo por la resbaladiza pendiente del abismo del amor, el compañerismo y la felicidad, y sabido es adónde conduce todo eso. A la desdicha.

¿Y qué? Hay que lanzarse.

—Llamaré a Beth por la mañana y le diré que todo ha terminado —le dije.

—No necesitas hacerlo. Lo haré yo por ti. —Rió de nuevo.

Evidentemente, Kate Mayfield estaba de un humor poscoital mejor que el mío. Yo me sentía desconcertado, confuso y un poco asustado. Pero lo arreglaría todo por la mañana.

—Hablemos del negocio —dijo—. Cuéntame más cosas del informante.

Así que narré de nuevo mi interrogatorio de Fadi Asuad, sintiéndome menos culpable al abreviar mi día de comida y sexo.

Ella me escuchó atentamente y luego preguntó:

—¿Y no crees que es un cuento?

—No. Su cuñado ha muerto.

—Sin embargo, podría ser todo parte del plan. Esa gente es capaz de actuar con una crueldad que nosotros no podemos comprender.

Reflexioné unos instantes.

—¿Qué propósito tendría hacernos creer que Asad Khalil fue a Perth Amboy en taxi?

—Para que pensemos que está en la carretera y dejemos de buscarlo en Nueva York.

—Estás forzando las cosas. Si hubieras visto a Fadi Asuad, sabrías que decía la verdad. Gabe también lo creía así, y yo confío en el instinto de Gabe.

—Fadi dijo lo que sabía, pero eso no demuestra que Khalil estuviese en el taxi. Pero si lo estaba, entonces el asesinato de Frankfurt fue una maniobra de diversión y el asesinato de Perth Amboy fue el verdadero.

—Exacto.

Rara vez trato de encontrar soluciones a los problemas con un colega del sexo opuesto estando ambos en pelota picada, y no resulta tan placentero como podría parecer. Pero supongo que es mejor que una reunión en torno a una mesa de conferencias.

—Bueno —dije—, te he evitado tener que pasar unas semanas en Europa con Ted Nash.

—Por eso creo que te has inventado todo esto. Para hacerme volver aquí.

Sonreí.

Ella permaneció unos instantes en silencio.

—¿Crees en el destino? —preguntó finalmente.

Reflexioné acerca de ello. Mi encuentro casual de hacía un año con los dos tipos hispanos en la calle 102 Oeste había puesto en marcha una sucesión de

acontecimientos que me llevaron a la baja por enfermedad, luego a la brigada antiterrorista y luego al momento y lugar en que me hallaba. Yo no creo en la predestinación, la fortuna, el hado o la suerte. Yo creo que una combinación de libre albedrío y caos desordenado controla nuestros destinos, que el mundo es como una especie de rebajas de prendas femeninas en Loehmann's. En cualquier caso, uno debe mantenerse continuamente alerta, presto a ejercitar su libre albedrío en medio de un entorno peligroso y crecientemente caótico.

—¿John?

—No, no creo en el destino. No creo que estuviéramos destinados a encontrarnos, ni creo que estuviéramos destinados a hacer el amor en tu apartamento. El encuentro fue casual, hacer el amor fue idea tuya. Gran idea, por cierto.

—Gracias. Ahora tienes que cortejarme.

—Conozco las reglas. Siempre mando flores.

—Déjate de flores. Simplemente, sé amable conmigo en público.

Tengo un amigo escritor que entiende de mujeres, y una vez me dijo: «Los hombres hablan con las mujeres para poder acostarse con ellas, y las mujeres se acuestan con los hombres para que éstos les hablen». Esto parecía aplicable a todo el mundo pero no estoy seguro de lo larga que debe ser la conversación que debo mantener después de una relación sexual. Con Kate Mayfield, la respuesta parecía ser: muchísimo.

—¿John?

—Oh... bueno, si soy amable contigo en público/la gente hablará.

—Muy bien. Y los otros idiotas se mantendrán apartados de mí.

—¿Qué otros idiotas? Aparte de Nash.

—No importa. —Se echó hacia atrás y apoyó los pies descalzos sobre la mesita, se estiró, bostezó y movió los dedos de los pies. Dijo—: Me he quedado de maravilla.

—He procurado esmerarme.

—Me refería a la cena.

—Oh. —Miré el reloj digital del vídeo y dije—: Tengo que irme.

—Ni hablar. Hace tanto tiempo que no paso la noche con un hombre que no recuerdo quién retiene a quién.

Reí entre dientes. Lo que me atraía de Kate Mayfield, supongo, era que en público tenía un aire y un comportamiento virginales y edificantes pero aquí... bueno, supongo que ya se hacen una idea. Esto excita a algunos hombres, y yo soy uno de ellos.

—No tengo cepillo de dientes.

—Yo tengo uno de esos kits de aseo para hombres, que dan en las compañías aéreas a los pasajeros de clase business. Lo he estado guardando.

—¿Qué compañía? A mí me gusta el kit de British Airways.

—Creo que es de Air France. Lleva un condón.

—Hablando de eso...

—Confía en mí. Trabajo para el gobierno federal.

Tal vez fuera eso lo más gracioso que había oído desde hacía meses.

Encendió la tele y se echó en el sofá, apoyando la cabeza en mi regazo. Yo le acaricié los pechos, lo que hizo que se extendiera mi brazo hidráulico, y ella levantó la cabeza y dijo: «Unos centímetros más, por favor», y se echó a reír. Estuvimos hasta eso de las dos de la madrugada viendo un montón de pases de las noticias ya vistas, además de unos cuantos reportajes sobre lo que ahora se llamaba «El ataque terrorista del vuelo 175». En las noticias parecía que se estaba intentando dejar al margen el nombre de su principal anunciante, Trans-Continental. De hecho, por extraño que pueda parecer, uno de los canales tenía un anuncio de Transcontinental en el que se mostraban felices pasajeros de clase turista, lo cual es un oxímoron. Yo creo que utilizan enanos para hacer que los asientos parezcan más grandes. Observen también que nunca ponen pasajeros de aspecto árabe en los anuncios.

Como quiera que fuese, los bustos parlantes de los reportajes habían sido tomados de todos los rincones del planeta, y allí estaban, parloteando sobre terrorismo mundial, la historia del terrorismo en Oriente Medio, Libia, extremistas musulmanes, gas cianhídrico, pilotos automáticos, etcétera, etcétera.

A eso de las tres nos retiramos al dormitorio, llevando encima solamente nuestras pistolas y sus fundas.

—Yo duermo desnudo —dije—, pero con la pistola en su funda.

Ella sonrió y bostezó. Luego se pasó sobre la piel desnuda del hombro la correa de la pistolera, y si está uno metido en esa clase de cosas, resulta *sexy*.

—Se hace raro. Las tetas y la pistola, quiero decir —dijo, mirándose en el espejo.

—Sin comentarios.

—Ésta era la funda sobaquera de mi padre —me dijo—. Yo no quería decirle que ya no se usaban las sobaqueras. Adapté a la correa una funda de Glock, y me la pongo una vez a la semana, y cada vez que voy a casa.

Moví la cabeza. Aquello me mostraba un aspecto nuevo y delicado de Kate Mayfield.

Se quitó la sobaquera, fue hasta el contestador de la mesilla de noche y pulsó un botón. Sonó la inconfundible voz de Ted Nash diciendo:

—Kate, soy Ted, te llamo desde Frankfurt. Me han comunicado que Corey y tú no vais a reuniros con nosotros aquí. Debéis reconsiderar vuestra decisión. Los dos estáis perdiendo una buena oportunidad. Creo que el asesinato del taxista fue sólo una treta para desviar la atención... De todos modos, llámame... es poco más de medianoche en Nueva York... Creía que estarías en casa... me dijeron que saliste de la oficina y te ibas a casa... Corey tampoco está en casa. Bueno, llámame aquí hasta las tres o las cuatro de la madrugada, hora tuya. Estoy en el Frankfurter Hof. —Dio el número y añadió—: O trataré de localizarte más tarde en la oficina. Tenemos que hablar.

Ni Kate ni yo dijimos nada, pero me irritó oír la voz de aquel tío en el dormitorio

de Kate Mayfield, y supongo que ella lo notó, porque dijo:

—Hablaré con él más tarde.

—Son sólo las tres —respondí—, las nueve allí. Puedes pillarlo en su habitación, mirándose al espejo.

Sonrió pero no dijo nada.

Supongo que, como de costumbre, Ted y yo teníamos teorías diferentes. Yo pensaba que el asesinato de Frankfurt era la maniobra de diversión. Y estaba casi seguro de que el astuto Ted lo pensaba también pero quería que yo fuese a Alemania. Interesante. Bien, si Ted dice que vaya al punto B, entonces me quedo en el punto A. Así de sencillo.

Kate ya estaba en la cama, instándome a que me reuniera con ella. Así que me metí en la piltra y nos acurrucamos, entrelazando los brazos y las piernas. Las sábanas eran frescas y tersas, la almohada y el colchón eran firmes, y también lo era Kate Mayfield. Esto era mejor que dar cabezadas en el sillón delante del televisor.

El cerebro grande se estaba adormilando, pero el cerebro pequeño estaba completamente despierto, como sucede a veces. Kate se puso encima de mí y guardó el pajarito en la jaula. En algún momento me desvanecí y soñé con extraordinario realismo que estaba haciendo el amor con Kate Mayfield.

Capítulo 41

Asad Khalil contemplaba la franja de campiña que se deslizaba bajo el avión mientras el viejo Piper atravesaba el límpido firmamento a 2500 metros de altura, en dirección nordeste, rumbo a Long Island.

—Tenemos un buen viento de cola, así que estamos haciendo un tiempo excelente —dijo Bill Satherwaite a su pasajero.

—Magnífico. —*El viento de cola te ha acertado la vida.*

—Pues, como le decía, aquélla era la misión de ataque en caza a reacción más larga jamás realizada. Y el F-111 no es precisamente cómodo.

Khalil permanecía en silencio, escuchando.

—Los jodidos franceses no quisieron dejarnos volar sobre su país —continuó Satherwaite—. Pero los italianos no pusieron pega, dijeron que podíamos aterrizar en Sicilia si hacía falta. Así que, para mí, ustedes son estupendos.

—Gracias.

Estaba pasando bajo ellos Norfolk, en Virginia, y Satherwaite aprovechó la oportunidad para señalar por encima del ala derecha la base naval estadounidense.

—Mire, ahí está la flota, ¿ve esos dos portaaviones en sus dársenas? ¿Los ve?

—Sí.

—La Armada hizo un buen trabajo para nosotros aquella noche. No entraron en acción pero el solo hecho de saber que estaban allí para cubrirnos a la vuelta del ataque daba una gran tranquilidad.

—Sí, lo comprendo.

—Pero resultó que la cobarde aviación libia no nos persiguió una vez que terminamos el ataque. Seguramente —añadió—, sus pilotos estaban metidos debajo de la cama, meándose en los calzoncillos. —Rió.

Khalil recordó con vergüenza e ira su propio episodio de incontinencia. Carraspeó:

—Creo recordar que uno de los aviones norteamericanos fue derribado por la fuerza aérea libia —dijo.

—En absoluto. Los libios ni siquiera despegaron.

—Pero ustedes perdieron un aparato, ¿no?

Satherwaite miró de soslayo a su pasajero y respondió:

—Sí, perdimos un aparato pero somos muchos los que estamos seguros de que el piloto cometió algún error, sobrevoló la playa a una altura demasiado baja y se estrelló contra el agua.

—Quizá fue derribado por un misil, o por fuego antiaéreo.

Satherwaite lo miró de nuevo.

—Sus defensas antiaéreas eran una porquería. Quiero decir que tenían toda esa alta tecnología de los rusos pero no tenían ni la cabeza ni los huevos necesarios para usarla. —Satherwaite reconsideró esta observación y añadió—: Aunque la verdad es que había mucha Triple A y una nube de misiles tierra-aire volando hacia nosotros. Yo tuve que maniobrar para evitar los misiles, ¿sabe?, pero con la Triple A lo único que se puede hacer es lanzarse hacia adelante, sin más.

—Fue usted muy valiente.

—Sólo estaba haciendo mi trabajo.

—¿Y fue usted el primer avión que voló sobre Al Azziziyah?

—Sí. El avión de cabeza... Oiga, ¿he mencionado yo Al Azziziyah?

—Sí.

—¿Sí? —Satherwaite no recordaba haber utilizado esa palabra, que apenas si acertaba a pronunciar—. De todos modos, mi armero, mi oficial de armamento, Chip... no puedo mencionar apellidos, pues el tío lanzó cuatro bombas; tres de ellas hicieron blanco, y la otra se le desvió, pero dio contra algo.

—¿Dónde dio?

—No lo sé. Las fotos tomadas posteriormente desde el satélite mostraban... quizá unos cuarteles o casas... sin explosiones secundarias, así que no era lo que teníamos que destruir, que era un antiguo almacén de municiones italiano. ¿Qué más da? Le dio a algo. Eh, ¿sabe cómo se hace un recuento de bajas? El satélite cuenta los brazos y las piernas y divide entre cuatro. —Soltó una carcajada.

Asad Khalil sentía latirle violentamente el corazón y rogó a Dios que le diera fuerzas para dominarse. Inspiró profundamente varias veces y cerró los ojos. Aquel hombre, comprendió, había matado a su familia. Vio las imágenes de sus hermanos, Esam y Qadir, de sus hermanas, Adara y Lina, y de su madre, que le sonreía desde el Paraíso y rodeaba con los brazos a sus cuatro hijos. Sacudía la cabeza y movía los labios pero él no podía oír lo que estaba diciendo, aunque sabía que su madre estaba orgullosa de él y lo alentaba a culminar su tarea de vengar sus muertes.

Abrió los ojos y miró ante sí el firmamento azul. Una solitaria y brillante nube blanca pendía a la altura de sus ojos y comprendió que aquella nube contenía a su familia.

Pensó también en su padre, a quien apenas recordaba, y le dijo en silencio: «Haré que te sientas orgulloso, padre».

Pensó luego en Bahira, y le asaltó de pronto la idea de que el monstruo que estaba sentado a su lado había sido en realidad el responsable de su muerte.

—Ojalá hubiera sido yo el encargado de Gadafi —dijo Satherwaite. Ese objetivo se lo asignaron a Paul, un bastardo con suerte. Quiero decir que no teníamos la seguridad de que el cabrón del árabe fuese a estar en el recinto militar aquella noche, pero los del G-2 creían que sí. Se supone que uno no debe asesinar a jefes de Estado. Alguna clase de estúpida ley... creo que fue el marica de Cárter quien firmó esa ley. No se puede intentar matar a jefes de Estado. Chorradas. Puedes destrozar civiles a

bombazos, y no puedes matar al mandamás. Pero Reagan tenía más huevos que el marica de Cárter, así que Ronnie va y dice: «Adelante», y Paul es el que recibe el encargo. ¿Entiende? Su armero era ese Jim, el que vive en Long Island. Paul encuentra sin problemas la casa de Gadafi, y Jim lanza la bomba justo encima del objetivo. Adiós casa. Pero el puñetero Gadafi está durmiendo en alguna jodida tienda o algo así lejos de allí... ¿le había contado esto? El caso es que el tío se libra sin más consecuencias que cagarse y mearse en los pantalones.

Asad Khalil inspiró profundamente y observó:

—Pero usted dijo que su hija resultó muerta...

—Sí... un fallo. Pero eso suele pasar en este jodido mundo, ¿no cree? Quiero decir que cuando intentaron matar a Hitler con una bomba, un montón de gente que había a su alrededor quedó hecha puré, y ese cabrón salió tan campante sin nada más que el bigote un poco chamuscado. ¿Qué está pensando Dios? ¿Lo sabe usted? Esta chica resulta muerta, nosotros quedamos como unos malvados y el cabrón del jefe no sufre ni un rasguño.

Khalil no respondió.

—Eh, y la otra misión buena le tocó a otra escuadrilla. ¿Se lo he contado? Esta otra escuadrilla tenía varios objetivos en el mismo Trípoli, y uno de ellos era la embajada francesa. Bueno, nadie lo reconoció jamás, y se dio por supuesto que se trataba de un error, pero uno de nuestros hombres lanzó una bomba justo sobre los jardines de la embajada francesa. No se quería matar a nadie, y era por la mañana temprano, de modo que no debía haber nadie por allí, y de hecho no había nadie. Pero piense en eso... alcanzamos la casa de Gadafi, y él está en el jardín. Luego bombardeamos adrede el jardín de la embajada francesa pero no hay nadie en la embajada. ¿Entiende lo que quiero decir? ¿Y si hubiera sido al revés? Alá estaba velando por ese cabrón aquella noche. Eso le da a uno que pensar.

Khalil sintió que le temblaban las manos y unos convulsivos estremecimientos le sacudían el cuerpo. Si hubieran estado en tierra, habría matado con sus propias manos a aquel perro blasfemo. Cerró los ojos y oró.

—Quiero decir que los franceses son buenos amigos nuestros —continuó Satherwaite—, aliados nuestros, pero se pusieron tontos y no quisieron dejarnos volar sobre su territorio, así que les mostramos que cuando las tripulaciones tienen que volar horas extra y se fatigan un poco pueden ocurrir accidentes. —Satherwaite soltó una carcajada—. Sólo un accidente. *Excusez-moi!* —Rió de nuevo y añadió—: ¿Tenía huevos Ronnie o no? Necesitamos más tipos como él en la Casa Blanca. Bush era un piloto de caza. ¿Lo sabía? Fue derribado por los japoneses en el Pacífico. Era un tío legal. Y luego nos vino ese jodido gallina de Arkansas... ¿le interesa la política?

Khalil abrió los ojos y respondió:

—En mi calidad de forastero en su país, no hago comentarios sobre política norteamericana.

—¿No? Bueno, claro. De todos modos, los putos libios se llevaron lo que

merecían por poner una bomba en aquella discoteca.

Khalil permaneció en silencio unos instantes y luego observó:

—Eso ocurrió hace mucho tiempo, y, sin embargo, parece usted recordarlo muy bien.

—Sí... bueno, es difícil olvidar una experiencia de combate.

—Estoy seguro de que la gente de Libia tampoco lo ha olvidado.

Satherwaite rió.

—Seguro que no. ¿Sabe? Los jodidos árabes tienen buena memoria. Quiero decir que dos años después de que bombardeáramos Libia, ellos hicieron estallar en pleno vuelo el Uno-Cero-Tres de Pan Am.

—Como dicen las escrituras hebreas: «Ojo por ojo y diente por diente».

—Sí. Me sorprende que no tomáramos ninguna represalia por eso. De todos modos, el idiota de Gadafi acabó entregando a los tipos que pusieron la bomba. Y no dejó de sorprenderme. Quiero decir que ¿cuál es su juego?

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que ese mamón debe de tener algún as escondido en la manga. ¿Sabe? ¿Qué gana entregando a dos de los suyos, a los que él mismo ordenó poner la bomba?

—Quizá sintió una presión extraordinaria para que cooperase con el Tribunal Internacional —respondió Khalil.

—¿Sí? Pero luego ¿qué? Luego tiene que dar la cara ante sus amigos terroristas árabes, así que va y se lanza a otra hazaña. ¿Sabe? Quizá lo que sucedió con ese vuelo de Trans-Continental fue otra hazaña de Gadafi. El tipo del que sospechan es libio, ¿no?

—No estoy muy al tanto de ese incidente.

—A decir verdad, yo tampoco. Resulta todo un tanto repelente.

—Pero quizá tenga usted razón —continuó Khalil— en que este último acto de terrorismo es una venganza de los libios por haberse visto obligados a entregar a esos individuos. O quizá la incursión aérea sobre Libia no ha sido completamente vengada.

—¿Quién sabe? ¿Y a quién carajo le importa? Como trate uno de entender a esos tipos del trapo en la cabeza, se volverá tan loco como ellos.

Khalil no respondió.

Continuaban volando. Satherwaite pareció perder interés por la conversación y bostezaba a ratos. Seguían el contorno de la costa de Nueva Jersey mientras el sol descendía sobre el horizonte. Khalil podía ver unas cuantas luces esparcidas allá abajo, y percibió al frente un brillante resplandor en el océano.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿Dónde? Oh... eso es que nos estamos acercando a Atlantic City. Estuve allí una vez. Un sitio magnífico si te gusta el vino, las mujeres y las canciones.

Khalil reconoció en esto una alusión a una estrofa del gran poeta persa Ornar

Jayyam. «Un cántaro de vino, una hogaza de pan y tú a mi lado cantando en el desierto. ¡Oh, el desierto es paraíso suficiente!»

—¿De modo que es el paraíso? —preguntó.

Satherwaite rió.

—Sí. O el infierno. Depende de cómo salgan las cartas. ¿Usted juega?

—No.

—Creía que... los sicilianos eran jugadores.

—Nosotros animamos a otros a jugar. Los que no juegan son los que ganan.

—Tiene razón.

Satherwaite hizo virar suavemente el avión a la derecha y tomó una nueva dirección.

—Vamos a salir al Atlántico para, desde allí, enfilarse directamente a Long Island —anunció—. Estoy empezando ya a descender, así que puede que note algún que otro chasquido en los oídos.

Khalil miró su reloj. Eran las siete y cuarto, y el sol era apenas visible sobre el horizonte occidental. Abajo, la tierra se hallaba sumida en la oscuridad. Se quitó las gafas de sol, que guardó en el bolsillo superior, y se puso las bifocales.

—He estado pensando en esa coincidencia de que tenga usted un amigo en Long Island —le dijo a su piloto.

—¿Sí?

—Yo tengo un cliente en Long Island que también se llama Jim.

—No puede ser Jim McCoy.

—Sí. Así se llama.

—¿Es cliente suyo? ¿Jim McCoy?

—¿Es el director del museo de aviación?

—¡Sí! ¡Que me ahorquen! ¿Cómo lo conoce?

—Él compra tela de algodón de mi fábrica en Sicilia. Se trata de una tela especial para cuadros al óleo pero resulta excelente para cubrir las armazones de los viejos aviones que se conservan en su museo.

—Vaya, que me ahorquen. ¿Usted le vende tela a Jim?

—A su museo. No he estado nunca con él pero estaba encantado con la calidad de mi tela de algodón. No es tan pesada como la lona, y como hay que extenderla sobre las armazones de madera de los aviones antiguos, su ligereza la hace preferible. —Khalil trató de recordar qué más le habían dicho en Trípoli y continuó—: Y, naturalmente, como está hecha para artistas, absorbe la pintura del avión mucho mejor que la lona, que, de todos modos hoy en día apenas si se utiliza, ya que en la navegación a vela se emplean generalmente fibras sintéticas.

—¿De veras?

Khalil permaneció unos momentos en silencio y luego preguntó:

—¿Podríamos visitar esta noche al señor McCoy?

Bill Satherwaite reflexionó unos instantes.

—Supongo que sí... —dijo—. Puedo llamarlo...

—No quiero aprovecharme de su amistad con él y no hablaré en absoluto de negocios. Sólo quiero ver el avión en que se ha empleado mi tela.

—Desde luego. Supongo...

—Y, naturalmente, por este favor insistiría en hacerle un pequeño obsequio... Digamos que quinientos dólares.

—Hecho. Lo llamaré a su despacho, a ver si aún está allí.

—Si no, quizá pueda llamarlo a su casa y pedirle que nos reciba en el museo.

—Por supuesto. Jim no me negaría eso. De todas formas quería enseñármelo.

—Estupendo. Tal vez no haya tiempo por la mañana. En cualquier caso, deseo donar al museo dos mil metros cuadrados de tela, a modo de publicidad, y esto me deparará la oportunidad de presentar mi regalo.

—Desde luego. Menuda coincidencia, oiga. Qué pequeño es el mundo.

—Y cada año se hace más pequeño.

Khalil sonrió para sus adentros. No era necesario que aquel piloto facilitara su entrevista con el exteniente McCoy pero facultaba un poco las cosas. Khalil tenía la dirección particular de McCoy, y era indiferente si lo mataba en casa con su mujer o si lo mataba en su despacho del museo. El museo sería mejor, pero sólo por el simbolismo del acto. Lo único importante era que él, Asad Khalil, necesitaba volar esa misma noche hacia el oeste en la última etapa de su viaje de negocios a Norteamérica.

Hasta el momento, pensó, todo se desarrollaba conforme a lo planeado. Dentro de uno o dos días, algún miembro de los servicios de inteligencia americanos establecería la relación entre aquellas muertes aparentemente no relacionadas entre sí. Pero, aunque así fuese, Asad Khalil ya estaba dispuesto a morir, después de todo lo que había conseguido: Hambrecht, Waycliff y Grey. Si lograba añadir a McCoy a la lista, tanto mejor. Pero aunque lo estuviesen esperando en el aeropuerto, o en el museo, o en casa de McCoy, o en los tres sitios, por lo menos el cerdo que estaba a su lado moriría. Miró a su piloto y sonrió. *Estás muerto, teniente Satherwaite, pero no lo sabes.*

Estaban todavía descendiendo hacia Long Island, y Khalil ya podía ver la línea de la costa. Había muchas luces a lo largo de ella, y divisó a su izquierda los altos edificios de la ciudad de Nueva York.

—¿Pasaremos cerca del aeropuerto Kennedy? —preguntó.

—No, pero puede verlo allí, junto a la bahía. —Satherwaite señaló una amplia e iluminada extensión de terreno próxima al agua—. ¿Lo ve?

—Sí.

—Estamos ya a trescientos metros, por debajo de las pautas de llegada del Kennedy, así que no tenemos que ocuparnos de esas chorradas. Santo Dios, los tipos de la torre de la AFA son unos gilipollas.

Khalil no respondió, pero le sorprendía cuántas obscenidades soltaba aquel

hombre. Sus propios compatriotas lo hacían también pero ellos jamás blasfemarían como aquel cerdo ateo, utilizando el nombre de Dios en vano. En Libia habría sido ejecutado si utilizaba el nombre de Alá en vano.

Satherwaite miró de reojo a su pasajero.

—De modo que realmente se dedica usted al negocio de las telas —le dijo.

—Sí. ¿A qué creía usted que me dedicaba?

Satherwaite sonrió.

—Bueno, a decir verdad, creía que quizá fuese usted del hampa —respondió.

—¿Qué quiere decir?

—Ya sabe... la mafia.

Asad Khalil sonrió.

—Yo soy un hombre honrado, un comerciante del ramo textil. ¿Viajaría un hombre de la mafia en un avión tan viejo? —añadió.

Satherwaite rió forzosamente.

—Supongo que no... pero lo he traído aquí sano y salvo, ¿no?

—Aún no hemos aterrizado.

—Aterrizaremos. No he matado a nadie todavía.

—Sí que lo ha hecho.

—Bueno... pero me pagaban por matar gente. Ahora se me paga por no matarla.

—Rió de nuevo y dijo—: El primero que se estrella en un accidente es el piloto. ¿Tengo yo aspecto de muerto?

Asad Khalil volvió a sonreír pero no respondió.

Satherwaite encendió la radio y llamó a la torre del MacArthur.

—Torre de Long Island, Apache Seis-Cuatro está a quince kilómetros al sur, altitud trescientos metros, reglas de vuelo visual, aterrizando en MacArthur.

Satherwaite escuchó la respuesta radiada desde la torre y acusó recibo de las instrucciones de aterrizaje.

Pocos minutos después apareció ante ellos un vasto aeropuerto, y Satherwaiteladeó el aparato y lo enfiló sobre la pista Veinticuatro.

Khalil podía ver el edificio de la terminal principal a lo lejos, a la izquierda, y a la derecha un grupo de hangares, cerca de los cuales se hallaban estacionadas varias avionetas. El aeropuerto estaba rodeado de árboles, viviendas suburbanas y carreteras.

Según su información, este aeropuerto se encontraba a 75 kilómetros al este del aeropuerto Kennedy, y como no había vuelos internacionales no existían excesivas medidas de seguridad. En cualquier caso, ahora estaba volando en un aparato privado y volaría más tarde en un reactor privado, y las medidas de seguridad en el sector privado del aeropuerto, al igual que en todos los vuelos privados en Estados Unidos, eran inexistentes.

De hecho, pensó, en aquello había una cierta ironía por cuanto que, según le habían informado los servicios de inteligencia libios, al menos quince años antes el

gobierno estadounidense había puesto los aeropuertos comerciales en nivel de seguridad Uno, y ese elevado nivel de seguridad nunca se había cancelado. Por consiguiente, los aviones privados que transportaban pasajeros y tripulantes no controlados ya no podían ir hasta una terminal comercial, como habían podido hacer durante tantos años. Ahora los aviones privados tenían que rodar hasta el lugar denominado Aviación General, donde no había medidas de seguridad.

Como consecuencia, precisamente los sujetos que preocupaban a los norteamericanos —saboteadores, traficantes de drogas, luchadores por la libertad y lunáticos— podían volar libremente por el país, siempre que lo hicieran en aviones privados y aterrizasen en aeródromos privados, o, como ahora, en el sector privado de un aeropuerto comercial. Nadie, y tampoco aquel estúpido piloto, preguntaría por qué un pasajero que necesitaba alquilar un coche o tomar un taxi o tenía previsto volar en un avión comercial iba a querer aterrizar tan lejos de la terminal principal; simplemente, era obligatorio.

Asad Khalil murmuró unas palabras de agradecimiento a los estúpidos burócratas que le habían hecho más fácil su misión.

El Apache descendió suavemente y tocó tierra. A Khalil le sorprendió la suavidad del aterrizaje, habida cuenta del aparente deterioro mental del piloto.

—¿Lo ve? —dijo Satherwaite—. Está usted vivito y coleando.

Khalil no respondió.

Satherwaite rodó hasta el final de la pista y salió a una calzada. Se dirigieron hacia los hangares privados que había visto desde el aire.

Se había puesto el sol, y el aeropuerto se hallaba sumido en la oscuridad, sólo interrumpida a lo lejos por las luces de las pistas y de los edificios de Aviación General.

El Apache se detuvo junto al grupo de edificios y hangares, lejos de la terminal principal.

Khalil miró a través del sucio plexiglás en busca de alguna señal de peligro, de alguna trampa tendida contra él. Estaba dispuesto a sacar la pistola y ordenar al piloto que despegara de nuevo pero todo parecía normal en torno a los hangares.

Satherwaite condujo el avión hasta la zona de estacionamiento y apagó los motores.

—Muy bien —dijo—, salgamos de este ataúd volante. —Rió.

Los dos hombres se desabrocharon los cinturones de seguridad y recogieron sus maletines. Khalil abrió la puerta y salió al ala, manteniendo la mano derecha en el bolsillo en que guardaba la Glock. A la primera señal de que algo marchaba mal, le metería una bala en la cabeza a Bill Satherwaite, lamentando solamente la oportunidad perdida de exponerle al exteniente Satherwaite las razones por las que iba a morir.

Khalil ya no buscaba señales de peligro pero ahora estaba tratando de sentir el peligro. Permanecía absolutamente inmóvil, como un león, olfateando el aire.

—Eh, ¿se encuentra bien? —exclamó Satherwaite—. Sus pies están más cerca del suelo que sus ojos. Salte.

Khalil miró una vez más en derredor, cerciorándose de que todo estaba en orden, y luego saltó al suelo.

Satherwaite lo siguió, se desperezó y bostezó.

—Hace fresco aquí —observó. Se volvió hacia Khalil—. Haré que un ayudante de pista nos lleve a la terminal. Usted puede quedarse aquí.

—Iré con usted.

—Como quiera.

Echaron a andar en dirección a un hangar próximo e interceptaron a un ayudante de pista.

—Eh, ¿puede llevarnos a la terminal? —le preguntó Satherwaite.

—Esa furgoneta blanca va ahora para allá —respondió el ayudante.

—Estupendo. Oiga, voy a quedarme a pasar la noche y saldré a media mañana. ¿Puede llenarme los depósitos y pintar el avión? —Se echó a reír.

—Ese cacharro necesita algo más que pintura, amigo —respondió el ayudante de pista—. ¿Tiene quitado el freno?

—Sí.

—Lo remolcaré hasta un surtidor y se lo repostaré.

—Los seis depósitos. Gracias.

Khalil y Satherwaite corrieron hacia la furgoneta. Satherwaite habló con el conductor, y subieron a la trasera. En los asientos centrales iban un joven y una atractiva mujer rubia.

Asad Khalil no se sentía a gusto con aquel arreglo pero sabía por su formación que no habría llegado hasta la furgoneta si se tratase de una trampa. No obstante, mantenía la mano en el bolsillo de la Glock.

El conductor pisó el acelerador, y la furgoneta empezó a moverse. Khalil podía ver la terminal iluminada un kilómetro de distancia más allá, al otro lado de la lisa extensión.

Salieron del aeropuerto.

—¿Adónde va? —le preguntó Khalil al conductor.

—Los sectores comercial y de Aviación General están separados. No se puede atajar.

Khalil no respondió.

Durante un rato nadie habló, pero luego Satherwaite se dirigió a la pareja que tenía delante.

—¿Han llegado ustedes en avión?

El hombre volvió la cabeza y miró primero a Khalil. Los ojos de ambos se encontraron pero Khalil sabía que sus facciones no eran visibles en la oscuridad de la furgoneta.

El hombre miró a Satherwaite y respondió:

—Sí. Acabamos de llegar de Atlantic City.

—¿Ha tenido suerte? —preguntó Satherwaite. Movi6 la cabeza en direcci6n a la rubia, gui6o un ojo y sonri6.

El hombre forzó una sonrisa.

—La suerte no tiene nada que ver con esto —replic6. A continuaci6n volvi6 nuevamente la cabeza hacia adelante, y continuaron en silencio por la oscura carretera.

La furgoneta entr6 de nuevo en el aeropuerto y se detuvo ante la terminal principal. Los j6venes se apearon y echaron a andar en direcci6n a la parada de taxis.

—Disculpe, pero veo que tengo alquilado un coche a Herz, con el servicio Gold Card. As6 que creo que puedo ir directamente al aparcamiento de Herz —dijo Khalil al conductor.

—S6. De acuerdo. —El conductor arranc6, y un minuto despu6s llegaban al 6rea reservada a clientes de Herz Gold Card.

Hab6a veinte plazas de aparcamiento numeradas bajo una larga marquesina de metal iluminada, y en cada espacio hab6a un letrero luminoso con un nombre. En uno de los letreros pon6a BADR, y se dirigi6 hacia 6l.

Satherwaite lo sigui6.

Llegaron hasta el autom6vil, un Lincoln Town Car negro, y Khalil abri6 la portezuela trasera y dej6 su malet6n en el asiento.

—¿6ste es su coche alquilado? —pregunt6 Satherwaite.

—S6. B-A-D-R es el nombre de la empresa.

—Oh... ¿y no tiene que firmar papeles ni nada?

—Es un servicio especial. Evita largas filas en el mostrador.

—¿Largas qu6?

—Colas. Suba, por favor.

Satherwaite se encogi6 de hombros, abri6 la portezuela derecha y entr6, al tiempo que echaba su malet6n sobre el asiento trasero.

Las llaves estaban puestas, Khalil puso el motor en marcha y encendi6 los faros.

—Recoja los papeles de la guantera, por favor —le orden6 a Satherwaite.

Satherwaite abri6 el compartimento y sac6 los papeles, mientras Khalil conduc6a hacia la salida.

La mujer de la garita situada en la salida abri6 su ventanilla.

—¿Me permite ver su contrato de alquiler y el permiso de conducir, se6or?

Khalil cogi6 los papeles del alquiler que Satherwaite le tend6a y se los pas6 a la mujer, que les ech6 un r6pido vistazo. Separ6 una de las copias, y Khalil le entreg6 luego su permiso de conducir egipcio y su permiso de conducci6n internacional. Ella los examin6 unos segundos, mir6 r6pidamente a Khalil y se los devolvi6, junto con su ejemplar de los documentos de alquiler.

—Muy bien.

Khalil sali6 a la carretera principal y torci6 a la derecha, como se le hab6a dicho

que hiciese. Se guardó el permiso de conducir en el bolsillo superior, juntamente con el contrato de alquiler.

—Ha resultado la mar de fácil —dijo Satherwaite—. De modo que así es cómo lo hacen los potentados.

—¿Perdón?

—¿Es usted rico?

—Mi empresa.

—Eso está bien. No tiene que hablar con ninguna zorra impertinente en el mostrador de la agencia de alquiler.

—Exactamente.

—¿A qué distancia está su motel?

—He pensado que podríamos telefonar al señor McCoy antes de ir al motel. Ya son casi las ocho.

—Sí... —Satherwaite miró el teléfono móvil del salpicadero—. Sí, ¿por qué no?

Khalil había observado que en el documento de alquiler del coche figuraba el código pin del teléfono y se lo repitió a Satherwaite.

—¿Tiene el número de su amigo?

—Sí.

Satherwaite sacó del bolsillo la tarjeta que había tomado del fichero giratorio y encendió la lucecita interior.

Antes de que Satherwaite marcase, Khalil dijo:

—Quizá deba describirme solamente como un amigo. Yo mismo me presentaré cuando lleguemos. —Y añadió—: Dígale, por favor, al señor McCoy que dispone de muy poco tiempo y que le gustaría ver el museo esta noche. Si es necesario, podemos ir primero a su casa. Como puede ver, este vehículo tiene navegador por satélite, y no necesitamos instrucciones para encontrar su casa o el museo. Y, por favor, deje conectado el altavoz del teléfono.

Satherwaite lo miró y volvió luego la vista hacia la pantalla del sistema de posicionamiento global del salpicadero.

—Entendido —dijo. Marcó el código pin y seguidamente el número de la casa de Jim McCoy.

Khalil oyó por el altavoz la señal de llamada. Al tercer timbrazo contestó una voz de mujer.

—Diga.

—Betty, soy Bill Satherwaite.

—Oh... hola, Bill. ¿Cómo estás?

—Estupendamente. ¿Qué tal los niños?

—Muy bien.

—Oye, ¿está Jim por ahí? —Antes de que ella pudiera responder, Bill Satherwaite, que se había acostumbrado a que la gente no estuviese para él, añadió rápidamente—: Tengo que hablar con él un momento. Es importante.

—Oh... bueno, voy a ver si ha terminado su otra llamada.

—Gracias. Tengo una sorpresa para él. Dile eso.

—Un momento.

La comunicación se mantuvo abierta.

Khalil se hacía cargo de los sobreentendidos implícitos en la conversación y sintió deseos de felicitar al señor Satherwaite por utilizar las palabras adecuadas pero se limitó a sonreír y a continuar conduciendo.

Ahora estaban en una carretera que discurría hacia el oeste, en dirección al condado de Nassau, donde se hallaba situado el museo y donde Jim McCoy vivía. Y donde iba a morir.

Sonó una voz en el altavoz:

—Hola, Bill. ¿Qué ocurre?

Satherwaite sonrió ampliamente.

—No te lo vas a creer —dijo—. ¿Sabes dónde estoy?

Hubo un silencio al otro lado del teléfono y luego Jim McCoy preguntó:

—¿Dónde?

—Acabo de aterrizar en el MacArthur. ¿Te acuerdas de aquel cliente de Philly? Bueno, pues el hombre ha cambiado de planes, y estoy aquí.

—Estupendo...

—Jim, tengo que volver a despegar mañana a primera hora, así que he pensado que podría pasar por tu casa, o quizá reunirme contigo en el museo...

—Verás... tengo que...

—Será sólo cosa de media hora. Ahora estamos en la carretera. Te estoy llamando desde el coche. Estoy deseando ver el F-111. Podemos recogerte.

—¿Quién está contigo?

—Un amigo. Un tipo que ha volado conmigo desde Carolina del Sur. Quiere ver los viejos aparatos. Tenemos una sorpresa para ti. No te retendremos mucho tiempo si estás ocupado. Sé que resulta un poco precipitado, pero dijiste...

—Sí... de acuerdo. ¿Por qué no nos reunimos en el museo? ¿Puedes encontrarlo?

—Sí. Tenemos GPS en el coche.

—¿Dónde estás?

Satherwaite miró a Khalil, que dijo, hablando al micrófono:

—Estamos en la interestatal Cuatro noventa y cinco, señor. Acabamos de pasar la salida a la carretera del monumento a los Veteranos.

—Bien —dijo McCoy—, es la autovía de Long Island, y están a unos treinta minutos sin tráfico. Les esperaré en la entrada principal del museo. Busque una fuente grande. Deme su número de móvil.

Satherwaite leyó el número del teléfono.

—Si, por alguna razón, no nos localizamos, te llamo, o me llamas tú a mí. Anota el número de mi móvil. —Le dio el número y preguntó— ¿En qué coche vas?

—Un Lincoln negro grande.

—Bien... Quizá encargue a un vigilante que te reciba en la puerta. —Y añadió con tono más jovial—: Hora de reunión, las 21.00, aproximadamente; punto de reunión, conforme instrucciones, comunicación establecida entre todas las tripulaciones. Hasta luego, Karma Cinco-Siete. Cambio.

—Recibido, Elton Tres-Ocho. Corto —dijo Satherwaite con una amplia sonrisa. Desconectó el teléfono y miró a Khalil—. Sin novedad. Espere a que le ofrezca usted dos mil yardas de tela gratis. Nos invitará a una copa.

—Metros.

—Sí, eso.

Estuvieron varios minutos en silencio.

—Esto... no hay prisa —dijo finalmente Satherwaite—, pero yo podría salir luego a gastar parte del dinero extra.

—Oh, sí. Por supuesto. —Khalil se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta, sacó el billetero y se lo tendió a Satherwaite—. Coja quinientos dólares.

—Tal vez fuera mejor que los contase usted.

—Estoy conduciendo. Confío en usted.

Satherwaite se encogió de hombros, encendió la lucecita interior y abrió el billetero. Sacó de él un fajo de billetes y contó quinientos dólares, o quinientos veinte, no estaba seguro a la débil luz.

—Oiga, esto le deja casi sin guinda —dijo.

—Iré luego a un cajero automático.

Satherwaite le devolvió a Khalil el billetero.

—¿Seguro? —preguntó.

—Seguro. —Volvió a guardarse el billetero en el bolsillo mientras Satherwaite metía el dinero en su cartera.

Continuaron por la autovía en dirección oeste, y Khalil programó el navegador por satélite para ir al Museo Cuna de la Aviación.

A los veinte minutos se desviaron por una carretera que se dirigía hacia el sur. Tomaron luego la salida M4, en la que una señal indicaba «Museo Cuna de la Aviación».

Siguieron las señales por el boulevard Charles Lindbergh y torcieron a la derecha por un ancho camino particular flanqueado de árboles. Delante había una fuente iluminada con luces azules y rojas, más allá de la cual se alzaba una vasta estructura de vidrio y acero con una cúpula en su parte posterior.

Khalil rodeó la fuente y condujo hacia la entrada principal.

Había un guardia uniformado junto a la puerta. Khalil detuvo el coche.

—Puede dejarlo aquí —dijo el guardia.

Khalil apagó el motor y bajó del Lincoln. Cogió su maletín negro del asiento posterior.

Satherwaite salió también pero dejó su maletín en el Lincoln.

Khalil cerró el coche con el mando a distancia.

—Bienvenidos al Museo Cuna de la Aviación —dijo el guardia. Los miró y añadió—: El señor McCoy les está esperando en su despacho. Les llevaré hasta allí.

—Se volvió hacia Khalil—: ¿Necesita ese maletín, señor?

—Sí, tengo un regalo para el señor McCoy, y una cámara.

—Muy bien.

Satherwaite paseó la vista en derredor por el enorme complejo. A la derecha, junto al moderno edificio que tenían delante, había dos hangares de los años treinta, restaurados y recién pintados.

—Eh, mire eso.

—Es la vieja base de la Fuerza Aérea de Mitchell, que sirvió como base de entrenamiento y defensa aérea desde los años treinta hasta mediados de los sesenta. Se han mantenido en su lugar estos hangares y, tras habérselos devuelto a su primitivo estado, ahora contienen casi toda nuestra aviación de época. Este edificio nuevo que tenemos delante alberga el centro de visitantes y el teatro circular Imax. A la izquierda se encuentran el Museo de Ciencia y Tecnología y el Salón Astronáutico Tek-Space. Síganme, por favor.

Khalil y Satherwaite siguieron al guardia hasta las puertas de entrada. Khalil observó que el guardia no iba armado.

Entraron en el edificio, que tenía un patio de una altura de cuatro pisos.

—Esto es el centro de visitantes —dijo el guardia—, que, como pueden ver, tiene un espacio de exposición, una tienda museo allí y el café Planeta Rojo justo delante.

Khalil y Satherwaite miraron a su alrededor en el dilatado patio mientras el guardia continuaba:

—Hay un Gyrodyne Rotorcycle, un helicóptero experimental monoplaza de la Marina, de 1959, y un planeador Merlin, y un avión sin motor Veligons para el vuelo a vela construido aquí, en Long Island, en 1981.

El guardia continuó su visita guiada mientras recorrían el vasto espacio. Sus pisadas resonaban en el suelo de granito. Khalil observó que la mayoría de las luces estaban encendidas y preguntó:

—¿Somos nosotros sus únicos visitantes esta noche?

—Sí, señor. De hecho, el museo no está oficialmente abierto aún pero admitimos pequeños grupos de potenciales donantes, y de vez en cuando organizamos una recepción para los personajes influyentes. —Rió y añadió—: Abriremos dentro de unos seis u ocho meses.

—O sea, que estamos realizando una visita privada —dijo Satherwaite.

—Sí, señor.

Satherwaite miró a Khalil y le guiñó un ojo.

Continuaron andando y franquearon una puerta con un letrero que decía: «Privado. Reservado al personal».

Al otro lado de la puerta había un pasillo al que daban las puertas de varios despachos. El guardia se detuvo ante una de ellas en la que figuraba la placa de

«Director», llamó con los nudillos y la abrió.

—Que tengan una grata visita —dijo.

Satherwaite y Khalil entraron en un pequeño recibidor. Jim McCoy estaba sentado a la mesa del recepcionista, examinando unos papeles que dejó inmediatamente. Se puso en pie y dio la vuelta a la mesa, sonriente y con la mano extendida.

—Bill, ¿cómo coño estás?

—Cojonudamente bien.

Bill Satherwaite estrechó la mano de su compañero de escuadrilla y permanecieron mirándose, sonrientes.

Khalil los observaba, mientras ambos parecían esforzarse por mostrar una gran alegría. Khalil advirtió que McCoy no estaba en tan buena forma como el general Waycliff o el teniente Grey, pero tenía mucho mejor aspecto que Satherwaite. Se fijó en que McCoy iba de traje, lo que acentuaba el contraste entre él y Satherwaite.

Los dos hombres intercambiaron unas palabras; luego Satherwaite se volvió y dijo:

—Jim, éste es... mi pasajero... el señor...

—Fanini —dijo Asad Khalil—. Alessandro Fanini. —Extendió la mano, que McCoy le estrechó—. Soy fabricante de tela de algodón.

Miró a Jim McCoy, y sus ojos se encontraron, pero McCoy no mostró la menor señal de alarma. Sin embargo, Khalil percibió en su mirada un destello de inteligencia que le hizo comprender que aquel hombre no sería tan estúpido y confiado como Satherwaite.

—La empresa del señor Fanini vendió... —empezó Satherwaite.

Khalil lo interrumpió:

—Mi empresa suministra tela para aviones antiguos. Como muestra de agradecimiento por esta visita privada, me gustaría enviarle dos mil metros de excelente tela de algodón. Gratuitamente, claro está —añadió.

Jim McCoy permaneció en silencio unos instantes.

—Es muy generoso por su parte... Admitimos toda clase de donativos —respondió finalmente.

Khalil sonrió e inclinó la cabeza.

Satherwaite se volvió hacia Khalil.

—¿No dijo usted...?

Khalil lo interrumpió de nuevo.

—Quizá pueda ver algunos de los aviones antiguos y examinar la calidad de la tela que utiliza. Si es mejor que la mía, entonces le pido que me disculpe por ofrecerle una de calidad inferior.

Satherwaite creyó entender que el señor Fanini quería que mantuviese la boca cerrada. Jim McCoy creía ver acercarse toda una ofensiva de venta.

—Nuestros aviones de época no están destinados a volar —dijo McCoy a Khalil

—, así que tendemos a utilizar tela muy resistente.

—Comprendo. Bien, entonces le enviaré la de mayor grado de resistencia.

Satherwaite pensó que esa información se contradecía con lo que el señor Fanini le había dicho antes pero no dijo nada.

Charlaron unos momentos. McCoy parecía un poco contrariado por el hecho de que Bill Satherwaite hubiera llevado un desconocido a su reunión. Pero eso era típico de Bill, carente por completo de sutileza, previsión o dotes sociales. Sonrió, pese a la situación, y dijo:

—Vayamos a ver algunos aviones. —Se volvió hacia Khalil—. Puede dejar aquí ese maletín.

—Si no le importa, llevo una cámara fotográfica, además de una de vídeo.

—Muy bien.

McCoy los precedió al pasillo, recorrieron de nuevo el patio y cruzaron unas grandes puertas que conducían a los hangares.

En el interior de los hangares contiguos había más de cincuenta aviones de diversas épocas, incluidas las dos guerras mundiales y la de Corea, así como modernos cazarreactores.

—La mayoría de estos aparatos, aunque no todos, fueron fabricados aquí, en Long Island, entre ellos varios módulos de aterrizaje lunar Grumman conservados en el hangar siguiente —informó McCoy—. Todas las restauraciones que verán han sido realizadas por voluntarios, hombres y mujeres que trabajaban en la industria aeroespacial existente en Long Island, o en la aviación comercial o militar, los cuales han dedicado millares de horas a cambio de café, donuts y el derecho a que sus nombres queden grabados en la pared del patio.

McCoy prosiguió, con tono que delataba la brevedad de la visita:

—Como pueden ver, aquí hay un Ryan NYP, que fue el primero construido con el mismo diseño que el *Spirit of St. Louis*, por lo que nos hemos tomado la libertad de poner ese nombre en el fuselaje.

Continuaron andando mientras McCoy hablaba, pasando de largo ante muchos aviones, lo que confirmaba que aquélla no era la visita con que se obsequiaba a los benefactores importantes. McCoy se detuvo delante de un viejo biplano pintado de amarillo.

—Éste es un Curtiss JN-4, llamado un Jenny, construido en 1918. Éste fue el primer avión de Lindbergh.

Asad Khalil sacó del maletín la cámara fotográfica y tomó unas cuantas fotos protocolarias.

—Puede usted tocar la tela, si lo desea —dijo McCoy.

Khalil tocó la rígida tela pintada y observó:

—Sí, entiendo lo que quiere decir. Esto es demasiado pesado para volar. Lo recordaré cuando le envíe mi donación.

—Excelente. Y ahí hay un Sperry Messenger, un avión de reconocimiento

construido en 1922, y allí, al fondo, vemos un grupo de cazas Grumman de la segunda guerra mundial, el Wildcat F4F, el Hellcat F6F, el Avenger TBM...

—Discúlpeme, señor McCoy —le interrumpió Khalil—. Creo que disponemos de poco tiempo, y sé que al señor Satherwaite le gustaría ver su antiguo aparato...

McCoy lo miró, asintió con la cabeza y dijo:

—Buena idea. Síganme.

Cruzaron una amplia puerta que daba al segundo hangar.

Éste contenía principalmente aviones de reacción y naves de exploración espacial.

A Khalil le sorprendió ver todos los artefactos bélicos reunidos allí. Sabía que a los norteamericanos les gustaba presentarse ante el mundo como un pueblo amante de la paz. Pero en aquel museo estaba claro que el arte de la guerra era la máxima expresión de su cultura. Khalil no se lo censuraba ni los juzgaba severamente por ello; de hecho, sentía envidia.

McCoy fue directamente hacia el F-111, un reluciente bimotor plateado que llevaba las insignias de la Fuerza Aérea americana. Las alas variables del F-111 estaban en posición retraída, y sobre el fuselaje, bajo el lado del piloto, figuraba el nombre del avión: *La robusta Betty*.

Jim McCoy se volvió hacia Bill Satherwaite.

—Bien, muchacho, aquí lo tienes. ¿Te trae recuerdos?

Satherwaite miró al esbelto cazarreactor como si fuese un ángel que le pidiera que lo cogiese de la mano y echara a volar con él.

Nadie habló mientras Bill Satherwaite continuaba mirándolo, hipnotizado por su visión del pasado. Tenía los ojos empañados.

—Le puse el nombre de mi mujer —dijo McCoy en voz baja, sonriendo.

Asad Khalil miraba fijamente el avión, sumido en sus propios recuerdos.

Finalmente, Satherwaite se acercó al aparato y tocó el fuselaje. Caminó en torno al caza, acariciando con los dedos la piel de aluminio, absorbiendo con los ojos todos los detalles de su cuerpo esbelto y perfecto.

Completó la vuelta alrededor del avión y miró a McCoy.

—Nosotros los pilotamos, Jim. Los pilotamos realmente —dijo.

—Sí, lo hicimos. Hace un millón de años.

Asad Khalil se apartó, dando la impresión de que era sensible a aquel momento entre viejos guerreros, pero en realidad sólo era sensible a su propio momento, como víctima de ellos.

Oyó a los dos hombres hablar a su espalda, los oyó reír, oyó palabras que les producían regocijo. Cerró los ojos, y en su mente tomó cuerpo el recuerdo de la forma borrosa que se precipitaba hacia él, y pudo ver con toda claridad aquella terrible máquina de guerra vomitando fuego rojo por la cola como un demonio surgido del infierno. Trató de bloquear el recuerdo de él mismo orinándose en los pantalones, pero el recuerdo era demasiado intenso y se dejó invadir por él, sabiendo que su humillación estaba a punto de ser vengada.

Oyó que Satherwaite lo llamaba y se volvió.

Había ahora junto al fuselaje, por el lado del piloto, una plataforma rodante de aluminio provista de una escalera.

—Eh, ¿puede retratarnos en la carlinga? —le preguntó Satherwaite a Khalil.

—Encantado.

Jim McCoy fue el primero en subir. La capota de la carlinga estaba levantada, y se instaló en el asiento del oficial de armamento, en el lado derecho. Satherwaite gateó por la escalera, saltó al asiento del piloto y lanzó un estridente grito:

—¡Yupiii! ¡Al ataque de nuevo! ¡Matemos a unos cuantos de los del trapo en la cabeza!

McCoy lo miró con desaprobación pero no dijo nada que le estropeará el momento a su amigo.

Asad Khalil subió la escalera.

—Bien, armero, despegamos con rumbo al desierto —dijo Satherwaite—. Ojalá hubieras estado conmigo aquel día en vez de Chip. Ese idiota no paraba de hablar. —Jugueteó con los mandos al tiempo que imitaba el ruido de los motores—. Fuego el uno, fuego el dos. —Sonrió—. Diablos, puedo recordar todos los ejercicios como si los hubiéramos hecho ayer.

Pasó las manos por los mandos de la carlinga, moviendo la cabeza a medida que los reconocía.

—Apuesto a que podría realizar de memoria toda la comprobación previa al despegue.

—Apuesto a que sí —dijo McCoy con aire condescendiente.

—Bien, armero —dijo Satherwaite—, quiero que lances una exactamente encima de esa tienda, en cuyo interior está Muammar jodiendo con un camello.

Soltó una carcajada y volvió a imitar el ruido de motores.

Jim McCoy miró al señor Fanini, que estaba de pie en la plataforma de lo alto de la escalera. Le dirigió una sonrisa débil y forzada, deseando de nuevo que Satherwaite hubiera ido solo.

Asad Khalil levantó la cámara. La apuntó hacia los dos hombres de la carlinga y preguntó:

—¿Preparados?

Satherwaite sonrió a la cámara. Fulguró el *flash*. McCoy trató de mantener una expresión neutra mientras volvía a destellar el *flash*. Satherwaite levantó la mano izquierda y extendió el dedo medio al tiempo que el *flash* destellaba una vez más.

—Bueno... —dijo McCoy.

Destelló de nuevo el *flash*. Satherwaite sujetó juguetonamente con el brazo el cuello de McCoy en una especie de llave de lucha libre, y el *flash* destelló otra vez.

—Muy bien... —dijo McCoy.

Fulguró otra vez el *flash*, y otra, y otra.

—Eh, ya basta —exclamó McCoy.

Asad Khalil dejó caer la cámara en el interior del maletín y sacó la botella de plástico que había cogido en el Sheraton.

—Solamente dos más, caballeros —dijo.

McCoy parpadeó para superar el deslumbramiento causado por los fogonazos del *flash* y miró a su huésped. Parpadeó de nuevo y reparó en la botella de agua, que no le produjo ninguna alarma, pero reparó también en la extraña expresión del rostro del señor Fanini, y comprendió al instante que algo marchaba terriblemente mal.

—¿De modo, caballeros, que conservan ustedes felices recuerdos de su misión de bombardeo? —dijo Khalil.

McCoy no respondió.

—Esto es formidable —dijo Satherwaite—. Eh, señor Fanini, pase a la parte del morro y sáquenos una desde delante.

Khalil no se movió.

—Bueno, larguémonos de aquí —dijo Jim McCoy—. Vamos, Bill.

—Quédense donde están —ordenó Khalil.

McCoy miró a Asad Khalil, y sintió cómo se le secaba súbitamente la boca. En algún recóndito lugar de su mente había sabido siempre que ese día acabaría llegando. Ahora, estaba allí.

—Empuje la escalera por delante del aparato y tome unas fotos desde el otro lado. Tome también varias desde el suelo. Luego... —decía Satherwaite.

—Cállese.

—¿Eh?

—Cierre el pico.

—Eh, ¿quién cojones...? —Satherwaite se encontró mirando el cañón de una pistola, que su cliente sostenía pegada al cuerpo.

—Oh, Dios mío... oh, no... —exclamó McCoy en voz baja.

—De modo, señor McCoy, que ya ha adivinado que no soy un fabricante de tela. Quizá soy un fabricante de sudarios —dijo Khalil, sonriendo burlescamente.

—Oh, madre de Dios...

Bill Satherwaite parecía confuso. Miró a McCoy y luego a Khalil, tratando de averiguar qué sabían ellos que él ignoraba.

—¿Qué está pasando aquí?

—Cállate, Bill. —McCoy se volvió hacia Khalil—. Este lugar está lleno de guardias armados y cámaras de seguridad. Le sugiero que se marche ahora, y no...

—¡Silencio! Hablaré yo solamente, y prometo ser breve. Tengo otra cita, y esto no me llevará mucho tiempo.

McCoy no respondió.

Por una vez, Bill Satherwaite no dijo nada pero un destello de comprensión empezó a abrirse paso en su mente.

—El 15 de abril de 1986 —dijo Asad Khalil—, yo era un muchacho que vivía con su familia en un lugar llamado Al Azziziyah, un lugar que ustedes conocen.

—¿Usted vivía allí? —exclamó Satherwaite—. ¿En Libia?

—¡Silencio! —ordenó Khalil, y continuó—: Ustedes dos penetraron por aire en mi país, arrojaron bombas sobre mi pueblo, mataron a mi familia, mis dos hermanos, mis dos hermanas y mi madre, y regresaron luego a Inglaterra, donde supongo que celebraron sus asesinatos. Ahora, ambos van a pagar sus crímenes.

Satherwaite comprendió finalmente que iba a morir. Miró a Jim McCoy, sentado a su lado, y dijo:

—Lo siento, camarada...

—Cállese. En primer lugar —continuó Khalil—, gracias por invitarme a esta pequeña reunión. También quiero que sepan que ya he matado al coronel Hambrecht, al general Waycliff y a su mujer...

—Bastardo —dijo McCoy en un susurro.

—... a Paul Grey y ahora a ustedes dos. El siguiente... bueno, tengo que decidir si malgasto una bala con el coronel Callum y pongo fin a sus sufrimientos. Viene luego el señor Wiggins y después...

Bill Satherwaite extendió el dedo índice en dirección a Khalil y gritó:

—¡Maldito seas, hijo de puta con turbante! ¡Maldito seas tú y el cabrón de tu jefe y...!

Khalil puso el cuello de la botella de plástico sobre el cañón de la Glock y, a bocajarro, le disparó una sola vez a Satherwaite en la frente. El sofocado disparo retumbó en el cavernoso hangar, mientras la cabeza de Satherwaite saltaba hacia atrás, despidiendo un surtidor de sangre y esquirlas de hueso y caía luego sobre el pecho.

Jim McCoy permaneció inmóvil en su asiento, y luego sus labios empezaron a moverse en oración. Inclino la cabeza, rezando, se santiguó y continuó orando con labios temblorosos.

—Míreme.

McCoy continuó orando, y Khalil oyó las palabras «... en valle de sombra de muerte, no temo mal alguno...»

—Mi salmo hebreo favorito. Porque tú estás conmigo...

Terminaron el salmo juntos:

—Tu vara y tu cayado son mi consuelo. Tú pones ante mí una mesa enfrente de mis enemigos. Has derramado el óleo sobre mi cabeza, y mi cáliz rebosa. Sólo bondad y benevolencia me acompañan todos los días de mi vida, y moraré eternamente en la casa de Yahvé.

Cuando terminaron, Asad Khalil dijo: «Amén», y disparó al pecho de McCoy. Se quedó mirando cómo agonizaba, y sus ojos se encontraron antes de que los de Jim McCoy dejaran por completo de ver.

Khalil se guardó la pistola en el bolsillo, volvió a meter la botella de plástico en el maletín y, alargando el brazo en el interior de la carlinga, cogió la cartera de Satherwaite del bolsillo anterior de sus vaqueros y la de McCoy, cubierta de sangre,

del bolsillo interior de su chaqueta. Guardó ambas carteras en su maletín y se limpió los dedos en la camiseta de Satherwaite. Palpó el cuerpo de éste pero no encontró ninguna arma y concluyó que el hombre mentía demasiado.

Khalil alargó la mano y bajó la capota de plexiglás.

—Buenas noches, caballeros. Quizá estén ya en el infierno, con sus amigos.

Bajó de la escalera, recogió los dos casquillos de bala y empujó la escalera hasta dejarla junto a otro avión.

Asad Khalil mantuvo la Glock en el bolsillo de la chaqueta, salió rápidamente del hangar y regresó al patio. No vio al guardia en la amplia extensión, ni lo vio tampoco fuera, a través de las puertas de cristal.

Entró en el área de oficinas y oyó un ruido al otro lado de una puerta cerrada. Abrió la puerta y vio al guardia sentado a una mesa, oyendo una radio y leyendo una revista titulada *Flying*. Detrás del guardia, quince monitores de televisión numerados mostraban escenas, interiores y exteriores, del vasto complejo museístico.

El guardia levantó la vista hacia su visitante y preguntó:

—¿Han terminado?

Khalil cerró la puerta a su espalda, le disparó una bala en la cabeza y se dirigió hacia los monitores mientras el hombre caía de la silla al suelo.

Khalil examinó los monitores hasta que vio uno que mostraba imágenes del hangar donde estaban los modernos aviones a reacción. Vio varias escenas sucesivas de la zona de exposición, y reconoció la escalera rodante y luego el F-111 con la capota bajada. Vio también imágenes del teatro, de las puertas exteriores donde estaba aparcado su coche, y otras del vestíbulo anterior al patio. No parecía haber nadie más en el edificio.

Encontró los vídeos apilados sobre un mostrador y fue pulsando el botón de parada de cada uno de ellos. Luego extrajo las quince cintas y las guardó en el maletín. Se arrodilló junto al guardia, le cogió la cartera, encontró el casquillo usado y, a continuación, salió de la oficina de seguridad y cerró la puerta a su espalda.

Volvió a cruzar el patio con paso rápido y salió por una de las puertas delanteras. Tiró de la puerta a su espalda y observó con satisfacción que quedaba cerrada.

Subió a su coche alquilado y lo puso en marcha. Miró el reloj del salpicadero. Eran las 10.57 de la noche.

Programó su navegador por satélite para que lo guiara al aeropuerto MacArthur y al cabo de diez minutos se encontraba en la carretera que se dirigía al norte, en dirección a la autovía de Long Island.

Rememoró brevemente los últimos minutos de las vidas del señor Satherwaite y el señor McCoy. Se le ocurrió que nadie podía prever nunca cómo iba a morir un hombre. Lo encontró interesante, y se preguntó cómo se comportaría él en una situación similar. La arrogancia final de Satherwaite lo había sorprendido, y pensó que el exteniente había encontrado un poco de valor en los últimos instantes de su vida. O quizá albergaba tanta maldad en su interior que aquellas últimas palabras no

tenían nada que ver con el valor, sino con el odio. Asad Khalil se dio cuenta de que, en una situación similar, él se comportaría, probablemente, igual que lo había hecho Satherwaite.

Khalil pensó en McCoy. Aquel hombre había reaccionado de una manera predecible, revelándose como un hombre religioso. O había encontrado rápidamente a Dios en el último minuto de su vida. Nunca se sabía. En cualquier caso, Khalil apreciaba su elección de salmos.

Salió de la carretera y enfiló la autovía de Long Island en dirección este. No había mucho tráfico, y se mantenía a la par de los demás vehículos, observando en el velocímetro que su velocidad en la escala métrica era de noventa kilómetros por hora.

Sabía perfectamente que se le estaba acabando el tiempo, que este doble asesinato atraería mucha atención.

Comprendía que la apariencia de robo resultaba muy sospechosa, y en algún momento la señora McCoy llamaría a la policía para comunicar que su marido había desaparecido y que en el museo no contestaba nadie al teléfono.

Su explicación de que el señor McCoy iba a reunirse con un camarada de la Fuerza Aérea haría que la policía se preocupase mucho menos que la señora McCoy. Pero en algún momento se descubrirían los cadáveres. Pasaría algún tiempo antes de que la policía pensara en ir al aeropuerto para ver en qué avión había llegado Satherwaite. De hecho, si McCoy no mencionó a su mujer el modo en que llegaba su amigo, a la policía jamás se le ocurriría ir al aeropuerto.

En cualquier caso, no importaba lo que hicieran la señora McCoy o la policía. Khalil tenía tiempo para su siguiente acto de venganza.

Sin embargo, mientras conducía sentía, por primera vez, la presencia del peligro y sabía que en alguna parte había alguien acechándolo. Estaba seguro de que su acechador no sabía dónde estaba ni entendía plenamente sus intenciones. Pero Asad Khalil percibía que él, el León, estaba siendo objeto de caza y que el desconocido cazador conocía, como mínimo, la naturaleza y la sustancia de lo que quería cazar.

Khalil trató de evocar una imagen de esa persona —no su imagen física, sino su alma— pero no podía penetrar en el ser de aquel hombre y solamente llegaba a percibir la intensidad del peligro que irradiaba.

Asad Khalil salió de su estado casi de trance. Reflexionó ahora acerca de la estela de cadáveres que iba dejando a su paso. El general Waycliff y su mujer habrían sido encontrados no más tarde de última hora de la mañana del lunes. En algún momento, un miembro de la familia Waycliff intentaría contactar con los antiguos compañeros de escuadrilla del general fallecido. De hecho, a Khalil le sorprendía que para entonces, en la noche del lunes, nadie hubiera telefonado a McCoy. Una llamada telefónica a Paul Grey no le habría encontrado en condiciones de ponerse al aparato, y tampoco sería contestada una llamada al señor Satherwaite. Pero Khalil tenía la impresión de que la señora McCoy, aparte de la preocupación por su marido, podría recibir la preocupación adicional, esa noche o al día siguiente, de una llamada de la

familia Waycliff o de la familia Grey con la trágica noticia de los asesinatos.

Pronto, mañana, suponía, habría muchas llamadas telefónicas, contestadas y no contestadas. Para el día siguiente por la noche, el juego estaría tocando a su fin. Quizá antes, quizá después, si Dios estaba todavía con él.

Khalil vio una señal que decía «Área de descanso» y se detuvo en un *parking* oculto por unos árboles a la vista de la carretera. Había varios camiones estacionados en la amplia extensión, así como unos cuantos turismos, pero aparcó en un lugar apartado de ellos.

Cogió del asiento trasero el maletín de la Fuerza Aérea de Satherwaite y examinó su contenido. Había una botella de licor, unas mudas, profilácticos, artículos de aseo y una camiseta que mostraba el dibujo de un cazarreactor y la inscripción: «Nucleares, napalm, bombas y cohetes. Reparto gratuito».

Cogió el maletín de Satherwaite y el suyo propio y se internó en el bosque, detrás de los lavabos. Recuperó todo su dinero de la cartera de Satherwaite y cogió también el dinero que contenía la cartera de McCoy, que ascendía a 85 dólares, así como el de la cartera del guardia, que contenía menos de veinte dólares, y guardó los billetes en la suya.

Esparció por la maleza el contenido de las tres carteras y arrojó éstas al bosque. Esparció también el contenido del maletín de Satherwaite y lo tiró luego entre unos matorrales. Finalmente, sacó de su maletín las cintas de vídeo del sistema de seguridad del museo y las arrojó por el bosque en distintas direcciones.

Regresó al coche, montó y entró de nuevo en la autovía.

Mientras conducía fue tirando a la calzada, a intervalos, los tres casquillos del calibre 40.

En Trípoli le habían dicho: «No pierdas demasiado tiempo borrando huellas dactilares o preocupándote por otras pruebas científicas de tus visitas. Para cuando la policía procese todo eso, tú ya te habrás ido. Pero no te dejes coger con ninguna prueba sobre tu persona. Hasta el policía más estúpido sospechará si te encuentra en el bolsillo la cartera de otro hombre».

Naturalmente, estaba la cuestión de las dos Glock, pero Khalil no consideraba que constituyesen una prueba, consideraba las pistolas como lo último que un policía vería antes de no ver nada en absoluto. No obstante, era conveniente deshacerse de las demás cosas y abandonar el automóvil sin dejar en él ninguna prueba manifiesta.

Siguió conduciendo, y sus pensamientos tornaron a su país, a Malik y a Boris. Sabía, como lo sabían Malik y Boris, que no podría continuar con aquel juego durante mucho tiempo.

—No es el juego en sí mismo, amigo mío, es cómo eliges jugarlo —le había dicho Malik—. Tú has elegido dejar que los norteamericanos te echen el guante en París, hacer una entrada sonada en Estados Unidos, darles a conocer quién eres, qué es lo que quieres, cuándo y por dónde has llegado. Tú mismo, Asad, has inventado las reglas de este juego y has aumentado la dificultad para ti de esas reglas. Yo

comprendo por qué lo haces pero debes comprender que son muchas las probabilidades de que no llegues a culminar tu misión, y solamente podrás culparte a ti mismo si no consigues alcanzar una victoria total.

—Los americanos nunca entran en combate a menos que puedan asegurarse la victoria antes de que suene el primer disparo —recordaba haber contestado Khalil—. Esto es como disparar a un león desde un vehículo y con mira telescópica. No es una victoria, sino solamente una matanza. En África hay tribus que disponen de rifles pero que todavía cazan al león con lanzas. ¿De qué sirve una victoria física sin una victoria espiritual o moral? Yo no he creado la desventaja en que me encuentro, simplemente la he neutralizado, así que quienquiera que sea el que gane este juego, yo soy el vencedor.

Boris, que estaba presente, comentó:

—Dime eso cuando te estés pudriendo en una cárcel y todos tus demonios de la Fuerza Aérea norteamericana disfruten de una vida feliz.

Khalil recordaba que se volvió hacia Boris y respondió:

—No espero que lo entiendas.

—Lo entiendo, señor León, lo entiendo perfectamente —había replicado Boris, con una carcajada—. Y, para tu información, me es indiferente si matas a esos pilotos o no. Pero más vale que también a ti te sea indiferente. Si la caza es más importante que la muerte, entonces sácales fotografías, como hacen los norteamericanos sensibles cuando van de safari. Pero si quieres saborear su sangre, señor León, será mejor que pienses en otra forma de ir a Estados Unidos.

Al final, Asad Khalil había examinado su corazón y su alma y había llegado a la conclusión de que podía tener ambas cosas: su juego, con sus reglas, y la sangre de sus enemigos.

Asad Khalil vio el letrero que anunciaba la proximidad del aeropuerto MacArthur y enfiló la rampa de salida.

A los diez minutos, detuvo el Lincoln en el *parking* de estancias largas del aeropuerto.

Se apeó y cerró el coche, llevando consigo el maletín.

No se molestó en borrar las huellas dactilares; si el juego había terminado, había terminado. No tenía intención de hacer más que el mínimo indispensable para ocultar su rastro. Solamente necesitaba otras veinticuatro horas, quizá menos, y si la policía estaba nada más que a dos pasos por detrás de él, aún llegaría un paso demasiado tarde.

Fue a una marquesina de autobús, y al poco rato llegó un minibús, y subió.

—A la terminal principal, por favor —dijo.

—No hay más que una terminal, amigo —respondió el conductor.

Al cabo de unos minutos, el vehículo lo dejó a la entrada de la casi desierta terminal. Khalil se dirigió a una parada de taxis en la que sólo había un coche.

—Sólo necesito ir al lado de Aviación General del aeropuerto —le dijo al chófer

—. Pero estoy dispuesto a pagarle veinte dólares por su ayuda.

—Suba, amigo.

Khalil se instaló en el asiento posterior y a los diez minutos llegaba al otro extremo del aeropuerto.

—¿Algún sitio en particular? —preguntó el taxista.

—Aquel edificio de allí.

El chófer detuvo el coche delante de un pequeño edificio que albergaba las oficinas de varios servicios de aviación. Khalil le dio un billete de veinte dólares y salió.

Estaba a menos de cincuenta metros de donde había aterrizado, y, de hecho, vio el avión de Satherwaite estacionado a poca distancia.

Entró en el pequeño edificio y encontró la oficina de Aviación Stewart.

Un empleado se levantó al otro lado del mostrador.

—¿Puedo ayudarle en algo? —le preguntó.

—Sí. Me llamo Samuel Perleman, y creo que tienen ustedes un avión reservado para mí.

—En efecto. Vuelo a medianoche. —El empleado miró su reloj—. Llega usted un poco pronto pero creo que están preparados.

—Gracias. —Khalil miró el rostro del joven pero no vio señal alguna de reconocimiento. Sin embargo, el hombre dijo—: Señor Perleman, tiene usted algo en la cara y en la camisa.

Khalil comprendió inmediatamente lo que era: los sesos de la cabeza de Satherwaite.

—Me temo que mi forma de comer no es muy correcta —dijo.

El hombre sonrió y sugirió:

—Hay un lavabo ahí. —Señaló una puerta a la derecha—. Llamaré a los pilotos.

Khalil entró en el lavabo y se miró la cara en el espejo. Había motas de sangre oscura, cerebro gris e incluso una esquirla de hueso en su camisa. Un cristal de sus gafas mostraba varias salpicaduras, y se veían una o dos manchitas en su cara y su corbata.

Se quitó las gafas y se lavó la cara y las manos, teniendo cuidado de no alterar el pelo o el bigote.

Se secó las manos y la cara con una toalla de papel, se frotó la camisa, la corbata y las gafas con la toalla húmeda y luego se puso las gafas. Regresó al mostrador, llevando su maletín negro.

—Señor Perleman —dijo el empleado—, su compañía ha pagado este vuelo por anticipado. Lo único que necesitamos es que lea usted este contrato con renuncia de derechos y lo firme donde le pongo la X.

Khalil fingió leer la hoja impresa.

—Parece satisfactorio —dijo. Firmó con la pluma que había en el mostrador.

—¿Es usted de Israel?

—Sí, pero ahora vivo aquí.

—Yo tengo parientes en Israel. Viven en Gilgal, en la orilla oeste. ¿La conoce?

—Desde luego.

Khalil recordaba lo que Boris le había dicho: «En la zona de Nueva York hay medio Israel. Allí no llamarás en absoluto la atención, salvo quizá que algunos judíos querrán hablarte de sus parientes o de sus vacaciones. Estúdiate los mapas y las guías de Israel».

—Es una ciudad más bien pequeña situada a unos treinta kilómetros al norte de Jerusalén —dijo Khalil—. La vida allí es difícil, ya que está rodeada de palestinos. Felicito a sus parientes por su valor y su tenacidad al permanecer allí.

—Sí. Es un lugar horrible. Deberían trasladarse a la costa. Quizá algún día podamos aprender a vivir con los árabes —añadió el empleado.

—No resulta fácil vivir con los árabes.

El empleado se echó a reír.

—Supongo que no. Usted debería saberlo.

—Lo sé.

Un hombre de mediana edad vestido con un indefinido uniforme azul entró en la oficina y saludó al empleado.

—Hola, Dan.

—Bob —le dijo el empleado—, éste es el señor Perleman, tu pasajero.

Khalil se volvió hacia el hombre, que tenía la mano extendida. Khalil todavía se sentía desconcertado por la extendida costumbre americana de estrechar la mano. Los árabes estrechaban manos pero no tantas como los norteamericanos, y, claro está, no tocaban a las mujeres. Boris le había advertido: «No te preocupes por eso. Tú eres extranjero».

Khalil estrechó la mano del piloto.

—Soy el capitán Fiske —dijo—. Llámeme Bob. Debo llevarlo a Denver esta noche, y después a San Diego. ¿Correcto?

—Correcto.

Khalil miró directamente a los ojos del piloto pero éste rehuyó el contacto visual. Los norteamericanos, observó Khalil, te miraban pero no siempre te veían. Permitían el contacto visual pero sólo durante breves períodos de tiempo, a diferencia de sus compatriotas, cuyos ojos nunca se separaban de ti, a menos que fuesen de condición social inferior o, naturalmente, si eran mujeres. Y los norteamericanos se mantenían también a distancia. Por lo menos un metro, como le había informado Boris. Si uno se ponía más cerca se sentían incómodos y podían incluso llegar a mostrarse hostiles.

—El avión está listo —anunció el capitán Fiske—. ¿Tiene equipaje, señor Perleman?

—Sólo este maletín.

—Yo se lo llevaré.

Boris había sugerido una cortés respuesta norteamericana, y Khalil dijo:

—Gracias, pero necesito hacer ejercicio.

El piloto sonrió y echó a andar hacia la puerta.

—Solamente usted, ¿verdad, señor?

—Verdad.

Mientras Khalil se disponía a salir, el empleado exclamó desde el mostrador:

—*Shalom alekhem*.

A lo cual Khalil estuvo a punto de responder en árabe: «*Salaam alakum*», pero se contuvo.

—*Shalom* —dijo simplemente.

Siguió al piloto en dirección a un hangar, delante del cual se hallaba estacionado un pequeño avión de reacción blanco. Varios operarios del aeropuerto se estaban separando de él.

Khalil se fijó de nuevo en el avión de Satherwaite y se preguntó cuánto tiempo transcurriría desde la hora de salida prevista para el día siguiente antes de que empezaran a preocuparse y comenzasen a investigar. Ciertamente, no sería antes del día siguiente, y Khalil sabía que para entonces estaría muy lejos de allí.

—Está noche utilizaremos ese Lear 60 —dijo el piloto—. Siendo sólo tres y con poco equipaje, estamos muy por debajo del peso bruto de despegue, así que he llenado los depósitos al completo. Eso significa que podemos llegar a Denver sin hacer escala. Los vientos de proa son suaves, y las condiciones meteorológicas de aquí a Denver, excelentes. Preveo un tiempo de vuelo de tres horas y dieciocho minutos. La temperatura en Denver será de unos cuarenta grados, cinco Celsius, cuando aterricemos. Repostaremos en Denver. Según tengo entendido, puede que necesite usted pasar unas horas en Denver, ¿correcto?

—Correcto.

—Muy bien, aterrizaremos en Denver un poco antes de las dos de la madrugada, hora de las Rocosas. ¿Entiende eso, señor?

—Sí. Llamaré a mi colega desde el teléfono aéreo que he solicitado.

—Sí, señor. Siempre hay un teléfono aéreo a bordo. Muy bien, más tarde volaremos a San Diego. ¿Correcto?

—Correcto.

—En estos momentos informan de leves turbulencias sobre las Rocosas y llovizna en San Diego. Pero, naturalmente, eso puede cambiar. Lo mantendremos informado, si lo desea.

Khalil no respondió pero se sintió irritado por la obsesión de los norteamericanos por predecir el tiempo. En Libia siempre hacía tiempo seco y calor, más calor unos días que otros. Las noches eran frías, el *ghabli* soplaba en primavera. Alá hacía el tiempo, el hombre lo soportaba. ¿De qué servía intentar predecirlo o hablar de él? No era posible cambiarlo.

El piloto lo condujo hasta el costado izquierdo del bimotor, donde dos peldaños llevaban a una puerta abierta.

El piloto le hizo seña de que entrara, y Khalil subió los peldaños y bajó la cabeza para introducirse en el avión.

El piloto estaba situado justo detrás de él.

—Señor Perleman, éste es Terry Sandford, nuestro copiloto.

El copiloto, que estaba sentado en el asiento de la derecha, volvió la cabeza.

—Bienvenido a bordo, señor —dijo.

—Buenas noches.

El capitán Fiske hizo un ademán en dirección a la cabina.

—Puede sentarse donde quiera, por supuesto. Hay servicio de bar, donde encontrará usted café, donuts, bollitos, refrescos y también bebidas más fuertes. —Rió—. En esas baldas hay periódicos y revistas. Al fondo está el jardín... el lavabo. Póngase cómodo.

—Gracias. Khalil se dirigió al último asiento de la derecha de los seis que había en la cabina y dejó el maletín en el suelo del pasillo, a su lado.

Observó que el piloto y el copiloto estaban ocupados con los instrumentos de la carlinga y hablaban entre ellos.

Miró su reloj. Pasaban unos minutos de la medianoche. Había sido un buen día, reflexionó. Tres muertos, cinco si contaba la mujer de la limpieza de Paul Grey y el guardia del museo. Pero no había que contarlos, como tampoco las trescientas personas muertas a bordo del avión de Trans-Continental, ni los demás que se habían interpuesto en su camino. Solamente había seis personas en Estados Unidos cuyas muertes tuvieran algún significado para él, y cuatro de ellas ya estaban muertas. Quedaban dos. O eso pensarían las autoridades si llegaban a las conclusiones correctas. Pero había otro hombre...

—¿Señor Perleman? ¿Señor?

Asad Khalil levantó la vista hacia el piloto, de pie a su lado.

—¿Sí?

—Vamos a empezar a movernos, así que abróchese el cinturón, por favor.

Khalil se puso el cinturón mientras el piloto continuaba:

—El teléfono está en el bar. El cordón llega hasta cualquier asiento.

—Estupendo.

—El otro instrumento instalado en la pared lateral es el interfono. Puede llamarnos en cualquier momento pulsando el botón y hablando.

—Gracias.

—O, simplemente, puede acercarse a la carlinga.

—Entiendo.

—Bien. ¿Puedo servirle en alguna otra cosa antes de volver a mi asiento?

—No, gracias.

—Muy bien, la salida de emergencia está ahí, y estas ventanas tienen persianas, por si quiere usted bajarlas. Una vez que hayamos despegado, le comunicaré cuándo puede soltarse el cinturón y moverse por la cabina.

—Gracias.

—Hasta luego.

El piloto se volvió, entró en la carlinga y cerró el panel divisorio entre carlinga y cabina.

Khalil miró por la ventanilla mientras el avión rodaba hacia la pista. No hacía mucho él había aterrizado allí con un hombre que ahora estaba muerto en el asiento del piloto de un avión de guerra que había matado quizá a muchas personas. Junto a aquel hombre se hallaba sentado otro asesino que había pagado sus crímenes. Había sido un momento exquisito, un final adecuado para sus sanguinarias vidas. Pero era también un signo, una firma en realidad, si alguien la leía adecuadamente. Se arrepintió de haberse permitido aquel acto simbólico pero, al reflexionar, decidió que no habría cambiado una sola palabra, un solo momento, una sola cosa de lo que había hecho. «Mi cáliz rebosa». Sonrió.

El Lear se detuvo, y Khalil oyó cómo se intensificaba el rugido de los motores. El avión pareció estremecerse y al instante salió disparado por la pista.

Medio minuto después estaban volando, y oyó el ruido del tren de aterrizaje al retraerse bajo él. Al cabo de unos minutos, el avión se inclinó ligeramente de costado mientras continuaba ascendiendo.

Poco después sonó la voz del piloto en el altavoz.

—Señor Perleman, puede usted moverse por la cabina si lo desea pero, por favor, mantenga abrochado el cinturón mientras esté sentado. Si quiere dormir, el respaldo de su asiento puede echarse hacia atrás hasta quedar en posición horizontal. Estamos pasando en estos momentos sobre el bajo Manhattan, si quiere echar un vistazo.

Khalil miró por la ventanilla. Estaban sobrevolando el extremo meridional de la isla de Manhattan, y pudo ver los rascacielos al borde del agua, incluidas las torres gemelas del World Trade Center.

Le habían dicho en Trípoli que cerca del Trade Center había un edificio llamado 26 Federal Plaza, adonde había sido llevado Boutros, y que si todo lo que podía salir mal salía mal, él también sería llevado allí.

—Es imposible escapar de ese lugar, amigo mío —le había dicho Malik—. Una vez que estás allí, eres suyo. Tu destino siguiente será una prisión cercana, luego un tribunal también cercano y finalmente una prisión en alguna parte del frío interior del país, donde pasarás el resto de tu vida. Nadie puede ayudarte allí. Ni siquiera te reconoceremos como uno de los nuestros ni ofreceremos intercambiarte por un infiel capturado. Hay muchos mujaidines en cárceles norteamericanas, pero las autoridades no permiten visitarlos. Vivirás toda tu vida solo en una tierra extraña, entre extraños, y jamás volverás a ver tu patria, ni a oír tu lengua, ni a estar con una mujer.

»Pero puedes poner fin a tu propia vida —había añadido—, lo cual será una victoria para ti y para nuestra causa y una derrota para ellos. ¿Estás preparado para esa victoria?

—Si estoy dispuesto a sacrificar mi vida en combate, ¿por qué no iba a quitarme

la vida para escapar de la captura y la humillación? —había respondido Khalil.

Malik había movido pensativamente la cabeza.

—Para algunos, una cosa es más fácil que la otra. —Le entregó una hoja de afeitar—. Ésta es una manera —explicó, y añadió—: Pero no debes cortarte las venas porque podrían salvarte la vida. Debes seccionar varias arterias importantes.

Apareció un médico y mostró a Khalil cómo localizar la arteria carótida y la arteria femoral.

—Y para mayor seguridad, córtate también las venas —dijo el médico.

Otro hombre ocupó el puesto del médico e instruyó a Khalil sobre cómo confeccionar un dogal con distintos materiales, entre ellos una sábana, un cable eléctrico y prendas diversas.

Tras las demostraciones de suicidio, Malik le había dicho a Khalil:

—Todos tenemos que morir, y todos elegiríamos morir en el *yihad* a manos del enemigo. Pero hay situaciones en que uno debe darse muerte a sí mismo. Y te aseguro que al final de cualquiera de esos dos caminos te espera el Paraíso.

Khalil miró de nuevo por la ventanilla del Lear y tuvo un último atisbo de la ciudad de Nueva York. Prometió no volver a ver jamás aquel lugar. Su último destino en Norteamérica era un lugar llamado California y, después, su destino final era Trípoli, o el Paraíso. En cualquier caso, estaría en casa.

Capítulo 42

Desperté, y a los pocos segundos supe dónde estaba, quién era y con quién estaba acostado.

Uno suele arrepentirse de los excesos de una noche de alcohol. Uno suele desear haber despertado solo, en algún otro lugar. Muy lejos. Pero yo no tenía esos sentimientos aquella mañana. De hecho, me sentía de maravilla, aunque resistí la tentación de correr a la ventana y gritar: «¡Despierta, Nueva York! ¡John Corey ha echado un polvo!»

El reloj de la mesilla de noche señalaba las siete y catorce.

Me levanté de la cama en silencio, entré en el baño y lo utilicé. Encontré el kit de Air France, me afeité y me cepillé los dientes y luego me metí en la ducha.

A través de la puerta de cristal deslustrado de la ducha vi a Kate entrar en el cuarto de baño, oí la descarga de agua del inodoro y luego la oí cepillarse los dientes y hacer gárgaras entre bostezos.

Acostarse con una mujer a la que apenas conoces es una cosa, y otra muy distinta pasar la noche con ella. Yo tengo un gran sentido de territorialidad por lo que al cuarto de baño se refiere.

El caso es que se abrió la puerta corrediza de la ducha y va y entra la Mayfield. Sin tan siquiera un «con tu permiso», me aparta con el codo y se pone bajo el chorro de agua.

—Lávame la espalda —dijo.

Le froté la espalda con mi toallita jabonosa.

—Oooh, qué gusto.

Se volvió, y nos abrazamos y nos besamos, mientras el agua se derramaba en cascada sobre nuestros cuerpos.

Hicimos el amor bajo la ducha, salimos, nos secamos y pasamos al dormitorio, envueltos ambos en nuestras toallas de baño. Su dormitorio daba al este, y el sol penetraba por la ventana. Parecía un buen día, pero las apariencias engañan.

—He disfrutado realmente esta noche —me dijo.

—Yo, también.

—¿Te volveré a ver?

—Trabajamos juntos.

—Cierto. Tú eres el tipo de la mesa que está frente a la mía.

Uno nunca sabe qué esperar a la mañana siguiente, ni qué decir, pero es mejor mantener un tono ligero, que era lo que Kate Mayfield estaba haciendo. Cinco puntos.

De todos modos, mi ropa estaba en alguna parte... en el cuarto de estar, si la

memoria no me fallaba, así que dije:

—Dejaré que te pintes mientras busco mi ropa.

—Todo está planchado y colgado en el armario del vestíbulo. Te he lavado la ropa interior y los calcetines.

—Gracias.

Diez puntos. Recogí la pistola y la funda y entré en el cuarto de estar, donde mi ropa continuaba esparcida por el suelo. Debía de haber soñado lo del lavado y el planchado. Menos diez puntos.

Me vestí, molesto al tener que ponerme la ropa interior usada del día anterior. Para ser un macho alfa tengo una verdadera obsesión por la limpieza, aunque, naturalmente, puedo soportarlo.

Entré en la diminuta cocina, encontré un vaso limpio y me serví un zumo de naranja. Observé que el contenido del frigorífico era mínimo, pero había yogur. Siempre hay yogur. ¿Qué habrá entre las mujeres y el yogur?

Descolgué el teléfono que había en la pared de la cocina, marqué el número de mi apartamento y oí mi voz grabada diciendo: «Residencia de John Corey. Mi mujer se ha largado, así que no deje ningún recado para ella». Después de un año y medio, quizá debería haber cambiado el mensaje. De todos modos, marqué mi clave de acceso, y la impersonal voz dijo: «Tiene ocho mensajes». El primero había sido grabado la noche anterior por mi ex, que decía: «Cambia ese estúpido mensaje. Llámame. Estoy preocupada».

Y lo estaba. Y yo la llamaría, cuando encontrara un momento.

Había otro mensaje preocupado de mis padres, que viven en Florida y que para entonces ya tenían todo el aspecto de unos tomates resecos por el sol.

Había un mensaje de mi hermano, que sólo lee *The Wall Street Journal*, pero que debía de haberles oído decir algo a papá y mamá y éstos le habían indicado que llamase a Oveja Negra. Es mi apodo familiar, y no tiene connotaciones peyorativas.

Dos viejos compañeros de fatigas habían llamado también preguntando por mi posible implicación en el caso del vuelo 175. Había igualmente un mensaje de mi excolega Dom Fanelli, que decía: «¡Eh, muchacho! ¿Fui yo quien te metió en ese asunto? ¡Maldita sea! ¿Y te preocupabas por los dos latinos que te disparaban? Este tío del trapo en la cabeza se ha llevado por delante un avión entero y un puñado de federales. Ahora probablemente te está buscando a ti. ¿Sigues divirtiéndote? Te vieron en Giulio's la otra noche, bebiendo solo. Cómprate una peluca rubia. Llámame. Me debes una copa. *Arrivederci*».

Sonreí aun a mi pesar y dije:

—*Va fungole*, Dom.

El mensaje siguiente era del señor Teddy Nash. Decía: «Aquí Nash. Creo que deberías estar en Frankfurt, Corey. Espero que estés en camino. ¿Dónde andas si no? Debes mantenerte en contacto. Llámame».

—Doble *va fungole*, montón de mierda... —Me di cuenta de que aquel hombre

me estaba poniendo furioso y, como había sugerido Kate en el aeropuerto, no debía dejar qué eso sucediera.

El último mensaje era de Jack Koenig, a medianoche, mi hora. Decía: «Nash ha intentado contactar contigo. No estás en la oficina, no has dejado ningún número al que llamarte, no contestas al busca y supongo que no estás en casa. Llámame. Lo antes posible».

Creo que *Herr* Koenig llevaba ya demasiado tiempo en la Madre Patria.

La voz del contestador dijo: «No hay más mensajes».

—Gracias a Dios.

Me alegró no oír la voz de Beth, lo que habría aumentado mi cociente de culpabilidad.

Entré en el cuarto de estar y me senté en el sofá, el escenario del crimen de la noche pasada. Bueno, uno de los escenarios.

Hojeé la única revista que pude ver, un ejemplar de *Entertainment Weekly*. En la sección de libros vi que Danielle Steel publicaba su cuarto libro en lo que iba de año, y todavía estábamos en abril. Quizá pudiera lograr que me escribiera ella mi informe de incidente. Pero tal vez se entretuviera demasiado en describir lo que llevaban los cadáveres de primera clase.

Pasé a otra sección, y me disponía a leer un reportaje sobre un concierto de Barbra Streisand en beneficio de los mayas marxistas de la península de Yucatán, cuando, *voilà!*, apareció Kate Mayfield, empolvada, peinada y vestida. La verdad era que no había tardado demasiado. Diez puntos.

—Estás preciosa —dije, poniéndome en pie.

—Gracias. Pero no te pongas sensible y tierno conmigo. Me gustabas como eras.

—¿Y cómo era?

—Insensible, tosco, egocéntrico, egoísta, rudo y sarcástico.

—Haré lo que pueda. —Veinticinco puntos.

—Esta noche, en tu casa —me informó—. Llevaré un maletín. ¿Te parece?

—Desde luego. —Siempre y cuando el maletín no tuviese el aspecto de tres maletas y cuatro baúles. Realmente, tenía que pensarlo.

—Anoche, cuando estabas en el baño, sonó tu busca —dijo—. Lo cogí. Era el centro de mando provisional.

—Oh... deberías habérmelo dicho.

—Lo olvidé. No te preocupes.

Experimenté la impresión de estar entregando el control de la misión, y quizá el control de mi vida, a Kate Mayfield. ¿Entienden lo que quiero decir? Menos cinco puntos.

Ella se dirigió hacia la puerta, y yo la seguí.

—Hay un acogedor café francés en la Segunda Avenida.

—Estupendo. Que siga allí.

—Vamos. Invito yo.

—Hay un mugriento cafetín en la esquina.

—Yo he invitado primero.

Así que recogimos nuestros maletines y salimos, como cualquier pareja disponiéndose a iniciar su jornada laboral, salvo que cada uno de nosotros llevaba una Glock del calibre 40.

Por cierto, que Kate llevaba unos pantalones negros y una especie de *blazer* color ketchup Heinz sobre una blusa blanca. Yo llevaba lo mismo que el día anterior.

Bajamos en el ascensor hasta el vestíbulo y salimos del edificio. El portero era el mismo de la noche anterior. Quizá trabajan una hora sí y dos horas no hasta que completan una jornada de ocho horas.

—¿Taxi, señora Mayfield? —preguntó el hombre.

—No, gracias, Herbert, vamos andando.

Herbert me dirigió una mirada que sugería que era él y no yo quien debería haber estado en el apartamento 1415.

Hacía un día precioso, cielo despejado, un poco de frío pero nada de humedad. Caminamos hacia el este por la calle 86 hasta la Segunda Avenida y torcimos luego hacia el sur, en la dirección de mi casa, aunque no íbamos allí. El tráfico rodado era ya intenso en la avenida, y también el peatonal.

—Adoro Nueva York —dije, impulsado solamente por mi estado de ánimo.

—Yo odio Nueva York —replicó ella. Se dio cuenta de que esa declaración estaba preñada de futuros problemas, especialmente si ella lo estaba, y añadió—: Pero podría conseguir que me gustase.

—No, no puedes. Nadie puede hacerlo. Pero puedes acostumbrarte a él. A veces lo adorarás, a veces lo odiarás. Nunca te gustará.

Me miró de reojo pero no hizo ningún comentario sobre mi profunda observación.

Llegamos a un sitio llamado La No-sé-qué de No-sé-cuántos. Entramos y nos recibió calurosamente una dama francesa empapuzada de Prozac. Ella y Kate parecían conocerse e intercambiaron unas palabras en francés. Que me saquen de aquí. Menos cinco puntos.

Nos sentamos a una mesa del tamaño de los gemelos de mi camisa, en sillas hechas con percheros. El establecimiento parecía un saldo de Laura Ashley y olía a mantequilla caliente, lo cual me revuelve el estómago. Los clientes eran todos travestís.

—¿No es una monada el sitio?

—No.

La dueña nos entregó diminutos menús escritos en sánscrito. Había treinta y dos clases de bollitos y *croissants*, manjares todos ellos inadecuados para hombres.

—¿Puedo tomar un bagel? —le pregunté a *madame*.

—No, *monsieur*.

—¿Huevos? ¿Salchichas?

—No, *monsieur*.

Giró sobre su afilado tacón y se alejó. Se estaba esfumando el efecto del Prozac.

—Prueba el *croissant* de fresa —dijo Kate.

—¿Por qué?

Pedí café, zumo de naranja y seis *brioche*s. Puedo arreglármelas con los *brioche*s. Saben como los bizcochos de mi abuela inglesa. Kate pidió té y un *croissant* de cereza.

Mientras desayunábamos, me preguntó:

—¿Tienes alguna otra información que te gustaría compartir conmigo?

—No. Sólo el asesinato de Perth Amboy.

—¿Alguna teoría?

—Ninguna. ¿Vienes aquí a menudo?

—Casi todas las mañanas. ¿Algún plan de acción para hoy?

—Tengo que recoger la ropa de la lavandería. ¿Y tú?

—Tengo que levantarme y continuar leyendo todo lo que tengo encima de la mesa.

—Piensa en lo que no está en tu mesa.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, una detallada información sobre las supuestas víctimas de Khalil en Europa. Salvo que se me haya pasado por alto, no hay nada en nuestras mesas. Nada de Scotland Yard. Nada del departamento de investigación criminal de la Fuerza Aérea ni del FBI.

—Muy bien... ¿qué estamos buscando?

—Una conexión o un móvil.

—No parece haber ninguna conexión, fuera del hecho de que los objetivos eran británicos y estadounidenses. Ése es también el móvil —señaló.

—El único ataque que destaca es el asesinato a hachazos en Inglaterra de aquel coronel de la Fuerza Aérea estadounidense.

—Coronel Hambrecht. Junto a la base aérea de Lakenheath.

—Exacto. Este café no está mal.

—¿Por qué destaca?

—Fue cuerpo a cuerpo y personal.

—Y también el asesinato de aquellos escolares.

—Ésos fueron muertos a tiros. Yo estoy hablando del hacha. Es un dato significativo.

Kate me miró.

—Está bien, detective Corey. Háblame de ello.

Jugueteé con el *brioche* que me quedaba.

—Un asesinato como ése sugiere la existencia de una relación personal.

—De acuerdo. Pero ni siquiera estamos seguros de que lo cometiera Khalil.

—Cierto. No pasa de ser una conjetura de la Interpol. Han estado siguiéndole la pista a ese tipo. Ayer me tragué una tonelada de papeles mientras tú y Jack

acumulabais facturas de viajes en taxi al JFK. Encontré muy pocas cosas de Scotland Yard, del DIC de la Fuerza Aérea y de nuestros amigos de la CÍA. Y nada del FBI —añadí—, que debió de enviar un equipo para investigar el asesinato de Hambrecht, así como el de los niños norteamericanos. ¿Por qué falta todo ese material?

—Quizá porque se te ha pasado por alto.

—Lo solicité a los archivos, y todavía estoy esperando.

—No te pongas paranoide.

—No seas tan confiada.

Ella guardó silencio unos instantes.

—No lo estoy —dijo finalmente.

Creo que estábamos tácitamente de acuerdo en que algo olía mal allí pero la agente Mayfield no estaba dispuesta a verbalizarlo.

Madame me presentó la cuenta, y se la pasé a *mademoiselle*, la cual pagó en metálico. *Madame* le dio el cambio, que sacó de una bolsita que llevaba junto a la cadera, igual que en Europa. ¿Es muy chic eso?

Salimos, llamé un taxi y montamos en él.

—Veintiséis Federal Plaza —dije.

El hombre no sabía dónde estaba eso, y lo orienté.

—¿De dónde es usted?

—De Albania.

Cuando yo era pequeño, aún había taxistas llegados de la Rusia zarista, todos pertenecientes a la nobleza, según ellos. Por lo menos, sabían encontrar una dirección.

Permanecimos un minuto en silencio. Luego Kate dijo:

—Quizá debas ir a casa a cambiarte.

—Lo haré si quieres. Vivo a unas manzanas de aquí. Somos casi vecinos —añadí.

—Al diablo con ello —dijo sonriendo, después de reflexionar durante unos instantes—. Nadie se dará cuenta.

—Hay quinientos detectives y agentes del FBI en el edificio. ¿No crees que lo advertirán?

Se echó a reír.

—¿Y a quién le importa?

—Entraremos por separado —dije.

Me cogió la mano, acercó los labios a mi oído y replicó:

—Que se jodan.

Le di un beso en la mejilla. Olía bien. Tenía buen aspecto. Me gustaba su voz.

—¿De dónde eres exactamente? —le pregunté.

—De todas partes. Soy hija del FBI. Papá está retirado. Nació en Cincinnati. Mamá nació en Tennessee. Nos movíamos mucho. Uno de los destinos fue Venezuela. El FBI tiene mucha gente en Sudamérica. J. Edgar procuraba mantener a la CÍA apartada de allí. ¿Lo sabías?

—Creo que sí. El bueno de Edgar.

—Según mi padre, fue un gran incomprendido.

—Sé lo que es eso.

Se echó a reír.

—¿Están orgullosos de ti tus padres? —pregunté.

—Desde luego. ¿Lo están los tuyos de ti? ¿Viven los dos?

—Viven y en perfecto estado de salud en Sarasota.

Sonrió.

—¿Y...? ¿Te quieren? ¿Están orgullosos de ti?

—Mucho. Tienen un apodo cariñoso para mí... Oveja Negra.

Rió. Dos puntos.

Kate permaneció unos momentos en silencio.

—Tuve una relación de larga duración y a larga distancia con otro agente —dijo finalmente—. Me alegro de que seamos vecinos —añadió—. Es más fácil. Es mejor.

Pensando en mi propia relación a larga distancia con Beth Penrose y en mi anterior matrimonio, no estaba seguro de que fuese mejor, pero dije:

—Desde luego.

—Me gustan los hombres mayores —agregó ella.

Supongo que eso iba por mí.

—¿Por qué? —pregunté.

—Me gusta la generación presensible. Como mi padre. Cuando los hombres eran hombres.

—Como Atila.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No hay nada malo en los hombres de tu generación, Kate. El problema es tu oficio y los tipos que están en él. Probablemente son gente estupenda también pero trabajan para el gobierno federal, que se ha vuelto muy extraño.

—Quizá sea eso. Jack, por ejemplo, es estupendo. Es mayor, y la mitad de las veces se comporta normalmente.

—Exacto.

—Yo no suelo abalanzarme sobre los hombres —dijo.

—Estoy acostumbrado.

Se echó a reír.

—Bueno, basta de charla de «la mañana siguiente».

—De acuerdo.

Así que nos pusimos a hablar de cosas intrascendentes, la clase de temas que hace treinta años componían la conversación precoital. El país ha cambiado, generalmente para mejor, creo yo, pero lo sexual se ha tornado más desconcertante y confuso, no menos. Quizá soy yo el único que está confuso. Yo he salido con mujeres que practicaban la nueva/vieja idea de castidad y pudor, así como con mujeres que cambiaban de montura más rápidamente que un jinete del pony exprés. Y resultaba

difícil distinguir quién era quién por el aspecto o incluso por lo que decían. Las mujeres lo tienen más fácil: todos los hombres son unos cerdos. Así de sencillo.

De todos modos, se supone que uno no debe hablar de materias clasificadas delante de civiles, aunque sean taxistas albanos que fingen no saber inglés y no saber dónde está Federal Plaza, así que fuimos charlando todo el tiempo de naderías, conociéndonos un poco más el uno al otro.

Sugerí que bajáramos del taxi una manzana antes de nuestro punto de destino y llegáramos a él por separado. Pero Kate replicó:

—No, esto es divertido. Veamos quién se fija y nos mira con una sonrisita. No hemos hecho nada malo —añadió.

Naturalmente, el FBI no es como la mayoría de los empresarios privados, ni como la policía de Nueva York, si vamos a eso, y se mantiene atento a posibles conflictos y problemas sexuales. Observen que Mulder y Scully no se han acostado aún. Me pregunto, si habrán echado un polvo siquiera. De todos modos, yo estaba trabajando para el FBI solamente como contratado, así que no era problema mío.

El taxi llegó a 26 Federal Plaza antes de las nueve de la mañana, y pagué yo.

Bajamos y entramos juntos en el vestíbulo pero no había muchos colegas nuestros por allí, y los que nos reconocieron no parecieron reparar en que habíamos llegado juntos, tarde, en el mismo taxi, y que yo no me había cambiado de ropa. Cuando lo haces con una compañera de trabajo, crees que todo el mundo lo sabe pero de ordinario la gente tiene cosas más importantes en qué pensar. No obstante, si Koenig andaba por allí se daría cuenta y se cabrearía. Conozco a ese tipo.

Había un quiosco de prensa en el vestíbulo, y compramos el *Times*, el *Post*, el *Daily News* y el *USA Today*, pese a que todos esos periódicos y otros más nos son repartidos cinco días a la semana. A mí me gusta tener los periódicos frescos, no leídos por nadie y sin recortar.

Mientras esperábamos el ascensor eché un vistazo a la primera plana del *Times*, que publicaba un artículo sobre el recién admitido ataque terrorista. Un nombre y una cara familiares me saltaron a la vista, y exclamé:

—Mierda. Disculpa la expresión. Se me están repitiendo los *brioche*s.

—¿Qué ocurre?

Le mostré el periódico.

—Oh...

Para resumir un largo artículo, baste decir que el *Times* publicaba mi nombre y una fotografía mía tomada supuestamente el sábado en el JFK, aunque no recuerdo haber llevado ese traje el sábado. Se trataba, evidentemente, de una foto manipulada y también lo eran unas cuantas frases que se me atribuían y que yo no recordaba haber pronunciado, a excepción de la que decía: «Yo creo que Khalil está todavía en el área metropolitana de Nueva York, y, si está, lo encontraremos». En realidad, no habían sido ésas literalmente mis palabras, y tampoco lo había dicho para consumo público. Tomé nota mentalmente para pegarle un puñetazo en la nariz al pequeño

Alan Parker.

Kate estaba hojeando el *Daily News* y dijo:

—Aquí se me atribuye haber dicho que estuvimos muy cerca de capturar a Asad Khalil en el JFK pero que tenía cómplices en el aeropuerto y consiguió burlarnos.

Me miró.

—¿Comprendes? —dije—. Por eso no teníamos que hacer declaraciones a la prensa. Jack o Alan o alguien lo hizo por nosotros.

Se encogió de hombros.

—Bueno, accedimos a ser... ¿cómo es la palabra?

—Cebo. ¿Dónde está tu foto?

—Tal vez la publiquen mañana. O esta tarde. Yo no salgo tan bien en las fotos —añadió, y se echó a reír.

Llegó el ascensor, y subimos en él junto con otras personas que iban a las oficinas de la BAT. Todos íbamos charlando de cosas intrascendentes, a excepción de los que leían el periódico. Un tipo me miró y volvió luego la vista a su periódico.

—Eh —exclamó—, estás en la lista de los hombres más buscados por Khalil.

Rieron todos. ¿Por qué yo no lo encontraba gracioso?

—No os acerquéis demasiado a Corey —dijo alguien.

Más risas. Cuanto más alto subía el ascensor, más estúpidos se hacían los chistes. Hasta Kate se sumó a la juerga.

—Yo tengo un frasco de tinte rubio *Lady Clairol* que puedo prestarte —dijo.

Ja, ja, ja. Si yo no fuese un caballero, habría anunciado que la Mayfield era una rubia muy natural.

El caso es que nos bajamos en el CMP, en el piso veintiséis, y Kate me dijo:

—Lo siento. Era divertido.

—Yo no le veo la gracia.

Echamos a andar hacia el CMP.

—Vamos, John. No corres ningún peligro.

—Entonces, utilicemos tu foto mañana.

—No me importa. Me ofrecí voluntaria.

Entramos en el CMP y nos dirigimos a nuestras mesas, saludando a los demás al pasar. Nadie hizo ningún comentario jocoso sobre mi foto en el periódico. Todo era muy profesional allí, y las bromas del ascensor eran una aberración, un momento de imprevisto comportamiento impropio del FBI. Los payasos del ascensor probablemente ahora estaban comentando el asunto entre risas. Si este centro de mando fuese mi antiguo Departamento de Homicidios, habrían puesto una ampliación de mi foto con el siguiente pie: «Asad Khalil está buscando a este hombre. ¿Puedes ayudarlo a encontrarlo?»

Me senté a mi mesa. En realidad no había casi ninguna probabilidad de que mi foto en los periódicos, ni aun en la televisión, fuera a hacer salir a Khalil de su escondrijo, o de que yo me convirtiera en objetivo suyo. A menos que me acercara

demasiado a él.

Kate se sentó enfrente de mí y empezó a examinar los papeles que cubrían su mesa.

—Dios mío, aquí hay toneladas de material.

—Casi todo es basura.

Escruté el *New York Times* en busca de la noticia del asesinato del banquero norteamericano en Frankfurt. Finalmente encontré un suelto de la Autoridad Portuaria que daba sólo unos sucintos detalles y no mencionaba ninguna relación con Asad Khalil.

Supuse que las diversas autoridades no querían ayudar a crear confusión entre la ciudadanía estadounidense y los agentes que estaban buscando a Khalil aquí.

Le pasé el periódico a Kate, que leyó el artículo.

—Deben de tener sus dudas sobre esto —dijo—. Y no quieren facilitarles las cosas a los servicios de inteligencia libios, si es que tienen algo que ver con el asesinato.

—Exacto.

La mayoría de los homicidios en que yo he trabajado fueron cometidos por idiotas. Los servicios internacionales de inteligencia están en manos de personas tan listas que *actúan* como idiotas. Personas como Ted Nash y sus adversarios. Acaban elaborando unos brillantes planes tan retorcidos que la mayoría de ellos se despiertan todas las mañanas tratando de recordar de qué lado están esa semana y qué mentira era la verdad disfrazada de mentira disfrazada de verdad. No es de extrañar que Nash no dijera gran cosa; utilizaba casi toda su energía mental tratando de resolver una realidad contradictoria. Mi lema es: Hazlo sencillo, estúpido.

—Tenemos que llamar a Jack —dijo Kate, al tiempo que descolgaba el teléfono.

—Son seis horas antes en Frankfurt. Estará dormido.

—Son seis horas *después*. Estará en la oficina.

—Da igual. Que nos llame él.

Kate vaciló unos momentos, y luego colgó.

Nos pusimos a leer los periódicos, comentando entre nosotros que los medios de comunicación no necesitaban ser manipulados, ellos mismos ya se encargaban de interpretar mal la mayoría de las noticias prefabricadas. Sólo el *Times*, dicho sea en su honor, las interpretaba bien. Pero, al igual que sobre mi mesa, en él faltaban los datos importantes e interesantes.

Nuevamente había fotos de Khalil en todos los periódicos, y unas cuantas de ellas, retocadas, lo mostraban con gafas, barba, bigote y un pelo entrecano peinado de manera diferente. Esto tenía por objeto alertar al público de la posibilidad de que el fugitivo hubiera cambiado su aspecto. Pero lo que conseguía era que el público recelase de personas inocentes con gafas, bigote y barba. Y, como policía, yo sabía además que los disfraces más sencillos solían ser eficaces, y tal vez ni yo mismo podría identificar a aquel tipo en medio de una multitud si estaba sonriendo y llevaba

bigote.

Leí detenidamente los artículos para ver si alguien había seguido mi sugerencia de hacer pública la teoría de que la señora Khalil y Gadafi eran algo más que amigos. Pero no vi la menor insinuación de ello.

Pese a mi lema de hacerlo sencillo, hay veces en que es bueno recurrir a la guerra psicológica, pero su utilización es escasa por parte de militares y policías, excepto cuando éstos interrogan a un sospechoso y emplean el viejo método de «poli bueno / poli malo». En cualquier caso, es necesario plantar semillas de duda y engaño a través de los medios de comunicación y esperar que el fugitivo lo lea y se lo crea, y que los buenos recuerden que se trata de una simulación.

A este respecto, yo me preguntaba si el señor Khalil estaba leyendo lo que se publicaba acerca de él y si se veía a sí mismo en la televisión. Traté de imaginármelo en alguna parte, agazapado en alguna pensión barata de un barrio árabe, comiendo carne de cabra en conserva, viendo la televisión y leyendo los periódicos. Pero no podía imaginar eso. En lugar de ello, lo imaginaba pulcramente trajeado, mezclado con la gente, dedicado a jodernos otra vez.

Si este caso tenía un nombre se llamaría «El caso de la información ausente». Algunos de los datos que faltaban en las noticias faltaban porque no los conocían. Pero lo que faltaba eran cosas que deberían haber sabido o averiguado. La ausencia más llamativa era la de cualquier referencia al 15 de abril de 1986. Algún hábil reportero con un poco de cerebro, o un poco de memoria, o un módem, debería haber establecido la relación. Ni siquiera los periodistas eran tan estúpidos, por lo que no podía por menos de pensar que las noticias estaban siendo manipuladas. La prensa cooperará durante unos días o una semana con los federales si se les puede convencer de que está en juego la seguridad nacional. Por otra parte, quizá me estaba dejando llevar en exceso por la imaginación.

—¿Por qué no menciona ninguno de estos artículos el aniversario de la incursión sobre Libia? —le pregunté a Kate.

Ella levantó la vista de la mesa.

—Supongo que alguien les ha pedido que no lo hagan —respondió—. No es buena idea presentar lo que las relaciones públicas no quieren que se muestre. Conceden mucha importancia a los aniversarios, pero si los ignoramos se sienten frustrados.

A mí me parecía bien. Había muchas consideraciones que tener en cuenta ante un suceso de tal magnitud. Los malos actores estaban representando una tragedia pero nosotros no les íbamos a dar publicidad gratuita.

De todos modos, no había grandes novedades en las noticias, así que consulté los mensajes del contestador automático, tal como estaba haciendo Kate. Debería haber utilizado los auriculares en vez del altavoz, porque el primer mensaje era de Beth, a las 7.12 de la mañana. Decía: «Hola. Anoche te llamé a casa, y también esta mañana pero no he dejado ningún mensaje. ¿Dónde te has metido? Llámame a casa antes de

las ocho y luego a la oficina. Te echo de menos. Un beso muy grande. Hasta luego».

Kate continuó escuchando sus propios mensajes, fingiendo no oír.

Dije, como hablando conmigo mismo: «Tengo que llamar a mamá», pero no creo que colase.

El mensaje siguiente era de Jack Koenig, que decía: «Mensaje para Corey y Mayfield. Llamadme». Daba un número larguísimo, lleno de ceros y unos, y supuse que no había vuelto a su oficina, al otro extremo del pasillo.

Había un mensaje similar de Ted Nash, que borré.

No había más mensajes, y dediqué mi atención a los papeles de mi mesa.

Al cabo de unos minutos, Kate levantó la vista.

—¿Quién era? —preguntó.

—Jack y Ted.

—Me refiero a la otra.

—Oh... Mi madre.

Dijo algo que sonó como «caradura» pero quizá no lo entendí bien. Se levantó de la mesa y se alejó.

Así que allí me quedé, soñoliento, doliéndome el orificio de bala del abdomen, con seis *brioches* poco hechos en el estómago, el último y definitivo acto de mi carrera en peligro y algún terrorista loco bebiendo leche de camella en alguna parte y mirando mi foto en los periódicos. Podía enfrentarme a todo eso. Pero ¿necesitaba eso? Quiero decir que creía haberme portado honradamente con Kate.

Justo cuando empezaba a pensar mejor las cosas en relación con la Mayfield, ella regresó con dos tazas de café y puso una sobre mi mesa.

—Solo y con azúcar, ¿verdad?

—Verdad. Sin estircnina. Gracias.

—Puedo salir a traerte un Egg McMuffin si quieres. Con queso y salchicha.

—No, gracias.

—Un hombre activo necesita alimentos sólidos.

—En realidad, no hago más que estar sentado. El café es suficiente. Gracias.

—Apuesto a que no te has tomado tus vitaminas esta mañana. Voy a buscártelas.

Detectaba un cierto sarcasmo en el tono de la Mayfield, o quizá es que la palabra de la mañana era «cebo». No sólo era yo un cebo, sino que me estaban tendiendo también uno a mí mismo.

—Gracias, pero el café es todo lo que necesito.

Bajé la cabeza y me puse a estudiar un informe que tenía delante.

Ella se sentó enfrente de mí y tomó un sorbo de café. Yo sentía sus ojos posados sobre mi cara. Levanté la vista hacia ella pero aquellos ojos azules, tan atractivos hacía sólo unos momentos, se habían convertido en dos cubitos de hielo.

Nos miramos fijamente el uno al otro, y finalmente ella dijo:

—Lo siento. —Y volvió a sus papeles.

—Me ocuparé de ello —aseguré.

—Más te vale —respondió, sin levantar la vista.

Al cabo de uno o dos minutos volvimos a la tarea de capturar al terrorista más buscado del mundo.

—Hay un informe combinado de varios departamentos policiales referente a los alquileres de coches en el área metropolitana... Se alquilan miles de coches todos los días, pero están tratando de seleccionar los alquileres realizados a personas con nombres que parezcan proceder de Oriente Medio. Resulta un poco traído por los pelos.

—Bastante. Por lo que sabemos, Khalil está conduciendo un coche prestado por un compatriota. Aunque sea un coche alquilado, sus cómplices podrían utilizar el nombre de Smith si tienen el documento de identidad adecuado.

—Pero la persona que lo alquila podría no tener aspecto de llamarse Smith.

—Cierto... pero podrían utilizar un tipo con aire de Smith y luego deshacerse de él. Olvídate de los coches alquilados.

—Tuvimos suerte con la furgoneta Ryder en el atentado con bomba del World Trade Center. Resolvió el caso.

—Olvídate del puñetero atentado contra el World Trade Center.

—¿Por qué?

—Porque, al igual que un general que trata de revivir en una batalla sus éxitos anteriores, descubrirás que los malos no están intentando revivir sus derrotas pasadas.

—¿Eso es lo que les dices a tus alumnos del John Jay?

—Desde luego. Es claramente aplicable al trabajo detectivesco. He visto demasiados policías de homicidios tratando de resolver el caso B de la misma forma en que resolvieron el caso A. Cada caso es único. Especialmente, éste.

—Gracias, profesor.

—Haz lo que quieras.

Me enfurruñé y volví a mis memorándums y a mis informes. Detesto los papeles.

Encontré un sobre sellado con la mención «Confidencial. No mostrar a nadie», y sin nota de procedencia. Lo abrí y vi que era de Gabe. Decía:

He mantenido incomunicado a Fadi durante todo el día de ayer, después fui a la casa de Gomal Yabbar e interrogué a su mujer, Cala. Asegura no tener conocimiento de las actividades e intenciones de su marido ni de adónde iba él sábado. Pero dijo que Yabbar tuvo una visita el viernes por la noche y que, una vez que él visitante se hubo marchado, Yabbar puso un maletín de lona negra debajo de la cama y le ordenó que no lo tocara. Ella no reconoció al visitante ni oyó nada de lo que dijeron. A la mañana siguiente, su marido se quedó en casa, lo cual resultaba insólito, ya que normalmente trabajaba los sábados. Yabbar salió de su apartamento de Brooklyn a las dos de la tarde, llevando el maletín, y no regresó. Ella describe su comportamiento como preocupado, nervioso, triste y aturdido... traduzco del árabe sus palabras lo mejor que puedo. La señora Yabbar parece resignada a la posibilidad de que su marido esté muerto. He llamado a Homicidios y les he autorizado a

comunicarle la noticia y poner en libertad a Fadi. Hablaré luego contigo.

Doblé la hoja y me la guardé en el bolsillo.

—¿Qué era eso? —preguntó Kate.

—Te lo enseñaré más tarde.

—¿Por qué no ahora?

—Necesitas poder alegar ignorancia antes de que hablemos con Jack.

—Jack es nuestro jefe. Yo confío en Jack.

—También yo. Pero está demasiado próximo a Teddy en estos momentos.

—¿De qué hablas?

—Se están llevando a cabo dos juegos en el mismo campo, el juego del León, y el juego de alguien distinto.

—¿De quién?

—No lo sé. Solamente tengo la impresión de que algo va mal.

—Bueno... si quieres decir que la CÍA va a lo suyo, eso no es nada nuevo precisamente.

—Exacto. Vigila a Ted.

—De acuerdo. Tal vez lo seduzca para que confíe en mí.

—Buena idea. Pero lo vi desnudo una vez, y lo tiene minúsculo.

Me miró y vio que no bromeaba.

—¿Cuándo lo has visto desnudo?

—En una despedida de soltero. Se entusiasmó con la música y las chicas del *striptease* y, antes de que nadie pudiera impedirselo...

—Déjate de historias. ¿Cuándo lo has visto desnudo?

—En Plum Island. Al salir del laboratorio de biocontención tuvimos que ducharnos todos. Así es como lo llaman. Ducharse.

—¿De veras?

—De veras. Y creo que él no se duchó del todo, porque ese mismo día se le encogió el pito.

Se echó a reír. Luego pensó durante unos instantes y observó:

—Olvidaba que una vez trabajasteis juntos en un caso. George también, ¿verdad?

—Sí. George tiene un pito normal. Que conste.

—Gracias por la información. —Reflexionó unos momentos—. O sea, que llegaste a desconfiar de Ted en aquel caso.

—No fue un proceso evolutivo. Dejé de confiar en él tres segundos después de conocerlo.

—Comprendo... o sea, que te resulta sospechosa esta coincidencia de encontrarte otra vez con él.

—Quizá un poco. A propósito, realmente me amenazó en el caso de Plum Island.

—¿Amenazarte, en qué sentido?

—En el único que importa.

—No lo creo.

Me encogí de hombros.

—Para tu información, estaba interesado en Beth Penrose —añadí.

—¡Oh! *Cherchez la femme*. Ahora se entiende todo. Caso cerrado.

Puede que fuera una imprudencia por mi parte comunicarle aquello. No repliqué a su ilógico razonamiento deductivo.

—De modo que aquí está la solución a nuestros dos problemas. Ted y Beth. Que se unan.

De alguna manera, yo había pasado de agente antiterrorista a personaje de serial.

—Parece un plan —dije para poner fin a la conversación.

—Estupendo. Y ahora dame lo que te has guardado en el bolsillo.

—Pone «no mostrar a nadie».

—Muy bien, léemelo.

Saqué del bolsillo el informe de Gabe y lo empujé sobre la mesa. Ella lo leyó en silencio.

—No hay aquí gran cosa que yo no deba ver, y nada que tenga que negar haber visto —dijo—. Estás tratando de controlar la información, John —añadió—. La información es poder. Aquí no trabajamos así. —Tú y Gabe y varios otros de la policía de Nueva York estáis jugando a ocultarles cosas a los federales. Se trata de un juego peligroso.

Etcétera, etcétera. Me obsequió con una conferencia de tres minutos que terminó con:

—No necesitamos una organización clandestina dentro de nuestra brigada.

—Te pido disculpas por ocultarte el informe —respondí—. En el futuro compartiré contigo todos los informes de policía a policía. Puedes hacer lo que quieras con ellos. —Y añadí—: Sé que el FBI y la CÍA lo comparten todo conmigo y con los demás detectives de la policía asignados a la BAT. Como dijo J. Edgar Hoover...

—Está bien, vale. Entiendo. Pero no tengas secretos conmigo.

Nos miramos a los ojos y sonreímos. ¿Ven lo que ocurre cuando se lía uno con una compañera de trabajo?

—Lo prometo —dije.

Volvimos a nuestros papeles.

—Aquí está el informe forense preliminar sobre el taxi encontrado en Perth Amboy... —dijo Kate—. Anda... las fibras de lana halladas en el asiento posterior coinciden con las fibras tomadas del traje de Asad Khalil en París.

Busqué rápidamente el informe y lo leí en silencio mientras Kate lo leía en voz alta.

—Tereftalato de polietileno transparente incrustado en el asiento del chófer y en el cuerpo... —dijo—. ¿Qué diablos significa eso?

—Significa que el pistolero utilizó una botella de plástico como silenciador.

—¿De veras?

—De veras. Estoy seguro de que figura en uno de esos manuales que tienes en tu biblioteca.

—Nunca he leído eso... ¿qué más...? Muy bien, las balas utilizadas eran definitivamente del calibre 40... supongo que eso significa que utilizó... el arma de un agente.

—Probablemente.

—Hay huellas dactilares por todo el coche pero ninguna corresponde a Asad Khalil...

Ambos leímos el informe pero no había ninguna prueba concluyente de que Khalil hubiera estado en aquel taxi, a excepción de las fibras de lana, y eso por sí solo no demostraba de forma indudable su presencia en la escena. Sólo significaba que había estado presente su traje, o un traje similar. Es lo que una vez dijo ante el tribunal un abogado defensor.

Kate reflexionó unos momentos.

—Está en Norteamérica —dijo finalmente.

—Eso es lo que yo dije antes de que nos enterásemos del asesinato de Perth Amboy.

—Sin embargo, John, sabemos dónde estaba el sábado por la noche. ¿Qué podemos sacar de eso?

—Nada.

De hecho, las pistas sólidas y los datos verificables conducían a menudo a otra parte. Cuando finalmente se formulara la acusación federal contra Asad Khalil, podríamos añadir el nombre de Gamal Yabbar a la lista de más de trescientos hombres, mujeres y niños cuyo asesinato se le atribuía. Pero eso no nos acercaba ni un centímetro a su captura.

Volvimos a los papeles de nuestras mesas. Empecé por el principio, por Europa, y leí lo poco que había disponible sobre los supuestos asesinatos y otras actividades de Khalil. En algún lugar de Europa había una pista pero yo no la veía.

Alguien, no yo, había pedido a la Fuerza Aérea el expediente personal del coronel Hambrecht, también conocido como hoja de servicios, y yo tenía sobre la mesa una copia contenida en un sobre lacrado. El expediente, como todos los expedientes del personal militar, llevaba la mención «Confidencial».

Me pareció interesante el hecho de que el expediente hubiera sido solicitado hacía dos días y no hubiera formado parte de la documentación original del sospechoso. En otras palabras, Khalil se entregó en la embajada estadounidense en París el jueves, y cuando comprendieron que era sospechoso de haber asesinado a Hambrecht el expediente de la Fuerza Aérea debería haber estado aquí para el sábado..., el lunes como muy tarde. Estábamos a martes, y ésa era la primera vez que yo veía el expediente. Pero quizá estaba dando a los federales más crédito del que merecían al pensar que el expediente habría sido una de sus primeras prioridades. O quizá alguien estaba tratando de controlar la información. Como le había dicho a Kate: «Piensa en

lo que no está en tu mesa». Alguien lo había hecho ya pero yo ignoraba quién, ya que no había ninguna etiqueta de solicitud unida al expediente del coronel Hambrecht.

—Mira a ver si tienes el expediente personal del coronel William Hambrecht —le dije a Kate. Y le mostré la primera página—. Es así.

—Sé cómo es —respondió, sin levantar la vista—. Lo pedí el viernes, cuando recibí la orden de esperar a Khalil en el aeropuerto y después de haber leído su *dossier*. He leído el expediente hace una hora.

—Estoy impresionado. Tu padre debió de enseñarte muy bien.

—Mi padre me enseñó a progresar en mi profesión. Mi madre me enseñó a ser inquisitiva.

Sonreí y abrí el expediente. La primera página contenía información personal, parientes, domicilio, lugar y fecha de nacimiento, etcétera. Vi que William Hambrecht estaba casado con Rose y tenía tres hijos, habría cumplido cincuenta y cinco años en marzo si hubiera vivido, luterano, tipo sanguíneo A positivo, etcétera.

Fui pasando las páginas. La mayoría estaban escritas en una especie de críptica jerga militar y consistían fundamentalmente en el resumen de una larga y, al parecer, distinguida carrera. Pensé que quizá el coronel Hambrecht había servido en los servicios de inteligencia de la Fuerza Aérea, lo que podría haberlo puesto en contacto con grupos extremistas. Pero básicamente había sido piloto; luego, comandante de patrulla, comandante de escuadrilla y comandante de ala. Se había distinguido en la guerra del Golfo, poseía numerosas condecoraciones, citaciones de unidad y medallas, innumerables destinos por todo el mundo, agregado a la OTAN en Bruselas, destinado luego a la base de la Royal Air Force de Lakenhead en Suffolk, Inglaterra, como oficial de estado mayor, sección de entrenamiento. Nada especial, salvo que anteriormente había estado destinado en Lakenhead desde enero de 1984 hasta mayo de 1986. Quizá entonces se había forjado un enemigo. Quizá se estaba acostando con alguna casada del lugar, le dieron un nuevo destino y cuando volvió, más de una década después, el marido continuaba aún furioso. Eso explicaría el hacha. Quizá aquel asesinato no tuviera nada que ver con Asad Khalil.

De todos modos, continué leyendo. La jerga militar resulta trabajosa de leer, y además escriben en acrónimos, como «regresar a EUCON», que sé que significa Estados Unidos Continentales, y «FERUL», que es «Fecha Estimada de Regreso de Ultramar», y todo así.

Me estaba empezando a doler la cabeza de tanto leer acrónimos y abreviaturas pero continué. No había nada allí, y me disponía a dejar el expediente a un lado cuando en la última página vi una línea que decía: «Inf. borrada REF. orden del DD 369215-25, Orden Ejec. 279651-351-Purp. Sec. Nac. Alto secreto». Nunca abrevian «Alto secreto» o «Secreto de Estado», y lo ponen siempre en mayúsculas para asegurarse de que uno lo entiende.

Reflexioné. Aquello era lo que se conoce como una huella en los expedientes. Las cosas se pueden borrar por muy variadas razones pero nada se pierde totalmente en

un orwelliano agujero de memoria. La información borrada existe en algún lugar, en otro expediente rotulado con el sello de «Alto secreto».

Seguí mirando la huella pero ni siquiera la lupa de Sherlock Holmes me sería de ninguna ayuda. No había el menor indicio de qué había sido borrado, ni cuándo había sido borrado, ni a qué período pertenecía. Pero yo sabía quién lo había borrado y por qué. El quién era el Departamento de Defensa y el presidente de Estados Unidos. La razón, la seguridad nacional.

Los números de orden darían a alguien acceso a la información borrada pero ese alguien no era yo.

Pensé en qué habrían podido borrar y comprendí que podría haber sido casi cualquier cosa. De ordinario, se trataba de algo relacionado con una misión secreta pero en este caso tal vez fuera algo relacionado con el asesinato del coronel Hambrecht. Quizá las dos cosas. Quizá ninguna de ellas. Quizá guardaba relación con los devaneos de una casada local.

No había tampoco ningún indicio de si la supresión se refería a actividades honorables o deshonorables. Pero yo suponía que se trataba de algo honorable, ya que su carrera parecía perfectamente encarrilada hasta el día en que alguien lo confundió con el tronco de un roble.

—¿Y? ¿Qué opinas? —me preguntó Kate.

La miré.

—He encontrado lo que no está aquí.

—Exacto. Yo ya le he presentado una solicitud a Jack, que la cursará por la vía jerárquica hasta el director, el cual solicitará la información borrada. Eso podría llevar unos días. Quizá más, aunque puse la mención de «Muy urgente». —Y añadió—: Este expediente lleva solamente la mención «Confidencial» y ha tardado cuatro días en llegar aquí. No son nada rápidos a veces.

Asentí con la cabeza.

—Además —continuó—, si alguien de los de arriba cree que se trata de algo que no necesitamos saber, o si deciden que la información borrada es irrelevante para nuestros fines, nunca la veremos. O puede ser relevante pero demasiado secreta para que la veamos nosotros.

—Probablemente la información borrada no sea relevante —señalé—, a menos que guarde relación con su asesinato. Y, en tal caso, ¿por qué es alto secreto?

Se encogió de hombros.

—Tal vez no lo sepamos nunca.

—No es para eso para lo que me pagan.

—¿Hasta dónde llega tu autorización?

—A lo confidencial sólo.

—Yo tengo autorización para conocer lo secreto. Pero Jack la tiene para todo lo que es alto secreto también, así que puede ver el material borrado si lo necesita.

—¿Cómo sabrá si necesita saberlo si no sabe qué es lo borrado?

—Alguien con necesidad de saberlo y autorización para conocer altos secretos le dirá si necesita saberlo.

—¿Quién tiene preferencia?

—Tú, no. El gobierno federal no es la policía de Nueva York —me informó—. Pero supongo que ya lo imaginabas.

—Un asesinato es un asesinato. La ley es la ley. Lección primera de mi programa en el John Jay.

Cogí el teléfono y marqué el número de Ann Arbor, Michigan, que figuraba en el expediente con la mención de «no incluido en guía».

Sonó la señal de llamada, y saltó un contestador automático. La voz de una mujer de mediana edad, la señora Hambrecht, sin duda, dijo: «Ésta es la residencia Hambrecht. Ahora no podemos ponernos al teléfono pero haga el favor de dejar su nombre y su número, y le llamaremos lo antes posible».

Si en el plural incluía al coronel Hambrecht, estaba claro que él no se iba a poner. Sonó un pitido.

—Señora Hambrecht, soy John Corey y la llamo en nombre de la Fuerza Aérea —dije—. Llámeme, por favor, en cuanto pueda. Es referente al coronel Hambrecht. —Le di mi número directo y añadí—: O llame a la señora Mayfield. —Le di el número de Kate, que ella me fue leyendo desde su teléfono. Colgué.

En el supuesto de que no estuviésemos cuando ella llamase, nuestro contestador diría simplemente: «Corey, Fuerza Aérea» o «Mayfield, Fuerza Aérea», seguido de un amable ruego de que dejase un nombre y un número. Eso era suficientemente vago y no utilizaba la turbadora palabra de «terrorista».

Así pues, dejando a un lado esa improbable pista, reanudé la redacción de mi informe de incidente, que iba ya un poco retrasado. Dando por supuesto que nadie lo leería jamás, pensé que podría salir del paso con cuatro páginas numeradas de uno a cincuenta y con el adecuado número de páginas en blanco en medio. Decidí empezar por el final y tecleé: «De modo que, en conclusión...»

Sonó el teléfono de Kate; era Jack Koenig.

—Descuelga —me dijo ella al cabo de unos segundos.

Pulsé el botón de la línea de Kate.

—Corey —dije.

El señor Koenig estaba de buen humor.

—Me está usted cabreando —dijo.

—Sí, señor.

Kate apartó el auricular de su oreja con gesto teatral.

—Desobedece la orden de ir a Frankfurt —continuó Koenig—, no contesta a las llamadas telefónicas y anoche estuvo completamente ilocalizable.

—Sí, señor.

—¿Dónde estaba usted? Tenía orden de mantenerse en contacto.

—Sí, señor.

—¿Bien? ¿Dónde estaba?

Yo tenía una respuesta realmente divertida a esa pregunta cuando me la formulaba uno de mis primeros jefes. Yo contestaba: «Mi compañera fue detenida por prostitución, y me pasé la noche en el tribunal depositando la fianza». Pero, como digo, aquella gente carecía de un refinado sentido del humor, así que respondí:

—No tengo excusa, señor.

Kate intervino.

—Yo llamé al CMP e informé al agente de guardia de que el señor Corey y yo estaríamos en mi apartamento hasta nuevo aviso. No di ningún nuevo aviso, y para las ocho cuarenta y cinco de la mañana ya estábamos aquí.

Silencio. Luego, Jack dijo:

—Entiendo. —Carraspeó y nos informó—: Voy a regresar a Nueva York y llegaré a la oficina para las ocho de la tarde, hora local. Hagan el favor de estar allí, si no es molestia.

Le aseguramos que no era ninguna molestia. Y aproveché la oportunidad para preguntarle:

—¿Puede usted cursar la solicitud que presentó Kate para que se le envíe la información borrada del expediente personal del coronel Hambrecht?

De nuevo, silencio.

—El Departamento de Defensa nos ha comunicado que la información carece de relación con su asesinato y, por consiguiente, carece también de relación con este caso —respondió finalmente.

—¿Con qué tiene relación? —pregunté.

—Hambrecht tenía acceso a información nuclear. La información borrada pertenece a esa categoría. Es un procedimiento operativo habitual borrar información nuclear de un expediente personal. No pierdan tiempo con eso —añadió.

—Muy bien. —De hecho, por otro caso que afectaba a un oficial de la Fuerza Aérea y en el que había intervenido hacía años, yo sabía que eso era cierto.

Jack pasó a otros temas, habló del asesinato de Perth Amboy y de los informes forenses elaborados en su momento, preguntó por la pista de Gabe, que yo había pasado por alto, y cómo iba el caso, y todo eso. También preguntó qué publicaban los periódicos de la mañana, y yo le informé:

—Mi foto.

—¿Tomaron bien su dirección? —Se echó a reír. Kate rió también.

—Me debe una —le dije a Jack.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que ser designado objetivo del asesino es más de lo que uno está obligado a hacer. Así que cuando necesite un favor, usted me debe uno.

—Tiene usted una deuda tan grande, Corey —me informó—, que ahora se está poniendo casi a la par. Digamos que está en paz.

La verdad era que yo no creía que fuese realmente un objetivo, pero me parece

que Koenig sí lo creía, lo cual me ponía de manifiesto algún aspecto de la actitud mental del FBI. Así pues, insistí:

—De estar en paz, nada. No, según mis cálculos.

—Ustedes saben llevar la cuenta, ¿eh?

Con ese «ustedes» se refería a los policías, naturalmente.

—Me debe una —repetí.

—De acuerdo. ¿Qué quiere?

—¿Qué tal la verdad?

—Estoy trabajando en ello.

Eso parecía una admisión y reconocimiento de que en aquel asunto había algo más de lo que nosotros sabíamos.

—Recuerde el lema de nuestros amigos de la CÍA: Y sabréis la verdad, y la verdad os hará libres —dije.

—La verdad puede matarlo. Es usted muy inteligente, Corey. Y ésta no es una línea segura.

—*Auf Wiedersehen* —dije, y colgué. Volví a mi informe de incidente. *De modo que, en conclusión...*

Kate habló un rato más con Jack y leyó el breve artículo sobre el asesinato del señor Leibowitz en Frankfurt. Charlaron un rato, y luego ella colgó.

—Esto se está poniendo feo —me dijo.

Levanté la vista de mi teclado.

—Me recuerda un episodio de «Expediente X» en el que la carpa dorada de Scully intenta secuestrarla —observé.

Los teléfonos continuaban repiqueteando por toda la estancia, tableteaban los fax, brillaban las pantallas de ordenador, los télex hacían lo que demonios tengan que hacer, entraban los empleados y dejaban más papeles en las mesas, etcétera, etcétera. Aquello era verdaderamente el centro nervioso, el cerebro electrónico de una vasta operación. Por desgracia, los cerebros humanos allí presentes no podían procesarlo todo con la suficiente celeridad ni separar rápidamente lo útil de lo inútil.

—Voy a buscar a Gabe —le dije, poniéndome en pie—. ¿Te importa quedarte aquí para no perdernos la llamada de la señora Hambrecht?

—En absoluto. ¿Qué le ibas a preguntar?

—No estoy seguro. Simplemente, ponía de buen talante y haz que alguien me llame mientras tanto.

—De acuerdo.

Salí del CMP y bajé a la sala de interrogatorios. Encontré a Gabe hablando en el pasillo con varios detectives de la BAT.

Me vio, se separó de los detectives y se me acercó. Una constante procesión de detectives entraba o salía de los ascensores, conduciendo a tipos de Oriente Medio.

—¿Has recibido mi informe? —preguntó.

—Sí. Gracias.

—Oye, he visto tu foto en los periódicos. Y también la han visto todos los tipos que he interrogado hoy.

Hice caso omiso de su observación y le dije:

—Hay tantos árabes aquí que deberíamos encargar alfombras de oración y poner una señal apuntando hacia La Meca.

—A mi cuenta.

—¿Algo nuevo?

—Pues sí. He llamado a Washington. A la policía metropolitana, no al FBI. Se me ha ocurrido que el señor Khalil no tenía ni idea de si lo llevarían a Washington o a Nueva York. Así que he preguntado si se había producido la muerte o la desaparición de algún taxista oriundo de Oriente Medio.

—¿Y?

—Me comunicaron una denuncia por desaparición de una persona. Un tipo llamado Dawud Faisal, taxista. Libio. Desapareció el sábado.

—Quizá fue a cambiarse de nombre.

Gabe había aprendido a no hacerme caso.

—Hablé con su mujer —continuó—, en árabe, naturalmente, y me dijo que su marido había ido a Dulles a recoger un cliente y nunca regresó. ¿Te resulta familiar?

Reflexioné acerca de ello. Como Gabe sugería, aquel taxista podría haber sido reclutado para recoger a Khalil en el caso de que Khalil acabara en Washington. En algún momento, la organización de Khalil, fuese la inteligencia libia o fuese algún grupo extremista, se enteró de que iba a Nueva York. Pero Dawud Faisal ya sabía demasiado, y en algún punto del camino lo eliminaron o, simplemente, se limitaron a secuestrarlo durante el tiempo que se prolongase la misión.

—Buena idea —dije—. ¿Qué hacemos con esa información?

—Nada. Otro callejón sin salida. Pero apunta a una operación minuciosa y bien planeada. No hay embajada libia en este país, pero los sirios tienen en su embajada personal libio que está al servicio de Gadafi. Todos los árabes parecen iguales, ¿no? La CÍA y el FBI están al tanto de este apañío pero permiten que continúe. Así tienen libios que vigilar. Pero no había vigilancia el viernes por la noche cuando alguien fue a casa de Faisal con un maletín negro. Eso es lo que dijo la señora Faisal. Lo mismo que con la señora Yabbar... un visitante el viernes por la noche, maletín negro, marido con aire preocupado. Todo encaja pero es noticia vieja.

—Sí pero, como dices, apunta a una operación bien planeada, con cómplices en este país.

—Noticia vieja también.

—En efecto. Déjame que te pregunte una cosa, como árabe que eres. ¿Puedes ponerte en el pellejo de este tío? ¿Qué se propone ese cabrón?

Gabe consideró la pregunta, políticamente incorrecta y que sugería la utilización de un infortunado estereotipo racial.

—Bueno, piensa en lo que no hizo —respondió—. No se introdujo anónimamente

en este país. Llegó aquí a costa nuestra, dicho sea en más de un sentido.

—Cierto. Sigue.

—Nos está tirando mierda a la cara. Disfruta haciéndolo. Pero, más que disfrutar, está... ¿cómo lo diría? Está haciendo un juego de ello, y, si lo piensas bien, se ha reservado las mejores cartas.

—He pensado en eso. Pero ¿por qué?

—Bueno, es algo típicamente árabe —sonrió—. En parte se trata de un cierto sentimiento de inferioridad respecto a Occidente. Los extremistas ponen bombas en aviones y cosas así pero saben que no son actos de valentía, de modo que de vez en cuando te encuentras con un tipo que quiere demostrar a los infieles lo valiente que es un muyahidín.

—¿Un muya qué?

—Un luchador islámico por la libertad. Hay una vieja tradición del jinete árabe solitario, como en el Oeste americano, un seco y enjuto follapavas, por utilizar una palabra árabe, que cabalga solo y es capaz de enfrentarse a un ejército. Hay un famoso poema: «Cabalgaba terrible y solo con su espada yemení por toda ayuda; no llevaba más ornamento que las muescas de la hoja». ¿Entiendes?

—Entiendo. ¿Y qué se propone?

—No lo sé. Sólo te estoy diciendo quién es.

—Muy bien, pero ¿qué *suele* proponerse un tipo así?

—Cargarse a trescientas veinte personas, y sigue contando.

—Sí. Bien, buen trabajo, Gabe. ¿Cómo le va a Fadi?

—Ahora se llama María y es señora de la limpieza en San Patricio. —Sonrió.

—Hasta luego. —Me di la vuelta para irme.

—Khalil va a por todas —dijo Gabe.

Me volví.

—No me sorprendería que apareciese como camarero en un acto presidencial de recaudación de fondos. Alberga un odio inmenso hacia alguien que cree que le ha ofendido, o que ha ofendido al islam, o que ha ofendido a Libia. Él quiere un enfrentamiento personal.

—Sigue.

Reflexionó unos instantes.

—El título de ese poema es «La venganza de sangre».

—Yo creía que era un poema de amor.

—Es un poema de odio, amigo mío. De hecho, se refiere a una venganza de sangre.

—Ya.

—Un árabe puede sentirse motivado para realizar grandes actos de valentía por Dios y en ocasiones por su país. Pero rara vez por algo abstracto, como una filosofía política, y difícilmente por un líder político. No suelen confiar en sus líderes.

—Debe de ser un árabe.

—Pero hay otra cosa que motiva realmente a un árabe. Una *vendetta* personal. ¿Sabes? Como los sicilianos.

—Lo sé.

—Por ejemplo, si matas a mi hijo o a mi padre, o te tiras a mi hija o a mi mujer, te perseguiré hasta el fin del mundo, aunque necesite la vida entera para ello, y mataré a todos los que conozcas o estén emparentados contigo hasta cogerte.

—Yo creía que el jefe de mi mujer se la estaba tirando. Le mandé una caja de champán.

—Los árabes no piensan así. ¿Me estás escuchando?

—Entiendo. Esto podría ser una venganza de sangre. Una *vendetta*.

—Exacto. Podría ser. Además, a Khalil no le importa vivir o morir mientras intenta llevar a cabo su venganza. Lo único importante es intentarlo. Aunque muera, queda vengado y va al Paraíso.

—Procuraré ayudarlo a llegar allá.

—Si os encontráis, y en el momento en que os encontréis, el último que reconozca al otro será el que vaya al Paraíso. —Rió.

Me fui. ¿Por qué a todo el mundo le resulta gracioso que mi foto haya salido en los periódicos?

De nuevo en el CMP, cogí otra taza de café en el bien provisionado bar. Había *croissants* y *brioche*s, bollitos y pastas, pero no había donuts. ¿A eso lo llaman cooperación entre agencias?

De todos modos, reflexioné acerca de lo que Gabe había dicho. Mientras pensaba, Kate se acercó al bar.

—Está al teléfono la señora Rose Hambrecht —me dijo—. Le he explicado quiénes somos.

Dejé la taza de café sobre el mostrador y corrí a mi mesa.

—Señora Hambrecht, soy John Corey, de la Brigada Especial del FBI —dije.

—¿Cuál es el objeto de su llamada, señor Corey? —me respondió una voz cultivada.

Kate se sentó a su mesa, enfrente de mí, y descolgó su teléfono.

—En primer lugar, expresarle mi más profunda condolencia por la muerte de su marido.

—Gracias.

—Se me ha encomendado la tarea de investigar su muerte.

—Asesinato.

—Sí, señora. Estoy seguro de que está usted harta de contestar preguntas...

—Contestará preguntas hasta que encuentren a su asesino.

—Gracias.

Les sorprendería a ustedes saber a cuántas esposas les importa un rábano que encuentren o no al asesino de su difunto amorcito, no obstante el oculto deseo de la superviviente de dar personalmente las gracias al culpable. Pero la señora H. parecía

ser una viuda afligida, así que quizá fuera bien la cosa.

—Según mis datos, ha sido usted interrogada por el FBI, el departamento de investigación criminal de la Fuerza Aérea y Scotland Yard. ¿Es así?

—Así es. Y por el servicio de inteligencia de la Fuerza Aérea, el MI-5 británico, el MI-6 y nuestra CÍA.

Miré a Kate, que me sostuvo la mirada.

—O sea —dije—, que eso parece sugerir que hay quien piensa que hubo un móvil político en ese asesinato.

—Eso es lo que yo creo. Los demás no me dicen lo que están pensando.

—Pero, según su expediente personal, su marido no desarrollaba ninguna actividad política ni relacionada con los servicios de inteligencia.

—En efecto. Él siempre fue piloto, comandante y, recientemente, oficial de Estado Mayor.

Yo estaba tratando de abordar, sin asustarla, la información borrada.

—Estamos empezando a pensar ahora que se trató de un asesinato aleatorio —dije—. Su marido fue elegido por un grupo extremista simplemente porque llevaba un uniforme militar estadounidense.

—Eso es absurdo.

Así lo creía yo también, de modo que pregunté:

—¿Conoce usted algo de su pasado que lo convirtiera en objetivo específico de un grupo extremista?

Silencio, y luego:

—Bueno... se ha sugerido que su participación en la guerra del Golfo tal vez lo convirtiera en objetivo de los extremistas musulmanes. El capitán del *Vincennes*... ¿Está enterado de eso?

—No, señora.

Así que me lo explicó, y yo recordé el intento de asesinato.

—¿O sea, que es posible que esto fuera una venganza por su participación en la guerra del Golfo? —pregunté.

—Sí, es posible... pero fueron muchos los aviadores que intervinieron en la guerra. Millares. Y entonces Bill era sólo comandante. Nunca he entendido por qué lo eligieron precisamente a él.

—Pero algunas personas le sugirieron que así fue.

—Sí. Algunas personas me lo dijeron.

—Pero usted no está segura.

—No. —Guardó silencio unos momentos, y dejé que pensara en aquello de lo que no estaba segura. Finalmente dijo—: Luego, con la muerte de Terry y Gail Waycliff, ¿cómo podía nadie seguir pensando que la muerte de mi marido fuese aleatoria o estuviese relacionada con la guerra del Golfo? Terry ni siquiera estuvo en el Golfo.

Miré a Kate, que se encogió de hombros.

—¿Cree usted que la muerte de los Waycliff estaba relacionada con la de su

marido? —pregunté, procurando que no se me notara que carecía de pistas.

—Quizá...

Si ella lo creía, entonces yo también. Pero ella creía que yo estaba informado, y no era así.

—¿Puede usted añadir algo a lo que sabemos sobre la muerte de los Waycliff?

—No mucho más de lo que publicaron los periódicos.

—¿Qué versión leyó usted?

—¿Qué versión? La del *Air Forcé limes*. Salió también en el *Washington Post*, naturalmente. ¿Por qué lo pregunta?

Miré a Kate, que ya estaba tecleando furiosamente en su ordenador.

—Algunas de las versiones eran inexactas —respondí—. ¿Cómo se enteró usted de las muertes?

—La hija de los Waycliff, Sue, me llamó ayer. Al parecer —añadió—, fueron muertos en algún momento del domingo.

Me incorporé en la silla. ¿Fueron muertos? ¿Asesinados, por ejemplo? La impresora de Kate estaba escupiendo algo.

—¿Le ha hablado de esto alguien del FBI o de la Fuerza Aérea? —pregunté a la señora Hambrecht.

—No. Usted es el primero.

Kate estaba leyendo la hoja impresa y acotándola. Le hice impacientemente un gesto con la mano para que me la entregara pero ella continuó leyendo.

—¿Le indicó la hija que creía que había algo sospechoso en la muerte de sus padres?

—Bueno, estaba muy aturdida, como puede imaginar. Dijo que parecía tratarse de un robo, pero daba la impresión de no estar segura. Su ama de llaves también fue asesinada —añadió.

Se me estaban acabando las preguntas genéricas, y por fin Kate me entregó la hoja impresa.

—Un momento, por favor —le dije a la señora Hambrecht.

—Puede que hayamos encontrado algo —dijo Kate.

Leí rápidamente el artículo tomado de la versión electrónica del *Washington Post*, y descubrí que Terrance Waycliff era un general de la Fuerza Aérea que trabajaba en el Pentágono. El hecho se presentaba básicamente como un claro homicidio, y se informaba de que, a última hora de la mañana del lunes, el ayudante del general, preocupado al ver que su jefe no acudía a su despacho del Pentágono ni contestaba al teléfono ni al busca, había encontrado al general Waycliff, a su mujer y al ama de llaves muertos a tiros en su casa de Capítol Hill.

Había señales de entrada violenta —la cadena de la puerta había sido arrancada de la jamba— y el móvil parecía ser el robo, ya que faltaban dinero y varios objetos valiosos. El general vestía de uniforme y, al parecer, acababa de regresar de la iglesia, lo que situaba el momento del robo y el asesinato en la mañana del domingo. La

policía estaba investigando.

—¿Cuál es la relación entre el general Waycliff y el coronel Hambrecht? —le pregunté a Kate.

—No lo sé. Averígualo.

—Bien. —Me puse de nuevo al teléfono y me dirigí a la señora Hambrecht—: Disculpe. Era el Pentágono. —Bien, Corey, inténtalo. Decidí ir al grano y con la verdad por delante a ver qué pasaba. Dije—: Señora Hambrecht, voy a serle franco. Tengo delante el expediente personal de su marido. Hay información borrada, y me está costando acceder a esa información. Necesito saber qué es lo que ha sido borrado. Tengo que averiguar quién mató a su marido y por qué. ¿Puede ayudarme?

Hubo un largo silencio, que yo comprendí que no iba a terminar.

—Por favor —dije. Miré a Kate, que estaba moviendo aprobadoramente la cabeza.

Finalmente la señora Hambrecht habló:

—Mi marido, junto con el general Waycliff, participó en una operación militar. Una misión de bombardeo... ¿Por qué no lo sabe usted?

De pronto comprendí. Lo que Gabe había dicho antes continuaba aún en mi cabeza, y cuando Rose Hambrecht dijo «misión de bombardeo» todo encajó, como una llave que descorre quince pestillos y abre una puerta.

—15 de abril de 1986 —exclamé.

—Sí. ¿Entiende?

—Entiendo. —Miré a Kate, que tenía la vista perdida en el vacío, pensando intensamente.

—Podría haber incluso una relación con esa tragedia del aeropuerto Kennedy, en la fecha del aniversario, y con lo que les sucedió a los Waycliff —añadió la señora Hambrecht.

—No estoy seguro de eso —respondí—. Pero... dígame, ¿ha sufrido alguna desgracia alguien más de los que participaron en esa misión?

—Participaron docenas de hombres en esa misión, y yo no puedo dar razón de todos ellos.

Reflexioné unos instantes.

—¿Pero dentro de la unidad de su marido?

—Si se refiere a su escuadrilla, creo que la componían quince o dieciséis aviones.

—¿Y sabe si alguno de esos hombres ha sufrido una desgracia que pueda considerarse sospechosa?

—No creo. Sé que Steve Cox murió en el Golfo pero no estoy segura de los demás. Los hombres de la patrulla de mi marido en aquella misión se han mantenido en contacto pero no sé nada del resto de la escuadrilla.

Yo estaba tratando de recordar la terminología de la Fuerza Aérea —patrullas, divisiones, escuadrillas, alas y todo eso—, pero no conseguía aclararme.

—Disculpe mi ignorancia —dije—, ¿pero cuántos aviones y hombres hay en una

patrulla y en una escuadrilla?

—Varía, según la misión. Pero generalmente hay cuatro o cinco aviones en una patrulla, y entre doce y dieciocho en una escuadrilla.

—Entiendo... ¿y cuántos aviones había en la patrulla de su marido el 15 de abril de 1986?

—Cuatro.

—Y estos hombres... ocho, ¿verdad?

—En efecto.

—Estos hombres...

Miré a Kate, y ella dijo al teléfono:

—Señora Hambrecht, soy Kate Mayfield otra vez. Yo también me estaba preguntando por esa relación. ¿Por qué no nos dice lo que piensa, para que podamos llegar rápidamente al meollo del asunto?

—Creo que ya he dicho bastante —respondió la señora Hambrecht.

Yo no lo creía así, y tampoco Kate.

—Señora —dijo ella—, estamos tratando de ayudar a resolver el asesinato de su marido. Sé que, como esposa de un militar, tiene usted muy en cuenta la seguridad nacional, y lo mismo nos pasa a nosotros. Le aseguro que ésta es una ocasión en que puede hablar con entera libertad. ¿Quiere que vayamos a Ann Arbor y hablemos personalmente con usted?

Hubo otro silencio. Luego, Rose Hambrecht respondió:

—No.

Esperamos durante un nuevo y prolongado silencio, y finalmente la señora Hambrecht dijo:

—Está bien, los cuatro aparatos de la patrulla de mi marido tenían la misión de bombardear un complejo militar situado en las afueras de Trípoli. Se llamaba Al Azziziyah. Tal vez recuerden por las noticias publicadas entonces que uno de los aparatos dejó caer una bomba sobre la casa de Muammar al-Gadafi. Eso era el complejo de Al Azziziyah. Gadafi se salvó pero su hija adoptiva resultó muerta, y su mujer y sus dos hijos, heridos... Sólo les estoy diciendo lo que se ha informado. Pueden ustedes extraer las conclusiones que deseen.

Miré a Kate, que tecleaba furiosamente en su ordenador, al tiempo que miraba su pantalla de vídeo, y confié en que supiera escribir bien Al Azziziyah y Muammar al-Gadafi, o lo que necesitase para entrar en el tema.

—Quizá haya llegado usted por sí misma a alguna conclusión —dije.

—Cuando mi marido fue asesinado —respondió ella—, pensé que quizá tuviera algo que ver con su misión en Libia. Pero la Fuerza Aérea me aseguró categóricamente que los nombres de todos los que participaron en el bombardeo de Libia habían sido declarados alto secreto y nunca se podría acceder a ellos. Yo lo acepté pero pensé que quizá alguna de las personas implicadas en aquella misión se había ido de la lengua, o quizá... No sé. Pero me lo quité de la cabeza... hasta ayer,

cuando supe que los Waycliff habían sido asesinados. Podría ser una coincidencia...

Podría ser, pero no lo era.

—O sea, que de esos ocho hombres que bombardearon... ¿cómo se llama?

—Al Azziziyah. Uno murió en la guerra del Golfo, y mi marido fue asesinado, y también lo fue Terry Waycliff.

Miré de nuevo a Kate, que estaba imprimiendo más información.

—¿Quiénes eran los otros cinco hombres de esa misión? —pregunté—. ¿De la misión de Al Azziziyah?

—No puedo decírselo y no se lo diré. Nunca.

Era un «no» bastante categórico, de modo que no tenía objeto insistir.

—¿Puede decirme al menos si esos cinco hombres están vivos?

—Hablaron el 15 de abril. No todos, pero Terry me llamó después y dijo que todos con los que había hablado se encontraban bien y mandaban recuerdos... excepto... Uno de ellos está muy enfermo.

Kate y yo nos miramos. Kate dijo al teléfono:

—Señora Hambrecht, ¿puede darme un número de teléfono con el que pueda contactar con un miembro de la familia Waycliff?

—Le sugiero que llame al Pentágono y pregunte por la oficina de Terry —contestó ella—. Allí, alguien podrá responder a sus preguntas.

—Preferiría hablar con un miembro de la familia —insistió Kate.

Evidentemente, la señora Hambrecht conocía a la perfección las normas de conducta y casi con toda seguridad ya se arrepentía de la conversación telefónica. Los militares tenían un fuerte sentido de cuerpo. Pero, al parecer, la señora Hambrecht abrigaba sus reservas mentales por lo que se refería a la lealtad corporativa, y pensaba que la lealtad debía ser recíproca. Yo no tenía duda de que la Fuerza Aérea y otros organismos gubernamentales la habían manipulado y engañado, y ella lo sabía... o lo sospechaba. Sentí que había llegado ya todo lo lejos que me era posible, así que le dije:

—Gracias por su cooperación, señora. Permítame asegurarle que estamos haciendo todo lo posible por poner al asesino de su marido a disposición de la justicia.

—Eso ya me lo han asegurado —respondió ella—. Hace casi tres meses que...

—Creo que estamos próximos a resolver el caso. —Miré de nuevo a Kate, y vi que me estaba dedicando una expresiva sonrisa.

A veces soy todo un sentimental y me excedo en mi deseo de consolar.

La señora Hambrecht inspiró profunda y audiblemente, y pensé que comenzaba a ceder.

—Quiera Dios que así sea. Yo... Lo echo de menos...

No respondí pero no pude por menos de preguntarme quién me echaría de menos a mí si la palmara.

Consiguió dominarse.

—Lo mataron con un hacha.

—Sí... Me mantendré en contacto con usted.

—Gracias.

Colgué.

Kate y yo permanecemos unos momentos en silencio.

—Pobre mujer —dijo ella finalmente.

Eso sin mencionar que el pobre William Hambrecht había sido descuartizado. Pero las mujeres tienen una perspectiva diferente de estas cosas. Inspiré profundamente y noté que volvía a ser el mismo de siempre.

—Bien —dije—, supongo que sabemos que esa materia de alto secreto fue suprimida por orden ejecutiva y orden del Departamento de Defensa. Y no se trataba de información nuclear, como alguien le dijo a nuestro estimado jefe.

Dejé que Kate extrajera la conclusión de que quizá Jack Koenig nos estaba diciendo menos de lo que sabía.

Pero Kate no lo hizo o no quiso entrar en ello.

—Has hecho un buen trabajo —me dijo.

—Tú también. ¿Qué has encontrado *on line*?

Me pasó varias hojas impresas. Les eché un vistazo, observando que eran en su mayor parte artículos publicados en el *New York Times* y el *Washington Post* con posterioridad a la incursión del 15 de abril de 1986.

Levanté la vista y la miré.

—Está empezando a quedar claro, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza y dijo:

—Estaba claro desde el principio. No somos tan listos como creemos.

—Aquí nadie lo es. Pero las soluciones siempre parecen fáciles cuando das con ellas. Y los libios no son los únicos que esparcen pistas falsas.

No hizo ningún comentario sobre mi paranoia.

—En alguna parte hay cinco hombres cuyas vidas están en peligro.

—Hoy es martes —repliqué—. Dudo que continúen vivos los cinco.

Capítulo 43

Asad Khalil despertó de su breve sueño y miró por la ventanilla del Learjet. La tierra estaba sumida casi totalmente en tinieblas pero advirtió pequeños conglomerados de luces y tuvo la impresión de que el avión estaba descendiendo.

Miró su reloj, que señalaba aún la hora de Nueva York: las 3.16 de la madrugada. Si iban puntuales, deberían aterrizar en Denver dentro de veinte minutos. Pero él no iba a ir a Denver. Descolgó el teléfono del avión y con su tarjeta de crédito lo activó y llamó a un número que se había aprendido de memoria.

A la tercera señal, respondió una voz de mujer que parecía haber sido sacada de un profundo sueño, como era de esperar a aquella hora.

—¿Diga...? ¿Diga? ¿Diga?

Khalil colgó. Si la señora Callum, esposa del coronel Robert Callum, estaba dormida en su casa de Colorado Springs, entonces Asad Khalil tenía que dar por supuesto que las autoridades no se encontraban en su casa ni lo estaban esperando. Boris y Malik se lo habían asegurado; los norteamericanos someterían a custodia a sus pretendidas víctimas si las autoridades le tenían preparada una trampa.

Khalil cogió el interfono y pulsó el botón. Sonó en el auricular la voz del copiloto.

—¿Sí, señor?

—He hecho una llamada telefónica que me obliga a un cambio de planes. Debo aterrizar en el aeropuerto de Colorado Springs.

—No hay problema, señor Perleman. Está sólo a unos ciento veinte kilómetros de Denver. Unos diez minutos más de vuelo.

Khalil lo sabía, y Boris le había asegurado que los cambios de planes durante el vuelo no entrañaban ningún problema. Boris había dicho: «Por la cantidad de dinero que le estás costando al tesoro libio, volarán en círculos si quieres».

—Supongo que quiere aterrizar en el aeropuerto municipal —sugirió el copiloto.

—Sí.

—Transmitiré por radio el necesario cambio de plan de vuelo, señor. No hay problema.

—Gracias. —Khalil colgó el auricular.

Se levantó, cogió el maletín negro y entró en el pequeño lavabo. Después de utilizar el retrete, sacó del maletín el kit de aseo, se afeitó y se cepilló los dientes, teniendo presentes las advertencias de Boris respecto a la obsesión de los norteamericanos por la higiene.

Se examinó atentamente en el iluminado espejo y descubrió otra esquirla más de hueso, ésta en el pelo. Se lavó las manos y la cara e intentó de nuevo quitarse las

manchas de la corbata y la camisa, pero el señor Satherwaite —o parte de él— parecía decidido a acompañarlo en este vuelo. Khalil se echó a reír. Encontró otra corbata en el maletín y se la puso en lugar de la que llevaba.

Abrió otra vez él maletín y sacó las dos pistolas Glock. Extrajo los cargadores que llevaban y los sustituyó por los que les había quitado a Hundry y Gorman. Introdujo un cartucho en la recámara de cada Glock, les quitó el seguro a las dos y volvió a guardarlas en el maletín.

Khalil salió del lavabo y dejó el maletín en el pasillo, junto a su asiento. Luego fue a la consola, que, según había observado, contenía un reproductor de cintas magnetofónicas y discos compactos, además de un bar. Dudaba que hubiese música de su agrado, y el alcohol era una sustancia prohibida. Encontró una lata de zumo de naranja en el pequeño frigorífico del bar y contempló la comida contenida en un recipiente de plástico transparente. Cogió un trozo redondo de pan, que sospechaba que era el bagel al que se había referido el capitán. Boris había tenido la previsión de instruirlo acerca de los bagels. «Es una creación judía pero todos los norteamericanos los comen. Durante tu viaje, cuando te hayas hecho judío, asegúrate de que sabes lo que es un bagel. Se los puede cortar y extender queso o mantequilla sobre ellos. Son *kosher*, porque no se utiliza manteca de cerdo para cocerlos, lo cual conviene también a tu religión. —Boris había añadido, con su tono ofensivo—: Los cerdos son más limpios que algunos de tus compatriotas que he visto en el zoco».

Lo único que Khalil lamentaba del destino de Boris era que Malik no le había dado permiso para matar personalmente al ruso antes de dar comienzo a su *yihad*. Malik había explicado: «Necesitamos al ruso para el control de la misión mientras tú estás fuera. Y no, no te lo reservaremos. Será eliminado tan pronto como sepamos que has salido sano y salvo de Estados Unidos. No preguntes nada más sobre esta cuestión».

A Khalil se le había ocurrido que tal vez le perdonaran la vida a Boris porque era valioso. Pero Malik le había asegurado que el ruso sabía demasiado y debía ser silenciado. No obstante, Khalil se preguntaba por qué él, Asad Khalil, que había sufrido los insultos de aquel infiel no había de tener el placer de rebanarle el pescuezo a Boris. Lo apartó de su mente y volvió a su asiento.

Comió el bagel, que sabía vagamente a pita ázima, y bebió su zumo de naranja, que sabía al metal de la lata. Sus escasos contactos con comida norteamericana le habían convencido de que los estadounidenses tenían poco sentido del gusto o una gran tolerancia para el mal gusto.

Khalil notó que el avión descendía más rápidamente ahora y observó que estaba virando a la izquierda. Miró por la ventanilla y vio a lo lejos una gran extensión luminosa, que supuso que era la ciudad de Denver. Más allá de la ciudad, claramente visible a la luz de la luna, había una muralla de montañas coronadas de nieve que se alzaban hacia el cielo.

El avión realizó más maniobras, y luego el interfono crepitó. Sonó en la cabina la

voz del copiloto:

—Señor Perleman, estamos iniciando el descenso al aeropuerto municipal de Colorado Springs. Por favor, abróchese el cinturón como preparación para el aterrizaje. Diga si ha recibido, por favor.

Khalil cogió el micrófono sujeto al mamparo, pulsó el botón y respondió:

—Recibido.

—Gracias, señor. Estaremos en tierra dentro de cinco minutos. Cielo despejado; temperatura, seis grados centígrados.

Khalil se abrochó el cinturón. Oyó el sonido del tren de aterrizaje al desplegarse.

El pequeño reactor volaba muy bajo ahora, en vuelo recto y horizontal. A los pocos minutos cruzaron el umbral de la ancha y larga pista, y segundos después el avión tocaba tierra.

—Bien venido a Colorado Springs —dijo el copiloto por el interfono.

Khalil sintió el irracional impulso de decirle al copiloto que se callara. Asad Khalil no quería estar en Colorado Springs, quería estar en Trípoli. No quería que le diesen la bienvenida a ninguna parte en aquel país sin Dios. Sólo quería matar a quien debía morir y volver a casa.

El avión enfiló una calzada, y el copiloto recorrió la mampara de separación y miró al interior de la cabina.

—Buenos días.

Khalil no respondió.

—Iremos al área de estacionamiento y lo dejaremos bajar antes de ir a repostar —dijo el copiloto—. ¿Sabe cuánto tiempo necesitará estar aquí, señor?

—Desgraciadamente, lo ignoro. Puede que sean solamente dos horas. Quizá menos. Por otra parte, la reunión puede desarrollarse bien, en cuyo caso habrá que firmar contratos y probablemente me quedaré a desayunar. Así que tal vez vuelva aquí a eso de las nueve. Pero no más tarde.

—Muy bien. Tenemos tiempo. Estamos en las instalaciones de la compañía —añadió el copiloto—. ¿Se va a celebrar aquí su reunión, señor?

—Me temo que no. Debo reunirme con ellos en la terminal principal, y luego iremos a otro lugar. Necesitaré un medio de transporte hasta la terminal.

—Veré lo que puedo hacer. No creo que haya ningún problema.

El Learjet rodó en dirección a una fila de grandes hangares. Khalil se soltó el cinturón e introdujo la mano en su maletín, sin apartar la vista de los pilotos. Sacó las dos Glock y se las puso en la cintura, detrás de cada cadera, de tal modo que quedaban tapadas por la chaqueta. Se levantó, cogió el maletín y avanzó hacia los pilotos. Se arrodilló para poder ver a través del parabrisas y de las ventanillas laterales de la carlinga.

—Estaría usted más cómodo en su asiento, señor —dijo el capitán.

—Deseo estar aquí.

—Sí, señor.

Khalil escrutó la calzada y los hangares. Al igual que en el aeropuerto de Long Island, no vio nada que le alarmase. También el aspecto de los pilotos parecía normal.

El Learjet disminuyó la marcha y se detuvo en la zona de estacionamiento. Aparecieron un hombre y una mujer vestidos con un mono pero tampoco percibió Khalil ningún peligro. No obstante, aunque lo estuvieran esperando, enviaría a varios de ellos al infierno antes de ascender él al Paraíso.

Recordó que Malik había llegado un día a la escuela de entrenamiento con un *mursid* —un guía espiritual—, que le había dicho a Khalil:

—Si has completado aunque no sea más que una mínima parte de tu *yihad*, tienes asegurado un lugar en el Paraíso. Dios no juzga como juzgan los hombres; él juzga lo que ve en tu corazón, donde los hombres no pueden ver. Como está revelado en la sagrada escritura: «Si mueres por causa de Alá, su perdón y su misericordia serán, sin duda alguna, mejores que todas las riquezas que amasan los infieles».

El *mursid* le aseguró, además:

—Dios no cuenta el número de enemigos que matas por él. Dios cuenta solamente los enemigos que juras matar con toda tu alma.

Malik había dado las gracias al *mursid*, y una vez que el santón se hubo marchado, aclaró el sentido de sus palabras, diciendo:

—Dios queda más complacido cuando las buenas intenciones se convierten en grandes éxitos. Procura matarlos a todos sin que te maten a ti.

Mientras miraba por la ventanilla de la carlinga, Asad Khalil pensó que eso era exactamente lo que podía hacer. Se sentía próximo a un éxito total en el sentido mundano; en el plano espiritual, ya se consideraba plenamente realizado.

El piloto apagó los motores.

—Podemos desembarcar, señor —dijo.

Khalil se incorporó y volvió a la cabina, mientras el copiloto se levantaba de su asiento y se dirigía a la puerta de salida. La abrió, haciendo que se desplegara un escalón. El copiloto bajó del avión y le tendió la mano a Khalil.

Asad Khalil ignoró la mano extendida y permaneció en el umbral de la puerta, escrutando el paisaje que tenía delante. La zona se hallaba iluminada por grandes focos suspendidos en lo alto, y parecía haber pocas personas a aquella hora, menos de las dos de la madrugada, hora local.

Mientras permanecía en el umbral, el piloto continuó en su asiento, y Khalil comprendió que podría escapar si era preciso.

Rememoró su entrenamiento en Libia. En Trípoli le habían asegurado que los norteamericanos tenían un procedimiento operativo estándar y que no utilizarían un francotirador para matarlo, a menos que estuviera atrincherado y disparando contra ellos, y eso solamente si no tenía rehenes. Se asegurarían también de que estaba solo, en lugar abierto, antes de rodearlo de hombres —e, incluso, mujeres— armados, que le gritarían que levantase las manos y se rindiera. Esas personas llevarían chalecos antibalas, como él, y se hacía cargo de que sólo un tiro en la cabeza los mataría a

ellos o a él.

Había practicado esta situación en el campo de entrenamiento de las afueras de Trípoli, utilizando hombres —no mujeres— vestidos de policía, o de paisano, o, en algunos casos, con ropas paramilitares.

Todos hablaban unas pocas palabras de inglés, y gritaban: «¡Quieto! ¡Quieto! ¡Manos arriba! ¡Manos arriba! ¡Al suelo! ¡Tírate al suelo!»

Se le había instruido que fingiese mucho miedo y confusión. Se arrodillaría en vez de tumbarse, y ellos se acercarían más, sin dejar de gritar, conforme a su método. Después, cuando se pusieran a tiro, sacaría de la cintura las dos pistolas y empezaría a disparar. La Glock del calibre 40 no perforaba un chaleco blindado pero, a diferencia de las antiguas de nueve milímetros, derribaría a un hombre y lo dejaría aturdido.

Para demostrárselo, sus monitores habían hecho la prueba con un condenado. Habían disparado con la Glock una bala del calibre 40 a veinte metros de distancia contra el pecho del preso, y el hombre, que llevaba un chaleco de Kevlar, cayó al suelo, donde permaneció medio minuto inconsciente, hasta que se levantó y fue nuevamente derribado por otro proyectil. Lo hicieron dos veces más, hasta que el preso no pudo o no quiso volver a levantarse. Un tiro en la cabeza puso fin a la demostración.

Boris le había dicho: «No esperes ganar un combate a tiros. Los norteamericanos se precian de tener buena puntería. Las armas forman una parte importante de su cultura, y el derecho a poseerlas está garantizado en su Constitución».

A Khalil le costaba creerlo; Boris solía inventarse cosas sobre los norteamericanos, probablemente para impresionar y sorprender a todo el mundo.

En cualquier caso, habían practicado muchas veces lo que Boris llamaba el tiroteo, y Boris había concluido:

—Es posible escapar de un tiroteo. Se ha hecho en más de una ocasión. Si no estás gravemente herido, corre, amigo mío, como un león, más de prisa y más lejos de lo que puedan correr ellos. Ellos no han sido entrenados para disparar mientras corren; podrían alcanzar a un inocente o herirse unos a otros. Puede que disparen sin correr, o corran sin disparar. En cualquiera de los casos, pon distancia entre tú y ellos, y lograrás escapar.

—¿Y si tienen apostado a un hombre provisto de un rifle con mira telescópica? —recordaba haber preguntado Khalil.

—Entonces —respondió Boris—, disponte a ser herido en las piernas. No matan con un rifle de mira telescópica, y se precian de abatir a un hombre sin matarlo. Para ese caso —añadió—, asegúrate de reservarte una bala para ti mismo. A tan corta distancia no deberías fallarte en la cabeza. —Boris rió, pero agregó en voz baja—: Yo, en tu lugar, no me suicidaría. Que le den por saco a Malik.

Asad Khalil observó ahora que el copiloto continuaba al pie de los escalones, intentando conservar la sonrisa en los labios mientras esperaba pacientemente a su pasajero.

El piloto se había levantado de su asiento y estaba esperando también a que Khalil bajase.

Khalil agarró su maletín con la mano izquierda, manteniendo la mano derecha lista para sacar la pistola. Bajó a tierra y se situó junto al copiloto.

El piloto bajó tras él y se dirigió hacia un hombre en cuya cazadora se leía «Agente de estacionamiento».

Khalil se mantuvo junto al copiloto, más cerca del metro recomendado, pero el copiloto no hizo el menor ademán de separarse de su pasajero. Khalil continuó escrutando la calzada, los vehículos, los hangares y los aviones estacionados.

El piloto regresó junto a Khalil.

—Ese caballero lo llevará a la terminal en su propio coche —dijo, y añadió, en voz baja—: Tal vez quiera darle una propina, señor.

—¿Cuánto?

—Diez bastarán.

Khalil se alegró de haber preguntado. En Libia, diez dólares comprarían a un hombre durante dos días. Aquí comprarían un favor de diez minutos.

—Gracias, caballeros —dijo Khalil a los pilotos—. Si no vuelvo dentro de aproximadamente dos horas, entonces, como he dicho, pueden esperar que venga a eso de las nueve. No más tarde.

—Entendido —respondió el capitán Fiske—. Búsquenos, por favor, en ese edificio. Hay una sala de descanso para pilotos.

Khalil se reunió con el agente de estacionamiento, y, tras unas palabras de presentación, se dirigieron a un *parking* y montaron en el automóvil del agente. Khalil se sentó delante, al lado del agente, aunque en Trípoli habría ocupado el asiento de atrás. Los norteamericanos, siguió recordándole Boris, eran muy democráticos en la superficie. «En mi antiguo Estado sin clases —dijo Boris—, todo el mundo conocía su lugar y permanecía en él. En Norteamérica, las clases fingen mezclarse unas con otras. Nadie es feliz con esto pero cuando surgen las ocasiones, los estadounidenses se convierten en grandes igualitarios. Sin embargo, pasan mucho tiempo evitando las ocasiones».

El agente de estacionamiento puso en marcha el coche, y salieron del *parking*.

—¿Es la primera vez que viene a Colorado Springs, señor...? —le preguntó a Khalil.

—Perleman. Sí.

—¿De dónde es usted?

—De Israel.

—¿De veras? Yo estuve allí una vez. ¿Vive allí?

—Sí.

Siguieron una carretera vallada en dirección a la terminal municipal.

—Es una pena que no pueda quedarse una temporada. Éste es un sitio estupendo. Esquí, senderismo, navegación, paseos a caballo, caza... bueno, la caza no está muy

bien vista últimamente.

—¿Por qué?

—La gente se muestra contraria a las armas, a matar.

—¿De veras?

—Algunas personas. Es un tema complicado. ¿Usted caza?

—Me temo que no. No me gusta ver sangre.

—Bueno, entonces cerraré el pico.

Continuaron hacia la terminal.

—Hay muchos militares por aquí —dijo el agente, olvidando su promesa—. El lado norte de este aeropuerto es la base de la Fuerza Aérea de Peterson, y justo al sur está Fort Carson, del Ejército. Además, como probablemente sabrá, aquí se encuentra la Academia de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Y en esas montañas de la izquierda está el NORAD, el mando de la defensa aérea norteamericana, instalado en el monte Cheyenne. Hay un millar de personas trabajando en ese costoso agujero. Sí, hay muchos militares por aquí. Muy conservadores. Pero al norte de Denver está Boulder. Muy liberal. La República Popular de Boulder. —Soltó una carcajada y continuó—: Como le he dicho, yo he estado en Israel. Mi mujer es muy religiosa y me arrastro allá una vez. Bueno, no es que me arrastrara realmente. Gran ciudad. Vimos todos los lugares religiosos. Oiga, usted es judío, ¿no?

—Desde luego. /

—Claro. Pues hicimos esa excursión, ya sabe, a la Cúpula de la Roca. Es una mezquita árabe pero resulta que en otro tiempo fue el principal templo judío. Supongo que ya lo sabe. Quiero decir que probablemente Cristo estuvo allí. Él era judío. Y ahora es una mezquita. —Miró a su pasajero y dijo—: Yo creo que los judíos deben recuperarla. Es lo que yo creo. Ellos la tuvieron primero. Y luego vienen esos árabes, se la apropian y construyen en ella una mezquita. ¿Por qué tiene que ser de los árabes?

—Porque Mahoma ascendió a los cielos desde esa roca. La paz sea con él.

—¿Qué?

Khalil carraspeó y dijo:

—Eso es lo que creen los musulmanes.

—Oh... sí. Eso dijo el guía. Bueno, no debo hablar de religión.

Khalil no respondió.

Se detuvieron delante de la terminal municipal. Khalil abrió la puerta y empezó a apearse. Luego, se volvió y le dio al agente un billete de diez dólares.

—Gracias.

—Gracias a usted. Hasta luego.

Khalil bajó del coche, que se alejó. Vio que la zona de la terminal estaba casi desierta a aquella hora pero reparó en que había una parada de taxis, en la que se hallaban estacionados dos vehículos amarillos.

Entró en la terminal, consciente de que un hombre solo a aquella hora llamaría la

atención si había alguien para fijarse. Pero no vio ni siquiera un policía. Un hombre barría el suelo embaldosado con una gran escoba, pero no lo miró. En Trípoli le habían insistido en que los aeropuertos municipales tenían muchas menos medidas de seguridad que los internacionales y que, aunque las autoridades lo estuviesen buscando en Estados Unidos, los riesgos en estos aeropuertos pequeños serían mínimos.

Khalil cruzó el vestíbulo con paso rápido y decidido, recordando por las fotos y diagramas dónde estaban el centro comercial y las salas de reuniones.

En una zona situada junto al vestíbulo vio una puerta con el letrero «Sala de reuniones 2». Otro letrero decía: «Reservada». Marcó una clave en el teclado que había junto a la puerta, y ésta se abrió.

Entró en la estancia y cerró la puerta a su espalda.

La sala estaba equipada con una mesa de conferencias, ocho sillas, teléfonos, un fax y una consola de ordenador. En un pequeño hueco había una máquina de café.

La pantalla del ordenador mostraba un mensaje, y leyó: «Bien venido, señor Perleman. Que tenga una feliz reunión. Sus amigos del Centro de Conferencias Neeley». Khalil no recordaba a tales amigos.

Dejó su maletín en el suelo y se sentó ante el teclado del ordenador. Borró el mensaje y luego maniobró con el ratón hasta obtener su pantalla de correo electrónico. Introdujo su contraseña y esperó a que el módem accediera a su cuenta. Leyó entonces el único mensaje recibido, que apareció en la pantalla en inglés y dirigido a Perleman desde Jerusalén: «Tenemos noticia de que te van bien los negocios. El viaje de Sol a Frankfurt ha terminado. La firma norteamericana rival en Frankfurt está estudiando el asunto. No se sabe que la firma norteamericana rival conozca tu itinerario. No es necesario el negocio de Colorado. Utiliza tu buen criterio. California, más importante. Sin cambios en las disposiciones para regreso a Israel. Buena suerte. Hasta pronto. Ruego respuesta. *Mazel tov*». Firmaba «Mordecai».

Khalil cambió de pantalla para enviar su respuesta. Tecléo lentamente: «Respuesta a tu mensaje en Colorado. Negocio bueno. Pronto, negocio de California».

Khalil trató de componer más frases inglesas pero no era importante hacerlo. En Trípoli le habían dicho que cualquier mensaje serviría, siempre que contuviese la palabra «negocio», que significaba que estaba bien y no bajo el control de los norteamericanos. Firmó «Perleman», y lo envió. Salió de su cuenta de correo electrónico, volvió a la pantalla principal y apagó el ordenador.

Miró su reloj y vio que eran las 4.17 de la madrugada, hora de Nueva York, dos horas menos allí.

La casa del coronel Robert Callum estaba en la falda de la cadena montañosa, a menos de media hora de donde se encontraba ahora. Había una agencia de alquiler de coches a menos de diez minutos del aeropuerto en taxi, y allí tenía reservado un

coche a nombre de Samuel Perleman.

Khalil paseó de un lado a otro de la estancia. *No es necesario el negocio de Colorado. California, más importante.* Pero ¿por qué no podía realizar ambos?

Pensó en volver a cruzar la terminal, tomar un taxi hasta la agencia de alquiler de coches, montar en el que tenía reservado y dirigirse a la casa del coronel Callum. Había un cierto riesgo en ello. Siempre había riesgos. Pero, por primera vez desde que entró en la embajada americana en París, Asad Khalil tenía una sensación... no de peligro, pensó, sino de urgencia.

Continuó paseando de un lado a otro, sopesando todos los argumentos a favor y en contra de matar al coronel Callum... y, naturalmente, a su mujer y a quienquiera que estuviese en la casa.

El plan era sencillo, como lo había sido en casa del general Waycliff. Esperaría allí, en la sala de reuniones, donde se encontraba seguro, y luego iría a la agencia de alquiler de coches, desde donde, a primera hora de la mañana, se dirigiría a la residencia rural del coronel. Todas las mañanas, no más tarde de las siete y media, el coronel o su mujer salían de la casa, recogían el periódico depositado en el buzón del extremo del camino particular y volvían a entrar. Como la mayoría de los militares, los Callum eran puntuales y de costumbres fijas.

Una vez abierta la puerta, los Callum estarían a sólo cinco o diez minutos de la muerte, dependiendo enteramente la duración del resto de su vida del humor y la paciencia de Asad Khalil.

Continuó paseando de un lado a otro de la pequeña estancia, como un león, pensó, un león como los que los romanos soltaban en el circo de Leptis Magna, cuyas ruinas había visto en las proximidades de Trípoli. El león sabe por experiencia que un hombre lo espera en la arena, y el león se torna impaciente. Seguramente está hambriento. Al león hay que mantenerlo hambriento. El león sabe también por experiencia que él mata siempre al hombre. ¿Qué otra experiencia podría conocer si todavía está vivo? Pero también sabe que ha encontrado dos clases de hombres en la arena, los armados y los desarmados. Los armados luchaban para salvar la vida, los desarmados rezaban. Ambos sabían igual de bien.

Khalil cesó en sus paseos. Se acuclilló en el suelo, balanceándose sobre los muslos, como hacían los bereberes en el desierto. Levantó la cabeza y cerró los ojos pero no rezó. En lugar de ello, se transportó a sí mismo al desierto nocturno e imaginó un millón de brillantes estrellas en el firmamento negro. Vio la resplandeciente luna llena suspendida sobre Kufra, su oasis nativo, y vio las palmeras meciéndose a impulsos de la fría brisa del desierto. El desierto estaba, como siempre, sumido en el silencio.

Permaneció en el desierto durante largo tiempo, manteniendo la imagen inmóvil, esperando que una imagen no evocada emergiera de las arenas del desierto.

El tiempo pasaba sobre la tierra pero no en el desierto. Finalmente, llegó del oasis un Mensajero, envuelto en vestiduras blancas y negras, iluminado por la luz de la

luna y proyectando una sombra en las arenas mientras la figura avanzaba hacia él. El Mensajero se detuvo ante él pero no habló, y Asad Khalil no se atrevía a pronunciar palabra.

Khalil no podía ver el rostro del Mensajero pero ahora oyó una voz:

—En el lugar en que estás ahora, Dios hará tu trabajo por ti.

Ve desde ese lugar al otro lugar del otro lado de las montañas. Las arenas del tiempo se acaban. Satán se está moviendo.

Asad Khalil murmuró una oración de agradecimiento, abrió los ojos y se levantó. Clavó la vista en el reloj del otro extremo de la estancia y vio que habían pasado más de dos horas, aunque parecía que habían sido sólo unos minutos.

Cogió el maletín, salió de la sala y cruzó rápidamente el desierto vestíbulo.

Fuera, vio un solitario taxi, ocupado por un conductor dormido. Subió a su parte posterior y cerró la puerta con violencia.

El taxista despertó con un sobresalto y murmuró algo ininteligible.

—A las instalaciones de la compañía. Rápido —dijo Khalil.

El taxista puso el motor en marcha y arrancó:

—¿Adónde?

Khalil repitió el destino y arrojó un billete de veinte dólares en el asiento delantero, junto al conductor.

—De prisa, por favor. Voy con retraso.

El taxista aceleró y enfiló la carretera vallada. A los diez minutos llegaban a las instalaciones de la compañía aérea.

—Allí —dijo Khalil.

El taxista detuvo el coche ante un pequeño edificio, y Khalil se apeó y entró rápidamente en el local. Localizó el salón de descanso para pilotos, donde encontró a los dos hombres dormidos en unos sofás. Sacudió al capitán y le dijo:

—Ya estoy listo. Debemos salir pronto.

El capitán Fiske se puso rápidamente en pie. El copiloto ya estaba despierto. Se levantó, se desperezó y bostezó.

Khalil miró ostensiblemente su reloj.

—¿Cuánto tiempo se tarda en salir de aquí? —preguntó.

El capitán Fiske carraspeó.

—Bueno... —dijo—, ya he tomado las disposiciones preliminares para nuestro plan de vuelo... por si necesitábamos partir inmediatamente...

—Sí. Excelente. Necesitamos partir inmediatamente. ¿Cuándo podemos salir?

—Bueno, a esta hora de la madrugada no hay mucho tráfico aéreo, así que podemos abreviar trámites. Con un poco de suerte, dentro de quince minutos estaremos en condiciones de despegar.

—Lo antes posible.

—Sí, señor.

El capitán Fiske se dirigió a un teléfono y marcó varios números.

—¿A quién llama?

—A la torre de control, para que active mis disposiciones preliminares. —El capitán Fiske habló con alguien al otro extremo del hilo telefónico.

Khalil escuchó atentamente lo que el piloto decía pero parecía tratarse de una conversación exclusivamente técnica. Miró el rostro del piloto, luego el del copiloto, y ambos parecían relajados.

El capitán Fiske dijo al teléfono:

—Muy bien. Gracias. —Colgó y se dirigió a su pasajero—: Han prometido tener lista nuestra autorización de vuelo para dentro de quince minutos. La torre local ya está coordinando su actuación con el radar de Denver.

—Yo creía que los vuelos privados podían despegar y aterrizar cuando quisieran.

—Eso no es aplicable a los reactores privados, señor, debido a las altitudes a que volamos. Por encima de seis mil metros se aplican siempre las reglas de vuelo con instrumentos.

—Comprendo. ¿Podemos ir ya al avión?

—Desde luego.

Fiske salió del salón, seguido por el copiloto y por Asad Khalil. En el frío aire de la noche recorrieron con paso rápido los escasos cincuenta metros que los separaban del Learjet. Khalil se mantenía muy cerca de los pilotos pero tenía la impresión de que no había ningún peligro inmediato.

El copiloto abrió la puerta del Lear y entró, seguido por Khalil y luego por el capitán.

Los pilotos ocuparon sus asientos y procedieron a las comprobaciones y controles previos al vuelo, mientras Khalil tomaba asiento en la parte posterior de la cabina.

—Vamos a ponernos en marcha dentro de unos momentos —dijo el capitán Fiske, volviendo la cabeza—. Abróchese el cinturón, por favor.

Khalil no respondió.

Minutos después, Fiske encendió los dos motores, y el copiloto comunicó por radio:

—Torre de Springs, Lear Dos-Cinco Eco, listo para rodar.

—Recibido, Lear Dos-Cinco Eco, diríjase a pista Tres-Cinco Izquierda. Tengo su autorización cuando esté listo.

—Adelante con la autorización —dijo el copiloto por el micrófono, y empezó a anotar lo que se le decía en un bloc que sostenía en el regazo.

El capitán Fiske continuó conduciendo el Lear 60 en dirección a la pista Tres-Cinco Izquierda y luego situó el avión sobre la línea central de la pista.

—Allá vamos —dijo Fiske, sin ninguna entonación especial, mientras empujaba hacia delante las dos palancas gemelas.

Al cabo de medio minuto, el reactor levantó el morro, se separó del suelo y comenzó a ascender rápidamente por encima de las luces de Colorado Springs.

Khalil observó a los pilotos, que no habían corrido aún el panel de separación

entre la carlinga y la cabina. Un minuto después, miró por la ventanilla de su izquierda y contempló las montañas que se percibían a lo lejos, todavía visibles a la luz de la luna.

El copiloto cogió el interfono:

—Necesitamos continuar en esta dirección norte durante un poco más de tiempo, señor, a fin de ganar altura antes de que podamos virar hacia el oeste y situarnos en rumbo. Tenemos a nuestra izquierda esas pequeñas montañas, llamadas las Rocosas. —Rió y agregó—: Algunos de esos picos tienen doce mil pies... unos cuatro mil metros.

Khalil no respondió pero miró las laderas y montañas de su izquierda mientras continuaban en lo que evidentemente era un rumbo norte. Allá abajo, en algún lugar, el coronel Robert Callum yacía postrado en una cama, consumido por una terrible enfermedad. Khalil no se sentía defraudado, ni se había sentido defraudado cuando supo que Steven Cox había muerto en la guerra contra Iraq. Dios, decidió, deseaba cobrarse su parte en los despojos de la guerra.

Capítulo 44

Kate y yo pasamos el resto de la mañana tocando el timbre de alarma, por así decirlo.

El Centro de Mando Provisional pasó de hormiguero a colmena, si me permiten la analogía entomológica.

Kate y yo recibimos una docena de llamadas de jefazos felicitándonos. Además, todos los jefes querían que les proporcionásemos información en privado, pero conseguimos escabullirnos. En realidad, no querían ninguna información, lo que querían era decir que ellos formaban parte de la solución, aunque, naturalmente, se estaban convirtiendo en parte del problema.

Finalmente, tuve que acceder a una reunión conjunta de la brigada como la que habíamos tenido el día anterior por la mañana. Pero logré aplazarla hasta las cinco de la tarde, aduciendo falsamente que debía mantenerme junto a los teléfonos para atender las llamadas procedentes de mi red mundial de informantes. En algunos aspectos, los jefes de aquí se parecían a los de la policía neoyorquina cuando un caso importante saltaba a las primeras páginas. No podía faltar mucho para que empezaran a someternos a Kate y a mí a sesiones fotográficas. En cualquier caso, para cuando Jack Koenig regresara después de haber acumulado los puntos que la compañía aérea adjudicaba a sus pasajeros, la reunión habría terminado, y Jack se pondría furioso. Estupendo. Yo le dije que se quedara aquí.

Antes de que hubiera transcurrido media hora desde nuestra conversación con la señora Hambrecht, los agentes del FBI habían obtenido autorización judicial para intervenir sus registros telefónicos y, naturalmente, los del general Waycliff del 15 de abril. Al mismo tiempo, las buenas gentes del edificio J. Edgar Hoover estaban presionando para obtener la información borrada del expediente del coronel Hambrecht, que realmente yo ya no necesitaba. Pero también estaban tratando de encontrar los nombres de los supervivientes de su patrulla que bombardearon Al Azziziyah, cosa que sí necesitábamos.

Según mi correo electrónico, el FBI había advertido inmediatamente a la Fuerza Aérea y al Departamento de Defensa de que los hombres que participaron en la misión de Al Azziziyah se hallaban en peligro grave e inminente, y que existía también un cierto grado de peligro para todos los demás participantes en la operación sobre Libia. Desde luego, la Fuerza Aérea accedió a cooperar plena y rápidamente pero en toda burocracia «rápidamente» es un término relativo.

Yo no sabía si se estaba manteniendo informada a la CÍA, pero esperaba que no. Aún albergaba la extraña idea de que la CÍA ya sabía algo de eso. De acuerdo, es fácil volverse completamente paranoico con esos tipos, y la mitad de las veces, como no dejo de recordarme a mí mismo, no son tan listos ni tan astutos como la gente cree.

Pero, al igual que en cualquier organización secreta, ellos mismos han sembrado las semillas de la desconfianza y el engaño. Luego se preguntan por qué todo el mundo cree que están ocultando algo. Lo que generalmente ocultan es el hecho de que no saben gran cosa. Yo también hago lo mismo a veces, así que ¿cómo podría quejarme?

Nunca creí realmente que el FBI —que está en el corazón de la BAT— supiera más de lo que nos estaba diciendo en Nueva York. Pero tenía la convicción de que, como dijo Kate, sabía que la CÍA actuaba en el asunto por su propia cuenta. Y lo dejaba pasar porque, al fin y al cabo, todos estamos en el mismo equipo, y todos estamos en el bando de los buenos y todo el mundo mira por el bien del país. El único problema radica en definir qué se entiende por el bien del país.

La buena noticia era que Koenig y Nash estaban de viaje.

En cualquier caso, durante un momento de calma en la actividad de la colmena, miré las páginas impresas que Kate continuaba sacando del ciberespacio.

Empecé con un suelto del *New York Times* del 11 de marzo de 1989 titulado: «Una explosión destroza la furgoneta del capitán que derribó al reactor iraní». Se refería al capitán del *Vincennes*, y no parecía pertinente, salvo como ejemplo de lo que sospechábamos que estaba sucediendo ahora.

Kate me pasó un artículo de la Associated Press fechado el 16 de abril de 1996 y titulado: «Libia trata de llevar a juicio las incursiones aéreas de 1986». Leí en voz alta:

—«Libia solicitó el lunes que Estados Unidos entregue a los pilotos y planificadores responsables de las incursiones aéreas realizadas sobre ciudades libias hace diez años, y el líder libio, Muammar al-Gadafi, insistió en que las Naciones Unidas intervengan en el caso». —Miré a Kate y dije—: Supongo que no entregamos a nadie, y Gadafi se ha impacientado.

—Sigue leyendo —replicó ella.

Continué.

—«“No podemos olvidar lo que sucedió”, dijo Gadafi en el aniversario de los ataques estadounidenses, que Libia aseguró que causaron heridas a más de cien personas y la muerte de treinta y siete, entre ellas la hija adoptiva de Gadafi. “Estos niños... ¿son animales, y los norteamericanos son seres humanos?”, preguntó Gadafi en una entrevista realizada por la CNN en las ruinas de su residencia bombardeada, que, diez años después de los bombardeos, permanece tal como quedó entonces».

Miré a Kate.

—Mi suposición es que Asad Khalil vivía en ese complejo militar con la familia Gadafi —dijo ella—. Recuerda que, según nuestros archivos, había una conexión familiar.

—Cierto. —Reflexioné acerca de ello y añadí—: Khalil tendría unos quince o dieciséis años cuando se produjo la incursión. Su padre ya había muerto, pero seguramente tendría amigos y familiares en el complejo.

Kate asintió con la cabeza.

—Y los está vengando, a ellos y a la familia Gadafi.

—Tiene lógica —comenté. Pensé de nuevo en lo que Gabe había dicho antes y añadí—: Ahora sabemos lo que mueve a ese tipo, y debo reconocer... quiero decir que no simpatizo con ese hijo de puta, pero lo comprendo.

—Lo sé —respondió ella, moviendo la cabeza, y agregó—: Khalil es más peligroso de lo que creíamos, si cabe. Sigue leyendo.

Leí el final del artículo de la AP:

—«Gadafi hablaba mientras Libia celebra ceremonias en memoria de las incursiones estadounidenses sobre la capital libia, Trípoli, y sobre Bengasi. Las incursiones se realizaron en represalia por el atentado contra la discoteca La Belle, en Berlín, el 5 de abril de 1986, que mató a un militar estadounidense. Las demandas de Libia se corresponden con la insistencia de Estados Unidos en que Libia entregue a los tribunales norteamericanos o británicos a dos hombres reclamados por la colocación en 1988 de una bomba en el vuelo Uno-Cero-Tres de Pan Am a la altura de Lockerbie, Escocia, que mató a doscientas siete personas». —Dejé a un lado el artículo y dije—: Es una espiral; nadie sabe dónde termina.

—En efecto. Una guerra sin fin. Ésta es sólo otra batalla originada por la última batalla, que conducirá a la batalla siguiente.

Es una idea deprimente. Examiné varios artículos más, y encontré otros posteriores sobre el capitán del *Vincennes*. Como he dicho, no había ninguna conexión directa con Khalil pero observé una interesante progresión de titulares, uno de los cuales, del *New York Times*, decía: «La investigación sobre el atentado abandona la teoría del terrorismo de Estado». El primero de los artículos siguientes indicaba que quizá el gobierno iraní no se hallaba en absoluto implicado, y quizá tampoco ningún grupo extremista. Se trataba tal vez de un acto político aislado, o acaso de una mera coincidencia, o de un resentimiento personal, lo que lo dejaba a uno preguntándose a quién habían molestado el capitán o su esposa en el club de oficiales. Paparruchas. Era increíble cómo inventaba Washington estas historias para calmar a la gente y no excitar a la población en contra de iraníes, o iraquíes, o libios u otros países que nos odiaban y que soliviantaban a sus propios compatriotas por los incidentes más nimios.

Debía de estar en marcha alguna especie de gran estrategia diplomática pero yo no la conocía. Para el mes próximo, por estas fechas, Asad Khalil sería descrito como un descontento solitario, furioso contra los Estados Unidos por haberle echado un borrón en su visado de entrada. Si crees que nadie sabe lo que están haciendo en la Casa Blanca o en el edificio J. Edgar Hoover o en el Pentágono o en Langley, prueba en el Departamento de Estado..., andan completamente a la deriva y con un solo remo en el agua. De todos modos, geopolítica aparte, o Asad Khalil se había cansado y se había ido, o se hallaba en camino hacia su siguiente víctima.

—¿Se sabe algo de los tripulantes que participaron en aquella misión? —le pregunté a Kate.

—No. Pero no es seguro que vayan a decírnoslo. El FBI podría tener ya protegidos a los supervivientes.

—Yo creo que deberían decírnoslo. En la policía de Nueva York, el detective investigador está al tanto y es responsable de todo.

—Detesto ser portadora de malas noticias, John, pero esto no es la policía de Nueva York, y tendrás suerte si alguna vez recibes una llamada telefónica diciéndote que Khalil ha sido arrestado.

Realmente, todo aquello no tenía buen aspecto. Me devanaba los sesos en busca de alguna forma de participar en la acción pero lo único que se me ocurría era que Jack Koenig me debía un favor, aunque no estábamos de acuerdo en ese evidente y sencillo hecho. Pero Koenig estaba lejos, y yo no tenía aquí ninguna influencia, y nadie más me debía nada.

—¿Te has acostado con algún inspector que pueda hacernos un favor?

—En Nueva York, no.

—¿En Washington?

Pareció reflexionar y se puso a contar con los dedos al tiempo que murmuraba números, hasta que llegó a siete, y entonces dijo:

—Creo que ya me he cobrado todos esos favores. —Se echó a reír para hacerme ver que estaba bromeando.

Me puse a hojear varios artículos más que habían llegado de otra dimensión. No estoy muy seguro de cómo funciona Internet pero parece que te informa de lo que pides, y hace lo que le dices, que es más de lo que yo puedo afirmar de mucha gente que conozco.

Encontré un artículo del *Boston Globe* que resultaba bastante informativo. Estaba fechado en 20 de abril de 1986. Era una cronología de los acontecimientos que condujeron al ataque aéreo estadounidense. La primera fecha de la crisis era el 7 de enero. Decía: «El presidente Reagan acusa a Libia de agresión armada contra Estados Unidos, y establece sanciones económicas contra Libia y ordena salir del país a todos los norteamericanos. Los aliados occidentales se niegan a sumarse al boicot.

Estados Unidos relaciona a Libia con los ataques llevados a cabo el 27 de diciembre de 1985 por terroristas palestinos en los aeropuertos de Viena y Roma, que causaron la muerte de veinte personas».

Continué leyendo: «El 11 de enero, el primer ayudante del coronel Muammar al-Gadafi dice que Libia intentará asesinar a Reagan si Estados Unidos la ataca. Gadafi invita al presidente a visitarlo, diciendo que una entrevista podría cambiar la actitud de Reagan».

Yo no habría apostado un centavo por ello. Examiné la cronología y advertí una clara pauta de dos testarudos machos enzarzados en una contienda de provocaciones: «13 de enero, dos cazareactores libios se aproximan a un avión de reconocimiento de la Marina de Estados Unidos; 5 de febrero, Libia acusa a Estados Unidos de ayudar a los israelíes a localizar y derribar un avión libio y jura venganza; 24 de marzo,

aviones de guerra estadounidenses atacan una rampa de lanzamiento de misiles libia; 25 de marzo, fuerzas estadounidenses atacan a cuatro buques patrulleros libios; 28 de marzo, Gadafi advierte de que las bases militares establecidas en Italia y España o en cualquier otro país que ayude a la Sexta Flota de Estados Unidos serán objeto de represalia; 2 de abril, estalla una bomba en un avión de la TWA en vuelo de Roma a Atenas, y causa la muerte de cuatro personas; un grupo palestino dice que ha sido en represalia por los ataques de Estados Unidos a Libia; 5 de abril, estalla una bomba en una discoteca de Berlín Occidental, y provoca la muerte de dos militares estadounidenses; 7 de abril, el embajador de Estados Unidos en Alemania Occidental dice que su país posee pruebas ciertas de la implicación libia en el atentado de la discoteca...»

Miré a lo largo de la página el resto de los acontecimientos que condujeron al 15 de abril de 1986. Nadie podría decir que le sorprendió la incursión aérea, dadas las personalidades implicadas y, como diríamos hoy en una Norteamérica más serena, las incomprensiones originadas por infortunados estereotipos culturales y políticos. La solución al problema podría radicar muy bien en una mayor inmigración. Al paso que íbamos, dentro de cinco años la mayoría de los habitantes de Oriente Medio estarían en Brooklyn.

Cogí de mi mesa la última hoja de cibernoticias y la examiné.

—Oye —dije a Kate—, esto es interesante. ¿Has visto esta entrevista de la Associated Press con Gadafi del 19 de abril de 1986?

—Creo que no.

—«La esposa del dirigente libio Muammar al-Gadafi, que dijo que su hija adoptiva, Hana, de dieciocho meses de edad, resultó muerta en la incursión, ha hablado con los periodistas por primera vez después del ataque» —leí—. «Sentada delante de su hogar, destrozado por el bombardeo, en el complejo militar de Gadafi en Trípoli, con una muleta en la mano, su tono era áspero y desafiante. Safia Gadafi dijo que ella siempre consideraría a Estados Unidos enemigo suyo, “a menos que condene a muerte a Reagan”».

—Es raro que una mujer de un país musulmán fundamentalista haga una aparición en público —comentó Kate.

—Bueno, si te han volado la casa, a la fuerza estás en público.

—Nunca lo había pensado. Eres muy inteligente.

—Gracias.

Volví de nuevo la vista al periódico y leí en voz alta:

—«“Sí alguna vez encuentro al piloto norteamericano que arrojó las bombas sobre mi casa”, declaró, “lo mataré yo misma”». Ahí tienes —dije a Kate—. Esta gente no oculta nada. El problema es que nosotros lo tomamos como mera retórica, pero ellos lo dicen totalmente en serio, como comprobaron el coronel Hambrecht, y el general Waycliff.

Asintió con la cabeza.

—No puedo creer que los mandamases de Washington no supieran lo que se avecinaba ni se dieran cuenta de que ya había llegado.

Kate no respondió.

—«En cuanto a su marido» —continué leyendo—, «no es ningún terrorista, explicó, porque, si lo fuese, “yo no tendría hijos con él”». Los terroristas pueden ser buenos padres —comenté—. Ésa es una afirmación sexista.

—¿Puedes limitarte a leer el maldito artículo sin hacer comentarios estúpidos? —exclamó Kate.

—Sí, señora. —Leí—: «Funcionarios libios han manifestado que en el bombardeo resultaron heridos dos de los hijos de Gadafi, uno de los cuales permanece aún en el hospital. Safia Gadafi declaró: “Algunos de mis hijos están heridos, otros están asustados. Tal vez sufran daños psicológicos”»

—Quizá otros niños también sufrieron daños psicológicos —dijo Kate.

—Seguro. Yo creo que tenemos un indicio de cómo se trastornó el pequeño Asad Khalil.

—Yo también lo creo.

Ambos permanecimos allí, digiriendo la noticia. Siempre es bueno saber por qué; ahora sabíamos por qué. Sabíamos también quién, qué, dónde y cuándo: Asad Khalil, misión de asesinato, en Estados Unidos, ahora. Sin embargo, no sabíamos exactamente *dónde* estaba, y *dónde* asestaría su próximo golpe. Pero estábamos cerca, y, por primera vez, sentí que teníamos cogido a aquel hijo de puta.

—Si no ha huido del país, es nuestro —le dije a Kate.

No hizo ningún comentario sobre esta optimista observación, y, dada la historia de Asad Khalil, yo mismo tenía mis dudas.

Pensé de nuevo en las manifestaciones de la señora Gadafi y en la supuesta relación entre los Gadafi y los Khalil, que tal vez hubiera sido más estrecha de lo que la señora Gadafi creía. Pensé también en la teoría de que Muammar había hecho matar tiempo atrás al capitán Khalil en París, y de que, evidentemente, Asad ni lo sabía ni lo sospechaba. Me pregunté también si el pequeño Asad sabía que tío Muammar salía de su tienda por las noches y cruzaba de puntillas la arena hasta la tienda de mamá. Yo tuve una vez un profesor que decía que muchos de los grandes acontecimientos históricos han sido influidos por el sexo, tanto conyugal como extraconyugal. Sé que esto es cierto en lo que a mi propia historia se refiere, de modo que ¿por qué no en lo que se refiere a la historia del mundo?

Traté de imaginar a aquella élite libia, y probablemente no se diferenciaba mucho de otras pequeñas autocracias en las que las intrigas cortesanas, los rumores palaciegos y los juegos del poder estaban a la orden del día.

—¿Crees que en aquel ataque moriría algún miembro de la familia de Asad Khalil? —le pregunté a Kate.

—Si nuestra información sobre la relación de la familia Khalil con los Gadafi es correcta —respondió—, podemos suponer que los Khalil estaban en aquel complejo,

Al Azziziyah, donde, según la señora Hambrecht, dejaron caer sus bombas cuatro aviones estadounidenses. Al parecer, Khalil ha matado a dos hombres que bombardearon Al Azziziyah. Tal vez lo haya hecho para vengar a los Gadafi pero, sí, yo creo que él y su familia estaban allí, y creo que tal vez sufriera una pérdida personal.

—Es lo que yo creo.

Traté de imaginarme a aquel tipo, Asad Khalil, arrojado de su cama una madrugada, mortalmente aterrorizado al ver el mundo reducido a escombros a su alrededor. Debía de haber montones de cuerpos muertos y pedazos de cuerpos. Supuse que había perdido miembros de su familia y traté de imaginar su estado de ánimo: miedo, conmoción, quizá el sentimiento de culpabilidad del superviviente y, finalmente, ira. Por último, en algún momento determinado, decidió vengarse. Y estaba en buena situación para hacerlo al ser víctima y formar parte también del grupo dirigente. Los servicios de inteligencia libios debieron de recibir a aquel chico como si fuese un nuevo profeta. Y el propio Khalil... ha albergado durante toda su vida un fuerte resentimiento, y desde el sábado ha estado viviendo su sueño. Su sueño, nuestra pesadilla.

—¿En qué piensas?

—En Khalil. En cómo vino de allí aquí. Toda su vida ha estado fantaseando con venir a Estados Unidos, y nosotros no lo sabíamos, aunque deberíamos haberlo sabido. Y no está aquí para empezar una nueva vida, ni para conducir un taxi o huir de la persecución o de la miseria económica. No era en él en quien pensaba Emma Lazarus.

—Ciertamente, no.

—Y hay más como él ahí fuera.

—Ciertamente, los hay.

Así pues, permanecemos en nuestros puestos, como se nos ordenaba, pero yo no valgo para estar sentado, leyendo y contestando estúpidas llamadas telefónicas. Yo quería llamar a Beth pero la situación al otro lado de mi mesa había cambiado, así que escribí como correo electrónico para la Penrose lo siguiente: «No puedo hablar ahora... Grandes novedades en el caso... Puede que salga de la ciudad esta tarde... Gracias por el beso muy grande».

Vacilé ante el teclado. «De modo que, en conclusión...» No, eso no quedaba bien. Finalmente, tecleé: «Necesito hablar contigo. Llamaré pronto».

Vacilé de nuevo y luego envié el mensaje. «Necesito hablar», naturalmente, lo dice todo cuando se ha pasado por ahí. Taquigrafía de enamorados, según mi mujer. *John, necesitamos hablar, o sea, que te den por el culo.*

—¿A quién le mandas un *e-mail*? —preguntó Kate.

—A Beth Penrose.

Silencio. Luego:

—Espero que no hayas utilizado el correo electrónico para decirle...

—Oh... no...

—Sería realmente frío.

—¿Qué tal un fax?

—Tienes que decírselo en persona.

—¿En persona? Ni siquiera tengo tiempo para hablar *conmigo* en persona.

—Bueno... una llamada telefónica servirá. Saldré mientras tanto.

—No. Me ocuparé de ello más tarde.

—A menos que no quieras hacerlo. Comprendo.

Sentí que empezaba a dolerme la cabeza.

—De verdad. Comprendo que quieras pensarlo.

¿Por qué no me lo creía?

—Lo que sucedió anoche no te obliga a nada. Los dos somos adultos. Así que dejaremos reposar las cosas y nos lo tomaremos con calma. Cada cosa a su tiempo...

—¿Has agotado ya los tópicos?

—Vete al infierno. —Se levantó y se fue.

Yo me habría puesto en pie de un salto para seguirla pero creo que ya habíamos atraído una cierta atención por parte de nuestros colegas, así que me limité a sonreír y a silbar *Dios bendiga América* mientras miembros de la Liga Antisexo de la BAT comunicaban por correo electrónico al Gran Hermano la posible comisión de un crimen sexual.

Aquello me recordó que necesitaba unos calzoncillos limpios. Había cerca una tienda de prendas masculinas, y tenía previsto pasarme por ella más tarde. Iba a dejar que Kate me ayudara a elegir una camisa y una corbata.

De todos modos, volviendo al terrorista más buscado de Norteamérica, entré en mi correo electrónico y vi un mensaje de la sección de contraterrorismo de Washington con la mención «Urgente». La distribución se limitaba exclusivamente a los que estábamos en el centro de mando provisional. Leí en la pantalla:

La Fuerza Aérea nos informa de que puede resultar difícil identificar a los pilotos que llevaron a cabo la misión de Al Azziziyah. Existen datos de escuadrillas completas y unidades mayores pero se precisa ulterior investigación para las unidades inferiores.

Pensé en ello. Parecía convincente pero yo tenía ya tal paranoia que no creería ni un letrero de «Salida». Leí el resto del comunicado:

Hemos pasado a Fuerza Aérea lo sustancial de la conversación telefónica entre Rose Hambrecht y agente de Nueva York, es decir, cuatro aviones, F-111, en misión sobre Al Azziziyah, ocho aviadores, asesinato del general Waycliff, etc., véase sobre esto comunicado anterior. Personal y sección de historia de FA están buscando nombres según indicado. Se ha contactado telefónicamente con señora Hambrecht pero se niega a revelar nombres por teléfono. Se ha despachado un oficial con escolta de la BFA Wright-Patterson en Dayton, Ohio, a la casa de Hambrecht, en Ann Arbor. La señora Hambrecht dice que les revelará los nombres a ellos

personalmente, con identificación adecuada y exención expresa de cualquier responsabilidad por ello. Informaremos.

Imprimí el mensaje, tracé un círculo rojo en torno a la mención «Urgente» y lo eché sobre la mesa de Kate.

Pensé en la situación. En primer lugar, la señora H. era una mujer enérgica y firme, y ninguna clase de amenazas, súplicas o halagos la inducirían a hacer lo que desde que se convirtió en una esposa de la Fuerza Aérea, hacía ya mucho tiempo, se le había dicho que no hiciese.

En segundo lugar, se me ocurrió que, irónicamente, las medidas de seguridad establecidas para proteger de represalias a aquellos aviadores eran precisamente lo que nos mantenía en la ignorancia de lo que estaba pasando y nos impedía protegerlos.

Era evidente también que las medidas de seguridad habían fallado en algún punto. Por eso. Asad Khalil tenía una lista de nombres, y nosotros, no. ¿Pero qué nombres tenía él? ¿Sólo los de aquellos ocho aviadores de la misión sobre Al Azziziyah? Ésos eran los hombres que quería matar. ¿Y tenía los ocho nombres? Probablemente.

Repasé mentalmente los datos. Ocho hombres, uno muerto en el Golfo, uno asesinado en Inglaterra, uno asesinado con su mujer y en su casa de Capitol Hill, nada menos. Uno estaba gravemente enfermo, según la señora Hambrecht. Eso dejaba cuatro víctimas probables..., cinco si el enfermo no moría antes de que Khalil lo matase. Pero, como he dicho, yo no tenía la menor duda de que algunos de ellos ya estaban muertos. Quizá todos, además de otras personas que se hallaban en el lugar equivocado en el momento equivocado, como la señora Waycliff y el ama de llaves.

Resulta un poco turbadora la situación cuando tu propio país se convierte en primera línea de combate. Yo no suelo rezar, y nunca por mí mismo, pero recé por aquellos hombres y sus familias. Recé por los muertos conocidos, por los muertos probables y por los que no tardarían en morir.

Y entonces, tuve una brillante idea, consulté mi agenda telefónica personal y marqué un número.

Capítulo 45

El Learjet continuó ascendiendo por encima de Colorado Springs. Asad Khalil pasó al lado izquierdo del aparato y se sentó en el último asiento. Contempló las elevadas montañas mientras el avión mantenía su rumbo hacia el norte. Le parecía que el avión había subido ya por encima de la montaña más alta y, sin embargo, seguía avanzando en dirección norte. De hecho, ya no podía ver al frente la dilatada extensión iluminada de Denver.

Consideró la posibilidad de que los pilotos hubieran recibido un aviso por radio y tuvieran intención de fingir un problema mecánico para aterrizar en algún solitario aeropuerto, donde lo estarían esperando las autoridades. Había una forma sencilla y rápida de averiguarlo.

Se levantó y avanzó por el pasillo central en dirección a la carlinga. La divisoria continuaba abierta, y Khalil se situó detrás de los dos pilotos.

—¿Algún problema? —preguntó.

El capitán Fiske lo miró por encima del hombro y respondió:

—No, señor. Todo va bien.

Khalil observó atentamente a los dos pilotos. Siempre podía notar cuándo alguien le estaba mintiendo, o cuándo alguien se sentía inquieto, por muy buen actor que ese alguien imaginara ser. No parecía haber en el talante de aquellos dos hombres nada que apuntara a la existencia de un problema, aunque le habría gustado poder mirarlos a los ojos.

—Estamos empezando a virar hacia el oeste —dijo el capitán Fiske—, por encima de las montañas. Encontraremos algunas turbulencias, señor Perleman, así que quizá deba regresar a su asiento.

Khalil se volvió y se sentó de nuevo. Se encendió el letrero que indicaba la necesidad de abrocharse el cinturón, que el capitán no había usado antes, mientras sonaba una señal acústica.

El Lear viró hacia la izquierda, inclinando las alas, luego enderezó el vuelo y continuó en el nuevo rumbo. A los pocos minutos, el avión empezó a verse sacudido por corrientes de aire ascendente. Khalil notó que el reactor continuaba ganando altura, con el morro alzado en pronunciado ángulo.

El piloto descolgó el interfono:

—Acabamos de recibir la autorización para el vuelo directo a San Diego. El tiempo de vuelo será de una hora y cincuenta minutos, lo que nos dejará en tierra aproximadamente a las seis quince, hora de California. Eso es una hora antes que la hora de las Rocosas, señor.

—Gracias, creo que ya entiendo las zonas horarias.

—Sí, señor.

De hecho, pensó Khalil, desde que salió de París había estado viajando con el sol, y los primeros cambios horarios le habían regalado varias horas adicionales, aunque realmente no las necesitaba. Su próximo cambio horario lo llevaría a través de la línea internacional de cambio de fecha, sobre el océano Pacífico, y, como había dicho Malik: «Cuando cruces esa línea, el capitán lo anunciará, y La Meca estará al oeste, no al este. Comienza tus oraciones mirando al este y termínalas mirando al oeste. Dios te oirá con los dos oídos, y tendrás asegurado un feliz regreso a casa».

Khalil se recostó en la butaca de cuero, y sus pensamientos pasaron de Malik a Boris. Se dio cuenta de que últimamente pensaba más en Boris que en Malik. Boris había sido su primer oficial instructor respecto a Estados Unidos y las costumbres norteamericanas, de modo que era natural que Khalil pensara más en Boris que en los otros, que habían adiestrado su mente, su cuerpo y su alma para aquella misión. Boris le había puesto al corriente de la decadente cultura en que ahora se hallaba inmerso, aunque Boris no siempre encontraba tan decadente la cultura norteamericana.

—En realidad, hay muchas culturas en América —le había dicho Boris—, desde muy altas hasta muy bajas. Hay también muchas personas, como tú mismo, Asad, que creen profundamente en Dios, y hay otras que solamente creen en el placer, el dinero y el sexo. Hay patriotas y hay quienes se muestran enemigos del gobierno central. Hay hombres honrados y hay ladrones. El norteamericano medio es básicamente más honrado que los libios con los que he tratado, pese a vuestro amor por Alá. No subestimes a los norteamericanos; han sido subestimados por los británicos, los franceses, los señores de la guerra japoneses, Adolf Hitler y por mi antiguo gobierno. Los imperios británico y francés han desaparecido, y también Hitler, el imperio japonés y el imperio soviético. Los norteamericanos continúan con nosotros.

Khalil recordaba haber contestado a Boris:

—El siglo próximo pertenece al islam.

—Lleváis mil años diciendo eso —replicó Boris, riendo—. Te diré lo que va a derrotaros: vuestras mujeres. Ellas no van a continuar soportando mucho más tiempo vuestras necedades. Los esclavos se convertirán en dueños de sí mismos. Lo he visto en mi propio país. Un día, vuestras mujeres se hartarán de llevar velo, se hartarán de ser maltratadas, de ser muertas por follar con un hombre, de estarse metidas en casa, desperdiciando sus vidas. Cuando ese día llegue, más os valdrá que los tipos como tú y como vuestros jodidos *mullahs* estén dispuestos a negociar.

—Si fueses musulmán, eso sería una blasfemia, y yo te mataría en el acto.

A lo que Boris había replicado:

—*Yob vas.* —Luego dio a Khalil un puñetazo en el plexo solar y se alejó, dejando a Khalil doblado sobre sí mismo y pugnando por respirar.

Khalil recordaba que ninguno de los dos volvió a hablar del incidente pero ambos sabían que Boris ya era hombre muerto, por lo que el incidente no necesitaba de ninguna resolución ulterior; era el equivalente de un condenado a muerte

escupiéndole en un ojo al hombre que lo debía decapitar.

El avión continuaba ascendiendo, zarandeado por los vientos de la montaña. Khalil miró hacia abajo y vio las nevadas cumbres iluminadas por la luz de la luna, pero ésta no penetraba en los tenebrosos valles.

Se acomodó de nuevo en su asiento y volvió a pensar en Boris. Pese a todas sus blasfemias, sus borracheras y su arrogancia, había demostrado ser un buen maestro. Boris conocía Estados Unidos y los norteamericanos. Khalil descubrió una vez que sus conocimientos no habían sido acumulados enteramente durante su estancia en Norteamérica; de hecho, Boris había trabajado en un campo de instrucción secreto en Rusia, un establecimiento del KGB llamado, según recordaba Khalil, Escuela de Formación de la señora Ivanova, donde los espías rusos habían aprendido a hacerse norteamericanos.

Boris le había mencionado una vez este secreto, en un momento de embriaguez, naturalmente, y le había dicho que era uno de los últimos grandes secretos que el antiguo KGB no había revelado jamás tras el desmoronamiento de la Unión Soviética. Según Boris, también los norteamericanos querían que este secreto permaneciera enterrado para siempre. Khalil no tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo Boris, y éste no lo volvió a mencionar, ni aun después de mucha insistencia por parte de Khalil.

En cualquier caso, Boris aseguraba que, durante su permanencia en aquella escuela, había llegado a un conocimiento del alma y el espíritu norteamericanos mucho mayor del que había adquirido viviendo en Estados Unidos. De hecho, Boris había dicho en una ocasión:

—Hay veces en que creo que soy norteamericano. Recuerdo que fui una vez a un partido de béisbol en Baltimore, y cuando sonó *La bandera estrellada* me puse en pie y sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas. Naturalmente —añadió—, todavía siento lo mismo cuando oigo *La internacional*. —Sonrió—. Quizá he desarrollado varias personalidades.

Khalil recordaba haberle dicho a Boris:

—Mientras no desarrolles varias lealtades, serás más y más feliz cada vez.

Crepitó de nuevo el interfono, irrumpiendo en los recuerdos de Khalil.

—Señor Perleman —dijo el capitán Fiske—, le pido disculpas por las turbulencias, pero es un fenómeno típico de una cordillera.

Khalil se preguntó por qué el capitán había de pedir disculpas por algo que dependía de Dios, no de él.

—El viento amainará dentro de unos veinte minutos —continuó el capitán—. Nuestro plan de vuelo nos llevará esta noche en dirección suroeste, a través de Colorado, sobrevolando lo que se conoce como los Cuatro Ángulos, el lugar en que confluyen las fronteras de Colorado, Nuevo México, Arizona y Utah. Continuamos luego hacia el suroeste cruzando la parte septentrional de Arizona. Desgraciadamente, no podrá usted ver mucho después de que se haya puesto la luna,

pero seguramente podrá distinguir el desierto y las mesetas.

Khalil había visto en su vida más desierto que todo el desierto junto que aquellos dos habían visto en sus vidas. Cogió el interfono y dijo:

—Avísenme, por favor, cuando pasemos sobre el Gran Cañón.

—Sí, señor. Un momento..., sí, dentro de cuarenta minutos pasaremos a unas cincuenta millas al sur del borde meridional. Podrá ver por la derecha la zona general del Cañón y, ciertamente, la meseta que se extiende más allá. Pero me temo que no se verá muy bien desde esa distancia y a esta altura.

Khalil no tenía el menor interés en ver el Gran Cañón. Sólo se estaba asegurando de ser despertado si se dormía.

—Gracias —dijo—. No dude en despertarme cuando nos aproximemos al Cañón.

—Sí, señor.

Khalil inclinó el respaldo de su asiento hacia atrás y cerró los ojos. Pensó de nuevo en el coronel Callum y se sintió convencido de haber tomado la decisión adecuada al dejar que el Ángel de la Muerte se las hubiera con aquel asesino. Pensó también en su siguiente visita, al teniente Wiggins. Wiggins, según le habían dicho en Trípoli, era un hombre de movimientos erráticos, diferente de los hombres de costumbres fijas y existencia predecible que ya había matado. Por esta razón, y porque Wiggins venía al final de su lista, habría alguien en California para ayudarlo. Khalil no quería ni necesitaba ayuda pero esta parte de su misión era la más crítica, la más peligrosa y también, como pronto descubriría el mundo, la más importante.

Khalil sintió que se quedaba dormido y volvió a soñar con un hombre que lo acechaba. Era un sueño desconcertante en el que él y el hombre volaban sobre el desierto. Khalil delante, el hombre tras él pero fuera de la vista, y, volando sobre ambos, planeaba el Ángel de la Muerte que él había visto en el oasis de Kufra. Notaba que el Ángel estaba deliberando sobre a cuál de los dos hombres tocaría y haría caer a tierra.

Este sueño se transformó en otro sueño en que él y la mujer piloto volaban desnudos, cogidos de la mano en busca de una azotea donde posarse para poder entregarse al placer carnal. Cada edificio que veía abajo había sido destruido por una bomba.

Crepitó el interfono, y Khalil despertó con un sobresalto, la cara cubierta de sudor y su órgano erecto.

—Puede ver el Gran Cañón a su derecha, señor Perleman —dijo el piloto.

Khalil inspiró profundamente, carraspeó y dijo por el interfono:

—Gracias.

Se levantó y fue al lavabo. Mientras se mojaba la cara y las manos con agua fría, los sueños continuaban bullendo en su mente.

Volvió a su asiento y miró por la ventanilla. La luna llena estaba a punto de ponerse en el horizonte, y abajo la tierra se hallaba sumida en la oscuridad.

Cogió el teléfono y marcó un número de memoria. Contestó una voz de hombre.

—Diga.

—Aquí, Perleman —dijo Khalil—. Disculpe que lo haya despertado.

—Aquí, Tannenbaum. No importa. Duermo solo.

—Excelente. Llamaba para ver si tenemos posibilidad de hacer negocios.

—Aquí hay un buen clima para los negocios —dijo el hombre.

—¿Y dónde están nuestros competidores?

—No se los ve por ninguna parte.

Una vez finalizada la ensayada conversación, Khalil terminó con:

—Espero nuestra entrevista con interés.

—La celebraremos tal como convinimos.

Khalil colgó, inspiró profundamente y cogió el interfono.

Respondió el capitán:

—¿Sí, señor Perleman?

—Mi llamada telefónica me obliga a otro cambio de planes —dijo Khalil.

—Sí, señor.

Boris había dicho a Khalil: «El señor Perleman no debe presentar excesivas disculpas cuando siga cambiando sus planes de vuelo. El señor Perleman es judío, paga buen dinero y quiere un buen servicio por su dinero. Los negocios son lo primero; las molestias que su desarrollo reporte a los demás le traen sin cuidado».

—Ahora necesito ir a Santa Mónica —dijo Khalil—. Supongo que no es molestia.

—No, señor —respondió el piloto—. No hay mucha diferencia en tiempo de vuelo desde nuestra posición actual.

Khalil ya lo sabía.

—Excelente.

—A esta hora no habrá ninguna demora con Control de Tráfico Aéreo —continuó el capitán Fiske.

—¿Cuál es nuestro tiempo de vuelo a Santa Mónica?

—Estoy introduciendo las coordenadas, señor... Bien, nuestro tiempo de vuelo será de unos cuarenta minutos, lo que nos llevará al aeropuerto municipal a eso de las seis de la mañana. Tal vez tengamos que reducir la velocidad en ruta para tener seguridad de aterrizar después de las seis y cumplir así la orden de silencio nocturno.

—Comprendo.

Veinte minutos después, el Learjet comenzó su descenso, y, a la débil luz del amanecer que clareaba a su espalda, Khalil pudo ver una hilera de montañas bajas.

El capitán Fiske anunció por el interfono:

—Estamos empezando el descenso, señor, así que quizá quiera sujetarse el cinturón. Tenemos al frente los montes San Bernardino. Puede ver también las luces del extremo oriental de Los Ángeles allá abajo. El aeropuerto de Santa Mónica queda delante y a la izquierda, cerca de donde la costa se une al océano. Estaremos en tierra dentro de diez minutos.

Khalil no respondió. Sentía cómo el avión acentuaba el ángulo de descenso y

podía ver debajo de él enormes carreteras iluminadas.

Puso su reloj de pulsera con la hora de California, las 5.55 en aquel momento.

Oyó al piloto hablar por radio pero no podía oír lo que decía su interlocutor, porque los pilotos escuchaban a través de sus auriculares. No siempre habían utilizado los auriculares durante el vuelo desde Nueva York, y Khalil había podido oír de vez en cuando sus transmisiones por radio. No albergaba ninguna suspicacia por el uso de los auriculares pero valía la pena estar atento por si se producían otras pequeñas desviaciones.

Este vuelo había sido planeado en Trípoli para que su cambio de destino, anunciado sobre el Gran Cañón, lo dejase en Santa Mónica no más tarde o, incluso, unos minutos antes que si hubiera aterrizado en San Diego, y no antes de que lo permitiera la exigencia de mantenimiento del silencio nocturno. Si lo estaban esperando en San Diego y descubrían que iba a Santa Mónica, disponían de menos de cuarenta minutos para tenderle una trampa allí. Si hacía falta más tiempo para preparar la trampa, el piloto le informaría de algún retraso, y Asad Khalil solicitaría un nuevo cambio de plan de vuelo, esta vez con una pistola apuntando a la cabeza del piloto. Su aeropuerto alternativo sería una pequeña instalación abandonada de los montes San Bernardino, a sólo unos minutos de vuelo de donde se encontraban ahora. Allí lo esperaba un coche con las llaves sujetas con cinta adhesiva bajo el eje del volante. Las autoridades no tardarían en saber quién disponía de ventaja: era Asad Khalil, a bordo de un reactor privado y con una pistola en la mano.

Sobrevolaron el océano y luego volvieron hacia la costa y continuaron el descenso.

Se mantuvo atento a alguna indicación de retraso en la toma de tierra, pero oyó el sonido del tren de aterrizaje al desplegarse y luego vio extenderse los alerones de la parte posterior de las alas. Las luces de aterrizaje parpadeaban en las puntas de las alas y sus destellos penetraban en la cabina por las ventanillas.

Sabía que todos estos cambios en los planes de vuelo no garantizaban su seguridad en tierra. Pero, como existía la posibilidad de cambiar los planes casi a voluntad, se decidió hacerlo así, aunque sólo fuera por ponerles más difíciles las cosas a los norteamericanos si trataban de atraparlo.

Malik le había enseñado dos películas interesantes. En la primera, filmada a cámara lenta, un león perseguía a una gacela. La gacela cambiaba de rumbo torciendo a la izquierda, y Malik dijo: «Observa que el león no reacciona torciendo más aún a la izquierda para interceptar a su presa. El león sabe que la gacela puede cambiar rápidamente de dirección a la derecha, y el león se distanciará de su presa y la perderá. El león sólo cambia de dirección en el mismo ángulo que su presa y sigue directamente detrás de ella. No quiere dejarse engañar, y sabe que su velocidad le permitirá alcanzar incluso a la gacela, siempre que concentre su atención en los cuartos traseros de ésta». La película terminaba con el león saltando sobre las ancas de la gacela, que se desplomaba bajo el peso de su perseguidor y esperaba inmóvil la

muerte.

La otra película mostraba a un león perseguido a través de una herbosa pradera por un Land Rover en el que viajaban dos hombres y dos mujeres. Según el narrador, las personas del vehículo trataban de aproximarse al león lo suficiente para dispararle un dardo tranquilizante, a fin de capturarlo para alguna finalidad científica.

Esta película estaba rodada también a cámara lenta, y Khalil observó que, al principio, el león trataba de confiar en su velocidad para distanciarse del vehículo pero, a medida que se fatigaba, torcía hacia la derecha, y el vehículo iba también a la derecha pero en ángulo más agudo, para interceptar al león. Sin embargo, el león, que se encontraba ahora en la situación de una gacela, sabía por instinto y por experiencia lo que estaba haciendo el vehículo y torcía súbitamente a la izquierda, y el vehículo quedaba a mucha distancia de él por la derecha. La película terminó, y Khalil nunca supo si el león escapaba.

Malik había dicho: «El león, cuando es él el cazador, mantiene la atención centrada en su presa. El león, cuando es objeto de caza, confía en su saber y su instinto de cazador para burlar a sus perseguidores. Hay ocasiones en que debes cambiar de dirección para escapar de quienes te persiguen, y otras en que un innecesario cambio de dirección permite escapar a tu presa. El peor cambio de dirección es el que te conduce directamente a una trampa. Has de saber cuándo cambiar de rumbo, y cuándo aumentar tu velocidad y cuándo reducir la marcha si hueles peligro ante ti. Has de saber también cuándo pararte y fundirte con la vegetación. Una gacela que ha escapado del león vuelve pronto a pastar descuidadamente. La gacela está llenándose beatíficamente de hierba la barriga, sin hacer ejercicio. El león sigue deseando su carne y esperará a que la gacela engorde y se haga más lenta».

El Learjet pasó sobre la vertical del principio de la pista, y Khalil miró por la ventanilla mientras el aparato se posaba sobre la pista de cemento.

El Lear se detuvo rápidamente y rodó luego por una calzada lateral. Minutos después, el Learjet llegaba a una desierta zona de Aviación General.

Khalil observó atentamente los alrededores a través de la ventanilla de la cabina y luego se levantó, cogió el maletín, se dirigió a la parte delantera del aparato y se arrodilló detrás de los pilotos. Escrutó el lugar por las ventanillas de la carlinga y vio ante ellos a un hombre que sostenía en las manos un juego de varillas luminosas para guiar al avión hasta una zona de estacionamiento situada justamente enfrente del edificio.

El capitán Fiske apagó los motores y se dirigió a su pasajero:

—Hemos llegado, señor Perleman. ¿Necesita que se le lleve a alguna parte?

—No. Vienen a buscarme. —*Aunque no sé quién.* Khalil continuó mirando por las ventanillas de la carlinga.

El copiloto, Sanford, se soltó el cinturón, se puso en pie y, murmurando una disculpa, pasó por delante de su pasajero.

Sanford abrió la puerta, y una suave brisa entró en el avión. Sanford salió, y Asad Khalil lo siguió, dispuesto a despedirse de él o a pegarle un tiro en la cabeza, según lo que sucediera en los segundos siguientes.

El capitán Fiske salió también del aparato, y los tres hombres quedaron parados, juntos, en el aire fresco del amanecer.

—Me reuniré con mi colega en la cafetería —dijo Khalil.

—Sí, señor —dijo el capitán Fiske—. La última vez que estuve aquí había una cafetería en ese edificio de dos pisos. Debería estar abierta ya.

Los ojos de Khalil recorrieron rápidamente los hangares y los edificios de mantenimiento, sumidos todavía en las sombras de la madrugada.

—Por allí, señor —dijo el capitán Fiske—. Aquel edificio de las ventanas.

—Sí, lo veo. —Consultó su reloj y dijo—: Van a llevarme a Burbank. ¿Cuánto se tarda en coche?

Los dos pilotos reflexionaron durante unos instantes.

—Bueno —respondió finalmente Sanford—, el aeropuerto de Burbank está sólo a unas doce millas al norte de aquí, por lo que no se tardará mucho en coche. Unos veinte o treinta minutos quizá.

Por si los pilotos se extrañaban, Khalil dijo:

—Tal vez debería haber ido directamente a su aeropuerto.

—Bueno, allí no se autorizan aterrizajes ni despegues hasta las siete de la mañana.

—Ah, entonces por eso mi colega me dijo que me recibiría aquí.

—Sí, señor. Probablemente.

De hecho, Khalil sabía todo eso, y sonrió para sus adentros al pensar en la reacción de sus pilotos cuando más adelante descubrieran que su pasajero no era tan ignorante como lo habían sido ellos con respecto a sus planes de vuelo.

—Gracias —les dijo. Se dirigió a los dos hombres y añadió—: Y les quedo reconocido por su ayuda y su compañía.

Ambos pilotos respondieron que había sido un placer tenerlo a bordo. Khalil dudaba de su sinceridad, pero dio a cada uno un billete de cien dólares.

—Solicitaré que sean ustedes dos quienes me atiendan la próxima vez que necesite sus servicios —dijo.

Dieron las gracias al señor Perleman, se llevaron la mano a la gorra y se alejaron en dirección al hangar abierto.

Asad Khalil quedó solo, desprotegido en la amplia extensión, esperando que la quietud reinante estallara en un caos de gritos y hombres corriendo. Pero no sucedió nada, lo cual no le sorprendió. No percibía ningún peligro y sentía la presencia de Dios en el sol naciente.

Se dirigió con paso tranquilo hacia el edificio de cristal situado a la derecha del hangar y entró.

Encontró la cafetería y vio a un hombre sentado solo a una mesa. El hombre

vestía vaqueros y camiseta azul y estaba leyendo *Los Angeles Times*. Al igual que él, tenía rasgos semíticos y era aproximadamente de su misma edad. Asad Khalil se le acercó.

—¿Señor Tannenbaum? —preguntó.

El hombre se puso en pie.

—Sí. ¿Señor Perleman?

Se estrecharon la mano, y el hombre que se llamaba a sí mismo Tannenbaum preguntó:

—¿Quiere tomar un café?

—Creo que debemos irnos —respondió Khalil, y salió de la cafetería.

El hombre pagó su café en la caja y se reunió fuera con el señor Perleman. Salieron del edificio y echaron a andar en dirección al *parking*.

—¿Ha tenido un buen viaje? —preguntó el señor Tannenbaum, hablando todavía en inglés.

—¿Estaría aquí, si no?

El hombre no respondió. Percibía que el compatriota que caminaba a su lado no buscaba compañía ni conversación.

—¿Está seguro de que no lo han seguido? —preguntó Khalil.

—Sí, estoy seguro. No estoy implicado en nada que pudiera atraer la atención de las autoridades.

—Ahora lo está. No haga suposiciones de ese tipo, amigo —replicó Khalil en árabe.

—Desde luego. Le ruego me disculpe —contestó en árabe el otro.

Se aproximaron a una furgoneta estacionada en el *parking*. En uno de sus costados se leía: «Servicio rápido de reparto - Local y estatal - Entrega garantizada en el día o al día siguiente». Seguía un número de teléfono.

El hombre abrió las puertas y se sentó al volante. Khalil subió al asiento del copiloto y miró a la trasera de la furgoneta, en la que se veía una docena de paquetes.

El hombre puso el motor en marcha.

—Sujétese el cinturón para que no nos pare la policía —pidió.

Khalil se sujetó el cinturón, conservando sobre las rodillas el maletín negro.

—Carretera Cuatro-Cinco-Cero, norte —ordenó.

El hombre arrancó, salió del *parking* y luego dejó atrás el aeropuerto municipal. A los pocos minutos circulaban por una interestatal en dirección norte. Khalil y el conductor miraban sus respectivos espejos retrovisores en tanto el coche iba ganando velocidad.

El cielo se había llenado de claridad, y Khalil miró a su alrededor mientras continuaban avanzando hacia el norte. Vio indicadores de salidas a Century City, Estudios de la Twentieth Century Fox, West Hollywood, Beverly Hills y algo llamado UCLA. Khalil sabía que Hollywood era el lugar donde se hacían las películas norteamericanas pero el tema no le interesaba y su conductor no se prestó a

informarle.

—En la trasera llevo unos paquetes dirigidos al señor Perleman —dijo el conductor.

Khalil no respondió.

—Naturalmente —añadió el conductor—, no sé qué hay en ellos pero confío en que encuentre usted todo lo que necesita.

Khalil siguió sin responder.

El conductor permaneció en silencio, y Khalil advirtió que se estaba poniendo nervioso, así que se dirigió a él por su verdadero nombre:

—De modo, Azim, que eres de Bengasi.

—Sí.

—¿Echas de menos a tu país?

—Desde luego.

—Y echas de menos a tu familia. Tengo entendido que tu padre vive todavía en Libia.

Azim titubeó.

—Sí.

—Pronto podrás visitarlo y llenar de regalos a tu familia.

—Sí.

Permanecieron un rato en silencio, y ambos continuaron mirando los espejos retrovisores.

Se aproximaban al cruce de la Interestatal con la autovía de Ventura. Al este quedaba Burbank, y al oeste, Ventura.

—Me dijeron que tenía usted la dirección del lugar de su entrevista —observó Azim.

—A mí me dijeron que la tenías tú —replicó Khalil.

Azim estuvo en un tris de salirse de la carretera y empezó a tartamudear:

—No... no... Yo no sé nada... me dijeron...

Khalil se echó a reír y le puso la mano en el hombro.

—Oh, sí. Lo olvidaba. Tengo la dirección. Toma la salida a Ventura.

Azim forzó una sonrisa e incluso consiguió soltar una risita. Luego pasó al carril derecho y tomó la salida hacia Ventura.

Asad Khalil miró el amplio valle lleno de casas y edificios comerciales y luego volvió la vista hacia los altos montes que se alzaban a lo lejos. Reparó también en las palmeras, que le recordaron a su país.

Ahuyentó los recuerdos de la patria y pensó en su próximo bocado. Elwood Wiggins había sido una presa escurridiza pero finalmente lo había localizado en Burbank. Después, se había trasladado inesperadamente al lugar llamado Ventura, más al norte a lo largo de la costa. De hecho, este traslado resultó fatal y situó a Wiggins más cerca de donde Asad Khalil se proponía poner fin a su visita a Estados Unidos. Khalil no podía dudar de que la mano de Alá estaba moviendo a los últimos

jugadores de la partida que se estaba llevando a cabo.

Si el teniente Wiggins estaba en casa, Asad Khalil podría terminar su negocio y pasar a otro todavía por realizar.

Si el teniente Elwood Wiggins no estaba en casa, cuando finalmente regresara a ella encontraría allí a un león hambriento esperando para desgarrarle la garganta.

Khalil soltó una risita, y Azim lo miró y sonrió, pero su sonrisa se esfumó en el acto al ver la expresión que acompañaba a la risa. Azim sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca mientras miraba a su pasajero, que parecía haberse transformado de hombre en bestia.

Capítulo 46

Marqué un número de Washington, D. C, y una voz respondió:

—Homicidios. Detective Kellum.

—Aquí John Corey, de la policía de Nueva York, Homicidios. Busco al detective Calvin Childers.

—Tiene coartada para esa noche.

Todo el mundo tiene su veta de gracioso. Seguí el juego y respondí:

—Es negro, va armado y es mío.

Kellum se echó a reír.

—Un momento —dijo.

Esperé un minuto, y Calvin Childers se puso al aparato.

—Hola, John. ¿Qué tal por la Gran Manzana?

—De maravilla, Cal. La misma mierda de siempre. —Terminadas las cortesías, dije—: Estoy trabajando en el asunto de la Trans-Continental.

Soltó una exclamación de sorpresa.

—Vaya, ¿cómo te has metido en *eso*?

—Es una larga historia. Para serte sincero, ahora estoy trabajando para el FBI.

—Sabía que acabarías mal.

Reímos los dos. Cal Childers y yo habíamos asistido años atrás al antes mencionado seminario celebrado en el cuartel general del FBI, y simpatizamos mutuamente por razones que tenían que ver sobre todo con nuestros problemas con la autoridad y con los federales. Fue Cal quien me contó el estúpido chiste de la fiscal general.

—¿Has averiguado ya quién mató a los Wheaties? —le pregunté.

Se echó a reír y exclamó:

—Oye, ¿eran de piedra aquellos tíos o qué? Estaban allí sentados, con su cara de palo y sin tan siquiera la sombra de una sonrisa. ¿Trabajas para esos gilipollas?

—Estoy con un contrato corto y atado más corto aún.

—Ya. ¿Y qué puedo hacer por ti?

—Verás... ¿quieres que sea sincero o tengo que andar con esas chorradas de cuanto menos sepas mejor?

—¿Estamos en antena?

—Probablemente.

—¿Tienes un móvil?

—Claro.

—Llámame.

Me dio su número directo. Colgué y le dije a Kate, que había vuelto de

dondequiera que sea adonde van las mujeres cuando se cabrean:

—Disculpa. ¿Puedo usar tu móvil?

Estaba haciendo algo en su ordenador, y, sin pronunciar palabra ni dirigirme una mirada, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y me dio su teléfono.

—Gracias. —Marqué el número directo de Calvin, contestó, y dije—: Bien, ¿estás trabajando en el caso del general Waycliff?

—No. Pero conozco a los tipos que lo llevan.

—Estupendo. ¿Tienen alguna pista?

—No, ¿y tú?

—Tengo el nombre del asesino.

—¿Sí? ¿Está detenido?

—Todavía no. Por eso necesito tu ayuda.

—Descuida. Dame el nombre del asesino.

—Descuida. Dame una ayuda.

Cal se echó a reír.

—De acuerdo, ¿qué necesitas?

—El trato es el siguiente. Necesito los nombres de unos tipos que participaron en una misión de bombardeo con el difunto general. Te lo diré con claridad, esos nombres son alto secreto, y la Fuerza Aérea y el Departamento de Defensa se niegan en redondo a cooperar, o se hacen los remolones, o quizá es que no saben quiénes son.

—¿Cómo voy a saberlo yo entonces?

—Bueno, puedes preguntárselo discretamente a la familia, o puedes ir a la casa del difunto y echar un vistazo. Mira en su agenda, o en sus archivos. Tal vez haya una foto o algo así. Creía que eras un detective.

—Soy un detective, no un puñetero adivino. Dame algo más.

—Está bien. La misión de bombardeo se desarrolló sobre un lugar de Libia llamado... —miré el artículo que tenía sobre la mesa y dije—: Al Azziziyah.

—Yo tengo un sobrino que se llama Al Azziziyah.

¿He dicho que los dos teníamos un extraño sentido del humor?

—Es un *lugar*, Cal. En Libia. Cerca de Trípoli.

—Oh, sí. ¿Por qué no lo habías dicho? Ahora está todo claro.

—La cuestión es que estoy casi seguro de que el general Waycliff fue asesinado por ese tipo, Asad Khalil.

—¿El tío que se cargó a todo el avión?

—El mismo.

—¿Qué diablos está haciendo en Washington?

—Matar gente. Está en acción. Y creo que quiere eliminar a todos los pilotos y tripulantes que participaron en esa incursión sobre Al Azziziyah.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque quiere vengarse. Yo creo que vivía allí, y quizá algunas de aquellas

bombas mataron a gente que él conocía. ¿Entiendes?

—Sí... O sea, que ahora se está desquitando.

—Exacto. La misión de bombardeo se llevó a cabo el 15 de abril de 1986. Participaron cuatro aviones F-111, tripulaciones de dos hombres, con un total de ocho individuos. Uno de ellos, el coronel William Hambrecht, fue asesinado a hachazos en enero en las proximidades de la base aérea de Lakenhead, en Inglaterra. Está luego el general Waycliff, que intervino en la incursión. Otro tipo, cuyo nombre no conozco, murió en la guerra del Golfo, de modo que ya tienes dos nombres, Hambrecht y Waycliff. Quizá haya una foto de grupo o algo así.

—Entiendo. —Al cabo de unos instantes preguntó—: ¿Por qué habría de esperar tanto tiempo ese sujeto para saldar cuentas?

—Era un chiquillo entonces. Ahora es plenamente adulto. —Referí a Cal una breve historia de Asad Khalil, su detención en París y las demás cosas que no venían en los periódicos.

—Oye —dijo Cal—, si el sujeto fue atrapado en París, debes tener sus huellas dactilares y todo lo demás.

—Buena observación. Haz que el laboratorio del FBI te envíe todo lo que tenga. Incluso tienen fibras del traje que podría haber estado llevando en Washington. También tienen el ADN y algunas otras cosas.

—¿En serio?

—Sí, también tienen eso.

Se echó a reír.

—No hemos ido mucho por la escena del crimen pero sí lo hizo ese Khalil, al menos el departamento forense sabe lo que está buscando cuando el FBI envía huellas y fibras y todo eso.

—Exacto. ¿Las víctimas fueron asesinadas con un calibre 40?

—No. Un 45. El general tenía una automática militar del 45, y, según su hija, ha desaparecido.

—Creía que no trabajabas en el caso.

—No directamente. Pero es un caso importante. Se trata de blancos, ¿sabes?

—Sí. Bueno, no pueden confiártelo a ti.

Rió de nuevo.

—Te diré lo que voy a hacer. Dame unas horas...

—Una hora como máximo, Cal. Hay por ahí otros tipos que necesitan ser protegidos. Probablemente, vamos ya demasiado tarde para algunos de ellos.

—Sí, de acuerdo. Tengo que contactar con los que llevan el caso y luego me acerco personalmente a la casa de la víctima y te llamo desde allí. ¿Vale?

—Te lo agradezco. —Le di el número del móvil de Kate y añadí—: Guárdame el secreto.

—Me lo quedas a deber —dijo.

—Ya he pagado. Asad Khalil. Ése es el asesino.

—Más vale que lo sea, muchacho. Me juego el pellejo con esto.

—Yo te cubriré.

—Sí. El FBI siempre cubre a los polis.

—Yo soy poli todavía.

—Más te vale.

Colgó, y yo dejé el móvil sobre la mesa.

Kate levantó la vista de su ordenador.

—Lo he oído todo —dijo.

—Bueno, oficialmente, no has oído nada.

—Vale. Creo que te estás manteniendo dentro de los límites.

—Es un principio.

—No te pongas paranoico. Estás autorizado para explorar todas las vías legítimas de investigación.

—¿Incluso material de alto secreto?

—No. Pero parece ser que el criminal posee la información, por lo que ésta ya no se halla protegida.

—¿Estás segura?

—Confía en mí. Soy abogada.

Sonreímos. Supongo que volvíamos a ser camaradas.

Mantuvimos durante un rato la clase de conversación que los amantes tienen tras un pequeño malentendido derivado de creer que uno de ellos no acaba de deshacerse de alguien con quien ha estado acostándose. Y, sin solución de continuidad, pasamos al tema profesional que nos ocupaba.

—Si podemos conseguir esos nombres de tu amigo, y quizá también las direcciones, antes de que la señora Hambrecht los dé a conocer, o antes de que la Fuerza Aérea o el Departamento de Defensa los encuentre, entonces tenemos más probabilidades de continuar trabajando en el caso —dijo Kate—. Que no es lo mismo que los obtenga Contraterrorismo de Washington —añadió.

La miré. Evidentemente, la señora Mayfield, jugadora de equipo, estaba reconsiderando la forma en que había que llevar el juego.

Establecimos contacto visual, y ella sonrió.

—Sí —dije—. Detesto que la gente me coja cosas que son mías.

Asintió con la cabeza.

—La verdad es que eres muy inteligente —observó—. A mí en ningún momento se me ocurrió llamar a Homicidios de Washington.

—Yo soy un policía de homicidios. Y esto es un asunto de policía a policía. Lo hacemos continuamente. —Y añadí—: Fuiste tú quien pensó en solicitar el expediente del coronel Hambrecht. ¿Ves? Trabajamos bien juntos. FBI, policías, sinergia. Resulta realmente bien. Gran idea. ¿Por qué no entré en este equipo hace diez años? Cuando pienso en todo el tiempo que he desperdiciado en la fuerza policial...

—Basta, John.

—Sí, señora.

—Voy a encargarme comida. ¿Qué te apetece?

—Trufas con arroz en salsa bearnesa y verduras.

—¿Quieres que te meta el puño en la boca?

Santo Dios. Me puse en pie y me despecé.

—Permíteme que te invite a comer.

—Bueno... yo no...

—Vamos. Necesito salir de aquí. Tenemos los buscas. —Me metí en el bolsillo el móvil de Kate.

—Está bien.

Se levantó, fue hasta el mostrador y dijo a la encargada que saliáramos y que estaríamos cerca.

Salimos del CMP y, a los pocos minutos estábamos en Broadway.

Seguía haciendo un día hermoso y soleado, y las aceras estaban abarrotadas de personas que iban a almorzar, generalmente funcionarios que se limitaban a tomar sólo unos bocadillos para ahorrarse unos dólares. Los polis no disfrutamos de sueldos elevados precisamente pero sabemos cuidarnos. Cuando estás en el tajo, nunca sabes lo que te puede deparar el futuro, así que comes, bebes y te diviertes.

Yo no quería alejarme demasiado del Ministerio de la Verdad, así que recorrí dos manzanas en dirección sur hasta Chambers Street, cerca del Ayuntamiento.

—Disculpa si antes he parecido un poco... alterada —dijo Kate mientras caminábamos—. No es propio de mí.

—Olvídalo. Los primeros días pueden ser duros.

—Exactamente.

No es que luego se vuelva notablemente mejor, pero ¿por qué mencionarlo y echar a perder el momento?

Llevé a Kate a un sitio llamado Ecco, y entramos. Es un lugar grato y acogedor, con el sabor del viejo Nueva York, salvo por lo que se refiere a los precios. Mi ex y yo solíamos ir allí, ya que ambos trabajábamos en la zona, pero eso no se lo mencioné a Kate.

El *maître* me saludó por mi nombre, lo que nunca deja de impresionar a los invitados. El local estaba abarrotado pero fuimos conducidos a una excelente mesa para dos situada junto al ventanal principal. Los tipos de la policía neoyorquina que van de traje y llevan armas son bien tratados en los restaurantes de Nueva York, y supongo que otro tanto ocurre en todo el mundo. Aunque yo no tendría ningún problema en renunciar a mi posición y a este tipo de privilegios a cambio de un buen retiro en algún lugar de Florida.

Bueno, pues el local estaba lleno de políticos del Ayuntamiento y otros organismos municipales. Éste es una especie de centro de poder para la élite municipal provista de abultadas cuentas de gastos; un lugar donde el impuesto

municipal sobre ventas se recicla retornando momentáneamente al sector privado para retornar luego nuevamente a la ciudad. La cosa funciona realmente bien.

Kate y yo pedimos al dueño, que se llamaba Enrico, vasos de vino de ocho dólares. Blanco para la señora, tinto para el caballero.

Una vez que Enrico se fue, Kate dijo:

—No tienes que pagarme una comida cara.

Claro que tenía que hacerlo. Sin embargo, respondí:

—Realmente, te debo una buena comida después de ese desayuno.

Rió. Llegó el vino.

—Tal vez necesite recibir aquí un fax —le dije a Enrico—. ¿Puedes darme tu número?

—Desde luego, señor Corey. —Apuntó el número de fax en una servilleta de papel y se fue.

Kate y yo entrechocamos nuestros vasos, y yo dije:

—*Slainté*.

—¿Qué quiere decir eso?

—A tu salud. Es gaélico. Yo soy medio irlandés.

—¿Qué mitad?

—La izquierda.

—Quiero decir, ¿por parte de madre o por parte de padre?

—De madre. Papá es mayormente inglés. Menudo matrimonio. Se mandan cartas bomba el uno al otro.

—Se echó a reír y observó:

—Los neoyorquinos se preocupan mucho de sus orígenes. Eso no se ve en el resto del país.

—¿De veras? Qué aburrido.

—Como aquel chiste que contaste sobre los italianos y los testigos de Jehová. Tardé unos segundos en cogerlo.

—Tengo que presentarte a mi excompañero, Dom Fanelli. Es más gracioso que yo.

Etcétera, etcétera. Yo había estado allí antes pero, por alguna razón, esta vez era diferente.

Estudiamos los menús, como dicen, yo estudiando el lado derecho, Kate estudiando el lado izquierdo. El lado derecho era un poco más exorbitante de lo que yo recordaba pero me salvó el sonido del móvil. Lo saqué del bolsillo y contesté:

—Corey.

—Bien, estoy en el estudio del fallecido —dijo la voz de Calvin Childers—, y aquí hay una foto de ocho hombres delante de un cazarreactor que alguien me dice que es un F-111. La fecha de la foto es el 13 de abril, y el año es 1987, no 1986.

—Sí... bueno, era una especie de misión secreta, así que quizá...

—Sí, entiendo. Bueno, pero ninguno de los tipos de la foto está identificado por

su nombre.

—Maldita...

—Espera, muchacho. Calvin está en el caso. Así que voy y encuentro luego una foto grande en blanco y negro con el título de «Cuarenta y Ocho Ala Táctica de Cazas, base de la Royal Air Forcé de Lakenheath». Y hay unos cincuenta o sesenta tíos en la foto. Y está rotulada con los nombres, primera fila, segunda fila y de pie. Así que pongo la lupa delante de sus caras y localizo las que se corresponden con los ocho tipos de la foto del F-111. Vuelvo luego a la foto grande y de la lista de nombres tomo los de esos ocho individuos. Siete, ya sé el aspecto que tiene Waycliff. Bien, entro luego en la agenda telefónica personal del difunto y obtengo siete direcciones con sus números de teléfono.

—Excelente —dije—. ¿Quieres mandarme por fax esos nombres y números?

—¿Qué gano con ello?

—Una comida en la Casa Blanca. Una medalla. Lo que quieras.

—Sí. Probablemente, una temporada en Leavenworth. Bueno, aquí, en el despacho del difunto hay un fax. Dame el número del tuyo.

Le di el fax del restaurante.

—Gracias, muchacho. Buen trabajo —dije.

—¿Dónde crees que está ese tal Khalil?

—Está visitando a esos pilotos. ¿Hay alguno en la zona de Washington?

—No. Florida, Carolina del Sur, Nueva York...

—¿Dónde en Nueva York?

—Veamos... el tipo se llama Jim McCoy... vive en un sitio llamado Woodbury, tiene el despacho en el Museo Cuna de la Aviación de Long Island.

—Muy bien. ¿Qué más?

—¿Quieres que te lo mande por fax o que te lo lea?

—Mándamelo. Y, ya que estás en ello, mándame también por fax la foto de los ocho hombres. Y anota en la foto quién es cada uno. Y, ya puestos, mándame por correo aéreo una buena foto, comunícame el número del vuelo y enviaré a un agente subalterno a recogerla.

—Eres insaciable, Corey. Bueno, déjame salir de aquí antes de que empiece a llamar la atención. Ese Khalil es un tipo perverso, Corey —añadió—. Te mandaré unas fotos de la escena del crimen.

—Yo te mandaré unas de un avión lleno de cadáveres.

—Cuídate.

—Siempre lo hago. Te veré en la Casa Blanca. —Colgué.

Kate me miró.

—Tenemos todos los nombres y direcciones —le dije.

—Espero que no sea demasiado tarde.

—Estoy seguro de que lo es.

Llamé a un camarero.

—Necesito la cuenta y necesito que me traiga un fax recibido aquí, en el aparato del establecimiento. Dirigido a Corey.

Desapareció. Bebí mi vaso de vino, y Kate y yo nos levantamos.

—Te debo una comida —dije.

Nos dirigimos hacia la puerta de salida, se nos acercó el camarero, le di un billete de veinte dólares y él me dio dos páginas manuscritas y la foto, que no estaba muy clara, transmitido todo ello por fax.

Salimos a Chambers Street, y, mientras regresábamos con paso rápido a Federal Plaza, leí en voz alta los nombres, ordenados alfabéticamente.

—Bob Callum, Colorado Springs, Academia de la Fuerza Aérea. Steve Cox, con la indicación: muerto en combate, Golfo, enero 1991. Paul Grey, Daytona Beach/Spruce Creek, Florida. Willie Hambrecht, a éste ya lo conocemos, Jim McCoy, en Woodbury..., eso está en Long Island. Bill Satherwaite, Moncks Corner, Carolina del Sur. ¿Dónde diablos está eso? Y por último un tipo llamado Chip Wiggins, en Burbank, California, pero Cal indica que esta dirección y su número de teléfono estaban tachados en la agenda de Waycliff.

—Estoy tratando de imaginar los movimientos de Khalil —dijo Kate—. Sale en taxi del aeropuerto Kennedy a eso de las cinco y media de la tarde, presumiblemente en el taxi de Gamal Yabbar. ¿Va entonces a casa de Jim McCoy, llevado por Yabbar?

—No lo sé. Lo sabremos cuando hablemos con Jim McCoy.

Mientras andábamos, marqué en el móvil el número de la casa de McCoy pero sólo me respondió un contestador automático. No quería dejar un mensaje demasiado alarmante, por lo que dije:

—Señor McCoy, soy John Corey, del FBI. Tenemos razones para creer que... —¿Qué? ¿Que el mayor hijo de puta del planeta anda buscándolo?—... que tal vez esté usted siendo buscado por un hombre que quiere vengarse por su participación en la incursión aérea de 1986 sobre Libia. Por favor, póngase en contacto con la policía de su localidad y llame también a las oficinas del FBI en Long Island. Tome nota de mi número directo en Manhattan. —Se lo di y agregué—: Extreme las precauciones. Le aconsejo que usted y su familia se trasladen inmediatamente a otro lugar.

Colgué.

—Quizá piense que se trata de una broma, pero puede que la palabra Libia le convenza. Apunta la hora de mi llamada —le dije a Kate.

Ella había sacado ya su libreta y estaba tomando notas.

—Puede que nunca reciba ese mensaje —dijo.

—No pensemos en eso. Sé positiva.

Me detuve ante un puesto ambulante.

—Dos *knishes*, mostaza y *sauerkraut* —le dije al vendedor.

Marqué luego el número de teléfono de Bill Satherwaite en Carolina del Sur.

—Estoy llamando primero a las casas de las potenciales víctimas antes de llamar a la policía local —dije, dirigiéndome a Kate—. Con los polis puede uno acabar

colgado del teléfono.

—Cierto.

—Después llamaré a sus respectivos despachos.

Sonó el teléfono, y una voz grabada dijo: «Bill Satherwaite. Deje su mensaje». Así que dejé un mensaje similar al que había dejado en la residencia de McCoy, finalizando con mi consejo de que abandonara la ciudad.

El vendedor callejero oyó mi mensaje y me miró con suspicacia mientras nos entregaba a mí y a Kate un *knish* envuelto en papel encerado. Le di un billete de diez dólares.

—¿Qué es esto? —preguntó Kate.

—Comida judía. Una especie de pasta de patatas machacadas. Fritas. Es bueno.

Marqué el número de la casa de Paul Grey en Florida, observando que la dirección de su casa era la misma que la de su negocio.

Pero otro contestador automático me indicó que dejara un mensaje. Repetí lo que había dejado antes, y el vendedor me miró fijamente mientras me daba el cambio.

Kate y yo continuamos andando. Probé con el número de la oficina de Grey, y oí: «*Software* de Simulación Grey. En este momento no podemos atenderle», etcétera. No me gustaba el hecho de que nadie pareciese estar en casa, y Grey no estaba en su despacho. Dejé el mismo mensaje, y de nuevo Kate tomó nota de ello.

Probé luego con el número comercial de Satherwaite, que venía identificado como «Servicios aéreos y entrenamiento de pilotos». Respondió un contestador automático con tono de vendedor callejero y el ruego de que dejase mi número. Dejé mi comedido mensaje, que, advertí, se estaba tornando menos comedido. Me sentía tentado a gritar por el teléfono: «¡Corre a salvar el pellejo, amigo!» Colgué.

—¿Dónde está hoy todo el mundo? —le pregunté a Kate.

Ella no respondió.

Estábamos subiendo por Broadway, y Federal Plaza quedaba a una manzana de distancia. Devoré la mitad de mi *knish* en un tiempo récord mientras escrutaba el fax.

Kate dio un mordisco al *knish*, hizo una mueca y lo depositó en una papelera, sin tan siquiera ofrecérmelo a mí. Mi ex solía mandar al camarero que retirase su plato a medio terminar sin consultar primero conmigo. Mala señal.

Decidí probar con el número del Museo Cuna de la Aviación de Long Island, sabiendo que oiría una voz humana. Una mujer contestó:

—Museo.

—Señora —dije—, soy John Corey, del FBI. Necesito hablar con el señor James McCoy, el director. Es urgente.

Hubo un largo silencio, y comprendí lo que eso significaba.

—El señor McCoy... —empezó a decir, y oí un leve sollozo—. El señor McCoy ha muerto.

Miré a Kate y sacudí la cabeza. Tiré mi *knish* a la cuneta y hablé mientras caminábamos con paso rápido a lo largo de la manzana.

—¿Cómo murió, señora?

—Fue asesinado.

—¿Cuándo?

—El lunes por la noche. El museo está lleno de policías... no se permite a nadie entrar en el edificio.

—¿Dónde está usted, señora?

—Al lado, en el Museo Infantil. Soy la secretaria del señor McCoy, y su teléfono suena ahora aquí, de modo que...

—Entiendo. ¿Cómo fue asesinado?

—Le dispararon en... uno de los aviones... había otro hombre con él... ¿quiere hablar con la policía?

—Todavía no. ¿Sabe quién era el otro hombre?

—No. Bueno, sí. La señora McCoy dijo que era un viejo amigo pero no puedo recordar...

—¿Grey? —pregunté.

—No.

—¿Satherwaite?

—Sí. Eso es. Satherwaite. Deje que le pase con la policía.

—Un momento. ¿Ha dicho que le dispararon en un avión?

—Sí. Él y su amigo estaban sentados en un caza... el F-11, y los dos fueron... el guardia, señor Bauer, fue asesinado también...

—Está bien. Volveré a llamar.

Colgué e informé a Kate mientras entrábamos en 26 Federal Plaza. En tanto esperábamos el ascensor llamé a la casa de Bob Callum en Colorado Springs, y una mujer respondió:

—Residencia Callum.

—¿Es usted la señora Callum?

—Sí. ¿Quién es usted?

—¿Está en casa el señor Callum?

—Coronel Callum. ¿Quién llama?

—Soy John Corey, señora, del FBI. Necesito hablar con su marido. Es urgente.

—No se encuentra bien hoy. Está descansando.

—Pero está en casa.

—Sí. ¿A qué viene esto?

Llegó el ascensor, pero en el interior de un ascensor se puede perder fácilmente la señal, así que no lo cogimos.

—Señora —dije—, le voy a poner con mi compañera, Kate Mayfield. Ella le explicará. —Apoyé el teléfono contra el pecho y le dije a Kate—: Las mujeres se entienden mejor con las mujeres.

Pasé el teléfono a Kate y le dije:

—Voy a subir.

Mientras esperaba el siguiente ascensor oí a Kate presentarse y decir:

—Señora Callum, tenemos razones para creer que quizá su marido se encuentre en peligro. Escúcheme, por favor. Luego, tan pronto como termine, quiero que llame usted a la policía, al FBI y al servicio de seguridad de la base. ¿Vive usted en la base?

Llegó el ascensor, y entré en él, dejando el asunto en buenas manos.

Una vez en el piso veintiséis, me dirigí rápidamente al CMP y fui a mi mesa. Marqué el número de Chip Wiggins en Burbank, esperando que se me facilitara un nuevo número al que llamar, pero una voz grabada me informó de que el número había sido desconectado y no había más información disponible.

Miré las dos hojas de fax y observé que Waycliff, McCoy y Satherwaite ya habían sido asesinados, Paul Grey no se iba a poner al teléfono y Wiggins se había esfumado. Hambrecht había sido asesinado en enero en Inglaterra, y me pregunté si, en su momento, alguien había pensado por qué. Steven Cox era el único que había muerto de muerte natural, si se considera natural para un piloto de caza la muerte en combate. La señora Hambrecht había indicado que uno de los hombres estaba muy enfermo, y supuse que era Callum. La próxima reunión de aquellos ocho hombres no necesitaba una sala amplia.

Me puse al ordenador, y, recordando por experiencia que en algunas zonas rurales de Florida es el departamento del *sheriff* del condado el que lleva los casos de homicidio, descubrí que Spruce Creek se encuentra en el condado de Volusia. Localicé el número de teléfono de la oficina del *sheriff* y marqué, esperando que contestase algún patán sureño. Mientras tanto, sabía que debía alertar lo antes posible a la sección de contraterrorismo del edificio Hoover pero una llamada como ésa podía llevar una hora, seguida del preceptivo informe escrito, y mi instinto me imponía llamar primero a las víctimas potenciales. De hecho, era más que instinto, era mi propio procedimiento operativo habitual. Si alguien intentaba matarme, querría ser el primero en saberlo.

—Departamento del *sheriff*, habla el ayudante Foley.

Hablaba exactamente como si fuese del mismo pueblo que yo.

—*Sheriff*, soy John Corey, de la oficina del FBI en Nueva York. Llamo para informar de una amenaza de asesinato contra un vecino de Spruce Creek llamado Paul Grey...

—Demasiado tarde.

—Ya... ¿cuándo y dónde?

—¿Puede identificarse con más detalle?

—Llámeme aquí a través de la centralita. —Le di el número general y colgué.

Unos quince segundos después sonó el teléfono; era el ayudante Foley.

—Mi ordenador dice que éste es el número de la Brigada Antiterrorista —dijo.

—Exacto.

—¿De qué se trata?

—No puedo decírselo hasta que oiga lo que usted tiene que decir. Seguridad

nacional.

—¿Sí? ¿Qué significa eso?

Decididamente, el tío era un neoyorquino, y jugué esa carta.

—¿Eres de Nueva York?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Simple conjetura. Yo he sido de la policía neoyorquina. Homicidios. Estoy pluriempleado.

—Yo estuve de patrullero en la Uno-Cero-Seis, en Queens. Hay mucha gente de la policía de Nueva York por aquí, trabajando y retirados. Yo soy ayudante del *sheriff*. Tiene gracia, ¿verdad?

—Oye, podía ir yo también.

—Aquí adoran a la policía de Nueva York. Creen que sabemos lo que hacemos.
—Rió.

De modo que, establecidos ya los vínculos, le dije:

—Háblame del asesinato.

—De acuerdo. Se cometió en casa de la víctima. Casa y lugar de trabajo. Lunes. El forense fijó la hora de la muerte hacia mediodía pero estaba conectado el aire acondicionado, así que quizá fuese antes. El cadáver lo descubrimos nosotros a eso de las ocho y cuarto de la tarde, en virtud de denuncia presentada por una mujer llamada Stacy Moll. Es una piloto privada que llevó a un cliente desde el aeropuerto municipal de Jacksonville hasta la casa de la víctima. La casa está junto a una pista de la comunidad de acceso por aire llamada Spruce Creek, en las afueras de Daytona Beach. El cliente dijo que tenía negocios con el fallecido.

—Sí que los tenía.

—Bien, pues ese cliente va y le dice a la piloto que se llama Demitrious Poulos, comerciante en antigüedades de Grecia, pero después la mujer ve la foto esa en el periódico y cree que su cliente era ese tipo, Asad Khalil.

—Tiene razón.

—Santo Dios. Nosotros creímos que sufría alucinaciones, pero luego encontramos a ese hombre muerto... ¿por qué querría Khalil cargarse a ese hombre?

—Tiene algo contra los aviones. No sé. ¿Qué más?

—Bueno, dos heridas de bala, una en el abdomen, otra en la cabeza. Y mató también a la señora de la limpieza, de un tiro en la nuca.

—¿Encontrasteis balas o casquillos?

—Sólo las balas. Tres del calibre 40.

—Bien, supongo que daríais parte al FBI.

—Sí. Quiero decir que no creíamos realmente la historia esa de Asad Khalil pero, aparte de eso, la víctima parecía estar involucrada en alguna clase de trabajo relacionado con la defensa, y, según la amiga de la víctima, a la que localizamos, podrían faltar algunos disquetes de ordenador.

—¿Pero informasteis al FBI de la posible relación con Khalil?

—Sí. A la delegación de Jacksonville. Nos informaron de que cada quince minutos estaban recibiendo llamadas de alguien que aseguraba haber visto a Asad Khalil. No se lo tomaron muy en serio —añadió—, pero dijeron que mandarían un agente. Todavía estamos esperando.

—Bien. O sea que después de Spruce Creek, esa piloto llevó a su cliente, ¿adónde?

—De nuevo al aeropuerto municipal de Jacksonville y luego al internacional. El hombre dijo que volvía a Grecia.

Reflexioné unos momentos sobre eso.

—¿Avisaste a la policía de Jacksonville? —pregunté.

—Naturalmente. ¿Crees que he olvidado todo lo que sé? Revisaron el aeropuerto, listas de pasajeros, ventas de billetes y todo eso, pero ni rastro de Demitrious Poulos.

—Ya... ¿Cuánto tiempo permaneció el asesino en la casa con la víctima?

—La piloto dijo que una media hora.

Asentí con la cabeza. Podía imaginar casi al detalle aquella conversación entre Asad Khalil y Paul Grey.

Hice unas pocas preguntas más al sargento Foley y obtuve unas pocas respuestas más pero, básicamente, eso era todo. Salvo que algunos agentes del FBI en Jacksonville estaban metidos en un buen lío y ellos aún no lo sabían. *Viendo a Asad Khalil cada quince minutos*. Pero esta vez era de verdad. Yo no sabía quién era Stacy Moll pero trataría de conseguirle unos cuantos dólares federales por buena ciudadana.

—¿Estáis estrechando el cerco en torno a ese tío? —me preguntó el ayudante Foley.

—Creo que sí.

—Es un auténtico cabrón.

—Desde luego.

—Oye, ¿qué tiempo hace en Nueva York?

—Soberbio.

—Aquí hace un calor de cojones. A propósito, la piloto dijo que su cliente volvería la próxima semana. Reservó un avión para volver a Spruce Creek.

—No te hagas ilusiones.

—Claro. También quedó con ella para cenar juntos.

—Dile que tiene suerte de estar viva.

—Además, de verdad.

—Gracias.

Colgué y junto al nombre de Paul Grey anoté «asesinado», con la fecha y la hora aproximada. Aquella reunión se hacía más pequeña. De hecho, quizá solamente acudiría Chip Wiggins, a menos que se hubiera trasladado al este y hubiese recibido ya la visita de Asad Khalil. Bob Callum continuaba vivo en Colorado, y me pregunté si Khalil lo había dejado con vida porque sabía que, según la señora Hambrecht, estaba muy enfermo o, simplemente, porque no había llegado aún allí. ¿Y dónde

estaba Wiggins? Si pudiéramos salvar la vida de Wiggins, supondría una pequeña victoria en un juego en que el tanteo era: León, cinco; equipo local, cero.

Kate entró en el cubículo y se sentó a su mesa.

—He mantenido la comunicación con la señora Callum hasta que ella ha llamado por otra línea a la policía y al director de la Academia —dijo—. Dice que tiene una pistola y que sabe usarla.

—Magnífico.

—Dice que su marido está muy enfermo. Cáncer.

Asentí con la cabeza.

—¿Crees que Khalil lo sabe?

—Estoy tratando de imaginar lo que no sabe. He llamado a la policía de Daytona Beach. Paul Grey fue asesinado el lunes, hacia mediodía o quizá antes.

—Oh, Dios mío...

Le conté lo que me había dicho el ayudante Foley y añadí:

—Tal como yo lo veo, Khalil subió al taxi de Yabbar, no fue al museo de McCoy en Long Island, sino que salió de la zona, fue directamente a Perth Amboy, mató a Yabbar, subió a un coche que lo esperaba, se dirigió a Washington, se alojó en algún sitio, fue a casa de Waycliff, liquidó al general, su mujer y su ama de llaves y luego fue al aeropuerto municipal de Jacksonville, tomó un avión privado hasta Spruce Creek, mató a Paul Grey y a su asistente, regresó seguidamente a Jacksonville en el mismo avión, después... supongo que fue a Moncks Corner... la dirección comercial de Satherwaite es un servicio de vuelos de alquiler, así que Khalil alquila el avión de Satherwaite, con éste a los mandos, y vuelan a Long Island para una reunión. Debió de ser un vuelo interesante. Llegan a Long Island, los mata a los dos en el museo, en un F-111 precisamente, y mata también al guarda. Endiabladamente increíble.

Kate asintió con la cabeza.

—¿Y adónde fue después? ¿Cómo salió de Long Island?

—Supongo que despegaría desde el MacArthur. No es un aeropuerto internacional, así que las medidas de seguridad no son muy estrictas. Pero quizá utilice solamente aviones privados.

—Es muy posible. De modo que puede estar volando a Colorado Springs o a California en un avión privado. Muy probablemente, un reactor —añadió.

—Tal vez. Pero quizá quiere marcharse mientras todavía nos lleva ventaja y ahora ya va camino de Arenalandia.

—No le hemos dado muchos motivos para inducirlo a creer que no puede ir a por todas.

—Eso es cierto. —Cogí un lápiz y empecé a sumar los muertos conocidos, sin contar los gaseados del vuelo 175. Dije—: Este tío está reduciendo el exceso de población de la costa Este. —Dejé el lápiz y leí—: Andy McGill, Nick, Nancy y Meg Collins, Yabbar, Waycliff, su mujer y su ama de llaves, Grey y la asistente, Satherwaite, McCoy y un guarda. Total, trece.

—No te olvides de Yusef Haddad.

—Cierto. El estúpido cómplice. Catorce. Y aún estamos a martes.

Kate no respondió.

—A excepción de Callum, que está protegido, Wiggins es el último que está, o podría estar, vivo y sin protección —dije, entregándole las hojas del fax.

—¿Has probado a llamarlo? —me preguntó.

—Sí. Teléfono desconectado. Probemos a localizarlo por la guía de Burbank.

Se volvió y empezó a aporrear las teclas de su ordenador.

—¿Cuál es su verdadero nombre de pila?

—No sé. Mira a ver lo que puedes hacer.

—Llama a Contraterrorismo, en Washington, mientras yo manejo esto. Llama luego al FBI de Los Ángeles. Después, informa a todo el mundo aquí, en el CMP, por correo electrónico o como creas que es más rápido.

No me apresuré precisamente a hacerlo. Estaba tratando de pensar con más rapidez que con la que Khalil estaba matando gente. El *knish*, la mostaza, el *sauerkraut* y el vino tinto me estaban dando vueltas en el estómago.

No veía razón inmediata para alertar a los colegas que me rodeaban ni para alertar a Washington. Ya había establecido que cuatro hombres estaban muertos y no necesitaban protección. Callum estaba vivo y protegido. Eso dejaba el problema de encontrar a Wiggins, cosa que Kate y yo estábamos más que facultados para hacer.

—Voy a llamar a la oficina del FBI en Los Ángeles —le dije—. ¿O quieres hacer tú esa llamada?

—Lo haría si tú supieras utilizar mejor el ordenador. Buscaré a Wiggins. —Y añadió—: Pregunta por un hombre llamado Doug Sturgis. Es el agente delegado que está al frente de la oficina. Menciona mi nombre.

—De acuerdo.

Así que llamé a la oficina de Los Ángeles, me identifiqué como miembro de la Brigada Antiterrorista de Nueva York, lo cual suele atraer la atención de la gente, y pregunté por Doug Sturgis, que se puso al teléfono.

Yo no quería aturdirlo con datos, ni tampoco quería que llamase a Washington, pero necesitaba su ayuda.

—Señor Sturgis —dije—, estamos buscando a un varón caucásico llamado Chip Wiggins, ignoramos nombre de pila y primer apellido, de unos cincuenta años, con último domicilio conocido en Burbank. —Le di la dirección y añadí—: Es un posible testigo en un importante caso que podría estar relacionado con el terrorismo internacional.

—¿Qué caso es éste?

¿Por qué será todo el mundo tan curioso?

—Se trata de un caso delicado sometido actualmente a secreto oficial —respondí—, y, lo siento, no estoy autorizado para identificarlo en estos momentos, pero es posible que Wiggins sepa algo que precisamos conocer. Lo único que necesito de

usted es que lo busque, y lo ponga bajo protección y me llame lo antes posible. — Insistí en que era muy poco lo que sabíamos acerca del señor Wiggins.

Se produjo un silencio, y luego el señor Sturgis preguntó:

—¿Quién lo persigue? ¿Qué grupo?

—Digamos que de Oriente Medio. Y es importante que lo encontremos antes que ellos. Cuando tenga más detalles lo volveré a llamar.

El señor Sturgis no parecía inclinado a atender mi petición, así que dije:

—Estoy trabajando en esto con Kate Mayfield.

—Oh.

—Ella dijo que usted era la persona más indicada a quien pedir ayuda.

—Está bien. Haremos lo que podamos. —Repitió el último domicilio conocido de Wiggins y su número de teléfono, y agregó—: Dele recuerdos a Kate.

—Lo haré. —Le pasé los números de teléfono directos de Kate y mío y añadí—: Gracias.

Colgué y llamé a la sección de Personas Desaparecidas de la policía de Los Ángeles. Me identifiqué, solicité hablar con un inspector y me pusieron con un tal teniente Miles.

—Ustedes pueden hacer un trabajo mucho mejor que nosotros para localizar a una persona desaparecida —dije, después de soltar mi rollo de evasivas.

—No puedo estar hablando con el FBI —exclamó el teniente Miles.

Reí cortésmente y le informé:

—Yo pertenecía antes a la policía de Nueva York, Homicidios. Estoy aquí para enseñar los rudimentos del cumplimiento de la ley.

Rió.

—Muy bien. Si lo encontramos, le pediremos que le llame a usted. Es todo lo que podemos hacer si no es sospechoso de nada.

—Agradecería que lo escoltasen hasta sus instalaciones. Se halla en peligro.

—¿Sí? ¿Qué clase de peligro? Ahora estamos hablando de peligro.

—Estoy hablando de seguridad nacional, y es todo lo que puedo decir en este momento.

—Oh, vuelve a ser un federal.

—No, soy un policía en apuros. Necesito esto, y no puedo decir por qué.

—De acuerdo. Pondremos su fotografía en una caja de leche. ¿Tiene una foto suya?

Inspiré profundamente.

—No es una foto muy buena —dije—, y es muy antigua, y tampoco quiero carteles en su antiguo barrio. Estamos tratando de atrapar al individuo que intenta encontrarlo, no asustarlo y hacer que huya. ¿De acuerdo? A propósito, he llamado a la oficina del FBI en Los Ángeles, un tal agente Sturgis, y ellos también están trabajando en esto. El que primero lo encuentre se gana una medalla de oro.

—Caray. ¿Por qué no lo había dicho? Ahora mismo ponemos manos a la obra.

Los polis pueden ser un incordio.

—Pero en cuerpo y alma, teniente.

—Muy bien. Resolveré el asunto y lo llamaré.

—Gracias. —Le di los teléfonos de Kate y mío.

—¿Qué tiempo hace en Nueva York?

—Nieve y hielo.

—Ideal para patinar. —Colgó.

Kate levantó la vista de su ordenador.

—No tenías que ser tan reservado con nuestros colegas —me dijo—, ni con la policía de Los Ángeles.

—No era reservado.

—Sí que lo eras.

—Bueno, lo importante no es que sepan *por qué*, lo único importante es que sepan *quién*. Chip Wiggins ha desaparecido, y hay que encontrarlo. No necesitan saber más.

—Estarían más motivados si supiesen *por qué*.

Ella tenía razón, desde luego, pero yo trataba de pensar como policía y actuar como federal, y toda aquella historia de la seguridad nacional me estaba alterando.

—No encuentro nada en ninguna de las guías de Burbank ni de Los Ángeles —dijo Kate, volviendo a su ordenador.

—Dile al ordenador *por qué* necesitas saberlo.

—Vete a la mierda, John. —Y añadió—: Soy tu jefe. Me mantendrás informada y me escucharás.

¡Carajo!

—Si no le gusta la forma en que llevo este caso y no le satisfacen los resultados obtenidos hasta el momento... —repliqué, con mi tono de dignidad ofendida.

—Está bien. Lo siento. Es sólo que estoy un poco tensa y cansada. No he dormido en toda la noche. —Sonrió y me guiñó un ojo.

Correspondí más o menos a su sonrisa. La Mayfield tiene también su lado rudo, y yo haría bien en recordarlo.

—Sturgis me ha dado recuerdos para ti.

No respondió pero continuó aporreando el teclado del ordenador.

—Por lo que sabemos, este tipo lo mismo podría haberse ido a Nome, Alaska —dijo—. Ojalá tuviera su número de la seguridad social. Comprueba tu correo electrónico para ver si hay algún mensaje del Departamento de Defensa o de la Fuerza Aérea sobre los expedientes personales de esos ocho hombres.

—Sí, señora.

Pinché mi correo electrónico pero, aparte de un montón de correspondencia interna, no había nada.

—Ahora que tenemos algunos nombres podemos pedir expresamente a la Fuerza Aérea el expediente de Wiggins —dije.

—Sí. Eso haré.

Cogió el teléfono, y la oí abrirse paso a través de la jungla burocrática.

—Espero que a Asad Khalil le esté costando tanto como a nosotros encontrar a Wiggins —exclamé, sin dirigirme a nadie en particular.

Entré en mi ordenador y probé unas cuantas avenidas de la Autopista de la Información, incluida la página web de la Fuerza Aérea. Había una sección de «Desaparecidos en combate» y otra de «Muertos en combate», e increíblemente encontré a Steven Cox, muerto en la guerra del Golfo. Pero no había ninguna sección titulada «Personas en misiones secretas».

Kate colgó el teléfono y anunció:

—Puede que lleve algún tiempo conseguir el expediente de Wiggins. Eso de Chip los ha desconcertado. Quieren su número profesional o el de la seguridad social. Eso es lo que queremos nosotros.

—Exacto.

Enredé un poco con mi ordenador pero, aparte de una buena receta de patatas chips, no estaba logrando gran cosa. Realmente, prefiero el teléfono.

Kate seguía instándome a que llamase a la oficina de Contraterrorismo en Washington, y yo seguía dándole largas porque sabía que sería una conversación de una hora, tras la que me vería obligado a coger el avión a la capital. Y, la verdad sea dicha, cuando a Khalil ya sólo le quedaba una víctima más, era más importante que yo encontrara a Wiggins antes de que lo hiciera Khalil.

Hay montones de formas de encontrar a un ciudadano desaparecido en Estados Unidos, tierra de libros-registro, tarjetas de crédito, permisos de conducir y todo eso. Yo he encontrado gente en menos de una hora, aunque en ocasiones se puede tardar un día o dos. Pero a veces no encuentras jamás a una persona, aunque esa persona fuese en otro tiempo un amo de casa feliz con esposa e hijos.

Todo lo que yo tenía sobre este hombre era un apodo, un apellido, un último domicilio conocido y el hecho de que había servido en la Fuerza Aérea.

Llamé al Departamento de Vehículos de Motor de California, y un funcionario insólitamente servicial me dio el nombre de un tal Elwood Wiggins de Burbank, con el mismo último domicilio conocido y además la fecha de nacimiento. *Voilà!* Ahora tenía un nombre y una fecha de nacimiento que encajaba. Estaba obteniendo una imagen de ese Chip y me imaginaba a un sujeto totalmente irresponsable en lo que se refería a mantener al mundo informado de su paradero. Por otra parte, tal vez eso mismo le estuviera permitiendo seguir con vida.

—A partir de ahora, prueba con Elwood —le dije a Kate—. Figura en su carnet de conducir. La fecha de nacimiento de Elwood le va bien a Chip, 1960. No es su hijo, ni tampoco su padre.

—Bien.

Tecleó de nuevo en su ordenador, examinando directorios telefónicos.

Llamé a la oficina del forense de Los Ángeles para ver si un tal Elwood «Chip»

Wiggins me había hecho el favor de morir por causas naturales. Un empleado me informó de que durante el año pasado habían fallecido varios Wiggins pero ningún Elwood.

—En la oficina del forense no hay datos de él —dije a Kate.

—¿Sabes? Podría estar fuera del condado de Los Ángeles, fuera del Estado y fuera del país. Prueba en la Administración de la Seguridad Social.

—Preferiría salir a la calle a buscarlo. De todos modos —añadí—, querrán su número de la seguridad social.

—Prueba en la Administración de Veteranos, John.

—Prueba tú. Pero te digo que este tipo probablemente no tiene informado a nadie. Ojalá supiéramos su lugar de nacimiento. Comunica a Personal de la Fuerza Aérea que tenemos el nombre, Elwood, y la fecha de nacimiento. Eso puede ayudar a su ordenador.

Así que durante la siguiente media hora estuvimos trabajando con los teléfonos y los ordenadores. Yo llamé de nuevo a Personas Desaparecidas de la policía de Los Ángeles y les di el nombre de Elwood y la fecha de nacimiento, y lo mismo hice con mis colegas del FBI en Los Ángeles. Pero me estaba quedando sin gente a la que llamar. Finalmente tuve una idea y llamé a la señora Rose Hambrecht.

Contestó ella al teléfono y me presenté de nuevo.

—He dado toda la información que tenía al general Anderson, de Wright-Patterson —me comunicó.

—Sí, señora. Yo no tengo esa información todavía. Pero tengo otra información sobre los ocho hombres que participaron en aquella misión sobre Al Azziziyah y deseaba confirmar parte de ella con usted.

—¿No trabajan ustedes conjuntamente?

No.

—Sí, señora, pero lleva algún tiempo, y yo estoy intentando hacer mi trabajo lo más rápidamente posible...

—¿Qué quiere saber?

—Verá, estoy centrando mis esfuerzos en una sola persona, un hombre llamado Chip Wiggins.

—Oh, Chip. Es todo un personaje.

—Sí, señora. ¿Sabe usted si su nombre de pila es Elwood?

—Nunca he sabido su verdadero nombre. Sólo Chip.

—Bien, yo tengo una dirección en Burbank, California. —Se la leí y pregunté—: ¿Es la misma que tiene usted?

—Deje que mire mi agenda telefónica.

Esperé mientras la señora Hambrecht iba en busca de su agenda.

—¿Cómo te va? —le pregunté a Kate.

—Nada. John, ha llegado el momento de que pasemos este problema a todo el CMP. Ya lo hemos demorado bastante.

—No necesito cincuenta agentes que llamen a las mismas personas y organismos a los que ya hemos llamado nosotros. Si tú necesitas ayuda, entonces adelante y manda un *e-mail* o algo que alerte a las tropas. Mientras tanto, yo sé cómo encontrar a un jodido desaparecido.

—¿Perdón? —dijo la señora Hambrecht, que estaba de nuevo al teléfono—. ¿Qué decía?

—Oh... sólo estaba carraspeando. —Carraspeé.

—Yo tengo la misma dirección que usted —dijo.

—Muy bien... ¿sabe usted dónde nació el señor Wiggins?

—No. No sé mucho acerca de él. Solamente lo recuerdo de Lakenheath, durante nuestro primer destino allí en los años ochenta. Es un oficial muy irresponsable.

—Sí, señora. ¿Pero se mantenía el coronel Hambrecht en contacto con él?

—Sí. Pero no muy a menudo. Sé que hablaron en abril pasado, en el aniversario de...

—Al Azziziyah.

—Sí.

Le hice varias preguntas más pero ella no sabía nada, o, como la mayoría de la gente, creía que no sabía nada. Lo que hacía falta era formularle la pregunta adecuada. Por desgracia, yo no conocía la pregunta adecuada.

Kate estaba escuchando ahora por la misma línea y descubrió que empezaban a agotárseme incluso las preguntas estúpidas, así que tapó el teléfono con la mano y me dijo:

—Pregúntale si sabe si está casado.

¿A quién le importa eso?

—¿Sabe si está casado? —pregunté, de todos modos.

—No creo. Pero podría haberlo estado. En realidad, le he dicho todo lo que sé acerca de él.

—De acuerdo... bien...

—¿A qué se dedicaba o se dedica? —dijo Kate.

—¿A qué se dedicaba o se dedica? —pregunté a la señora Hambrecht.

—Yo no... bueno. En realidad recuerdo que mi marido dijo que Chip tomó lecciones de vuelo y se hizo piloto.

—¿Tomó lecciones de vuelo *después* de ir en la incursión de bombardeo? ¿No es un poco tarde? Quiero decir...

—Chip Wiggins no era piloto —me informó fríamente la señora Hambrecht—. Era oficial de armamento. Lanzaba las bombas. Y trazaba el rumbo.

—Comprendo... Así que...

—Tomó lecciones de vuelo después de salir de la Fuerza Aérea y se hizo piloto de aviones de carga, creo. Sí, no pudo encontrar un puesto en una línea comercial, de modo que pilotaba aviones de carga. Ahora lo recuerdo.

—¿Sabe para qué compañía trabajaba?

—No.

—¿Como FedEx, o UPS, o una de las grandes?

—No creo. Eso es todo lo que sé.

—Bien, gracias de nuevo, señora Hambrecht. Ha sido usted de mucha utilidad. Si se le ocurre algo más referente a Chip Wiggins, por favor, llámeme en seguida. —Le di otra vez mi número de teléfono.

—¿A qué viene todo esto? —me preguntó.

—¿Usted qué cree?

—Yo creo que alguien está tratando de matar a los pilotos que llevaron a cabo aquella misión, y empezó por mi marido.

—Sí, señora.

—Yo... bueno, le reitero mi condolencia.

—No es justo... no es justo... —la oí decir suavemente—. Oh, pobre William...

—Tenga cuidado usted también. Por si acaso. Llame a la policía y a la oficina del FBI más próxima.

No respondió pero pude oírla llorar. Yo no sabía qué decir, así que colgué.

Kate ya estaba hablando por otra línea.

—Tengo al teléfono a la Administración de la Fuerza Aérea —me dijo—. Disponen del expediente de su licencia de piloto.

—Perfecto. Espero que se preocupara de actualizar eso al menos.

—Más le vale, o tendrá problemas con ellos también.

Me alegré de que estuviésemos todavía en horas de oficina en todo el país. Si no, estaríamos allí sentados, jugando con juegos de ordenador.

—Sí, continúo aquí —dijo Kate por teléfono—. Muy bien... —Cogió una pluma, lo que resultaba muy esperanzador, y anotó algo en un bloc—. ¿Desde cuándo? Muy bien. Muy amable. Gracias.

Colgó.

—Ventura —dijo—. Está un poco al norte de Burbank. Hace cuatro semanas comunicó su cambio de domicilio pero no dio ningún teléfono. Probaré con información.

Llamó al servicio de información telefónica y dio el nombre de Elwood Wiggins.

—Número no incluido en la guía —anunció—. Pediré a nuestra oficina en la zona que consiga el número.

Miré mi reloj. Aquello nos había llevado una hora y quince minutos.

Si hubiera llamado por teléfono a Washington, todavía estaría hablando.

—¿Dónde está la oficina del FBI más próxima a Ventura? —pregunté a Kate.

—Hay una pequeña oficina de agente residente en el mismo Ventura. —Descolgó el teléfono y me dijo—: Espero que no lleguemos demasiado tarde, y espero que podamos tenderle una trampa a Khalil.

—Sí. —Me puse en pie—. Volveré dentro de unos quince minutos.

—¿Adónde vas?

—Al despacho de Stein.

—¿Más historias de policías?

—Bueno, con Koenig al otro lado del Atlántico, el jefe es Stein. Ahora vuelvo.

Salí rápidamente del CMP.

Cogí el ascensor para subir. El despacho del capitán Stein se hallaba situado en el ángulo suroeste del piso veintiocho, y yo no tenía la menor duda de que medía exactamente los mismos metros cuadrados que el despacho del señor Koenig en el ángulo sureste.

Pasé velozmente por delante de dos secretarias y me encontré en medio del despacho, enfrente del capitán Stein, que estaba sentado a su amplia mesa, hablando por teléfono. Me vio y dejó el teléfono.

—Muy importante tiene que ser esto, Corey, o acabará con el culo en cabestrillo.

Nos miramos y decidimos que era importante. Él abrió el cajón de su mesa, sacó una botella de soda y sirvió dos vodkas en vasos de plástico. Me pasó uno de ellos y bebí la mitad. Los ángeles federales sollozaban en alguna parte. Él se arreó otro lingotazo.

—¿Qué tenemos? —dijo.

—Lo tenemos todo, capitán, o casi todo. Pero vamos con unas setenta y dos horas de retraso.

—Oigámoslo.

Se lo conté rápidamente, sin prestar atención a la gramática ni a la puntuación, de policía a policía, con todo el apremio y la tensión de Nueva York.

Escuchó, moviendo la cabeza y sin tomar ninguna nota, y cuando terminé permaneció inmóvil unos momentos, reflexionando.

—¿Cuatro muertos? —preguntó finalmente.

—Cinco, contando el coronel Hambrecht. Catorce contando a todos, por no mencionar a los que viajaban a bordo del vuelo Uno-Siete-Cinco de Trans-Continental.

—Qué cabrón.

—Sí, señor.

—Encontraremos a ese cabrón.

—Sí, señor.

Pensó unos instantes y luego dijo:

—¿Y no ha llamado a nadie en Washington?

—No, señor. Esa llamada surtiría más efecto si la hiciera usted.

—Sí. —Reflexionó un rato más y declaró—: Bien, supongo que tenemos algunas probabilidades de atrapar a ese tipo, suponiendo que no se haya cargado a Wiggins, o a Callum, si va por él.

—Exacto.

—Pero quizá ya ha terminado, o crea que las cosas se están poniendo difíciles aquí y ya haya salido del país.

—Es posible.

—Mierda. —Stein reflexionó unos momentos y preguntó—: ¿De modo que la oficina de Ventura está cubriendo el último domicilio conocido de Wiggins?

—Kate está trabajando en ello.

—¿Y ese coronel Callum está cubierto?

—Sí, señor.

—¿Y los federales le tienen preparada allí una trampa a Khalil?

—Creo que solamente están cubriendo a los Callum. Si Khalil sabe que ese hombre se está muriendo, ¿decidiría matar a un agonizante?

—Si el agonizante le lanzó una bomba, yo creo que lo haría. Llamaré al FBI de Denver y sugeriré que le tiendan una trampa.

Terminó su vodka, y yo terminé el mío. Pensé en pedir otra ronda.

El capitán Stein clavó durante un rato la vista en el techo, luego me miró de nuevo.

—¿Sabe, Corey? Los israelíes tardaron dieciocho años en vengarse de la matanza de la olimpiada de Munich de 1972.

—Sí, señor.

—Los alemanes liberaron a los terroristas capturados a cambio de la liberación de un avión de la Lufthansa secuestrado. Los servicios de inteligencia israelíes persiguieron sistemáticamente y asesinaron a cada uno de los siete terroristas de Septiembre Negro que mataron a los atletas israelíes. Cazaron al último en 1991.

—Sí, señor.

—En Oriente Medio practican un juego diferente. No hay ningún reloj en el campo. Nunca.

—Lo sé.

Stein permaneció en silencio aproximadamente durante medio minuto.

—¿Hemos hecho todo lo que podíamos? —preguntó finalmente.

—Creo que *nosotros*, sí. No estoy seguro de nadie más.

—Buen trabajo. ¿Está a gusto aquí?

—No.

—¿Qué quiere?

—Volver a donde estaba.

—No puede volver allí de nuevo, amigo.

—Claro que puedo.

—Veré lo que puedo hacer. Mientras tanto, tiene informes suficientes que redactar como para mantenerlo ocupado todo el fin de semana. Hablaré con usted más adelante. —Se puso en pie y dijo—: Dígale a Mayfield que la felicito, si eso significa algo viniendo de un policía.

—Seguro que sí.

—Bien, tengo un montón de llamadas que hacer. Lárguese.

Pero no me largué.

—Déjeme ir a California —le pedí.

—¿Por qué?

—Me gustaría estar en el último acto.

—¿Sí? Allí ya hay un ejército de policías y agentes del FBI. No lo necesitan a usted.

—Pero yo necesito estar allí.

—¿Por qué no en Colorado Springs? Estoy pensando geográficamente. Colorado estaba en el camino a California la última vez que miré.

—Estoy harto de perseguir a ese mamón. Quiero ir por delante de él.

—¿Y si va usted a California y el FBI lo atrapa en Colorado Springs?

—Sobreviviré.

—Lo dudo. Está bien, vaya a donde quiera. De todos modos, será mejor que desaparezca de aquí. Yo lo autorizaré. Para ganar tiempo, utilice su propia tarjeta de crédito. No se deje matar, tiene informes que redactar. Venga, lárguese antes de que cambie de idea.

—Llevaré a mi compañera conmigo.

—Lo que quiera. Usted es el Chico de Oro, por el momento. Oiga, ¿usted suele ver «Expediente X»?

—Claro.

—¿Cómo es que él no se la tira?

—No lo entiendo.

—Yo, tampoco. —Me tendió la mano, y nos dimos un apretón.

—Estoy orgulloso de usted, John. Es usted un buen policía —dijo, cuando me dirigía hacia la puerta.

Pareció como si en el despacho del capitán Stein penetrara una ráfaga de aire fresco de 26 Federal Plaza.

Bajé rápidamente la escalera hasta el CMP, consciente de que podría quedar atrapado allí por una llamada telefónica o por un jefe del FBI, y me dirigí a la mesa de Kate.

—Vámonos —le dije, agarrándola del brazo.

—¿Adónde?

—A California.

—¿En serio? ¿Ahora?

—Ahora mismo.

Se levantó.

—¿Necesito...?

—Nada. Sólo tu pistola y tu chapa.

—Placa. Nosotros decimos placa.

—Y yo digo que te des prisa.

Se mantuvo a mi lado mientras caminábamos hacia los ascensores.

—¿Quién ha autorizado...? —preguntó.

—Stein.

—Está bien.

Reflexionó un momento.

—Quizá deberíamos ir a Colorado Springs —dijo finalmente.

Quizá. Pero yo no quería una discusión con mi jefa, así que respondí:

—Stein sólo ha autorizado California.

—¿Por qué?

—No sé. Yo creo que quiere mandarme lo más lejos posible.

Llegó el ascensor, entramos, bajamos hasta el vestíbulo y salimos a Broadway.

Llamé un taxi, y montamos.

—Al JFK —dije al chófer.

—Nos sumergimos en el intenso tráfico del centro.

—¿Qué noticias hay de Ventura? —pregunté a Kate.

—Nuestra oficina de Ventura ha obtenido un número telefónico de Wiggins no incluido en la guía, y han llamado a su casa mientras yo estaba al teléfono. Ha respondido el contestador automático pero no le han dejado un mensaje detallado. Luego han enviado varios agentes a su casa, que, según me dicen, está cerca de la playa. A continuación han pedido refuerzos a Los Ángeles. La oficina de Ventura tiene muy poco personal —explicó.

—Espero que no lo encuentren en casa y muerto. ¿Qué se proponen hacer? ¿Rodear la casa con tanques?

—No somos tan estúpidos como crees, John.

—Eso me tranquiliza.

—Revisarán la casa, hablarán con los vecinos y, naturalmente, tenderán una trampa a Khalil.

Traté de imaginar una cuadrilla de tipos vestidos de azul corriendo por un barrio de playa, llamando a las puertas y exhibiendo placas de federales. Eso provocaría una estampida de extranjeros ilegales hacia el sur. Entretanto, si Asad Khalil estaba vigilando la zona, tal vez se volviera un poco receloso. Pero, para ser justos, yo tampoco estaba seguro de cómo manejaría la situación.

—Llama otra vez a Ventura —dije a Kate.

Cogió el móvil y pulsó los botones. El taxi se estaba aproximando al puente de Brooklyn. Miré mi reloj. Eran las tres en punto de la tarde, mediodía en California. ¿O era al revés? Sé que la cosa cambia al oeste de la Undécima Avenida.

—Aquí Mayfield. ¿Algo nuevo? —dijo Kate por el móvil. Escuchó unos momentos y respondió—: Muy bien, voy a tomar un avión a Los Ángeles. Llamaré dentro de un rato con información sobre mi vuelo. Espérenme con un coche en Llegadas y llévenme al helipuerto de la policía. Espérenme con un coche dondequiera que se propongan dejarme en Ventura. Bien. Yo lo estoy autorizando. No se preocupen por ello a menos que no hagan lo que digo. Entonces tendrán algo de qué preocuparse.

Colgó y me miró.

—¿Ves? Puedo ser tan insoportablemente arrogante como tú.

Sonreí.

—¿Y qué hay de nuevo en Ventura? —pregunté.

—Los tres agentes disponibles de Ventura fueron a la casa de Wiggins y entraron forzando la puerta ante la posibilidad de que se hallara muerto en su interior. Pero no estaba en casa, así que los que están ahora dentro son ellos, y están utilizando su teléfono para llamar a personas con las que podría encontrarse o que podrían saber dónde se encuentra. Si está muerto, no está muerto en casa.

—Bueno. Podría estar realizando un largo vuelo.

—Podría. Se gana la vida volando. Podría ser su día libre. Podría estar en la playa.

—¿Qué tiempo hace en Ventura?

—El mismo de siempre. Sol y veintidós grados. —Y añadió—: Hace unos tres años pasé un par de años en la oficina de Los Ángeles.

—¿Te gustó?

—Estuvo bien. Aunque no es tan interesante como Nueva York.

Sonreímos.

—¿Dónde diablos está Ventura? —le pregunté.

Me lo dijo pero no entendí muy bien la geografía ni todos los nombres españoles que me soltaba.

Estábamos en el puente de Brooklyn y el taxista enfiló la autopista Brooklyn-Queens, que fue diseñada para facilitar un tráfico rápido pero yo nunca he visto que lo consiga, salvo a las tres de la madrugada. Mostré mi acreditación de federal.

—Acelere —ordené al chófer. Siempre digo eso, aunque no tenga prisa ni sepa adónde voy.

Pregunté al taxista de dónde era, y me dijo que de Jordania. Eso era nuevo. Pakistán lleva ventaja pero Macedonia está empezando a alcanzarle.

—Stein ha dicho que te felicita —le dije a Kate.

No respondió.

—Hay una ligera posibilidad de que pueda volver al trabajo... en la policía —dije.

Continuó en silencio, así que cambié de tema.

—¿Dónde crees que está Khalil?

—En California, en Colorado Springs o en tránsito.

—Tal vez. Pero tal vez sólo ha actuado en la costa Este, donde tiene algunos bienes, y luego se ha marchado, con la ayuda quizá de alguna embajada de Oriente Medio. California y Colorado están muy lejos.

—John, ese tío no ha recorrido medio mundo para... —Miró de reojo al taxista—. Para tomarse sólo una parte de la comida. Tú lo sabes.

—Sí. Pero me estoy preguntando cómo va a llegar a Los Ángeles. Los

aeropuertos son peligrosos para él.

—Los grandes. Una vez, tuve yo un fugitivo que fue desde Los Ángeles hasta Miami utilizando aeropuertos pequeños. Habría podido ir más de prisa pero consiguió darnos esquinazo hasta que lo atrapamos en Miami.

—Cierto.

—Y no olvides la posibilidad de que haya cogido un avión privado. Una vez, yo tuve un magnate de la droga que alquilaba reactores privados. Muchos de ellos lo hacen. No hay puntos de control, no queda constancia de sus desplazamientos, y pueden ir a cualquier sitio donde sea posible aterrizar.

—Quizá debamos alertar a los aeropuertos locales de la zona de Ventura.

—Se lo he sugerido a los de Ventura. Me han recordado que hay docenas de pequeños aeropuertos en la zona, varias docenas más en los alrededores, y un avión privado puede aterrizar durante las veinticuatro horas del día en la mayoría de ellos. Necesitarías un ejército para vigilar todas las instalaciones de Aviación General, por no hablar de los campos de aterrizaje abandonados o sin personal de servicio.

—Supongo.

Kate parecía conocer este tema mejor que yo. Yo entiendo de taxis y metros. La mitad de mis fugitivos acaban yéndose a casa de su madre, o al apartamento de su amiguita, o se quedan rondando por su bar favorito. La mayoría de los delincuentes, en especial los asesinos, son realmente estúpidos. Yo prefiero los listos. Me proporcionan un cierto desafío y mucha diversión.

—Khalil ha conseguido todo esto gracias a su rapidez —le dije—. Como un tironero. No es ningún idiota, y sabe que en tres días, quizá cuatro, acabaríamos con su juego.

—Eso es muy optimista.

—Bien, lo hemos localizado en menos de cuatro días, ¿no?

—De acuerdo. ¿Y?

—Y... no sé. Wiggins ya está muerto, o se encuentra en algún otro lugar. Quizá haya volado a la costa Este para transportar alguna carga, Khalil lo sabía y ya lo ha liquidado. Los agentes que están en su casa podrían continuar mucho tiempo allí esperando a que aparezcan Wiggins o Khalil.

—Es posible. ¿Tienes alguna otra idea? ¿Quieres quedarte aquí, en Nueva York? Puedes ir a esa reunión de las cinco y escuchar a todo el mundo decir lo brillante que eres.

—Eres injusta.

—Y no quieres perderte el encuentro con Jack esta tarde a las ocho, cuando regrese de Frankfurt.

No respondí.

—¿Qué quieres hacer, John?

—No sé... este tipo me tiene un poco desconcertado. Estoy tratando de ponerme en su pellejo.

—¿Quieres mi opinión?

—Claro.

—Yo digo que vayamos a California.

—Dijiste que fuéramos a Frankfurt.

—Nunca dije tal cosa. ¿Qué quieres hacer tú?

—Llama otra vez a Ventura.

—Tienen el número de mi móvil. Me llamarán si hay alguna novedad.

—Llama a Denver.

—¿Por qué no te compras un móvil?

Marcó el número de la oficina del FBI en Denver y pidió que la pusieran al corriente de la situación. Escuchó, les dio las gracias y colgó.

—Los Callum han sido alojados en la Academia de la Fuerza Aérea —me informó—. Tenemos agentes vigilando su residencia y esperando dentro. Como en Ventura.

—Bien.

Nos encontrábamos ya en la carretera de circunvalación, en dirección al aeropuerto Kennedy. Yo estaba tratando de no fallar, de mantener la buena racha que llevaba, sin echarla a perder al final.

No resulta fácil ser el hombre del momento. Normalmente, yo no confiaría estas dudas a nadie, pero Kate y yo ya éramos algo más que socios.

—Llama a la oficina de Los Ángeles y diles que pongan vigilancia en los consulados de países que podrían ayudar a Khalil a huir —dije—. Asegúrate también de que están vigilando la antigua casa de Wiggins en Burbank por si Khalil no tiene actualizada su información y se presenta allí.

—Lo hice mientras hablabas con Stein. Me informaron de que ya sabían lo que debían hacer. Ten un poco de respeto hacia el FBI, John. No eres tú el único genio de las fuerzas policiales.

Yo creía que sí. Pero supongo que no soy el único. Sin embargo, había algo que me preocupaba acerca de la forma en que se estaba desarrollando aquello. Estaba pasando algo por alto, y sabía que sabía lo que era pero no podía dar con ello. Repasé mentalmente todo el asunto desde el sábado pero ese algo, fuera lo que fuese, se escabullía por algún oscuro rincón de mi mente, de manera parecida a como se escabullía Asad Khalil.

Kate estaba hablando por el móvil con la mujer de Federal Plaza que organiza los viajes y estaba diciendo que necesitábamos información sobre los primeros vuelos directos disponibles a Los Ángeles y a Denver. Escuchó, y miró su reloj.

—Un momento. —Se volvió hacia mí—: ¿Adónde quieres ir?

—A donde va Khalil.

—¿Adónde va?

—A Los Ángeles.

Se puso de nuevo al teléfono.

—Bien, Doris, ¿puedes reservar el vuelo de American? No, no tengo número de autorización.

Me miró, y saqué mi tarjeta de crédito. Kate la cogió y dijo a Doris:

—Pagaremos y solicitaremos el reembolso. —Le dio el número de mi tarjeta y añadió—: Que sea en primera clase. Y, por favor, llama a la oficina de Los Ángeles y avísales de nuestra llegada. Gracias.

Me devolvió mi tarjeta.

—Por tratarse de ti, John, pagarán billete de primera clase.

—Hoy, puede. Pero mañana quizá no quieran hacerse cargo ni de este viaje en taxi.

—El gobierno te adora.

—¿Qué he hecho mal?

Finalmente llegamos al JFK.

—¿A qué terminal? —preguntó el taxista.

Aquí es donde llegué el sábado, con la misma pregunta. Pero esta vez no iba al Club Conquistador.

—Terminal Nueve —dijo Kate.

Llegamos a la terminal de American Airlines, salimos, pagué al taxista y nos dirigimos al mostrador de billetes, donde nos dieron dos pasajes de primera clase a cambio de mi tarjeta de crédito. Nos identificamos y cumplimentamos el impreso SS-113, que describía nuestro equipaje de mano como dos pistolas automáticas Glock del calibre 40.

Teníamos quince minutos para coger el avión, y sugerí tomar un trago rápido pero Kate miró el cuadro de salidas y dijo:

—Están embarcando ya. Tomaremos el trago a bordo.

—Llevamos armas.

—Confía en mí. Ya he hecho esto antes.

Verdaderamente, había otro aspecto de Doña Perfecta que no me había sido revelado hasta el momento.

Así pues, mostramos en el control de seguridad nuestras credenciales y el permiso para embarcar armas y llegamos a la puerta con unos minutos de sobra.

La ayudante de vuelo de primera clase rondaba los setenta y muchos años o cosa así, se encajó la dentadura en la boca y nos dio la bienvenida a bordo.

—¿Éste es un tren de cercanías o expreso? —le pregunté.

Pareció desconcertada, y recordé que la antigüedad equivalía a veces a senilidad.

En cualquier caso, se me habían acabado los chistes de líneas aéreas, así que le di nuestros permisos de embarque de armas de fuego, y me miró con aire de preguntarse cómo habían podido concederme a mí licencia de armas. Kate le dirigió una sonrisa tranquilizadora. Pero quizá fueron imaginaciones mías.

La ayudante de vuelo consultó la lista de pasajeros para asegurarse de nuestra identidad y luego entró en la cabina de mando con los permisos de embarque, tal

como exigen las normas, para informar al capitán de que a bordo había dos agentes de la autoridad armados, una atractiva dama y un tipo estafalario, que viajaban juntos en primera clase.

Encontramos nuestros asientos, situados junto al mamparo divisorio en el lado de babor. La primera clase estaba casi llena, en su mayoría por personas con todo el aspecto de ser angelinos que regresaban a casa.

Bueno, habida cuenta de que estábamos en el JFK no puede decirse que fuera mucho el tiempo que estuvimos esperando en la pista, y despegamos con sólo quince minutos de retraso, que el capitán dijo que recuperaríamos en vuelo, lo cual es mejor, supongo, que hacerlo en tierra, en el aeropuerto internacional de Los Ángeles, rodando hasta la puerta de salida a novecientos kilómetros por hora mientras se despliegan los paracaídas de emergencia.

De modo que allí estábamos, en la azul inmensidad, armados, motivados y esperanzados.

—Olvidé comprar ropa interior limpia —le dije a Kate.

—Iba a mencionártelo.

La Mayfield estaba de un humor raro.

Llegó otra ayudante de vuelo ofreciendo periódicos, y yo pedí el *Newsday* de Long Island. Busqué y encontré un artículo sobre los asesinatos del Cuna de la Aviación, que leí con interés. Observé que no estaba firmado, lo cual es a veces indicio de que las autoridades están manipulando un poco la historia. De hecho, no había ninguna mención de Asad Khalil, y se presentaba como móvil del asesinato la posible comisión de un robo. Perfecto. El clásico robo a mano armada en un museo. Me pregunté si alguien se tragaría semejante historia. Concretamente me preguntaba si se la tragaría Khalil en caso de que la leyese y si creería que carecíamos completamente de pistas. Valía la pena intentarlo, supongo.

Le enseñé el artículo a Kate, que lo leyó.

—Khalil dejó un mensaje muy claro en aquel museo —dijo—. Eso significa que tal vez haya terminado y se vuelve a su país, o que tiene una tremenda arrogancia y desprecia a las autoridades y está diciendo: «No descifraréis esto hasta que sea demasiado tarde. Cogedme si podéis». —Reflexionó unos instantes y añadió—: Espero que ocurra lo segundo, y espero que esté yendo a donde vamos nosotros.

—En ese caso, probablemente ya esté allí. Confío en que espere al anochecer para dar su próximo paso.

Ella asintió con la cabeza.

Bien, yo necesitaba uno o dos traguitos, así que pedí a Kate que hablara dulcemente a la abuela ayudante de vuelo y la convenciese de que nos trajera bebidas alcohólicas.

—No nos servirá —me informó Kate—. Vamos armados.

—Creía que habías dicho...

—Mentí. Soy abogada. Dije: «Confía en mí». Eso significa que estoy mintiendo.

¿Cómo puedes ser tan estúpido? —Rió.

Yo estaba estupefacto.

—Tómate una gaseosa —dijo.

—Me va a dar algo.

Ella me cogió la mano.

Me calmé y pedí un zumo de tomate.

La comida de primera clase era demasiado mala, y la película, con John Travolta como protagonista en el papel de un agente del departamento de investigación criminal del Ejército, horrorosa, pese a la mala crítica que recordaba haber leído en el *Newsday* de Long Island, escrita por John Anderson, un sedicente crítico cinematográfico cuya opinión confiaba que fuese exactamente opuesta a la mía.

Kate y yo estuvimos cogidos de la mano durante la película, como jovencitos en el cine. Cuando terminó la película, eché hacia atrás el respaldo de mi asiento y me dormí.

Como suele ocurrir, tuve un revelador sueño del que no podía recordar nada una vez despierto. Quiero decir que todo se me apareció con absoluta claridad... qué se proponía Khalil, adonde iba y qué teníamos que hacer para cogerlo.

Desgraciadamente, al despertar olvidé casi todo el sueño, incluidas las brillantes conclusiones a que había llegado. Es como despertar de un magnífico sueño erótico y comprobar al despertarte que todavía estás empalmado.

Aterrizamos en el aeropuerto internacional de Los Ángeles a las siete y media de la tarde, y, para bien o para mal, estábamos en California. O eso era lo que necesitábamos, o no lo era. Pronto lo averiguaríamos.

Quinta Parte

California, el presente

Ve y mata al hombre que nombraré. Cuando regreses, mis ángeles te llevarán de nuevo al Paraíso. Y, si mueres, te llevarán también al Paraíso.

El viejo de la Montaña, profeta del siglo XIII y fundador de los Asesinos.

Capítulo 47

Desembarcamos los primeros, salimos y fuimos recibidos por un agente de la oficina del FBI en Los Ángeles, que nos condujo al helipuerto de la policía. Allí nos estaba esperando un helicóptero del FBI, que nos llevó a Ventura, donde demonios esté.

En tierra, todo parecía igual que Queens, a excepción de las palmeras y las montañas. Volamos varios kilómetros por encima de algún océano, supongo, y luego a lo largo de la costa, con altas montañas justo a nuestra derecha. El sol se hallaba justo sobre el océano pero en lugar de elevarse, como hace en *mi* océano, se estaba poniendo. ¿Es un sitio raro o no?

Al cabo de veinticinco minutos aterrizamos en un helipuerto del hospital de la comunidad, en el lado este de Ventura.

Nos estaba esperando un sedán Crown Victoria azul, conducido por un tipo llamado Chuck. Chuck llevaba unos pantalones color canela y chaqueta y zapatillas deportivas. Chuck aseguraba ser agente del FBI. Sin embargo, parecía un vigilante de *parking*; FBI, versión californiana. Pero todos piensan igual porque todos asistieron en Quantico a la misma escuela, que diríase salida de la película *El candidato manchú*.

Chuck nos hizo montones de preguntas mientras nos dirigíamos en coche a la subdelegación en Ventura del Federal Bureau of Investigation. Supongo que en Ventura no llevan muchos casos de asesinatos en masa cometidos por terroristas internacionales. De hecho, Kate había mencionado en el avión que aquella oficina había sido cerrada hacía algún tiempo y vuelta a abrir recientemente por alguna razón que ignoraba.

La oficina se hallaba situada en un moderno edificio rodeado de palmeras y aparcamientos. Mientras cruzábamos el *parking* percibía olor a flores en el aire, y la temperatura y la humedad eran perfectas. El sol se había puesto casi por completo, pero aún subsistía un resplandor en el firmamento.

—¿Qué hace el FBI aquí? —le pregunté a Kate—. ¿Cultivar aguacates?

—Modera tu actitud.

—Claro. —Me imaginaba a los agentes del lugar ataviados con trajes de Brooks Brothers, sandalias y sin calcetines.

Entramos en el edificio, cogimos el ascensor y encontramos una puerta que decía: «Federal Bureau of Investigation». Tenían también en la puerta su redondo escudo de armas, que decía «Departamento de Justicia» y mostraba la clásica balanza de la Justicia, equilibrada, no inclinada, y el lema «Fidelidad, bravura, integridad».

—Deberían añadir: «Políticamente correctas» —dije a Kate.

Ella se había acostumbrado a no hacerme caso y tocó el zumbador.

Se abrió la puerta, y fuimos recibidos por una amable agente llamada Cindy López, que dijo:

—Nada nuevo. Tenemos tres agentes de Ventura en la casa de Wiggins, juntamente con tres agentes de la oficina de Los Ángeles. Hay dos docenas de agentes de Los Ángeles y de Ventura en la zona, la policía local ha sido alertada y todo el mundo se mantiene en contacto por radio y por teléfono móvil. Todavía estamos tratando de localizar a Elwood Wiggins. Por los documentos encontrados en su casa hemos descubierto que trabaja como piloto para Pacific Cargo Services, y hemos visitado la compañía pero allí nos han informado de que no tiene programado ningún vuelo hasta el viernes. No obstante, han mencionado que a veces coge la baja por enfermedad en viernes. Tenemos dos agentes en las instalaciones de Pacific Cargo en el aeropuerto del condado de Ventura en previsión de que aparezca por allí. También hemos apostado agentes en lugares que suele frecuentar. Pero la imagen que estamos obteniendo de este hombre es la de un espíritu libre cuyos movimientos son erráticos.

—Me cae bien el hombre.

La agente López esbozó una sonrisa y continuó:

—Su novia ha desaparecido también. Son aficionados a las excursiones por el monte, y probablemente están haciendo *camping*.

—¿Qué es *camping*? —pregunté.

La López miró a la Mayfield. La Mayfield me miró a mí.

—Oh, como en el bosque —exclamé—. Tiendas y todo eso.

—Sí.

—¿Tiene el número del móvil de Wiggins o de la chica?

—Sí, de los dos. Pero ninguno contesta.

Reflexioné unos momentos y decidí que hacer *camping* era mejor que estar muerto, pero no mucho más.

—Parece que han hecho un trabajo concienzudo —le dije a la López.

—Desde luego que sí. —Entregó a Kate una hoja de papel con un mensaje y dijo —: Jack Koenig llamó desde Nueva York. Quiere que lo llame. Estará allí hasta medianoche, hora de Nueva York, y después en su casa.

—Lo llamaremos desde la casa de Wiggins —dije a Kate—. Cuando tengamos algo de qué informar.

—Llamaremos ahora —replicó ella.

—¿Cómo te sentaría estar hablando aquí con Jack cuando Khalil se presente en casa de Wiggins?

Asintió con la cabeza de mala gana.

—Está bien, nos gustaría ir a la casa de Wiggins —le dijo a Cindy López.

—Estamos procurando no manifestar demasiada actividad allí.

—Entonces nos quedaremos quietecitos, sentados en el sofá —dije.

Vaciló y acabó cediendo.

—Si van les agradeceríamos que se quedasen allí al menos hasta primera hora de la mañana. —Y añadió incisivamente—: Estamos tratando de tender una trampa, no de celebrar una fiesta pública.

Sentí deseos de recordarle que ninguno de nosotros estaría allí si no fuese por mí. Pero me resistí a decir lo evidente. ¿Ven lo fácil que es que le quiten a uno un caso de las manos?

—Usted está al frente de la situación, y nosotros no estamos aquí para estorbar —replicó Kate, siempre tan diplomática.

—La señora Mayfield y yo empezamos este caso con la tragedia del aeropuerto Kennedy, así que nos gustaría seguirlo hasta el final —dije—. Nos quitaremos de en medio cuando lleguemos a la casa de Wiggins.

No creo que la convenciera.

—Yo les aconsejaría que llevarsen chaleco antibalas. Tenemos algunos sobrantes que podría prestarles.

Me dieron ganas de desnudarme para mostrarle a la agente López que las balas pasaban inofensivamente a través de mi cuerpo.

—Gracias pero... —respondí.

Kate me interrumpió:

—Gracias, tomaremos prestados los chalecos antibalas. —Dirigiéndose a la agente López, añadió—: Nunca pregunte a un hombre si quiere un chaleco antibalas o un par de guantes. Simplemente, oblíguelo a ponérselos.

La agente López sonrió con aire cómplice.

Estaba experimentando una sensación realmente especial, rodeado de protectoras y afectuosas hembras que sabían qué era lo mejor para el atolondrado Johnny. Pero luego pensé en Asad Khalil y confié en que tuvieran un chaleco de mi talla.

Así que entramos en su almacén de armamento, protegido por una puerta de acero cerrada con llave. Allí había de todo: rifles, escopetas, granadas inmovilizantes, esposas, etcétera, etcétera.

—Pueden probarse los chalecos en los lavabos de hombres y de mujeres, si lo desean —dijo la agente López.

Kate le dio las gracias a la agente mientras ésta salía.

Me quité la corbata, la chaqueta y la camisa.

—No mires —le dije a Kate.

Ella se quitó la chaqueta color ketchup Heinz y la blusa, y yo miré.

Encontramos los dos un chaleco de nuestra talla y nos lo pusimos.

—Esto es como una escena de «Expediente X»... —dije.

—Olvídate de una vez del maldito «Expediente X».

—¿Pero no te fastidia que esos dos no lleguen a entenderse nunca?

—Ella no lo quiere. Lo respeta, y él la respeta a ella, y no quieren echar a perder ni complicar esa especial relación de confianza.

—Dilo otra vez.

—Personalmente, creo que deberían estar follando ya.

Salimos de la armería y dimos las gracias a la agente López. Chuck, que nos había recogido en el helipuerto del hospital, nos acompañó al *parking* y nos llevó en el coche en dirección a la casa del señor Elwood «Chip» Wiggins.

Mi mente bullía de pensamientos mientras el coche avanzaba hacia el oeste, en dirección a la costa izquierda. Yo había recorrido un largo camino para estar allí pero el que había recorrido el señor Asad Khalil era mucho más largo. Su viaje había comenzado en un sitio llamado Al Azziziyah, en algún lugar de Libia, mucho tiempo atrás. En la noche del 15 de abril de 1986, él y Chip Wiggins habían compartido durante unos pocos minutos un punto en el espacio y en el tiempo. Ahora, Asad Khalil deseaba devolverle la visita, y el señor Wiggins lo ignoraba. O Chip Wiggins se había encontrado ya con Asad Khalil, y el asunto estaba terminado. En tal caso, no aparecería nadie en la casa de Wiggins, nunca. Pero si Khalil y Wiggins no se habían encontrado aún, me preguntaba quién sería el primero en subir andando por el camino particular de la casa.

La luz solar se había esfumado casi por completo, y se habían encendido las farolas.

Mientras nos acercábamos al barrio de Wiggins, Chuck llamó por radio a las unidades apostadas en torno a la casa de Wiggins, para que no se pusieran nerviosos ni le dieran al gatillo. Por la misma razón, Chuck utilizó luego su teléfono móvil para llamar a los agentes situados en el interior de la casa.

—Dícales que preparen café —pedí.

Chuck no transmitió mi petición, y, por lo que decía al teléfono, comprendí que a los agentes que estaban en la casa no les hacía mucha gracia la inesperada compañía. Que se jodan. Todavía es mi caso.

Recorrimos las calles rectas y largas de un barrio suburbano que Chuck dijo que estaba cerca del océano, aunque yo no veía ni olía océano alguno. Todas las casas estaban construidas en parcelas minúsculas, y las propias casas no eran más que virutas de estuco de un solo piso, con garajes adosados, techos de tejas rojas y una palmera, al menos, por cada casa. No parecía un barrio caro pero en California nunca se sabía. Y la verdad es que me traía sin cuidado.

—¿Esas casas han estado siempre ahí o bajaron de las montañas en un corrimiento de tierras? —pregunté.

Chuck rió entre dientes y respondió:

—Bajaron a raíz del último terremoto, que precedió a los incendios.

Me caía bien Chuck.

Afortunadamente, no vi a ninguna de las unidades de vigilancia y, más afortunadamente aún, no vi ningún niño en las proximidades.

—Es esa casa de la derecha —dijo Chuck—, la segunda a partir del cruce.

—¿Se refiere a la de estuco blanco, con el techo de tejas rojas y la palmera?

—Sí... todas... La segunda empezando por el final.

Kate, que iba en el asiento de atrás, dio una patada en el respaldo del mío, lo que supongo que era alguna clase de señal.

—Voy a parar el coche, ustedes salen y yo me largo. La puerta principal está abierta —dijo Chuck.

Al montar en el coche había observado que las luces interiores estaban desconectadas, igual que en la costa Este, lo que resultaba tranquilizador. Después de todo, era posible que aquella gente supiese lo que hacía.

Se detuvo el coche. Kate y yo bajamos rápidamente y avanzamos sin correr por el agrietado camino de cemento. A la derecha de la puerta había un amplio ventanal con las persianas venecianas echadas. En mi antiguo barrio, todo el mundo habría estado para ahora al tanto de los extraños sucesos que se estaban produciendo, pero el lugar en que nos encontrábamos en aquellos momentos parecía una escena de una película de serie B de los años cincuenta, en la que todo el mundo ha muerto a causa de la radiación atómica. O quizá los federales habían evacuado el barrio.

Así pues, abrí la puerta y entramos. No había vestíbulo, y nos encontramos en una combinación de sala de estar/comedor en forma de L iluminado solamente por una débil lamparita de mesa. De pie en el centro de la habitación había un hombre y una mujer vestidos con pantalones y camisa azules y cazadora de nailon con la placa de identificación. Lucían amplias sonrisas y tenían la mano extendida en ademán de saludo. Bueno, no realmente.

—Soy Roger Fleming, y ésta es Kim Rhee —dijo el hombre.

La Rhee era oriental, ahora llamada asiática del este, y supuse por su nombre que era coreana. Roger era pan blanco con mayonesa.

—Supongo que ya conocen nuestros nombres... —dije—. Yo soy Kate.

El agente Fleming no sonrió, y tampoco lo hizo la agente Rhee. Algunas personas se ponen muy serias cuando están esperando un tiroteo mortal. Los policías tienden a bromear, probablemente para disimular su nerviosismo, pero los federales se lo toman *todo* en serio, incluyendo, estoy seguro, un día de playa.

—¿Cuánto tiempo se van a quedar? —preguntó la agente Rhee.

—Todo el que haga falta —respondí.

—No tenemos intención de inmiscuirnos en la captura real del sospechoso —intervino Kate—, si aparece por aquí, a menos que ustedes nos necesiten. Estamos aquí solamente para ayudar a identificarlo y para tomarle declaración una vez detenido. Asimismo, lo conduciremos a Nueva York o Washington para responder de varios cargos federales.

No era eso exactamente lo que yo tenía previsto pero les venía bien a Fleming y Rhee ver que uno de nosotros estaba cuerdo.

Kate continuó exponiendo el contenido de nuestra misión.

—Si aparece primero el señor Wiggins, entonces hablaremos con él y le pediremos que nos haga entrega de la casa. Después, alguien puede acompañarle a otro lugar. En cualquier caso, nos proponemos permanecer en esta casa esperando al

sospechoso, que creemos se dirige hacia aquí.

—Nosotros hemos decidido que, por razones logísticas y de seguridad, seis es el número óptimo de agentes que necesitamos en la casa —replicó Rhee—. De modo que, si el sospechoso aparece aquí, les pediremos a ustedes que entren en una habitación trasera, que les enseñaremos.

—Escuchen, señora Rhee, señor Fleming —dije yo—, puede que tengamos que estar todos aquí durante mucho tiempo, compartiendo el baño y los dormitorios, así que ¿por qué no nos dejamos de chorradas e intentamos llevarnos bien? ¿Les parece?

No hubo respuesta.

Kate, dicho sea en su honor, cambió de tono y dijo:

—Hemos trabajado en este caso desde que Asad Khalil aterrizó en Nueva York. Hemos visto más de trescientas personas muertas a bordo del avión en que llegó, hemos visto asesinados a un miembro de nuestro equipo, a nuestra secretaria y al agente de servicio.

Y así. Les fue contando todo, demasiado delicadamente, pensé yo, pero captaron el mensaje y hasta asintieron con la cabeza cuando Kate terminó.

Entretanto, paseé la vista por el cuarto de estar, sobriamente amueblado pero sin gusto. Estaba también bastante desarreglado, de lo que me gustaría echar la culpa a los federales pero que probablemente, pensé, era el reflejo de la aptitud del señor Wiggins ante la vida.

La señora Rhee se ofreció a presentarnos a sus colegas, y la seguimos a la cocina, mientras el señor Fleming volvía a su puesto junto al ventanal, atisbando a través de las persianas venecianas. Alta tecnología. Pero, naturalmente, alguno de los que vigilaban en el exterior nos avisaría si alguien se acercaba a la casa.

La cocina se hallaba débilmente iluminada por una bombilla fluorescente situada bajo un estante, pero pude ver que databa de 1955, aproximadamente, y en ella estaban un hombre y una mujer vestidos también con el atuendo de comando urbano consistente en pantalón oscuro, camisa azul marino y cazadora de nailon. Sobre el mostrador reposaban sus gorras de béisbol azules. El hombre estaba sentado a la mesita de la cocina, leyendo un montón de informes a la luz de una linterna. La mujer se hallaba apostada en la puerta trasera, atisbando por la mirilla.

La señora Rhee nos presentó al caballero, cuyo nombre, como el mío, era Juan, aunque el apellido era una retahíla de sílabas que no conseguí retener. La dama era negra y se llamaba Edie. Nos saludó con la mano mientras continuaba escrutando la trasera de la casa.

Regresamos a través de la estancia en forma de L y cruzamos una puerta que daba a un pequeño vestíbulo en el que había tres puertas, la más pequeña de las cuales correspondía a un cuarto de baño. En la más grande de las habitaciones, un dormitorio, un hombre vestido de traje se hallaba sentado ante un centro de transmisiones informatizado y atendía su radio y dos teléfonos móviles mientras jugaba con el ordenador del señor Wiggins. La única luz de la estancia procedía de la

pantalla del monitor, y todas las persianas estaban echadas.

La señora Rhee hizo las presentaciones, y el hombre, que se llamaba Tom Stockwell y era de etnia pálida, nos dijo:

—Pertenezco a la oficina de Los Ángeles y soy el agente asignado a este caso.

Supongo que eso me dejaba a mí fuera. Decidí ser amable.

—La señora Mayfield y yo estamos aquí para ayudar, sin ánimo de entrometernos —dije.

—¿Cuánto tiempo se van a quedar? —preguntó.

—Todo el que haga falta.

Kate puso a Tom al corriente de la situación.

—Como ya sabrá, puede que el sospechoso Heve chaleco antibalas y tiene por lo menos dos armas, Glock de calibre cuarenta, que, al igual que el chaleco, parece ser que robó a los dos agentes que iban a bordo del avión.

Presentó a Tom un informe verbal, y él escuchó atentamente.

—Ese hombre es extremadamente peligroso, y no esperamos poder capturarlo fácilmente —concluyó—. Pero necesitamos cogerlo vivo.

—Tenemos varias armas e instrumentos no letales, como la pistola viscosa y la red proyectil, además, naturalmente, de gas y... —dijo Tom.

—Perdone —le interrumpí—. ¿Qué es una pistola viscosa?

—Es un aparato que se maneja con una mano y lanza un chorro de una sustancia viscosa que se endurece inmediatamente e inmoviliza a la persona.

—¿Es una cosa de California?

—No, señor Corey. Se puede encontrar en toda la nación. Y también tenemos una red que podemos disparar y envolver en ella al individuo —añadió Tom.

—¿De veras? ¿Y tienen también pistolas de verdad?

Tom no me hizo caso y continuó informándonos.

Le interrumpí de nuevo para preguntarle:

—¿Han evacuado la zona?

—Hemos debatido mucho ese tema —respondió—, pero Washington está de acuerdo en que intentar evacuar la zona podría constituir un problema.

—¿Para quién?

—En primer lugar está el evidente problema de que se vería a los agentes efectuando las notificaciones —explicó—. Algunas personas no están en casa, y pueden venir más tarde, así que eso podría llevarnos toda la noche. Y sería un engorro para los residentes si tuvieran que abandonar su casa durante un período indefinido. No obstante —agregó—, hemos evacuado las casas situadas a ambos lados y detrás de ésta, y ahora hay agentes nuestros en ellas.

Quedaba sobreentendido que era más importante capturar a Asad Khalil que preocuparse por la posibilidad de que unos contribuyentes quedaran atrapados en un fuego cruzado. Yo no podía decir honradamente que estuviera en desacuerdo con ello.

La señora Rhee añadió:

—Los agentes que permanecen vigilando tienen instrucciones de no intentar apresar al sospechoso en la calle, a menos que perciba el peligro y trate de huir. Muy probablemente, la captura se realizará en esta casa o en sus proximidades. Lo más probable es que el sospechoso esté solo y seguramente armado con dos pistolas únicamente. Así que no esperamos que se produzca un prolongado intercambio de disparos si actuamos correctamente. —Nos miró a Kate y a mí—. Se cortará el tráfico en las inmediaciones si decidimos que se está acercando el sospechoso.

Personalmente, yo pensaba que los vecinos ni siquiera se darían cuenta de que había un tiroteo delante de su casa si tenían el volumen de sus televisores y equipos de música lo bastante alto.

—Si les sirve de algo, estoy de acuerdo —dije.

Pero mentalmente veía la imagen de un crío en bici pasando en el peor momento posible. Son cosas que ocurren. Ya lo creo que ocurren.

—Supongo que los agentes de vigilancia tienen aparatos de visión nocturna —dijo Kate.

—Naturalmente.

Estuvimos un rato charlando, y Kate tuvo buen cuidado de decir a Tom y Kim que ella misma había trabajado tiempo atrás en California, y convinieron en que todos actuábamos con eficacia, excepto yo quizá, que me sentía un poco como un bicho raro.

Tom mencionó que la antigua casa de Wiggins en Burbank estaba también ocupada y vigilada por el FBI, y nos informó de que la policía local de Ventura y la de Burbank estaban alertadas pero no se les había pedido ayuda directa.

En algún momento me cansé de oír lo perfectamente que estaba todo cubierto desde el domingo y pregunté:

—¿Dónde está su sexta persona?

—En el garaje. El garaje está lleno de trastos, de modo que Wiggins no puede meter el coche en él, pero la puerta tiene un sistema de apertura automática, así que es posible que Wiggins entre por él a pie y pase a la cocina por la puerta que comunica ambos recintos. Probablemente es lo que hará, ya que le queda más cerca de donde detendrá el coche.

Bostecé. Supongo que sentía los efectos del cambio de horario y no había dormido mucho en los últimos días. ¿Qué hora era en Nueva York? ¿Más tarde? ¿Más temprano?

Tom nos aseguró que se estaban realizando toda clase de esfuerzos por localizar a Elwood Wiggins antes de que volviera a la casa.

—Por lo que sabemos —dijo—, Khalil podría intentar asaltarlo mientras se dirige a casa. Wiggins conduce un *jeep* Grand Cherokee púrpura, que no está aquí, así que estamos alerta para cuando aparezca.

—¿Qué conduce su novia? —pregunté.

—Un Ford Windstar blanco que está todavía en casa de la chica en Oxnard, que

también se encuentra vigilada —respondió Tom.

¿*Oxnard*”? De todos modos, ¿qué podía decir yo? Aquellos tipos eran eficientes, profesionalmente hablando. Personalmente, yo seguía pensando que eran rutinarios y convencionales.

—Estoy seguro de que están informados sobre las anteriores visitas de Khalil a los ahora difuntos compañeros de escuadrilla de Wiggins —dije—. Esto me indica que Khalil tiene quizá más información sobre Chip Wiggins que nosotros. Lleva mucho más tiempo que nosotros buscando a Wiggins. —Y añadí para que constase —: Es muy posible que el señor Wiggins y el señor Khalil se hayan encontrado ya.

Durante unos segundos, nadie hizo ningún comentario.

—Eso no cambia nuestro trabajo aquí —dijo Tom finalmente—. Nosotros esperamos a ver si aparece alguien. Naturalmente, hay una alarma en toda la zona para localizar a Khalil y a Wiggins, de modo que tal vez recibamos una llamada de la policía diciéndonos que uno, o el otro, o los dos han aparecido. Wiggins, vivo, y Khalil, esposado.

Yo no quería ser portador de un futuro karma malo, pero no podía imaginarme a Asad Khalil esposado.

Tom volvió a sentarse ante el ordenador de Wiggins.

—Estoy tratando de encontrar en su ordenador una pista de dónde podría estar —informó—. He revisado su correo electrónico para ver si mantuvo correspondencia con un parque nacional o estatal o si había reservado plaza en un *camping*, algo así. Nosotros creemos que está de *camping*... —Y agregó, creo que dirigiéndose a mí—: Eso es cuando va uno al bosque con una tienda o una caravana.

Deduje que la López y Tom habían hablado.

—¿Han examinado la ropa interior de Wiggins? —pregunté.

Levantó la vista del ordenador.

—¿Perdón?

—Si usa calzoncillos *boxers* de talla mediana, me gustaría cogerle prestado un par.

Tom reflexionó unos instantes y respondió:

—Todos hemos traído mudas, señor Corey. Quizá alguien... uno de los hombres quiero decir, pueda prestarle un par de calzoncillos. No puede usar la ropa interior del señor Wiggins —añadió.

—Bueno, se lo preguntaré a él directamente si aparece.

—Buena idea.

Kate, dicho sea en su honor, no estaba tratando de aparentar que no me conocía.

—Nos gustaría ver el garaje y el resto de la casa —le dijo a Kim Rhee.

La señora Rhee nos condujo al vestíbulo y abrió la puerta de una habitación que daba a la parte trasera. La habitación, que probablemente había sido antes dormitorio, era ahora un centro de ocio que contenía un enorme televisor, equipo de sonido y altavoces suficientes como para provocar otro terremoto. Observé que en el suelo

había seis maletines.

—Pueden usar más tarde esta habitación. El sofá se transforma en cama —dijo la señora Rhee—. Nos iremos turnando para dormir un poco si esto se prolonga durante la noche.

Yo creía que mi peor pesadilla era una comida de día de Acción de Gracias con mi familia pero estar atrapado en una casa pequeña con agentes del FBI lo superaba.

La señora Rhee nos enseñó también el pequeño cuarto de baño, lo que me hizo preguntarme si en otro tiempo habría sido agente inmobiliaria. Observé que no había en la casa ninguna clase de recuerdos militares, lo cual me indicaba que Elwood Wiggins no quería nada que le recordase la época en que sirvió en la Fuerza Aérea. O quizá lo había perdido todo, lo cual sería congruente con el perfil que habíamos elaborado sobre él. O quizá nos habíamos equivocado de casa. No sería la primera vez que los federales tomaban mal la dirección. Pensé en mencionarle esta última posibilidad a la señora Rhee pero es un tema delicado para ellos.

Volvimos a la cocina, y la señora Rhee abrió una puerta que reveló un desordenado garaje. Sentado en una silla de jardín detrás de varias cajas de cartón apiladas se encontraba un joven rubio, evidentemente el agente más joven, leyendo un periódico a la luz de la bombilla fluorescente que colgaba del techo. Se levantó, y la señora Rhee le hizo seña de que volviera a sentarse, a fin de que permaneciera oculto si la puerta del garaje se abría de pronto automáticamente.

—Éste es Scott, que se ha ofrecido voluntario para el puesto del garaje —dijo la señora Rhee, sonriendo.

Scott, que parecía que acabara de bajarse de una tabla de surf, descubrió los dientes en una sonrisa y saludó con la mano.

—¿Qué, se está bien aquí, holgazaneando, eh? —dije.

Naturalmente, no dije tal cosa pero me apetecía. Scott era de mi talla pero no tenía aspecto de usar calzoncillos *boxers*.

La señora Rhee cerró la puerta, y nos quedamos en la cocina con Edie y Juan.

—Hemos traído alimentos congelados y en conserva para que nadie tenga que salir si esto se prolonga —dijo la señora Rhee. Y añadió incisivamente—: Tenemos comida para seis días y seis personas.

Tuve una súbita imagen de agentes del FBI volviéndose caníbales al agotarse la comida, pero no comuniqué a los demás mi pensamiento. Ya estaba caminando sobre hielo demasiado fino, o lo que sea el equivalente californiano.

—Ahora que tenemos dos bocas más que alimentar —dijo Juan—, encarguemos *pizza*. Necesito mi *pizza*.

Juan era un tipo estupendo, decidí. Por desgracia, era mucho más corpulento que yo y tampoco parecía de los que usan *boxers*.

—Yo preparo unos macarrones con queso bastante buenos en el microondas —me dijo Edie.

Reímos todos. Aquello era como para vomitar. Pero hasta el momento estaba

resultando mucho mejor de lo que habría podido esperar veinticuatro horas antes. Asad Khalil estaba a nuestro alcance, ¿no? ¿Qué podía salir mal? No preguntes.

Pero, al menos, Wiggins, si todavía estaba vivo, tenía muchas posibilidades de continuar con vida.

Kate dijo que iba a llamar a Jack Koenig y me invitó a ir con ella a la habitación de atrás. Decliné la invitación, y ella salió. Yo me quedé en la cocina charlando con Edie y Juan.

Kate volvió unos quince minutos después y me informó:

—Jack dice que nos manda saludos y nos felicita por el buen trabajo detectivesco. Nos desea suerte.

—Qué amable. ¿Le has preguntado cómo estaba Frankfurt?

—No hemos hablado de Frankfurt.

—¿Dónde está Ted Nash?

—¿A quién le importa eso?

—A mí.

Kate miró de reojo a nuestros colegas.

—No te obsesiones por cosas sin importancia —dijo en voz baja.

—Sólo quería pegarle un puñetazo en la nariz. Nada más.

Sin hacerme caso, ella continuó:

—Jack quiere que lo llamemos si se producen novedades. Estamos autorizados para conducir a Khalil, vivo o muerto, a Nueva York, mejor que a Washington. Es una operación importante.

—Yo creo que Jack está vendiendo la piel del oso antes de cazarlo.

Kate volvió a ignorarme.

—Está trabajando con varias fuerzas de policía locales para trazar una imagen clara de los movimientos de Asad Khalil —dijo—, de sus asesinatos y de quiénes son o quiénes podrían haber sido sus cómplices.

—Estupendo. Eso lo mantendrá ocupado y me dejará en paz.

—Eso es exactamente lo que le he dicho.

Yo creo que se estaba burlando de mí. De cualquier modo, no queríamos divertir más a nuestros colegas, así que pusimos fin a la conversación.

Edie nos ofreció café, y Kate, Kim y yo nos sentamos a la mesa de la cocina con Edie, mientras Juan vigilaba la puerta trasera. Estaban todos muy interesados en todo lo que había sucedido desde el sábado y no dejaban de hacernos preguntas sobre cosas que no habían aparecido en las noticias ni en sus informes. Tenían curiosidad por saber qué ambiente había en Federal Plaza y qué decían los jefes de Washington. Los agentes de la ley y el orden eran iguales en todas partes, decidí, y, pese a la hostilidad cortésmente disimulada con que se nos había recibido, nos estábamos llevando muy bien, creando lazos y todo eso. Pensé en dirigirlos a todos en un coro de *Carretera de Ventura*, o quizá *Allá voy, California*. Pero no quería exagerar aquel jubiloso momento de la costa Oeste.

Parecía que todo el mundo sabía que yo era expolicía de Nueva York, por lo que supongo que habrían sido advertidos, si ésa es la palabra adecuada, o quizá simplemente lo habían deducido.

Era una de esas ocasiones en que las cosas parecen tranquilas y normales pero todo el mundo sabe que el timbre de un teléfono podría poner fin a las apariencias y helarte la sangre. Yo había pasado por ello, y también todos los demás que se encontraban en la casa. Supongo que me sientan bien esta clase de cosas, porque no estaba pensando en mi acogedora y segura clase del John Jay. Estaba pensando en Asad Khalil, y casi podía sentir la proximidad de aquel bastardo. De hecho, pensaba en el coronel Hambrecht, descuartizado a hachazos, y en los escolares de Bruselas.

Transcurrió una hora, y los cinco agentes fueron turnándose en los puestos de vigilancia. Kate y yo nos ofrecimos a relevarlos, pero parecían querer que permaneciéramos en la cocina.

Scott estaba ahora sentado a la mesa y nos preguntaba cosas sobre Nueva York. Yo traté de convencerlo de que la gente hacía surf en el East River, y todos rieron entre dientes. Me sentí tentado a contar mi chiste sobre la fiscal general, pero podrían tomárselo a mal.

De todos modos, yo me estaba mostrando modesto con respecto a mis aportaciones al caso, sin mencionar apenas que era yo quien había averiguado qué se proponía Asad Khalil y pasando como sobre ascuas por encima de mi deslumbrante inteligencia al identificar a los pilotos que estaban señalados para morir.

A este respecto, todos mostraban un cierto talante sombrío, comprendiendo que muchos tipos excelentes, que habían servido a su país, estaban ahora muertos, asesinados por un agente extranjero. Se suponía que aquello no podía suceder.

Eran casi las nueve de la noche cuando sonó un teléfono en alguna parte, y quedamos todos en silencio.

A los pocos segundos entró Tom en la cocina y dijo:

—Una furgoneta azul de reparto está pasando por la zona, ocupada solamente por el conductor, un varón. Los compañeros pertrechados con el equipo de visión nocturna dicen que se ajusta a la descripción del sospechoso. Todos a sus puestos.

Todo el mundo estaba ya en pie, moviéndose.

—Entrad en el cuarto de la televisión —dijo Tom, dirigiéndose a Kate y a mí.

Salió rápidamente de la cocina, mientras Kim Rhee entraba en el garaje, donde Roger Fleming se hallaba de guardia en aquellos momentos. Dejé la puerta abierta, y pude ver a Roger agazapado tras las cajas de cartón y empuñando la pistola. Kim sacó su arma, fue hasta la puerta del garaje y se apostó a un lado, junto al iluminado mecanismo de apertura automática.

Juan estaba en la puerta trasera de la cocina, con la pistola en la mano y echado a un lado.

Kate y yo entramos en el cuarto de estar, donde Tom y Edie, con las pistolas empuñadas, se hallaban situados a ambos lados de la puerta principal. Scott estaba en

pie delante de la puerta, atisbando por la mirilla. No pude por menos de observar que Scott no llevaba nada de ropa, a excepción de un par de anchos pantalones de baño, en la parte posterior de los cuales abultaba la culata de una Glock. Supongo que eso era la versión californiana de la ropa interior. En cualquier caso, anoté mentalmente a su favor el hecho de que no llevara chaleco antibalas.

Tom nos vio y de nuevo insistió en que nos retirásemos al cuarto de la televisión, pero comprendió en seguida que no habíamos recorrido cinco mil kilómetros para quedarnos viendo la tele mientras se producía la detención.

—Cubríos. Por aquí —dijo.

Kate se situó junto a Tom, que estaba a la izquierda de la puerta, y sacó su pistola. Yo me puse junto a Edie, que estaba encajada en un pequeño hueco existente entre la puerta y la pared del cuarto de estar. La puerta se abriría hacia nosotros, que quedaríamos detrás de ella cuando se abriera. Había suficientes armas empuñadas, así que no saqué mi Glock. Miré a Kate, que me miró también, sonrió y me guiñó un ojo. Mi corazón latía violentamente pero me temo que no por Kate Mayfield.

Tom tenía el teléfono móvil junto al oído y estaba escuchando.

—La furgoneta está reduciendo la marcha a unas manzanas de aquí... —nos dijo.

—La veo. Está parando delante de la casa —exclamó Scott, que estaba vigilando por la mirilla.

Se podían oír las respiraciones en la estancia, y pese a todo el apoyo exterior, y todo el material de alta tecnología, y los chalecos antibalas, no hay nada como el momento en que estás a punto de enfrentarte a un asesino armado.

—Está saliendo un hombre de la furgoneta... —dijo Scott, bastante sereno— del lado de la calle, no puedo verlo... va hacia atrás... abre las puertas... lleva un paquete... viene hacia aquí... se ajusta a la descripción... alto, tipo de Oriente Medio... viste vaqueros y camisa de cuello oscuro, lleva un paquete pequeño en la mano... Mira a un lado y a otro...

Tom estaba diciendo algo por el móvil y luego se lo guardó en el bolsillo.

—Todos sabéis lo que hay que hacer —nos dijo en voz baja.

La verdad es que yo me había perdido el ensayo.

—Tened presente que podría ser un inocente repartidor... —dijo Tom—. No actuéis con demasiada violencia pero derribadlo y ponedle las esposas.

Me pregunté qué había sido de la pistola viscosa. Sentí que un ligero sudor me cubría la cara.

Sonó el timbre. Scott esperó unos segundos y luego extendió la mano hacia el picaporte y abrió la puerta. Antes de que ésta obstruyese la visión, vi a Scott sonreír mientras decía:

—¿Algo para mí?

—¿Señor Wiggins? —preguntó una voz con acento extranjero.

—No —respondió Scott—. Sólo estoy cuidando la casa. ¿Quiere que firme eso?

—¿Cuándo estará en casa el señor Wiggins?

—El jueves. Quizá el viernes. Puedo firmar yo. No hay ningún problema.

—Está bien. Firme aquí.

—Esta pluma no escribe. Pase adentro —oí decir a Scott.

Se apartó de la puerta, y no pude por menos de pensar que si Scott fuese realmente el cuidador de la casa, pronto estaría muerto y apestando en el cuarto trasero mientras Asad Khalil esperaba el regreso del señor Wiggins.

El caballero alto y moreno dio un paso en el interior del cuarto de estar, y, en cuanto hubo cruzado el umbral, Edie cerró la puerta de una patada. Aun sin haber sido informado, yo sabía lo que iba a suceder a continuación. En un abrir y cerrar de ojos, Scott agarró al hombre por la camisa y lo lanzó hacia los que esperaban.

En menos de cuatro segundos, nuestro visitante estaba boca abajo en el suelo, conmigo encima de sus piernas y el pie de Edie sobre su cuello mientras Tom y Scott le ponían las esposas.

Kate abrió la puerta y levantó la mano con el pulgar hacia arriba en dirección a quienquiera que fuese el que estaba mirando con prismáticos, luego echó a correr hacia la furgoneta, y yo la seguí.

Registramos la furgoneta pero no había nadie en ella. Unos cuantos paquetes yacían desparramados en el interior, y Kate encontró un teléfono móvil en el asiento delantero. Lo cogió.

Empezaron a aparecer coches como salidos de la nada, deteniéndose con estridente chirriar de frenos delante de la casa, mientras los agentes saltaban a tierra, igual que en las películas, aunque yo no veía la necesidad de los chirridos.

—Está esposado —les dijo Kate.

Observé que se había abierto la puerta del garaje y Roger y Kim estaban ahora en el césped. No había aparecido aún ningún vecino. Se me ocurrió que si aquello fuese el rodaje de una película, se habría congregado una incontrolable multitud de ciudadanos ofreciéndose a gritos para trabajar como extras.

De todos modos, conforme al procedimiento operativo habitual, todos los agentes que habían permanecido apostados regresaron a sus vehículos y reanudaron su vigilancia de la casa para no asustar a algún cómplice que pudiera presentarse, por no mencionar el sobresalto del señor Wiggins si volvía a casa, o de aquellos de sus vecinos que pudieran darse cuenta de lo sucedido.

Kate y yo corrimos a la casa, donde el prisionero yacía ahora de espaldas, estrechamente vigilado por Edie y Scott, mientras Tom permanecía de pie junto a él.

Miré al hombre, y no me sorprendió demasiado descubrir que no era Asad Khalil.

Capítulo 48

Kate y yo nos miramos y miramos luego a los que nos rodeaban. Nadie parecía muy contento.

—Está limpio —dijo Edie.

El hombre estaba gimoteando, y le corrían las lágrimas por la cara. Si alguien tenía alguna duda de que aquél no era Asad Khalil, sus gimoteos la hacían desaparecer.

Roger y Kim se hallaban ahora en el cuarto de estar, y Kim dijo que iba a comunicar por radio con las unidades de vigilancia para decirles que el repartidor no era nuestro hombre y que permanecieran alerta.

Scott tenía la cartera del repartidor en la mano y estaba registrándola.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó.

El hombre trató de dominarse y sollozó algo que parecía una mezcla de flema y moco.

Scott, sosteniendo en la mano el carnet de conducir del hombre con su foto, repitió:

—Dígame cómo se llama.

—Azim Rahman.

—¿Dónde vive?

El hombre dio una dirección de Los Ángeles.

—¿Cuál es su fecha de nacimiento?

Y así sucesivamente. El hombre dio correctamente todas las respuestas del carnet de conducir, lo que le indujo a creer que lo iban a dejar en libertad. Error.

Tom empezó a formularle preguntas sobre cuestiones que no figuraban en su carnet de conducir.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Por favor, señor, he venido a entregar un paquete.

Roger estaba examinando el paquetito pero, naturalmente, no lo abrió, por si contenía una bomba.

—¿Qué hay dentro? —preguntó.

—No lo sé, señor.

—No lleva remite —dijo Roger, dirigiéndose a todos—. Voy a dejarlo fuera y a llamar al vehículo de desactivación de explosivos. —Y salió, lo que hizo sentirse un poco más feliz a todo el mundo.

Juan entró en el cuarto de estar, y para entonces Azim Rahman se estaba preguntando probablemente por qué andaban rondando la casa del señor Wiggins todos aquellos tipos con cazadoras del FBI. Pero quizá ya sabía por qué.

Miré la cara de Tom y vi que estaba preocupado. Tratar con violencia a un ciudadano, nativo o nacionalizado, no era bueno para su carrera, por no mencionar la imagen del FBI. Últimamente, incluso golpear a un extranjero ilegal podía traerle a uno complicaciones. Quiero decir que todos somos ciudadanos del mundo, ¿no?

—¿Es usted ciudadano norteamericano? —preguntó Tom al señor Rahman.

—Sí, señor. He prestado el juramento.

—Enhorabuena.

Tom formuló a Rahman una serie de preguntas acerca de su barrio, en West Hollywood, que Rahman pareció capaz de contestar, luego le formuló otras del tipo de educación ciudadana, primer curso, que Rahman contestó no demasiado mal. Incluso sabía quién era el gobernador de California, lo que me hizo sospechar que fuese un espía. Pero luego no supo decir quién era su congresista, y concluí que, ciertamente, era un ciudadano norteamericano.

Miré de nuevo a Kate, que meneó la cabeza. Yo me sentía bastante deprimido en aquellos momentos, lo mismo que todos los demás. ¿Por qué no salían las cosas conforme a lo planeado? ¿De qué lado estaba Dios?

Eddie había marcado el número de teléfono que el señor Rahman le había dado como el de su domicilio, y confirmó que un contestador automático respondía «Residencia Rahman», y la voz parecía la del hombre tumbado en el suelo, no obstante su actual estado emocional.

Eddie dijo, sin embargo, que el número de teléfono que figuraba en la furgoneta de Servicio de Entregas Rápidas no estaba dado de alta. Yo sugerí que la pintura de la furgoneta parecía nueva. Todo el mundo miró a Azim Rahman.

Comprendió que estaba de nuevo en dificultades y explicó:

—Acabo de empezar el negocio. Es nuevo para mí, hace unas cuatro semanas...

—¿De modo que pintó un número en su furgoneta y esperaba que la compañía telefónica le diese ese número? ¿Le parece que somos idiotas?

Yo no podía imaginar qué le parecíamos al señor Rahman desde su perspectiva en el suelo. La posición determina la perspectiva, y cuando estás en el suelo, esposado y rodeado de gente armada, tu perspectiva es diferente de la de las personas que te rodean empuñando armas. Sea como fuere, el señor Rahman se mantuvo firme en su historia, que parecía plausible salvo en lo referente al número de teléfono del negocio.

Así pues, según todos los indicios, nos encontrábamos en presencia de un honrado inmigrante que perseguía el Sueño Americano, y teníamos al pobre bastardo tirado en el suelo y con un chichón rojo en la frente sin más motivo que el hecho de ser oriundo de Oriente Medio. Vergonzoso.

El señor Rahman estaba empezando a recuperar el dominio de sí mismo.

—Por favor, quisiera llamar a mi abogado —dijo.

Oh, oh. Las palabras mágicas. Es axiomático que si un sospechoso no habla durante los cinco o diez primeros minutos, cuando está conmocionado, por así

decirlo, puede que no hable nunca. Mis colegas no le habían sonsacado a tiempo.

—Aquí, todos menos yo son abogados —dije—. Hable con ellos.

—Quiero llamar a mi propio abogado.

No le hice caso y pregunté:

—¿De dónde es usted?

—De West Hollywood.

Sonreí y le aconsejé:

—No me jodas, Azim. ¿De *dónde* eres?

Carraspeó y dijo:

—De Libia.

Nadie dijo nada pero nos miramos, y Azim advirtió nuestro renovado interés por él.

—¿Dónde recogiste el paquete que estabas entregando?

Ejerció su derecho a guardar silencio.

Juan había ido a la furgoneta y ahora, ya de regreso, anunció:

—Esos paquetes parecen falsos. Todos están envueltos en el mismo papel marrón, la misma cinta adhesiva, hasta la misma jodida letra. —Miró a Azim Rahman y preguntó—: ¿Qué clase de mierda estás tratando de meternos?

—¿Cómo dice?

Todo el mundo empezó a intimidar otra vez al pobre señor Rahman, amenazándolo con la cárcel seguida de deportación, y Juan incluso le ofreció una patada en los huevos, que él rehusó.

Llegados a este punto, con el señor Rahman dando respuestas contradictorias, probablemente teníamos elementos suficientes para practicar una detención en toda regla, y pude ver que Tom se inclinaba en esa dirección. La detención significaba lectura de derechos, abogados y todo lo demás, y había llegado el momento de observar las formalidades legales... en realidad había pasado hacía unos minutos.

John Corey, sin embargo, al no estar tan preocupado por las directrices federales ni por su carrera, podía tomarse unas cuantas libertades. La cuestión fundamental era si aquel tipo estaba relacionado con Asad Khalil. Sería realmente bueno que lo supiéramos. Ya.

Así pues, cuando ya habíamos oído suficientes evasivas del señor Rahman, a la sazón sentado en el suelo, lo ayudé a pasar a la posición de decúbito supino y me senté a horcajadas sobre él para asegurarme de que me prestara atención. Apartó la cara.

—Mírame. Mírame —le dije.

Volvió de nuevo la cara hacia mí, y nuestros ojos se encontraron.

—¿Quién te ha enviado aquí? —pregunté.

No respondió.

—Si nos dices quién te ha enviado aquí, y dónde está ahora, quedarás libre. Si no nos lo dices rápidamente, te echaré gasolina por todo el cuerpo y te prenderé fuego.

—Esto, naturalmente, no era una amenaza física, sino sólo una expresión idiomática que no había que tomar al pie de la letra—. ¿Quién te ha enviado aquí?

El señor Rahman permaneció en silencio.

Enuncié de otro modo mi pregunta, esta vez en forma de sugerencia al señor Rahman:

—Creo que debes decirme quién te ha enviado y dónde está.

Por cierto, yo había sacado mi Glock y, por alguna razón, el señor Rahman tenía el cañón dentro de la boca.

El libio estaba adecuadamente aterrorizado.

Para entonces, los agentes federales que se encontraban en la estancia se habían apartado y miraban hacia otro lado.

—Voy a volarte la tapa de los sesos a menos que respondas a mis preguntas — informé al señor Rahman.

Tenía los ojos desorbitados, y empezaba a comprender que había una diferencia entre los demás y yo. No estaba seguro de cuál era la diferencia, y para ayudarlo a comprenderlo mejor, le di un rodillazo en los huevos.

Lanzó un gemido.

El hecho es que cuando adoptas este tipo de medidas más te vale estar seguro de que la persona cuyos derechos puedes estar violando sabe las respuestas a las preguntas que se le formulan y de que te dará esas respuestas. En otro caso, agente contratado o no, me iba a quedar con el culo al aire. Pero nada tiene tanto éxito como el éxito, así que volví a darle otro rodillazo para animarlo a compartir conmigo sus conocimientos.

Varios de mis colegas salieron de la habitación, dejando sólo a Edie, Kate y Tom como testigos de que el señor Rahman era un testigo voluntario cuya cooperación era obtenida sin violencia, etcétera, etcétera.

—Mira, capullo, puedes ir a la cárcel para el resto de tu puta vida, o quizá a la cámara de gas como cómplice de asesinato. ¿Entiendes eso? —le dije.

Ya no estaba chupando mi automática, pero seguía negándose a hablar.

Detesto dejar marcas, así que le metí el pañuelo por la garganta al señor Rahman y le pincé la nariz con dos dedos. No parecía poder respirar por las orejas y empezó a debatirse, tratando de quitarse de encima mis noventa kilos.

Oí carraspear a Tom.

Dejé que el señor Rahman se pusiera un poco azul y luego retiré los dedos con los que le apretaba la nariz. Cogió aliento a tiempo para recibir otro rodillazo en los huevos.

Me habría gustado realmente que Gabe estuviese allí para instruirme sobre lo que daba resultado y lo que no, y no disponía de mucho más tiempo para tratar con aquel tipo, así que volví a apretarle las aletas de la nariz.

Sin entrar en detalles, el señor Azim Rahman percibió la ventaja que suponía colaborar e indicó su voluntad de hacerlo. Le saqué el pañuelo de la boca, y le hice

sentarse de un tirón.

—¿Quién te envió aquí? —le pregunté de nuevo.

Sollozó un poco, y advertí que tenía sentimientos encontrados con respecto a todo aquello.

—Nosotros podemos ayudarte —le recordé—. Podemos salvarte la vida. Habla conmigo, o te llevo de nuevo a esa jodida furgoneta y puedes reunirte con tu amigo y explicarle las cosas a él. ¿Quieres hacer eso? ¿Quieres irte? Te dejaré ir.

No parecía querer irse, así que volví a preguntarle:

—¿Quién te ha enviado? —Y añadí—: Estoy harto de hacerte la misma jodida pregunta. ¡Responde!

Sollozó un poco más, tomó aliento, se aclaró la garganta y respondió con voz apenas audible:

—No conozco su nombre... él... sólo lo conocía como señor Perleman pero...

—¿Perleman? ¿Como un judío?

—Sí... pero no era judío... hablaba mi idioma... —Kate tenía ya una foto en la mano y se la puso delante de la cara.

El señor Rahman miró largo rato la foto y luego asintió con la cabeza.

Voilà! Yo no iba a ir a la cárcel.

—¿Tiene este aspecto ahora? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Ahora lleva gafas... bigote... tiene el pelo gris...

—¿Dónde está?

—No lo sé. No lo sé.

—Está bien, Azim, ¿cuándo fue la última vez que lo viste y dónde?

—Yo... me reuní con él en el aeropuerto.

—¿Qué aeropuerto?

—El de Santa Mónica.

—¿Llegó en avión?

—No sé...

—¿A qué hora te reuniste con él?

—Temprano... a las seis de la mañana...

Para ahora, terminada la fase violenta y cooperando ya el testigo, los seis agentes del FBI estaban de nuevo en la habitación, detrás del señor Rahman para no ponerlo nervioso.

Por ser yo quien había conseguido la cooperación y la confianza del testigo, era yo también quien formularía ahora la mayoría de las preguntas.

—¿Adónde llevaste a ese hombre? —inquirí.

—Yo... lo llevé... quería ir en coche... así que fuimos en coche...

—¿Adónde?

—Subimos por la carretera de la costa...

—¿Por qué?

—No sé...

—¿Cuánto tiempo fuisteis en coche? ¿Adónde fuisteis?

—A ningún sitio... estuvimos... quizá una hora, o más, y luego volvimos aquí, y encontramos un centro comercial que estaba abierto...

—¿Un centro comercial? ¿Qué centro comercial?

El señor Rahman dijo que no conocía el centro comercial porque no era de allí. Pero Kim, que era de la oficina de Ventura, lo identificó por la descripción de Rahman y salió rápidamente de la habitación para dar la alarma. Pero yo tenía la seguridad de que Asad Khalil no se había quedado todo el día en el centro comercial. Así que volví al aeropuerto.

—¿Fuiste a buscarlo con tu furgoneta? —pregunté a Rahman:

—Sí.

—¿Lo esperaste en la terminal principal?

—No... al otro lado. En una cafetería...

El subsiguiente interrogatorio reveló que el señor Rahman se reunió con Asad Khalil en el lado de Aviación General del aeropuerto de Santa Mónica, lo que me inducía a creer que Khalil había llegado en un avión privado. Era lógico.

Luego, con tiempo de sobra hasta el anochecer, los dos caballeros libios dieron un paseo turístico por la costa y regresaron a Ventura, donde el señor Khalil expresó su deseo de hacer algunas compras, adquirir algo de comer quizá y acaso unos cuantos *souvenirs*.

—¿Cómo iba vestido?

—Traje y corbata.

—¿Color?

—Gris... traje gris oscuro.

—¿Y qué llevaba? ¿Equipaje?

—Sólo un maletín, señor, del que se deshizo durante el trayecto. Lo llevé a un cañón.

Miré a mi alrededor.

—¿Qué es un cañón?

Tom lo explicó. Me pareció una estupidez.

Me volví de nuevo hacia Azim Rahman y le pregunté:

—¿Podrías encontrar de nuevo ese cañón?

—No sé... quizá... de día... lo intentaré...

—Desde luego que lo harás. ¿Le diste algo? ¿Tenías algún paquete para él?

—Sí, señor. Dos. Pero no sé qué contenían.

Bueno. Probablemente todos los presentes habían seguido el mismo curso que yo sobre una cosa llamada paquetología, así que pedí al señor Rahman:

—Describe los paquetes, peso, tamaño, todo eso.

El señor Rahman describió una caja genérica, del tamaño aproximado de un horno microondas, salvo que era ligero, lo que nos indujo a todos a creer que podría

haber contenido ropa para cambiarse y quizá algunos documentos. Paquetología.

El segundo paquete era más interesante y más terrible. Era alargado. Era estrecho. Era pesado. No contenía una corbata.

Nos miramos todos. Hasta Azam Rahman sabía lo que había en aquel paquete.

Volví de nuevo mi atención hacia nuestro testigo estrella.

—¿Se deshizo también de los paquetes, o los tiene todavía? —inquirí.

—Los tiene.

Reflexioné unos instantes y llegué a la conclusión de que Asad Khalil iba ahora ataviado con nuevas ropas, tenía nuevos documentos de identidad y llevaba un rifle de alta precisión desmontado en piezas en el interior de alguna bolsa de aspecto inofensivo, como una mochila, por ejemplo.

—¿Ese hombre te mandó venir aquí para ver si estaba en casa el señor Wiggins?

—Sí.

—Sabes que ese hombre es Asad Khalil, que mató a todos los que iban a bordo de aquel avión que aterrizó en Nueva York.

El señor Rahman aseguró que no veía qué relación tenía eso con él, de modo que se lo expliqué:

—Si estás ayudando a ese hombre, serás fusilado, o ahorcado, o achicharrado en la silla eléctrica, o ejecutado mediante una inyección letal o llevado a la cámara de gas. O quizá te corten la cabeza. ¿Comprendes?

Pensé que se iba a desmayar.

—Pero si nos ayudas a capturar a Asad Khalil —continué—, recibirás una recompensa de un millón de dólares. —No era probable—. Lo has visto en la tele, ¿verdad?

Asintió entusiásticamente, delatando el hecho de que sabía quién había sido su pasajero.

—De modo, señor mío, que basta de dar largas. Quiero tu plena cooperación.

—Se la estoy ofreciendo, señor.

—Muy bien. ¿Quién te contrató para que te pusieras en contacto con ese hombre en el aeropuerto?

Carraspeó de nuevo y respondió:

—No lo sé... de verdad, no sé...

Se lanzó a una complicada explicación de un hombre misterioso que lo abordó un día, hacía unas dos semanas, en la gasolinera de Hollywood donde el señor Rahman trabajaba realmente. El hombre pidió su colaboración para ayudar a un compatriota y le ofreció diez mil dólares, el diez por ciento entonces, el noventa por ciento más adelante, etcétera, etcétera. El clásico reclutamiento realizado por un agente de los servicios de inteligencia —quizá cambiado dos veces— de un pobre patán que necesitaba dinero y tenía parientes en el viejo país. Callejón sin salida, ya que el señor Rahman no volvería a ver más a aquel hombre para cobrar sus nueve mil.

—Esa gente te mataría antes de pagarte —le dije a Rahman—. Sabes demasiado,

¿comprendes?

Comprendía.

—Te eligieron a ti de entre los demás miembros de la comunidad libia porque te pareces a Asad Khalil, y fuiste enviado aquí para ver si había una trampa esperándolo. No sólo para ver si estaba Wiggins. ¿Entiendes?

Asintió.

—Y mira lo que te ha pasado ahora. ¿Estás seguro de que esos tipos son amigos tuyos?

Sacudió la cabeza. El pobre hombre parecía consternado, y yo me sentía mal por los rodillazos que le había dado en los huevos y por haberlo asfixiado prácticamente. Pero él se lo había buscado.

—Muy bien —dije—, ahora viene la gran pregunta, y tu vida depende de la respuesta. ¿Cuándo, dónde y cómo tienes que contactar con Asad Khalil?

Inspiró larga y profundamente y contestó:

—Tengo que llamarlo por teléfono.

—Muy bien. Llamémoslo. ¿Cuál es el número?

Azim Rahman recitó un número de teléfono.

—Ése es un número de móvil —dijo Tom.

Rahman asintió.

—Sí, le di a ese hombre un teléfono móvil. Se me ordenó que comprara dos teléfonos móviles... el otro está en mi vehículo.

El móvil de Kate tenía la función de identificación de llamadas, y supuse que el teléfono de Asad Khalil la tenía también.

—¿Cuál es la compañía telefónica de esos móviles? —pregunté a Rahman.

Pensó un momento y respondió:

—Nextel.

—¿Estás seguro?

—Sí. Me indicaron que utilizara Nextel.

Miré a Tom, que meneó la cabeza, indicando que no podían detectar el origen de una llamada hecha por Nextel. En realidad, era difícil rastrear la llamada hecha desde *cualquier* teléfono móvil, aunque en 26 Federal Plaza y en One Police Plaza teníamos esos artilugios llamados Trigger Box y Swamp Box que, al menos, te podían indicar la localización general de una llamada hecha por AT&T o Bell Atlantic. Al parecer, los amigos del señor Rahman habían ignorado los señuelos y las presiones de las grandes compañías y habían aprovechado una característica poco difundida de una compañía pequeña. Mala suerte para nosotros pero ya habíamos tenido muchos casos de mala suerte, y éste no sería el último.

Había llegado el momento de poner un poco más cómodo al señor Rahman, así que Tom le quitó las esposas. Rahman se frotó las muñecas, y lo ayudamos a ponerse en pie.

Parecía tener dificultades para mantenerse erguido y se quejaba de dolor en una

zona imprecisa.

Sentamos al señor Rahman en un sillón, y Kim fue a la cocina a prepararle una taza de café.

Todo el mundo se sentía un poco más optimista, aunque eran escasas las probabilidades de que Azim Rahman convenciera a Asad Khalil de que todo iba bien en la casa de Wiggins. Pero nunca se sabe. Incluso a un tipo listo como Khalil se le podía engañar si estaba obsesionado con un objetivo como el de asesinar a alguien.

Kim regresó con un café solo. Rahman se lo tomó. Y, terminada la pausa del café, dije a nuestro testigo del gobierno:

—Mírame, Azim. ¿Hay alguna palabra en clave que debes usar para indicar peligro?

Me miró como si yo hubiese descubierto el secreto del universo.

—Sí. Eso es —respondió—. Si estoy... como estoy ahora... entonces tengo que decir la palabra «Ventura» durante mi conversación con él. —Nos ofreció un buen ejemplo, utilizando la palabra en una frase como las que yo tenía que hacer en la escuela, y dijo—: Señor Perleman, he entregado el paquete en Ventura.

—Muy bien, pues cuídate muy mucho de pronunciar la palabra «Ventura», o tendré que matarte.

Asintió vigorosamente con la cabeza.

Así pues, Edie entró en la cocina para descolgar el teléfono, todo el mundo apagó sus móviles, y si hubiera habido un perro en la casa lo habríamos mandado a dar un paseo.

Miré mi reloj y vi que Rahman llevaba con nosotros unos veinte minutos, lo cual no era suficiente para que Khalil se pusiera nervioso.

—¿Tenías que llamar a una hora concreta? —le pregunté.

—Sí, señor. Debía entregar el paquete a las nueve de la noche, conducir luego durante diez minutos y hacer la llamada telefónica desde la furgoneta.

—Muy bien, dile que te has extraviado durante unos minutos. Respira hondo, relájate y piensa cosas agradables.

El señor Rahman adoptó una postura de meditación, respirando pausada y profundamente.

—¿Ves «Expediente X»? —le pregunté.

Me pareció oír a Kate soltar un gemido.

El señor Rahman sonrió.

—Sí —respondió—, lo he visto alguna vez.

—Estupendo. Scully y Mulder trabajan para el FBI. Igual que nosotros. ¿Te gustan Scully y Mulder?

—Sí.

—Son los buenos, ¿verdad? Nosotros somos los buenos.

Fue lo bastante cortés como para no aludir a mis rodillazos. Con tal de que no los olvidase...

—Y nos encargaremos de que seas trasladado sano y salvo al lugar en que quieras vivir. Yo puedo sacarte de California —le aseguré—. ¿Estás casado?

—Sí.

—¿Hijos?

—Cinco.

Me alegré de que hubiera tenido los hijos antes de vérselas conmigo.

—Has oído hablar del programa de protección de testigos, ¿verdad?

—Sí.

—Y te ganas un dinero, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien. ¿Tienes que reunirte con ese hombre después de tu llamada telefónica?

—Sí.

—Excelente. ¿Dónde?

—Donde él diga.

—Bien. Asegúrate de que tu llamada telefónica conduce a esa reunión. ¿Sí?

No obtuve una respuesta entusiasta.

—Si todo lo que necesitaba de ti era que vinieses aquí a ver si Wiggins estaba en casa, o si quien estaba era la policía, ¿por qué tiene que reunirse otra vez contigo? —pregunté.

No tenía ni idea, así que yo le di una.

—Porque quiere matarte, Azim. Sabes demasiado. ¿Comprendes?

El señor Rahman tragó saliva y asintió con la cabeza.

Yo tenía alguna buena noticia para él, y dije:

—Ese hombre será capturado y no te causará más problemas. Si haces esto por nosotros, te llevaremos a comer a la Casa Blanca y estarás con el presidente. Entonces te daremos el dinero. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Llevé a Tom a un lado y le pregunté en voz baja:

—¿Alguien aquí habla árabe?

Negó con la cabeza.

—En Ventura nunca ha hecho falta alguien que hablase árabe. Juan habla español —añadió.

—Suficiente.

Volví junto a Rahman.

—Bien, marca el número —dije—. Mantén la conversación en inglés. Pero, si no puedes, aquí mi amigo Juan entiende un poco de árabe, así que ojo con lo que dices. Marca.

El señor Azim Rahman respiró hondo, carraspeó una vez más y dijo:

—Necesito fumar.

¡Oh, mierda! Oí unos cuantos gemidos.

—¿Hay alguien que fume aquí? —pregunté.

—Usted ha cogido mis cigarrillos —dijo el señor Rahman.

—No puedes fumar de los tuyos, amigo —le informé.

—¿Por qué no puedo...?

—Por si son venenosos. Creía que veías «Expediente X».

—¿Venenosos? No son venenosos.

—Claro que lo son. Olvídate de los cigarrillos.

—Necesito fumar un pitillo. Por favor.

Sé lo que es eso.

—Encenderé uno de los suyos —le dije a Tom.

Tom sacó los cigarrillos de Azim —no eran Camel— y, en un acto de valentía extraordinaria, se puso uno en los labios y encendió el mechero de Azim.

—Si esto es veneno y me hace daño, mis amigos... —dijo Tom.

Le ayudé a terminar:

—Te descuartizaremos con un cuchillo y echaremos los pedazos a un perro.

Azim me miró.

—Por favor —dijo—. Sólo quiero un cigarrillo.

Tom lo encendió, dio una chupada, tosió, no se murió y se lo pasó a Azim, que se puso a fumar sin caerse muerto.

—Bien, amigo —dije—. Es el momento de hacer tu llamada telefónica. Hazla en inglés.

—No sé si podré. —Sujetó delicadamente el cigarrillo mientras marcaba el número, al tiempo que sacudía la ceniza en la taza de café—: Lo intentaré.

—Inténtalo a fondo. Y asegúrate de que entiendes dónde debes reunirte con él.

Rahman escuchó los tonos de llamada, que todos podíamos oír, y luego dijo:

—Sí, aquí Tannenbaum.

¿Tannenbaum?

—Lo siento. Me he perdido.

Escuchó de nuevo, y su expresión cambió de pronto. Nos miró y dijo algo al teléfono. No tengo ni idea de lo que dijo, porque lo hizo en árabe.

Continuó la conversación en árabe, mientras nos miraba encogiéndose de hombros para indicar que no tenía más remedio. Pero Juan mantuvo la calma, fingiendo escuchar, asintiendo con la cabeza e incluso susurrándome al oído.

—¿Qué coño está diciendo? —me dijo en un murmullo.

Miré a Rahman a los ojos, dibujé con los labios la palabra «Ventura» e hice gesto de rebanarme el pescuezo, perfectamente comprensible en árabe, en inglés y en lo que sea.

Continuó su conversación, y era evidente, pese al desconocimiento del árabe que teníamos todos, que el señor Khalil estaba poniendo en un aprieto al señor Rahman. De hecho, éste empezó a sudar. Finalmente, se apoyó el teléfono en el pecho y dijo simplemente:

—Pide hablar con mis nuevos amigos.

Nadie dijo nada.

El señor Rahman parecía muy turbado.

—Lo siento —nos dijo—. Lo he intentado. Este hombre es demasiado listo. Me pide que toque la bocina de mi furgoneta. Sabe cuál es la situación. Yo no se lo he dicho. Por favor. No quiero hablar con él.

De modo que cogí el teléfono móvil y me encontré hablando con Asad Khalil.

—¿Oiga? ¿Señor Khalil? —dije con cortesía.

—Sí. ¿Y quién es usted? —respondió una voz grave.

No es buena idea darle tu nombre a un terrorista, así que respondí:

—Soy un amigo del señor Wiggins.

—¿Sí? ¿Y dónde está el señor Wiggins?

—Por ahí. ¿Dónde está usted, señor?

Se echó a reír. Ja, ja.

—Yo también estoy por ahí —respondió.

Yo había subido el volumen del teléfono y mantenía éste apartado de la cara, y tenía siete cabezas apiñadas a mi alrededor. Todos estábamos interesados en lo que Asad Khalil tenía que decir pero también estaba todo el mundo atento a algún sonido de fondo que pudiera dar una pista del lugar en que se encontraba.

—¿Por qué no viene a casa del señor Wiggins y lo espera aquí? —le propuse.

—Quizá lo espere en otra parte.

El tío era escurridizo. Yo no quería perderlo, así que resistí la tentación de llamarle jodido asesino follacamellos. Sentí latirme violentamente el corazón y tomé aliento.

—¿Oiga? ¿Está ahí?

—Sí, señor —respondí—. ¿Hay algo que quiera decirme?

—Quizá. Pero no sé quién es usted.

—Soy del FBI.

Hubo un silencio, y, luego:

—¿Y tiene un nombre?

—John. ¿Qué quería decirme?

—¿Qué querría saber, John?

—Bueno, creo que sé casi todo lo que hay que saber. Por eso estoy aquí, ¿no?

Rió. Detesto la risa de los cabrones.

—Permítame que le cuente varias cosas que no sabe.

—Muy bien.

—Mi nombre, como sabe, es Asad, de la familia de Khalil. En otro tiempo tuve un padre, una madre, dos hermanos y dos hermanas. —Procedió luego a darme sus nombres y algunos otros detalles sobre su familia y terminó con—: Ahora están todos muertos.

Prosiguió, hablando de la noche del 15 de abril de 1986, como si permaneciera

aún fresca en su mente, como así supongo que era.

—Los norteamericanos mataron a toda mi familia —terminó.

Miré a Kate, y ambos movimos afirmativamente la cabeza.

Habíamos acertado esa parte, aunque ya no importaba gran cosa.

—Simpatizo con usted, y yo... —dije:

—No necesito su simpatía. —Y añadió—: He consagrado mi vida a vengar a mi familia y a mi país.

Iba a ser una conversación difícil, dado lo poco que teníamos en común, pero yo quería mantenerlo al aparato, así que recurrí a las técnicas que había aprendido en la clase de negociación con secuestradores y dije:

—Bueno, ciertamente, lo comprendo. Tal vez haya llegado el momento de contarle al mundo su historia.

—Todavía no. Mi historia no ha terminado.

—Entiendo. Bien, cuando haya terminado, estoy seguro de que querrá contarnos *todos* los detalles, y nos gustaría darle la oportunidad de hacerlo.

—No necesito que me den ninguna oportunidad. Yo creo mis propias oportunidades. /

Respiré hondo. La técnica clásica no parecía dar resultado. Pero probé de nuevo.

—Escuche, señor Khalil, nos gustaría reunimos con usted, hablar personalmente, a solas...

—Acogería con agrado la oportunidad de reunirme con usted a solas. Quizá lo hagamos algún día.

—¿Qué tal hoy?

—Otro día. Quizá vaya algún día a su casa, como fui a las casas del general Waycliff y del señor Grey.

—Llame antes de ir.

Se echó a reír. Bueno, aquél cabrón estaba jugando conmigo pero eso no me importa. Forma parte del trabajo. No creía que aquello fuese a conducirme a nada útil, pero si quería hablar, perfecto.

—¿Cómo piensa salir del país, señor Khalil? —pregunté.

—No sé. ¿Qué me sugiere?

Cabrón.

—¿Qué le parece que lo llevemos a Libia a cambio de alguna persona que se encuentre en Libia y que nos gustaría tener aquí?

—¿A quién les gustaría tener en la cárcel más que a mí?

Buena observación, cabrón.

—Pero si lo cogemos antes de que abandone el país, no le ofreceremos ese trato.

—Está usted subestimando mi inteligencia. Buenas noches.

—Un momento. ¿Sabe, señor Khalil? Llevo más de veinte años en esta profesión y es usted el... —*mayor hijo de puta*—... el hombre más inteligente con el que he tenido que tratar.

—Quizá a usted todo el mundo le parece inteligente.

Estaba a punto de perderlo. Respiré hondo y dije:

—Como lo de hacer matar a aquel hombre de Frankfurt, para que creyéramos que era usted.

—Eso fue inteligente, sí. Pero no tanto. Y lo felicito por ocultárselo a los periodistas... —añadió— o quizá es que usted tampoco lo sabía.

—Bueno, un poco de cada cosa. Oiga, señor Khalil, sólo por saberlo, ¿ha eliminado usted a alguien más que nosotros ignoremos aún?

—Pues sí. El empleado de un motel en las cercanías de Washington y el encargado de una gasolinera en Carolina del Sur.

—¿Por qué lo hizo?

—Me vieron la cara.

—Comprendo. Bien, es un buen... pero la piloto de Jacksonville también le vio la cara.

Hubo una larga pausa.

—De modo que conoce usted varios detalles —respondió finalmente.

—Desde luego. Gamal Yabbar, Yusef Haddad a bordo del avión. ¿Por qué no me habla usted de sus viajes y de las personas con las que se ha encontrado por el camino?

No tenía ningún problema con ello y me hizo una somera exposición de sus viajes en coche y en avión, las personas a las que había matado, dónde se había alojado, cosas que había visto y hecho y todo eso. Yo pensaba que quizá pudiéramos atraparlo si lográbamos determinar qué falsa identidad había utilizado, pero él frustró mis esperanzas.

—Dispongo de una nueva identidad completa, y le aseguro que no tendré ningún problema para marcharme de aquí.

—¿Cuándo se marcha?

—Cuando quiera. —Y añadió—: Lo único que siento, naturalmente, es no poder ver al señor Wiggins. En cuando al coronel Callum, que sufra y muera retorciéndose de dolor.

Santo Dios. El muy cabrón. Me sentía un poco irritado.

—Puede agradecerme a mí que le haya salvado la vida a Wiggins.

—¿Sí? ¿Y quién es usted?

—Ya se lo he dicho, John.

Permaneció unos momentos en silencio. Luego dijo de nuevo:

—Buenas noches...

—Espere. Estoy pasando un buen rato. Oiga, ¿le he dicho que yo fui uno de los primeros agentes federales que subieron a bordo de aquel avión?

—¿De veras?

—¿Sabe qué me estoy preguntando? Me estoy preguntando si nos habremos visto. ¿Cree que es posible?

—Es posible.

—Quiero decir que usted llevaba un mono azul de mozo de equipajes de Trans-Continental, ¿verdad?

—Exacto.

—Bueno, pues yo era el tipo del traje marrón claro. Iba con una rubia estupenda. —Le guiñé un ojo a Kate—. ¿Nos recuerda?

No contestó en seguida. Al cabo de unos momentos dijo:

—Sí. Yo estaba en la escalera de caracol. —Rió—. Usted me dijo que saliera del avión. Gracias.

—Vaya, que me ahorquen. ¿Era usted? Qué pequeño es el mundo.

El señor Khalil recogió la pelota y dijo:

—De hecho, vi su foto en los periódicos. Usted y la mujer. Sí. Y su nombre aparecía mencionado en el informe del señor Weber que encontré en el Calvin Childers. El señor John Corey y la señorita Kate Mayfield. Naturalmente.

—Eh, es formidable. De verdad. —*Maldito cabrón.*

—De hecho, señor Corey, creo que he soñado con usted. Sí, era un sueño, y una sensación... una presencia en realidad.

—¿De veras? ¿Está de broma?

—Usted estaba tratando de capturarme pero yo era más listo y mucho más rápido que usted.

—Yo he tenido justo el sueño contrario. Oiga, realmente me gustaría estar con usted e invitarlo a un trago. Parece un tipo divertido.

—Yo no bebo.

—No bebe alcohol. Usted bebe sangre.

Se echó a reír.

—Sí, de hecho, lamí la sangre del general Waycliff.

—Es usted un follacamellos mentalmente trastornado. ¿Lo sabe?

—Quizá nos reunamos antes de marcharme. Sería muy agradable. ¿Cómo puedo contactar con usted?

Le di el número de la BAT y añadí:

—Llame a cualquier hora. Si no estoy, deje un mensaje y yo lo llamaré.

—¿Y el número de su casa?

—No lo necesita. Casi todo el tiempo estoy trabajando.

—Y, por favor, dígame al señor Rahman que lo visitará alguien, y también al señor Wiggins.

—Puede olvidarse de eso, amigo. Y, a propósito, cuando lo coja, le voy a sacar los huevos por la boca de una patada y luego le cortaré la cabeza y cagaré encima de su cuello.

—Veremos quién coge a quién, señor Corey. Saludos a la señorita Mayfield. Que tenga un buen día.

—Su madre follaba con Gadafi. Por eso Muammar hizo matar a su padre en París,

estúpido... —Se había cortado la comunicación, y permanecí inmóvil unos momentos, tratando de dominarme. Había un silencio absoluto en la habitación.

—Has hecho un buen trabajo —dijo finalmente Tom.

—Sí. —Salí del cuarto de estar, entré en el cuarto de la tele, me dirigí a un mueble bar que había visto antes y me serví varios dedos de *whisky*. Respiré hondo y lo bebí todo de un trago.

Kate entró y preguntó en voz baja:

—¿Estás bien?

—Lo estaré pronto. ¿Quieres un trago?

—Sí pero no, gracias.

Me serví otro vaso y me quedé con la mirada perdida en el vacío.

—Creo que ya podemos irnos —dijo Kate.

—¿Ir a dónde?

—Encontraremos un motel y nos quedaremos en Ventura. Luego, por la mañana, nos presentamos en la oficina de Los Ángeles. Todavía conozco a varias personas allí, y me gustaría presentártelas.

No respondí.

—Después, te enseñaré Los Ángeles, si quieres, y luego volvemos a Nueva York.

—Está aquí —dije—. Está muy cerca de aquí.

—Lo sé. Entonces nos quedaremos aquí unos días a ver cómo evolucionan las cosas.

—Quiero que se revisen todas las agencias de alquiler de coches, quiero que se registre de arriba abajo toda la comunidad libia, se vigilen todos los puertos, la frontera mexicana...

—John, ya sabemos todo eso. Se está realizando en estos momentos. Igual que en Nueva York.

Me senté y tomé un sorbo de *whisky*.

—Maldita sea.

—Escucha, le hemos salvado la vida a Wiggins.

Me puse en pie.

—Voy a estrujar un poco más a Rahman.

—No sabe nada más.

Volví a sentarme y terminé el *whisky*.

—Sí... bien, supongo que se me han acabado las ideas. —La miré—. ¿Qué crees tú?

—Creo que es hora de dejar que esta gente haga su trabajo. Vámonos.

Me levanté.

—¿Crees que nos dejarán jugar con la pistola viscosa?

Se echó a reír, la clase de risa que es más bien un suspiro de alivio cuando alguien que quieres empieza a comportarse de forma rara y luego vuelve a la normalidad.

—Está bien —dije—. Vámonos de aquí.

Volvimos al cuarto de estar para recoger nuestras cosas y dar las buenas noches. Rahman había desaparecido, y todo el mundo tenía un cierto aire de abatimiento.

—He llamado a Chuck para que os lleve a un motel —nos dijo Tom.

Justo entonces sonó el móvil de Tom, y todos quedamos en silencio. Él se llevó el teléfono al oído, escuchó y luego dijo:

—Bien... bien... no, no lo pares... nosotros nos encargaremos de todo.

Colgó.

—Elwood Wiggins viene hacia aquí. Le acompaña una mujer.

Se volvió hacia los demás.

—Vamos a permanecer todos aquí, en el cuarto de estar, y dejaremos que el señor Wiggins y su amiga entren en la casa... por el garaje o por la puerta principal. Cuando nos vean...

—Gritamos todos: «¡Sorpresa!» —sugerí.

Tom sonrió.

—Mala idea. Yo lo tranquilizaré y le explicaré la situación.

Detesto cuando se desmayan o salen corriendo. La mitad de las veces se creen que somos cobradores.

De todos modos, yo no necesitaba estar allí en aquel interesante momento pero luego decidí que me gustaría conocer a Chip Wiggins, sólo por satisfacer mi curiosidad y ver qué aspecto tenía y cómo hablaba. Estoy convencido de que Dios vela por sus creaciones más imprevisibles y despreocupadas.

Pocos minutos después, oímos detenerse un coche en el camino particular, la puerta del garaje se abrió y se cerró de nuevo. Se abrió a continuación la puerta de la cocina y se encendió la luz.

Oímos al señor Wiggins moverse por la cocina y abrir la puerta del frigorífico.

—Oye, ¿de dónde ha salido toda esta comida? —le dijo finalmente a su amiga. Y luego—: ¿De quién son estas gorras de béisbol? Mira, Sue, en estas gorras pone FBI.

—Creo que alguien ha estado aquí, Chip.

¿Qué te ha hecho pensar eso, encanto?

—Sí —convino Chip, preguntándose quizá si se habría equivocado de casa.

Esperamos impacientemente a que el señor Wiggins entrara en el cuarto de estar.

—Quédate aquí —dijo—. Voy a mirar.

Chip Wiggins entró en su cuarto de estar y se detuvo en seco.

—No se alarme, por favor —dijo Tom. Mostró su placa—. FBI.

Chip Wiggins miró a los cuatro hombres y cuatro mujeres que estaban de pie en su cuarto de estar.

—¿Qué...?

Chip vestía vaqueros, camiseta y botas de marcha, era de tez bronceada, tenía aspecto de estar en magnífica forma física y aparentaba menos edad de la que tenía. Todo el mundo en California está bronceado y en forma, excepto los tipos como yo, que están sólo de paso.

—Señor Wiggins —dijo Tom—, nos gustaría hablar unos minutos con usted.

—¿A qué viene todo esto?

La amiga asomó la cabeza por la puerta y preguntó:

—¿Qué ocurre, Chip?

Chip le explicó de dónde habían salido las gorras del FBI.

Al cabo de uno o dos minutos, Chip estaba sentado, la amiga se hallaba en el cuarto de la televisión acompañada por Edie y Chip permanecía relajado pero lleno de curiosidad. Por cierto, que la chica era un bombón, pero yo no me fijé.

—Señor Wiggins, esto guarda relación con la misión de bombardeo en que usted participó el 15 de abril de 1986 —empezó diciendo Tom.

—Oh, mierda.

—Nos hemos tomado la libertad de entrar en su casa sobre la base de la información de que un terrorista libio...

—Oh, mierda.

—... se encontraba en la zona y trataba de atacarlo.

—Oh, mierda.

—Tenemos controlada la situación pero me temo que vamos a pedirle que se abstenga durante algún tiempo de acudir a su trabajo y se tome unas vacaciones.

—¿Qué...?

—Ese hombre está todavía en libertad.

—Mierda.

Tom puso a Chip parcialmente en antecedentes de la situación y añadió:

—Me temo que tenemos malas noticias para usted. Algunos de sus compañeros de escuadrilla han sido asesinados.

—¡Qué!

—Asesinados por ese hombre, Asad Khalil.

Tom le dio una fotografía de Khalil y le indicó que la mirase y se la guardara.

Chip miró la fotografía, la dejó a un lado y preguntó:

—¿Quién ha sido asesinado?

—El general Waycliff y su esposa... —dijo Tom.

—Oh. Dios mío... ¿Terry ha muerto? ¿Y Gail...?

—Sí, señor. Lo siento. También Paul Grey, William Satherwaite y James McCoy.

—Oh, Dios mío... oh, mierda... oh...

—Y, como tal vez sepa, el coronel Hambrecht fue asesinado en Inglaterra en enero.

Chip se dominó y empezó a comprender lo cerca que había estado de tropezarse con la Parca.

—Mierda... —Se puso en pie y miró a su alrededor, como si tratase de descubrir a un terrorista—. ¿Dónde está ese tipo?

—Estamos tratando de apresarlos —le aseguró Tom—. Podemos quedarnos aquí esta noche con usted o esperar a que recoja sus cosas y acompañarlo...

—Me largo de aquí.

—Muy bien.

Chip Wiggins se sumió durante unos momentos en una profunda reflexión, quizá la reflexión más profunda que había tenido en algún tiempo.

—¿Sabe? —dijo—. Siempre supe... se lo dije a Bill aquel día, después de haber soltado las bombas y cuando nos volvíamos... le dije que aquellos bastardos no iban a dejar pasar la cosa así... oh, mierda... ¿Bill está muerto?

—Sí, señor.

—¿Y Bob? ¿Bob Callum?

—Está bajo estrecha protección.

—¿Por qué no va a visitarlo? —intervine.

—Sí... buena idea. ¿Está en la Academia de la Fuerza Aérea?

—Sí, señor —respondí—. Podemos custodiarlos a los dos allí. —Y así sale más barato.

Bueno, de nada servía quedarnos más tiempo, de modo que Kate y yo nos despedimos mientras Chip se iba a hacer la maleta. Parecía la clase de tipo que le prestaría a uno un par de calzoncillos, pero el hombre ya tenía bastante en qué pensar.

Kate y yo salimos al aire fragante del exterior y nos quedamos esperando a Chuck.

—Chip Wiggins es un hombre muy afortunado —observó Kate.

—Además de verdad. ¿Has visto qué tía?

—No sé por qué intento siquiera hablar contigo.

—Lo siento. —Reflexioné unos instantes y dije—: ¿Por qué necesita el rifle?

—¿Quién? Oh, te refieres a Khalil.

—Sí, Khalil. ¿Por qué necesita el rifle?

—No sabemos si era un rifle.

—Supongamos que lo era. ¿Por qué necesita el rifle? No para matar a Chip en su casa.

—Eso es verdad. Pero quizá quería matarlo en algún otro sitio. En el bosque.

—No, a ese tipo le gusta el trato de cerca y personal. Sé que habla con sus víctimas antes de matarlas. ¿Por qué necesita el rifle? Para matar a alguien al que no puede acercarse. Alguien a quien no necesita hablar.

—Creo que tienes razón.

Llegó el coche y montamos, yo delante, Kate detrás, Chuck al volante.

—Ha habido suerte —dijo Chuck—. ¿Queréis un buen motel?

—Claro. Con espejos en el techo.

Alguien detrás de mí me dio un cachete en la cabeza.

Así que enfilamos en dirección a la costa, donde Chuck dijo que había varios buenos moteles con vistas al océano.

—¿Hay en la zona un sitio donde conducir toda la noche en paños menores? —pregunté.

—¿Qué?

—Ya sabes. Como California tiene esos sitios donde conducen toda la noche en paños menores, me preguntaba si...

—Cierra la boca, John —dijo Kate—. No le hagas caso, Chuck.

Mientras el coche avanzaba, Chuck y Kate conversaban sobre logística y planes de acción para el día siguiente.

Yo estaba pensando en el señor Asad Khalil y en nuestra conversación. Estaba tratando de introducirme en su perturbada mente, tratando de pensar qué haría a continuación si fuese él.

De lo único que estaba seguro era de que Asad Khalil no se iba a su país. Volveríamos a tener noticias de él. Y Pronto.

Capítulo 49

Chuck hizo una llamada desde su teléfono móvil y nos reservó dos habitaciones en un sitio llamado Ventura Inn, junto a la playa. Utilizó el número de mi tarjeta de crédito, consiguió la tarifa reducida de funcionario y me aseguró que era un gasto reembolsable.

Luego le entregó una bolsita de papel a Kate y dijo:

—Te he comprado pasta de dientes y cepillo. Si necesitas alguna otra cosa, podemos parar.

—Estupendo.

—¿Qué has comprado para mí? —pregunté.

Sacó de debajo del asiento otra bolsita y me la dio.

—Unos cuantos clavos para que los mastiques.

Ja, ja.

Abrí la bolsa y encontré pasta de dientes, cepillo, una navaja y un bote de viaje de crema de afeitar.

—Gracias.

—Paga el gobierno.

—Me abrumas.

—Vale.

Me lo guardé todo en los bolsillos de la chaqueta. A los diez minutos llegamos a un edificio de varios pisos en cuya marquesina un letrero lo anunciaba como hotel de Playa Ventura Inn. Chuck detuvo el coche ante la puerta de recepción.

—Nuestra oficina estará atendida toda la noche —dijo—, de modo que, si necesitáis algo, llamad.

—Si surge algo —respondí—, no dejes de llamarnos *tú*, o me enfadaré de veras.

—Tú eres nuestro hombre, John. Tom quedó impresionado por la forma en que indujiste a ese tipo a colaborar voluntariamente.

—Con un poco de sicología se llega muy lejos.

—A decir verdad, hay un montón de lotófagos por aquí. De vez en cuando es bueno ver un dinosaurio carnívoro.

—¿Es un cumplido?

—Más o menos. Bien, ¿a qué hora queréis que os recoja por la mañana?

—A las siete y media —respondió Kate.

Chuck saludó con la mano y se alejó.

—¿Estás loca? —dije a Kate—. Son las cuatro y media de la madrugada, hora de Nueva York.

—Son las diez y media de la mañana, hora de Nueva York.

—¿Estás segura?

Me ignoró y entró en el vestíbulo del motel. La seguí.

Era un sitio agradable, y por la puerta que daba al salón se oía música de piano.

El recepcionista nos saludó cordialmente y nos informó de que tenía para nosotros unas lujosas habitaciones en el piso doce con vistas al océano. Nada demasiado bueno para los defensores de la civilización occidental.

—¿Qué océano? —le pregunté.

—El Pacífico, señor.

—¿Tiene algo con vistas al Atlántico?

Sonrió.

Kate y yo rellenamos los impresos de inscripción, y el hombre hizo una copia de mi tarjeta American Express, que creo que soltó un gemido al pasar a través de la máquina.

Kate sacó del bolso una foto, juntamente con sus credenciales y se la mostró al empleado.

—¿Ha visto a este hombre?

El empleado pareció menos contento que cuando creía que solamente íbamos a pasar la noche. Miró la foto de Asad Khalil y respondió:

—No, señora.

—Quédesela —dijo Kate—. Y llámenos si lo ve. Se le busca por asesinato —añadió.

El empleado asintió y puso la foto detrás del mostrador.

—Désela luego a la persona que lo releve —le dijo Kate.

Recibimos las tarjetas para abrir la puerta de las habitaciones, y yo sugerí tomar una copa en el salón.

—Yo estoy agotada —dijo Kate—. Me voy a dormir.

—Son sólo las diez.

—Es la una en Nueva York. Estoy cansada.

Tuve la súbita y desagradable impresión de que iba a tener que beber solo y dormir solo.

Fuimos a los ascensores y subimos en silencio.

Al pasar por el décimo piso, más o menos, Kate me preguntó:

—¿Estás enfadado?

—Sí.

El ascensor llegó al último piso, y salimos.

—Bueno, no quiero que estés enfurruñado —dijo Kate—. Entra en mi habitación a tomar un trago.

De modo que entramos en su habitación, que era grande, y, sin equipaje que deshacer, preparamos rápidamente dos *whiskies* con soda del minibar y salimos al balcón.

—Olvidemos el caso por esta noche —dijo ella.

—De acuerdo.

Nos sentamos en las dos sillas, con una mesa redonda entre ambos, y contemplamos el océano iluminado por la luna.

Aquello me trajo a la memoria mi convalecencia en casa de mi tío, en la costa oriental de Long Island. Me recordó la noche en que Emma y yo estuvimos bebiendo coñac después de bañarnos desnudos en la bahía.

Me estaba dejando vencer por la melancolía y traté de sobreponerme.

—¿En qué piensas? —me preguntó Kate.

—En la vida.

—No es buena idea. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que estás en esta profesión, trabajando largas y penosas horas, porque no quieres tener tiempo para pensar en la vida?

—Por favor.

—Escúchame. Te quiero de veras y sé que buscas algo.

—Ropa interior limpia.

—Puedes lavarte tu puñetera ropa interior.

—No se me había ocurrido.

—Escucha, John, tengo treinta y un años, y nunca he estado ni siquiera cerca de casarme.

—No puedo imaginar por qué.

—Bueno, para tu información, no ha sido por falta de ofertas.

—Caramba.

—¿Crees que volverías a casarte?

—¿A qué altura crees que estará este balcón?

Pensaba que se enfadaría por mi impertinencia pero, en lugar de ello, se echó a reír. A veces, uno no puede hacer nada bien, a veces uno no puede hacer nada mal. No tiene nada que ver con lo que uno haga, tiene que ver con la mujer.

—La verdad es que hoy has hecho un trabajo formidable —dijo Kate—. Estoy impresionada. Y he aprendido unas cuantas cosas.

—Bueno, cuando le pegas a un tío un rodillazo en los huevos en esa postura, puedes acabar metiéndoselos en el abdomen. Así que tienes que andar con cuidado.

—No creo que seas un hombre violento ni sádico —dijo. La chica era lista—. Yo creo que haces lo que tienes que hacer cuando tienes que hacerlo. Y creo que no te gusta. Eso es importante.

¿Entienden lo que quiero decir? A los ojos de Kate, yo no podía hacer nada malo.

Se había metido dos botellines más de *whisky* en el bolsillo de la chaqueta, y los abrió y los vació en nuestros vasos. Al cabo de un minuto o cosa así dijo:

—Yo... estoy enterada de aquella cosa que sucedió en Plum Island.

—¿Qué cosa?

—Cuando destripaste a aquel individuo.

Inspiré profundamente pero no respondí.

Ella dejó pasar unos segundos.

—Todos tenemos un lado oscuro —dijo—. No importa.

—La verdad es que disfruté con ello.

—No es verdad.

—No, no lo es. Pero... había circunstancias atenuantes.

—Lo sé. Mató a alguien que tú querías mucho.

—Dejemos la cuestión.

—De acuerdo. Pero quiero que sepas que comprendo lo que sucedió y por qué.

—Está bien. Procuraré no volver a hacerlo.

¿Entienden lo que quiero decir? Le saco las tripas a aquel tío, y está bien. Realmente estaba bien, porque se lo merecía.

Dejamos a un lado el tema y nos quedamos bebiendo y mirando fijamente el hipnotizante movimiento del océano hacia la playa. Se oía el rumor de las olas que rompían suavemente contra la costa. Una vista espléndida. Llegó un soplo de brisa, trayendo olor a mar.

—¿Te gusta esto? —pregunté.

—California es agradable. Sus habitantes son muy simpáticos.

La gente suele confundir la excentricidad con la simpatía, pero ¿por qué echar a perder sus recuerdos?

—¿Tuviste un novio aquí?

—Algo así. ¿Quieres conocer mi historia sexual? —me preguntó.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—Menos de una hora.

Sonreí.

—¿Fue desagradable tu divorcio? —me preguntó ella.

—En absoluto. Fue desagradable mi matrimonio.

—¿Por qué te casaste con ella?

—Me lo pidió.

—¿No sabes decir que no?

—Bueno... creía que estaba enamorado. En realidad, ella era ayudante del fiscal del distrito, y estábamos del lado de los ángeles. Luego, aceptó un importante puesto como abogado defensor de criminales, y cambió.

—No, ella no cambió. Fue el puesto. ¿Podrías tú ser un abogado defensor de criminales? ¿Podrías ser un criminal?

—Entiendo tu punto de vista. Pero...

—Y ella ganaba mucho más dinero defendiendo criminales que tú deteniéndolos.

—El dinero no tuvo nada que ver...

—No digo que esté mal lo que ella hace para ganarse la vida. Lo que digo es que... ¿cómo se llama?

—Robin.

—Robin no era adecuada para ti ni aun cuando era ayudante del fiscal del distrito.

—Buena puntualización. ¿Puedo irme ya? ¿O hay más cosas que necesites decirme?

—No. Espera. De modo que conoces a Beth Penrose, que está en el mismo lado de la ley que tú, y reaccionáis contra tu exmujer. Te sientes cómodo con una policía. Menos culpable quizá. Estoy segura de que en la comisaría no resultaba nada divertido estar casado con un abogado defensor.

—Creo que es suficiente.

—No lo es. Luego aparecí yo. Un trofeo perfecto, ¿verdad? FBI. Abogado. Tu jefa.

—Alto ahí. Permíteme recordarte que *tú* eras... Olvídalo.

—¿Estás enfadado?

—Naturalmente que estoy enfadado. —Me puse en pie—. Tengo que irme.

Ella se levantó.

—Está bien. Vete. Pero tienes que enfrentarte a ciertas realidades, John. No puedes ocultarte permanentemente detrás de esa máscara de tipo duro y arrogante. Algún día, a no tardar mucho quizá, te retirarás y entonces tendrás que vivir con el verdadero John Corey. Sin pistola. Sin chapa...

—Placa.

—Sin nadie a quien detener. Sin nadie que necesite que lo protejas o que protejas a la sociedad. Serás simplemente tú, y ni siquiera sabrás quién eres.

—Ni tú tampoco. Todo eso no es más que sicofarfolia californiana, y sólo estás aquí desde las siete y media. Buenas noches.

Abandoné el balcón y salí de la habitación. Una vez en el pasillo, localicé la puerta de mi habitación, contigua a la de Kate, y entré.

Me quité los zapatos, tiré la chaqueta encima de la cama y me despojé de pistolera, camisa, corbata y chaleco antibalas. Luego me preparé un trago en el minibar.

Estaba bastante cansado y en realidad me sentía como un trapo. Quiero decir que sabía lo que Kate estaba haciendo, y sabía que no era con mala intención, pero no necesitaba que me obligasen a enfrentarme al monstruo del espejo.

Si le hubiera dado unos minutos más, Kate Mayfield habría pintado un hermoso cuadro de cómo podría ser la vida si nos enfrentáramos a ella juntos.

Las mujeres creen que un marido perfecto es todo lo que necesitan para una vida perfecta. Error. Primero, no hay maridos perfectos. Ni siquiera muchos buenos. Segundo, tenía razón en lo que decía de mí, y yo no iba a ser mejor por vivir con Kate Mayfield.

Decidí lavarme la ropa interior, acostarme y no volver a ver a Kate Mayfield después de que concluyera el caso que nos ocupaba.

Sonó un golpecito en la puerta. Atisé por la mirilla y abrí la puerta.

Ella entró, y nos quedamos mirándonos el uno al otro.

Yo puedo ser realmente duro en estas situaciones, y me proponía no ceder ni un

centímetro, ni besarla y hacer las paces. Ni siquiera tenía ganas de hacer el amor.

Sin embargo, ella llevaba un albornoz blanco del hotel, que se abrió y dejó caer al suelo, revelando su perfecto cuerpo desnudo.

Sentí que mi resolución se ablandaba al tiempo que el señorito se endurecía.

—Siento molestarte pero mi ducha no funciona —dijo—. ¿Podría utilizar la tuya?

—Sírvete tú misma.

Pasó al cuarto de baño, abrió la ducha y entró.

Bueno, ¿qué iba a hacer yo? Me quité los pantalones, los calzoncillos y los calcetines y me metí en la ducha.

Para guardar las formas, por si se producía una llamada nocturna del FBI, salió de mi habitación a la una.

Yo no dormí especialmente bien y me desperté a las cinco y cuarto, que supongo que eran las ocho y cuarto en mi reloj corporal.

Fui al baño y vi que mis calzoncillos estaban colgados del cable de tender retráctil que había sobre la bañera. Estaban limpios, todavía húmedos, y alguien había estampado un beso de carmín en un punto estratégico.

Me afeité, volví a ducharme, me cepillé los dientes y todo eso y luego salí al balcón y permanecí allí desnudo bajo la brisa, mirando el oscuro océano. La luna se había puesto, y el cielo estaba lleno de estrellas. No hay muchas cosas mejores que esto, decidí.

Permanecí allí largo rato porque me sentía a gusto.

Oí abrirse la puerta de cristal corrediza del otro lado del tabique divisorio.

—Buenos días —dije.

Oí su respuesta:

—Buenos días.

El tabique divisorio sobresalía de los balcones, por lo que no podía atisbar al otro lado.

—¿Estás desnuda? —le pregunté.

—Sí. ¿Y tú?

—Desde luego. Se está de maravilla.

—Reúnete conmigo para el desayuno dentro de media hora.

—De acuerdo. Oye, gracias por lavarme los calzoncillos.

—No te acostumbres.

Estábamos hablando bastante alto, y tuve la impresión de que había otros huéspedes escuchando. Creo que ella tuvo la misma idea, porque dijo:

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—John.

—Eso. Eres muy bueno en la cama, John.

—Gracias. Tú, también.

De modo que allí estábamos, dos maduros agentes federales, desnudos en nuestros respectivos balcones de hotel separados por un tabique, comportándonos

estúpidamente, como hacen los nuevos amantes.

—¿Estás casado? —me preguntó ella.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

De modo que ¿cuál era mi próxima frase? Dos pensamientos cruzaron simultáneamente por mi cabeza. Uno, que estaba siendo manipulado por una profesional. Dos, que me encantaba. Comprendiendo que recordaría siempre aquel marco y aquel lugar, respiré hondo y pregunté:

—¿Quieres casarte conmigo?

Hubo un largo silencio.

Finalmente, una voz de mujer, no la de Kate, gritó desde arriba:

—¡Contéstale!

—De acuerdo —exclamó Kate—. Me casaré contigo.

En algún lugar, dos personas aplaudieron. Aquello era realmente estúpido. Creo que me sentía aturdido, lo cual no lograba enmascarar mi sensación de pánico. ¿Qué había hecho?

La oí cerrar su puerta corrediza, de modo que no pude matizar mi propuesta.

Entré en mi habitación, me vestí sin chaleco antibalas, y bajé al salón de desayunos, donde tomé café y un ejemplar del *New York Times* recién salido de la imprenta.

Se continuaba informando de la tragedia del vuelo 175 pero parecía una repetición de lo ya publicado, con unas cuantas declaraciones nuevas de funcionarios federales, estatales y locales.

Había un pequeño párrafo sobre el asesinato del señor Leibowitz en Frankfurt y una nota necrológica. Vivía en Manhattan y tenía esposa y dos hijos. Volví a pensar en los azares de la vida. El hombre va a Frankfurt en viaje de negocios y resulta muerto porque algunas personas necesitan crear la impresión de que un tipo que se encuentra llevando a cabo una misión en Estados Unidos ha vuelto a Europa. Así simplemente, sin tener en cuenta a la mujer de la víctima ni a sus hijos ni nada. Gentuza.

Había también una reseña del doble asesinato de James McCoy y William Satherwaite en el museo Cuna de la Aviación. Se reproducía la afirmación de un detective de Nassau, que declaraba: «No descartamos la posibilidad de que el móvil de estos asesinatos pueda no haber sido el robo». Pese a la torturada sintaxis, me di cuenta de que el pequeño Alan Parker estaba racionando la información, un tercio hoy, un tercio mañana, y el resto para el fin de semana.

Hablando de sintaxis torturada, pasé a la columna de crítica cinematográfica de Janet Maslin. Unos días hago el crucigrama del *Times*, otros días intento entender lo que la Maslin trata de decir. No puedo hacer las dos cosas el mismo día sin que me dé dolor de cabeza.

La Maslin comentaba un éxito de taquilla, una película de aventuras sobre un

terrorista de Oriente Medio precisamente, que creo que no le había gustado pero, como digo, es difícil seguir su prosa o su razonamiento. La película era de poca categoría, naturalmente, y la Maslin se considera superior a todo eso, pero alguien del *Times* tenía que ir a ver aquello y decirle a todos a los que les gustaba por qué era una porquería. Tomé nota mentalmente de ir a ver la película.

Llegó Kate, y me puse en pie y nos dimos un beso rápido. Nos sentamos y miramos los menús, y yo pensé que quizá había olvidado el estúpido incidente de los balcones. Pero luego dejó a un lado el menú y preguntó:

—¿Cuándo?

—Pues... ¿junio?

—De acuerdo.

Vino la camarera, y encargamos tortitas.

Yo, en realidad, quería leer el *Times* pero comprendí instintivamente que mi periódico en el desayuno era ya cosa del pasado.

Charlamos brevemente sobre los planes para el día que comenzaba, sobre el caso, sobre las personas que habíamos conocido en casa de Chip Wiggins y a quién me iba a presentar luego Kate en Los Ángeles.

Llegaron las tortitas y comimos.

—Te gustará mi padre —dijo Kate.

—Estoy seguro.

—Es más o menos de tu edad, quizá un poco mayor.

—Bueno, eso está bien. —Recordé una frase de una vieja película y añadí—: Crió una hija excelente.

—Sí, mi hermana.

Solté una risita.

—También te gustará mi madre —dijo.

—¿Os parecéis?

—No. Ella es guapa.

Reí de nuevo.

—¿Te parece bien que nos casemos en Minnesota? Tengo una familia numerosa.

—Estupendo. Minnesota. ¿Es una ciudad o un Estado?

—Yo soy metodista. ¿Y tú?

—Cualquier clase de control de la natalidad me parece bien.

—Mi religión. Metodista.

—Oh... mi madre es católica. Mi padre es... alguna especie de protestante. Nunca...

—Entonces podemos educar a los hijos en una secta protestante.

—¿Tienes hijos?

—Esto es importante, John. Presta atención.

—Sí. Estoy intentando... ya sabes, cambiar de marcha.

Dejó de comer y me miró.

—¿Estás asustado?

—No, claro que no.

—Pareces asustado.

—Es sólo acidez de estómago. Ocurre con la edad.

—Todo irá bien. Viviremos siempre felices.

—Estupendo. Pero ya sabes, no hace mucho que nos conocemos...

—Lo hará en junio.

—Sí. Es cierto.

—¿Me quieres?

—Realmente, sí, pero el amor...

—¿Qué tal si me levanto y me voy de aquí? ¿Cómo te sentirías? ¿Aliviado?

—No. Me sentiría fatal.

—¿Entonces? ¿Por qué luchas contra tus sentimientos?

—¿Vamos a empezar con análisis otra vez?

—No. Sólo te estoy diciendo cómo son las cosas. Estoy locamente enamorada de ti. Quiero casarme contigo. Quiero tener hijos contigo. ¿Qué más quieres que diga?

—Di... me encanta Nueva York en junio.

—Odio Nueva York. Pero por ti viviría en cualquier parte.

—¿En Nueva Jersey?

—No forcemos las cosas.

Había llegado el momento de las revelaciones.

—Escucha, Kate —dije—, debes saber que soy un cerdo chovinista macho, un misógino y que cuento chistes sexistas.

—¿Qué quieres decir?

Comprendí que esa línea de razonamiento no me llevaba a ninguna parte, así que dije:

—También tengo una mala actitud hacia la autoridad y siempre estoy a punto de crearme problemas profesionales, y no tengo un centavo y no valgo para administrar el dinero.

—Por eso necesitas un buen abogado y un buen contable. Ése soy yo.

—¿No puedo contratarte, simplemente?

—No. Tienes que casarte conmigo. Soy una profesional de servicio completo. Además, puedo prevenir la impotencia.

Es inútil discutir con una profesional.

La conversación en tono de broma había terminado, y nos miramos el uno al otro por encima de la mesa.

—¿Cómo sé que no soy el único para ti? —dije finalmente.

—¿Cómo puedo explicarlo? Mi corazón late más de prisa cuando tú estás en la habitación. Adoro verte, oírte, olerte, saborearte y tocarte. Eres bueno en la cama.

—Gracias. Tú, también. De acuerdo, no voy a hablar de carreras profesionales, de que seas trasladada, de vivir en Nueva York, de mi exigua pensión de invalidez, de

los diez años de diferencia de edad...

—Catorce.

—Exacto. No voy a luchar contra esto. Estoy enamorado. Perdidamente enamorado. Si echo esto a rodar, seré desgraciado durante el resto de mi vida.

—Lo serás. Casarte conmigo es lo mejor para ti. Confía en mí. Lo digo de veras. No te rías. Mírame. Mírame a los ojos.

Lo hice, y el pánico desapareció súbitamente, y me invadió una extraña sensación de paz, como la que sentí cuando me estaba desangrando en la calle 102 Oeste. Tan pronto como dejas de luchar contra ello —contra la muerte o contra el matrimonio—, tan pronto como te dejas llevar y te rindes, ves una luz radiante, y un coro de ángeles cantando te sostiene en el aire, y una voz dice: «Ven sin resistirte o tendré que esposarte».

No, la voz dice realmente: «La lucha ha terminado, ha concluido el sufrimiento, y una nueva vida, esperemos que un poco menos jodida que la anterior, está a punto de comenzar».

Le cogí la mano a Kate, y nos miramos a los ojos.

—Te quiero —le dije.

Y era verdad.

Capítulo 50

A las siete y media, Chuck nos recogió delante del Ventura Inn.

—Nada nuevo —nos informó.

Lo que no era del todo cierto. Ahora yo estaba comprometido.

Mientras íbamos a la oficina de Ventura, Chuck nos preguntó:

—¿Estaba bien el hotel?

—Maravilloso —respondió Kate.

—¿Vais a continuar alojados en él?

—No —respondió Kate—. Pasaremos los próximos días en Los Ángeles. A menos que hayas oído algo diferente.

—Bueno... por lo que he oído, los jefes de Washington quieren que comparezcáis mañana por la tarde en una importante conferencia de prensa. Quieren que estéis allí mañana por la mañana como muy tarde.

—¿Qué clase de conferencia de prensa? —pregunté.

—La grande. Ya sabes, en la que lo revelan todo. Todo sobre el vuelo Uno-Siete-Cinco, sobre Khalil, sobre la incursión libia del ochenta y seis, sobre la muerte de los pilotos a manos de Khalil y luego sobre lo que sucedió ayer con Wiggins. Revelación completa. Pidiendo la cooperación ciudadana y todo eso.

—¿Para qué nos necesitan a nosotros en una conferencia de prensa? —pregunté.

—Yo creo que necesitan dos héroes. Chico y chica. Los mejores y los más brillantes. Uno de vosotros es muy fotogénico —añadió. Y se echó a reír. Ja, ja.

El día no empezaba bien, pese a que la temperatura era de veintidós grados y hacía sol otra vez.

—¿Necesitamos parar para algo? —preguntó Chuck—. ¿Ropa interior?

—No. Sigue.

Pocos minutos después, Chuck nos dejó en el *parking* de la oficina de Ventura.

—El surf ha terminado. Tengo que irme —anunció.

Supuse que estaba bromeando. De todos modos, salimos, pertrechados con los chalecos antibalas, y echamos a andar hacia el edificio.

—No me gusta esto —le dije a Kate mientras caminábamos—. No necesito que me exhiban en un numerito de relaciones públicas.

—Conferencia de prensa.

—Eso. Tengo trabajo.

—Quizá podamos aprovechar la conferencia de prensa para anunciar nuestro compromiso.

Todo el mundo tiene algo de comediante. Probablemente es influencia mía pero yo no estaba de humor aquella mañana.

Así que entramos en el edificio, subimos en el ascensor y llamamos al zumbador de la puerta. Cindy López nos hizo pasar.

—Tienes que llamar a Jack Koenig —nos informó.

Desearía no volver a oír jamás esas palabras.

—Llama tú —le dije a Kate.

—Quiere hablar con *usted* —recalcó Cindy—. Hay un despacho vacío ahí.

Kate y yo devolvimos nuestros chalecos. Luego entramos en el derecho y yo marqué el número de Jack Koenig. Eran las ocho en punto en Los Ángeles, y yo estaba razonablemente seguro de que eran las once en Nueva York.

La secretaria de Jack me pasó la comunicación.

—Buenos días —respondió Jack.

Percibí una nota de amabilidad en su voz, lo cual resultaba preocupante.

—Buenos días. —Conecté el altavoz para que Kate pudiese escuchar y hablar. Dije a Jack—: Está aquí Kate.

—Hola, Kate.

—Hola, Jack.

—Primero —dijo Jack—, quiero felicitaros a los dos por un trabajo excelente, una extraordinaria muestra de labor detectivesca y, por lo que he oído, John, una técnica de interrogatorio muy eficaz por lo que se refiere al señor Azim Rahman.

—Le di un rodillazo en los huevos y luego intenté asfixiarlo. Una vieja técnica.

Hizo un breve silencio, seguido por:

—Bueno, he hablado personalmente con el caballero y parecía encantado de la oportunidad de ser un testigo del gobierno.

Bostecé.

—He hablado también con Chip Wiggins —continuó— y he obtenido información de primera mano acerca de aquella incursión sobre Al Azziziyah. Menuda misión. Pero Wiggins indica que quizá una de sus bombas se desviara un poco, y no le sorprendería que fuera ésa la bomba que alcanzó la casa de Khalil. Irónico, ¿verdad?

—Supongo.

—¿Sabía que a ese complejo de Al Azziziyah lo llamaban «universidad del *yihad*»? Es verdad. Era y es un centro de entrenamiento terrorista.

—¿Me está aleccionando para esa estúpida conferencia de prensa?

—Aleccionando, no. Informando.

—Jack, me importa un carajo lo que le ocurriera a esa familia en 1986. Me trae sin cuidado si la familia de Khalil resultó muerta por error o por un acto deliberado. Yo tengo que capturar a un criminal, y el criminal está aquí, no en Washington.

—No sabemos dónde está el sospechoso. Que nosotros sepamos podría estar en Libia, o en la costa oeste, y quizá en Washington. ¿Quién sabe? Lo que yo sé es que el director del FBI y el director de la sección contraterrorista, por no mencionar al propio presidente de la nación, quieren que esté usted en Washington mañana. De

modo que no piense siquiera en desaparecer.

—Sí, señor.

—Muy bien. Me juego el puesto si no se presenta.

—Le oigo.

Jack no insistió en ello.

—Kate, ¿cómo estás? —preguntó.

Kate respondió en dirección al altavoz:

—Perfectamente. ¿Qué tal George?

—George se encuentra bien. Continúa en el Club Conquistador pero volverá mañana a Federal Plaza. John —añadió—, el capitán Stein te manda recuerdos y su felicitación por un trabajo bien hecho.

—El criminal está todavía en libertad, Jack.

Pero usted ha salvado varias vidas. El capitán Stein se siente orgulloso de usted. Todos estamos orgullosos de usted.

Etcétera, etcétera. Pero es importante establecer relaciones cuasipersonales en el seno de las fuerzas del orden. Todo el mundo se interesa personalmente por todo el mundo. Eso es buena señal, supongo, y encaja con la nueva y sensiblera Norteamérica. Me pregunté si la CÍA sería así. Lo cual me recordó.

—¿Dónde está Ted Nash? —pregunté.

—No estoy seguro —respondió Jack—. Yo lo dejé en Frankfurt. Se iba a París.

Se me ocurrió, y no por primera vez, que la CÍA, de la que tantas cosas dependían, estaba ahora siendo eclipsada por el FBI, cuyo ámbito de actuación se ceñía a los agitadores internos. Quiero decir que un tipo como Nash o sus colegas podría estar ahora de vacaciones en Moscú sin correr más peligro que el que entrañaba la mala comida. Una organización como ésta necesita una finalidad, y al carecer hoy en día de finalidad alguna, estaba abocada a meterse en líos. Las manos ociosas son los juguetes del diablo, como solía decirme mi abuela protestante.

En cualquier caso, Jack y Kate continuaban charlando, y Jack hizo unas cuantas preguntas capciosas sobre qué tal nos iba a Kate y a mí y todo eso.

Kate me miró con aire de estar rabiando por comunicar la buena nueva, así que ¿qué podía hacer yo? Asentí con la cabeza.

—John y yo tenemos una buena noticia —le dijo a Jack—. Estamos prometidos.

Creí oír el ruido del teléfono cayendo al suelo al otro extremo del hilo. Hubo un silencio que duró dos segundos más de lo debido. Buena noticia para Jack sería que Kate Mayfield había presentado una demanda contra mí por acoso sexual. Pero Jack es astuto y reaccionó con elegancia.

—Vaya... oye, sí que es buena noticia. Enhorabuena. Enhorabuena, John. Eso es tan... inesperado...

Yo sabía que tenía que decir algo, así que, con mi tono más viril, exclamé:

—Es hora de sentar la cabeza y aceptar el dulce yugo. Mis días de soltero han terminado. Sí, señor. Finalmente he encontrado la chica adecuada. La mujer. No

podría ser más feliz. —Etcétera, etcétera.

Así que, resuelta esa cuestión, Jack nos informó sobre el trascendental asunto que nos ocupaba.

—Tenemos agentes comprobando con la Administración Federal de Aviación los planes de vuelos privados. Estamos centrando la atención en los reactores privados. Ya hemos descubierto el plan de vuelo y los pilotos que han transportado a Khalil a través de todo el país. Hemos interrogado a los pilotos. Salieron de Islip, en Long Island. Eso habría sido inmediatamente después de que Khalil asesinara a McCoy y Satherwaite en el museo. Se detuvieron en Colorado Springs, Khalil desembarcó pero sabemos que no mató al coronel Callum.

Jack continuó hablando de Khalil y de su vuelo a Santa Mónica. Los pilotos, según Jack, estaban conmocionados ahora que sabían quién era su pasajero. Eso era interesante pero no tan importante. Demostraba, sin embargo, que Khalil poseía muchos recursos y estaba fuertemente financiado. Además, podía pasar completamente inadvertido.

—¿Y está tratando de averiguar si Khalil ha alquilado otro avión privado? —pregunté.

—Sí. Pero hay centenares de reactores privados presentando planes de vuelo todos los días. Estamos centrando la atención en aviones no alquilados por empresas o alquilados por empresas extranjeras, vuelos pagados por medios sospechosos y por clientes no habituales, clientes que parezcan extranjeros, etcétera. Es muy remota la posibilidad de dar con algo. Pero tenemos que intentarlo.

—Cierto. ¿Cómo cree que piensa salir del país ese cabrón?

—Buena pregunta. El sistema de seguridad canadiense es eficaz y cooperativo pero no puedo decir lo mismo de nuestros vecinos mexicanos.

—Supongo que no, con cinco mil ilegales cruzando la frontera todos los meses, por no mencionar las toneladas de cocaína mexicana que pasan también. ¿Ha alertado a la DEA, Aduanas e Inmigración?

—Desde luego. Y han asignado personal adicional, y nosotros, también. Va a ser un mes duro para los narcotraficantes y los ilegales. Hemos alertado también a la Guardia Costera. Es muy corta la distancia por mar desde California del Sur a las playas de México. Hemos hecho todo lo que podemos en cooperación con varias agencias locales y federales, así como con nuestros aliados mexicanos, para interceptar al sospechoso si intenta huir a través de la frontera con México.

—¿Está usted en la tele ahora?

—No. ¿Por qué?

—Habla como si estuviera en directo por televisión.

—Es mi forma de hablar. Así es como debe usted hablar mañana por la tarde. Reduzca los tacos al mínimo.

Sonreí.

Así que conversamos un rato acerca de la persecución desencadenada contra

Khalil.

—John, el asunto está controlado —dijo Jack finalmente—. Y está fuera de nuestras manos.

—No del todo. Escuche, quiero volver aquí tan pronto como termine mañana esa conferencia de prensa.

—Es una petición razonable. Veamos cómo se desenvuelve en la conferencia de prensa.

—Una cosa no tiene que ver con la otra.

—Ahora, sí.

—Está bien. Entiendo.

—Estupendo. Hábleme de su conversación telefónica con Asad Khalil.

—Bueno, no teníamos mucho en común. ¿No le han informado sobre ello?

—Sí, pero quiero conocer su impresión sobre el estado de ánimo de Khalil, su talante, la posibilidad de que se proponga regresar a su país o vaya a quedarse aquí.

—Está bien... tuve la impresión de estar hablando con un hombre que ejerce un control absoluto sobre sí mismo y sobre sus emociones. Es más, se presentaba como si continuara controlando la situación, pese al hecho de que le hemos jodido sus planes. Quiero decir, que le hemos *frustrado* sus planes.

Jack permaneció unos instantes en silencio.

—Siga —dijo después.

—Bueno, si tuviese que apostar, apostaría a que tiene intención de quedarse.

—¿Por qué?

—No sé. Es una de mis corazonadas. A propósito, hablando de apuestas, quiero los diez dólares de Nash y los veinte de su amigo Edward.

—Pero usted dijo que Khalil estaba en Nueva York.

—Y estaba. Luego se marchó y luego volvió a Long Island. La cuestión es que no se largó a Arenalandia. —Miré a Kate en busca de apoyo. Aquello era importante.

—John tiene razón —dijo Kate—. Ha ganado las apuestas.

—Está bien —respondió Jack—. Aceptaré la imparcial opinión de Kate. —Ja, ja. Luego añadió, con tono serio—: ¿De modo, John, que tiene la impresión de que Asad Khalil continúa en esa zona?

—Sí.

—¿Pero se trata sólo de una impresión?

—Si quiere decir que estoy ocultando algo, no. Hasta yo sé cuándo desembuchar. Pero... ¿cómo diría yo...? Bien... Khalil me dijo que sintió mi presencia antes de... esto es estúpido. Paparruchas de una Arenalandia mística. Pero yo siento la presencia de ese individuo. ¿Entiende?

Hubo un largo silencio mientras, probablemente, Jack Koenig buscaba el número de la sección psiquiátrica de la Brigada.

—Bueno, he aprendido a no apostar dinero contra usted —dijo finalmente con tono afable.

Yo pensaba que iba a decirme que me fuera a dormir un rato pero, en lugar de ello, se dirigió a Kate y preguntó:

—¿Vais a ir a la oficina de Los Ángeles?

—Sí —respondió ella—. Creo que es buena idea saludar a la gente, establecer una relación de trabajo y ver si podemos ser de alguna utilidad cuando volvamos.

—Tengo entendido que tienes amigos ahí.

—Sí.

Tal vez hubiera en sus palabras una alusión sobreentendida a la historia sexual de una hora de Kate pero yo no era celoso y ya no iba a acudir a ningún cebo. El anzuelo ya estaba echado, el gran pez había sido sacado del agua y se movía ahora a sacudidas por la cubierta, pugnando por respirar, si vale la metáfora. De modo que Kate no necesitaba utilizar antiguos novios o pretendientes, como Teddy, para hacer que John se decidiera y se le declarase.

Jack y Kate charlaron durante un minuto acerca de personas que ambos conocían en Los Ángeles, y luego Jack dijo:

—Muy bien, coged un avión a Dulles pero no más tarde de esta noche.

Kate le aseguró que así lo haríamos.

Jack se dispuso a colgar, pero había llegado el momento de hacerme el Colombo.

—Oh, una cosa más —dije.

—¿Sí?

—El rifle.

—¿Qué rifle?

—El rifle que había en el paquete alargado.

—Oh, sí, he interrogado al señor Rahman sobre ese paquete. Y también lo ha hecho todo el mundo, en Los Ángeles y en Washington.

—¿Y?

—Rahman y su familia están bajo custodia.

—Estupendo. Es lo mejor para ellos. ¿Y?

—Bueno, los agentes de Los Ángeles le han hecho a Rahman dibujar y describir el paquete. Y han fabricado una caja que Rahman dice que es del mismo tamaño, centímetro arriba o abajo, que la que él le dio a Khalil.

—¿Y?

—Y han ido poniendo pesas metálicas en la caja hasta que le ha parecido a Rahman que el peso era el mismo. Memoria muscular. ¿Conoce...?

—Sí. ¿Y?

—Bueno, ha sido un experimento interesante pero no demuestra nada. Los rifles de culata de nailon y plástico son ligeros, los rifles más antiguos son pesados. Los rifles de caza son largos, los rifles de asalto son más cortos. No hay manera de determinar si era un rifle lo que había dentro.

—Comprendo. ¿Era largo y pesado ese rifle?

—Si era un rifle, era un rifle largo y pesado.

—Como un rifle de caza con mira telescópica.

—En efecto —dijo Jack.

—Bien. Consideremos el peor de los casos. Es un rifle de caza, largo, preciso y con mira telescópica. ¿Qué va a hacer Khalil con él?

—La impresión es que se trataba de un recurso para el supuesto de que Wiggins no estuviese en casa. En otras palabras, Khalil estaba preparado para matar a Wiggins mientras estuviese acampado en el bosque.

—¿De veras?

—Es una teoría. ¿Tiene usted otra?

—Por el momento, no. Pero me imagino a Chip y su amiga acampados en el bosque y me pregunto por qué Khalil, ataviado con ropa de montañero, no se acerca simplemente hasta ellos para compartir una taza de café en torno a la hoguera y menciona luego con aire casual que ha ido allí a matar a Chip y le explica por qué antes de meterle en la cabeza una bala del calibre 40. ¿*Capisce*?

Jack dejó pasar unos segundos.

—El caso es que Wiggins estaba acampado con una docena de amigos, de modo que Khalil... —dijo finalmente.

—No cuela, Jack. Khalil haría lo que hiciese falta para mirar a Chip Wiggins a los ojos antes de matarlo.

—Quizá. Bien, la otra teoría, que tal vez sea más lógica, es que si ese paquete contenía un rifle, el rifle debe ser utilizado para ayudar a Khalil en su huida. Por ejemplo, si tuviera que eliminar a un miembro de la patrulla fronteriza en la frontera mexicana, o si se viera perseguido en la mar por un guardacostas. Algo así. Él necesita un arma de largo alcance para cualquier situación que pueda surgir durante su huida de Estados Unidos. En cualquier caso —añadió Jack—, necesitaba un cómplice, Rahman, así que ¿por qué no hacer que Rahman le entregue un rifle, junto con todo lo demás? Los rifles son fáciles de comprar.

—No son fáciles de ocultar.

—Se pueden desmontar. Es decir, no descarto la posibilidad de que Asad Khalil tenga un rifle de alta precisión y se proponga matar a alguien a quien no pudiera tener dentro del radio de acción de su pistola. Pero es cierto que no se ajusta a lo que es su misión declarada ni a su *modus operandi*. Usted mismo lo ha dicho. De cerca y personal.

—Exacto. En realidad, yo creo que había mobiliario de patio en aquella caja. ¿Ha visto alguna vez cómo empaquetan esa basura barata en las tiendas de rebajas? Un mobiliario de patio de diez piezas metido en una caja no más grande que una caja de camisa. Seis sillas, una mesa, sombrilla y dos tumbonas hechas en Taiwan. Junte la ranura A con la ranura B. De acuerdo, nos veremos en Washington.

—Bien. Tomaremos aquí las disposiciones necesarias para el viaje. Mandaré por fax la información de vuelo a la oficina de Los Ángeles. La conferencia de prensa está convocada para las cinco de la tarde en J. Edgar. Sé que John disfrutó en su

última visita aquí. Y, de nuevo, enhorabuena a los dos por vuestro excelente trabajo y por vuestro compromiso. ¿Está fijada ya la fecha?

—Junio —respondió Kate.

—Magnífico. Los noviazgos cortos son los mejores. Espero estar invitado.

—Por supuesto que lo estás —le aseguró Kate.

Pulsé el botón de desconexión.

Kate y yo permanecemos unos momentos en silencio, y luego ella me dijo:

—Estoy preocupada por ese rifle.

—Y con motivo.

—Quiero decir... no me pongo nerviosa con facilidad, pero podría proponerse disparar contra nosotros.

—Posiblemente. ¿Quieres ponerte otra vez la camiseta de Little Italy?

—¿El qué?

—El chaleco antibalas.

Se echó a reír.

—Eres único para los nombres.

Volvimos al área común y mantuvimos una improvisada reunión con las seis personas que había, incluidos Juan, Edie y Kim. Tomamos café.

—Dentro de media hora vamos a traer de Los Ángeles al señor Rahman —dijo Edie—. Vamos a hacer que nos lleve al cañón adonde llevó a Khalil para tirar aquel maletín.

Asentí. En eso también había algo que me preocupaba. Comprendía que Khalil tenía que matar el tiempo a aquella hora tan temprana, antes de que las tiendas abriesen, pero podía haberle dicho a Rahman que lo llevase, simplemente, a un motel barato. ¿Por qué viajó durante una hora a lo largo de la costa en dirección al norte y se deshizo allí del maletín?

En cualquier caso, no le pedí a Cindy los chalecos antibalas, y tampoco lo hizo Kate. Quiero decir que todo lo que íbamos a hacer era circular por Los Ángeles. Aunque tal vez fuera eso razón suficiente para llevar chaleco antibalas. Bueno, es la clásica broma de Nueva York.

Pero Cindy nos dio dos estupendos maletines de lona con grandes logotipos del FBI como recuerdo de nuestra visita, y quizá también como una forma de decirnos: «No queremos volver a veros». Aunque puede que fueran imaginaciones mías.

Así que Kate y yo metimos en los maletines nuestros objetos de aseo y nos preparamos para ir a la oficina de Los Ángeles. Descubrimos que no había ningún helicóptero disponible, lo que a veces es un indicio de que tu cotización está bajando. Había disponible, sin embargo, un coche, sin conductor, y Cindy nos dio las llaves. Kate le aseguró que conocía el camino. La gente de California es realmente amable.

Nos estrechamos todos la mano y prometimos mantenernos en contacto, y nos invitaron a volver en cualquier momento, a lo que yo respondí:

—Volveremos pasado mañana.

Eso produjo el mismo efecto que si me hubiera tirado un pedo.

Finalmente, salimos, encontramos el Ford Crown Victoria azul en el *parking*, y Kate se sentó al volante.

Parecía muy excitada por conducir de nuevo en California y me informó de que tomaríamos la pintoresca carretera de la costa que llevaba a Santa Mónica, pasando por Santa, luego Las Santas Santos, y después algunas Santas más. A mí me importaba un rábano pero si ella era feliz, yo era feliz.

Capítulo 51

Seguimos la carretera de la costa, cruzamos Santa Oxnard y continuamos en dirección sur hacia Los Ángeles. El agua estaba a nuestra derecha, las montañas a nuestra izquierda. Cielo azul, agua azul, coche azul, ojos azules de Kate. Perfecto.

Kate dijo que había una hora de trayecto hasta la oficina del FBI en Wilshire Boulevard, cerca del campus de la UCLA en West Hollywood, y también cerca de Beverly Hills.

—¿Por qué no está la oficina en el centro de la ciudad? ¿Hay un centro de la ciudad?

—Lo hay pero el FBI parece preferir ciertos barrios.

—Barrios caros, blancos y en las afueras, por ejemplo.

—A veces. Por eso no me gusta el bajo Manhattan. Está increíblemente congestionado.

—Es increíblemente vivo e interesante. Voy a llevarte a Fraunces Tavern. Ya sabes, donde Washington se despidió de sus oficiales. Quedó con una invalidez del setenta y cinco por ciento.

—Y se fue a vivir a Virginia. No podía soportar la congestión.

Continuamos un rato con las comparaciones California-Nueva York mientras Kate conducía. Luego, ella me preguntó:

—¿Eres feliz?

—Más que feliz.

—Estupendo. Pareces menos asustado.

—Me he rendido a la luz. Háblame de la oficina de Los Ángeles. ¿Qué hacías allí?

—Fue un destino interesante. Es la tercera oficina más grande del país. Unos seiscientos agentes. Los Ángeles es la capital de atracos a bancos del país. Teníamos cerca de tres mil atracos a bancos al año, y...

—¿Tres mil?

—Sí. La mayoría a cargo de yonquis. Pequeñas cantidades sin importancia. Hay cientos de pequeñas sucursales en Los Ángeles, y la red de carreteras es muy amplia, de modo que los ladrones pueden huir con facilidad. En Nueva York, el atracador permanecería sentado en un taxi durante media hora ante un semáforo en rojo. De todas formas, eso era un rollo más que otra cosa. Había muy pocos heridos. De hecho, mi sucursal bancaria fue asaltada una vez estando yo allí.

—¿Cuánto te llevaste?

Rió.

—Yo no me llevé nada pero el ladrón cogió entre diez y veinte mil.

—¿Lo capturaste?

—Sí.

—Cuéntame.

—Nada de particular. El tipo está delante de mí en la cola, le pasa una nota a la cajera, y ella se pone toda nerviosa, de modo que me doy cuenta de lo que está pasando. Ella le llena una bolsa de dinero, el hombre se vuelve para marcharse y se da de narices con mi pistola. Es un delito estúpido. Poco dinero, delito federal, y entre el FBI y la policía resolvíamos más del setenta y cinco por ciento de los atracos.

Luego charlamos sobre los dos años pasados por Kate en Los Ángeles.

—Y también es la única oficina del país con dos representantes de los medios de comunicación a jornada completa —dijo—. Teníamos muchos casos importantes que atraían la atención de los medios. Montones de casos que afectaban a celebridades. Conocí a varias figuras cinematográficas y una vez tuve que vivir en la mansión de un famoso actor y viajar con él durante varias semanas porque alguien había amenazado con matarlo, y la amenaza parecía seria. Luego estaban los sindicatos asiáticos del crimen organizado. El único tiroteo en que he participado jamás fue con una banda de contrabandistas coreanos. Son tipos duros esos tíos. Pero en la oficina tenemos varios coreano-americanos que se han infiltrado en los sindicatos. ¿Te estoy aburriendo?

—No. Esto es más interesante que «Expediente X». ¿Quién era el actor de cine?

—¿Estás celoso?

—En absoluto. —Quizá un poco.

—Era un hombre mayor. Rondaba los cincuenta. —Rió.

¿Por qué no me estaba divirtiendo aún? En cualquier caso, parecía que Kate Mayfield no era la ingenua provincianita que yo creía que era. Había experimentado el lado oscuro de la vida americana, y aunque no había visto lo que yo había visto a lo largo de veinte años trabajando en Nueva York, había visto más que la típica Wendy Wasp de Wichita. De todos modos, tenía la impresión de que nos faltaban muchas cosas por saber el uno del Otro. Me alegraba de que ella no me preguntase por mi historia sexual, porque estaríamos en Río de Janeiro antes de que hubiera terminado de contarla. Es broma.

En conjunto, fue un recorrido agradable, ella sabía desenvolverse, y antes de mucho nos encontramos en Wilshire Boulevard. Kat introdujo el coche en el amplio *parking* de un blanco edificio de oficinas de veinte pisos, con flores y palmeras. Hay algo en las palmeras que hace pensar que nada grave o intenso está ocurriendo en los alrededores.

—¿Interviniste alguna vez en algo relacionado con el terrorismo de Oriente Medio? —le pregunté.

—Personalmente, no. No hay mucho de eso aquí. Creo que tienen un especialista sobre Oriente Medio. —Y añadió—: Ahora tienen dos más.

—Sí, claro. Tú quizá. Yo no sé ni jota de terrorismo de Oriente Medio.

Ella introdujo el coche en un espacio libre y apagó el motor.

—Ellos creen que sí. Estás en la Brigada Antiterrorista, sección de Oriente Medio.

—Cierto. Lo había olvidado.

Bajamos del coche, entramos en el edificio y tomamos el ascensor hasta el piso dieciséis.

El FBI ocupaba toda la planta, además de varias otras que compartía con el Departamento de Justicia.

Resumiendo, la hija pródiga había vuelto, hubo abrazos y besos a tutiplén, y observé que las mujeres parecían tan contentas de ver a Kate como los hombres. Eso es buena señal, según mi ex, que me lo explicó todo una vez. Ojalá la hubiera escuchado.

Bueno, pues hicimos la ronda de las oficinas, y yo estreché un montón de manos y sonreí tanto que me dolía la cara. Tenía la impresión de estar siendo exhibido por... por mi... prometida. Ya está, ya lo he dicho. Sin embargo, la verdad es que Kate no realizó ningún anuncio de ese estilo.

En algún lugar de aquel laberinto de pasillos, cubículos, compartimentos y despachos acechaban uno o dos amantes, o quizá tres, y yo trataba de localizar a los muy cabrones pero no percibía ninguna señal. Se me da bien distinguir a la gente que está tratando de joderme pero me cuesta más distinguir a los que han jodido uno con otro. Hoy es el día, por ejemplo, en que no estoy seguro de si mi mujer jodía con su jefe. Hacen muchos viajes de negocios pero... ya no importa, y tampoco importaba entonces.

Quiso mi buena suerte que el individuo con quien yo había hablado por teléfono el otro día, el señor Sturgis, agente delegado a cargo de no sé qué, quisiera hablar conmigo, así que fuimos escoltados hasta su despacho.

El señor Sturgis se levantó de su mesa y salió a mi encuentro con la mano extendida, que yo estreché mientras intercambiábamos saludos. Su nombre de pila era Doug, y quería que yo lo llamara así. ¿Cómo lo iba a llamar si no? ¿Claude?

Doug era un caballero elegante, más o menos de mi edad, bronceado, en buena forma física y bien vestido. Miró a Kate y se dieron la mano.

—Me alegra verte, Kate —dijo.

—Es agradable volver —respondió ella.

¡Bingo! Aquél era el tipo. Me di cuenta por la forma en que se miraron durante apenas un segundo. Creo.

El caso es que hay muchas formas de infierno pero la más exquisitamente infernal es ir a algún sitio donde tu esposa o tu amante conoce a todo el mundo, y tú no conoces a nadie. Fiestas de oficina, reuniones de clase, cosas de ésas. Y, naturalmente, estás tratando de adivinar quién ha tenido acceso carnal con tu compañera, aunque sólo sea para ver si ésta tenía al menos buen gusto y no estaba follando con el payaso de la clase o el idiota de la oficina.

Comoquiera que fuese, Sturgis nos invitó a sentarnos, y tomamos asiento, aunque lo que yo quería realmente era largarme de allí.

—Es usted exactamente tal como lo he imaginado por teléfono —me dijo.

—Usted también.

Dejamos la cosa así, y pasamos a hablar del asunto que nos ocupaba. Sturgis divagó un poco, y advertí que tenía caspa y las manos pequeñas. Los hombres con las manos pequeñas suelen tener pitos pequeños. Es un hecho.

Traté de ser agradable pero no lo conseguí. Finalmente, él percibió mi estado de ánimo y se levantó. Kate y yo nos levantamos también.

—Gracias de nuevo por su excelente trabajo y su destreza en este asunto —dijo—. No puedo decir que tenga confianza en que vayamos a capturar a ese individuo pero, al menos, está huyendo, y no causará más problemas.

—Yo no apostararía por ello —dije.

—Bueno, señor Corey, un hombre que huye puede ser un hombre desesperado, pero Asad Khalil no es un criminal común. Es un profesional. Lo único que quiere ahora es escapar y no atraer más atención sobre su persona.

—Es un criminal, común o no, y los criminales hacen cosas criminales.

—Buena observación —dijo con desdén—. Lo tendremos presente.

Pensé que debía mandar a aquel idiota a hacer puñetas pero él ya sabía lo que yo estaba pensando.

—Si alguna vez quieres volver —le dijo a Kate—, presenta la solicitud, y haré todo lo que pueda para que te lo concedan.

—Muy amable por tu parte, Doug.

Puah.

Kate le dio una tarjeta y dijo:

—Aquí tienes mi número de móvil. Llámame, por favor, si surge algo. Nosotros vamos a dar una vuelta por la ciudad. John no ha estado nunca en Los Ángeles. Nos iremos en el último avión de la noche.

—En cuanto sepa algo, te llamo. Si quieres te llamo más tarde para mantenerte al tanto.

—Te lo agradecería.

Uf.

Se estrecharon la mano y se despidieron.

Yo olvidé darle la mano al salir, y Kate me alcanzó, en el pasillo.

—Te has portado groseramente con él —me informó.

—No es verdad.

—Sí que lo es. Estabas derrochando simpatía con todo el mundo y luego vas y te muestras desagradable con un supervisor.

—No me he mostrado desagradable. Y no me gustan los supervisores. Me fastidió cuando hablé con él por teléfono.

Dejó el tema, quizá porque sabía adónde conducía. Desde luego, puede que yo

estuviera totalmente equivocado respecto a cualquier relación amorosa entre el señor Douglas Pindick y Kate Mayfield pero ¿y si no lo estaba? ¿Y si yo hubiera sido todo dulzura y sonrisas con Sturgis mientras él pensaba en la última vez que se había tirado a Kate Mayfield? Habría quedado como un imbécil. Más vale jugar sobre seguro y mostrarse desagradable.

En cualquier caso, mientras recorríamos el pasillo se me ocurrió que estar enamorado tenía muchos inconvenientes.

Kate se pasó por la sala de comunicaciones y recogió nuestra información de vuelo.

—El vuelo Dos-Cero-Cuatro de United sale del aeropuerto internacional de Los Ángeles a las once cincuenta y nueve de la noche y llega a Washington-Dulles a las siete cuarenta y ocho de la mañana —me informó—. Confirmadas dos reservas en clase business. Nos esperarán en el Dulles.

—¿Y luego?

—No dice nada.

—Quizá tenga tiempo para ir a quejarme a mi congresista.

—¿De qué?

—De tener que abandonar el trabajo por una estúpida conferencia de prensa.

—No creo que un congresista pueda intervenir en eso. Y por lo que se refiere al asunto de la conferencia de prensa, han mandado un fax con varios puntos que hay que destacar.

Miré las dos páginas del fax. No había firma, naturalmente. Estas «sugerencias» nunca van firmadas, y se supone que la persona que responde a las preguntas de los periodistas lo hace de forma espontánea.

En cualquier caso, parecían no quedar ya más viejos amigos de Kate, así que entramos en el ascensor y bajamos en silencio.

—No ha sido tan malo, ¿verdad? —me dijo en el *parking*, mientras nos dirigíamos hacia el coche.

—No. De hecho, podemos volver y hacerlo otra vez.

—¿Tienes algún problema hoy?

—Ninguno.

Subimos al coche y salimos al Wilshire Boulevard.

—¿Hay algo especial que te gustaría ver? —me preguntó.

—Nueva York.

—¿Qué tal uno de los estudios cinematográficos?

—¿Qué tal tu antiguo apartamento? Me gustaría ver dónde vivías.

—Buena idea. En realidad, alquilé una casa. No está lejos de aquí.

Así que atravesamos West Hollywood, que parecía un sitio estupendo, si no fuera porque estaba hecho de cemento y pintado con colores apastelados que daban a las casas un aspecto de huevos de Pascua prismáticos.

Kate entró con el coche en un agradable barrio suburbano y pasó por delante de

su antigua vivienda, que era una casita de estuco de estilo español.

—Muy bonita —observé.

Continuamos por Beverly Hills, donde las casas iban siendo cada vez más grandes, cruzamos luego Rodeo Drive y capté una vaharada de perfume Giorgio procedente de la tienda del mismo nombre. Aquello impediría que un cadáverapestase.

Aparcamos en Rodeo Drive, y Kate me llevó a almorzar a un acogedor restaurante al aire libre.

Permanecemos tranquilamente de sobremesa, sin citas a las que acudir, ni agenda que cumplir ni preocupación alguna en el mundo. Bueno, quizá unas pocas.

A mí no me importaba matar el tiempo, porque lo estaba matando cerca de donde se habían teñido las últimas noticias de Khalil. Seguía esperando que sonase el teléfono y que fuese con alguna noticia que me impidiera volar a Washington. Detestaba Washington, naturalmente, y por buenas razones. Mi animosidad hacia California era irrazonable en su mayor parte, y me avergonzaba de mí mismo por mis prejuicios contra un lugar en el que nunca había estado.

—Comprendo por qué te gusta esto.

—Es fascinante.

—Sí. ¿Nieva alguna vez?

—En las montañas. Se puede ir en unas horas de la playa a las montañas y al desierto.

—¿Cómo te vestirías para un día así?

Ja, ja.

El Chardonnay de California era bueno, y nos bebimos una botella entera, lo que nos incapacitaba durante un rato para conducir. Pagué la cuenta, que no era demasiado elevada, y fuimos paseando por Beverly Hills, que es realmente bonito. Observé, sin embargo, que los únicos peatones eran hordas de turistas japoneses que tomaban fotografías y grababan vídeos.

Paseamos y miramos escaparates. Le señalé a Kate que su *blazer* color *ketchup* y sus pantalones negros se le estaban quedando un poco arrugados y ofrecí comprarle un nuevo atuendo.

—Buena idea —dijo ella—. Pero en Rodeo Drive te costará un mínimo de dos mil dólares.

Carraspeé y repliqué:

—Te compraré una plancha.

Se echó a reír.

Miré unas cuantas camisetas en los escaparates, y los precios parecían prefijos telefónicos. Pero, generoso que soy, compré una bolsa de chocolatinas caseras, que fuimos comiendo mientras paseábamos. Como he dicho, no había muchos peatones, así que no me sorprendió descubrir que los turistas japoneses nos estaban grabando a Kate y a mí.

—Creen que eres una estrella de cine —le dije.

—Eres un encanto. **Tú** eres la estrella. Tú eres **mi** estrella.

Normalmente, habría vomitado las chocolatinas por toda la acera pero estaba enamorado, caminando sobre una nube, con la cabeza llena de cánticos de amor y todo eso.

—Ya he visto bastante de Los Ángeles —dije—. Vámonos a una habitación en alguna parte.

—Esto no es Los Ángeles. Es Beverly Hills. Hay muchas cosas que quiero enseñarte.

—Hay muchas cosas que yo quiero ver, pero tu ropa las tapa todas. —¿No es eso romántico?

Ella parecía dispuesta, pese al hecho de que ahora estábamos prometidos, y volvimos al coche, en el que nos dirigimos a un sitio llamado Marina del Rey, cerca del aeropuerto.

Kate encontró un bonito motel a la orilla del agua y nos registramos, llevando a la habitación nuestros maletines de lona del FBI.

Desde nuestra ventana se veía el muelle, donde permanecían fondeadas numerosas embarcaciones, y recordé de nuevo mi estancia en Long Island. Si algo había aprendido allí era a no ligarme a ninguna persona, lugar o cosa. Pero lo que aprendemos y lo que hacemos rara vez coinciden.

Advertí que Kate me estaba mirando, así que sonreí.

—Gracias por este hermoso día —le dije.

Sonrió ella también, y luego quedó pensativa unos momentos.

—Yo no te habría presentado a Doug. Él insistió en conocerte —dijo finalmente.

Asentí con la cabeza.

—Comprendo. Está bien.

Así que, gracias a mi *savoir faire*, la cosa quedaba olvidada. No obstante, tomé nota mentalmente de darle un rodillazo en los huevos a Doug en la primera oportunidad. Kate me besó con fuerza.

Poco después, estábamos en la cama, y, naturalmente, sonó su teléfono móvil. Había que contestar, lo que significaba que yo debía dejar de hacer lo que estaba haciendo. Rodé de costado maldiciendo al inventor del teléfono móvil. Kate se incorporó, tomó aliento y contestó:

—Mayfield.

Escuchó, con la mano sobre el micrófono mientras trataba de normalizar su respiración.

—De acuerdo... —dijo—. Sí... sí, lo hemos hecho... no... estamos... sólo sentados junto al mar en Marina del Rey. Sí... de acuerdo... Dejaré el coche en el *parking* de la policía... bueno... gracias por llamar. Sí. Tú, también. Adiós.

Colgó, se aclaró la garganta y dijo:

—Detesto cuando sucede esto.

No respondí.

—Bueno, era Doug. Nada nuevo. Pero dice que, si hasta media hora antes de tomar el avión, sucede algo que pueda cambiar nuestros planes, hará que alguien nos llame. Ha hablado con Washington, y, salvo que Khalil sea capturado por aquí, tenemos que volar esta noche. Pero si lo capturan aquí, entonces nos quedamos y damos aquí una conferencia de prensa.

Me miró un instante y continuó:

—Somos los héroes del momento, y debemos estar donde estén la mayoría de las cámaras. Hollywood y Washington trabajan igual.

Volvió a mirarme fugazmente y prosiguió:

—Es un poco forzado, y no me gusta, pero en un caso como éste hay que prestar atención a los medios de comunicación. Francamente, al FBI le vendría bien una inyección de buena prensa.

Me dirigió una sonrisa y añadió:

—Bueno, ¿dónde estábamos?

Se puso encima y me miró a los ojos.

—Fóllame. ¿Vale? —dijo en voz baja—. Somos sólo tú y yo esta noche. No existe ningún mundo ahí fuera. No hay pasado ni futuro. Sólo el ahora y sólo nosotros.

Sonó el teléfono, y despertamos los dos, sobresaltados. Kate cogió el móvil, pero seguía sonando un teléfono, y nos dimos cuenta de que era el de la habitación. Descolgué yo, y una voz dijo:

—Son las diez y cuarto, la hora a la que deseaban ser despertados. Que pasen buena noche.

Colgué.

—Es la hora.

Nos levantamos de la cama, nos lavamos, nos vestimos, salimos del motel y subimos al coche. Eran casi las once de la noche, o sea, las dos de la madrugada en Nueva York, y mi reloj corporal estaba completamente desbaratado.

Kate puso el coche en marcha, y nos dirigimos hacia el aeropuerto internacional de Los Ángeles, a sólo unos kilómetros de distancia. Pude ver reactores comerciales que despegaban y enfilaban hacia el oeste, sobre el océano.

—¿Quieres que llame a la oficina de Los Ángeles?

—No hace falta.

—Está bien. ¿Sabes lo que temo? Que detengan a Khalil mientras nosotros estamos volando. Yo quería estar presente en ese momento. Y tú también. ¿Hola? Despierta.

—Estoy pensando.

—Ya está bien de pensar. Habla conmigo.

Hablamos. Llegamos al aeropuerto, y Kate llevó el coche a las instalaciones de la policía de Los Ángeles, donde nos estaba esperando un amable sargento con un coche

preparado para llevarnos a la terminal de vuelos nacionales. Yo no creía que pudiera acostumbrarme a todas aquellas cortesías.

El caso es que el joven conductor de la policía nos trataba como si fuésemos estrellas de cine y quería que hablásemos de Asad Khalil. Kate le complació y yo, en mi papel de poli de Nueva York, me limité a gruñir por la comisura de los labios.

Bajamos del coche, y nos deseó una buena velada y un feliz vuelo.

Entramos en la terminal y acudimos al mostrador de United Airlines, donde nos esperaban dos billetes de clase business. Nuestras autorizaciones para llevar armas de fuego a bordo estaban ya extendidas y sólo necesitaban nuestras firmas en los impresos.

—El embarque será dentro de veinte minutos, pero, si lo desean, pueden utilizar el club Alfombra Roja —nos informó la empleada de la compañía, y nos dio dos pases para el club.

Yo estaba esperando que sucediese algo realmente terrible, como suelen esperarlo los neoyorquinos, pero ¿podía haber algo peor que el hecho de que todo el mundo te sonriese y te deseara toda clase de cosas buenas?

De todos modos, nos dirigimos al Club Alfombra Roja, y fuimos admitidos en su interior. Una diosa de pelo color ala de cuervo instalada tras el mostrador nos sonrió, recogió nuestros pases y nos indicó que nos acomodáramos en el salón, donde las bebidas corrían por cuenta de la casa. Naturalmente, para entonces yo ya creía que me había muerto y me encontraba en el cielo de California.

No tenía ganas de tomar alcohol, pese al vuelo que me esperaba a través del continente sin probar ni gota, así que fui a la barra y cogí una coca-cola, y Kate pidió una botella de agua.

Había frutos secos y bocaditos en el mostrador y me senté.

—¿Quieres sentarte en el salón? —dijo Kate.

—No. Me gustan las barras.

Ella se sentó en el taburete contiguo al mío. Tomé mi Coca-Cola, comí queso y cacahuètes y hojeé un periódico.

Ella me estaba mirando en el espejo del bar, y capté su mirada. Todas las mujeres me parecen estupendas en los espejos de los bares pero Kate me parecía realmente estupenda. Sonreí.

Ella sonrió también.

—No quiero un anillo de compromiso —dijo—. Es tirar el dinero.

—¿Me lo puedes traducir?

—No, lo digo en serio. Deja de hacerte el listillo.

—Me dijiste que siguiera siendo como soy.

—No *exactamente* como eres.

—Comprendo. —Oh, oh.

Sonó su teléfono, y ella lo sacó del bolso y contestó:

—Mayfield. —Escuchó y luego dijo—: Está bien. Gracias. Hasta dentro de unos

días. —Se guardó el teléfono en el bolsillo y explicó—: Oficial de guardia. Nada nuevo. No nos ha salvado la campana.

—Deberíamos intentar salvarnos de este vuelo.

—Si no cogemos este vuelo, estamos acabados. Héroe o no héroe.

—Lo sé. —Continué allí sentado y puse el cerebro a funcionar. Añadí—: Yo creo que el rifle es la clave.

—¿De qué?

—Espera... viene algo...

—¿Qué?

Miré el periódico que reposaba sobre el mostrador, y algo empezó a filtrarse en mi cerebro. No era nada que guardase la menor relación con lo que había en el periódico... estaba abierto por la sección de deportes. Periódico. ¿Qué? Se estaba acercando, y luego volvía a alejarse. *Vamos, Corey. Atrápalo*. Era como intentar conseguir una erección cerebral, salvo que el cerebro continuaba blando.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy pensando.

—Han anunciado ya el embarque.

—Estoy pensando. Ayúdame.

—¿Cómo te voy a ayudar? Ni siquiera sé en qué estás pensando.

—¿Qué se propone ese bastardo?

—¿Les sirvo más bebidas? —preguntó el camarero.

—Piérdete.

—¡John!

—Lo siento —dije al camarero que se alejaba.

—John, están embarcando los pasajeros.

—Ve tú. Yo me quedo aquí.

—¿Estás loco?

—No. Asad Khalil está loco. Yo estoy perfectamente. Ve a coger tu avión.

—No me voy sin ti.

—Sí que te vas. Tú eres funcionaria de carrera con una pensión. Yo soy un simple contratado y tengo una pensión de la policía de Nueva York. Me basta. Tu situación es distinta. No le destroces el corazón a tu padre. Anda.

—No. Sin ti, no. Es definitivo.

—Ahora estoy sometido a una presión enorme.

—¿Para hacer qué?

—Ayúdame en esto, Kate. ¿Por qué necesita Khalil un rifle?

—Para matar a alguien a larga distancia.

—Exacto. ¿A quién?

—A ti.

—No. Piensa en un periódico.

—Está bien. Periódico. A alguien importante que está bien protegido.

—Exacto. No dejo de pensar en lo que dijo Gabe.

—¿Qué dijo Gabe?

—Muchas cosas. Dijo que Khalil iba a por todas. Dijo: «Cabalgaba terrible y solo... muescas en la hoja...»

—¿Qué?

—Dijo que esto era una venganza de sangre...

—Eso ya lo sabemos. Khalil ha vengado las muertes de su familia.

—¿Lo ha hecho?

—Sí. Salvo Wiggins y Callum, que se está muriendo. Wiggins está fuera de su alcance... pero te tomará a ti a cambio.

—Podría querer matarme pero yo no soy un sustitutivo de lo que realmente quiere, y tampoco lo eran las personas que iban a bordo del vuelo Uno-Siete-Cinco, ni las que estaban en el Club Conquistador. Hay alguien más en su lista original... estamos olvidando algo.

—Haz una asociación de palabras.

—De acuerdo... periódico, Gabe, rifle, Khalil, incursión de bombardeo, Khalil, venganza...

—Piensa en cuando tuviste por primera vez esta idea, John. Allá en Nueva York. Es lo que yo hago. Me retrotraigo a donde estaba cuando tuve por primera vez una...

—¡Eso es! Estaba leyendo aquellos recortes de prensa sobre la incursión, y tuve esta idea... y luego... tuve aquel extraño sueño en el que el avión venía aquí... y tenía que ver con una película... una vieja película del Oeste...

—Última llamada para embarcar en el vuelo Dos-Cero-Cuatro de United Airlines al aeropuerto Dulles de Washington —anunció una voz por megafonía—. Última llamada.

—Eso es... ya viene. La señora Gadafi. ¿Qué decía en aquel artículo?

Kate reflexionó unos segundos y luego respondió:

—Decía que siempre consideraría a Estados Unidos enemigo suyo... a menos...

—Kate me miró—. Oh, Dios mío... no, no puede ser... ¿es posible?

Nos miramos, y todo quedó claro. Estaba tan claro que era como el cristal, y llevábamos días mirando a su través.

—¿Dónde vive? Vive aquí, ¿no? —le pregunté.

—En Bel Air.

Yo me había puesto ya en pie, sin molestarme en recoger el maletín de lona, y me dirigía a la puerta del club. Kate iba a mi lado.

—¿Dónde está Bel Air? —le pregunté.

—A unos veinticinco o quizá treinta kilómetros al norte de aquí. Junto a Beverly Hills.

Estábamos de nuevo en la terminal y nos encaminamos a la parada de taxis que había fuera.

—Saca tu móvil y llama a la oficina —dije.

Vaciló, y no se lo reprochaba.

—Más vale ir sobre seguro que lamentarse después. ¿De acuerdo? Utiliza la combinación adecuada de preocupación y urgencia.

Estábamos fuera de la terminal, y Kate marcó un número pero no era el de la oficina del FBI.

—¿Doug? —dijo—. Siento molestarte a estas horas pero... sí, todo va bien...

Yo no quería subir a un taxi y tener aquella conversación al alcance de los oídos de un taxista, así que nos manteníamos alejados de la parada.

—Sí, hemos perdido el avión... —dijo Kate—. Escucha, por favor...

—Dame el maldito teléfono.

Me lo dio, y dije:

—Aquí, Corey. Escuche. Aquí hay una palabra para usted: *Fatwah*. Como cuando un *tnullah* ordena que se dé muerte a alguien. ¿De acuerdo? Escuche. Tengo la convicción, basada en algo que acaba de pasármeme por la cabeza, y que es el fruto de cinco días de ocuparme de esta mierda, de que Asad Khalil se dispone a asesinar a Ronald Reagan.

Capítulo 52

Fuimos en el taxi al *parking* de la policía en el aeropuerto de Los Ángeles, donde nuestro coche no había sido devuelto todavía a Ventura. Hasta el momento, todo bien.

Montamos y nos pusimos en marcha en dirección norte, rumbo a la casa del Gran Satán.

O sea, no creo que él sea el Gran Satán, y en la medida en que yo tenga inclinaciones políticas, soy anarquista y considero aborrecibles todos los gobiernos y todos los políticos.

Además, naturalmente, Ronald Reagan era un hombre muy viejo y muy enfermo, de modo que ¿quién iba a querer matarlo? Bueno, Asad Khalil, por ejemplo, que perdió a su familia como consecuencia de la orden de Reagan de bombardear Libia. Y también el señor y la señora Gadafi, que perdieron una hija, por no hablar de la pérdida de sueño durante varios meses hasta que dejaron de silbarles los oídos.

Kate iba al volante, conduciendo a toda velocidad por la autovía de San No-sé-Cuántos.

—¿Realmente llegaría Khalil a...? —dijo—. Quiero decir, Reagan está...

—Ronald Reagan quizá no recuerde el incidente pero te aseguro que Asad Khalil, sí.

—Claro... comprendo... pero ¿y si estuviéramos equivocados?

—¿Y si no lo estuviéramos?

No respondió.

—Escucha, todo concuerda. Pero aunque estemos equivocados hemos llegado a una conclusión realmente inteligente.

—¿Cómo puede ser inteligente si es errónea?

—Tú conduce —repliqué—. Aunque estemos equivocados, no se pierde nada.

—Sólo nuestros jodidos empleos.

—Podemos abrir un hotelito de los de alojamiento y desayuno.

—¿Cómo diablos he acabado enrollándome contigo?

—Conduce.

Estábamos avanzando a buena velocidad pero, naturalmente, el tal Douglas había dado ya la alarma y para ahora ya había gente apostada en la casa de Reagan, de modo que no éramos exactamente el Séptimo de Caballería acudiendo al galope para salvar a los sitiados.

—¿Cuántos agentes del Servicio Secreto crees que tiene allí? —pregunté a Kate.

—No muchos.

—¿Por qué?

—Bueno, por lo que puedo recordar de mi limitado trato con la oficina del

Servicio Secreto de Los Ángeles, se da por supuesto que el riesgo de Reagan va disminuyendo de año en año, aparte de consideraciones presupuestarias y de personal disponible. De hecho —añadió—, hace sólo unos años, un perturbado penetró en sus terrenos y llegó a entrar en la propia casa estando allí la familia.

—Increíble.

—Pero no están infraprotegidos. Tienen una especie de fondo discrecional, y contratan guardas privados para complementar al personal del Servicio Secreto. Además, los policías locales mantienen una estrecha vigilancia sobre la casa. Y la oficina del FBI en Los Ángeles está siempre disponible cuando hace falta. Como ahora.

—Y además vamos de camino nosotros.

—Exacto. ¿Cuánta más protección puede querer nadie?

—Depende de quién te persiga.

—No teníamos que perder ese vuelo —me recordó Kate—. Nuestra llamada telefónica habría bastado.

—Yo te cubriré.

—No me hagas más favores, ¿quieres? Tienes tu ego a pleno rendimiento —añadió.

—Sólo trato de hacer lo correcto. Esto es lo correcto.

—No. Lo correcto es cumplir las órdenes.

—Piensa en todo lo que podemos decir en una conferencia de prensa si logramos echarle el guante a Khalil esta noche.

—Eres imposible. Escucha, John, date cuenta de que si Khalil, o un cómplice, está vigilando la casa de Reagan y ve que hay allí una actividad inusitada, nuestro hombre desaparecerá para siempre, y nunca sabremos si tu suposición era acertada. Básicamente, se trata de una situación en la que perdemos todos.

—Lo sé. Pero cabe la posibilidad de que Khalil se proponga actuar otra noche, y de que hoy la casa de Reagan no esté siendo vigilada por él ni por ningún cómplice. Entonces, supongo, el Servicio Secreto intentará hacer lo que hizo el FBI en la casa de Wiggins, y también en la de Callum.

—El Servicio Secreto se dedica a protección, John. No a tender trampas, en especial si el cebo es un expresidente.

—Bueno, evidentemente tienen que llevar a los Reagan a un lugar seguro y dejar que el FBI tienda una trampa sin cebo.

—¿Cómo se las ha arreglado todos estos años sin ti el gobierno federal?

Detecté una pizca de sarcasmo, que no esperaba ahora que estábamos prometidos.

—¿Sabes dónde está la casa? —pregunté.

—No, pero recibiré instrucciones cuando salgamos de la autopista.

—¿Sabes en qué clase de entorno está situada la casa? ¿Rural? ¿Suburbano?

—Bel Air es casi todo semisuburbano. Fincas de algo menos de una hectárea, densamente arboladas. Algunos amigos míos han pasado por delante de la casa de

Reagan, y también suelen pasar esas estúpidas excursiones al mundillo de los artistas de cine. Tengo entendido que la casa está emplazada en una finca de varias hectáreas rodeada de un muro y no se la puede ver desde la carretera.

—¿Tiene un buen portero?

—Pronto lo vamos a averiguar.

Salimos de la autovía, y Kate llamó por teléfono a la oficina del FBI. Escuchó y repitió una serie de complicadas instrucciones, que apunté en mi factura del hotel de Marina del Rey. Kate dio al oficial de guardia la descripción de nuestro coche y la matrícula.

El terreno de Bel Air era bastante accidentado, las carreteras serpenteaban mucho y había vegetación suficiente para ocultar a un ejército de francotiradores. A los quince minutos estábamos en una calle flanqueada de árboles llamada St. Cloud Road, en la que habían grandes casas que eran apenas visibles detrás de vallas, muros y setos.

Yo esperaba ver vehículos y gente delante de la finca de Reagan pero todo estaba silencioso y oscuro. Quizá sabían realmente lo que hacían.

De pronto, surgieron dos individuos de entre los matorrales y nos hicieron parar.

Un instante después, teníamos dos pasajeros en el asiento posterior y se nos ordenaba dirigirnos a una serie de puertas dispuestas en un muro de piedra.

Las puertas de hierro se abrieron automáticamente, y Kate llevó el coche a través de ellas, y luego se nos dirigió a una zona de aparcamiento a la izquierda, junto a una amplia garita de seguridad. Resultaba realmente excitante si entras en la historia y todo eso. Habría sido divertido si no pareciera tan serio todo el mundo.

Bajamos del coche y miramos a nuestro alrededor. Se podía ver a lo lejos la casa de Reagan, una estructura de estilo ranchero, en la que brillaban varias luces. No parecía haber mucha gente en las cercanías pero yo tenía la seguridad de que el lugar hervía ahora de agentes y miembros del Servicio Secreto disfrazados de árboles, rocas o cualquier otra cosa con la que acostumbre fundirse esa gente.

Era una noche de luna llena, lo que se llamaba luna de cazador en los tiempos en que las miras telescópicas sensibles a los rayos infrarrojos y a la luz de las estrellas no habían convertido aún todas las noches en noches de cazador. En cualquier caso, el expresidente no estaría paseando a aquellas horas, por lo que hube de suponer que Khalil disponía también de una mira telescópica para luz diurna y se proponía esperar hasta que los Reagan salieran a dar un paseo matutino.

Una fragante brisa transportaba sobre el césped el aroma de los arbustos en flor, y sonaban en los árboles los gorjeos de las aves nocturnas. O quizá los árboles eran agentes del Servicio Secreto que iban perfumados y se lanzaban gorjeos unos a otros.

Se nos pidió cortésmente que nos quedáramos cerca de nuestro coche, cosa que estábamos haciendo, cuando he aquí que por la puerta de la garita de seguridad aparece el mismísimo Douglas Pindick y echa a andar hacia nosotros.

Douglas fue directamente al grano y me espetó:

—Dígame por qué estamos aquí.

No me gustó su tono, así que repliqué:

—Dígame por qué no estaba usted ayer aquí. ¿Es que tengo que pensar yo por usted?

—Se está comportando de manera impertinente.

—Pregúnteme si me importa un carajo.

—Ya basta de insubordinación.

—No he hecho más que empezar.

—Bueno, basta —dijo Kate finalmente—. Cálmate. —Se dirigió a Pindick—: Doug, ¿por qué no hablamos un momento?

Así que Kate y su amigo se alejaron hasta quedar fuera del alcance de mis oídos, y yo me quedé allí, soberbiamente irritado por nada. Todo era cuestión de ego masculino y de pose ante la hembra de la especie. Muy primitivo. Puedo sobreponerme a esos instintos. Debería intentarlo alguna vez.

Se me acercó entonces una agente del Servicio Secreto que iba vestida de calle y se presentó como Lisa y dijo que ostentaba alguna clase de actividad supervisora. Tendría unos cuarenta años, y era atractiva y amistosa.

Charlamos, y ella pareció sentir curiosidad por cómo había llegado yo a mi conclusión de que existía una amenaza de muerte contra el expresidente.

Dije a Lisa que estaba tomando un trago en un bar, y la idea me vino de pronto a la cabeza. No le gustó la explicación, así que procuré dar más detalles, mencionando que estaba bebiendo una coca-cola y que realmente me hallaba a punto de resolver el caso de Asad Khalil y todo eso.

No sólo se me estaba interrogando, naturalmente, sino que se me estaba haciendo compañía para que no me pusiera a husmear por allí.

—¿Cuántos de estos árboles son en realidad agentes del Servicio Secreto? —le pregunté.

Le parecí gracioso y respondió:

—Todos.

Le pregunté por los vecinos de Reagan y cosas así, y ella me informó de que el barrio estaba plagado de artistas de cine y otras celebridades, que era agradable trabajar para los Reagan y que realmente estábamos en la ciudad de Los Ángeles, aunque a mí me pareciese el decorado para una escena de una plantación en la jungla.

Así que Lisa y yo continuamos charlando mientras Kate hablaba con su antiguo amante, diciéndole, estoy seguro, que yo no era tan gilipollas como parecía. Estaba realmente cansado, física y mentalmente, y había algo irreal en toda aquella escena.

En algún momento de nuestra charla, Lisa me reveló:

—El número de la casa de Reagan era antes el seis seis seis pero después de comprarla lo hicieron cambiar por el seis seis ocho.

—¿Por razones de seguridad, quiere decir? —pregunté.

—No. Seis seis seis es el signo del diablo según el Apocalipsis. ¿Lo sabía?

—Eh...

—De modo que Nancy, supongo, lo mandó cambiar.

—Comprendo... Tengo que mirar mi tarjeta American Express. Creo que tiene tres seises.

Rió.

Yo tenía la impresión de que Lisa podría mostrarse dispuesta a ayudar, así que recurrí a mi encanto personal y empezamos a congeniar de maravilla. En medio de mi despliegue de seducción, volvió Kate, sola, y le presenté a mi nueva amiga Lisa.

Kate no estaba interesada en Lisa y me cogió del brazo y me apartó un poco.

—Tenemos que coger un avión mañana por la mañana a primera hora —me dijo—. Todavía podemos llegar a la conferencia de prensa.

—Lo sé. Son tres horas menos en Nueva York.

—Cállate y escucha, John. Además, el director quiere hablar contigo. Puede que tengas problemas.

—¿Qué ha sido del héroe?

Ignoró mi pregunta y continuó:

—Tenemos habitación reservada en un hotel del aeropuerto y billetes para el primer vuelo de la mañana a Washington. Vamos.

—¿Tengo tiempo de pegarle una patada en los huevos a Doug antes de marcharme?

—Eso no es nada profesional, John. Vámonos.

—Está bien.

Volví junto a Lisa y le dije que teníamos que marcharnos, y ella dijo que nos abriría las puertas. Fuimos a nuestro coche, y Lisa nos acompañó. Yo no quería marcharme, así que le dije a Lisa:

—La verdad es que me siento un poco culpable por tener levantado a todo el mundo. Realmente creo que debería quedarme aquí con ustedes hasta el amanecer. No hay ningún problema. Me encantaría hacerlo.

—Olvídelo —respondió ella.

—Sube al coche —me dijo Kate.

Lisa, que era una buena compañera, consideró que me debía una explicación por la sequedad de su respuesta.

—Señor Corey, tenemos un plan cuidadosamente trazado que lleva aplicándose desde 1988. No creo que forme usted parte de ese plan.

—No estamos en 1988. Además, ésta no es solamente una acción protectora. También estamos intentado capturar a un experto asesino.

—Ya lo sabemos. Por eso estamos aquí. No se preocupe.

—Vámonos, John —me dijo Kate.

—Podríamos entrar en la casa —le dije a Lisa, ignorando a Kate—. Allí no estorbaremos.

—Olvídelo.

—Sólo un trago rápido con Ron y Nancy.

Lisa rió.

—Vámonos, John —insistió Kate.

—De todos modos, no están en casa —dijo la mujer del Servicio Secreto.

—¿Perdón?

—No están en casa —repitió Lisa.

—¿Dónde están?

—No puedo decírselo.

—Muy bien. ¿Quiere decir que ya los han sacado de aquí y que se encuentran bajo severas medidas de protección en un lugar secreto, como Fort Knox o algo así?

Lisa miró a su alrededor y respondió:

—No es ningún secreto, en realidad. De hecho, lo han publicado los periódicos pero su amigo, ése al que usted ha gritado antes, no quiere que lo sepa.

—¿Saber qué?

—Bueno, los Reagan se marcharon de aquí ayer y están pasando unos días en Rancho del Cielo.

—¿Quiere decir que están muertos?

Se echó a reír.

—No. Es su viejo rancho, al norte de aquí, en las montañas de Santa Inez. La antigua Casa Blanca del Oeste.

—Me está diciendo que están en ese rancho, ¿no?

—Exacto. Este viaje al viejo rancho es una especie de... ellos lo llaman el último rodeo. Él está muy enfermo, ya sabe.

—Lo sé.

Ella pensó que le sentaría bien. A él le encantaba ese rancho.

—Sí. Ahora lo recuerdo. ¿Y eso ha salido en los periódicos?

—Hubo un comunicado de prensa. No todos los medios lo recogieron. Pero la prensa está invitada el viernes, que es el último día de estancia allí de los Reagan. Tomarán algunas fotos y todo eso. Ya sabe, el anciano cabalgando hacia el sol poniente. En plan melancólico. —Y añadió—: No sé qué será ahora de esa conferencia de prensa.

—Carajo. ¿Y tienen agentes allí ahora?

—Desde luego. —Y añadió, como hablando consigo misma—: El hombre tiene Alzheimer. ¿Quién iba a querer matarlo?

—Bueno, puede que él tenga Alzheimer, pero las personas que quieren matarlo tienen buena memoria.

—No se preocupe. La situación está controlada.

—¿Es grande ese rancho?

—Bastante. Casi trescientas hectáreas.

—¿Cuántos agentes del Servicio Secreto lo custodiaban cuando estaba aquí siendo presidente?

—Unos cien.

—¿Y ahora?

—No lo sé. Hoy había seis. Estamos tratando de conseguir una docena más. La oficina del Servicio Secreto de Los Ángeles no es muy grande. Ninguna de nuestras oficinas lo es. Nos servimos de agentes de la policía local y de Washington cuando lo necesitamos.

Kate ya no parecía tan ansiosa por marcharse.

—¿Por qué no utilizan el FBI? —le preguntó a Lisa.

—Están en camino agentes del FBI procedentes de Ventura —respondió Lisa—. Pero quedarán estacionados cerca de Santa Bárbara. Es la ciudad más próxima. No podemos tener en el rancho personal no perteneciente al Servicio Secreto que no conoce nuestro *modus operandi*. La gente podría sentirse herida.

—Pero si no tienen un número suficiente de agentes, entonces es la persona a la que están protegiendo ustedes la que puede resultar herida —señaló Kate.

Lisa no replicó.

—¿Por qué no lo sacan de allí y lo llevan a un lugar seguro? —pregunté yo.

Lisa miró de nuevo a su alrededor y dijo:

—Mire, no se considera que esta amenaza sea muy digna de crédito. Pero, para responder a sus preguntas, en esas montañas no hay más que una carretera, estrecha y sinuosa, y es ideal para una emboscada. El helipuerto presidencial ya no está allí, pero, aunque estuviese, las montañas se hallan completamente envueltas en niebla esta noche, como la mayoría de las noches en esta época del año.

—Santo Dios. ¿De quién fue la idea?

—¿De ir a Rancho del Cielo, quiere decir? No lo sé. Probablemente parecía buena idea en el momento. —Y añadió—: Comprenda que este hombre, pese al cargo que ostentó, es un anciano enfermo que no ha estado a la vista del público desde hace diez años. No ha hecho ni dicho nada que lo convierta en objetivo de un asesinato. De hecho, detectamos más amenazas de muerte contra los perros de la Casa Blanca que contra este expresidente. Comprendo que posiblemente haya cambiado la situación, y reaccionaremos a ese cambio. Mientras tanto, tenemos tres jefes de Estado visitando Los Ángeles, dos de los cuales son odiados por medio mundo, y estamos casi al límite de nuestros recursos. No queremos perder un jefe de Estado visitante de un país amigo, aunque no sea un tipo recomendable. No quiero parecer fría y desalmada, pero enfrentémonos a ello. Ronald Reagan no es tan importante.

—Yo creo que lo es para Nancy. Para los chicos. Escuche, Lisa, hay un aspecto psicológicamente negativo en el hecho de que sea asesinado un expresidente. Es malo para la moral, ¿sabe? Por no mencionar su carrera profesional. Así que procure que sus jefes se tomen esto en serio.

—Nos lo tomamos muy en serio. Estamos haciendo todo lo que podemos por el momento.

—Además, esto ofrece la oportunidad de capturar al terrorista número uno de

Estados Unidos.

—Lo sabemos. Pero comprenda que esa teoría suya no está dando mucho juego.

—Está bien. No diga que no he avisado a todo el mundo.

—Agradecemos el aviso.

Abrí la puerta del coche, y Lisa nos preguntó:

—¿Van a ir allí?

—No —respondí—. No vamos a internarnos en la montaña, y además de noche.

Y mañana tenemos que estar en Washington. Bueno, gracias.

—Aunque no le sirva de gran cosa, sepa que estoy con usted en esto.

—La veré en la comisión de investigación del Senado.

Subí al coche, y Kate estaba ya al volante. Salimos del *parking* y nos dirigimos hacia la carretera. Las puertas se abrieron automáticamente, y enfilamos St. Cloud Road.

—¿Adónde? —me preguntó Kate.

—Al Rancho del Cielo.

—No sé para qué pregunto.

Capítulo 53

Partimos en dirección al Rancho del Cielo. Pero primero teníamos que salir de Santa Bel Air, y tardamos un rato en encontrar una entrada a la autopista.

—Ya sé la respuesta pero dime por qué vamos al rancho de Reagan.

—Porque allí es donde la cosa se va a poner interesante.

—Prueba otra vez.

—Nos quedan seis horas hasta nuestro vuelo de madrugada. Mientras matamos el tiempo, podríamos intentar matar a Asad Khalil.

Ella inspiró profundamente, oliendo las flores, supongo.

—Y crees que Khalil sabe que Reagan está allí y que se propone matarlo, ¿verdad? —me preguntó.

—Creo que Khalil se proponía matar a Reagan en Bel Air; al llegar a California recibió información nueva de alguien, ordenó a Aziz Rahman que desde Santa Mónica lo llevara hacia el norte para explorar el terreno en torno al rancho de Reagan y para deshacerse en algún cañón de su maletín, que probablemente contenía las Glock y sus documentos de identidad falsos.

Todo encaja, es lógico, y, si estoy equivocado, realmente me he equivocado de profesión.

—De acuerdo, para bien o para mal, estoy contigo en esto. En eso consiste el compromiso —dijo, después de reflexionar unos instantes.

—Desde luego.

—Y el compromiso es recíproco.

—Yo recibiría un balazo por ti.

Ella me miró, y nuestros ojos se encontraron en la oscuridad del coche. Vio que estaba hablando en serio, y ninguno de los dos dijo lo evidente, que tal vez estábamos próximos a demostrarlo.

—Yo, también —dijo.

Encontramos finalmente la entrada a la autopista de San Diego y nos incorporamos a ella en dirección hacia el norte.

—¿Sabes dónde está el rancho? —pregunté.

—En algún lugar de las montañas de Santa Inez, cerca de Santa Bárbara.

—¿Dónde está Santa Bárbara?

—Al norte de Ventura, al sur de Goleta.

—Entendido. ¿Cuánto se tardará?

—Dos horas tal vez a Santa Bárbara, depende de la niebla. No sé cómo se llega al rancho desde allí pero lo averiguaremos.

—¿Quieres que conduzca yo?

—No.

—Sé conducir.

—Sé cómo conduces, y conozco las carreteras. Duérmete, anda.

—Me estoy divirtiendo demasiado. Oye, si quieres podemos parar en la oficina de Ventura para coger chalecos antibalas.

—No espero que se produzca un tiroteo. Cuando lleguemos al rancho, nos pedirán cortésmente que nos larguemos, como nos ocurrió en Bel Air. El Servicio Secreto es muy celoso de su propio territorio. Especialmente cuando interviene el FBI —añadió.

—Lo comprendo.

—No nos van a permitir intervenir en esto pero, si quieres estar cerca de la acción, vamos por el camino adecuado.

—No quiero otra cosa. Llama luego a la oficina de Ventura y averigua dónde tienen su sede en Santa Bárbara los del FBI.

—De acuerdo.

—Oye, es buena carretera ésta. Es una región realmente bonita. Me recuerda aquellas antiguas películas de *cowboys*. Gene Autry, Roy Rogers, Tom Mix.

—Nunca he oído hablar de ellos.

Continuamos nuestro viaje, y observé que era la 1.15 de la noche. Un día largo.

Llegamos a un cruce. Al este estaba Burbank, y al oeste la carretera 101, la autovía de Ventura, que fue la que tomó Kate.

—No vamos a tomar la carretera de la costa esta vez, porque podría haber niebla —dijo—. Ésta es más rápida.

—Tú conoces la zona.

Así pues, nos dirigimos hacia el oeste, a través de lo que Kate dijo que era el valle de San Fernando. ¿Cómo se las arregla esta gente para no hacerse un lío con tantos «san» y «santas»? Estaba realmente cansado, y bostecé.

—Duérmete.

—No. Quiero hacerte compañía, oír tu voz.

—Muy bien. Pues escucha esto... ¿por qué te has mostrado tan desagradable con Doug?

—¿Quién es Doug? Oh, aquel tipo. ¿Cuándo dices, en Los Ángeles o en Bel Air?

—En los dos sitios.

—Bueno, en Bel Air, estaba cabreado con él porque sabía que los Reagan no estaban en casa y no nos dijo dónde estaban.

—John, tú no sabías eso hasta después de haberte mostrado desagradable con él.

—No empecemos con sutilezas sobre la secuencia de acontecimientos.

Ella quedó unos momentos en silencio.

—No me acosté con él, sólo salíamos —dijo finalmente. Y añadió—: Está casado. Felizmente casado y con dos hijos en la universidad.

No vi ninguna necesidad de contestar.

—Un poco de celos está bien —continuó—, pero realmente tú...

—Un momento. ¿Qué me dices de cuando te fuiste dando casi un portazo en Nueva York?

—Eso es completamente diferente.

—Explícamelo para que lo entienda.

—Tú todavía estás liado con Beth. Los Ángeles es historia.

—Entiendo. Dejémoslo.

—De acuerdo. —Me cogió la mano y me la apretó.

De modo que llevaba veinticuatro horas prometido, y no sabía cómo iba a llegar hasta junio.

Continuamos charlando apaciblemente durante cosa de media hora, y me di cuenta de que estábamos en las montañas o colinas o lo que fuesen, y el lugar tenía un aspecto realmente peligroso pero Kate parecía muy tranquila al volante.

—¿Tienes algún plan para cuando lleguemos a Santa Bárbara? —me preguntó.

—De hecho, no. Improvisaremos.

—¿Qué improvisaremos?

—No lo sé. Siempre surge algo. Fundamentalmente, tenemos que llegar al rancho.

—Olvídalo, como diría tu amiga Lisa.

—¿Qué Lisa? Oh, esa mujer del Servicio Secreto.

—Hay muchas mujeres guapas en California.

—No hay más que una mujer guapa en California. Tú.

Etcétera, etcétera.

Sonó el teléfono de Kate, y solamente podía ser Douglas Pindick tratando de localizarnos después de descubrir que no habíamos ido al hotel del aeropuerto que se nos había indicado.

—No contestes —dije.

—Tengo que contestar.

Y lo hizo. En efecto, era el señor Sin Cojones. Kate escuchó unos instantes y luego dijo:

—Bueno... en la Uno-Cero-Uno, dirección norte. —Escuchó de nuevo y respondió—: Exacto... hemos descubierto que los Reagan están allí...

Evidentemente, él la interrumpió, y ella volvió a escuchar.

—Dame el teléfono —dije.

Negó con la cabeza y continuó escuchando.

Yo me sentía realmente irritado, porque sabía que él le estaba echando una bronca, y eso no se le hace a la novia de John Corey, a menos que esté uno cansado de vivir. No quería quitarle el teléfono de la mano y permanecí allí, consumiéndome de ira. También me preguntaba por qué no pedía hablar conmigo. No tenía huevos.

Kate trató varias veces de decir algo pero el tío siguió interrumpiéndola.

—Escucha, Doug —le interrumpió finalmente—, no me gusta el hecho de que me

hayas ocultado información y le hayas dicho al Servicio Secreto que me la oculte también. Para tu información, hemos sido enviados aquí por los jefes conjuntos de la BAT en Nueva York, que han pedido a la oficina de Los Ángeles que nos facilite todas las autorizaciones, toda la ayuda y todo el apoyo que haga falta. La BAT de Nueva York es el órgano competente en este caso, y nosotros somos sus representantes en Los Ángeles. Yo he estado, y estoy, localizable por teléfono móvil y por busca, y lo seguiré estando. Todo lo que necesitas saber es que el señor Corey y yo volaremos esta mañana en ese avión, a menos que nuestros superiores en Nueva York o en Washington nos ordenen otra cosa. Y, además, no es asunto tuyo dónde duermo ni con quién.

Colgó.

Me dieron ganas de exclamar «¡Bravo!» pero era mejor no decir nada.

Permanecimos en silencio. Pocos minutos después, volvió a sonar su móvil, y Kate contestó. Yo sabía que no podía ser otra vez el mierdecilla de antes, porque no tendría huevos para llamar de nuevo. Pero imaginaba que había llamado a Washington para quejarse, y ahora Washington nos llamaba para poner el veto a nuestra misión en el rancho de Reagan. Me resigné a ello. Por tanto, me sentí agradablemente sorprendido y aliviado cuando Kate me pasó el teléfono.

—Es Paula Donnelly, del centro de mando provisional —me anunció—. Tiene en tu línea directa a un caballero que quiere hablar contigo, y sólo contigo. —Y añadió innecesariamente—: Asad Khalil.

Me llevé el teléfono al oído.

—Aquí Corey —dije a Paula—. ¿Parece auténtico ese tío?

—No estoy muy segura de cómo habla un asesino en masa pero este hombre dice que habló contigo en Ventura y que le diste tu número directo.

—Ése es. ¿Puedes pasarme con él?

—Sí. Pero él no quiere que lo haga. Quiere tu número, así que le daré el número del móvil de Kate, si no tienes inconveniente. No creo que él vaya a darme el suyo.

—De acuerdo. Dale este número. Gracias, Paula. —Colgué.

Ni Kate ni yo dijimos nada, y esperamos durante lo que pareció una eternidad. Finalmente, sonó el móvil, y yo contesté.

—Corey.

—Buenas noches, señor Corey. ¿O debo decir buenos días?

—Diga lo que quiera.

—¿Le he despertado?

—No importa. De todos modos, tenía que levantarme para contestar al teléfono.

Hubo una pausa, mientras él trataba de entender mi sentido del humor. Yo no estaba seguro de por qué me llamaba pero cuando te llama alguien que no tiene nada que ofrecer, eso significa que necesita algo.

—¿Y qué ha estado haciendo usted desde la última vez que hablamos? —le dije.

—He estado viajando. ¿Y usted?

—También. —Y añadí—: Qué coincidencia tan curiosa. Precisamente estaba hablando de usted.

—Estoy seguro de que apenas si habla de otra cosa últimamente.

Mamón.

—Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

—¿Dónde está, señor Corey?

—En Nueva York.

—¿Sí? Creo que estoy llamando a un teléfono móvil.

—En efecto. El teléfono móvil está en Nueva York, y yo estoy con él. ¿Dónde está usted?

—En Libia.

—¿De veras? Lo oigo como si estuviera en la manzana de al lado.

—Quizá es así. Quizá estoy en Nueva York.

—Quizá. Así que se adivina dónde está. ¿Qué ve? ¿Camellos o taxis amarillos?

—No me gusta su sentido del humor, señor Corey, y es estúpido seguir hablando de esto, ya que los dos estamos mintiendo.

—Exactamente. De modo que ¿cuál es el objeto de esta llamada telefónica? ¿Qué necesita?

—¿Cree que sólo llamo para pedir favores? Únicamente quería oír su voz.

—Vaya, es realmente amable por su parte. ¿Ha estado soñando conmigo otra vez?

Miré a Kate, que mantenía la vista fija en la oscura carretera. Había una niebla baja que daba al paisaje un aspecto fantasmal. Ella me miró de soslayo y guiñó un ojo.

—De hecho, he estado soñando con usted, en efecto —respondió Khalil finalmente.

—¿Algo bueno?

—Soñé que nos enfrentábamos en un lugar oscuro, y que yo emergía a la luz, solo y cubierto con su sangre.

—¿De veras? ¿Qué cree que significa eso?

—Usted sabe lo que significa.

—¿Sueña alguna vez con mujeres? Ya sabe, y despertarse completamente empalmado.

Kate me dio un codazo.

Khalil no contestó a mi pregunta, y cambió de tema.

—En realidad, hay unas cuantas cosas que puede hacer por mí.

—Lo sabía.

—En primer lugar, dígame, por favor, al señor Wiggins que, aunque necesite otros quince años, lo mataré.

—Vamos, Asad. ¿No cree que ya va siendo hora de perdonar y...?

—Cállese.

Caray.

—En segundo lugar, señor Corey, eso mismo vale para usted y para la señorita Mayfield.

Miré de reojo a Kate pero no parecía poder oír las palabras de Khalil.

—Sabe, Asad, no puede usted resolver todos sus problemas mediante la violencia.

—Claro que puedo.

—El que toma la espada a espada...

—El que tenga la espada más rápida continuará viviendo. En mi idioma hay un poema que voy a intentar traducirle. Versa sobre un guerrero solitario y terrible, montado en...

—¡Eh, yo conozco eso! Mi árabe está un poco oxidado pero en inglés es así... — Me aclaré la garganta y recité—: «Cabalgaba terrible y solo con su espada yemení por toda ayuda; no lucía ésta más ornamento que las muescas de la hoja». ¿Qué tal?

Hubo un largo silencio.

—¿Dónde aprendió eso? —me preguntó Khalil finalmente.

—¿Estudiando la Biblia? No, déjeme pensar. Un amigo árabe. —Y añadí, para fastidiarle—: Tengo muchos amigos árabes que trabajan conmigo. Están trabajando de firme para encontrarlo.

El señor Khalil reflexionó sobre mis palabras.

—Irán todos al infierno —me informó.

—¿Y adónde irá usted, amigo?

—Al Paraíso.

—Ya está en California.

—Estoy en Libia. He completado mi *yihad*.

—Bueno, si está usted en Libia, no me interesa esta conversación, y estamos haciendo subir la factura del teléfono, de modo que...

—Yo le diré cuándo ha terminado la conversación.

—Entonces, vaya al grano.

En realidad, yo ya creía saber lo que necesitaba. Durante el silencio oí gorjear un pájaro en alguna parte, lo que me indujo a creer que Asad Khalil no estaba en el interior de una casa, a no ser que tuviese un canario. Quiero decir que no entiendo gran cosa de cantos de ave, y éste sonaba como una de las aves nocturnas que había oído en Bel Air, pero sé cómo suena un pájaro. Con pájaros o sin ellos, estaba bastante seguro de que aquel tipo se encontraba en algún lugar cercano de la zona.

De todos modos, Asad Khalil pasó al verdadero objeto de su llamada y me preguntó:

—¿Qué me dijo usted la última vez que hablamos?

—Creo que lo llamé follacamellos pero quiero retirarlo porque es una observación racista, y, como empleado federal y norteamericano, yo...

—Sobre mi madre y mi padre.

—Oh, sí. Bueno, el FBI, en realidad la CÍA y sus amigos de ultramar, posee cierta

información fidedigna acerca de que su madre era... ¿cómo diría yo? Algo así como una muy buena amiga del señor Gadafi, ¿sabe? Bueno, somos hombres, ¿no? Nosotros comprendemos estas cosas. De acuerdo, es su madre, y quizá resulte duro de oír, pero ella tiene necesidades y deseos. ¿De acuerdo? Y, ya sabe..., se siente un poco sola, con su marido tanto tiempo fuera de la ciudad... Eh, ¿sigue ahí?

—Continúe.

—De acuerdo. —Miré a Kate, que levantaba en mi dirección la mano con el pulgar hacia arriba. Proseguí—: Así que, mire, Asad, yo no hago juicios de valor. Quizá su madre y Muammar no estuvieron juntos hasta después de que su padre..., oh, ésa es otra, su padre. ¿Está seguro de que realmente, realmente, quiere oír esto?

—Continúe.

—Muy bien. Bueno. La CÍA otra vez... son gente muy lista y saben cosas que usted ni se imaginaría. Yo tengo un buen amigo en la CÍA, Ted, y Ted me dijo que su padre... se llamaba Karim, ¿no? Bueno, ya sabe lo que sucedió en París. Pero supongo que lo que no sabe es que no fueron los israelíes quienes se lo cargaron... quienes lo asesinaron. La verdad, Asad, es que fue... bueno, ¿por qué desenterrar el pasado? Son cosas que pasan, ¿sabe? Y sé cómo se toma usted los agravios, así que ¿por qué quiere enfurecerse de nuevo? Olvídelo.

Hubo un largo silencio.

—Continúe —dijo después.

—¿Está seguro? Es que ya sabe cómo es la gente. Dicen: «Adelante. Cuénteme. No me enfadaré con usted». Y luego, cuando les cuentas malas noticias, te odian. Yo no quiero que usted me odie.

—Yo no lo odio.

—Pero quiere matarme.

—Sí, pero no lo odio. Usted no me ha hecho nada.

—Claro que he hecho. He desbaratado sus planes para matar a Wiggins. ¿No puedo obtener un poco de reconocimiento? ¿*Et tu, Brute?*

—¿Perdón?

—Es latín. Así que qué le vamos a hacer si me odia, pero ¿por qué habría de contarle esto? Quiero decir que ¿qué saco con darle información acerca de su padre?

—Si me dice usted lo que sabe, tiene mi palabra de que no les haré ningún daño ni a usted ni a la señorita Mayfield.

—Ni a Wiggins.

—No haré tal promesa. Wiggins ya es un muerto viviente.

—Bueno, está bien. Más vale media taza que ninguna. Así que ¿dónde estaba...? Ah, sí, el asunto de París. No quiero meterme en conjeturas ni plantar semillas de duda o desconfianza pero tiene usted que formularse la pregunta que todos los policías del mundo se plantean ante un asesinato. La pregunta es: ¿*Cui bono?* Eso es latín también. No, italiano. Usted habla italiano, ¿verdad? De todos modos, ¿*cui bono?* ¿A quién beneficia? ¿Quién saldría ganando con la muerte de su padre?

—Los israelíes, evidentemente.

—Vamos, Asad. Usted es más listo que todo eso. ¿Cuántos capitanes del ejército libio matan los israelíes en las calles de París? Los israelíes necesitan una razón para matar a alguien. ¿Qué les había hecho su padre? Dígamelo si lo sabe.

Lo oí carraspear, y respondió:

—Era un antisionista.

—¿Quién no lo es en Libia? Vamos, amigo. La triste verdad es que mis amigos de la CÍA están seguros de que no fueron los israelíes quienes mataron a su padre. De hecho, según varios desertores libios, el asesinato fue ordenado por el propio Muammar al-Gadafi. Lo siento.

Él no dijo nada.

—Eso es lo que ocurrió —continuó—. ¿Había diferencias políticas entre su padre y Muammar? ¿Había en Trípoli alguien que quería vengarse de su padre? ¿O fue por causa de su madre? ¿Quién sabe? Dígamelo usted.

Silencio.

—¿Sigue ahí? ¿Asad?

—Es usted un repugnante embustero, y será para mí un gran placer cortarle la lengua antes de rebanarle el pescuezo.

—¿Lo ve? Sabía que se enfadaría. Intento hacerle un favor y... ¿Oiga? ¿Asad? ¿Oiga?

Pulsé el botón de desconexión y dejé el teléfono en el asiento, entre Kate y yo. Respiré hondo.

Permanecimos un rato en silencio, y le hice luego a Kate un resumen de lo que había dicho Khalil, contándole incluso que había prometido matarla.

—Creo que no le gustamos —concluí.

—¿Nosotros? *Tú* no le gustas. Quiere cortarte la lengua y rebanarte el pescuezo.

—Bueno, tengo amigos que también quieren hacerlo.

Nos echamos a reír, tratando de relajar la tensión del momento.

—De todos modos, creo que lo has manejado bien —dijo Kate—. ¿Por qué ibas a mostrarte serio y profesional?

—La norma es, cuando el sospechoso tiene algo que *tú* necesitas, trátalo con respeto y consideración. Cuando pide algo que *él* necesita, búrlate todo lo que quieras.

—No recuerdo que eso figurase en el manual del interrogador.

—Estoy redactando de nuevo ese manual.

—Ya me había dado cuenta. —Reflexionó unos momentos—. Si alguna vez vuelve a Libia, querrá obtener respuestas a ciertas preguntas.

—Si hace preguntas de ese tipo en Libia —repliqué—, es hombre muerto. O tropieza con una negación tajante, o hará en Libia lo que ha hecho aquí. Es un hombre violento y peligroso, una máquina de matar, cuya vida está consagrada a saldar viejas cuentas.

—Y tú les ha dado unas cuantas más que saldar.

—Eso espero.

Continuamos avanzando, y observé que no había nada de tráfico en la carretera. Sólo un idiota estaría fuera en una noche como aquella y a aquellas horas.

—¿Sigues creyendo que Khalil está en California? —me preguntó Kate.

—Lo sé. Está en las montañas Santa No-sé-qué, cerca del rancho de Reagan o en el propio rancho.

Kate miró por la ventanilla las negras colinas envueltas en niebla.

—Espero que no.

—Yo espero que sí.

Capítulo 54

La carretera 101 nos llevó a Ventura, en donde la autopista se separaba de las montañas y se convertía en una carretera costera. La niebla era realmente espesa, y apenas si podíamos ver a siete metros de distancia.

A nuestra izquierda vi las luces del hotel de playa Ventura Inn.

—Ahí es donde nos prometimos —dije.

—Volveremos para nuestra luna de miel.

—Yo estaba pensando en Atlantic City.

—Piénsalo otra vez. —Al cabo de unos segundos fue ella quien lo pensó y dijo —: Lo que te haga feliz.

—Yo soy feliz si tú eres feliz.

Íbamos sólo a unos sesenta kilómetros por hora, e incluso eso parecía demasiada velocidad para las condiciones de la carretera. Vi un letrero que decía «Santa Bárbara, 50 kilómetros».

Kate encendió la radio, y captamos una repetición de noticias de una emisión anterior. El locutor presentó una actualización del tema:

—El FBI confirma ahora que el terrorista responsable de la muerte en el aeropuerto Kennedy de Nueva York de todas las personas que iban a bordo del vuelo Uno-Siete-Cinco, así como de las cuatro personas del aeropuerto, se encuentra todavía en libertad y posiblemente ha dado muerte a ocho personas más durante su huida de las autoridades federales y locales.

El locutor continuó, leyendo frases increíblemente largas y retorcidas.

—Un portavoz del FBI confirma que parece existir una conexión entre varias de las personas elegidas como víctimas por Asad Khalil. Está prevista para mañana por la tarde en Washington una importante conferencia de prensa para dar a conocer los últimos detalles de esta trágica historia, y allí estaremos nosotros para informar cumplidamente de cuanto suceda —terminó diciendo.

Cambié a una emisora más fácil de escuchar.

—¿Se me ha escapado, o ese tipo no ha mencionado a Wiggins? —preguntó Kate.

—No lo ha mencionado. Supongo que el gobierno reserva eso para mañana.

—Es hoy, en realidad. Y nosotros no vamos a coger ese avión en Los Ángeles.

Miré el reloj del salpicadero y vi que eran las 2.50 de la madrugada. Bostecé.

Kate sacó su teléfono móvil y marcó un número.

—Estoy llamando a la oficina de Ventura —me informó.

Contestó Cindy López, y Kate preguntó:

—¿Algo nuevo del rancho? —Escuchó y dijo—: Eso está bien.

Lo que no estaba bien era que, al parecer, el cabrón de Douglas había llamado ya,

porque Kate replicó:

—No importa lo que diga Doug. Lo único que pedimos es que los agentes de la oficina de Ventura, que están en Santa Bárbara, se reúnan con nosotros allí, llamen al rancho y digan al Servicio Secreto que nos dirigimos al rancho para reunimos con sus hombres.

Escuchó de nuevo y dijo:

—En realidad, John acaba de hablar con Asad Khalil..., sí, eso es lo que he dicho. Han establecido una especie de relación, y eso sería de extraordinario valor si se produjera una situación crítica. De acuerdo. Espero.

Tapó el micrófono con la mano y me dijo:

—Cindy va a llamar a los miembros del Servicio Secreto que están en el rancho.

—Buena jugada, Mayfield.

—Gracias.

—No dejes que nos llien con una conferencia telefónica —sugerí—. No aceptaremos ninguna llamada del Servicio Secreto. Sólo una reunión en Santa Bárbara con el FBI, o con el Servicio Secreto, o con ambos a la vez, seguida de una invitación al rancho.

—Vas a tener tu parte en esto aunque te maten, ¿verdad? —dijo ella.

—Me lo he ganado —respondí. Y añadí—: Khalil no sólo ha asesinado a muchas personas que servían a su país, sino que también ha amenazado mi vida y la tuya. No la vida de Jack, no la vida de Sturgis. Mi vida y la tuya. Y permíteme recordarte que no fue idea mía publicar mi nombre y mi foto en los periódicos. Alguien está en deuda conmigo, y ha llegado el momento de que la pague.

Movió la cabeza pero no replicó. Llegó por el teléfono la voz de Cindy López.

—Olvídalo —dijo Kate—. No vamos a discutir esto por un teléfono móvil que no es seguro. Dime sólo dónde podemos verlos en Santa Bárbara. —Escuchó y dijo—: De acuerdo. Gracias. Sí, iremos.

Colgó.

—Cindy te saluda y dice que cuándo vas a volver a Nueva York —me informo.

Todo el mundo tiene algo de comediante.

—¿Qué más ha dicho?

—Bueno, los agentes del FBI están en un motel llamado Sea Scape, al norte de Santa Bárbara, no lejos de la carretera de montaña que lleva al rancho. Hay allí tres personas de la oficina de Ventura, Kim, Scott y Edie. Está con ellos un agente del Servicio Secreto que actúa como enlace. Vamos a ir al hotel y a contarles tu conversación telefónica con Khalil, y no, no podemos ir al rancho pero podemos esperar en el motel hasta el amanecer por si surge algo y es preciso que hables con Khalil, por teléfono si llama, o personalmente, esposado, si se le captura. Esposado Khalil, no tú.

—Entiendo. —Y añadí—: Sabes que vamos a ir al rancho.

—Díselo al tipo del Servicio Secreto que está en el motel.

Continuamos nuestra marcha hacia el norte. No íbamos a mucha velocidad pero al cabo de un rato empezaron a percibirse signos de civilización, y poco después vimos un cartel que decía «Bien venidos a Santa Bárbara».

La carretera costera atravesaba el extremo meridional de la ciudad y torcía luego hacia el norte, alejándose de la costa. Continuamos por la carretera 101 en dirección norte durante unos treinta kilómetros más, y luego la carretera torció de nuevo hacia la costa.

—¿Se nos habrá pasado por alto el motel? —pregunté.

—No creo. Llama por teléfono allí.

—Yo creo que deberíamos ahorrar tiempo e ir directamente al rancho —observé.

—Me parece que no has entendido nuestras instrucciones, John.

—¿Cómo podemos encontrar la carretera que va al rancho?

—No tengo ni idea.

Avanzábamos lentamente a través de la niebla, y a nuestra izquierda yo podía percibir, pero no ver, el océano. A nuestra derecha el terreno se elevaba pero yo no podía ver las montañas que, según Kate, bajaban en algunos puntos hasta el mismo mar. En cualquier caso, eran pocas las carreteras que afluían a la 101 en aquel punto. De hecho, hacía ya un rato que no veía ninguna.

Finalmente, apareció a nuestra izquierda un espacio abierto entre la carretera y el océano, y a través de la niebla se columbraba un letrero luminoso que decía «Sea Scape Motel».

Kate introdujo el coche en el *parking*.

—Habitaciones uno-dieciséis y uno-diecisiete —dijo.

—Dirígete primero a recepción.

—¿Por qué?

—Tomaré dos habitaciones, a ver si podemos conseguir algo de comer y un poco de café.

Detuvo el coche ante la puerta principal, bajo una marquesina, y bajé.

Dentro, un empleado me vio a través de la puerta de cristales y pulsó el botón de apertura. Supongo que el traje me daba un aire respetable, aunque estaba arrugado y olía mal.

Me dirigí al mostrador y le enseñé al empleado mis credenciales.

—Creo que tenemos unos colegas alojados aquí —dije—. Habitaciones uno-dieciséis y uno-diecisiete.

—Sí, señor. ¿Quiere que los llame?

—No. Sólo necesito dejarles un mensaje.

Me pasó un bloc y un lápiz, y garrapateé: «Kim, Scott, Edie: Siento no poder quedarme. Os veré por la mañana. J. C». Le di la nota al empleado.

—Despiértelos a eso de las ocho. ¿De acuerdo? —Le deslicé un billete de diez dólares y dije con tono despreocupado—: ¿Cómo puedo encontrar la carretera al rancho de Reagan?

—Oh, no es muy difícil encontrarla. Siga hacia el norte un kilómetro más y verá a su izquierda el parque estatal de Refugio y a su derecha el arranque de una carretera de montaña, la carretera de Refugio. Pero no verá ninguna señal. —Y añadió—: Desde luego, yo no lo intentaría esta noche.

—¿Por qué no?

—No se puede ver nada. Cerca de la cumbre, la carretera tiene un montón de curvas en zigzag, y es muy fácil torcer a un lado cuando debería torcer al otro y acabar en un barranco. O algo peor.

—No hay problema. El coche es del gobierno.

Rió.

—¿O sea, que está allí el viejo? —dijo.

—Sólo por unos días. ¿Me costará encontrar el rancho? —pregunté.

—No. Está como al final de la carretera. Al llegar a la bifurcación, tome por la izquierda. Hay otro rancho a la derecha. Si sigue por la izquierda verá unas puertas de hierro. —Me advirtió de nuevo—: Incluso de día es difícil el camino. La mayoría llevan tracción en las cuatro ruedas. —Me miró para ver si le estaba explicando con claridad, a fin de poder decirle más tarde a la policía del Estado: «Yo se lo advertí»—. Dentro de tres horas ya habrá luz, y es posible que la niebla levante una hora después de salir el sol.

—Gracias, pero llevo tres kilos de jalea que debo entregar antes del desayuno. Hasta luego.

Abandoné la zona de recepción, regresé al coche y abrí la puerta del lado de Kate.

—Sal a estirar un poco las piernas —le dije—. Deja el motor en marcha.

Ella bajó y se desperezó.

—Da gusto —exclamó—. ¿Has conseguido habitaciones?

—No hay ninguna libre. —Me senté al volante, cerré la puerta y bajé el cristal de la ventanilla—. Yo me voy al rancho —dije—. ¿Vienes o te quedas?

Kate empezó a decir algo y luego lanzó un suspiro de exasperación, dio la vuelta hasta el otro lado del coche y subió.

—¿Sabes conducir?

—Claro.

Regresé a la carretera de la costa y enfilé hacia el norte.

—Un kilómetro, parque estatal de Refugio a la izquierda, carretera de Refugio a la derecha —dije—. Estate atenta.

No respondió. Yo creo que estaba furiosa.

Vimos el letrero indicador del parque estatal, y luego, en el último instante, vi un desvío y giré el volante a la derecha. A los pocos minutos, subíamos por una estrecha carretera. Poco después, la niebla se espesó, y no habríamos podido distinguir el embellecedor del capó si lo hubiésemos tenido.

No hablábamos apenas y nos limitábamos a avanzar lentamente por la carretera, que, al menos, era recta en aquel trecho mientras ascendía por una especie de

garganta con muros de vegetación a ambos lados.

—Nos obligarán a volver —dijo Kate finalmente.

—Quizá. Pero tengo que hacerlo.

—Lo sé.

—Por Reagan.

Se echó a reír.

—Eres un perfecto estúpido. No, eres don Quijote luchando contra molinos de viento. Espero que no lo hagas por exhibirte delante de mí.

—Ni siquiera quiero que vengas.

—Claro que quieres.

De modo que continuamos subiendo, y la carretera se iba haciendo cada vez más estrecha y empinada, y la superficie empezó a volverse más accidentada.

—¿Cómo suben aquí Ron y Nancy? ¿En helicóptero?

—Seguro. Esta carretera es peligrosa.

—La carretera está bien. Lo peligroso son los precipicios que hay a ambos lados.

Yo estaba realmente cansado, y me costaba mantenerme despierto, pese al hecho de que empezaba a sentirme inquieto por la carretera.

—Yo tengo un *jeep* Grand Cherokee —dije—. Ojalá lo hubiera traído.

—Como si tienes un tanque. ¿Ves esos precipicios de los lados?

—No. Hay demasiada niebla. ¿Crees que deberíamos dar la vuelta? —pregunté.

—No puedes dar la vuelta. Apenas si tienes sitio para el coche.

—Cierto. Estoy seguro de que se ensancha más adelante.

—Yo estoy segura de lo contrario. Apaga los faros —dijo—. La luz de los pilotos será mejor.

Encendí los pilotos, que no se reflejaban tanto en la niebla.

Continuamos avanzando. La niebla estaba empezando a desorientarme pero, al menos, la carretera se mantenía bastante recta.

—¡John! ¡Para! —gritó de pronto Kate.

Pisé el freno, y el coche se detuvo con una sacudida.

—¿Qué?

—Vas derecho a un despeñadero —dijo, después de respirar hondo.

—¿De veras? No lo veo.

Abrió la puerta, bajó y echó a andar delante del coche, tratando de encontrar la carretera, supongo. Yo podía verla, pero muy justamente. Tenía un aire espectral entre la niebla y bajo la luz de los pilotos. Se internó en la niebla y desapareció. Luego regresó y subió al coche.

—Sigue a la izquierda —dijo—. La carretera tuerce luego a la derecha en una curva de ciento ochenta grados.

—Gracias.

Puse el coche de nuevo en marcha y tuve un atisbo de dónde terminaba el borde derecho del asfalto y empezaba una bajada muy pronunciada.

—Tienes una visión nocturna excelente —dije a Kate.

La niebla aclaró un poco mientras subíamos, lo que nos vino bien, porque la carretera empeoró, y mucho. Volví a encender los faros. La carretera empezó a serpentear en curvas de 180 grados pero yo podía ver ahora a una distancia de tres metros por delante, y si mantenía baja la velocidad, tenía tiempo de reaccionar. Zig, zag, zig, zag. Era realmente horrible. Un urbanita como yo no debería estar allí.

—¿Hay animales salvajes por aquí? —pregunté.

—¿Además de ti?

—Sí, además de mí.

—Osos, quizá. No sé. Nunca había llegado tan al norte. —Y añadió—: Yo creo que tal vez haya pumas.

—Caray. Este sitio es realmente odioso. ¿Por qué habría de querer venir aquí el dirigente del Primer Mundo? —Respondí a mi propia pregunta—: La verdad es que es mejor que Washington.

—Concéntrate en la carretera, por favor.

—¿Qué carretera?

—Hay una carretera. Mantente en ella.

—Lo estoy procurando.

Nos mantuvimos en silencio durante un rato.

—¿Sabes? No creo que nos obliguen a volvernos —dijo Kate al cabo de unos quince minutos—. No pueden hacerlo. Nunca conseguiríamos llegar.

—Exactamente.

Sonó su teléfono móvil, y respondió:

—Mayfield. —Escuchó y dijo—: No puede ponerse al teléfono, Tom. Tiene las dos manos en el volante y la nariz pegada al parabrisas. —Escuchó de nuevo y respondió—: Exacto. Nos dirigimos al rancho. De acuerdo. Sí, tendremos cuidado. Hasta la mañana. Gracias.

Colgó.

—Tom dice que eres un lunático —me informó.

—Eso ya ha quedado claro. ¿Qué ocurre?

—Bueno, tu relación especial con el señor Khalil nos ha abierto las puertas. Tom dice que el Servicio Secreto nos dejará entrar en el rancho. Suponían que subirías al amanecer —añadió—, pero Tom los llamará para decirles que estamos en camino.

—¿Lo ves? Ponlos ante un hecho consumado, y ellos encuentran la manera de darte permiso para hacer algo que ya has hecho. Pero pídeles permiso y encontrarán una razón para negártelo.

—¿Figura eso en tu nuevo manual?

—Figurará.

Nos quedamos callados de nuevo.

—Si nos hubieran obligado a volvernos, ¿qué habrías hecho? —me preguntó al cabo de otros quince minutos—. ¿Cuál era el plan B?

—El plan B habría sido apearnos y encontrar ese rancho a pie.

—Lo imaginaba. Y nos habrían pegado un tiro nada más vernos.

—No se puede ver a nadie. En medio de esta niebla, ni siquiera con las miras telescópicas de visión nocturna. Se me da muy bien orientarme en tierra. Caminar siempre hacia arriba. El musgo crece en la parte de los árboles que mira al norte. El agua va hacia abajo. Estaríamos en seguida en el rancho. Saltamos la cerca y nos metemos en el granero o algún sitio así. No hay problema.

—¿Qué te propones? ¿Qué es lo que quieres conseguir?

—Simplemente, necesito estar aquí. Aquí es donde está la acción, y aquí es donde necesito estar yo. No es tan complicado.

—Ya. Como en el aeropuerto Kennedy.

—Exactamente.

—Algún día vas a estar en el sitio equivocado en el momento equivocado.

—Algún día. Pero no hoy.

Ella no respondió pero miró por la ventanilla en dirección a una pequeña prominencia de tierra que se elevaba a mayor altura que el coche.

—Comprendo a lo que se refería Lisa al decir que era un lugar ideal para una emboscada —dijo—. En esta carretera, nadie tendría la menor oportunidad de salvarse.

—Bueno, aun sin emboscada, nadie tendría ninguna oportunidad.

Kate se frotó la cara con las manos y bostezó.

—¿Va a ser así la vida contigo? —preguntó.

—No. Habrá algunos momentos duros.

Rompió a reír, o a llorar, o algo. Pensé que quizá debería pedirle su pistola.

La carretera se tornó más recta, y la pendiente disminuyó. Tuve la impresión de que se acercaba el fin de nuestro viaje.

Pocos minutos después, advertí que la tierra se alisaba delante de nosotros y la vegetación clareaba. Entonces vi una carretera que salía hacia la derecha pero recordé que el empleado del motel había dicho que fuese a la izquierda. Antes de llegar a la bifurcación, salió de entre la niebla un hombre que levantó la mano. Paré y llevé la mano a mi Glock, lo mismo que Kate.

El hombre caminó hacia nosotros, y pude ver que llevaba la clásica cazadora oscura con una placa prendida en el pecho y una gorra de béisbol con la inscripción «Servicio Secreto». Bajé la ventanilla y él se acercó por el lado del conductor.

—Hagan el favor de salir del coche y mantengan las manos donde yo pueda verlas —dijo.

Era lo que solía decir yo, y conocía la rutina.

Bajamos del coche, y el hombre dijo:

—Creo que sé quiénes son ustedes pero necesito ver alguna identificación. Despacio, por favor. —Y añadió—: Estamos cubiertos.

Le mostré mi documento de identidad, que examinó con una linterna.

Seguidamente hizo lo mismo con el de Kate y luego dirigió el haz luminoso a la placa de la matrícula.

Una vez cerciorado de que encajábamos en la descripción de un hombre y una mujer a bordo de un Ford azul cuyos nombres eran los mismos que los de dos agentes federales que se dirigían a aquel lugar por la carretera más puñetera de este lado del Himalaya, dijo:

—Buenas noches. Soy Fred Potter, Servicio Secreto.

Kate respondió en el breve segundo transcurrido antes de que se me pudiera ocurrir algo sarcástico.

—Buenas noches. Supongo que nos esperaban.

—Bueno —replicó Fred—, lo que esperaba era que para estas horas estuviesen ya en el fondo de un barranco y con las ruedas del coche girando en el aire. Pero han conseguido llegar.

De nuevo Kate, en un precavido esfuerzo por impedirme abrir la boca, dijo:

—No ha sido tan malo. Pero no querría intentar repetir el trayecto cuesta abajo esta noche.

—No, no tiene que hacerlo. Tengo orden de acompañarlos al rancho.

—¿Quiere decir que hay más carretera de ésta? —exclamé.

—No mucho más. ¿Quiere que conduzca yo?

—No —respondí—. Este coche es sólo para el FBI.

—Iré delante.

Subimos todos al coche, Kate detrás y Fred delante.

—Tire a la izquierda —dijo Fred.

—¿Tirar? ¿Contra quién?

—Quiero decir... vaya a la izquierda. Por allí.

Así pues, una vez hecha la gracia, enfilé a la izquierda, observando al pasar que había dos individuos más, armados con rifles, cerca de la carretera. Efectivamente, estábamos cubiertos.

—Manténgalo a unos cincuenta —dijo Fred—. La carretera es recta, y tenemos que recorrer otros doscientos metros por la avenida Pennsylvania antes de llegar a una puerta.

—¿Avenida Pennsylvania? Me sentía realmente aturdido.

Fred no se rió.

—Esta parte de la carretera de Refugio se llama avenida Pennsylvania. Rebautizada en el ochenta y uno.

—Todo un detalle. ¿Y qué tal están Ron y Nancy?

—Nosotros no hablamos de eso —me informó Fred.

Comprendí que Fred no era un tipo divertido.

Al cabo de un minuto o cosa así, nos aproximamos a unas columnas de piedra entre las que había una puerta de hierro, cerrada, que no le llegaría a un hombre más arriba del pecho. De cada lado de las columnas corría una cerca baja de alambre. Dos

hombres, vestidos como Fred y provistos de rifles, se hallaban apostados detrás de las columnas.

—Pare aquí —ordenó Fred.

Paré, y Fred se apeó y cerró la puerta del coche. Fue hasta las columnas, habló con los hombres, y uno de éstos abrió la puerta del rancho. Fred me hizo seña de que avanzara, y yo llevé el coche hasta las columnas y volví a parar, principalmente porque los tres individuos se interponían en mi camino.

Uno de ellos se dirigió al lado derecho del coche, montó y cerró la puerta.

—Continúe —dijo.

Así que continué rodando por la avenida Pennsylvania. El hombre no decía nada, a lo que yo no tenía nada que objetar. Quiero decir que yo creía que los del FBI eran todos unos tíos serios y estirados pero al lado de esta gente el FBI parecía salido de una serie de Comedy Central.

También es verdad que aquél tenía que ser uno de los trabajos peores y más estresantes del planeta. Yo no lo querría.

Había árboles a ambos lados de la carretera, y la niebla se amontonaba allí en acumulaciones que semejaban ventisqueros.

—Más despacio —dijo mi pasajero—. Vamos a torcer a la izquierda.

Reduje la velocidad y vi una valla de troncos y luego dos altos postes de madera sobre los que se extendía un letrero, también de madera, que decía «Rancho del Cielo».

—Tuerza por ahí —dijo.

Torcí, y cruzamos la entrada. Delante de mí, sepultada bajo un sudario de niebla, se abría una amplia extensión de tierra, semejante a un prado alpino, desde cuyos bordes se elevaban unas pendientes que le hacían parecer el fondo de un cuenco. La niebla permanecía suspendida en una densa capa sobre el suelo, y yo podía ver por debajo de ella y por encima de ella. Fantasmal. ¿Se trataba de un momento de «Expediente X» o qué?

Podía ver al frente una casa de adobe con una sola luz encendida. Estaba bastante seguro de que era la casa de los Reagan y ardía en deseos de reunirme con ellos, sabiendo, naturalmente, que estarían levantados y esperándome para agradecerme personalmente mis esfuerzos por protegerlos. Mi pasajero, sin embargo, me indicó que girara a la izquierda por una carretera lateral.

—Despacio —dijo.

Mientras avanzamos lentamente, distinguí acá y allá varias otras estructuras por entre los grupos de árboles que moteaban los campos.

Al cabo de un minuto, el tipo que estaba sentado a mi lado dijo:

—Pare.

Paré.

—Apague el motor y venga conmigo.

Apagué el motor y las luces, y bajamos todos del coche. Kate y yo seguimos al

hombre por un sendero que ascendía a través de un bosquecillo.

Hacía mucho frío allí, por no hablar de la humedad. Mis tres heridas de bala me dolían, y apenas si podía pensar con claridad. Estaba cansado, hambriento, sediento, aterido y tenía ganas de mear. Aparte de eso, me encontraba perfectamente.

La última vez que había mirado el reloj del salpicadero eran las cinco y cuarto, o sea, las ocho y cuarto en Nueva York y Washington, donde se suponía que debía estar.

De todos modos, nos acercamos a aquella destartada estructura de madera chapeada que llevaba impreso el sello del gobierno. No literalmente, pero he visto suficientes casas iguales como para saber a qué se refieren cuando dicen que el contrato se concede a la oferta más barata.

Entramos, y el interior tenía un aspecto realmente ruinoso y olía a moho. Mi guía de «Expediente X» nos introdujo en una especie de amplio salón en el que había varios muebles viejos, un frigorífico, mostrador de cocina, televisor y todo eso.

—Siéntense —dijo, y desapareció por una puerta.

Yo permanecí de pie y miré a mi alrededor en busca de un lavabo.

—Bueno, aquí estamos —dijo Kate.

—Aquí estamos —asentí—. ¿Dónde estamos?

—Yo creo que esto debe de ser el antiguo local del Servicio Secreto.

—Esos tipos son repelentes —le dije.

—Son inofensivos. No te metas con ellos.

—Jamás se me ocurriría. Oye, ¿te acuerdas de aquel episodio...?

—Si dices «Expediente X», te juro que saco la pistola.

—Creo que te estás volviendo un poco quisquillosa.

—¿Quisquillosa? Estoy que me caigo de sueño, acabo de atravesar en coche el mismísimo infierno, estoy harta de tu...

Entró un hombre en la habitación. Llevaba vaqueros, jersey gris, cazadora azul y zapatillas de deporte. Tenía unos cincuenta y tantos años, cara colorada y pelo blanco. Y hasta sonreía.

—Bienvenidos a Rancho del Cielo —dijo—. Soy Gene Barlet, jefe de las fuerzas de protección destacadas aquí.

Nos estrechamos la mano.

—¿Y qué les trae por aquí en una noche como ésta? —preguntó.

El tío parecía humano.

—Llevamos desde el sábado persiguiendo a Asad Khalil, y creemos que está aquí —respondí.

Él podía comprender ese instinto de sabueso y asintió con la cabeza.

—Bien. Me han informado acerca de ese individuo y de la posibilidad de que tenga un rifle, y podría estar de acuerdo con ustedes. Sírvanse café —añadió.

Le informamos de que necesitábamos utilizar los servicios. En el lavabo, me eché agua fría por la cara, hice gárgaras, me di masaje y me enderecé la corbata.

De nuevo en el salón, me preparé un café, y Kate se reunió conmigo en el mostrador. Observé que se había retocado el carmín de los labios y había intentado disimular las ojeras.

Luego nos sentamos en torno a una mesa de cocina redonda.

—Tengo entendido que ha establecido usted una relación amistosa con ese Khalil —me dijo Gene.

—Bueno, no somos exactamente amigos íntimos —respondí—, pero he establecido un diálogo con él.

Para ganarme el alojamiento y la manutención allí, le informé de cómo estaban las cosas, y él escuchó atentamente.

—Eh, ¿dónde está todo el mundo? —pregunté cuando hube terminado mi exposición.

—Están en posiciones estratégicas —dijo.

—En otras palabras, que tiene un problema de escasez de personal.

—La casa del rancho es segura, y también la carretera —respondió.

—Pero cualquiera podría entrar a pie en el rancho —dijo Kate.

—Probablemente.

—¿Tienen detectores de movimiento? ¿Aparatos de escucha?

Gene no respondió pero paseó la vista por el salón.

—El presidente solía venir aquí los domingos para ver partidos de fútbol con el personal libre de servicio —me informó.

No respondí.

Gene adoptó un aire reminiscente.

—Fue herido de bala una vez —dijo—. Una sólo ya es demasiado.

—Sé lo que se siente.

—¿Ha sido usted herido de bala?

—Tres veces. Pero todas el mismo día, así que no fue tan malo.

Gene sonrió.

—¿Tienen aparatos electrónicos aquí? —insistió Kate.

—Síganme —dijo Gene, levantándose de la silla.

Nos pusimos en pie y lo seguimos hasta una habitación situada en un extremo de la estructura. Era una habitación tan ancha como el propio edificio, y observé que las tres paredes exteriores eran casi en su totalidad amplios ventanales que daban sobre la cuesta en que se alzaba la casa del rancho. Detrás de la casa había un bonito estanque que no había visto al llegar, además de un vasto granero y una especie de casa para invitados.

—Esto era el centro neurálgico —dijo Gene—, donde controlábamos todos los instrumentos de seguridad, seguíamos la pista de Látigo de Cuero, o sea, el presidente, cuando montaba a caballo, y donde teníamos comunicación con el mundo entero. Aquí se guardaba también el maletín nuclear.

Paseé la vista en derredor por el abandonado recinto y observé que había un

montón de cables colgando, juntamente con listas de palabras en clave, señales de llamada por radio y otras anotaciones ya casi borradas. Me recordaba las salas del Gabinete de Guerra que había visto en Londres, el lugar desde donde Churchill había dirigido la guerra, petrificado en el tiempo, un poco mohoso y manejado por un ejército de fantasmas cuyas voces se podían oír si escuchaba uno con atención.

—No queda ningún aparato electrónico de seguridad —nos informó Gene—. De hecho, todo este rancho es ahora propiedad de un grupo llamado Fundación de la Joven América. Compró el rancho a los Reagan y lo está convirtiendo en una especie de museo y centro de conferencias.

Ni Kate ni yo dijimos nada.

—Incluso cuando esto era la Casa Blanca del Oeste, era una pesadilla de seguridad —continuó Gene—. Pero al viejo le gustaba el lugar, y cuando quería venir aquí veníamos nosotros con él y lo acondicionábamos.

—Entonces tenía usted cien personas —dije.

—Exacto. Más todos los aparatos electrónicos y los helicópteros y todo de lo más moderno y avanzado. Pero los malditos sensores de movimiento y escucha detectaban hasta el último conejo y la última ardilla que entraban en la finca. —Se echó a reír y añadió—: Había falsas alarmas todas las noches. Pero teníamos que actuar. —Volvió a ponerse reminisciente y dijo—: Recuerdo una noche... era una noche de niebla como ésta, y a la mañana siguiente salió el sol, disipó la niebla y vimos una tienda de campaña plantada en el prado, a menos de cien metros de la casa. Fuimos a investigar y encontramos a un joven dormido en su interior. Un excursionista. Lo despertamos, le informamos de que estaba en una propiedad privada y le dirigimos hacia un sendero señalizado. Nunca le dijimos dónde estaba. —Sonrió.

Sonreí yo también, pero en la historia había un elemento preocupante.

—Así que, ¿podemos garantizar una seguridad absoluta? —continuó Gene—. Evidentemente, no. Pero ahora, al menos, podemos limitar los movimientos de Látigo de Cuero y Arco Iris.

¿Arco Iris?

—En otras palabras —dijo Kate—, se quedarán dentro de la casa hasta que usted pueda sacarlos.

—En efecto. Azufre... es el nombre de la casa, tiene gruesas paredes de adobe, las cortinas y las persianas están corridas, y hay tres agentes en la casa y dos fuera de ella. Mañana idearemos la forma de sacar de aquí a los Reagan. Probablemente necesitaremos una Diligencia... o sea, una limusina blindada. Más una Cabeza y una Cola. O sea, un vehículo delante y otro detrás. No podemos usar un Holly... o sea, un helicóptero.

Señaló con un gesto los bordes del elevado terreno circundante y explicó:

—Un buen tirador provisto de una mira telescópica podría derribar sin problemas un helicóptero.

—Parece como si necesitasen ustedes un milagro —dije.

Se echó a reír.

—Bastará con que recemos un poco durante la noche. Al amanecer recibiremos refuerzos, incluyendo helicópteros con equipos especializados en detectar francotiradores y provistos de sensores de calor corporal y otros aparatos de detección. Si Khalil se encuentra en esta zona, tenemos muchas probabilidades de encontrarlo.

—Eso espero —dijo Kate—. Ya ha matado a bastante gente.

—Pero comprendan que nuestra misión principal y nuestra primera preocupación es proteger al señor y la señora Reagan y transportarlos a un lugar seguro.

—Entiendo —respondí yo—. La mayoría de los lugares serán seguros si matan o capturan ustedes a Asad Khalil.

—Lo primero es lo primero. Permaneceremos en estado estático hasta que salga el sol y se disipe esta niebla. ¿Quieren dormir un poco?

—No —respondí—. Quiero ponerme unos téjanos y un sombrero de *cowboy* y salir a caballo a ver si descubro la hoguera de ese bastardo.

—¿Habla en serio?

—En realidad, no. Pero estoy pensando en ir a echar un vistazo. ¿No hay que comprobar los puestos de guardia o algo parecido?

—Puedo hacerlo por radio.

—No hay nada como la realidad en vivo. Las tropas agradecen ver al jefe.

—Claro. ¿Por qué no? ¿Quiere que lo lleve?

—Creía que nunca me lo preguntaría.

—Yo iré contigo —dijo Kate.

No tenía intención de mostrarme protector, así que repuse:

—Si Gene no tiene inconveniente, yo tampoco.

—Por supuesto que no —dijo Gene—. ¿Llevan chaleco antibalas?

—El mío está en la lavandería —respondí—. ¿Tienen alguno de sobra?

—No. Y no puedo prestarle el mío.

Bueno, de todas formas, ¿quién necesita chaleco antibalas?

Salimos del edificio del Servicio Secreto y nos dirigimos hacia donde permanecía estacionado un *jeep* Wrangler descubierto. Observé que el *jeep* tenía matrícula de California con la indicación «Biblioteca Ronald Reagan» y una fotografía del expresidente en la placa. Necesito una de éstas como recuerdo.

Gene se puso al volante, y Kate se sentó a su lado. Yo me instalé detrás. Gene puso el motor en marcha, encendió los faros antiniebla y arrancamos.

—Conozco este rancho como la palma de mi mano —dijo Gene—. Hay probablemente más de cien kilómetros de caminos de herradura, y el presidente solía recorrerlos todos a caballo. Todavía tenemos mojones de piedra en lugares estratégicos, con números perforados literalmente en ellos para que nadie pueda cambiarlos. Los agentes del Servicio Secreto cabalgaban con el presidente y comunicaban por radio con el centro de control al llegar a cada mojón, y nosotros

identificábamos su ubicación. El presidente —añadió— no quería llevar chaleco antibalas, y era una pesadilla. Yo contenía el aliento todas las tardes hasta que volvía.

Gene parecía sentir verdadero afecto hacia Látigo de Cuero, de modo que, como buen invitado, dije:

—Yo formé parte de la unidad de protección presidencial de la policía de Nueva York en abril del ochenta y dos, cuando habló en el cuartel del sesenta y nueve regimiento en Manhattan.

—Lo recuerdo. Yo estaba allí.

—No me diga. Qué pequeño es el mundo.

Nos internamos en la jungla por caminos de herradura oscurecidos por la niebla y cegados por la maleza. Con los faros antiniebla encendidos, la visibilidad no era demasiado mala. En los árboles se oía cantar a las aves nocturnas.

—Hay un rifle M-14 en esa caja —me informó Gene—. ¿Por qué no lo saca?

—Buena idea.

Ahora vi la caja, apoyada contra el asiento del conductor. La abrí y saqué un pesado rifle M-14 con mira telescópica.

—¿Sabe utilizar una mira de visión nocturna? —me preguntó Gene.

—Hombre, podría decirse que soy un auténtico especialista.

Sin embargo, no lograba encontrar el botón de encendido, y Gene me lo indicó.

Al cabo de un minuto, estaba atisbando por aquella mira de visión nocturna, realmente magnífica, que lo teñía todo de una tonalidad verdosa. Había unos cuantos claros en la niebla, y yo estaba admirado de cómo aquel juguetito de alta tecnología lo iluminaba y lo magnificaba todo. Ajusté el enfoque y observé a mi alrededor mientras giraba en círculo, arrodillado en el asiento trasero. Todo presentaba un aspecto fantasmal, especialmente la verdosa niebla y aquellas formaciones rocosas que me producían la sensación de estar en Marte. Se me ocurrió que, si yo podía ver el terreno circundante, no había duda de que Asad Khalil podía ver un *jeep* con faros antiniebla moviéndose por los alrededores.

Continuamos explorando un rato.

—No veo por aquí a ninguno de sus agentes, Gene —dije.

No respondió.

—Esto debe de ser muy hermoso con sol —dijo Kate.

—Es una maravilla —contestó Gene—. Estamos a ochocientos metros de altura, y desde algunas partes del rancho se puede ver el océano Pacífico a un lado y el valle de Santa Inez al otro.

Continuamos nuestro camino, y, a decir verdad, yo no sabía qué demonios hacía allí. Si Asad Khalil andaba por allá y tenía la misma mira de visión nocturna que yo, podría meterme una bala entre los ojos a doscientos metros de distancia. Y si también tenía un silenciador en su rifle —y estaba seguro de que así era— yo caería sin ruido del *jeep* mientras Gene y Kate continuaban charlando. Pensé que no obtendríamos nada de aquel recorrido y que nos encontrábamos muy lejos de la casa del rancho.

La maleza desapareció de pronto, y el camino se ensanchó en una extensión de terreno rocoso y despejado. Vi que nos dirigíamos hacia un precipicio, e iba a hacerlo notar cuando Gene, que conocía el terreno como la palma de su mano, detuvo el *jeep*.

—Estamos mirando hacia el oeste —dijo—, y si hiciera un día despejado se podría ver el océano.

Miré pero no pude ver más que niebla, niebla, niebla. No podía creer que realmente hubiera subido a tanta distancia de la costa.

Gene hizo girar el *jeep* hacia la izquierda y condujo demasiado cerca del borde del abismo para mi tranquilidad. Los caballos, al menos, saben qué hacer para no caerse por los precipicios, pero los *jeep* Wranglers, no han aprendido aún.

Al cabo de varios largos minutos, el *jeep* se detuvo, y apareció un hombre entre la niebla. Iba vestido de negro, tenía una cosa negra en la cara y llevaba un rifle con mira telescópica.

—Éste es Hércules Uno... —dijo Gene—. Eso significa persona contra francotiradores.

Hércules Uno y Gene intercambiaron saludos, y éste nos presentó al recién llegado, cuyo verdadero nombre era Burt.

—El señor Corey está tratando de atraer los disparos de un francotirador —dijo Gene.

—Excelente —repuso Burt—. Es lo que estaba esperando.

Consideraré que debía aclarar aquel punto.

—En realidad, no es eso —dije—. Sólo estoy reconociendo el terreno.

Burt, que parecía Darth Vader de *La guerra de las galaxias*, todo de negro, me miró pero no dijo nada.

Me sentía un poco fuera de lugar con mi traje y mi corbata allí, en el país de las maravillas entre hombres reales. Tipos con nombres en clave.

Gene y Burt conversaron unos instantes, y luego nos fuimos.

—Los puestos parecen demasiado separados, Gene —comenté.

No respondió. Crepitó su radio, y se la acercó al oído. Escuchó pero yo no podía oír qué le decía su interlocutor.

—Está bien. Los llevaré allí —dijo finalmente.

¿Llevar a quién y adónde?

—Alguien quiere verlos —nos dijo Gene.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Ni siquiera tiene un nombre en clave para él?

—No. Pero tengo uno para usted: Chiflado.

Kate se echó a reír.

—No quiero entrevistarme con alguien que no tiene un nombre en clave.

—No creo que tenga opción, John. Ha sido una llamada de las altas esferas.

—¿De quién?

—No lo sé.

Kate me miró, y nos encogimos de hombros.

Así pues, nos adentramos en la niebla para reunimos con alguien en medio de ninguna parte.

Continuamos durante otros diez minutos atravesando aquella especie de meseta, cubierta de rocas y flores silvestres y barrida por el viento. No había camino pero tampoco lo necesitábamos porque el terreno era liso y despejado, Parecíamos estar en el punto más alto de la zona.

Delante de mí, por entre los remolinos de niebla, divisé algo blanco. Cogí el rifle y lo enfoqué. La cosa blanca parecía ahora teñida de verde a través de la fantasmagórica lente, y vi que era un edificio de cemento del tamaño de una casa grande. Se hallaba situado al pie de un enorme terraplén de tierra y piedra. Más allá del edificio, al otro lado del terraplén, se alzaba una alta estructura de aspecto extraño, como un embudo invertido.

Cuando llegamos a cien metros de aquellas estructuras de aspecto intergaláctico que se erguían veladas por la niebla en la cumbre del mundo, Kate se volvió hacia mí.

—De acuerdo, esto es un momento de «Expediente X» —dijo.

Gene se echó a reír.

—Eso es una instalación VORTAC —nos informó.

—Bueno —dije yo—, eso lo aclara todo.

—Es un faro para la navegación aérea. ¿Comprende?

—¿Para qué clase de aviones? ¿De qué planeta?

—De cualquier planeta. Emite señales omnidireccionales..., ya sabe, señales de radio en una amplitud de trescientos sesenta y cinco grados para orientación de aviones militares y civiles. Algún día será sustituido por el sistema de posicionamiento global por satélite pero, por el momento, continúa en funcionamiento. Los submarinos nucleares rusos que navegan frente a la costa —añadió— también lo utilizan. Gratis.

El *jeep* continuaba acercándose a aquella estación VORTAC, por lo que supuse que era allí adónde íbamos.

—Parece un lugar horrible en el que trabajar —dije.

—Estas instalaciones no necesitan personal. Todo es automático, y está supervisado por el Control de Tráfico Aéreo de Los Ángeles. Pero vienen algunos empleados para simples labores de mantenimiento. Tiene su propia fuente de energía.

—Claro. Si no, haría falta un cable muy largo hasta la casa del rancho.

Gene rió entre dientes.

—Ahora estamos en terreno federal —dijo.

—Ya me siento mejor. ¿Es aquí donde nos vamos a reunir con alguien?

—Sí.

—¿Con quién?

—No lo sé. —Continuando con sus explicaciones, añadió—: Aquí mismo, por

donde estamos pasando, estaba el Patio de Juego Tres..., el helipuerto presidencial. De cemento e iluminado. Fue una estupidez quitarlo.

Finalmente detuvo el *jeep* a unos veinte metros del VORTAC.

—Bien, los veré más tarde —dijo.

—¿Perdón? ¿Quiere que bajemos?

—Si no les importa.

—No hay nadie aquí, Gene —dije.

—Están ustedes. Y alguien más está ahí, esperándolos.

—Muy bien, sigamos el juego —dije, dirigiéndome a Kate.

Salté del *jeep*, y Kate bajó también.

—¿Se va usted? —preguntó ella a Gene.

—Sí.

Gene ya no parecía tener muchas ganas de hablar.

—¿Puedo coger ese rifle? —le pregunté, sin embargo.

—No.

—Bueno, gracias por el paseo, Gene. Si alguna vez va usted a Nueva York, le llevaré de noche a Central Park.

—Hasta luego.

—Vale.

Gene puso el *jeep* en marcha y desapareció entre la niebla.

Kate y yo nos quedamos allí, en el descampado, rodeados por la niebla arremolinada, sin que se viera ninguna luz por ninguna parte, a excepción de la que procedía de la solitaria estructura extraterrestre. Yo casi esperaba que de aquella espectral torre brotara un rayo de la muerte que me convirtiera en protoplasma o algo así.

Pero me picaba la curiosidad, así que eché a andar hacia el VORTAC, con Kate al lado.

Kate miraba la estructura mientras caminábamos.

—Veo varias antenas —dijo—. No veo ningún vehículo. Quizá éste es el VORTAC falso. —Rió.

Estaba bastante tranquila, pensé, dada la situación. Quiero decir que allí, en alguna parte, había un asesino loco, nosotros estábamos armados sólo con pistolas, no teníamos chaleco antibalas, ni medio alguno de transporte e íbamos a reunirnos con alguien que yo ni siquiera estaba seguro de que fuese de este planeta.

Cuando llegamos al edificio de cemento, miré a través de su única y pequeña ventana y vi una amplia sala repleta de aparatos electrónicos con luces parpadeantes y otros extraños chismes de alta tecnología. Golpeé con los nudillos en el cristal.

—¡Hola! ¡Venimos en son de paz! ¡Llévenme en presencia de su jefe!

—Deja de hacer el idiota, John. Esto no tiene ninguna gracia.

Pensé que ella había hecho un chiste hacía un minuto. Pero era cierto, aquello no tenía ninguna gracia.

Caminamos a lo largo de la base del montón de tierra y piedras de doce metros de altura, en cuya cima se hallaba el embudo blanco invertido que se elevaba otros veinticinco metros más en el aire.

Fuimos hasta el extremo del montículo y, al volver una esquina, vimos a un hombre vestido con ropas oscuras y sentado sobre una roca lisa en la base del terraplén. Se hallaba a unos diez metros de distancia, y, a pesar de la oscuridad y de la niebla, vi que estaba mirando a través de lo que debían de ser unos prismáticos de visión nocturna.

Kate lo vio también, y ambos llevamos la mano a nuestras pistolas.

El hombre nos oyó o percibió nuestra presencia, porque bajó los prismáticos y se volvió hacia nosotros. Entonces vi que tenía un objeto alargado apoyado sobre las rodillas y que no se trataba de una caña de pescar.

Permanecemos mirándonos durante unos pocos pero largos segundos.

—Vuestro viaje ha terminado —dijo el hombre finalmente.

—Ted —dijo Kate en un susurro.

Capítulo 55

Bueno, que me ahorquen. Era Ted Nash. ¿Por qué no me sorprendía demasiado?

No se molestó en levantarse para saludarnos, así que nos acercamos nosotros y nos detuvimos ante la lisa piedra de color rojo marciano donde Ted se hallaba sentado con las piernas colgando.

Levantó brevemente la mano como si estuviéramos entrando en su despacho.

—Me alegro de que hayáis podido llegar —dijo.

Que te den por saco, Ted. ¿Qué grado de displicencia eres capaz de afectar? Me negué a seguir su estúpido juego y no dije nada.

—Podías habernos dicho que era contigo la reunión —observó Kate. Y añadió—. No te hagas el interesante, Ted.

Aquello pareció desinflarlo un poco, y pareció molesto.

Kate le informó también:

—Podríamos haberte matado. Por error.

Evidentemente, él había ensayado este momento pero Kate no le seguía el guión.

Ted tenía la cara tiznada de carbón, un pañuelo negro en torno a la cabeza y llevaba pantalones negros, camisa negra, zapatillas deportivas negras y cazadora antibalas.

—Un poco pronto para Halloween, ¿no? —le dije.

No respondió pero movió el rifle que tenía sobre las rodillas. Era un M-14 con mira telescópica de visión nocturna, igual que el que Gene no había querido dejarme.

—Muy bien, cuéntame, Teddy —le dije—. ¿Qué ocurre?

No me respondió, un poco desconcertado probablemente por lo de Teddy. Extendió el brazo hacia atrás y sacó un termo.

—¿Café?

Yo no tenía paciencia para aguantar sus aires de héroe de película de espionaje.

—Mira, Ted, sé lo importante que es para ti mostrarte cortés y refinado pero yo no soy más que un policía de Nueva York y no estoy de humor para esta mierda —dije—. Suelta tu rollo, búscanos luego un puñetero vehículo y larguémonos de aquí.

—Está bien. En primer lugar quiero felicitaros a los dos por vuestro trabajo.

—Tú sabías todo esto, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Sabía algo pero no todo.

—Ya. A propósito, te he ganado diez pavos.

—Lo incluiré como gasto reembolsable. —Nos miró a Kate y a mí y nos informó—: Nos habéis creado un montón de problemas.

—¿Nos? ¿A quiénes?

No respondió, sino que cogió sus prismáticos de visión nocturna y los dirigió hacia una lejana hilera de árboles.

—Tengo la seguridad casi absoluta de que Khalil se encuentra allí. ¿Estáis de acuerdo? —dijo, mientras escrutaba el lugar.

—Estoy de acuerdo —respondí—. Deberías ponerte en pie y saludarle con la mano.

—Y tú hablaste con él.

—Sí. Le di la dirección de tu casa.

Se echó a reír. Me sorprendió diciendo:

—Tal vez no lo creas, pero me caes bien.

—Y tú a mí, Ted. De verdad. Lo que no me gusta es que no compartas tus informaciones.

—Si sabías lo que estaba pasando, ¿por qué no dijiste algo? Ha habido muertos, Ted —intervino Kate.

Bajó los prismáticos y miró a Kate.

—Está bien —dijo—. Os lo contaré. Hay un hombre llamado Boris, un exagente del KGB, que trabaja para la inteligencia libia. Por fortuna, aprecia el dinero, y trabaja también para nosotros. —Ted consideró esto unos momentos—. En realidad, nos aprecia a nosotros. No a ellos. En cualquier caso, hace unos años, Boris contactó con nosotros y nos habló de un joven llamado Asad Khalil, cuya familia resultó muerta en la incursión del ochenta y seis...

—Vaya, vaya —le interrumpí—. ¿Sabías desde hace años lo de Khalil?

—Sí. Y seguimos atentamente su progreso. Estaba claro que Asad Khalil era un agente excepcional, valeroso, brillante, entregado y motivado. Y, naturalmente, ya sabéis qué era lo que lo motivaba.

Ni Kate ni yo respondimos.

—¿Debo seguir? —preguntó Ted—. Tal vez no queráis oír todo esto.

—Oh, claro que queremos. ¿Y qué querrías tú a cambio?

—Nada. Sólo vuestra palabra de que no lo revelaréis a nadie.

—Prueba otra cosa.

—Está bien. Si Asad Khalil es capturado, el FBI se ocupará de él, Nosotros no queremos que eso ocurra. Necesitamos hacernos cargo de él nosotros. Yo necesito que vosotros me ayudéis en todo lo que podáis, incluyendo la amnesia durante la prestación oficial de testimonio, para conseguir que se nos entregue a Khalil.

—Puede que te sorprenda pero mi influencia en el FBI y el gobierno es un tanto limitada —repliqué.

—Tú deberías sorprenderte. El FBI y el país son muy legalistas. Lo viste con los acusados en el caso del World Trade Center. Fueron procesados por homicidio, conspiración y tenencia ilícita de armas de fuego. No por terrorismo. No hay en Estados Unidos ninguna ley contra el terrorismo. Así que, como en cualquier juicio, el gobierno necesita testigos fidedignos.

—Ted, el gobierno tiene una docena de testigos contra Asad Khalil y una tonelada de pruebas forenses.

—Cierto. Pero creo que, en interés de la seguridad nacional, podemos lograr que se llegue a un acuerdo diplomático en virtud del cual Asad Khalil sea puesto en libertad y devuelto a Libia. Lo que no quiero es que ninguno de vosotros interfiera en eso invocando altos principios morales.

—Mis principios morales están a ras de suelo —le aseguré—, pero lo cierto, Ted, es que Asad Khalil ha asesinado a muchas personas inocentes.

—¿Y? ¿Qué vamos a hacer al respecto? ¿Meterlo en la cárcel para el resto de su vida? ¿De qué les sirve eso a los muertos? ¿No sería mejor que utilizáramos a Khalil para algo más importante? ¿Algo que pueda asestar un golpe al terrorismo internacional?

Yo sabía adónde iba a parar todo aquello pero no quería llegar hasta allí.

Ted, sin embargo, quería que Kate y yo comprendiéramos.

—¿No queréis saber por qué deseamos que Asad Khalil sea liberado y devuelto a Libia? —preguntó.

—Déjame pensar... para que mate a Muammar al-Gadafi porque Muammar se tiraba a su madre y mató a su padre —dije, apoyando la barbilla en la mano.

—Exacto. ¿No es un plan excelente?

—Bueno, yo sólo soy un policía. Pero me parece que echo algo en falta en todo eso. Asad Khalil, por ejemplo. Yo creo que necesitas detenerlo para hacer ese trabajo.

—Cierto. Boris nos ha dicho cómo va a salir Khalil del país, y estamos seguros de que podemos apresarlos. No me refiero a la CÍA... nosotros no tenemos competencia para detener a nadie. Pero el FBI o la policía local, actuando sobre la base de información facilitada por la CÍA, lo capturará, y es entonces cuando entramos en escena nosotros y concluimos un acuerdo.

Kate estaba mirando a Ted. Yo sabía lo que iba a decir, y lo dije.

—¿Estás loco? ¿Has perdido el juicio? Ese hombre ha asesinado a más de trescientas personas. Y si lo dejas irse asesinará a más gente, y no necesariamente la gente que *tú* quieres que asesine. Ese hombre es muy peligroso —añadió—. Es malo. ¿Cómo puedes querer que quede en libertad? No puedo creerlo.

Ted permaneció en silencio largo rato, como si forcejeara con un problema moral, pero un agente de la CÍA forcejeando con un problema moral es como el forcejeo de un profesional de la lucha libre; la mayor parte es pura simulación.

Apuntaba ya por el este una débil luz en el horizonte, y cantaban jubilosamente los pájaros, celebrando alborozados el hecho de que estaba terminando la noche. Me dieron ganas de unirme a ellos.

—Creedme cuando os digo que yo no sabía lo del vuelo Uno-Siete-Cinco —dijo Ted—. Boris tampoco lo sabía, o no le fue posible transmitirnos la información.

—Despide a Boris —sugerí.

—En realidad, puede que esté muerto. Habíamos adoptado medidas para sacarlo

de Libia pero debe de haberse torcido algo.

—Recuérdame que no te deje nunca prepararme el paracaídas —le dije.

Ted hizo caso omiso de mi observación y volvió a sus prismáticos.

—Espero que no lo maten —dijo—. A Khalil, me refiero. Si logra salir de esta zona se dirigirá a un punto de reunión donde cree que lo esperan unos compatriotas que lo sacarán del país. Pero eso no sucederá.

—¿Y dónde está ese punto de reunión? —pregunté, aunque sin esperar respuesta.

—No lo sé. La información sobre este caso está muy compartimentada.

—Si no estás persiguiendo a Khalil, ¿para qué necesitas ese rifle y la mira telescópica?

—Nunca sabe uno qué va a necesitar y cuándo lo va a necesitar —respondió, bajando los prismáticos—. ¿Lleváis chaleco antibalas?

Viniendo de un colega, la pregunta era completamente normal pero yo me sentía un poco receloso de Ted en aquel momento.

No respondí, y, lo que resultaba interesante, tampoco lo hizo Kate. Es decir, yo no pensaba que Ted fuera a intentar matarnos pero estaba claro que el hombre se hallaba sometido a una cierta tensión, aunque no lo manifestaba. Aunque si pensabas en lo que él y sus compañeros estaban tratando de lograr, te dabas cuenta de que era mucho lo que dependía de las próximas horas.

Para ellos, esto era un plan a largo plazo, y sumamente peligroso, de eliminar a Muammar al-Gadafi sin dejar demasiadas huellas dactilares de la CÍA, y el plan había empezado a desarrollarse unas horas antes de que el vuelo 175 de Trans-Continental llegase a tocar tierra siquiera. Además, el plan podía considerarse ilegal conforme a las leyes a la sazón vigentes en los Estados Unidos. De modo que el viejo Ted estaba tenso. ¿Pero levantaría aquel rifle contra Kate y contra mí y nos mataría si incrementábamos sus problemas? Nunca sabes lo que son capaces de hacer quienes tienen armas y problemas, especialmente si creen que su agenda es más importante que tu vida.

La luminosidad iba aumentando minuto a minuto pero la niebla persistía, lo que estaba bien porque producía curiosos efectos en las miras de visión nocturna.

—Oye, ¿qué tal por Frankfurt y París? —le pregunté a Ted.

—Muy bien. Resolví un asuntillo que tenía allí. —Y añadió—: Si hubieras ido a Frankfurt, como se te ordenó, ahora no te encontrarías en esta situación.

Yo no sabía muy bien en qué situación me encontraba pero conozco una amenaza velada cuando la oigo. Teniendo eso presente, yo no quería suscitar temas desagradables pero tenía que preguntar:

—¿Por qué dejaste que Asad Khalil matara a esos pilotos de caza y a esas otras personas?

Me miró, y noté que estaba preparado para la pregunta pero que no le gustaba.

—El plan era, simplemente, llevarlo detenido al JFK —dijo—, trasladarlo a Federal Plaza, mostrarle pruebas incontrovertibles, entre ellas declaraciones grabadas

de varios desertores, del adulterio de su madre y de quién mató a su padre, y devolverlo luego a su país.

—Eso lo entendemos, Ted —dijo Kate—. Lo que no entendemos es por qué, una vez que huyó, lo dejasteis completar su misión.

—En realidad, no teníamos ni idea de cuál era su misión concreta —respondió Ted.

—Perdón —dije—. Eso son chorradas. Tú sabías que estaría aquí, en el rancho de Reagan, y sabías lo que iba a hacer antes de venir aquí.

—Bueno, piensa lo que quieras. Teníamos la impresión que se lo enviaba aquí para matar a Ronald Reagan. No sabíamos que tenía los nombres de los pilotos integrantes de aquella escuadrilla. Eso es información clasificada. En cualquier caso, no importaba cuál fuese su misión porque se suponía que sería detenido en el aeropuerto Kennedy. Si hubiera sido así, no habría sucedido ninguna de las demás cosas.

—Ted, seguramente que tu mamá te enseñó que si juegas con fuego te acabas quemando.

Ted no quería verse en evidencia ante los puntos débiles de su historia, y si lo dejaba a su aire, él mismo iría poniéndolos de manifiesto.

—Bueno —nos dijo Ted—, el plan se ha torcido pero no se ha frustrado por completo. Es importante que capturemos a Khalil y le digamos lo que sabemos sobre su padre y su madre y lo soltemos luego en Libia. A propósito, fue un amigo de la familia quien mató a Karim Khalil en París. Un hombre llamado Habib Nadir, capitán del ejército y camarada y amigo del capitán Khalil. Nadir mató a su amigo por orden directa de Muammar al-Gadafi.

Menuda gente.

Ted, que no tenía nada de estúpido, dijo:

—Naturalmente, es posible que Asad Khalil salga del país y regrese a Libia antes de que se nos presente la oportunidad de hablar con él. Así que me estaba preguntando si alguno de vosotros pensó en comunicar lo que sabíais sobre la traición de Gadafi a la familia Khalil.

—Deja que piense... —respondí—, hablamos de su rencor contra Norteamérica, de sus deseos de matarme... ¿qué más...?

—Tengo entendido por tus colegas de la casa de Wiggins que mencionaste brevemente estas cuestiones al final de tu conversación con Khalil.

—Cierto. Fue después de llamarlo follacamellos.

—No es de extrañar que quiera matarte —rió Ted, y seguidamente me preguntó—: ¿Y te extendiste sobre esto en tu posterior conversación con él?

—Pareces saber mucho acerca de lo que pasa en el FBI.

—Estamos en el mismo equipo, John.

—Espero que no.

—Oh, no te las des de santo. El halo no te va bien.

Lo ignoré y me dirigí a Kate:

—Bueno, ¿preparada? —Me volví hacia Ted—: Tengo que irme, Ted. Te veré en la comisión de investigación del Senado.

—Un momento. Responde primero a mi pregunta. ¿Le hablaste a Asad Khalil de la traición de Gadafi?

—¿Tú qué crees?

—Supongo que sí. En parte porque parecías muy interesado en esa cuestión durante nuestras reuniones en Nueva York y Washington. En parte porque eres muy listo y sabes cómo fastidiar a la gente. —Sonrió.

Sonreí yo también. Ted era realmente un buen tipo. Sólo un poco tortuoso.

—Sí —dije—. Lo tengo completamente en ascuas con eso. Tenías que haber oído aquella conversación, cuando le dije que su madre era una puta y su padre un cornudo. Por no hablar de lo de Gadafi matando a su padre. Se puso furioso. Dijo que me iba a cortar la lengua y a rebanarme el pescuezo. Bueno, yo no me tiré a su madre ni maté a su padre. ¿Por qué estaba tan cabreado conmigo?

Ted parecía estar disfrutando con mi tono desenfadado y estaba además encantado de saber que yo le había hecho el trabajo.

—¿Y tienes la impresión de que te creyó?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? Quería matarme a mí. No dijo nada del tío Muammar.

Ted reflexionó unos instantes.

—Para los árabes, eso es una cuestión de honor personal —dijo—. Honor familiar, que ellos llaman *irá*. Casi cualquier deshonor familiar debe lavarse con sangre.

—Probablemente, eso funciona mejor que el juzgado de familia.

—Yo creo que Khalil matará a Gadafi —continuó—, y, si se entera de la verdad sobre Habib Nadir, lo matará también, y quizá igualmente a otras personas en Libia. Entonces nuestro plan, que tan desagradable te resulta, quedará justificado.

Kate, que tiene una moral mejor que la mía, indicó:

—No hay ninguna justificación para incitar a una persona a matar a nadie. Para luchar contra monstruos no tenemos que comportarnos como monstruos. Está mal —añadió.

Juiciosamente, Ted no entró en una grandilocuente justificación de su plan favorito para eliminar al coronel Muammar al-Gadafi.

—Créeme, debatimos intensamente esta cuestión y la sometimos al dictamen del comité de ética —le dijo a Kate.

Casi me echo a reír.

—¿Estás tú en ese comité? Y, a propósito, ¿cuál es la ética de integrarte en la BAT para promover tu propio plan de juego? ¿Y cómo diablos he acabado yo trabajando contigo?

—Yo lo solicité. Realmente admiro tu talento y tu perseverancia. De hecho,

estuviste a punto de impedir que Khalil escapara en el aeropuerto. Ya te dije que si quieres trabajar para nosotros, hay un puesto disponible. Y para ti también, Kate.

—Lo consultaremos con nuestros consejeros espirituales. Bueno, tengo que irme, Ted. Que vaya bien la entrevista.

—Sólo una o dos cosas más.

—Está bien. Dispara. —Mala elección de palabras.

—Quería decirte que me hizo mucha gracia aquel chiste. El de la fiscal general que contaste en la reunión. Edward me lo contó. Hay mucha verdad en los chistes. El FBI celebraría una gran conferencia de prensa, como va a hacer esta tarde en Washington. A mi compañía no le gustan las conferencias de prensa.

—Vaya, a mí tampoco.

—Y la CÍA convertía al conejo en un agente doble. —Sonrió—. Tuvo gracia. Y fue una muestra de presciencia en este caso.

—Entiendo. Y no olvides lo que hacían los policías, Ted. Le daban al oso una somanta de mil diablos hasta que confesaba ser un conejo, ¿no?

—Estoy seguro de que lo harían. Pero eso no convierte al oso en un conejo.

—Lo importante es que el oso *dice* que es un conejo. Y, ya que estamos en ello, los agentes dobles trabajan solamente para ellos mismos. ¿Hemos terminado?

—Casi. Sólo quiero recordaros a los dos que esta conversación no ha existido. —Miró a Kate y añadió—: Es muy importante que Asad Khalil regrese a Libia.

—No —replicó Kate—, lo importante es que sea juzgado en Estados Unidos por asesinato.

Ted se volvió hacia mí.

—Creo que tú lo entiendes.

—¿Voy a discutir con un tipo que tiene un rifle de gran potencia?

—No os estoy amenazando a ninguno de los dos —me informó Ted—. No seas melodramático.

—Lo siento. Es esa historia de «Expediente X». La televisión me está pudriendo el cerebro. Antes era «Misión imposible». Muy bien, entendido. Hasta otra.

—Realmente, yo no volvería ahora andando a la casa del rancho. Khalil sigue por ahí suelto, y vosotros dos sois un blanco perfecto.

—Ted, puestos a elegir entre quedarnos aquí contigo o andar esquivando las balas de un francotirador, ¿adivinas con qué nos quedamos?

—No digas que no te advertí.

Sin responder, di media vuelta y me alejé. Kate me imitó.

—Oh, felicidades por vuestro compromiso —exclamó Ted—. Invítadme a la boda.

Agité la mano sin volverme. Es curioso, no me importaría invitarlo. Era un completo tontolaba, pero, en resumidas cuentas, era *nuestro* tontolaba... realmente quería hacer lo que fuese mejor para el país. Terrible. Pero yo comprendía, lo cual era terrible también.

Continuamos bajando la pendiente, alejándonos de la estación VORTAC. Yo no sabía si iba a recibir un balazo en la espalda disparado por Ted o un balazo de frente disparado por Khalil, apostado entre los árboles que crecían al pie de la pendiente.

Continuamos caminando, y me di cuenta de que Kate estaba tensa.

—No te preocupes —dije—. Silba.

—Tengo la boca seca.

—Hum.

—Tengo ganas de devolver.

—Oh, oh. Como las náuseas matutinas...

—Déjate de bromas, John. Esto es... repugnante. ¿Te das cuenta de lo que ha hecho?

—Ellos practican un juego duro y peligroso, Kate. No juzgues y no serás juzgada.

—Ha habido personas asesinadas.

—No quiero hablar de ello ahora. ¿De acuerdo?

Kate sacudió la cabeza.

Encontramos un camino de herradura que atravesaba una extensión de piedras rojas y espesos matorrales. Yo esperaba tropezarme con una patrulla motorizada o un puesto de vigilancia fijo pero nunca hay un agente del Servicio Secreto cerca cuando lo necesitas.

El cielo estaba mucho más claro ahora, y una suave brisa procedente del mar empezó a disipar la niebla. Mal asunto.

Caminamos hacia donde creíamos que estaban la casa del rancho y el edificio del Servicio Secreto, pero los caminos parecían serpentear y retorcerse continuamente, y yo no estaba seguro de dónde demonios estábamos.

—Creo que nos hemos perdido —dijo Kate—. Me duelen los pies. Estoy cansada y sedienta.

—Vamos a sentarnos un rato.

Nos sentamos sobre una roca lisa y descansamos. Había allí una vegetación extraña, probablemente artemisa, cardo y todas esas plantas de los *cowboys*. La maleza era espesa pero no muy alta, no lo bastante como para ocultarnos adecuadamente mientras caminábamos. Se me ocurrió que quizá fuera mejor que nos quedáramos quietos.

—Suponiendo que Khalil esté ahí fuera, entonces probablemente está a menos de doscientos metros de la casa, de modo que quizá no debamos acercarnos demasiado a ella ni al edificio del Servicio Secreto —le dije a Kate.

—Buena idea. Nos quedaremos aquí para que Khalil pueda matarnos sin molestar a nadie más.

—Sólo estoy tratando de anticiparme a sus intenciones.

—Bueno, piensa una cosa. Quizá no va a matarnos. Quizá nos pegue unos cuantos tiros en las piernas y luego se acerque y te corte la lengua y te rebane el pescuezo.

—Veo que has estado pensando en eso. Gracias por decírmelo.

—Lo siento. —Ella bostezó—. De todos modos, tenemos nuestras pistolas, y no quiero dejar que te coja viva.

Kate rió pero era una risa emocional y físicamente debilitada.

—Descansa un poco.

Unos diez minutos después, oí un sonido vagamente familiar y me di cuenta de que eran las palas de un helicóptero zumbando en el aire.

Me puse de pie sobre la roca en que había estado sentado, salté a un peñasco próximo de metro y medio de altura y me volví en dirección al sonido.

—Ha llegado la caballería —dije—. La caballería aérea. Jo. Mira eso.

—¿Qué?

Kate se levantó pero yo le apoyé la mano en el hombro y empujé hacia abajo.

—Siéntate. Yo te contaré lo que pasa.

—Puedo verlo por mí misma.

Se puso en pie sobre la roca en que había estado sentada y se subió al peñasco, a mi lado. Miramos los dos hacia los helicópteros. Había seis Hueys describiendo círculos a pocos cientos de metros de distancia, y supuse que estaban sobrevolando la casa del rancho, de modo que nos encontrábamos cerca y ya sabíamos qué dirección tomar.

Divisé entonces un enorme helicóptero bimotor Chinook que asomaba por el horizonte, y colgando del Chinook había un automóvil, un gran Lincoln negro.

—Debe de ser un vehículo blindado —dijo Kate.

—Diligencia —le recordé—. Seis Hollys con personal Hércules volando sobre Azufre mientras Látigo y Arco Iris suben a Diligencia. Cabeza y Cola en tierra. Melchor, Gaspar y Baltasar vienen de camino.

Lanzó un suspiro de alivio, o quizá de exasperación.

Permanecemos unos minutos contemplando cómo se desarrollaba la operación, y, aunque no podíamos ver lo que sucedía en tierra, era evidente que Látigo y Arco Iris se dirigían ahora por la avenida Pennsylvania en un coche blindado, con vehículos de escolta y los helicópteros en lo alto. Misión cumplida.

Si estaba en algún lugar de los alrededores, Asad Khalil podía verlo también, naturalmente, y si todavía llevaba su bigote postizo, en aquellos momentos estaría retorciéndoselo y murmurando: «¡Maldición, otra vez burlado!»

De modo que bien está lo que bien acaba, ¿no?

No del todo. Yo tenía la idea de que Asad Khalil, habiendo fallado lo grande, optaría ahora por lo pequeño.

Pero, antes de que pudiera hacer nada al respecto, como bajar de aquel peñasco y refugiarme en la maleza para esperar ayuda, Asad Khalil cambió de objetivo.

Capítulo 56

Lo que sucedió luego pareció desarrollarse a cámara lenta, entre dos latidos de un corazón.

Le dije a Kate que saltara del peñasco. Yo salté pero ella lo hizo medio segundo después que yo.

No oí el chasquido del rifle provisto de silenciador pero comprendí que el disparo había partido de la cercana línea de árboles porque oí la bala zumbiar como una abeja sobre mi cabeza, donde había estado en el peñasco medio segundo antes.

Kate pareció tropezar en la roca y lanzó un leve grito de dolor, como si se hubiera torcido el tobillo. En un instante advertí que había captado mal la secuencia de acontecimientos; ella había gritado primero y después había tropezado. De nuevo como a cámara lenta, la vi caer por el costado del peñasco, cerca del camino.

Me abalancé sobre ella, la rodeé con los brazos y me alejé del camino, rodando por una leve pendiente hasta caer sobre unos matorrales, mientras otra bala se estrellaba contra una roca por encima de nuestras cabezas, lanzándome al cuello esquirlas de piedra y acero.

Rodé de nuevo, con Kate todavía entre mis brazos, pero un matorral nos detuvo.

—No te muevas —dije, sujetándola firmemente.

Estábamos uno al lado del otro, yo de espaldas a la dirección de los disparos, y volví la cabeza por encima del hombro para intentar ver lo que podía ver Khalil desde la línea de árboles, que estaba a menos de cien metros de distancia.

Había varios matorrales y rocas bajas entre nosotros y la línea de fuego de Khalil pero, según dónde estuviese entre aquellos árboles, aún podría hacer blanco.

Yo era consciente de que mi traje, aunque oscuro, no se confundía bien con el entorno, y tampoco la brillante chaqueta roja de Kate, pero como no había más disparos, estaba bastante seguro de que Khalil nos había perdido por el momento. O eso, o estaba saboreando el instante antes de disparar otra vez.

Me volví y miré a Kate a los ojos. Los estaba bizqueando de dolor y comenzaba a retorcerse entre mis brazos.

—No te muevas —dije—. Háblame, Kate.

Ella respiraba agitadamente ahora, y me era imposible decir si su herida era leve o grave pero podía sentir la sangre caliente que se filtraba a través de mi camisa y me humedecía la fría piel. *Maldita sea.*

—Kate. Háblame. Háblame.

—Oh... estoy... estoy herida...

—Bueno, ten calma. Quédate quieta. Déjame ver...

Moví el brazo derecho, que estaba junto a su cuerpo, y palpé bajo la blusa,

buscando con los dedos el orificio de entrada pero sin poder encontrarlo, pese a que había sangre por todas partes. *Oh Dios mío...*

Eché hacia atrás la cabeza y le miré la cara. No le salía sangre de la boca ni de la nariz, lo cual resultaba esperanzador, y tenía los ojos brillantes.

—Oh... John... maldita sea... duele...

Finalmente encontré el orificio de entrada, un agujero justo debajo de su costilla inferior izquierda. Pasé rápidamente la mano atrás y encontré el orificio de salida justo encima de las nalgas. Parecía tratarse solamente de una profunda herida en la carne, y no había chorro de sangre pero me preocupaba la posibilidad de que tuviera una hemorragia interna.

—No es nada, Kate —le dije, como se supone que hay que hablarle a los heridos—. Te pondrás bien.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Respiró hondo y se llevó la mano a la herida, explorando los orificios de entrada y salida.

Saqué un pañuelo del bolsillo y se lo puse en la mano.

—Sujeta ahí.

Permanecimos inmóviles, el uno al lado del otro, y esperamos.

Aquella bala iba dirigida contra mí, naturalmente, pero el destino, las trayectorias balísticas y el momento concreto son lo que establece la diferencia entre una herida de la que puedes presumir y una herida que los de la funeraria tienen que rellenar con masilla.

—No es nada... —repetí—. Sólo un rasguño...

Kate acercó los labios a mi oído, y sentí su aliento en la piel.

—John...

—¿Sí?

—Eres un maldito idiota.

—¿Qué...?

—Pero te quiero de todos modos. Ahora, larguémonos de aquí.

—No. Quédate quieta. No puede vernos, y no puede alcanzar lo que no puede ver.

Me había precipitado al decirlo porque, de pronto, la tierra y las rocas empezaron a saltar a nuestro alrededor y las ramas a quebrarse sobre nuestras cabezas. Comprendí que Khalil tenía una idea general de nuestra posición y estaba disparando el resto de su cargador de catorce cartuchos contra la zona en que sospechaba que nos encontrábamos. *Santo Dios*. Creía que los disparos no iban a cesar nunca. Es peor cuando utilizan un silenciador, y no oyes más que los impactos de los proyectiles sin oír el estampido del rifle.

En lo que debía de ser su último cartucho, sentí un agudo dolor en la cadera, y me llevé inmediatamente la mano allí. Una bala me había rozado la pelvis, y noté que la herida era lo bastante profunda como para haber astillado el hueso pelviano.

—¡Maldita sea!

—John, ¿estás bien?

—Sí.

—Tenemos que irnos de aquí.

—De acuerdo. Contaré hasta tres, y echamos a correr agachados a través de esos matorrales pero durante no más de tres segundos. Luego nos tiramos al suelo y rodamos unos metros. ¿Vale?

—Vale.

—Una, dos...

—¡Espera! ¿Por qué no volvemos al peñasco en que estábamos?

Volví la cabeza y miré el peñasco. Su altura no llegaba a metro y medio, y su anchura era menor aún. Las rocas que lo rodeaban, en las que habíamos estado sentados, no eran mayores que piedras grandes. Pero si lográbamos agazaparnos detrás de él, nos veríamos a salvo del fuego directo procedente de los árboles.

—De acuerdo —dije—, pero estaremos un poco apretados ahí detrás.

—Vamos antes de que empiece a disparar otra vez. Una, dos, tres...

Nos levantamos de un salto y corrimos agachados en dirección al peñasco... lo que suponía correr también en dirección a Khalil.

Hacia la mitad del trayecto, oí sobre mi cabeza aquel zumbido familiar pero Khalil tenía que disparar por encima del peñasco al que nos dirigíamos, y no se hallaba a bastante altura en el árbol como para poder disparar en el ángulo agudo que necesitaba para alcanzarnos.

Kate y yo llegamos a la roca, nos dimos la vuelta y nos sentamos muy juntos el uno al lado del otro, con las rodillas levantadas hasta el pecho. Ella se apretaba el ensangrentado pañuelo contra el costado izquierdo.

Permanecimos inmóviles unos momentos recobrando el aliento. Yo no oía ningún zumbido sobre nuestras cabezas, y me pregunté si aquel bastardo habría tenido los huevos de abandonar la protección de los árboles y venía hacia nosotros. Saqué la Glock, respiré hondo, asomé la cabeza por un lado de la roca y escruté rápidamente el espacio antes de volver a esconderla con el tiempo justo para evitar que la volase una bala bien dirigida que hizo saltar esquirlas de roca.

—Ese tío sabe disparar.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo? Siéntate.

—¿Dónde aprendiste a soltar esos tacos?

—Nunca he soltado tantos tacos en mi vida hasta que te conocí.

—¿De veras?

—Siéntate y calla.

—Está bien.

Así que nos quedamos allí sentados, rezumando sangre, pero no en cantidad suficiente como para atraer tiburones, o lo que hubiese por los alrededores. Asad Khalil permanecía extrañamente silencioso, y yo me estaba poniendo nervioso al

pensar qué se propondría. Quiero decir que aquel cabrón podría estar a siete metros de distancia, deslizándose por entre la espesura.

—Voy a hacer unos cuantos disparos al aire —dije—, para atraer la atención y mantener apartado a Khalil.

—No. Si atraes aquí a los agentes del Servicio Secreto, Khalil los matará. No quiero tener ese peso sobre mi conciencia. No corremos peligro. Quédate quieto.

Yo no estaba seguro de que no corriésemos peligro, pero lo demás era razonable. Así que, John Corey, hombre de acción, quédate quieto.

—Quizá logre atraer la atención de Ted —dije al cabo de un minuto—. Entonces él y Khalil pueden sostener un duelo a tiros.

—Estate quieto y calla. Escucha a ver si percibes sonidos en la espesura.

—Buena idea.

Kate se contorsionó para quitarse la chaqueta roja, que era casi del mismo color que la sangre que la empapaba. Se ató las mangas en torno a la cintura, formando un torniquete sobre las heridas.

Luego metió la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta.

—Llamaré al motel Sea Scape para comunicarles nuestra situación —dijo— y que avisen al Servicio Secreto de aquí y...

Siguió buscando en los bolsillos y exclamó:

—No encuentro el móvil.

Oh, oh.

Tanteamos los dos por el suelo. Kate extendió demasiado la mano por el lado izquierdo, y el suelo estalló a unos centímetros de sus dedos. Retiró la mano al instante, como si hubiera tocado un hornillo caliente, y se la miró.

—Dios mío, he sentido cómo esa bala me rozaba los nudillos... pero... no estoy herida... He sentido el calor o algo así.

—Ese hombre sabe disparar. ¿Dónde está el móvil?

Volvió a registrarse los bolsillos de la chaqueta y los pantalones.

Se ha debido de caer del bolsillo al rodar por el suelo —anunció—. Maldita sea.

Nos quedamos mirando la pendiente cubierta de maleza que se extendía ante nosotros pero no había forma de saber dónde estaba el teléfono, y, desde luego, ninguno de los dos iba a ir a buscarlo.

Así que continuamos allí sentados, atentos al ruido de alguien que avanzara hacia nosotros. Yo esperaba que aquel bastardo estuviera viniendo en nuestra dirección porque sabía que tendría que rodear el peñasco o pasar por encima de él, y lo oiríamos. Yo quería dispararle una vez por lo menos. Pero si se movía describiendo un arco amplio, no lo veríamos ni lo oiríamos, y él tenía el rifle con mira telescópica. Me sentí de pronto menos seguro en aquel lado del peñasco, sabiendo que Khalil podría estar moviéndose por entre la maleza de la que nosotros acabábamos de salir.

—Siento lo del teléfono —dijo Kate.

—No es culpa tuya. Supongo que yo debería tener un móvil.

—No es mala idea. Te compraré uno.

Pasó un helicóptero a unos cuatrocientos metros de distancia pero no nos vio, ni nos detectó —tampoco a Khalil—, con cualquiera que fuese la clase de sensor con que iba equipado. Y tampoco disparó Khalil contra él, que habría sido un blanco fácil. Esto me indujo a creer que Asad Khalil se había ido... o que el señor Khalil se abstenía de disparar porque a quien realmente quería cazar era a mí. Bueno, era una idea inquietante.

Fuera como fuese, yo ya me había hartado de aquello. Me quité la chaqueta y, antes de que Kate pudiera impedírmelo, me puse rápidamente en pie y la agité a un lado, como un torero citando al toro. Pero, a diferencia de un torero, yo me deshice apresuradamente de la chaqueta mientras me zambullía detrás del peñasco, justo a tiempo para oír el zumbido que sacudió la chaqueta e hizo saltar unas ramas a nuestro lado.

—Creo que está todavía entre los árboles —dije antes de que Kate pudiera gritarme.

—¿Y cómo lo sabes?

—El disparo ha venido de esa dirección. Me he dado cuenta por el zumbido y el impacto, y ha habido un lapso de medio segundo, como si estuviese todavía a cien metros de distancia.

—¿Te estás inventando eso?

—Más o menos.

Bueno, volvimos a la guerra de nervios. Justo cuando ya pensaba yo que Khalil estaba ganando, don Asesino Implacable se sintió frustrado y empezó a disparar de nuevo. El muy cabrón se divertía disparando sobre la cresta del peñasco, y fragmentos de piedra volaban por el aire y caían sobre nosotros.

Disparó un cargador completo, luego recargó el arma y empezó a disparar por ambos lados del peñasco, de modo que los proyectiles impactaban a pocos centímetros de nuestras encogidas piernas. Contemplé, fascinado, cómo la pedregosa tierra estallaba en pequeños cráteres.

—Ese tío es un desgraciado —dije a Kate.

Ella no respondió, hipnotizada por la tierra que volaba a nuestro alrededor.

Khalil dirigió entonces su puntería a los costados del peñasco, haciendo que las balas rozasen la piedra a sólo unos centímetros de nuestros hombros. La roca se iba haciendo un poco más pequeña.

—¿Dónde aprendería a disparar así? —pregunté.

—Si yo tuviese un rifle —replicó ella—, ya le enseñaría cómo se dispara. —Y añadió—: Si hubiera llevado chaleco antibalas, no estaría sangrando.

—Recuérdalo para la próxima vez. —Le cogí la mano y se la apreté—. ¿Qué tal estás?

—Bien... duele mucho.

—Aguanta un poco. Ya se cansará de jugar con su rifle.

—¿Cómo estás tú? —me preguntó.

—Tengo una nueva herida que enseñar a las chicas.

—¿Quieres otra más?

Volví a apretarle la mano y dije, estúpidamente:

—Las heridas de él y las de ella.

—No tiene ninguna gracia. Esta maldita herida me está dando punzadas.

Le desaté la chaqueta, le pasé la mano por la espalda y palpé suavemente el orificio de salida.

Lanzó un grito de dolor.

—Está empezando a coagularse —dije—. Procura no moverte para que no sangre otra vez. Mantén el orificio de entrada taponado con el pañuelo.

—Ya sé, ya sé, ya sé. Dios mío, cómo duele.

—Lo sé. —Yo he pasado por eso. Volví a anudarle la chaqueta en torno a la cintura.

Khalil tuvo otra idea y empezó a disparar contra las demás rocas, más pequeñas, que había a nuestro alrededor, provocando rebotes, como un jugador de billar que tratase de lograr una jugada desde detrás de la bola ocho. Las rocas eran de arenisca, y la mayoría de ellas se partían, pero de vez en cuando Khalil conseguía un rebote, y una de las balas se estrelló realmente contra el peñasco, por encima de mi cabeza.

—Mete la cabeza y la cara entre las piernas —dije a Kate. Y añadí—: Es perseverante el muy bastardo, ¿eh?

—Realmente te aborrece, John —dijo ella, metiendo la cabeza entre las piernas—. Tú le has impulsado a nuevos niveles de creatividad.

—Es un efecto que suelo provocar en la gente.

Sentí de pronto un agudo dolor en el muslo derecho y comprendí que había sido herido por una bala que había rebotado.

—¡Maldita sea!

—¿Qué ocurre?

Me palpé en el punto en que el ardiente proyectil me había alcanzado y descubrí un roto en el pantalón y un desgarrón en la carne. Busqué a tientas en el suelo, junto al muslo, y encontré la bala, deformada y todavía caliente. La levanté en el aire.

—Siete coma seis dos milímetros, funda de acero, proyectil militar, probablemente de un M-14, modificado como rifle de francotirador, con miras telescópicas para día y para noche intercambiables, más silenciador y supresor de fognazo. Igual que el que tenía Gene.

—¿A quién carajo le importa eso?

—Es sólo por hablar de algo. —Y añadí—: Igual también que el que tenía Ted.

Mis palabras quedaron flotando en el aire mientras tratábamos de ahuyentar de nuestra mente varias ideas absurdas.

—Naturalmente —agregué—, el M-14 es un rifle bastante común entre los excedentes del Ejército, y no pretendo sugerir nada mencionando que da la casualidad

de que Ted tiene uno.

—Podría habernos matado en la estación VORTAC —dijo Kate finalmente.

—No lo haría tan cerca de donde Gene nos dejó para que nos reuniéramos con él —señalé.

Ella no respondió.

Naturalmente, yo no pensaba que fuese Ted quien estaba intentando matarnos. Ted no haría eso. Ted quería ir a nuestra boda, ¿no? Pero nunca se sabe. Me guardé la bala usada en el bolsillo.

Permanecimos cinco minutos inmóviles y en silencio, y yo supuse que quienquiera que fuese se había ido, aunque no tenía intención de averiguarlo.

Oí varios helicópteros que volaban en círculos a lo lejos y confié en que uno de ellos acabara viéndonos.

Pese al dolor que sentía en la pelvis, estaba empezando a desvanecerme. Me hallaba totalmente exhausto y también deshidratado, así que creí que deliraba cuando oí un timbre de teléfono. Abrí los ojos.

—¿Qué diablos...?

Kate y yo miramos pendiente abajo hacia el lugar en que sonaba el teléfono. Yo no podía verlo aún pero tenía una vaga idea de su situación. Aseguraría que no estaba a más de ocho metros de distancia. Se encontraba directamente delante de nosotros, y, si salía a cogerlo, el peñasco impediría que Khalil me viese. Quizá.

Antes de que pudiera decidir si quería arriesgarme, el teléfono dejó de sonar.

—Si cogemos ese teléfono, podemos pedir ayuda —dije.

—Si salimos a coger ese teléfono, no necesitaremos ayuda. Estaremos muertos.

—Cierto.

Seguimos mirando el lugar en que había sonado el teléfono. Empezó a sonar de nuevo.

Es un hecho que un francotirador no puede estar mirando continuamente a través de una mira telescópica sin que se le fatiguen los ojos y el brazo, por lo que necesita tomarse cortos descansos. Quizá Khalil estaba en uno de ellos. De hecho, quizá era Khalil quien nos llamaba. No podía disparar y hablar al mismo tiempo, ¿no?

Sin pararme a pensarlo dos veces, salté hacia adelante, recorrí encorvado los ocho metros en dos segundos, localicé el teléfono, que continuaba sonando, lo cogí, di media vuelta y regresé a toda velocidad al peñasco, manteniendo éste entre mí y la línea de tiro de Khalil. Antes de llegar allí, le tiré el teléfono a Kate, que lo cogió.

Choqué contra el peñasco, giré sobre mí mismo y caí sentado, preguntándome por qué estaba vivo todavía. Respiré hondo varias veces.

Kate tenía el teléfono junto al oído y estaba escuchando.

—Váyase a tomar por culo —exclamó. Escuchó de nuevo y dijo—: No me diga cómo debe hablar una mujer. Váyase a tomar por culo.

Tuve la impresión de que no era Jack Koenig.

Se apoyó el teléfono en el pecho.

—¿Eres muy valiente o muy estúpido? —me dijo—. ¿Cómo has podido hacer eso sin consultarme? ¿Preferirías estar muerto que casado? ¿Es eso?

—Disculpa, ¿quién está al teléfono?

Kate me entregó el móvil.

—Khalil quiere despedirse.

Nos miramos, turbados, creo, por nuestras breves sospechas de que era Ted Nash, nuestro compatriota, quien había intentado matarnos. Yo tenía que abandonar el oficio.

—Deberías cambiar de número —observé. Me llevé el teléfono al oído y dije—: Corey.

—Es usted un hombre muy afortunado —me dijo Asad Khalil.

—Dios vela por mí.

—Eso debe de ser. No suelo fallar.

—Todos tenemos días malos, Asad. Vuelva a casa y practique.

—Admiro su valor y su buen humor ante la muerte.

—Muchas gracias. Oiga, ¿por qué no sale de ese árbol, tira su rifle y cruza este terreno con las manos en alto? Procuraré que las autoridades le dispensen un buen trato.

—No estoy en el árbol —respondió, riendo—. Estoy camino de mi país. Sólo quería despedirme y recordarle que volveré.

—Estoy deseando un nuevo enfrentamiento.

—Váyase a tomar por culo.

—Un hombre religioso no debería hablar así.

—Váyase a tomar por culo.

—No, váyase usted, Asad, y que le dé por culo el camello en que vino.

—Lo mataré y mataré a esa puta con la que está, aunque me lleve toda la vida.

Evidentemente, había vuelto a enfurecerlo, de modo que para dirigir su ira hacia objetivos más constructivos, le recordé:

—No olvide arreglar primero las cuentas con su tío Muammar. Y hay también un tipo llamado Habib Nadir que mató a su padre en París por orden de Muammar. ¿Lo conoce?

No hubo respuesta, aunque tampoco esperaba yo ninguna. Se cortó la comunicación, y devolví el teléfono a Kate.

—Él y Ted se llevarían bien.

De modo que nos quedamos allí, sin confiar mucho en que Khalil estuviera largándose por las montañas, especialmente después de nuestra última conversación. Quizá yo necesitaba seguir un curso de Dale Carnegie.

Kate llamó al motel Sea Scape y pidió que la pusieran con Kim Rhee. Explicó nuestra situación y nuestra posición en aquellos momentos detrás de un peñasco, y Kim dijo que nos enviaría varios agentes del Servicio Secreto.

—Dígales que tengan cuidado —añadió Kate—. No estoy segura de que Khalil se

haya marchado realmente.

Colgó.

—¿Tú crees que se ha ido? —me preguntó.

—Creo que sí. El León sabe cuándo huir y cuándo atacar.

—Cierto.

—¿Qué diferencia hay entre un terrorista árabe y una mujer con síndrome premenstrual? —le pregunté para aliviar la tensión del momento.

—Dímelo tú.

—Con un terrorista árabe se puede razonar.

—No tiene ninguna gracia.

—De acuerdo, ¿cuál es la definición de árabe moderado?

—¿Cuál?

—Un tipo que se ha quedado sin munición.

—Eso sí tiene gracia.

El sol cobró fuerza y dispersó la niebla restante. Nos cogimos de la mano, esperando que viniera a recogernos un helicóptero o que pasara por allí un vehículo o una patrulla a pie.

—Esto ha sido un anticipo del futuro —dijo Kate como hablando consigo misma.

Era cierto. Y Asad Khalil, u otro como él, volvería con algún nuevo agravio, y nosotros enviaríamos como represalia un misil de crucero contra la casa de alguien, y todo recomenzaría en un interminable círculo vicioso.

—¿Quieres abandonar este oficio? —pregunté a Kate.

—No. ¿Y tú?

—Sólo si tú lo haces.

—A mí me gusta —dijo.

—Lo que a ti te guste me gusta a mí.

—A mí me gusta California.

—A mí me gusta Nueva York.

—¿Qué tal Minnesota?

—¿Es una ciudad p un Estado?

Finalmente, un helicóptero nos vio y, tras determinar que no éramos unos enloquecidos terroristas árabes, aterrizó y fuimos transportados a bordo.

Capítulo 57

Nos llevaron a un helipuerto situado en el hospital del condado de Santa Bárbara, y nos instalaron en habitaciones contiguas, sin vistas especialmente atractivas.

Muchos de nuestros amigos de la oficina del FBI en Ventura pasaron a saludarnos: Cindy, Chuck, Kim, Tom, Scott, Edie, Roger y Juan. Todos alabaron nuestro buen aspecto. Creo que si me siguen disparando una vez al año, para cuando cumpla los cincuenta tendré un aspecto horrible.

Como es de imaginar, mi teléfono sonaba constantemente: Jack Koenig, el capitán Stein, mi excompañero Dom Fanelli, mi exesposa, Robin, familiares, amigos, colegas pasados y presentes, etcétera, etcétera. Todo el mundo parecía muy preocupado por mi estado, naturalmente, y siempre preguntaban primero cómo me iba y esperaban pacientemente mientras yo decía que muy bien antes de abordar la cuestión que realmente les interesaba: qué había sucedido.

Como recordaba de mi anterior estancia, los pacientes de hospital recurren a numerosas excusas. Por lo tanto, según quien llamaba, yo tenía cinco líneas estándar de actuación: estoy tomando analgésicos y no puedo concentrarme; es la hora de mi baño de esponja; esta línea no es segura; tengo un termómetro metido en el culo; mi siquiatria dice que no debo recordar el incidente.

Evidentemente, hay que utilizar la línea adecuada para cada persona. Decirle a Jack Koenig, por ejemplo, que tenía un termómetro metido en el culo... bueno, creo que la cosa está clara.

El segundo día llamó Beth Penrose. No me pareció oportuna para aquella conversación ninguna de las líneas estándar, así que tuvimos «La Conversación». Fin de la historia. Ella me deseó que me fuese bien, y era sincera. Yo le deseé que le fuese bien a ella, y era sincero.

Varias personas de la oficina de Los Ángeles se pasaron también a ver cómo le iba a Kate, y algunas de ellas incluso se acercaron a verme a mí, incluido Douglas Pindick, que me cerró la llave del suero. Es broma.

Otro visitante fue Gene Barlet, del Servicio Secreto. Nos invitó a Kate y a mí a volver al rancho de Reagan cuando estuviéramos en condiciones.

—Les enseñaré el lugar donde les dispararon —dijo—. Pueden recoger esquiras de la roca. Tomar unas fotos.

Yo le aseguré que no tenía ningún interés en inmortalizar el incidente pero Kate aceptó su invitación.

De todos modos, supe por varias personas distintas que Asad Khalil parecía haberse esfumado, lo cual no me sorprendió. Había dos posibilidades con respecto a la desaparición del señor Khalil: una, había regresado a Trípoli; dos, la CÍA lo tenía

en su poder y estaba tratando de hacerle cambiar de bando convenciendo al León de que ciertos libios sabían mejor que los norteamericanos.

Sobre esa cuestión, yo aún no sabía si Ted y compañía dejaron realmente que Asad Khalil continuara su misión de matar a aquellos pilotos para que así se sintiera más realizado y, por lo tanto, satisfecho y receptivo a la idea de matar a tío Muammar y sus amigos. También me preguntaba dónde habían obtenido los libios los nombres de aquellos pilotos. Quiero decir que ésa es realmente una teoría de conspiración estilo «Expediente X», y resultaba tan aventurada que no le dediqué demasiado tiempo ni perdí mucho sueño con ella. Sin embargo, me preocupaba.

En cuanto a Ted, me preguntaba por qué no había venido a visitarnos, pero imaginaba que estaba ocupado urdiendo mentiras, bullendo e intrigando por los pasillos de Langley.

El tercer día de nuestra estancia en el hospital, llegaron cuatro caballeros de Washington, representantes, dijeron, del Federal Bureau of Investigation, aunque uno de ellos tenía todo el aire de ser de la CÍA. Kate y yo estábamos lo bastante bien como para recibirlos en una sala de visitas privada. Nos tomaron declaración, naturalmente, porque eso es lo que hacen. Les encanta tomar declaraciones, pero rara vez hacen declaraciones ellos.

Dijeron, sin embargo, que el FBI no había detenido todavía a Asad Khalil, lo cual tal vez fuese técnicamente cierto. Yo mencioné a aquellos caballeros que el señor Khalil había jurado matarnos a Kate y a mí aunque eso le llevara el resto de su vida.

Nos dijeron que no nos preocupáramos demasiado, que no hablásemos con desconocidos y que estuviéramos en casa antes de que se hiciese de noche, o algo parecido. Formulamos el vago compromiso de reunimos en Washington cuando nos sintiéramos recuperados. Afortunadamente, nadie habló de una conferencia de prensa.

En relación con eso, se nos recordó que habíamos firmado varias declaraciones juradas, promesas y cosas así, limitando nuestro derecho a hacer declaraciones públicas y jurando salvaguardar toda información relacionada con la seguridad nacional. En otras palabras, no habléis con la prensa u os daremos una tunda tal que las heridas de bala que tenéis en el culo os parecerán, en comparación, simples granitos.

Eso no era una amenaza, porque el gobierno no amenaza a sus ciudadanos, pero constituía una clara advertencia.

Yo recordé a mis colegas que Kate y yo éramos héroes pero nadie parecía saber nada de eso. Anuncié luego a los cuatro caballeros que era la hora de mi enema, y se fueron.

Por lo que se refiere a la prensa, todos los medios de comunicación informaron del intento de asesinato de Ronald Reagan pero se quitaba importancia al asunto, y la declaración oficial de Washington fue: «La vida del presidente no ha corrido peligro en ningún momento». No se mencionaba a Asad Khalil —el solitario individuo

implicado era desconocido— y nadie pareció establecer relación alguna entre los pilotos muertos y el intento de asesinato. Eso cambiaría, naturalmente, pero, como diría Alan Parker: «Un tercio hoy, un tercio mañana, y el resto cuando los periodistas empiecen a apretarnos los huevos».

El cuarto día de nuestra estancia en el hospital del condado de Santa Bárbara se presentó solo el señor Edward Harris, colega de la CÍA de Ted Nash, y lo recibimos en la sala de visitas privada. Él también nos recordó que no debíamos hablar con la prensa y sugirió que habíamos sufrido un fuerte *shock*, pérdida de sangre y todo eso y que no se podía confiar en nuestra memoria.

Kate y yo habíamos hablado anteriormente de eso, y aseguramos al señor Harris que ni siquiera podíamos recordar lo que teníamos para comer.

—Yo ni sé por qué estoy en el hospital —añadí—. Lo último que recuerdo es que iba al aeropuerto Kennedy para recoger a un desertor.

Edward, sin embargo, pareció un poco escéptico.

—No exagere —dijo.

—Le gané veinte dólares en aquella apuesta —informé al señor Harris—. Y diez a Ted.

Me dirigió una mirada un tanto extraña, lo que parecía poco apropiado. Yo creo que tenía algo que ver con mi mención del nombre de Ted.

Debo decir en este momento que casi todos los que nos visitaban se comportaban como si poseyesen alguna información que nosotros desconocíamos pero que podríamos conocer si preguntábamos.

—¿Dónde está Ted? —le pregunté a Edward.

—Ted Nash ha muerto —me informó al cabo de unos segundos.

No me sorprendió del todo pero la noticia me conmocionó.

—¿Cómo? —pregunto Kate, estupefacta.

—Lo descubrieron en el rancho de Reagan después de haberlos encontrado a ustedes —respondió Edward—. Tenía una herida de bala en la frente y murió en el acto. Hemos recuperado la bala, y las pruebas balísticas practicadas demuestran de modo concluyente que fue disparada por el mismo rifle que Asad Khalil utilizó para disparar contra ustedes.

Kate y yo permanecemos en silencio, sin saber qué decir.

Yo me sentía mal pero si Ted estuviera en la sala le diría lo evidente: cuando juegas con fuego, te quemas; cuando juegas con leones, te comen.

Kate y yo expresamos nuestra condolencia, mientras yo me preguntaba por qué no se había hecho pública aún la muerte de Ted.

Edward sugirió, como había hecho Ted, que quizá nos agradase trabajar para la CÍA.

Yo no creía en la posibilidad de que aquello fuese algo agradable pero hay que saber adaptarse a las circunstancias.

—Podemos hablarlo —le dije a Edward—. A Ted le habría encantado.

Detecté de nuevo una chispa de escepticismo en Edward.

—El sueldo es mejor —respondió, sin embargo—. Pueden elegir cualquier destino en el extranjero con una permanencia garantizada de cinco años seguidos en el mismo. Juntos. París, Londres, Roma, a elegir.

Aquello sonaba un poco a soborno, lo cual es muchísimo mejor que una amenaza. La cuestión era que sabíamos demasiado, y ellos sabían que sabíamos demasiado.

—Yo siempre he querido vivir en Lituania —dije a Edward—. Kate y yo hablaremos de ello.

Edward no estaba acostumbrado a que se prescindiera de él, y se puso muy serio y se marchó.

—No deberías irritar a esa gente —me recordó Kate.

—No se me presenta a menudo la oportunidad de hacerlo.

Ella permaneció en silencio unos instantes.

—Pobre Ted —dijo finalmente.

Yo me preguntaba si realmente estaría muerto, por lo que no podía poner el menor entusiasmo en una manifestación de pesar.

—Invítalo a la boda de todos modos —dije—. Nunca se sabe.

Para el quinto día de estancia en el hospital, yo pensaba que si continuaba allí más tiempo nunca me recuperaría física ni mentalmente, así que cogí yo mismo el alta, lo que hizo dichoso al representante de mi seguro médico oficial. De hecho, habría podido marcharme en cualquier momento después del segundo día, habida cuenta de la levedad de mis heridas del muslo y la cadera, pero los federales —y también Kate, cuya herida necesitaba más tiempo para curar— habían querido que me quedase.

—Hotel de playa Ventura Inn —dije a Kate—. Te veré allí.

Y me fui, con un frasco de antibióticos y varios analgésicos realmente estupendos.

Alguien había enviado mi ropa a la lavandería, y el traje había vuelto limpio y planchado, con los dos agujeros de bala cosidos o zurcidos o lo que fuese. Las manchas de sangre eran débilmente visibles todavía en el traje, y en la camisa azul y en la corbata, aunque mis calzoncillos y mis calcetines estaban limpios y tersos. Una furgoneta del hospital me llevó a Ventura.

Me sentía como un vagabundo al registrarme en el Ventura Inn sin equipaje y un poco aturdido con tanto analgésico. Pero la American Express no tardó en arreglar las cosas y adquirí ropas californianas, me bañé en el océano, vi varias reposiciones de «Expediente X» y hablaba dos veces al día con Kate por teléfono.

Ella se reunió conmigo pocos días después. Nos tomamos unas vacaciones médicas en el Ventura Inn y yo cuidé mi bronceado y aprendí a comer aguacates.

El caso es que Kate tenía un diminuto y juvenil biquini y pronto se dio cuenta de que las cicatrices no se broncean. Los hombres consideran que las cicatrices son emblemas honrosos. Las mujeres, no. Pero yo le besaba la pupita todas las noches, y empezó a darle menos importancia. De hecho, empezó a enseñarles los orificios de

entrada y salida a varios cabineros, para los que una herida de bala era algo realmente guay.

Kate, entre cabineros e historias de guerra, trató de enseñarme a practicar el surf pero creo que para hacerlo bien hay que tener fundas en los dientes y el pelo descolorido.

Así pues, llegamos a conocernos mejor durante las dos semanas de luna de miel de prueba que pasamos en Ventura, y, de común y tácito acuerdo, comprendimos que estábamos hechos el uno para el otro. Por ejemplo, Kate me aseguró que le encantaba ver partidos de fútbol por televisión, le gustaba dormir con la ventana abierta en invierno, prefería los *pubs* irlandeses a los restaurantes selectos, detestaba los vestidos caros y las joyas y nunca cambiaba de peinado. Yo lo creí todo, naturalmente. Prometí seguir igual. Eso era fácil.

Todo lo bueno tiene un final, y a mediados de mayo regresamos a Nueva York y a nuestros puestos de trabajo en 26 Federal Plaza.

Los compañeros nos dieron una pequeña fiesta, como es costumbre, y se pronunciaron discursos estúpidos, se propusieron brindis por nuestra dedicación al trabajo, por nuestro pleno restablecimiento y, naturalmente, por nuestro compromiso y por una vida larga y feliz juntos. A todo el mundo le encanta una historia de amor. Fue la noche más larga de mi vida.

Para hacer la velada más divertida, Jack me llevó a un lado y me dijo:

—He utilizado tus treinta pavos, y también las apuestas de Ted y Edward, para pagar la factura. Sabía que no te importaría.

No me importaba. Y Ted habría querido que se hiciera así.

Teniendo en cuenta todas las circunstancias, yo prefería volver a Homicidios Norte pero eso no iba a suceder. El capitán Stein y Jack Koenig me aseguraron que me esperaba un brillante futuro en la Brigada Antiterrorista, pese al montón de denuncias formales presentadas contra mí por diversos individuos y organizaciones.

A nuestra vuelta al servicio, Kate anunció que lo estaba pensando mejor... no lo del matrimonio, sino lo del anillo de compromiso. Me puso a trabajar en algo denominado la «Lista de Invitados». Y encontré Minnesota en un mapa. Es un estado entero. Mandé por fax copias del mapa a mis compañeros de la policía de Nueva York para que supieran.

Pocos días después de nuestra vuelta, realizamos el preceptivo viaje al edificio J. Edgar Hoover y pasamos tres días con aquellos agradables tipos de Contraterrorismo, que escucharon toda nuestra historia y luego nos la repitieron de forma ligeramente diferente. Corregimos nuestra versión, y Kate y yo firmamos testimonios, declaraciones, transcripciones y no sé cuántas cosas más hasta que todo el mundo quedó contento.

Supongo que claudicamos un poco pero obtuvimos la solemne promesa de que algún día podríamos restablecer la verdad de las cosas.

El cuarto día de nuestro viaje a Washington nos llevaron al cuartel general de la

CÍA en Langley, Virginia, donde fuimos recibidos por Edward Harris y otros. No fue una visita larga, y estuvimos en compañía de cuatro agentes del FBI, que llevaron casi todo el peso de la conversación en nuestro nombre. Ojalá esa gente aprendiera a largarse.

Lo único interesante de aquella visita a Langley fue nuestra entrevista con un hombre extraordinario. Era un exagente del KGB, y se llamaba Boris, el mismo Boris que Ted nos había mencionado en el VORTAC.

El único motivo de la entrevista parecía ser el hecho de que Boris quería conocernos. Pero en la hora que estuvimos hablando obtuve la impresión de que aquel hombre había visto y hecho en su vida más que todos los que nos encontrábamos allí juntos.

Boris era un tipo corpulento, fumaba Marlboro sin cesar y se mostraba excesivamente atento con mi prometida.

Habló un poco de sus tiempos en el KGB y luego nos contó unas cuantas anécdotas sobre su segunda carrera en la Inteligencia libia. Mencionó que le había dado a Khalil varios consejos sobre su viaje a Estados Unidos. Boris tenía curiosidad por saber cómo habíamos dado con Khalil y todo eso.

No acostumbro suministrar mucha información a agentes de servicios de inteligencia extranjeros pero el hombre actuaba con nosotros sobre la base de «uno por uno», y si Kate o yo contestábamos a su pregunta él contestaba a la nuestra. Podría haberme pasado días enteros hablando con aquel tipo pero había otras personas en la sala, y de vez en cuando nos decían que no respondiéramos o que cambiáramos de tema. ¿Qué ha sido de la libertad de expresión?

De todos modos, tomamos un sorbito de vodka juntos e inhalamos humo de segunda mano.

Uno de los chicos de la CÍA anunció que era hora de marcharse, y nos pusimos todos en pie.

—Deberíamos volver a vernos —le dije a Boris.

Se encogió de hombros e hizo un gesto en dirección a sus amigos de la CÍA.

Finalmente nos estrechamos la mano.

—Ese hombre es una máquina de matar perfecta —nos dijo Boris a Kate y a mí —, y lo que no mata hoy lo matará mañana.

—Es sólo un hombre —repliqué.

—A veces me pregunto si lo es. —Y añadió—: En cualquier caso, los felicito a los dos por su supervivencia. No desperdicien ninguno de sus días.

Yo estaba seguro de que se trataba de otra expresión rusa y de que no teñía nada que ver con el tema de Asad Khalil. ¿Verdad?

Kate y yo regresamos a Nueva York, y ninguno de los dos volvió a mencionar a Boris. Pero la verdad es que me gustaría beberme una botella entera de vodka con él algún día. Quizá le hiciera llegar una citación. Quizá no era buena idea.

Transcurrieron varias semanas, y seguíamos sin saber nada de Asad Khalil ni

tener noticia de que el señor Gadafi hubiera fallecido repentinamente.

Kate no hizo cambiar el número de su teléfono móvil, yo sigo teniendo el mismo número directo en 26 Federal Plaza, y estamos esperando una llamada del señor Khalil.

Mejor que eso, Stein y Koenig —como parte de nuestro pacto con la gente de Washington— nos ordenaron que formásemos un equipo especial constituido por mí, Kate, Gabe, George Foster y varias otras personas cuya única misión es encontrar y apresar al señor Asad Khalil. Yo solicité también al Departamento de Policía de Nueva York el traslado de mi viejo compañero, Dom Fanelli, a la BAT. Él se resiste pero yo soy ahora una persona importante y pronto tendré a Dom en mis manos. Quiero decir que él es responsable de que yo esté en la BAT, y una buena jugarreta se merece otra. Será como en los viejos tiempos.

No habrá nadie de la CÍA en nuestro nuevo equipo, lo que aumenta mucho nuestras probabilidades.

Este equipo especial es probablemente lo único que me mantenía en aquel jodido puesto. Quiero decir que me tomo muy en serio la amenaza de aquel individuo, y es simplemente cuestión de matar o que te maten. Ninguno de los miembros del equipo pretendemos coger vivo a Asad Khalil, y el propio Asad Khalil tampoco tiene intención de ser cogido vivo, de modo que la cosa resulta bien para todos.

Llamé a Robin, mi ex, y le informé de mi próximo matrimonio.

Ella me deseó felicidad.

—Ahora puedes cambiar el estúpido mensaje de tu contestador —me aconsejó.

—Buena idea.

—Si coges algún día a ese Khalil —añadió—, pásame el caso.

Yo había practicado este juegucito con ella en el caso de los delincuentes que me tirotearon en la calle 102 Oeste.

—De acuerdo, pero quiero el diez por ciento de tus honorarios —respondí.

—Lo tienes. Y perderé el caso, y le caerá la perpetua.

—Hecho.

Así que, una vez resuelto eso, pensé que debía llamar a antiguas amigas para decirles que tenía una compañera a tiempo completo que pronto sería mi mujer. Pero no quería hacer esas llamadas telefónicas, de modo que, en su lugar, envié *e-mails*, tarjetas y fax. Recibí unas cuantas respuestas, en su mayoría condolencias por la novia. No le enseñé ninguna de ellas a Kate.

Se aproximaba el Gran Día, y yo no estaba nervioso. Ya había estado casado, y me había enfrentado muchas veces a la muerte. No quiero decir que haya ninguna semejanza entre casarse y que te disparen pero... tal vez la haya.

Kate manifestaba bastante calma con respecto a todo el asunto, y eso que nunca había hecho el paseíllo por el pasillo central. Parecía dominar realmente la situación y sabía qué había que hacer, y cuándo había que hacerlo, y quién tenía que hacer qué, y todo eso. Yo creo que se trata de un conocimiento no aprendido que tiene algo que

ver con el cromosoma X.

Bromas aparte, me sentía feliz, satisfecho y más enamorado que nunca. Kate Mayfield era una mujer extraordinaria, y yo sabía que viviríamos siempre felices. Creo que lo que me gustaba de ella era que me aceptaba tal como era, lo cual no es realmente demasiado difícil, habida cuenta de lo casi perfecto que soy.

Además, habíamos compartido una experiencia que era todo lo profunda y determinante que dos personas pueden compartir, y lo habíamos hecho bien. Kate Mayfield era valiente, leal e ingeniosa y, a diferencia de mí, todavía no era cínica ni estaba hastiada del mundo. De hecho, era una patriota, y no puedo decir otro tanto de mí mismo. Tal vez lo fuera en otro tiempo pero en el transcurso de mi vida nos han sucedido demasiadas cosas a mi país y a mí. Sin embargo, hago mi trabajo.

Lo que más siento con respecto a todo este asunto —aparte de mi evidente sentimiento por la pérdida de vidas— es que no creo que hayamos aprendido nada de todo esto.

Como yo, el país siempre ha tenido suerte y siempre se las ha arreglado para esquivar la bala fatal. Pero la suerte, como he aprendido en las calles y en las mesas de juego y en el amor, se acaba. Y, si no es demasiado tarde, te enfrentas a los hechos y a la realidad y trazas un plan de supervivencia que no tiene para nada en cuenta la suerte.

Y hablando de eso, el día de nuestra boda llovía, lo cual, según he descubierto, se supone que significa buena suerte. Yo creo que sólo significa que te mojas.

Casi todos mis amigos y familiares habían hecho el viaje hasta esta pequeña ciudad de Minnesota, y la mayoría de ellos se comportaron mejor que en mi primera boda. Naturalmente, hubo unos cuantos incidentes cuando mis compañeros solteros de la policía de Nueva York se mostraron groseros con aquellas provincianitas rubias y de ojos azules —incluido el incidente de Dom Fanelli con la dama de honor, en el que no entraré— pero eso era de esperar.

Los familiares de Kate eran blancos, anglosajones y protestantes, y el sacerdote era metodista y actor consumado. Me hizo prometer amar, honrar y no volver a mencionar jamás el «Expediente X».

Fue una ceremonia de doble anillo: un anillo para el dedo de Kate, otro anillo para mi nariz. Bueno, supongo que ya está bien de chistes sobre el matrimonio. De hecho, me han dicho que ya está bien.

Los blancos anglosajones y protestantes del Medio Oeste vienen en dos variedades: secos y húmedos. Éstos le daban al frasco, así que nos llevábamos realmente bien. Él padre era un tipo estupendo, la madre era guapa, y también la hermana. Mis padres les contaron sobre mí un montón de historias que a ellos les parecían graciosas, más que anormales. La cosa iba a salir bien.

En cualquier caso, Kate y yo pasamos una semana en Atlantic City y luego otra semana en la costa californiana. Acordamos reunirnos con Gene Barlet en Rancho del Cielo, y el viaje en coche a las montañas fue mucho más agradable que la última vez.

Y también el rancho, que ofrecía mucho mejor aspecto a la luz del día y sin francotirador.

Volvimos al peñasco, que parecía mucho más pequeño que como yo lo recordaba. Gene tomó fotografías, incluyendo una de la herida de Kate no apta para menores, y a instancias de Gene recogimos varios fragmentos de piedras.

—Encontramos cincuenta y dos casquillos en el suelo —dijo Gene, señalando la línea de árboles—. Jamás he oído hablar de tantos disparos hechos por un francotirador contra dos personas. Realmente, el tipo quería lo que no podía tener.

Yo creo que nos estaba diciendo que el juego no había terminado.

La línea de árboles me estaba poniendo un poco nervioso, así que nos fuimos. Gene nos enseñó el lugar donde se había encontrado muerto a Ted Nash en un camino de herradura, a menos de cien metros del VORTAC, con un solo balazo en la frente. No tengo ni idea de adónde iba Ted, ni qué hacía allí, y nunca lo sabremos.

Habida cuenta de que estábamos en nuestra luna de miel, sugerí que ya habíamos visto bastante y volvimos a la casa del rancho, tomamos una coca-cola, comimos unos dulces y continuamos camino hacia el norte.

Habíamos dejado en Nueva York el teléfono móvil de Kate, ya que no queríamos recibir ninguna llamada de amigos ni de asesinos durante nuestra luna de miel. Pero, sólo por precaución, cada uno llevábamos nuestra pistola.

Nunca se sabe.

Agradecimientos

Dada la naturaleza del material utilizado en esta novela, algunas de las personas a las que me gustaría manifestar aquí mi agradecimiento han solicitado permanecer en el anonimato. Respeto esa petición y expreso mi gratitud por sus aportaciones.

Quisiera dar las gracias, en primer lugar, a Thomas Block, amigo de la infancia, capitán de US Airways, director sustituto de la revista *Flying*, coautor de *Mayday* y autor de otras seis novelas, por su valiosa ayuda en «cuestiones de aviones» y otras materias. Como siempre, Tom acudió cuando yo me encontraba en el aire y sin hélice.

Gracias también a Sharon Block, exayudante de vuelo de Braniff International y US Airways, por leer el manuscrito y ponerse de mi parte en discusiones editoriales con su marido.

Mi agradecimiento especial a los miembros de la Brigada Antiterrorista Conjunta y buenos amigos los detectives del Departamento de Policía de Nueva York Kenny Hieb y John Gallagher (retirado) y también al detective Tom Pistone por sus conexiones.

Mi agradecimiento muy especial a un buen amigo, y expolicía de la Autoridad Portuaria y miembro de Pistolas y Mangueras, Frank Madonna, por compartir conmigo sus conocimientos y por su paciencia. Gracias también a los miembros de Pistolas y Mangueras detective Donald McMahon, agente de policía Bobby Yarzab, y a todos los hombres y mujeres que conocí en el aeropuerto internacional John F. Kennedy, que dedicaron parte de su tiempo a enseñarme las instalaciones y responder a preguntas estúpidas.

La sección de esta novela referente a la incursión aérea estadounidense sobre Libia no se habría podido escribir sin la ayuda de Norm Gandía, capitán de la Marina de Estados Unidos (retirado). Norm es veterano de la guerra de Vietnam, es Ángel Azul, buen amigo y moderado bebedor. Gracias también a Al Krish, teniente coronel de la Fuerza Aérea de Estados Unidos (retirado), por dejarme entrar en la carlinga del F-111.

Le estoy agradecido al personal de la Fundación de la Joven América por guiarme en una visita privada al rancho de Ronald Reagan. Gracias especiales a Ron Robinson, presidente de la fundación, Marc Short, director ejecutivo del rancho de Ronald Reagan, y a Kristen Short, director de desarrollo del rancho. Muchas gracias también a John Barletta, exjefe de la unidad presidencial del Servicio Secreto. La profesionalidad y dedicación de John son demasiado poco frecuentes en el mundo actual.

Una vez más, gracias a los bibliotecarios Laura Flanagan y Martin Bowe, que

realizaron un espléndido trabajo de investigación y me ayudaron con minuciosos detalles que sólo un bibliotecario podría haber tenido la paciencia y los conocimientos necesarios para encontrar.

Gracias también a Daniel Starer, Investigación para Escritores. Ésta es la quinta novela en la que Dan me ha ayudado, y para ahora ya sabe lo que necesito antes de que lo sepa yo mismo.

Esta novela no habría podido ser escrita sin la ayuda, dedicación y paciencia infinita de mis colaboradoras, Dianne Francis y Georgia León. No es fácil trabajar diariamente con un escritor pero Dianne y Georgia me hacen la vida más fácil. Gracias.

Si es difícil trabajar con un escritor, no es muy divertido vivir con él mientras escribe. Esa labor recae en mi mujer, Ginny, que tiene la paciencia de una santa y la capacidad correctora correspondiente a la tarea de revisar los textos de un hombre que no sabe ortografía ni puntuación. Como siempre, muchas, muchas gracias, y mucho amor.

Una vez más, como con *Plum Island*, un millón de gracias al teniente John Kennedy, del Departamento de Policía del condado de Nassau. Como policía y como abogado, John salvaguarda la honradez de mis policías de ficción y salvaguarda también la honradez y la satisfacción del autor. Con JK en el caso, la verdad triunfa.

El Museo Cuna de la Aviación de Long Island es una nueva y extraordinaria instalación que rinde honor a los hombres y mujeres que han hecho, y continúan haciendo, que Estados Unidos sea la primera potencia mundial en aviación y la mejor en ciencia aeronáutica y espacial. Quiero dar las gracias a Edward J. Smits (coordinador de Planificación), Gary Monti (subcoordinador de Planificación), Joshua Stoff (conservador) y Gerald S. Kessler (presidente de Amigos de la Herencia de Long Island) por enseñarme el museo y compartir conmigo su visión.

Es posible que los datos, procedimientos y detalles que me fueron suministrados hayan sido mal interpretados, olvidados o ignorados. Por consiguiente, todos los errores de omisión y comisión son exclusivamente míos.

También quiero aprovechar esta oportunidad para expresar mi agradecimiento a las personas de Warner Books y Time Warner AudioBooks por su tenaz trabajo, apoyo, dedicación y amistad: Dan Ambrosio, Chris Barba, Emi Battaglia, Carolyn Clarke, Ana Crespo, Maureen Mahon Egen, Letty Ferrando, Sarah Ford, Jimmy Franco, David Goldstein, Jan Kardys, Sharon Krassney, Diane Luger, Tom Maciag, Peter Mauceri, Judy McGuinn, Jackie Merri Meyer, Martha Otis, Jennifer Romanello, Judy Rosenblatt, Carol Ross, Bill Sarnoff, Ann Schwartz, Maja Thomas, Karen Torres, Nancy Wiese, y en último término, pero no por ello menos importante, Harvey-Jane Kowal, el corrector más concienzudo del mundo.

Mi agradecimiento también a Fred Chase, la máxima autoridad sobre guiones, comas, topónimos, datos y etcéteras.

Afortunado es el autor que tiene un buen editor, y yo he sido doblemente

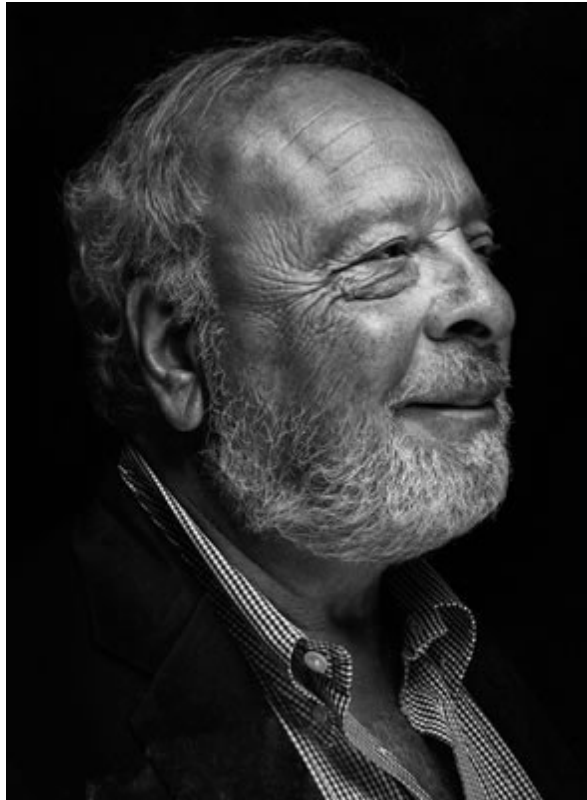
bendecido por la fortuna al tener junto a mí a Larry Kirshbaum y Jamie Raab, cuya capacidad está sobradamente a la altura de la tarea.

Mis quince años y siete novelas con Warner Books han sido en diferentes ocasiones felices e interesantes, pugnaces y tensos, muy exitosos, siempre divertidos y jamás aburridos. Es el Número Uno.

Y, finalmente, mi agente y amigo durante los últimos veinte años más o menos, Nick Ellison. Se necesitaría otro volumen para exponer mi relación con él pero, en dos palabras: Gracias, muchacho.

Debra Del Vecchio y Stacy Moll han realizado generosas aportaciones a organizaciones caritativas de Long Island a cambio de que sus nombres fuesen utilizados como personajes de esta novela. Espero que disfruten con sus ficticios alter egos y que continúen su buena obra en favor de causas merecedoras de ello.

Fin



RICHARD NELSON DEMILLE nació en Nueva York en 1943. Asistió durante tres años a la Universidad de Hofstra, tuvo que abandonar sus estudios para luchar en la guerra de Vietnam, donde fue coronel del ejército. Al regresar a Nueva York se reincorporó a la universidad y se licenció en Ciencias Políticas e Historia.

A partir de entonces, dedicó todo su tiempo a la escritura demostrando su talento narrativo tanto en libros de ficción como en artículos, críticas literarias o relatos breves publicados en diversos diarios y revistas. Una constante en su estilo narrativo es el uso del sarcasmo y el humor seco. No le gustan los finales de película y suele dejar cabos sueltos para que el lector los descifre.

Escribe principalmente novelas de misterio, dos de ellas han sido llevadas al cine: *Palabra de honor* (1985), protagonizada por Don Johnson, y *La hija del general* (1992), protagonizada por John Travolta.

Es doctor *honoris causa* por tres universidades, Hofstra, Long Island y Dowling College.